

SEBASTIAN FLEMING

LA
CÚPULA
DEL
CIELO

UNA ENCARNIZADA LUCHA POR CONSTRUIR
EL MÁS ESPECTACULAR TRIBUTO A DIOS

NOVELA



boveda

LA CÚPULA DEL CIELO

Autor: Sebastian Fleming

ISBN: 9788415497011

Generado con: QualityEbook v0.70

Generado por: Selubri, 25/11/2013

La cúpula del cielo

Sebastian Fleming

SINOPSIS

LA ROMA del Renacimiento es una ciudad gobernada por papas tan belicosos como enamoradizos, y donde el dinero carece de importancia. Julio II encargará al rudo e impulsivo Donato Bramante que construya una nueva basílica sobre las ruinas de San Pedro, la más impresionante que se haya visto hasta entonces: la edificación más grande de occidente será un símbolo del poder de la Iglesia. No obstante, hay quien pretende evitar su construcción a cualquier precio, y sin la ayuda de su

inteligente amante, la cortesana Imperia, Bramante estaría perdido. Pero La Cúpula del cielo también es la historia de su gran rival: el genial Miguel Ángel, que proyecta una basílica de San Pedro completamente nueva, con una cúpula tan amplia como el firmamento, 1564 será para él un año decisivo: ha subestimado a sus enemigos.

«Non vi si pensa quanto sangue costa».
(«No pensáis cuánta sangre cuesta».)

DANTE ALIGHIERI, *la Divina comedia.*

«Paraíso, canto XXIX»

PRÓLOGO

FLORENCIA, *ANNO DOMINI* 1564

El humeante aliento del caballo formó una breve voluta rizada antes de que el frío de febrero lo absorbiera. Su jinete no dirigió ni una sola mirada a la belleza de la ciudad de Florencia, que se ofrecía ante él, cubierta de nieve. Un violento ataque de tos lo sacudió mientras él, con la cabeza hundida, cabalgaba en pos de la muerte haciendo acopio de todas sus fuerzas. Escupió. De todas las creaciones de Dios la muerte

era, quizá, la peor.

Incluso milenio y medio después del nacimiento del Señor, loado fuera su nombre, realizar el trayecto desde Roma a Florencia a través de las rutas principales de Italia no suponía precisamente una diversión despreocupada. Era casi un milagro que nadie lo hubiera acechado por el camino, salvo un par de pícaros que, con más entusiasmo que destreza, intentaban hacerse salteadores de caminos. Ahuyentarlos no le había supuesto más trabajo que el de dirigirles un sonoro exabrupto.

Como una mosca sobre un blanco pliego de papel, el jinete embozado en

negro atravesó a lomos de su corcel azabache el nevado paisaje que precedía a la ciudad. Tomó rumbo a la imponente *porta di* San Pietro Gatolini que, con sus pesadas y altas hojas de madera de roble, se asemejaba a un gigantesco oso de fauces abiertas esperando engullir todo aquello que se le acercara. Refrenó un poco al caballo y siguió avanzando tan despacio como fuera necesario para cruzar por entre las hileras de campesinos con carros que se arremolinaban frente a las puertas. Los guardias, expertos en la tarea de hacerle la vida imposible a todo recién llegado, no se atrevieron a darle el alto. La mirada furibunda del jinete les hizo

amedrentarse y sabe Dios a quién dirigieron su atención después de aquello, pero no fue a él. El solitario viajero, por su parte, apenas le dio más importancia y, en su lugar, volvió a acelerar la marcha.

Sobre el puente que atravesaba el Arno, el trote del caballo resonó en el aire gélido como un *staccato* amortiguado. El jinete se estremeció cuando el hedor agridulce de la orina le asaltó la pituitaria. La miasma provenía de los curtidores, quienes erigían sus casuchas sobre el puente y unían sus desechos fluidos a los residuos del curtido. Un hombre que cargaba grises pellejos de vaca sobre un carro de

bueyes frente a una de las casitas tropezó y cayó justo frente a las patas del caballo. El jinete pudo desviar su corcel a un lado justo antes de que las pezuñas de éste alcanzaran al curtidor quien, a modo de agradecimiento, balbuceó una ristra de maldiciones. El hombre de negro sintió deseos de regresar hasta él y enseñarle buenos modales a aquel borracho, pero no le estaba permitido entretenerse bajo ningún concepto. *Messèr* Daniele da Volterra le había suplicado que se apresurara: cada minuto contaba. Al fin y al cabo se trataba del artista más importante de todos los tiempos.

Frente a la catedral, cuya inmensa

cúpula se consideraba la maravilla de Florencia, un par de aprendices de escultor llenos de entusiasmo habían erigido sobre la nieve figuras de tamaño sobrenatural. Bajo la turbia luz de un tardío mediodía invernal se podía apreciar incluso una copia del *David* de Miguel Ángel. Aquella visión inocente traspasó de dolor el corazón del jinete. ¿Seguiría con vida su venerado señor?

Cuando Ascanio Romano llegó finalmente al *borgo* Santa Croce lo encontró completamente vacío. Las gélidas temperaturas no invitaban a nadie a abandonar sus casas de no ser imprescindible. Respiró aliviado cuando un grueso fardo de tela negra

salió bamboleándose a su encuentro, desvelándose al acercarse como un sacerdote.

—Reverendo padre, ¿sabéis dónde reside *messèr* Giorgio Vasari?

—Ahí enfrente, hijo mío —dijo el religioso, señalando con su carnosos dedo corazón una angosta vivienda.

Saltar del caballo, atar al animal a un aro de hierro y llamar a la puerta fue todo uno. Un sirviente abrió y observó al visitante con la boca abierta.

—¡Llebadme de inmediato ante *messèr* Vasari! —exclamó Ascanio, a quien la impaciencia llevó a expresarse con más crudeza de la que pretendía.

El criado, no obstante, no dio

muestra alguna de obedecer sino que simplemente examinó al visitante, de aspecto poco favorecedor, con los ojos muy abiertos. Los dos días sobre la silla de montar habían dejado huella.

—¿A quién debo anunciar? — preguntó.

La ira embargó a Ascanio. No se había dejado la piel en un viaje apresurado para soportar las tonterías de un criado. Sonó a hueco cuando finalmente abrió la puerta de un empujón y el inmenso panel golpeó la cabeza del sirviente.

Desde el *piano nobile* surgía música de laúd y joviales voces humanas que conversaban animadamente. Ascanio

ascendió atropelladamente por la escalera, accedió a un pasillo y de inmediato apareció en una sala que le pareció el mismísimo paraíso. El fuego crepitaba en la chimenea emitiendo un calor que, tras los días a la intemperie, le cubrió como por arte de magia. Miró a su alrededor y, durante un instante, creyó estar soñando. En las paredes, bajo la luz de las velas, resplandecían magníficos frescos que narraban la historia del arte a través de alegorías. Varios hombres y una mujer comían sentados en torno a una pesada mesa. La dama debía ser la señora de la casa, pues su recatado vestido resultaba demasiado pudoroso para una cortesana.

Verduras al vapor y pescado asado se exhibían en fragante variedad sobre bandejas de plata ante la pequeña reunión. Hambriento como estaba, el mensajero aspiró el aroma de los alimentos. Había vino en jarras de oro y agua en vasijas de arcilla.

Un hombre, cuya redonda panza y nariz enrojecida delataban su afición por la comida y la bebida, se encontraba en ese momento contando un chiste. Sus ojillos porcinos, de voluptuoso resplandor, se entrecerraban obscenamente. Cuando reparó en la presencia del recién llegado, lo miró con las aletas de la nariz dilatadas y los labios abiertos en mitad de una frase,

otorgándole una apariencia aun más cercana a la de un cerdo.

La mirada de Ascanio fluctuaba entre la mesa y uno de los frescos: sobre la pintura reconoció el retrato de la pareja compuesta por el señor de la casa y su esposa. El hombre, cuya edad avanzada podía leerse en su rostro pero no en sus oscuros y densos rizos, vestía ropas lujosas ribeteadas en piel y se sentaba presidiendo la mesa, con la mujer a su derecha. Cuando el señor levantó la mano, el resplandor de las velas se reflejó en el oro de los anillos que lucía en los dedos. Los dos intérpretes de laúd habían posado sus instrumentos y el silencio llenaba la

habitación. Todas las miradas se volvieron al visitante, llenas de curiosidad.

Ascanio repartía su peso entre un pie y el otro, pero el agotamiento apenas le permitía permanecer erguido. Un profundo cansancio se había apoderado de él. Hubiera querido dejarse caer y echarse a dormir a pierna suelta pero primero debía cumplir con su cometido.

—*Messèr*, ¿sois vos el pintor y constructor Giorgio Vasari? —exclamó, vuelto hacia el hombre de la túnica de piel, no sin antes romper a toser.

El interpelado asintió.

—Me envía *messèr* Daniele da Volterra, con sus más humildes saludos,

para que, si os place no perderos en dudas ni cavilaciones, acudáis presuroso a Roma, pues Miguel Ángel Buonarroti, maestro de todos nosotros, se encuentra en trance de muerte.

—¡No! —gritó Vasari de un salto—. ¡Miguel Ángel, no! ¡Tómame a mí, Señor, pero no a él!

La impotencia, la pena y el dolor se propagaron por los rostros de los presentes. La atmósfera jovial se desvaneció en un instante.

—¡Partiré de inmediato! —exclamó Vasari.

Su esposa quiso disuadirle de su decisión, señaló que la noche no tardaría en caer y le aconsejó que

esperara al nuevo día para iniciar el viaje, pero él no prestó atención alguna a aquellos argumentos a pesar de lo razonable de los mismos. Con una mirada a Ascanio indicó que éste debía ser agasajado, recuperar las fuerzas y, finalmente, seguirlo.

—De momento bastará con que mi leal Giuseppe me acompañe —dijo, antes de salir atropelladamente de la habitación mientras llamaba a su criado.

La mujer de Vasari miró a su cónyuge llena de preocupación pero entonces recordó, con un suspiro, sus obligaciones de anfitriona. Ofreció a Ascanio un sitio en la mesa, vino y comida. Él sintió el esfuerzo que aquello

le suponía a la mujer, pues era el mensajero de la muerte, algo que a nadie agrada. «Demonios», se dijo Ascanio, «¿cuándo acabará todo esto?».

Con más pánico que sangre en las venas, Giorgio Vasari y su criado Giuseppe viajaron raudos durante la noche, el día y de nuevo la noche, empujados por el miedo por la vida de un hombre al que él veneraba más que nada en este mundo. A pesar de que Miguel Ángel le llevaba más de treinta años, pues aquel al que llamaban *il Divino* contaba ya con ochenta, Vasari no dudaba de que seguiría siendo capaz de crear obras de arte, incluso cuando su

cuerpo llevara tiempo
descomponiéndose. Ya nadie contaba
con que Miguel Ángel pudiera fallecer.
Parecía haber vencido a la muerte.

El arquitecto no pensaba en los
peligros de la oscuridad, en los
bandidos ni en los salteadores de
caminos que practicaban su sangriento
negocio tomando como víctimas a los
que cruzaban las montañas, solo pensaba
en él, en su maestro, a quien, en lo que a
él respectaba, le debía todo.

En una aldea cuyo nombre no tardó
en olvidar cambió el caballo y continuó
la marcha. A mediodía llegó a Lacio. El
viento arreció, aunque los dos hombres,
sobre sus apresuradas monturas, apenas

lo percibieron. Se aproximaron a un bosquecillo y Vasari gritó a su sirviente:

—¡Vamos a hacer un alto! Tengo que hacer aguas menores.

Cuando regresó de entre los arbustos y puso los pies de nuevo sobre los estribos, oyó cómo el estómago de Giuseppe rugía voraz como un rabioso animal al acecho. Sin embargo, no se permitió prolongar la pausa para tomar un aperitivo. La sola idea de que el divino artista muriera porque él, Giorgio Vasari, había tenido que llenar la panza encontrándose aún de viaje y que, por tanto, no había podido llegar a tiempo a Roma en el momento en que su maestro más lo necesitaba, tiraba de él de forma

implacable. «¡Merda!», y ni siquiera el corcel más veloz que pudo conseguir con dinero y buenas palabras podía competir en presteza con el miedo que atenazaba su corazón.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1564,
PRINCIPIOS DE FEBRERO

A última hora de la tarde llegaron finalmente a la Ciudad Eterna. Sin perder un segundo se dirigieron a la miserable vivienda del Divino, en el aselvajado barrio comprendido entre el Foro de Trajano y el Quirinal que se conocía como *Macello dei Corvi*, el Nido de los Cuervos. Nadie lograba

entender por qué Miguel Ángel se obcecaba en permanecer en aquella casa angosta y, sobre todo, en aquel barrio venido a menos. Había quien afirmaba que no podía tratarse de una cuestión de falta de dinero, sino de ganas de gastarlo.

Vasari saltó del caballo y, mientras caminaba hacia la puerta, se postró mentalmente en un fervoroso rezo: «Señor, Dios misericordioso, no permitas que haya llegado demasiado tarde. ¡No somos nada sin él!».

Se rio entonces de sus pequeños y estúpidos miedos. Dios no podía llamar a Miguel Ángel aún a su seno, no hasta que la basílica de San Pedro estuviera

concluida y coronada con la cúpula del cielo. Nadie salvo él podía terminar la casa del Señor. ¡Nadie! Ni el más insensato despide a un arquitecto experimentado cuando su vivienda se encuentra todavía a medio construir y el Todopoderoso era cualquier cosa menos simple.

El arquitecto golpeó impaciente la puerta medio podrida hasta que el leal criado de Miguel Ángel, Francesco, a quien apodaban «el Francesito», la abrió.

—¡Por fin! *Messèr* Giorgio, es una bendición que estéis aquí.

Vasari tuvo que controlarse para no agarrar por los hombros al sirviente y

bambolearlo con violencia.

—¿El maestro sigue con vida?

—Sí, desde luego. El patrón está en la basílica de San Pedro.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿En la basílica? ¿Con este frío? —bramó Vasari, aunque sabía que el criado no tenía culpa ninguna.

Nadie era capaz de disuadir a Miguel Ángel de algo una vez éste tenía algo en mente, ni siquiera el papa. Todos temían su *terrebità*.

—Creí que estaba en el lecho de muerte.

—Y lo estaba. Ya íbamos a llamar al sacerdote cuando se levantó de pronto como si hubiera ascuas en la cama,

maldijo a Arnolfo di Maffeo, de quien había recibido una carta y salió como una exhalación rumbo a San Pedro. *Messèr* Daniele fue incapaz de retenerlo, por lo que salió corriendo tras el maestro.

De nuevo sobre su montura, Vasari ordenó a Francesco que alimentara adecuadamente a su criado.

—¡Y no escatimes en vino! — exclamó Giuseppe, con descaro.

Sin embargo, Vasari no tenía tiempo para iniciar una reprimenda contra la servidumbre y espoleó de nuevo a su cansado caballo hasta que el animal comenzó a sangrar por los costados. No tuvo ojos para la columna de Trajano,

cuya visión siempre despertaba en él gran admiración.

La causa de aquella agitación no le gustaba en lo más mínimo. ¿Qué habría podido escribir Arnolfo di Cambio, aquel descarado ladrón, en su carta a Miguel Ángel para que el Divino, como arquitecto responsable de San Pedro, hubiera salido corriendo, fuera de sí y medio muerto? Evidentemente no había arte que Arnolfo dominara mejor que el de la intriga. ¡Esa sabandija! Vasari odiaba a los constructores astutos con toda su alma. Como constructor conocía a todo tipo de obreros haraganes, más esmerados y dispuestos a darle a la lengua que a doblar el espinazo, más

hábiles con los dedos largos que con las manos. Sin embargo, los vagos siempre eran listos.

Tras prolongadas luchas con la comisión de construcciones, en la que Arnoldo contaba con buenos apoyos, Miguel Ángel había logrado expulsarlo de la obra por su trabajo deficiente y por haber robado con descarro material de calidad. No habría, sin duda, mucha diferencia entre él y otros contratistas romanos, sin embargo Miguel Ángel había querido constituirlo como un ejemplo, pues Arnoldo di Maffeo era el peor de todos ellos. El plan de Miguel Ángel había sido sencillo: una vez vencido a Arnoldo los demás, por

miedo, se mostrarían cumplidores y sumisos.

Goterones de lodo salían despedidos bajo el impacto de las pezuñas del caballo mientras Vasari atravesaba la plaza acordonada de miserables casas de dos pisos situada frente a la morada de Miguel Ángel. El pálido gris del ocaso le pareció una expresión más del desamparo general del paraje. Desde la plaza dio directamente con una de las principales vías de Roma, por la que tradicionalmente los papas, elegidos en la capilla Sixtina y coronados en la basílica de San Pedro, atravesaban la ciudad hasta Letrán para tomar posesión de su cargo en una misa festiva en la

catedral de San Juan.

Vasari dirigió una breve oración agradecida a aquel que diseñó y construyó la calle, pues habría tardado el doble de tiempo en llegar hasta la basílica si hubiera tenido que atravesar los callejones de Regola y Parione. Finalmente atravesó la *piazza* Agionale, que se abría en la misma ribera del río. Entonces, surgieron ante él el puente y el imponente baluarte que era el castillo de Sant'Angelo, en cuya dirección cruzó sobre las aguas. Un viento helado cruzaba a ráfagas el puente y lo apuñaló como miles de diminutas dagas que le atravesaran la ropa. Había empezado a llover. Finalmente, alcanzó la fachada

de la antigua San Pedro.

La mirada del arquitecto acarició el edificio de dos pisos que se alzaba majestuosamente sobre sus tres portales como si, según le pareció a Vasari, se estirara sólida aunque pesadamente hacia el cielo. A su izquierda, una columnata de tres niveles conectaba la *loggia* de las bendiciones papales con los Palacios Vaticanos. La gran fuente, cuyos surtidores alegraban y refrescaban a los romanos con sus saltos de agua durante la primavera, el verano y el otoño, iba desapareciendo a la derecha de su campo de visión.

Saltó del caballo, lo ató con premura en una arandela de hierro en la pared y

ascendió como una exhalación los cuatro tramos de escalera de siete peldaños cada uno. Después, atravesó casi corriendo la explanada vacía y tomó el portal del medio para llegar al espacioso patio interior de la antigua basílica, circundado por un extenso claustro. Aquel lugar lo sumió, como de costumbre, en su hechizo y se permitió detenerse un instante. En medio del patio relucía, como oro puro, la gran piña de bronce. A su derecha se alzaba la escarpada fachada del palacio papal mientras que a la izquierda, tras los muros, se encontraban las residencias sacerdotales. Sobre los seis portales de la basílica resaltaban los delicados

frescos y, más que ninguno, el magnífico mosaico de Giotto que representaba la escena de Cristo caminando sobre las aguas, la *Navicella*. Los apóstoles se encontraban sentados sobre una barca en el mar de Tiberíades, asustados. Vasari había contemplado con asiduidad y veneración aquel mosaico, pero aquel día parecía querer hacerle una advertencia. Tras aquella cabalgada infernal de dos días desde Florencia hasta Roma se sentía más susceptible a cualquier aviso de los peligros del viaje.

Al llegar a la *porta* Santa que, naturalmente, se encontraba cerrada, cruzó los arcos del claustro por la *porta*

Ravenniana, la puerta orientada hacia Rávena, hacia las ruinas de la basílica que yacía, como un anciano caduco, frente al poderoso crucero del nuevo edificio. Mostraba un aspecto lamentable, las corrientes atravesaban por las paredes pues todas sus ventanas estaban rotas, había oquedades en los muros y faltaba la cúpula en su totalidad, por lo que permitía que entrara la lluvia. Oculto por el coro occidental se inclinaba, como humillándose entre los poderosos pilares de la cúpula, la pequeña construcción dotada de tímpano que albergaba el altar sobre la tumba de san Pedro. Frente al *tegurium*, que era el

nombre que se daba al templete que protegía la tumba del apóstol, Vasari descubrió finalmente a Miguel Ángel.

Estaba allí, imponente como una roca, pero perdido en medio del inmenso y desértico espacio de la basílica, bajo la fría lluvia, sin sombrero. Sobre los pantalones y la camisa blanca lucía un manto largo y desgastado. «Como un Moisés expoliado», pensó Vasari. Junto a él se encontraba Daniele da Volterra, quien le hablaba con vehemencia. Vasari apenas podía entender a Daniele, pero resultaba más que evidente que trataba de convencer a Miguel Ángel de que volviera a casa. Sin embargo, éste no le

escuchaba en absoluto, parecía extremadamente furioso, completamente fuera de sí. Conforme Vasari fue aproximándose a la pareja, comenzó a comprender sus palabras.

—¿Dónde están? —gritaba Miguel Ángel con voz llena de furia—. ¿Dónde está esa gentuza que así paga a nuestro venerable papa su bondad sobrehumana? ¡No hay nadie en las obras! Oh, ¡esos malditos constructores! Ladrones y rateros, ¡eso es lo que son todos! ¡Cerdos piojosos! ¿No quería verme ese miserable de Arnolfo di Maffeo? ¿No me ha hecho él venir aquí? ¿Dónde está ese demonio?

Vasari iba ya a saludar a Miguel

Ángel cuando tres figuras con estoques en ristre aparecieron tras el sanctasanctórum que, a todas luces, les había servido de escondite. «*Bravi, asesinos a sueldo*», pensó Daniele horrorizado y reuló un par de pasos, empujado por el miedo. Miguel Ángel, no. Aún en pleno arrebató, se dirigió directamente hacia los sicarios entre aspavientos.

—*Andate al diavolo, ¡idos al infierno!* —bramó—. ¿Qué estáis buscando en mi obra? ¡Ésta es la casa del Señor, no de Satán! Os expulsaré como hizo Jesús con los mercaderes del templo. ¡Esperad y os enseñaré lo que es la humildad!

Vasari desenvainó su estoque dispuesto a proteger a su viejo maestro, sin embargo se detuvo en el momento en que un sacerdote penetró en el *tegurium*. Tenía un rostro proporcionado, una hermosa y elevada frente, el cabello negro y rizado y una densa pero aseada barba: inspiraba confianza a primera vista. El desconocido no recordaba a un asceta ni a un ambicioso, sino más bien a un científico consagrado a la filosofía natural, a las matemáticas o a la física, curioso, trabajador, normal, en el mejor de los sentidos. No parecía alguien dedicado a las especulaciones metafísicas.

—¡Es la obra de Dios, no la vuestra,

Miguel Ángel! —respondió el religioso con voz suave aunque firme y un acento que revelaba su origen napolitano.

—¡Ah, la santa Inquisición! ¿Quizás tenéis pensado encender algún fuego que nos proteja de este espantoso mal tiempo? —exclamó Miguel Ángel.

—No podemos seguir permitiendo que rebajéis la más antigua y venerable iglesia de Dios a un templo de herejes —respondió el inquisidor.

—Entonces, el muy venerable señor Pío es también un hereje, ahora sabéis la verdad. Id al papa, Santori. Id y decidle a la cara que es un hereje y que pertenece a la hoguera y no a la cátedra de san Pedro. ¡Díselo!

Vasari se estremeció de la cabeza a los pies, pues en su furia, Miguel Ángel había abandonado cualquier tipo de precaución. Giulio Antonio Santori no era hombre con quien bromear. Ganárselo como enemigo era una idea aún menos recomendable. La fama del colaborador más esforzado de la *Suprema*, la Inquisición, sobrepasaba con mucho a la de aquellos burócratas que se ocupaban sobre todo y ante todo de los libros y las cuentas. La sed de venganza del guardián de la fe excedía, incluso, su amor por Dios. Aquel sujeto no olvidaba ni perdonaba nunca, a pesar de que rara vez mostraba su rencor.

—Sí, es una vergüenza. Ni siquiera

el papa se atreve a tocaros. ¿Por qué será? —dijo Santori.

—Porque su santidad Pío IV entiende algo de arte, de arquitectura, de la lengua de Dios, imbécil —ladró Miguel Ángel.

—Solo por esa blasfemia merecéis arder —expuso Santori con la misma calma con la que estuviera dando un seminario y, añadiendo un cierto tinte de triunfo a su voz, continuó—. Sin embargo, aunque gozáis de la protección del papa, no puede protegeros de vos mismo.

Mientras pronunciaba aquella amenaza con la misma suficiencia con que estuviera concluyendo un alegato,

hizo una señal a los *bravi*. Daniele se encontraba aún rígido como una estatua de sal, incapaz de reaccionar. Vasari se aprestó a ayudar al Divino, pero dos de los esbirros se interpusieron en su camino con sus filos en ristre, mientras un tercero, el más cercano al desarmado Miguel Ángel, lo apuñalaba. Con frialdad, sin ningún respeto, era una maligna marioneta del poder, como tantos otros.

Michelagnuolo di Ludovico di Leonardo di Buonarroti-Simoni se desplomó y, para Vasari, en aquel momento el universo se vino abajo. Santori se volvió con rostro inmutable y abandonó la basílica seguido de sus

sicarios.

Aunque el horror y el pesar apenas le permitían conservar los sentidos, Vasari observó que Santori no realizó la señal de la cruz, con lo que le denegó a Miguel Ángel la bendición que ningún sacerdote osaría negarle al mayor de los criminales si se encontrara a las puertas de la muerte. Con espanto comprendió la desmedida del oscuro odio que atenazaba el corazón de Santori.

Daniele, finalmente libre de la inmovilidad del miedo, se arrodilló junto al herido. Miguel Ángel se revolvió y arrastró lentamente la mano hacia la herida. El asombro y el agotamiento se pintaron en su mirada

mientras susurraba:

—¡Sangre! Realmente se han atrevido a hacerlo. La Inquisición ha osado hacerlo. Ya nadie está a salvo de ellos... Ni siquiera el papa.

Daniele se quitó apresuradamente la camisa que llevaba bajo el jubón, la desgarró y realizó un vendaje improvisado sobre la herida de Miguel Ángel. Después, los dos hombres envolvieron al anciano en el cálido manto de Vasari. Los labios de Miguel Ángel se movían débilmente en poco más que un temblor. Giorgio aproximó el oído a la boca de su maestro y creyó entender un nombre: Bramante. Sin embargo, no habría podido jurarlo. Se

preguntó qué motivo habría empujado a Miguel Ángel a pensar precisamente en aquel momento en Bramante, con quien le había unido una prolongada enemistad. Sin embargo no pudo preguntárselo, puesto que el herido se iba desvaneciendo bajo el peso del esfuerzo. La idea de que perdiera demasiada sangre al montar a caballo preocupaba a sus dos acólitos, por lo que Daniele sujetó al maestro por las axilas mientras Vasari, de espaldas a ellos, hacía lo propio con los muslos del anciano. De esta manera transportaron a Miguel Ángel a casa, entre oraciones y súplicas:

*I Yavé no edifica la casa,
en vano se afanan quienes la
edifican.*

*[...]No se verán confundidos
cuando en pleito entren
con sus enemigos en la puerta».*

Cuando, con la ayuda de un consternado Francesco, recostaron a Miguel Ángel sobre su lecho, Giorgio Vasari y Daniele da Volterra se miraron con ojos llenos de lágrimas. Para aquellos dos hombres era como si el mundo amenazara con venirse abajo. Sin embargo, en su interior, conservaban la esperanza de que la vida de Miguel Ángel todavía pudiera salvarse: aún

respiraba, aún no se había perdido todo.

PARTE I

EN BUSCA DE LA PERFECCIÓN

«Así pues, escribe en un libro todo lo que has visto y colócalo en un lugar oculto; e instruye a los sabios de tu pueblo a los que creas capaces de aceptar y guardar este secreto en sus corazones».

IV Libro de Esdrás
capítulo XII, versículo 37

RÁVENA, *ANNO DOMINI* 1492

Durante el día cabalgaba como alma que lleva el diablo, pero por las noches descansaba con toda la comodidad posible. Comía hasta hartarse, bebía y dejaba que rameras o prostitutas indistintamente le aliviaran las tensiones del bajo vientre, pues era la misma encarnación de Dionisos: piernas

encorvadas, mejillas sonrojadas, la punta de la nariz amoratada y una prominente barriga. El maestro arquitecto Donato d'Angelo, llamado *il Bramante*, el ansioso o el glotón, habría desflorado el mismísimo cielo si no se encontrara tan lejos. Algunos lo consideraban un genio; otros, una bestia que ni siquiera merecía saber hablar.

Su espejo de viaje de cristal de Murano le mostró a un hombre de algo más de cuarenta años, rollizo, que por la fortaleza animal que exudaba recordaba a un buey, con una cabeza grande y coronada ligeramente por mechones entrecanos de cabello sobre un cuello poderoso, aunque corto.

Procedente de Milán, Bramante había atravesado la ondulada región de Lombardía y el norte de Emilia Romagna, con su encantador paisaje de pequeños campos de cultivo y viñedos, sin perder ni un solo tramo del trayecto la fragancia a romero y lavanda en flor. Llevaba ya su buena semana de viaje cuando finalmente arribó a la ciudad portuaria de Rávena llegada la tarde.

Bramante había llegado a Milán hacía más de quince años como oficial de pintor, con planes ambiciosos y una profunda noción de su propio talento. Sin embargo, bajo la protección del duque había descubierto su pasión por la arquitectura. Los pinceles, las pinturas y

las paredes desnudas ya no satisfacían sus ansias creativas. Lo que deseaba dar forma en el mundo eran poderosos edificios, palacios y catedrales. La suerte lo acompañó. El maestro arquitecto Giovanni Antonio Amadeo lo tomó bajo su tutela, le enseñó su arte y el duque lo patrocinó. Bramante no necesitaba perder tiempo pensando en el matrimonio, pues las casas de los ciudadanos de Milán estaban cerradas para él. Las puertas de las tabernas y de los burdeles, por el contrario, se le abrían a aquel hombre ansioso de placeres con mayor complacencia. Diversiones tampoco le faltaban, ni amistades de gran calado, pues desde

hacía un par de años residía también en la ciudad el florentino Leonardo da Vinci, con quien le unía una extraña relación. La corte de Milán se ofrecía como una isla de lo más prometedora en la, por lo demás, profundamente monótona vida de la ciudad.

Sin embargo, Bramante no había logrado aún llevar a cabo aquella gran obra arquitectónica que constituía toda su ambición. Sus éxitos más firmes no hacían sino empequeñecer su gloria, que ya resultaba diminuta en comparación con la fama de Leonardo. Además, había alcanzado una edad en la que otros contemplaban ya con satisfacción sus propias vidas y obras. Por ello, una

cierta prisa le espoleaba igualmente a realizar su misión secreta en Rávena, el antiguo puerto junto al Adriático que había constituido la última capital del Imperio Romano. Era allí donde proyectaba, finalmente, alcanzar la anhelada gloria.

La ciudad le fascinaba, además, porque se encontraba rodeada por una nebulosa mitológica e histórica tan antigua como el mundo. Existía entre Milán y Rávena una ancestral rivalidad desde los primeros años de la era cristiana. Milán se consideraba capital de occidente; Rávena, el puente hacia oriente por el que la herejía arriana de Bizancio había penetrado en Italia. Aún

entonces, como Bramante pudo saber confidencialmente, podía todavía visitarse en Rávena una capilla arriana, con un Cristo desnudo del que incluso se podía admirar su pene. Esperaba poder echar un vistazo al viejo baptisterio y a la polla de Cristo: aunque no experimentaba ninguna simpatía por la herejía, de hecho ni siquiera por la ortodoxia, la perspectiva de aquellos genitales despertaba su curiosidad de experto.

Mientras Bramante recorría a caballo los estrechos callejones de Rávena, volvía la vista en numerosas ocasiones por temor a que lo siguieran. No obstante, en las ropas de la gente a

su alrededor podía reconocer que él era el único forastero. Bajo el sol ocre de última hora de la tarde, todo ofrecía un aspecto de completa paz y armonía. Pensó durante un instante en tomar asiento en un banco de la plaza principal y descansar, sin embargo su rugiente estómago y la idea de una comida opípara lo atraieron aun más, por lo que preguntó por la posada El Habilidadoso Hiram. Finalmente, llegó al edificio bajo que correspondía a la hospedería de Girolamo. Disponía de establo, donde Bramante dejó su pardo ejemplar a un mozo de cuerdas de edad avanzada. Tras esto, entró en la hospedería, que parecía sencilla pero limpia. Sobre la

puerta de entrada descubrió un rosetón. La luz que penetraba en la habitación a través de él pintaba sobre el suelo un colorido diseño. «Solo hay rosetones en las iglesias», pensó Bramante y miró a su alrededor, atónito. El rosetón no era muy grande, pero resultaba admirable. El posadero, un hombre menudo y vivaracho que llevaba observándole un rato, carraspeó.

—Bien —gruñó Bramante con reconocimiento antes de apartar la vista de la vidriera.

—¿En qué puedo ayudaros, *messèr*? —preguntó el posadero, mostrándose desconfiado con el extraño.

—Soy Donato Bramante. Me habían

anunciado.

El rostro del posadero no reflejó expresión alguna.

—¿Y qué os ha traído a Rávena?

Bramante sabía que debía dar una respuesta concreta.

—La búsqueda de la piedra que han arrojado los arquitectos —dijo, intentando reprimir una sonrisa.

—¿Cómo puede encontrarse tras tan largo tiempo? —preguntó el posadero.

—Solo a través del amor —replicó Bramante, esforzándose por mantener en su rostro la más solemne de las expresiones y evitar así que su interlocutor percibiera todas las connotaciones físicas que la palabra

«amor» despertaban en su mente.

Logró al menos mantener el tipo.

El posadero se relajó a ojos vista.

Inclinó la cabeza y dijo, respetuoso:

—Girolamo di Leone. Estoy a sus órdenes, maestro.

«Un *marrano*, un judío bautizado», dedujo Bramante. El converso recogió su equipaje, hizo venir a su criado y le indicó que transportara los bultos del arquitecto a la habitación del primer piso que ya estaba preparada para él. Tras esto, guió a su huésped hacia una mesa en el comedor de la posada y se interesó por las vicisitudes de su viaje. En otra mesa, un par de hombres comían con apetito. Bramante gimió cuando el

apetitoso aroma de las fuentes y platos llegó flotando hasta su nariz. Girolamo le dio a entender que no había peligro alguno en aquellos hombres y presentó a su visiblemente agotado y hambriento huésped un opíparo festín: pasta con calamares y, como plato principal, *bollito misto*, caliente, vaporoso y graso, así como anguila ahumada para concluir. Además, una lozana muchacha de rizos negros, que le brotaban bajo un pañuelo a lunares anudado en la cabeza, le sirvió un fuerte *bianco* de la región que no tardó en consolarle de sus padecimientos. Aún se encontraba en medio del festín cuando el posadero se inclinó, conspirativo, hacia él y susurró:

—Esperad a media noche en la iglesia de San Vitale, *messèr* Bramante.

Bramante se echó a la boca tres trozos de hígado del vaporoso *bollito* a la vez y masticó con satisfacción, aunque estaban tan calientes que tendría que haberse abrasado la lengua y el paladar. Sin embargo, durante su juventud había aprendido que aquellos que esperaban a que la comida se enfriara generalmente se quedaban sin un solo bocado. Dado que había tenido que atravesar todos los estratos de la sociedad desde abajo hasta arriba, conocía bien a los seres humanos y los despreciaba. Nadie era mejor por el hecho de vivir mejor que los demás,

igual que nadie era peor por vivir en condiciones ínfimas. La teoría opuesta, que un tal Savonarola predicaba en Florencia tampoco se ajustaba a la realidad. La pobreza no era ninguna virtud, de la misma manera que la riqueza tampoco era un vicio. Un hombre pobre no era más bondadoso ni elevado a los ojos de Dios por el mero hecho de ser pobre y aunque un hombre rico, después de llenarse el buche, pudiera pensar que se encontraba en la gloria, lo cierto era que seguía residiendo en el muy mundanal valle de lágrimas. Por todo ello, la humildad era una palabra que, para Bramante, carecía de significado. No creía en la

posibilidad de obtener dones a cambio de renunciar a otros, pues tales pensamientos eran ajenos a su naturaleza. Uno solo podía poseer lo que tomaba para sí. «Ya recuperaré el conocimiento el día del juicio final», solía pensar. En realidad no era una cuestión de riqueza o de pobreza, ni siquiera de justicia pero, a fin de cuentas, aquellas cuestiones se relacionaban más con la filosofía, una disciplina que le desagradaba puesto que no le llenaba el estómago ni le metía una mujer en la cama. Se consideraba a sí mismo un leal jinete de la fortuna y temía la desgracia como el diablo al agua bendita. Dedicarse a la filosofía

solo lograba volver desgraciados a los hombres, según había podido comprobar con sus propios ojos en más de una ocasión.

—¿Está lejos de aquí esa iglesia? — preguntó al posadero con la boca llena.

La cremosa grasa del guiso le resbaló por la comisura de la boca, haciéndole brillar el mentón y la sombra de la barba y dejando oscuras manchas en su camisa blanca.

Girolamo negó con la cabeza.

—No está ni a dos calles de aquí, no tiene pérdida.

Bramante eructó vehementemente y miró al posadero con ademán conspirativo.

—¿Podéis conseguir mujeres? Mozas rollizas, ya me entendéis —dijo, lanzando una mirada inquisitiva hacia el comedor, tras lo cual alzó sus grandes manos en ademán claro y continuó, sonriente—. Me gusta tener donde agarrar.

—Será mejor que os tranquilicéis. ¡Ya os habéis fatigado bastante! —repuso Girolamo, sin mudar de rostro.

Los dos hombres se sostuvieron la mirada durante unos instantes, hasta que Bramante finalmente gruñó, conciliador:

—Puede que tengáis razón. No cabe duda de que un par de horas de sueño me vendrían bien, aunque me temo que solo seré capaz de calmar mis ansias el

día que muera y los malditos gusanos se den un banquete con mis restos.

Contempló melancólico la olla y pensó que, en el fondo, él no era otra cosa sino un gran puchero para los gusanos. Esos eran los auténticos señores de la tierra y no los seres humanos. Entonces, alzó de nuevo los ojos con una esperanza postrera que no tardó en evaporarse al tropezar con la mirada inflexible de Girolamo. «¡Qué mala pata! Es el primer posadero que me encuentro que resulta ser un adalid de la virtud», pensó Bramante, resignado. Suspiró y pidió al supuesto asceta que lo despertara poco antes de la medianoche.

Mientras ascendía, entre resoplidos y bufidos, los escalones que llevaban a sus aposentos, reflexionaba sobre sí mismo y sobre la turbia aventura en la que se había mezclado. ¡Si al menos con ello se le abrieran las puertas a la gloria eterna!

Sin embargo, aún ignoraba si detrás de todo aquello no se estaba gestando una mera travesura o algo mucho más serio. Hacía un par de días, Leonardo se había colocado junto a él en medio de una reunión cortesana y le había susurrado: «Si queréis contaros entre los maestros arquitectos de Dios y desentrañar los últimos secretos del arte, encontraos conmigo en la posada

El Habilidadoso Hiram, de Rávena, dentro de dos días. El posadero, Girolamo, os pondrá al corriente de lo demás. Podéis confiar en él, es uno de los nuestros».

Había sido también Leonardo quien le había indicado sucintamente que debía encontrar él mismo las respuestas a los anhelos que lo angustiaban. Bramante había asediado a su famoso colega pidiéndole más detalles, pero solo había logrado que le susurrara: «No trates de descubrirlo, si amas la libertad, pues mi rostro es la prisión del amor».

Bramante prefirió no cavilar más sobre las misteriosas palabras de Leonardo. Había renunciado ya desde el

principio de su relación a tratar de descifrar el permanente acertijo que constituía la forma de expresarse de aquel polifacético artista. Aquel hijo de notario nacido en la montañosa Vinci era un tipo peculiar, siempre vestido de manera exageradamente refinada y rodeado de un rebaño de jovencitos, cada cual más hermoso que el anterior. Leonardo otorgaba a su exterior tanto esfuerzo e importancia como una mujer. Nunca se dejaba ver sin asear o, si quiera, con las uñas sucias, mientras que Bramante no recordaba cuándo había sido la última vez que se las había limpiado. Lo cierto era que se había aseado a conciencia ya una vez esa

semana y ya por ello se consideraba una persona extraordinariamente pulcra. Especialmente habida cuenta de los riesgos para la salud que corría cualquiera que metiera el cuerpo en agua con demasiada frecuencia.

La habitación era la primera estancia limpia que había encontrado en una posada desde que saliera de Milán. La cama se encontraba igualmente fresca y aseada. Bramante no tardó en albergar esperanzas de que en aquella ocasión lograría librarse de las picaduras de las chinches. No sin cierto esfuerzo soltó las botas de sus gruesas pantorrillas y se dejó caer, agotado y aún vestido, sobre el lecho. De inmediato se sumergió en

un sueño profundo, roncando risueño como una rolliza morsa. Ni siquiera oyó los lastimosos crujidos que emitió el armazón de la cama relleno de paja bajo el impacto de su voluminoso cuerpo.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1492

En ese mismo momento, el cardenal Giacomo Catalano, que se encontraba en su habitación en la residencia arzobispal junto a la iglesia de San Pedro, se permitió finalmente a sí mismo limpiarse del rostro el maquillaje blanco con el que se aclaraba su tez morena. Unos segundos antes se había librado de las botas, del jubón y los

pantalones. Con aquellas prendas de viaje tan mundanas, cubiertas a su vez de una costra tan gruesa de suciedad y polvo que apenas se reconocía su color original, se había sentido tan extraño como de costumbre. Una vez delante del espejo de su alcoba, se afeitó la barba y tomó un baño reparador. Cuando finalmente se colocó el hábito sobre su cuerpo desnudo e inmaculado, emitió un profundo suspiro: ¡Por fin en casa!

¡Era una sensación tan reconfortante el roce del tosco hábito sobre la piel! Para él, no había damasco, brocado o seda que pudiera competir con aquel recio tejido de lana. La holgura de la túnica monacal, que no le apretaba como

hacían los pantalones, le proporcionaba una sensación de libertad por todo su purificado cuerpo. Por desgracia, el servicio al Señor le empujaba a diario a frecuentar la sociedad mundana y a vestir esas odiadas prendas en las que la bragueta realzaba sus atributos masculinos. Él mismo lo consideraba una dolorosa prueba por la que aprender a reprimir la vanidad. Cuanto más agrado se dibujaba en los ojos de las mujeres dirigidos a él, más virtuoso le exigía ser Dios. Sin embargo, no tenía posibilidad ninguna de huir de aquella feria de las vanidades, más bien lo contrario: con frecuencia debía utilizar intencionadamente su influencia sobre el

género femenino para lograr el éxito en el servicio al Señor. Aunque él se defendía de la tentación, las mujeres suponían un grave peligro para él: sus miradas, que se le clavaban en el corazón como una estocada repentina; sus labios entreabiertos; sus escotes ligeramente redondeados que mostraban mucho, pero ocultaban aun más para incitar a la fantasía y, por último, la curva de sus caderas, que diluía los sentidos con la promesa de la fruta prohibida.

Soñaba con vivir lejos de toda aquella existencia terrenal, con sus ansias, incitaciones, traiciones, secretos, pesares y asesinatos, y dedicarse a la

contemplación y el recogimiento. Sin embargo, si aquel era su objetivo, había elegido la orden equivocada, o al menos así lo había dispuesto la providencia: que en lugar de llevar una existencia alejada de los sentidos tuviera que regresar una y otra vez al mundo profano envuelto en alguna misión delicada, era un pesar que solo podía atribuirle a sus pecados. Para él constituía una penitencia. Cuanto mayor era el peligro para la carne y el alma, más extensa sería la absolución que le aguardaría algún día o, al menos, esa era su esperanza. A la vista de la gravedad de su falta, no obstante, el perdón no podía ganarse sino a costa de grandes penas.

Aquel era un día especial. Hasta entonces, Francesco Todeschini Piccolomini únicamente le había confiado las misiones secretas que debía realizar. Sin embargo, en aquella ocasión el cardenal, tras el pertinente voto de silencio, le había invitado por primera vez a un encuentro secreto en la cripta de la vieja basílica. Hacía ya tres años que se encontraba al servicio de la archihermandad y, aquel día, finalmente sería admitido en su seno.

Agitado y emocionado a partes iguales, se puso en camino. Aquel acontecimiento que iba a cambiar su vida para siempre estaba ya al alcance de la mano. Mientras daba vueltas a un

anillo de oro con una piedra negra en el anular de la mano izquierda, sentía como se le iban humedeciendo las manos.

El joven hermano predicador Jaume *el Català* o, como él mismo se había rebautizado en italiano, Giacomo *il Catalano*, abandonó la canónica y penetró en el atrio de la sagrada basílica por una entrada lateral. Su mirada acarició la piña de bronce, tan alta como un hombre, que se alzaba en medio del patio de entrada. Mientras que la cara dirigida a él relucía cálida y clara bajo la luna como el mismo resplandor de Dios, la cara apartada permanecía en las sombras y se transformaba en un contorno apenas vibrante. «La luz y la

oscuridad son parte de un mismo todo», pensó, «y los defensores de la causa divina no siempre tienen la elección de luchar de día o de noche. El Todopoderoso no puede simplemente mantener a sus huestes alejadas de la oscuridad, pues incluso allí debe enviar su luz y es por eso que sus campeones no pueden errar. Incluso en el mismo infierno deben penetrar sus guerreros secretos». Giacomo estaba preparado. El infierno no le asustaba pues, para él, era omnipresente. Decidido, dirigió sus pasos siguiendo el muro hacia la quinta entrada de la vieja basílica.

RÁVENA, *ANNO DOMINI* 1492

—*Messèr*, ya es suficiente.

Bramante tomó conciencia, en contra de su voluntad, de que alguien le estaba agitando violentamente el hombro. Le parecía que acabara de echarse a dormir sin embargo, mientras parpadeaba tratando de abrir los ojos, percibió que en el exterior había oscurecido.

Junto a su cama se encontraba el criado, sosteniendo una lámpara de aceite. Bramante necesitó unos instantes antes de lograr espabilarse del todo. Entonces recordó su cita nocturna y se irguió de golpe, un gesto del que no tardaría en arrepentirse. Todo empezó a dar vueltas y tuvo que apoyarse en la pared para no perder el equilibrio.

Después de que se colocara las botas entre resoplidos y quejidos, el criado lo guió en silencio hasta la puerta trasera de la posada y se marchó seguidamente. Un desagradable sabor llenaba la boca del arquitecto, probablemente consecuencia de la anguila ahumada, por lo que Bramante

escupió y maldijo. ¿Por qué no se habría enjuagado el humo del paladar con un trago de agua o de vino?

Las nubes se deslizaban por delante de las estrellas, ocultando la luna. Comenzaba a lloviznar, o quizá fuera la humedad que el viento arrastraba desde el Adriático. Bramante dirigió sus pasos hacia donde el posadero le había indicado y, tras pocos minutos, se encontró frente a un viejo edificio abovedado que se alzaba oscuro y amenazante. No sabía gran cosa acerca de San Vitale salvo que se trataba de una iglesia construida hacía mil años y que combinaba elementos arquitectónicos de oriente y occidente. En la oscuridad, tan

solo podía tratar de adivinar el tamaño de la inmensa cúpula.

Bramante pertenecía ese tipo de personas para las que la ilimitada confianza en sus propias fuerzas no permitían temblar ante prácticamente nada. Sin embargo, en aquel momento experimentaba una ligera inseguridad, una emoción que no había sentido desde que era un muchacho. Se obligó a recomponerse, alzó los hombros y penetró en la iglesia, siguiendo las instrucciones, por una portezuela situada en el extremo oeste del edificio perpendicular. En la mampostería cercana a la entrada percibió, más que vio, un pequeño emblema en forma de

estrella. Lo palpó con la punta de los dedos y se preguntó por qué le recordaba lejanamente a la forma de una rosa. No obstante, descartó ese pensamiento con la idea de que probablemente se equivocara, pues la estrella estaba desgastada y medio desmoronada.

La iglesia, de altos techos, se extendía en la oscuridad y únicamente en el altar del coro ardían tres gruesas velas blancas y redondeadas, tan largas que llegarían hasta la rodilla de un hombre. Arrojabán, valerosas, su luz temblorosa hacia las tinieblas del inmenso edificio. Sin embargo, a pesar de la ligera iluminación, Bramante

quedó completamente sobrecogido. La fuerza de aquel estilo arquitectónico, su armonía estilizada hacia las alturas, le dejó sin aliento. Al mismo tiempo sintió que la dirección de la construcción no se elevaba a los cielos, como en las catedrales góticas, sino que el abajo y el arriba constituían un todo equivalente. No había ningún anhelo, solo el ser, la perfección, una esencia tranquila encerrada en sí misma: la armonía del cosmos trasladada a la arquitectura. O un hombre muy gordo e insaciable, que era la interpretación que Bramante hacía del universo, por motivos evidentes.

El arquitecto se situó en la nave central. Había algo especial en ella.

Como él sabía bien, la mayor parte de los templos de occidente tomaban la forma de una basílica, de edificio alargado, pues aquella estructura casaba particularmente bien con los ritos latinos. Las únicas excepciones las constituían San Vitale y la iglesia de Carlomagno en Aquisgrán, además de los pequeños baptisterios y criptas.

Muchos cardenales, obispos y sacerdotes veían en los edificios redondos la obra del diablo. Para el arquitecto Bramante, una construcción centralizada representaba la Antigüedad, un símbolo del orden del mundo, ya fuera cristiano o pagano. Por eso había quedado hechizado por aquel tipo de

construcción y, junto con su rival Giovanni Antonio Amadeo, había presionado para lograr que la nueva catedral de Pavia tomara esa misma forma. «Lo cierto», pensó, «es que en realidad no es un estilo arquitectónico, sino un modo de ser, una forma de vivir y de creer». Una y otra vez se había propuesto regresar, tan pronto como fuera posible, a Roma para contemplar el Panteón, coronado por la mayor cúpula autoportante del mundo.

Bramante paseó la mirada por el ábside del coro oriental, desde donde le observaba un Cristo imberbe y rodeado de ángeles. Bajo el *kirios*, a la izquierda, se encontraba el emperador

bizantino Justiniano, coronado con un aura de santidad y rodeado por sus consejeros. A mano derecha, su esposa quien, supuestamente, antes de su matrimonio había sido una prostituta como María Magdalena. No obstante y, al igual que su marido, una aureola adornaba su cabeza. «Qué osadía», pensó Bramante. Mientras reflexionaba sobre a qué puta de Milán le concedería él un aura, se dibujó en su rostro una sonrisa sensual que no tardó en desaparecer al recordar la prolongada abstinencia que padecía. Pronto comenzó a sentir una fuerte presión en la zona pélvica, aunque por fortuna la belleza del templo volvió a cautivarlo

de nuevo.

Los ojos de Bramante se estaban deleitando en los verdes, dorados y azules del alto coro, iluminados por las velas, cuando se dio cuenta de que numerosas sombras avanzaban hacia él. Antes de poder reconocer a las figuras, se abalanzaron sobre él. No pudo precisar cuántos hombres se le echaron encima pero suficientes, en cualquier caso, para reducir su poderosa anatomía con rapidez y sin esfuerzo sobre el suelo profusamente decorado con mosaicos. Bramante no era lento ni débil, pero no pudo evitar que le ataran los brazos a la espalda con una correa de cuero que le laceró la piel y que le vendarían los ojos.

Dos fuertes hombres le agarraron por los brazos, le hicieron volver a incorporarse y le empujaron hacia adelante sin ninguna contemplación. El arquitecto no opuso ninguna resistencia, pues comprobó con resignación que habría sido un gesto vano. En lugar de eso, optó por agudizar sus sentidos y prepararse para el momento crucial.

¿Habría caído en una trampa? ¿Serían aquellos hombres esbirros a sueldo de algún rival celoso? ¿Se habría dejado convencer Amadeo de llevar a cabo un asesinato por encargo? Bramante lo ignoraba, todo era posible. Nadie renunciaba nunca a aprovechar una ventaja, independientemente de su

coste. Ni siquiera él mismo constituía una excepción, si se consideraba desde cierto punto de vista. Por desgracia, en aquel momento se encontraba en la posición menos ventajosa, la de la víctima.

Mientras tropezaba y avanzaba, Bramante se devanaba los sesos. Si todo aquello era un plan para librarse de él, entonces era tan sencillo como genial: degollarlo en Milán habría llamado demasiado la atención, pero alejarlo de la ciudad y asesinarlo en una población extraña era un plan infalible como la muerte, literalmente. Sin embargo, sentía que algo no cuadraba del todo. ¿Por qué se tomaba alguien tantas molestias para

provocar su súbito fallecimiento? ¿No habría sido más sencillo acabar con él por el camino y atribuirle la desgracia a los bandidos y salteadores? ¿Y por qué precisamente en Rávena?

Los pensamientos de Bramante se superponían los unos a los otros y su miedo crecía. ¿Podría ser aun peor? ¿Acaso serviría como sacrificio en el horripilante rito de un par de fanáticos? ¿Qué puede esperarse de una religión en la que en su momento más sagrado se recita: «¡Éste es mi cuerpo!» y «¡Ésta es mi sangre!»? ¿De una ceremonia que consiste en que la parroquia de fieles consuman la carne y beban la sangre de un crucificado?

«Si salgo vivo de aquí», se juró a sí mismo Bramante, «lo primero que haré será decirle un par de cosas al *messèr* Leonardo y después poner en práctica mi idea de buscar, estudiar, contabilizar y describir las obras arquitectónicas y artísticas de la Antigüedad. Pero antes de eso tengo que huir de este panteón de la fe».

Mientras los esbirros tiraban de él y lo empujaban alternativamente, Bramante intentaba liberar las manos de las ataduras con todas sus fuerzas, pero en vano. Las tiras de cuero se le clavaban más profunda y más dolorosamente en la piel con cada sacudida.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1492

El techo del vestíbulo de la antigua iglesia de San Pedro reposaba sobre doce arcos en representación de los doce apóstoles. Las finas columnas del voladizo eran de una simplicidad extraordinaria. Por supuesto Giacomo no podía reconocer en la oscuridad los frescos de la entrada a la basílica, pero tampoco era necesario. Llevaba aquellas imágenes en su interior: Jesucristo, la madre de Dios, el papa Gregorio el Grande e, inmediatamente por debajo, los evangelistas y los cuarenta y dos ancianos del Apocalipsis, junto con las

imágenes simbólicas de las ciudades de Jerusalén y Belén. Los debates iniciados hacía ya tiempo en torno al valor artístico de aquellas representaciones seguían despertando las iras de los jóvenes. En su opinión, no era de la incumbencia de los hombres juzgar los símbolos de la fe y parlotear como estetas. Para él, eran representaciones sinceras y de lograda perfección. Los frescos eran un vehículo de la verdad y no de la vanidad artística. ¡Cualquier cosa menos arte! Su osadía los llevaba a asentar sus inclinaciones cada vez más por los dioses de los tiempos pretéritos y a comportarse, en el mejor de los casos, como golfos prepotentes y

engreídos. En el peor, ¡como auténticos herejes!

A ojos de Giacomo, la humanidad había perdido la humildad. Aquel que se veía a sí mismo demasiado por encima de los demás se convertía en alguien infeliz, carcomido por la envidia, malo. La herejía alzaba su infernal cabeza por doquier. Él mismo había podido comprobar, pues acababa de regresar de Narbona, que en Francia campaban los valdenses, mientras en Bohemia eran los husitas. Aparentemente no había servido de mucho que se hubiera quemado al líder sectario Juan Hus hacía ya setenta años en Constanza. Sus partidarios simplemente se habían negado a

renunciar a sus prácticas heréticas.

En su fuero interno besó la bula papal de Bonifacio VIII que se había colocado junto al portal grabada en una placa de bronce. El papa la había hecho pública en el año santo 1300, poco antes de su muerte, y ordenaba, en virtud de los ilimitados poderes espirituales y mundanos del vicario de Dios en la tierra, que todos los señores y gobernantes quedaran supeditados a él. «De eso se trata», pensó Giacomo, «de establecer el reino de Dios en el mundo». Aquel era el motivo porque el que había trabajado sin descanso durante los últimos años, agitando conciencias por toda Europa por

encargo de los más piadosos de la curia. Aquel era el motivo por el que se deslizaba apretando el cuerpo contra la pesada puerta de roble de la *porta Ravenniana* a semejante hora de la noche y abría ésta con un ligero chirrido.

El interior de la iglesia se sumía en una tiniebla parcial, solo iluminada por un par de velas y lámparas rituales. Claros rayos de luna, que penetraban por los ventanucos del triforio, yacían sobre el suelo de la nave central, adornado con elaboradas incrustaciones de mármol de colores variados. Las cuatro naves laterales se perdían en la oscuridad. Giacomo rodeó un sillar de

piedra colocado en medio del suelo debido a que, un par de semanas atrás, se había soltado del ensamblaje de las paredes. No se engañaba a sí mismo: la casa de Dios cada día estaba más ruinoso. La necesidad de una restauración se hacía inminente si no se deseaba que los fieles que acudieran a misas y penitencias acabaran heridos por culpa de tejas y piedras sueltas que se desprendieran del edificio. Si se pensaba en ello, era un auténtico escándalo que un templo primordial de la cristiandad, creado para sanar el alma de los peregrinos, pudiera acabar ocasionándoles a estos una muerte prematura.

Arrugó la nariz al percibir un suave aroma a incienso. Experimentaba una profunda repulsión contra todos los olores originados o relacionados con el fuego. A pesar de que en su filosofía personal se incluía la inclinación a no descartar ningún medio en la lucha por la fe no se contaba, sin embargo, entre aquellos que promovían con ligereza los autos de fe. Conocía demasiado bien el olor insoportablemente dulce de la carne humana ardiendo, tanto que parecía haberse quedado clavado en su pituitaria desde que, siendo un chiquillo de nueve años, se perdió por la pesadilla interminable en la que se habían convertido las calles y paseos de su

pueblo, el pequeño obispado catalán de Tortosa. Por aquel entonces, el fuego purificador de los creyentes ardía en llamas que parecían querer alcanzar el cielo mientras los gritos de dolor de los marranos, los condenados judíos, resonaban como un eco en sus oídos. Jamás olvidaría aquel canto agudo, las octavas del dolor.

Ya habían transcurrido diez años de aquello. En aquella época se había quedado completamente solo de la noche a la mañana, separado para siempre de su padre, de su madre, de sus hermanos. Durante días había vagado perdido por la ciudad, se había alimentado de desechos y había dormido

donde había podido. Finalmente, sin un plan determinado, únicamente siguiendo su instinto, se había introducido como polizón en un barco. El muchacho no tenía idea alguna de a dónde se dirigía, pero quería alejarse con todas sus fuerzas de aquella ciudad de muerte. Como en sueños huyó del nido de su culpa. El futuro devenir de su existencia quedaría en manos del Espíritu Santo, pues él mismo se veía incapaz de decidir.

La providencia lo guió a un barco con rumbo a Ostia. Un hermano predicador que viajaba en la misma nave lo tomó bajo su protección y se lo llevó con él a Roma, a su convento. Le

otorgó el sobrenombre de *Il Catalano*, el catalán, e instruyó a aquel dotado muchacho en todas las artes necesarias de la época para convertirse en un paladín de la fe, en una poderosa arma del Señor. El joven adoraba aquel apelativo pues, aunque nadie más lo entendiera, abarcaba toda su vida, su pasado y su presente.

Giacomo se pasó la mano por la frente para borrar de su mente aquellas torturadoras visiones. En ocasiones seguía despertándose en plena noche entre sus propios gritos. El recuerdo de aquellas imágenes de pesadilla regresaba como una penitencia: la carne fundiéndose sobre los huesos, la grasa

humana resbalando sobre las llamas, provocando chispas. Cuando esto ocurría, Giacomo corría a la capilla más próxima, se arrojaba sobre el frío suelo frente al altar para refrescar su cuerpo febril, extendía los brazos en forma de cruz y suplicaba al Todopoderoso: «*Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa...* Señor, perdona mis ofensas y líbrame del mal...».

Nadie creía a aquel muchacho tan adorable como hermoso merecedor de semejante tortura interior. La mayor parte de la gente solía verlo como a un adonis resucitado, esbelto y bien proporcionado. Su rostro, de unos rasgos extraordinariamente finos,

reflejaban una pureza que la vida aún no había estropeado, aunque no le faltaran méritos para ello. Sus grandes ojos azules bajo la orgullosa frente que nunca se fruncía transmitían confianza y hacían que fuera fácil considerarlo un buen compañero de corazón bondadoso. Era un clérigo que lograba que jóvenes y mujeres maduras por igual lo desearan como confesor, las unas por romanticismo, las otras, por experiencia.

Entretanto, Giacomo había llegado hasta el impresionante ciborio del altar mayor. A derecha e izquierda, sendas escalinatas se dirigían al coro y continuaban hacia el ábside, en cuyo vértice se alzaba la cátedra de san

Pedro, el trono del papa. Se arrodilló frente a la reliquia, se persignó, rezó un padrenuestro, un credo y, finalmente, se persignó de nuevo. Después siguió con la mirada las cuatro columnas que se erguían desde el altar y sostenían unas vigas coronadas con un tímpano y una cúpula. Alzó los ojos hacia el friso de las vigas, hacia la representación de san Pedro, clavado a un burdo madero con la cabeza hacia abajo. Giacomo lo entendía a la perfección. Por respeto al Señor, en reconocimiento a sus propios pecados y a su traición, el apóstol no podía ser crucificado de la misma manera que el hijo de Dios, sino en esa otra variante que incrementaba el

tormento. Así, la cabeza de san Pedro señalaba hacia el crucifijo del altar mayor, pero también hacia la *confessio*, la cripta a la que daba acceso un arco de medio punto sellado con una reja bajo el altar. En las profundidades se libraba una batalla.

Allí era donde se encontraba él enterrado, el mismísimo Pedro, la piedra sobre la que se edificó la Iglesia, en el más literal de los sentidos, tal y como Jesús predijo. La tumba del primer vicario de Cristo en la tierra era la auténtica razón por la que el templo más importante de la cristiandad se alzaba precisamente en aquel punto.

Giacomo se alzó, descendió por la

escalera derecha y encontró una puerta abierta en la estrecha pared que daba acceso a unos angostos escalones, sumergidos en las profundidades. Tal y como se le había ordenado, se hundió en la oscuridad. Lentamente fue avanzando, tanteando las paredes. En tiempos remotos, en edades más tenebrosas, se había perseguido a los cristianos y se les había sometido a una muerte espantosa.

Desde las profundidades comenzó a surgir un creciente murmullo de voces y trazos de luz, conforme fue acostumbrándose a las tinieblas. El cálido tono dorado de las velas se volvía más atractivo con cada paso

hacia el abismo. Venían a su encuentro. De pronto, pudo reconocer los escalones. Después, penetró en la estrecha cripta. El corazón le latía desbocado cuando puso los pies sobre aquel suelo que habían tocado los primeros cristianos y sobre el que el emperador Constantino había ordenado construir la basílica más de mil años atrás. Lleno de devoción, Giacomo alzó la mirada.

RÁVENA, *ANNO DOMINI* 1492

Los sicarios habían postrado de rodillas a Bramante. Uno de ellos le desabrochó el jubón mientras un segundo tiró brutalmente del tejido hacia abajo hasta que la ropa se rasgó y compuso una nueva atadura a la altura de los codos y la espalda. Alguien le arrancó también la camisa, de modo que quedó agazapado en el suelo con el

pecho descubierto. Por la mente de Bramante flotó la idea de que aquella era la manera en la que se disponía a los condenados a muerte para su decapitación.

De pronto sintió unos pasos en las cercanías. Escuchó atentamente, era como si un grupo de personas se reuniera. Cuatro o cinco, según sus cálculos, pero podían ser más. Por la forma en la que resonaban las suelas se podía deducir que se trataba de gente de importancia que, en cualquier caso, no llevaban botas sino zapatos con alzas. Escuchó entonces la voz de un hombre que saludaba a un «hermano» antes de volverse hacia él.

—Donato, te pregunto: ¿cuál es tu oficio?

Bramante no había escuchado nunca aquella voz. Era suave y modulada, la voz de un hombre ilustrado habituado a hablar, no dando órdenes, sino realizando discursos frente a una multitud.

—¿Quién quiere saberlo? —replicó Bramante con aspereza.

Se sentía humillado y el orgullo le ganó la partida al miedo.

—Solo debes dar respuestas, no realizar preguntas —respondió con calma el desconocido.

—¿Y si me niego? —porfió Bramante, decidido a llegar hasta el

final.

—Entonces te aguarda la muerte —
sentenció con sobria firmeza el extraño,
tras lo cual inició un silencio que
permitiera al arquitecto asumir sus
palabras.

Bramante no sabía a qué atenerse ni
a qué estarían dispuestos aquellos
hombres en cuyo poder se encontraba.
El mutismo se prolongó dolorosamente
hasta que el desconocido volvió a tomar
la palabra, en un tono ligeramente más
conciliador.

—No es éste un buen comienzo.
Empecemos de nuevo: ¿cuál es tu
oficio?

—Artista y arquitecto.

—¿Estás dispuesto a dar amor al mundo?

Bramante no entendió la pregunta o, más concretamente, no entendió que tipo de pregunta era aquella. Nunca había hallado ninguna objeción al lujurioso juego de la bestia de las dos espaldas pero, antes de poder contestar, el extraño le hizo una advertencia.

—Piensa bien tu respuesta. No se trata del contacto sexual, sino de la comunión del alma con Dios.

«Ah, así que ese gallo nos canta», pensó Bramante y respondió afirmativamente a la pregunta. No había ningún inconveniente en que el alma amara a Dios, siempre que esto no

excluyera otros tipos de amor. Poco a poco fue recuperando la esperanza. La situación iba recordándole más a una ceremonia de iniciación que a un ritual de sacrificio, sin embargo debía mantener la guardia alta. Esperó con los sentidos puestos en el devenir de los acontecimientos.

—¿Estás dispuesto a aprender de tus mayores cómo mejorar el mundo a través de tu arte?

Aquella frase sonó aun mejor y, ante todo, comenzaba a concretar.

—Sí, lo estoy.

—¿Estás dispuesto a honrar a Hiram?

—¡Sí, lo estoy!

—¿Y a Pitágoras?

—Sí.

—¿Y a Platón?

—Sí.

—¿Y a Vitruvio?

—Sí.

—¿Estás dispuesto a renegar de las maneras góticas y de la filosofía escolástica?

—A lo primero, con gran placer; a lo segundo, lo haría si supiera de que se trata —respondió Bramante con una sonrisa de disculpa.

—¡Escucha, pues! Ni los papas, ni los cardenales, ni los príncipes mejoran el mundo y purifican el alma; solo los filósofos, los artistas y arquitectos que

configuramos una antigua hermandad. Nos plegamos al profeta Juan, pues dijo: «Midió la muralla: ciento cuarenta y cuatro codos, medida de hombre que los ángeles utilizan. Y los muros son de jaspe y la ciudad es de oro puro, como nítido cristal».

Dios Padre, el gran arquitecto, construyó la gran ciudad que es el mundo sobre las leyes del amor y de la sabiduría oculta. Colocó a los hombres en medio del mundo para que pudiera contemplar con más comodidad todo lo que había en la tierra. Dios habló al hombre: «No te hice ni celestial, ni terrenal, ni mortal, ni inmortal, para que, como ser libre y creativo escultor de ti

mismo, te honraras y dieras forma en la manera que hubieras elegido. Podrás degenerar hacia las cosas inferiores como las bestias, pero podrás también regenerarte hacia las cosas superiores, que son divinas, conforme tu alma decida».

Por eso te pregunto, Donato: ¿deseas aprender la medida de los ángeles para construir la ciudad de oro, erigir el templo del Todopoderoso según su medida, la medida de Dios? ¿Deseas convertirte en miembro de nuestra hermandad, en un *Fedeli d'Amore*, en un leal al amor, en un Juan de Patmos, en un compañero fiel y un creador inagotable?

Si bien era cierto que Bramante

estaba asombrado, su desconfianza aún no había desaparecido del todo. En concreto aquellas últimas palabras resultaban tan comprometedoras que cualquiera podría acabar en la hoguera por su culpa. Reflexionó entonces, recordando a Leonardo, quien le había preguntado si deseaba ingresar en la alianza de constructores e instruirse en los misterios de la edificación. Si renunciaba por cobardía, aquellas puertas se cerrarían a él para siempre. ¿Podía existir mayor tentación que la de iniciarse en el elevado arte de la arquitectura de Dios? Decidió dar un paso al frente.

—Sí, lo deseo —dijo, con voz firme

y, en ese instante, sintió para su horror que el filo de un puñal o un cuchillo se clavaba lentamente en su pecho.

¿Se habría equivocado? ¿Tras todo aquel ritual se ocultaría realmente una trampa? Su corazón, que no tardaría en ser atravesado por el filo cortante, dio un vuelco de rabia. Sin embargo, la presión cesó de pronto y el objeto punzante se retiró dejando una pequeña herida que, no obstante, producía un dolor penetrante. Simplemente habían pretendido marcarlo, en mayor o menor medida. Bramante tuvo la extraña sensación de que, a su alrededor, un grupo de personas le sonreían, como si la tensión diera paso a una relajación

amistosa.

Las correas de cuero habían provocado que se le durmieran las manos, por lo que apenas se dio cuenta cuando alguien le desató. Le colocaron de nuevo la camisa y el jubón y numerosos brazos lo ayudaron a ponerse en pie. Bramante sintió con nitidez cómo había alguien muy cerca suyo. El aliento de aquel hombre le acarició el rostro. «Qué extraño», pensó Bramante, «no le huele el aliento». Desataron la venda que le tapaba los ojos y pudo mirar a un joven de cabello rubio rojizo, largo hasta los hombros, peinado hacia atrás en una cascada de rizos. La belleza de su rostro, con los ojos azules en forma

de almendra y una boca extraordinariamente sensual, de dientes resplandecientes, blancos y perfectos, solo quedaba ligeramente opacada por una nariz puntiaguda. El desconocido sobresalía media cabeza por encima de Bramante. Iba vestido con una amplia camisa blanca que caía, vaporosa, sobre el pantalón negro.

—Entonces, hermano, has sido aceptado y la sangre de tu corazón sella nuestra alianza de amor —dijo el hombre y abrazó a Bramante.

Paralizado por el asombro, miró a su alrededor: ante él se encontraban cuatro hombres, conocidos suyos, que le sonreían. Eran Leonardo da Vinci;

Francesco di Giorgio, arquitecto de Siena; su rival Amadeo y Giuliano da Sangallo, de Florencia. El joven desconocido se presentó como Giovanni Pico della Mirandola y le dirigió un saludo en nombre de los hermanos que no se encontraban presentes. El poeta Cristoforo Landino y el filósofo Marsilio Ficino eran demasiado ancianos para realizar un viaje tan prolongado y el cardenal Giovanni de Medici demasiado joven, por lo que habría tenido que dar parte a su padre. Era prioritario no obstante, que Lorenzo de Medici no descubriera que su segundo hijo pertenecía a los *Fedeli*.

Leonardo y Amadeo contemplaron

un momento a Bramante en una muda disculpa. Pico, jovial, le tendió un libro con las esquinas guarnecidas de oro. Bramante sostuvo en las manos la *Divina comedia* de Dante, con comentarios de Landino.

—El hermano Dante ocultó en esta obra la peculiar concepción de la estructura del mundo que sostiene nuestra hermandad. El hermano Landino, por su parte, lo comentó de forma sobresaliente. Tómallo, protégelo, léelo y busca los secretos, las palabras tras las palabras, los significados tras los significados. Pero atiende también a la advertencia divina: «vi allí un punto que luz emanaba, tan intensa, que el ojo que

la atrapaba debía cerrarse por su gran fuerza».

—¡Tengo un hambre bárbara! — exclamó Leonardo da Vinci, robándole la palabra a su hermano—. Tened compasión, *messèr* Giovanni, y permitidnos seguir filosofando sobre los secretos del mundo frente al vino y la carne de venado.

—Ay, Leonardo, seguís siendo un enigma para mí: ahora en éxtasis, ahora anclado en la cruda realidad.

—Mi razón se eleva hasta las esferas superiores, pero por desgracia se olvida de llevarse consigo a mi estómago —replicó Leonardo.

Pico sonrió divertido mientras los

demás rompían en carcajadas.

—¿Qué significa esto? —preguntó Bramante señalando las letras grabadas en la parte trasera del lomo de cuero de su libro.

—¿F.S.K.I.P.F.T.? —preguntó Pico, a lo que Bramante respondió asintiendo—. Para todos los ajenos a nuestra hermandad, representan las virtudes: *fides, spes, caritas, justitia, prudentia, fortitudo, temperantia*: fe, esperanza, caridad, justicia, prudencia, fortaleza y templanza.

—¿Y para nosotros? —insistió Bramante.

—Para nosotros tiene un significado más profundo, pues las palabras son lo

que son, pero además son algo distinto, por lo que ocultan significados distintos y más profundos: *Fidei Sanctae Kadosh Imperialis Principatus Frater Templarius*.

—Os ruego que me disculpéis, pero no entiendo el latín.

—Representa el rango secreto de Dante en la orden de los templarios.

—¿Dante era templario? —
Bramante era la perplejidad personificada.

—Abrid el libro que tenéis entre las manos: Purgatorio, canto XXVII, versos del 16 al 19.

Bramante hizo lo que le habían ordenado y leyó:

—«Me protegí alzando juntas las manos, mirando el fuego y pensando con fuerza en los cuerpos humanos que había visto ardiendo».

Alimentada por las palabras del poeta, su imaginación visualizó una hoguera en la que se retorcían figuras humanas, presas del dolor. La voz de Pico le sonó muy lejana.

—¿Qué creéis que quería decir Dante con esto? Hablaba del último gran maestre del Temple, Jacques de Molay, al que quemaron en París en 1314: «pensando con fuerza en los cuerpos humanos que había visto ardiendo».

—Cuando prohibieron la orden y el papa y el rey enviaron al gran maestre a

la hoguera, Dante tenía unos quince años —explicó Leonardo.

—No por casualidad el último verso de este canto reza: «por lo que a ti te coronó emperador y papa» —citó Pico de memoria—. El papa traidor y el rey que lo apoyó habían fracasado y Dante no esperaba más de ellos que malicia y mentira. ¡Cuántos templarios y cuántos *Fedeli* murieron en aquellos tiempos! Pensad en el gran poeta Guido Cavalcanti, amigo de Dante, en el maestro alemán Eckhart o en Marguerite Porète, que precedió a Jacques de Molay en la hoguera de París.

—Todo esto se encuentra codificado en su obra, pues no solo debía mantener

oculta su pertenencia a la orden, sino impedir que se olvidara —prosiguió Sangallo, que hasta entonces había permanecido en silencio.

—Acudamos ahora al habilidoso Girolamo, pues mi estómago no tolera más demora —exclamó Leonardo.

Sin embargo, Bramante, impresionado por todo lo que había descubierto, se retorció inquieto y suplicaba:

—Quiero saber más, no calléis. ¡Por favor, seguid hablando!

—Más tarde, amigo mío —le prometió Pico—. Por el momento nos daremos por satisfechos. Encierra lo que has escuchado en lo más profundo de tu

corazón, no lo dejes marchar, cada palabra que reveles a un extraño significará tu muerte segura. Recuerda: «pues mi rostro es la prisión del amor».

Todas las súplicas y protestas fueron en vano, el grupo de hombres situó a su nuevo hermano Donato en el centro de la comitiva y puso rumbo a la hospedería de Girolamo.

Por el camino, Bramante descubrió que el ritual de iniciación en la hermandad se realizaba en aquel templo porque se trataba de un edificio de planta central que Dante había adorado y en la que se encontraba su tumba. Podía reconocerse como una iglesia de la hermandad por la rosa de piedra de la

entrada, que los *Fedeli* habían ocultado mediante aparentes degradaciones hábilmente realizadas.

Mientras el conjunto caminaba por las calles de Rávena, conversaban acerca de los fundamentos de su nuevo arte de edificación, que se basaba en la medida de los ángeles utilizada por el arquitecto Hiram en Jerusalén cuando el rey Salomón le encargó la construcción de su templo. Estaban convencidos de que esa misma medida podía apreciarse en las antiguas obras de arte y arquitectura, oculta en sus proporciones. Era un concepto aplicable a los edificios, pero aun más a la estructura de los estados. Habían decidido reunir

fondos. Bramante, por su parte, debía llevar a cabo la misión de realizar un registro de todas las construcciones y ruinas antiguas desde Roma hasta Nápoles. Antes, no obstante, debía estudiar profundamente, bajo la tutela de Leonardo, el poema cosmogónico de Dante, así como a teóricos de la arquitectura como Vitruvio y Alberti, que él ya conocía parcialmente. Una vez preparado, podría iniciar su labor.

Una vez llegados a la posada El habilidoso Hiram, los *Fedeli* se consagraron al delicioso banquete que Girolamo les había preparado. En ningún momento mencionaron nada de lo

hablado en San Vitale. Bramante se propuso preguntarle a Leonardo por todos aquellos sujetos recién conocidos, pues cuando había escuchado sus nombres, solo había podido hacerse una imagen incompleta. Todos ellos parecían haber sufrido una transformación: sus graves pensamientos se habían diluido y solo se preocupaban por los placeres mundanos. Había músicos interpretando y la muchacha que Bramante había solicitado se aproximó a la comitiva con una sonrisa tan encantadora como la de los dos hermosos jóvenes que Leonardo se había traído desde Milán.

—¿Dónde demonios se ha metido el conde? —exclamó Bramante de pronto,

mientras miraba a su alrededor.

—Sabed, amigo mío, que *messèr* Giovanni Pico della Mirandola solo puede permanecer un par de horas en cualquier ciudad extraña: cada vez que parte deja atrás, sin duda, algún amorío que lo espera y que él visita nada más regresar. Es un favorito de la diosa Fortuna, nuestro conde. El demonio sabrá por qué, ¡pero las mujeres lo adoran! —le explicó Leonardo.

—¡Maldito sea mil veces! Si ese hijo de Satán es tan diestro con la polla como con las palabras, ¡es fácil de comprender! —maldijo Bramante, tras lo cual atrajo a la exuberante muchacha a su regazo.

La joven sostenía un cuenco con cerezas del que tomó un puñado de las delicadas frutas y se lo llevó a la boca. Las masticó sonoramente y después escupió las pepitas, mientras el jugo se le iba escapando por las comisuras de los labios y goteándole sobre el corpiño abierto hacia los pechos desnudos. Rojo como la sangre.

—Déjame lo que quede de esos frutos —ordenó Bramante, juguetón, mientras la tomaba de la barbilla, se aproximaba la boca y la besaba con vehemencia.

Sus labios le parecieron tiernos y la fruta, incomparablemente dulce.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1492

Giacomo contó once hombres en hábito monacal reunidos en torno a un pequeño altar sobre el que ardían tres gruesos cirios, puros y claros como el fuego de sus corazones. No solo había dominicos, también franciscanos con sus túnicas pardas, así como agustinos, reconocibles por sus capas cortas abotonadas, los benedictinos con sus

grandes cintos y la cruz al pecho y, finalmente, los camaldulenses, inconfundibles gracias a su basto manto blanco.

La prolongación del túnel que conducía verticalmente hacia las profundidades de la tumba de san Pedro estaba conformada por paredes con inscripciones grabadas en rojo. Al mirar hacia abajo, los ojos recaían sobre un burdo arcón de piedra que se encontraba a diez codos de profundidad. En él reposaban los restos mortales del primer apóstol. El humilde sarcófago otorgaba legitimidad al poder papal desde hacía treinta generaciones. Cada uno de los once hombres presentes en el habitáculo

conocían al pie de la letra las palabras del Señor: «Y yo te digo: Tú serás Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno nunca prevalecerán. A ti te daré las llaves del reino de los cielos». Antes que traicionar el mandato implícito en aquellas palabras, cada uno de ellos estaba dispuesto a asumir el martirio. Lo habían jurado. No había motivo alguno para dudar de la sinceridad de sus votos.

Giacomo lo sabía. También sabía que en el seno de la cristiandad se había vuelto común que sacerdotes, obispos, incluso cardenales o hasta papas no solo pecaran, sino que en su afán de obtener

placer, lujo, poder y riqueza, ni siquiera los pecados capitales lograrán ya conmoverlos y, en ocasiones, compitieran por superarse en sus fechorías. Los once hombres repudiaban desde lo más hondo de sus corazones aquella renovada simpatía por el mundo pagano que en las últimas décadas se había vuelto tan popular, aquel nuevo amor por la Antigüedad que había irrumpido como una plaga y sometido sin distinción a clérigos, teólogos, filósofos y príncipes. Por ello se habían denominado a sí mismos la Hermandad Secreta de los Perfectos, *Archiconfraternita de Perfecti in Segreto*. Se consideraban cruzados y

aspiraban a la forma más perfecta de fe.

Una vez al mes, poco antes de la medianoche, se desprendían de sus hábitos para eliminar cualquier distinción de rango o clase visible en sus ropas y se introducían a escondidas por la entrada lateral de la antigua basílica, el venerable templo que Constantino el Grande había erigido sobre el *mons vaticanus* como una señal de que la cristiandad reinaba sobre el mundo.

Los cruzados de la fe se habían ocultado cabeza y rostro con capuchas. La ranura restante dejaba únicamente libre las bocas y los ojos. Las figuras producían un efecto lúgubre, casi

fantasmagórico, en aquella cripta iluminada únicamente por tres velas. Giacomo, hasta entonces, había tenido como principal cometido realizar peligrosas misiones en pro de la hermandad y, finalmente, había llegado el momento de convertirse en uno de sus miembros. Era el instante cumbre de su existencia, sin duda. Pensó que aquel debía ser el sabor de la dicha, agridulce. Una felicidad tan poderosa que se sentía atemorizado por su magnitud.

Cuando Giacomo penetró en la cripta, el prior de la hermandad, Francesco Todeschini Piccolomini, hizo una señal. Los hombres se retiraron las capuchas y se arrodillaron para rezar.

Giacomo vio en los rostros bondadosos y honrados de aquellos hombres que estaban inundados de fe. El prior inició el rezo del credo y todos prosiguieron sus palabras:

—*Credo in unum Deum, patrem omnipotentem, factorem caeli et terrae visibilium omnium et invisibilium*: creo en Dios, Padre, Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

—Amén—contestaron a coro.

El cardenal Piccolomini se levantó y los restantes lo imitaron.

—Mis queridos hermanos —comenzó—, se ha iniciado una era terrible. Nuestra madre Iglesia sufre a

manos de cualquiera el oprobio, la amenaza o incluso el expolio, como hizo el rey de Nápoles. Pero eso ya lo sabéis. También os recuerdo de la muerte a manos de herejes de nuestro amado hermano Pedro Álvarez.

Sin embargo, contamos con un joven de valor que ocupará su lugar. El hermano Giacomo, llamado el Catalán, de la sagrada orden de los dominicos. Español, como el hermano Pedro, pero, ¿qué importancia tiene eso? Es un hombre de fe, de edad aún temprana pero, ¿acaso se interpone eso en su resolución?

Llevamos mucho tiempo observándote, Giacomo, e imponiéndote

duras tareas. Has completado todas con destacada eficacia. Por eso queremos darte la bienvenida como miembro de nuestra hermandad. ¡Arrodíllate, hijo de Dios!

Giacomo cumplió la orden. El orgullo y la dicha le llenaban el corazón y un escalofrío de santidad recorrió todo su cuerpo.

—Jura que nunca traicionarás al Señor, tu Dios, ni a tus hermanos; que tú, al igual que Jesús, que san Pedro y san Pablo y que todos los muchos mártires de la fe aceptarás el tormento y que, en tu momento de mayor necesidad, recordarás cuando Jesucristo, en la cruz, proclamó: «Padre, si es posible, aparta

de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya». ¡Jura! ¡Realiza un voto de lealtad y silencio en nombre del Señor!

—¡Lo juro!

—¡Jura que llevarás a cabo cualquier misión encomendada por nuestra sagrada hermandad sin reparos y con amor en tu corazón!

—¡Lo juro, por la gracia de Dios!

Los reunidos apoyaron su juramento murmurando un amén. El prior presentó entonces a Giacomo al resto de los miembros de la hermandad. A algunos los conocía ya en persona, pero no había ninguno del que no hubiera oído hablar nunca, ya fueran cardenales, obispos,

arzobispos o archiabades. De Aquino, Robert de Lecce, de Padua, Pietro Barosi, de Nápoles, Oliviero Carafa... Todos aquellos hombres venerables y admirables fueron dedicándole un beso fraternal de bienvenida. Por fin era uno de ellos, lo sería para siempre. Si alguna vez se mostraba desleal, los traicionaba o pretendía abandonarlos, pagaría con la muerte, pues solo la muerte, de una u otra forma, podía poner fin a su membresía en la hermandad.

Para concluir, los miembros de la archihermandad celebraron juntos una cena. El ritual de iniciación concluía al lavar Giacomo los pies de sus nuevos hermanos, según la antigua y bella

tradición.

Tras discutir las novedades y los posteriores procedimientos, al recién nombrado se le encomendó una peligrosa tarea: luchar contra una alianza secreta consagrada a todo tipo de excesos, en definitiva, enemigos de la fe, nuevos herejes.

—¿Cuál es el nombre de esos impíos, prior? —preguntó Giacomo, concentrado ya en su nuevo cometido.

—Desconocemos el apelativo que utilizan, pues sabemos muy poco de ellos. Únicamente de lo que un confesor que nos es afín nos ha informado. Los herejes pretenden saber más de lo necesario y han tomado como modelo al

arquitecto bíblico Hiram. Se interesan por la astrología y la alquimia y pretenden cambiar el mundo a través de la arquitectura. El autor pagano Vitruvio se encuentra entre sus nuevos profetas, así como el griego Platón y el príncipe sodomita de los magos, el egipcio Hermes Trismegisto. Incluso se vinculan con los judíos, pues leen sus heréticos libros, como la cábala. Se infiltran en las órdenes religiosas y, en su espantoso crimen, reciben el apoyo de soberanos mundanos e incluso de príncipes de la Iglesia, de los mismos hombres cuya obligación sería la de proteger la sagrada cristiandad.

Un murmullo interrumpió el

apasionado discurso del prior. El odio y la indignación se pintaba en los ojos de los reunidos.

—¡Pretenden construir en Pavia una catedral a la manera de los templos de los ídolos! ¡Un edificio pagano circular! —exclamó el enjuto Robert de Lecce.

Giacomo preguntó qué había de reprochable en un edificio de planta circular, excusándose en su ignorancia en materia arquitectónica. Alessandro Carafa le explicó que la estructura de basílica estaba diseñada para el rito latino, para celebrar la santa misa. La parroquia debía reunirse en la nave mientras el sacerdote, que la mantenía a sus espaldas, se dirigía hacia Dios. De

esa forma, él se constituía en mediador entre Dios y los hombres; era, sin duda, menos que Dios, pero más que un hombre cualquiera, pues a través de su casto y ejemplar modo de vida se volvía digno de departir con los santos.

—Al menos, así debe ser —exclamó Piero Barosi con amargura.

—Sin embargo, un edificio circular constituye un lugar de asamblea para los supersticiosos, ¡para los que se consideran el centro del mundo y no se inclinan con devoción y humildad ante Dios y sus sacerdotes! Se abren en todas direcciones y a todos permiten el paso: han perdido el rumbo —se acaloró Carafa.

—¡Por eso te digo que la iglesia que han comenzado a construir en Pavia es demoníaca! —prosiguió el prior—. Su principal objetivo es convertir las casas de Dios en templos paganos. Largo tiempo hace que la principal iglesia de la cristiandad, el hogar de san Pedro en el que humildemente nos hallamos ahora, precisa de una restauración, pero no es aconsejable llevarla a cabo pues, ¿cómo sabríamos si uno de esos herejes no convertiría nuestra sagrada basílica en un campo de recreo para el diablo? ¡Serían capaces!

Su líder es un joven conde: Giovanni Pico della Mirandola. Ha redactado ciento nueve tesis con las que pretende

sustituir la cristiandad por la magia y la cábala. Sostiene que todo ello puede tener un lugar en el seno del cristianismo pero, mi querido hermano, si la fe de Cristo se abriera de forma tan poco escrupulosa, no se distinguiría de un saco repleto en el que todo tuviera cabida. ¡Y ese es precisamente el objetivo de esos indecentes! Precisamente por eso el santo padre ha condenado al conde por hereje y le ha impuesto justamente la excomunión. Sin embargo, ¿de qué sirve eso si hombres poderosos como Lorenzo de Medici lo protegen!

—¡No podrá librarse de la ira de Dios! —proclamó Robert de Lecce.

—Sé un instrumento de Dios, Giacomo —le dijo el prior, mirando al joven dominico directamente a los ojos.

El encargo de Giacomo consistían en ganarse la confianza del conde Giovanni Pico della Mirandola y, en el mejor de los casos, convertirse en su secretario. De esta manera, podría descubrir más información acerca del secreto vínculo de los herejes y matar a su superior cuando llegara el momento preciso. Para ello, debía emplearse con prudencia y habilidad, pues la inesperada muerte del joven filósofo, conocido en toda Europa, no debía parecer un asesinato. La defunción no debía relacionarse bajo ningún concepto con la Iglesia.

Giacomo no se concedió ni un segundo de descanso. En las primeras horas de la mañana partió sin demora.

MILÁN, *ANNO DOMINI* 1494

—¡Deja de una vez de dormir la borrachera!

Donato Bramante volvió en sí y se incorporó en la cama, aún medio embriagado, se pasó la mano por la calva y eructó.

—¿Qué hora es?

—Mediodía, pero eso no importa —
repuso Leonardo da Vinci,
malhumorado.

Su mirada fría y sin compasión se

posaba sobre Bramante, que se encontraba en un estado lamentable. El cuerpo oloroso del arquitecto estaba cubierto únicamente por una camisa no demasiado limpia. Los zapatos, pantalones, jubón y manto, así como el tahalí, aparecían desperdigados por el suelo. Al tratar de mirar al inesperado visitante, un rayo de luz azotó los maltratados ojos de Bramante, haciéndole estremecer. Levantó un pliegue de la manta, gimió y finalmente se arrastró como un escarabajo bajo el pesado damasco que cubría el colchón.

—¿Qué estás buscando?

—¡Una mujer!

—¡No hay ninguna mujer aquí! —

replicó Leonardo, irritado.

—¿Ninguna? —dijo Bramante, surgiendo visiblemente asombrado mientras se rascaba la cabeza—. ¿No hay ninguna mujer conmigo? Qué extraño, hubiera podido jurar... Lo habré soñado pero, ¡qué sueño! Cielos, qué mujer más...

—¡Calla! —exclamó el pintor, furioso, alzando la mano en gesto implorante.

«Qué bien combina el terciopelo negro de sus guantes con su cabello de plata», pensó Bramante, que lo observaba por las rendijas que eran sus ojos.

—Oh, mi cabeza —gimió e intentó

mover su pesado cráneo lo mínimo indispensable.

El artista de Vinci no tuvo compasión con el estado de Bramante: habló con él con mayor impaciencia si cabe. Traía preocupantes noticias de Florencia. El poeta Angelo Poliziano había caído en desgracia por culpa de una violenta locura colectiva, los Medici había tenido que huir del fanático predicador Savonarola y sus seguidores mientras que el conde de Mirandola yacía enfermo, azotado por la fiebre. No cabía esperar ayuda alguna de Giuliano da Sangallo, pues se encontraba en Roma, fuera de alcance. Landino era demasiado anciano y vivía

por entonces en su hacienda personal, igual que Ficino. Giovanni de Medici no solo era demasiado joven sino que además había tenido que huir vestido de monje para salvaguardar su propia vida. Con la excepción de Pico, aparentemente no quedaba ningún *Fedeli d'Amore* más en la ciudad del Arno. Al menos un miembro de la alianza debía ponerse en marcha de inmediato para visitar a su prior y prestarle ayuda en caso de que Pico la necesitara.

Bramante, quien sentía un profundo afecto por el conde, no dudó un segundo. Se enjuagó la boca con algo de vino que le quedaba en una jarra junto a la cama, se sacudió y llamó a su criado:

—¡Giorgio, hijo de puta, bastardo, miserable, trae mis bártulos de viaje y ensilla a mi caballo, que tengo que irme!
—bramó.

Se puso de mala manera los pantalones, el jubón y una de sus botas mientras buscaba la otra con avidez. Cuando Giorgio apareció, le dio breves explicaciones acerca de su partida. Tras esto, siguió buscando la segunda bota mientras saltaba sobre el pie calzado. Finalmente optó por echarse al suelo boca abajo y registrar el suelo, hasta que encontró la ansiada prenda bajo la cama. Sin embargo, dada la escasa longitud de sus brazos y el grosor de su panza, no pudo alcanzarla, por lo que ordenó a

Giorgio que la cogiera por él. Cuando el magro sirviente la tuvo finalmente en sus manos, el arquitecto se la arrancó y le golpeó con fuerza en la espalda, como castigo por su tardanza.

Bramante se volvió de nuevo hacia Leonardo. Su amigo se mostraba en su habitual estado de suma pulcritud. Solo su largo cabello, que caía en elegantes ondas sobre los hombros, parecía un tanto revuelto, lo que se correspondía muy poco con su naturaleza.

Bramante salió a toda prisa hacia la habitación contigua, cogió su bolsa de dinero, eligió tras meditarlo dos puñales y un estoque como armamento, salió apresuradamente de la casa y saltó sobre

su oscuro caballo, al que espoleó con más fiereza de la acostumbrada. En el camino de Milán a Florencia bajó únicamente de la silla para cambiar de montura cuando el animal por poco muere de agotamiento. Lo que Leonardo le había contado le causaba una profunda conmoción. En aquella ocasión, a diferencia de lo que solía ser su costumbre, no se tomó su tiempo para descansar, beber, llenar el buche y alternar con prostitutas. Las circunstancias tampoco eran las más adecuadas, pues no lejos de Milán había estallado la guerra. Entre los ya conocidos horrores que ésta solía traer consigo, como los edificios incendiados,

las torturas y la violaciones, en aquella ocasión había incluido, además, una enfermedad transmitida por los franceses que, por lo que le habían advertido con insistencia, se contagiaba sexualmente y, así, saltaba de hombre a mujer y de mujer a hombre, haciéndolos caer en la miseria y la locura. Los tiempos eran duros; el tierno conde, no. Por eso Bramante debía apresurarse.

En cuanto abandonó Lombardía y llegó al gran ducado de la Toscana, el bestial olor de la guerra lo golpeó con furia. La inmundicia y la sangre, las poblaciones destruidas y expoliadas, los cadáveres desperdigados, una tropa de soldados a quienes prefirió evitar, todo

ello no hizo sino apresurarlo aun más. Una desconocida sensación de tristeza lo asaltó, gris como el clima de noviembre, con sus nieblas repentinas, sus fríos aguaceros, su crueldad. Desde el camino aún se podían contemplar los campamentos de los ejércitos. Los miserables fuegos frente a las tiendas churruscaban más que quemaban el follaje húmedo que se había utilizado para prenderlos.

FLORENCIA, *ANNO DOMINI*, 1494

Tras tres días y medio de cabalgada salvaje y escaso sueño, Bramante alcanzó finalmente la ribera del Arno. El frío y la humedad le habían llegado ya hasta los huesos y no le cabía duda ninguna de que padecía reuma o gota. Arrastrada por la corriente, el flotante cadáver de una vaca aparecía tan hinchado que amenazaba con estallar.

Aquella imagen lo entristeció.

Aún se encontraba preso del influjo de Saturno cuando llegó a las murallas de la ciudad. Apenas quedaba nadie que vigilara la puerta, prácticamente abandonada. Los muros, negruzcos y húmedos, ofrecían un aspecto poco halagüeño y la guarnición tampoco daba muestras de ofrecer ninguna resistencia ante un posible ataque.

Bramante comprobó que la vida en la ciudad, en las calles y plazas, había cambiado mucho. Todo parecía, de alguna forma, más inconexo y desordenado, ajeno al ritmo de la vida cotidiana, como si ya no existiera un poder superior, una autoridad. «Como un

mundo dejado de la mano de Dios», pensó y sus propias ideas lo atemorizaron. Gente encorvada cubierta de unos harapos que les otorgaban el aspecto de buitres monstruosos ofrecía en trueque objetos que difícilmente podían pertenecerles. Resultaba evidente que debían haber obtenido aquellos raros artículos mediante el saqueo de las viviendas de los partidarios los Medici. En uno de los callejones, una mesa desvencijada con solo tres patas sanas le obstaculizó el paso. Bramante la apartó de una patada sin sacar el pie del estribo. La suciedad, la decadencia y los escombros cubrían los adoquines del suelo como una

segunda y desconchada piel. Con la excepción de las prostitutas más humildes, ninguna mujer se atrevía a poner un pie en la calle, pero tampoco apareció a su vista ningún hombre prominente. Había llegado el apogeo de la chusma.

Un profundo abatimiento cayó sobre Bramante. Ignoró el lamento popular y dirigió directamente su caballo hacia la catedral, en cuyas cercanías residía Giovanni Pico della Mirandola.

Desmontó frente a la casita del conde con el puñal en ristre y ató su corcel a una de las tres anillas metálicas colocadas en la pared. Sacó entonces el estoque de la silla y se lo colocó en el

tahalí. Cuando llamó a la puerta, ésta se abrió de inmediato: solo estaba entornada. Como nadie salió a su encuentro, continuó hacia el interior.

—¡Señor Conde! ¡Pico! —llamó ruidosamente, sin obtener respuesta.

No encontró un alma ni en el vestíbulo ni en la cocina, aunque había lumbre en el fogón. ¿Dónde demonios estaban sus criados, dónde estaba su secretario? Pico siempre había descrito a este último como un ejemplo de formalidad. ¿Dónde estaba ahora el tan valorado asistente?

Bramante se devanó los sesos pero no logró recordar el nombre del secretario. Se precipitó hacia las

escaleras de piedra que conducían al *studiolo* asolado por terribles presentimientos. Llamó de nuevo y, una vez más, nadie contestó. Empujó la puerta de roble ricamente decorada con grabados. El cuarto de trabajo de Pico ofrecía un aspecto crepuscular, debido a los numerosos libros colocados en las estanterías, y el gran armario de ébano colocado a la izquierda hacía parecer la estancia más pequeña de lo que en realidad era. El olor agrisado de la descomposición azotó la nariz de Bramante.

El señor de la casa estaba sentado en su escritorio. La cabeza y la parte superior del tórax reposaban sobre su

superficie, como si el conde se hubiera quedado dormido a media lectura.

—¡Hermano Giovan! —exclamó Bramante.

El conde no se movió.

—¡Hermano Giovan! —gritó el arquitecto, aun más alto.

Entonces, se dirigió hacia el escritorio, hizo un rodeo esquivando la informe masa rosácea que salpicaba el suelo y agitó el hombro de su amigo. El cuerpo de Pico se plegó sobre sí mismo, resbaló de su posición y dio pesadamente contra el suelo. Bramante se inclinó sobre su camarada y contempló, espantado, sus ojos inertes. Estaban fríos, como jacintos azules,

impotentes ante la locura de los tiempos. No, aquellos ojos no eran los de Pico, carecían de su ironía, de su carácter burlón y amistoso, del candor humano que siempre derrochaba. Eran unos ojos ajenos, los ojos de un muerto. Con un último atisbo de esperanza, Bramante tomó del escritorio una pluma y colocó la parte más vaporosa frente a la boca del sabio. Ni la fibra más algodonosa se movió.

Todo su cuerpo rompió en violentos sollozos. Giovanni Pico della Mirandola ya no respiraba. Bramante no era capaz de asumirlo. Contempló durante largo rato el cuerpo inerte. Solo con gran esfuerzo logró recobrase del impacto y

la inmovilidad en los que le habían sumido el dolor. Reprimiendo su furia registró el cadáver. No encontró signos externos de violencia física. ¿Habría sido la enfermedad? ¿O un veneno? El peculiar tono del contenido gástrico desparramado por el suelo le hizo decantarse por la segunda opción, pero no era médico.

Con toda la dulzura de la que era capaz cerró los ojos de su amigo y, entre lágrimas, rezó un padrenuestro. No le fue sencillo recordar la oración entera en voz alta, aunque solía vanagloriarse de su buena memoria. Sin embargo, se esforzó, pues se consideraba responsable de aquel extraordinario

individuo. Al parecer, Pico había muerto sin nadie que le proporcionara consuelo, sin un sacerdote que hubiera permanecido a su lado. Qué tristeza. Precisamente él, que tanto había amado a la raza humana, había muerto como un perro.

Tras unos momentos, el arquitecto se enjuagó las lágrimas y se levantó para buscar a un médico. Tardó bastante en encontrar a un hombre que finalmente, gracias a una combinación de dinero y contundentes amenazas, se dejara convencer de acompañarlo a casa de Pico.

Mientras el médico examinaba al muerto, Bramante inspeccionó el

escritorio del conde. Una sonrisa melancólica apareció en su rostro cuando encontró una pequeña pintura. En ella, Pico aparecía representado como el rey Salomón y él mismo ejercía como su arquitecto, Hiram. Lo había concluido el año anterior, como regalo para el conde. Un sonriente Giovan había tomado en sus manos el dibujo y citado la Biblia: «Y Salomón envió a Hiram este mensaje: “Tú sabes que mi padre, David, no pudo construir el templo al nombre del Señor, su Dios, por las continuas guerras con sus enemigos [...] Pues ve que he decidido construir el templo al nombre del Señor, mi Dios, como el Señor había dicho a mi padre,

David: ‘Tu hijo, al que sentaré en tu trono en tu lugar, edificará el templo en mi nombre’”». Después de eso había reído alegre y un tanto burlón.

Aquellas palabras permanecieron como clavadas en la mente de Bramante. Su mirada se posó sobre una mesa de cobre en la que se representaba Jerusalén con un templo redondo con una gran cúpula.

—*Messèr!* —exclamó el médico—. El muerto tenía esto en la mano.

Le tendió a Bramante un anillo dorado en el que, rodeado por un ligero engarce aún más dorado, había incrustada una gema negra. El arquitecto, fascinado, contempló el

anillo a la luz y descubrió que éste tenía un monograma. Diestro como era en estas cuestiones, encontró un mecanismo en miniatura oculto en la joya, mediante el cual se abría el engarce.

El diminuto hueco albergaba una hojita de papel. Bramante la recogió y la desdobló con toda la precaución que sus grandes manos le permitían. Estaba cubierta de insignificantes signos que el arquitecto no supo reconocer, por lo que decidió que debía descifrarlos. Dado que sabía que Pico había estudiado la cábala en su lengua original, dedujo que el mensaje debía estar escrito en hebreo. Sin embargo, con esos endiablados ojos suyos no era capaz de diferenciar unos

signos de otros en aquel papelito. Y sus siempre útiles anteojos estaban en casa, sobre su mesa. «Ahí están bien», susurró, aunque en el fondo sabía que no había tenido forma alguna de saber que iba a necesitarlos.

Bramante devolvió el pequeño pergamino a su escondite, cerró el mecanismo y se guardó el anillo. Ya se preocuparía después por él. Pensativo, murmuró:

—Las muertes comenzaron con Angelo Poliziano, ahora Giovan y después, ¡ya no quedará nadie!

—¿Perdón? —preguntó el médico.

El arquitecto miró al desconocido con ojos vacíos. Tras unos instantes,

volvió a su ser y gruñó:

—¿De qué ha muerto?

—De fiebres o de...

—¿O de...?

—Envenenamiento.

—Cielo santo, entonces, ¡es cierto!

—No es algo seguro.

—¿Podríais comprobar la causa exacta de la muerte?

—En otros tiempos, quizá, pero no ahora. Buen hombre, los franceses se han echado sobre la ciudad. Y fray Savonarola, que es quien se encuentra en el poder ahora y bajo cuya protección está la ciudad, ha prohibido que se abran los cadáveres.

Inició entonces el médico una serie

de extensas explicaciones salpicadas de latinajos. Bramante entendió lo suficiente como para comprender que no encontraría a nadie que quisiera realizar una autopsia y enfrentarse a la pena de muerte que ello conllevaba. En aquella ciudad antaño orgullosa todo el mundo parecía temer al tenebroso predicador Savonarola. Y lo llamaban libertad. Liberados del yugo de los Medici, habían caído en la tiranía de los fanáticos. «La gente no sabe qué hacer con la libertad», reflexionó Bramante, siniestro. Apartó entonces los oscuros pensamientos de su mente y devolvió su atención al que yacía tendido cerca suyo.

—¿Cómo puedo organizar su enterramiento?

—Id a ver a Federico, el carpintero. Vive en Santa Croce, frente a la iglesia franciscana. Conoce a todos los sacerdotes y cementerios. Si hay alguien que pueda ayudaros, es él. Saludadlo de mi parte y no escatiméis con el pago: si queréis ser piadoso y respetable, no dejéis que la tacañería la sufra el muerto.

Cuando Bramante salió a la calle para iniciar los trámites del entierro, se percató de que llovía. Sin embargo, no sentía ese tipo de frío húmedo que obligaba a encogerse y a temblar, sino esa gelidez que se expandía desde el

interior. De pronto lo asaltó el miedo, un pánico terrible a morir tan solo como su amigo Pico, el favorito de los dioses y de las mujeres. Los dioses eran traicioneros. Y, ¿qué decir de las mujeres? Si quería descubrir más detalles acerca de la muerte del conde, debía encontrar a su secretario. Sin embargo, éste parecía haberse desvanecido en el aire.

Giacomo il Catalano, quien durante dos años había interpretado para Pico el papel del secretario Sebastiano, acababa de dejar la ciudad a sus espaldas cuando reparó en la pérdida de su anillo. Sin perder un instante, hizo

volverse al caballo y cabalgó de vuelta, pero ya era tarde. Impotente tuvo que observar cómo un hombre de gran tamaño y mirada furiosa, escaso de cabellos y que sin duda no iba armado por afición, penetraba en casa del conde acompañado de un médico. Giacomo esperó impaciente. ¿Qué retendría a aquellos dos hombres en el interior de la vivienda durante tanto tiempo? ¿Acaso conseguirían salvar de alguna manera la vida de Pico? Giacomo se reprochó no haber esperado hasta la muerte definitiva de su víctima. Puesto que conocía la causa de su desidia, su error lo enfurecía aun más. Por primera vez un sentimiento banal había dificultado la

ejecución de un encargo.

Cuando el extraño y el médico finalmente salieron de la edificación y se perdieron en la llovizna, se encerró de nuevo en el *studiolo* con el corazón saliéndosele del pecho. Dio las gracias al cielo al encontrarse al conde muerto, lo que le ahorra el penoso deber de tener que rematarlo. Le resultaba extrañamente incómodo encontrarse en la misma habitación que el cadáver del blasfemo pero no le quedaba más opción: debía encontrar el anillo. Tanteó la ropa del muerto, buscó por el suelo y registró el escritorio. El anillo no aparecía. Apenas se atrevió a pensarlo, pero no quedaba más explicación que la

de que el extraño lo hubiera cogido.

En el mismo instante en que la sospecha lo recorría, llegó a sus oídos el ruido de pasos y de voces. Había caído en una trampa y se exasperó al recordar que, como simple secretario del conde, no portaba más armas que un pequeño cuchillo. Conocía la habitación demasiado bien como para buscar un escondite: no había ninguno. Solo la mesa, las sillas, las estanterías y el negro armario, repleto de extraños manuscritos y utensilios de escritura como plumas, tinta y rollos de pergamino.

Los pasos crujieron sobre las tablas que precedían a la habitación en la que

se encontraba. En menos de un minuto los desconocidos se encontrarían frente a él. La única opción que le restaba era la de lanzárseles al cuello en cuanto entraran en la habitación y esperar que eso les sorprendiera lo suficiente como para no poder defenderse. Giacomo no sentía miedo ni pesar, su vida le parecía un mero trámite transitorio. Dirigió una breve oración al cielo pero no tardó en volver a su ser, levantarse y, movido por una inspiración repentina, se encaramó en la ventana y se deslizó por la cornisa, donde el viento y la lluvia le azotaron el rostro como un húmedo bofetón. ¡Quizá aún lograra huir con éxito!

—¡Ahí está el bellaco! —oyó

bramar a un hombre tras él.

Giacomo il Catalano no se atrevió a volverse. Ya tenía demasiadas preocupaciones intentando no resbalar por la pared húmeda.

—¡Detente, canalla! —gritó el hombre—. ¡Te lo ordeno!

Un crujido indicó a Giacomo que el fortachón trepaba tras él por la ventana y lo seguía. Cuando colocó el pie sobre el amplio muro de un codo de grosor que separaba el patio trasero de Pico del de su vecino, reflexionó brevemente sobre si debía saltar al terreno colindante, pero desterró rápidamente aquella idea. En caso de que el acompañante de su perseguidor estuviera mirando por la

ventana, podría correr rápidamente hacia la casa vecina y cortarle la retirada. Sería mejor continuar por el muro hasta el patio opuesto. El camino y la propia parcela de viviendas eran demasiado extensos como para que su perseguidor pudiera darle alcance por el otro lado. Las resbaladizas suelas de cuero de sus zapatos y el húmedo musgo que cubría el muro, no obstante, constituían una situación igualmente peligrosa. Giacomo dejó su destino en manos de Dios y fue avanzando paso a paso. Cuando alcanzó el final de la pared, dio gracias a su creador, que no lo había abandonado durante su arriesgada empresa y se apoyó,

aliviado, en una columna. Le pareció un tanto fuera de lugar lo perdida que ésta se encontraba en el muro posterior del patio, como si hubieran planeado colocar más columnas en el pequeño jardín pero el proyecto nunca hubiera llegado a realizarse.

Giacomo corrió por el patio, abrió la puerta posterior de la casita y se precipitó por el pasillo. A la derecha se encontraba la escalera que daba al *piano nobile*. A la izquierda se encontraban los aposentos del servicio. A través de una puerta abierta comprobó que en la estancia un grupo de saqueadores se encontraba en plena labor. Se asustaron al verlo, pero de

inmediato continuaron escarbando y exoliando al comprobar que él no se interesaba por ellos.

De pronto sintió como dos fuertes manos lo agarraban de los hombros. Su perseguidor había sido más rápido de lo que había pensado. Su única opción sería luchar. Si aquel hombre veía sus rasgos, tendría que matarlo.

FLORENCIA, *ANNO DOMINI* 1494

Tras realizar un salto decidido, Bramante había logrado agarrar de los hombros al presunto asesino de Pico. El desconocido se movía con una gracilidad casi femenina, pero al mismo tiempo era sorprendentemente fuerte. «Un ángel, un ángel de la muerte», pensó Bramante. La sangre rebulló en sus venas y jadeó, agotado, cuando el

extraño se zafó de su llave con un movimiento repentino. El arquitecto desenvainó la espada.

—¡Vuélvete, escoria, o te trincharé por la espalda! —bramó, furioso.

En el instante siguiente notó un fuerte golpe en las sienes y, de inmediato, un segundo impacto. Se tambaleó y sintió que un tercer puñetazo lo lanzaba al suelo. ¡Un cómplice! Rápidamente se giró con la espada en alto para establecer una distancia entre él y su atacante. No se había percatado de su llegada, pues debía haber aparecido por un lateral. El arquitecto contempló perplejo un rostro cubierto por retazos de barba y cabellos desgreñados que le

sonreía con una boca casi desierta de dientes. «Un saqueador», pensó Bramante cuando, aliviado y enojado a la vez, observó al zarrapastroso recién llegado.

Durante un instante, el pasillo se inundó de luz. De inmediato, sonó un portazo. El artista sintió arder las orejas por una rabia desmedida que crecía en su interior. ¡Que por esa escoria se le fuera a escapar el probable asesino de Pico!

—Deja aquí tu dinero y lárgate — gruñó el salteador, haciendo que su nuez ascendiera y descendiera visiblemente sobre el sucio y flaco cuello.

Con aquellas palabras, acompañadas

de una sonrisa socarrona y autocomplaciente, había firmado su sentencia de muerte. Bramante alzó el estoque y le atravesó el corazón. La sonrisa murió en sus labios y dos ojos vacíos y muy abiertos se clavaron en el arquitecto. Éste extrajo con un gesto rápido el filo del pecho del ladrón y contempló, asombrado, cómo la sangre, en la penumbra, teñía de gris sucio el acero.

En ese mismo momento, un grito rompió el silencio. Una mujer inmensa salió de las dependencias del servicio y se dirigió hacia él tambaleándose temblorosa.

—¿Qué te había hecho? ¿Qué te

había hecho? —chilló.

—¡Fuera de mi camino o te ensartaré a ti también! —rugió Bramante—. ¡Y no me importará en absoluto!

La voluminosa hembra se detuvo, contempló al ladrón, se arrodilló y acunó al hombre en su amplio regazo.

—¡Maldito estúpido, idiota! ¡Quién te mandaba entrometerte cuando los señores luchan entre ellos! —la oyó llorar Bramante mientras éste salía ya hacia la calle.

Pero ya era muy tarde: solo vio como la cola de un caballo se perdía tras una esquina. Loco de rabia escupió al suelo y abandonó la persecución. ¡El asesino del conde se le había escapado!

La ira le cortó el aliento hasta que su rostro adoptó un color rojo como el fuego.

De pronto, una idea surcó su mente: quizá abandonar la persecución fuera precisamente lo más sabio. El que hubiera estado registrando el escritorio probaba que el asesino había buscado algo y no lo había encontrado, pues de lo contrario ya se habría marchado y él no le habría sorprendido. Posiblemente el bastardo simplemente pretendía alejarlo de la casa de Pico para regresar después a ella y proseguir sus pesquisas sin interrupción.

Una idea lo golpeó como un rayo: se llevó la mano al bolsillo, sacó el anillo

y lo contempló largo rato con una sonrisa amarga. ¡El anillo pertenecía al huido! ¡Era eso lo que había estado buscando! Se felicitó a sí mismo por habérselo guardado. Satisfecho, lo lanzó al aire y lo atrapó de nuevo. Aquel anillo lo llevaría hasta el asesino de Pico. Lo apretó fuerte en la mano. Meditó un instante y después regresó al pasillo de la vivienda.

La mujer lo contempló con los ojos llenos de odio.

—¡Los señores nobles siempre os dais prisa sacando la espada! Mi Flavio no era un hombre particularmente bueno, pero era lo mejor que pude encontrar. ¿Acaso puedes conseguirme uno nuevo?

—¿Qué esperabas de mí! —repuso Bramante, con frialdad—. Ayudó a huir a un asesino. Deja de lloriquear. ¿Podrías describir la cara de ese tipo?

—¿Asesinos lo sois todos! ¿Por qué debería ayudaros? —bufó la mujer, pero se dirigió a Bramante con un tratamiento más respetuoso y se limpió la cara con un pliegue de su harapiento vestido.

—Porque tu querido lo ha echado todo a perder y porque tú recibirás un escudo a cambio.

Ella inclinó la cabeza a un lado y pensó.

—¿Un escudo entero, decís? —preguntó, frotando su rollizo pulgar contra su grueso índice.

En lugar de responder, Bramante le arrojó la moneda. Ella se lanzó sobre el dinero con asombrosa agilidad y mordió la pieza metálica.

—Aquel al que buscáis es un hombre hermoso —explicó ella, tras comprobar que la moneda era auténtica.

—¿Hermoso? Eso también lo soy yo —replicó Bramante, impaciente.

—¿Vos? Disculpadme, pero haría falta mucho dinero para que os llamara hermoso. El que buscáis era un hombre joven. Tenía el cabello castaño y resplandeciente; los ojos, como el cielo en primavera. El rostro moreno. Era bello como un ángel.

Bramante se estremeció. Había

pensado lo mismo al perseguir al asesino: que era un ángel, un ángel de la muerte.

—¿Nada más? —insistió a la ladrona.

La mujer agitó la cabeza, cerró el puño en torno a la moneda y lo miró, obstinada, casi decidida a no devolver su recompensa. Bramante sintió que la decepción lo sometía. La mujer no le había contado demasiado, pero solo había podido observar al desconocido durante un instante. Además, la intervención de Bramante le había hecho perder a su pareja. Le lanzó una segunda moneda y se volvió para marcharse, pero entonces se detuvo como

petrificado.

Justo detrás de la puerta principal había un libro guarnecido de oro. Al volver a entrar en la vivienda, lo había arrastrado al hueco entre la puerta y la pared. Bramante cogió el libro y le limpió la mugre de las tapas con la manga. Lo reconoció: era un ejemplar de la *Divina comedia* de Dante, con comentarios de Landino, igual al suyo.

Sin embargo, comprobó que el que tenía en las manos era casi el doble de grueso que el suyo. Hojeó el poema hasta el verso final y comprobó sus sospechas: habían encuadernado una obra distinta con los lomos de cuero de la obra de Dante. Era un manuscrito

plagado de símbolos que no sabía descifrar y que tomó por escritura hebrea. Al menos alguna vez había visto aquellas señales en textos judíos.

Bajo una inscripción dorada, aparecía un templo redondo rodeado, a derecha e izquierda, por altares para sacrificio. En diversos puntos aparecía representaciones esquemáticas con rombos, círculos, líneas de unión y escritura desconocida. En ese preciso instante, Bramante comprendió que lo que tenía frente a él ocultaba un gran secreto, pero por desgracia no lograría averiguar qué, pues desconocía los signos. El hecho de que se sintiera mágicamente atraído por aquella

representación sin siquiera conocer el motivo era una circunstancia penosa y lamentable. Sin embargo, a continuación daría con otra imagen que le afectó de manera diferente.

En ella, aparecía la tierra conectada con el cielo mediante una inmensa escalera a través de la cual la humanidad ascendía hacia Jesús, que los esperaba. Lejano, pero consolador. Sin embargo, el trayecto parecía peligroso, pues negros demonios alados que aparecían como siluetas atrapaban a los que intentaban subir y los arrancaban brutalmente de la escalera. Aunque no era posible reconocer los rostros de los diablillos, su postura delataba el

sentimiento de triunfo que recibían al llevarse presas aquellas pobres almas.

Lo que Bramante tenía ante él era una representación de la Escalera de Jacob, que permitía a la humanidad llegar hasta Dios. Cada templo, como le había explicado Pico no hacía mucho, era una ascensión hacia Dios, por lo que el arquitecto que iniciaba su trabajo ponía un primer pie en la escalera. Por ello mismo era un símbolo, una representación secreta en la construcción sacra. Quien no construía con todo su corazón y se esforzaba al máximo y no estaba dispuesto, de ser necesario, a sacrificar su vida en pos del gran proyecto, entonces debía

dedicarse a edificar cobertizos y chozas y no a tratar de ser arquitecto del mundo. La construcción era como la guerra: se podía vencer o perder, morir o triunfar. Y como en la guerra y el amor, en la arquitectura eran válidos todos los medios. Cualquier recurso con tal de lograr el dinero, la gloria, la victoria sobre cualquier rival enconado... La inmortalidad.

¿Ocultaría aquel libro el secreto de la construcción? ¿La vida? ¿Incluso la vida eterna? Bramante decidió visitar a algún judío que pudiera traducir aquella escritura desconocida. Quizá encontrara en los antiguos códices los conocimientos perdidos sobre cómo

construir una cúpula autoportante tan grande como la del Panteón de Roma.

No cabía duda de que el asesino de Pico debía haber perdido el libro al liberarse de su llave y que previamente debía haber pertenecido al conde. Salió en busca de su caballo y guardó el pesado volumen con gran precaución en las alforjas. Tras esto, montó y dedicó una última mirada a la perdida y solitaria casita de su amigo fallecido. Había jurado encontrar al canalla que lo había asesinado y nunca rompería tal juramento.

Mientras cabalgaba, sumido en una mezcla de rabia y dolor, tomó una resolución añadida: iría a Roma a

continuar el legado de Pico y realizar un inventario de las obras de la Antigüedad en pos de la clave de la arquitectura divina.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1505

—¡Date prisa, Miguel Ángel! Julio es el hombre más impaciente que conozco. Y su impaciencia solo conoce una vía de escape: ¡los ataques de ira! La edad no le ha vuelto más compasivo ni más paciente. ¡Todo lo contrario! ¡Todo debe ser rápido! ¡Rápido! ¡Rápido! Mañana puede ser demasiado tarde. Que el diablo se lleve su

impaciencia.

Giuliano da Sangallo empujó a su protegido por la puerta sin delicadeza ninguna. Después, salió él mismo precipitadamente mientras el delgado joven trotaba tras él de mala gana, preguntándose si el papa realmente merecería tantas molestias. Sangallo se detuvo tan solo un par de pasos más adelante y agitó la mano, impaciente.

—¿Quieres dejar de una vez de perder el tiempo, Miguel Ángel? — exclamó, con su rostro de pez rojo de rabia.

El joven escultor temió finalmente que a su paternal amigo le aguardara una lluvia de golpes. No cabía duda de que

Sangallo gozaba de las simpatías del papa, pero a pesar de todo le tenía miedo.

—Ya voy, ya voy —murmuró Miguel Ángel para sí, acelerando mínimamente su paso—. Lo hago por ti, por pura amistad —concluyó y se pasó la palma de la mano por la nariz deformada.

A su paisano florentino, el arquitecto Giuliano da Sangallo, le debía que el papa hubiera puesto sus ojos finalmente en él, como era el mayor deseo de Miguel Ángel. Aunque Julio II lo había hecho trasladarse hasta Roma e incluso había abonado los gastos del viaje, había perdido seguidamente interés en el joven lleno de esperanzas que llevaba

cinco largas semanas esperando. Miguel Ángel estaba ya dispuesto a regresar a su ciudad natal cuando el santo padre finalmente lo convocó.

El escultor fluctuaba entre el nerviosismo excitado y la furia. Por un lado, aquella audiencia podía constituir el inicio de su carrera en Roma, pero por otro, el papa le había robado irremplazables meses de trabajo. La edad de Miguel Ángel era tan escasa como grande su fe en su propio talento. Tras abjurar a la felicidad y el amor para dedicarse enteramente a su vocación, se sentía poco inclinado a respetar a los grandes soberanos de la tierra, particularmente teniendo en

cuenta que ya había podido conocer personalmente a algún que otro ilustre personaje en su tierra natal. Dentro de esa categoría se incluía Piero, el antiguo señor de Florencia, que había terminado recibiendo el sobrenombre de «el Infortunado» y que, para colmo de males, había acabado sus días ahogándose en un riachuelo lejos de su ciudad, o el cardenal Giovanni de Medici, que en aquellos momentos residía en Roma. La sola idea de que Giovanni llegara a convertirse algún día en papa hacía que a Miguel Ángel se le dibujara una sonrisa despectiva en los labios. Sin embargo, no era una opción que considerara muy seria, pues para

llegar a papa al joven cardenal, al que le habían conseguido todo lo que podía desear desde la cuna, le faltaba capacidad de resolución. A sus ojos, Giovanni de Medici era un buen muchacho con alguna afición voyeurista, lo que resumía a grandes rasgos su opinión sobre el segundo hijo de Lorenzo.

No, el joven escultor no tenía motivo ninguno para dudar de su propia nobleza. El conde de Canossa, del que descendía su linaje, era más antiguo que el de los Medici, que habían iniciado su trayectoria como farmacéuticos, o el de los della Rovere, inicialmente campesinos ligurinos. Julio, el papa, aun

había cuidado ovejas en su niñez.

Sin embargo, para él era más importante su arte que su alcurnia. ¿Acaso no se encontraba su *Pietà* en la basílica de San Pedro? ¿No era una obra que eclipsaba todo lo que se había hecho hasta entonces? ¿Y no ocupaba su *David* el *palazzo della Signoria*, en la plaza principal de la república de Florencia? Confianza en sus capacidades no le faltaba. Se convertiría en un príncipe de los artistas aun mayor que Leonardo da Vinci, que malgastaba su tiempo con muchachitos de recreo y quimeras metafísicas.

Tras dos intentos inútiles de establecerse en Roma, Miguel Ángel lo

intentó por tercera vez, espoleado por el éxito de su *David*. Esa debía ser la definitiva, esa vez debía lograrlo. Desde que Giuliano della Rovere había ocupado la cátedra de san Pedro con el nombre de Julio II, había entendido que debía trabajar en Roma si esperaba medrar en el mundo del arte. ¿Y acaso no había dado muestras de poder convertirse en un mesías de las artes? ¿Quién, si no él?

Así pues, Miguel Ángel penetró en la terraza del palacio papal en los idus de marzo, a mediodía. La primavera aún refrescaba y un viento frío del nordeste se les clavó en los huesos a los dos florentinos.

—Mira, ese es el cardenal Alidosi —dijo Sangallo, señalando a un hombre menudo que, en la sombra, se había preocupado por Miguel Ángel de manera entrañable desde la llegada del joven a Roma.

Se encontraba situado junto al gigantesco papa, con quien mantenía una conversación. Cinco cardenales y tres obispos desconocidos para Miguel Ángel rodeaban al par, dispuestos a introducirse en la conversación en el momento en que alguien se lo permitiera. Pero el papa no prestaba atención alguna a los cortesanos.

De pronto tuvo Miguel Ángel la sensación de que alguien lo observaba.

Siguió la mirada entre el grupo de príncipes de la Iglesia hasta que descubrió entre ellos a un monje con el hábito de un monje, aproximadamente de su edad, que lo contemplaba abiertamente con unos ojos grandes y negros. Le sostuvo la mirada. A Miguel Ángel le gustó aquella tez aceitunada, aquellos expresivos ojos capaces de hechizar. «Qué monje más hermoso», pensó. Tras unos instantes, no obstante, la visión del joven religioso que lo observaba ininterrumpidamente comenzó a resultarle desagradable, pero no supo precisar ni el motivo último de su disgusto ni la forma en la que debía proceder. ¿Le producía, quizás,

inseguridad el interés que el dominico mostraba por su persona o era su propio interés por el religioso lo que le perturbaba?

El cuerpo joven y fuerte del desconocido resplandecía a pesar de su hábito monacal que, aunque colgaba suelto en torno a su anatomía, desprendía una incuestionable sensualidad. Era el aura de su carne, la tensión de sus músculos y tendones lo que Miguel Ángel percibía. Se sentía inexplicablemente atraído por el desconocido. Deseó fervientemente poder pintarlo o esculpirlo. El dominico resultaba tremendamente masculino y, sin embargo, sublimaba su perfección

una nota femenina, si bien el escultor no era capaz de definir en qué aspecto concreto de su físico residía aquella feminidad etérea. «Es un ángel», pensó, «pero tan solemne, tan frío... Como un ángel de la muerte».

Perturbado, su mirada huyó de la terraza hacia la colina situada tras el *palazzo* Belvedere. A su derecha, un grupo de albañiles trabajaban en una construcción que debía conectar, como un pasadizo, el palacio vaticano con el *palazzetto*, de manera que el papa no tuviera que recorrer el patio con las consiguientes y molestas escaleras y, en su lugar, pudiera dirigirse directamente al pequeño palacio que se encontraba a

la misma altura que sus aposentos. Miguel Ángel sabía que el encargo se le había asignado a Bramante, como todas las obras importantes de Roma. Para Sangallo solo quedaba lo que el gran arquitecto rechazaba y sin embargo eso era más que suficiente como para enriquecer a un hombre que supiera valerse bien. Esa virtud en concreto no podía negársele a su paternal amigo, quien conocía todos los trucos y vueltas de la construcción. Miguel Ángel se inclinó hacia él y le preguntó, en susurros, quién era el monje.

—El cardenal Giacomo Catalano, arcipreste de san Pedro. Es un hombre importante —le explicó Sangallo.

—¿Habrase visto cosa semejante?
¿Un cardenal en el sencillo hábito de un monje? —exclamó Miguel Ángel, que apenas podía creerlo.

—Es una manía suya.

—¡Pero si es muy joven!

—Pío III lo nombro cardenal durante su breve pontificado. Julio siente especial predilección por él, aunque es el líder de los *zelanti*. Ten cuidado, Miguel Ángel, ese hombre es un fanático.

—El fanatismo le sienta bien —
repuso el escultor, hablando más para sí mismo que para su interlocutor, mientras observaba cómo Alidosi susurraba algo al pontífice, cuya brava melena blanca

relucía clara bajo el solideo rojo. El vicario de Cristo se giró con agilidad y observó a Miguel Ángel con una mirada ponderadora antes de acercarse a él a grandes zancadas, seguido de Alidosi. Los cortesanos, que se esforzaban desesperados por mantener el paso del papa, ofrecían una imagen evidentemente hilarante con sus vaporosas túnicas flotando a su alrededor.

El escultor iba ya a realizar una reverencia cuando Julio le agarró directamente la mano. El anciano ofrecía una sensación de asombrosa juventud en sus movimientos y gestos. Miguel Ángel tuvo que alzar la vista para mirar al

papa, quien le superaba en altura incluso a él.

—Bienvenido, viejo amigo —dijo Julio a Sangallo, antes de dirigir su atención al joven artista—. Ah, *messèr* Miguel Ángel. Qué alegría que por fin nos visites. ¿Has encontrado ya alojamiento en Roma?

«Estoy de acuerdo en el “por fin” y en el “ya”», pensó irritado el escultor, pero dadas las circunstancias, respondió con considerable contención:

—Sí, santo padre. Resido tras la iglesia de santa Catalina.

—Ah, junto a la *piazza* Rusticucci. Muy cerca nuestro, entonces.

—Desde Passetto podríais saltar

directamente a mi humilde taller.

—¿Y rompemos las dos piernas? Os lo agradecemos, maestro escultor, pero quizá mejor nos hagamos construir un puente levadizo para poder visitaros.

Miguel Ángel miró al suelo. La perspectiva de que su santidad le cayera sin previo aviso desde el cielo sobre su taller no le agradaba lo más mínimo. Sin embargo, había aprendido la lección y en el futuro controlaría su genio pues aquel papa era capaz de hacer pagar el chiste más absurdo con la vida si no se adecuaba a su humor o cumplía sus expectativas. Se serenó de nuevo, no obstante, recordando su *Pietà*, que se encontraba situada a pocos pasos del

palacio papal, en la capilla de Santa Petronila en la basílica de San Pedro. Miguel Ángel sabía que el cardenal Alidosi había sido quien le había mostrado la escultura al vicario de Cristo.

Cuando volvió a alzar la vista, la expresión del papa se había modificado. Miraba expectante al joven escultor con los ojos ligeramente entornados.

—¿Estáis muy ocupado actualmente?

—Me he reservado para lo que tengáis a bien encomendarme, santo padre.

En el enérgico rostro de Julio II se pintó una sonrisa satisfecha.

—No habrá sido en vano —repuso

y, como señal de contento, posó la mano sobre el hombro del joven antes de continuar—. Los hombres, mi joven amigo, solo entienden lo que ven. Por eso debemos ilustrar la fe y el triunfo de la Iglesia, todo lo que es importante para nosotros, de forma que la humanidad los sienta y, con ese sentimiento, pueda comprenderlos. Muchas personas no saben leer, pero cualquier puede contemplar una pintura o una escultura. ¡Hablan directamente al corazón!

Miguel Ángel dirigió la vista por el rabillo del ojo hacia el monje. Éste observaba los sucesos con una mirada impenetrable que no ofrecía pista alguna de sus pensamientos o emociones.

—Por eso, *messèr* Miguel Ángel, debes construirnos una tumba —exclamó el papa, abriendo los brazos—. Pero debes apresurarte, quién sabe cuánto tiempo nos queda.

—¿Una tumba? —exclamó el artista, sorprendido—. ¡Vuestra fuerza no tiene parangón! ¡Nos sobreviviréis a todos!

—Tal vez sí o tal vez no. No podemos prever los designios de la providencia. Sin embargo, Miguel Ángel, si llegáramos a sobrevivirte ya no podríamos esperar una tumba realizada por ti y, el día que finalmente muriéramos, algún chapucero nos proporcionaría algún mausoleo horroroso o algún horrible sarcófago

carente de gusto. En cualquier caso, la muerte, ya sea la nuestra o la tuya, es un mal negocio para nosotros. Sin embargo, insistimos en que deseamos ver nuestra última morada construida por ti mientras aún nos quede vida. Por lo tanto, ha de ser rápido.

—Qué inteligente, ver en vida dónde se acabará —exclamó un obispo con apasionamiento y, para darle mayor verosimilitud a la profundidad de sus conocimientos en la materia, empezó a asentir como un pájaro carpintero picoteando un árbol.

—En cualquier caso el final será el cielo ¿O acaso lo dudáis? —preguntó Julio II, que repudiaba los halagos o, al

menos, aquellos que insultaran su inteligencia.

—No, no, por supuesto que no, santidad. Vos os sentaréis a la derecha de Dios, como vuestros hermanos predecesores en el pontificado — respondió el obispo, que había enrojecido visiblemente, para calmar al papa.

—¿Debo entonces sentarme junto a ese Borgia, junto a esa mala bestia interesada solo en el incesto y el pecado?

La ira había teñido de rojo el rostro del papa, las mejillas incluso empezaban a adoptar un peligroso tono violeta. El cardenal Alidosi,

compadeciendo al torpe obispo que alzaba los ojos al cielo mientras buscaba desesperado las palabras correctas, iba ya a intervenir en la discusión cuando Miguel Ángel se le adelantó.

—De ninguna manera, santidad. Alejandro VI arderá en el infierno como Bonifacio VIII. Al menos así lo establece Dante. Pero vos no, vos tomaréis asiento, naturalmente, junto a vuestro honorable tío.

Todo el mundo en Roma sabía que Julio II veneraba profundamente a su tío, quien le había precedido en el papado con el nombre de Sixto IV, a quien habían dedicado la construcción de la

capilla Sixtina y que había nombrado cardenal a un Giuliano della Rovere muerto de hambre de apenas veintiocho años. Las facciones del papa se relajaron visiblemente.

—Has hecho bien en mencionar a nuestro tío, pues nuestra tumba debe erigirse sobre la suya, pero no como una imitación, sino como una continuación de ese monumento que no ha conocido parangón hasta el momento, pues nuestro pontificado comenzó con el suyo. Debe crear la impresión de que con Sixto se iniciaron grandes hitos que nosotros convertimos en realidad.

—Y elevar hasta el cielo la gloria de la cristiandad y de la familia della

Rovere —prosiguió Miguel Ángel.

—¿Pretendes adularnos, jovencito?
—preguntó Julio con aspereza.

—No, adular a los hombres supone infravalorar a Dios. Disculpad si esa era la impresión que causaba, pero me he limitado a formular el propósito fundamental de la realización de vuestra tumba, santo padre.

Miguel Ángel sostuvo la inquisitiva mirada del pontífice. Tras unos instantes, los rasgos de éste se suavizaron y su rostro recuperó un color sano.

—No podríamos haberlo dicho mejor. Apresúrate, joven amigo. Esperaremos a que nos presentes un

esbozo.

Miguel Ángel realizó una reverencia de despedida. Como era costumbre, sostuvo la mano del papa para besar el anillo del pescador. Antes de que el joven escultor saliera de la estancia, Sangallo tomó la palabra.

—¿Tiene vuestra santidad alguna idea de las dimensiones de la tumba, del tipo de construcción o de los motivos de las esculturas?

Tanto el papa como el artista se volvieron hacia el arquitecto, atónitos.

—Bien, ¿qué opinas, Miguel Ángel?
—preguntó Julio—. ¿Necesitas más instrucciones por nuestra parte?

—No —replicó el escultor con

firmeza—. No puedo equivocarme, pues la tumba de vuestra santidad debe expresar vuestra verdadera grandeza, santo padre.

Horas más tarde, con la noche ya caída, Miguel Ángel permanecía sentado en su estudio, a la luz de las velas, realizando bosquejos apoyado en su gran mesa de madera. No dudaba de que conseguiría cumplir su promesa al santo padre con brillantez, pero debía trabajar intensamente en el tema. No quería parecer sencillo. Bajo su lápiz de plomo aparecían, uno tras otro, mausoleos de planta redonda que parecían tristes copias del *Tempietto* de Bramante. No

parecían querer encajar. Las formas producían más formas, pero ningún contenido. Había algo que no funcionaba. Miguel Ángel casi podía tocar con las manos la incoherencia, pero ignoraba dónde residía el error.

Se recostó en la silla y estiró sus tensas articulaciones. A su proyecto le faltaba vida, sus representaciones resultaban sustancialmente vulgares, sosas, abstractas. Durante años había reprimido el recuerdo de su pasado, del amor, de la amistad. Poco a poco fue tomando conciencia de que las emociones dolorosas era una parte del proceso creativo, el tributo a pagar por el arte. Sin tormento no podía haber

pensamiento artístico ni creatividad.
Dios debía arrancar sus obras a los
artistas a través del dolor y la
renuncia...

FLORENCIA, *ANNO DOMINI* 1491

Todo había comenzado con un viejo fauno en el jardín de Lorenzo el Magnífico. El gobernante en las sombras de la ciudad de Florencia conservaba en aquel rincón antiguas figuras y permitía que el venerable escultor Bertoldo procurara allí una educación artística a algunos muchachos. Un Miguel Ángel de quince años se contaba entre los que

visitaban diariamente el centro de enseñanza y Lorenzo de Medici incluso le proporcionaba una pequeña retribución. Para aquellos chicos, era el vestíbulo al paraíso.

Cuando Miguel Ángel entró aquella mañana en el jardín, el mayor de los pupilos, Pietro Torrigiani, un muchacho hermoso pero de aspecto ya un tanto depravado, se encontraba frente a un bloque de mármol. Todos los instrumentos: el martillo, el cincel, los distintos tipos de hierro; yacían pulcramente dispuestos a su derecha, junto a la piedra. Miguel Ángel se aproximó y observó cómo Pietro perfeccionaba las curvas de la nariz de

su obra con una muela de pulir. Se esforzaba inmensamente por conseguir el mayor parecido posible al modelo frente al que se encontraba: la cabeza de un Saturno.

Miguel Ángel observó el mediocre modelo de la Antigüedad y contempló seguidamente la copia aún más pobre en mármol con una sonrisa burlona. Entonces, se volvió hacia su propio bloque de mármol y se sumió unos instantes en una concentración silenciosa, como si escuchara una voz infinitamente tenue. De pronto, sus ojos brillaron. Resuelto, tomó el martillo y el cincel y comenzó a golpear la piedra con vehemencia, de tal forma que las

esquirlas volaban y una llegó incluso a golpear a Pietro en la mano. Éste detuvo un instante su trabajo y contempló un momento al muchacho que martilleaba salvajemente.

—Ay, Giolo, ¡nunca conseguirás nada sin modelo! Qué pena tener que desperdiciar en un principiante como tú un mármol tan bueno —exclamó.

—Ya veremos cuál es al final el bloque de mármol desperdiciado —gruñó Miguel Ángel a modo de respuesta, sin interrumpir su labor.

Pietro Torrigiani quedó momentáneamente paralizado de sorpresa por la absoluta falta de respeto de aquel novato que apenas llevaba unos

días de aprendizaje, pero enseguida rio con sonoridad.

—Venid todos —llamó a los restantes alumnos tras serenarse.

Los demás aprendices de escultor interrumpieron su labor y se arremolinaron con curiosidad en torno a los dos contrincantes. El viejo Bertoldo, atraído por las risas y los gritos, se aproximó también entre gemidos para descubrir el motivo del revuelo.

—Este mierdecilla se ha atrevido a retarme —explicó el hermoso Pietro—. Vamos a establecer un jurado: tú, Francesco; tú, Jacopo; tú, Andrea y tú, Giovan, ¡preparaos! Y vos, venerable Bertoldo, sed el máximo juez del

tribunal. Quien en cuatro días a esta misma hora no haya concluido su escultura o presente una obra menos perfecta, deberá colocarse en medio del jardín, pavonearse y, durante media hora, cacarear a viva voz como una gallina como escarmiento por su presunción.

Los cuatro días transcurrieron como una exhalación. Pietro colocó la cabeza de su Saturno, resplandeciendo con la seguridad del que se sabe vencedor e indeciblemente orgulloso de su trabajo. Miguel Ángel aún trabajaba cuando Bertoldo posó la mano amistosamente sobre su brazo.

—Es la hora, hijo mío.

Miguel Ángel dejó caer la piedra pómez y retrocedió. Las risas estallaron como un huracán en las gargantas de muchos de los presentes por todo el jardín. Ninguno de los aprendices y ni siquiera Bertoldo fueron capaces de contenerse. Lo que estaban contemplando era demasiado cómico: la cabeza de un viejo fauno se burlaba, con la boca abierta, de su padre, el Saturno esculpido por Pietro. Sin embargo, un detalle más, maravilloso, descarado y perfecto, saltaba a la vista.

—¡Eres tú, Pietro! ¡El viejo fauno asqueroso eres tú! —exclamó uno de los pupilos rompiendo nuevamente a reír a

mandíbula batiente.

La mirada de los demás saltaba, asombrada, de Pietro al fauno y del fauno a Pietro. Miguel Ángel, ciertamente, había retratado a Pietro como un anciano en el rostro del desgreñado fauno.

—Un nuevo Donatello —murmuró Bertoldo, dedicando al joven florentino unos toques amistosos en la cabeza mientras le sonreía, meditabundo.

—¡Cacarea! ¡Cacarea! ¡Cacarea! —gritaron los estudiantes mientras se agarraban el abdomen, doblados de risa, y señalaban a Pietro con el dedo.

Éste estaba tan furioso que no le supuso esfuerzo alguno tomar aire hasta

tal punto que la cabeza le enrojeció amenazando con estallarle. Sus rabiosos cacareos pudieron escucharse desde lejos.

En aquel momento, Lorenzo de Medici entró en el jardín acompañado de sus hijos. Miguel Ángel lo observó lleno de admiración. Era la primera vez que lo veía y le pareció impresionante, feo y fascinante a la vez. El célebre mecenas lucía ropas adornadas con brocados de oro. Sus facciones parecían esculpidas en piedra y su nariz aguileña resaltaba aun más en el conjunto de su rostro pues se decía que la naturaleza, como muestra de su endemoniado carácter, le había dotado de un tabique

nasal tan marcado que no era capaz de percibir aroma alguno. Los cabellos negros y desaliñados le caían sobre la frente estrecha y sus finos ojos casi desaparecían bajo las densas cejas. Miguel Ángel pensó que en aquellos ojos se reflejaban permanentemente una gran curiosidad y una alerta constante. Todo en aquel rostro parecía desembocar en la poderosa mandíbula de barbilla prominente. Aquel rostro burdo suponía una completa contradicción con la profunda inteligencia y la sensibilidad artística de la naturaleza real de Lorenzo.

El Magnífico se aproximaba por el camino principal hacia el jardín de

esculturas mientras conversaba animadamente con sus hijos.

—El mayor es Piero y el que lleva ropa eclesiástica es Giovanni —susurró uno de los escultores señalando a un muchacho rubio y de nariz respingona de la edad de Miguel Ángel.

Junto a ellos avanzaba una muchacha que lucía un vestido azul turquesa con mangas acuchilladas de color rojo. Un chiquillo adorable de enormes ojos pardos y rizos del mismo color iba dando brincos, feliz, alrededor de su padre y sus hermanos.

Pietro Torrigiani permanecía en pie con la espalda vuelta hacia la entrada y, al contrario que los demás, no reparó de

inmediato en los visitantes. Cacareaba con tanto valor como furia, hasta casi gritar. Lorenzo y los niños se detuvieron y contemplaron atónitos al joven que estaba haciendo el ridículo de manera tan notoria. Bertoldo les dirigió una sonrisa conspiradora.

Miguel Ángel sabía que el papa acababa de nombrar cardenal a Giovanni de Medici. Piero, el hijo mayor, con su rostro de bellas facciones y el cabello castaño y resplandeciente, resultaba también familiar para él, al igual que Giuliano, el más joven. Solo la muchacha le era desconocida.

Lorenzo dirigió a Bertoldo y los jóvenes escultores un saludo amistoso.

Pietro Torrigiani, finalmente, reparó en las importantes visitas. Palideció y enmudeció en el mismo instante.

Quien no conociera a Lorenzo podría haber esperado que de tan poderosa boca surgiera la voz de un león. Sin embargo, el cabeza de la familia Medici habló con voz queda. Siempre utilizaba un tono ligeramente apagado.

—Os ruego, *messèr* Bertoldo, que nos lo expliquéis a mí y a mis hijos —susurró Lorenzo—: ¿Aquí educáis escultores o gallinas?

—Escultores, señor, pero aquel que tenéis ahí ha caído víctima de su propia presunción —repuso Bertoldo,

sonriendo, y explicó en qué había consistido la disputa de Pietro.

Lorenzo se volvió hacia el desgraciado.

—¿Por qué no prosigues, pues, joven, si los cacareos eran tu castigo?

De nuevo el rostro de Pietro cambió de color a un tono profundamente rojo cuando reinició sus cacareos.

—Solo le faltan los excrementos a sus pies —exclamó la hija de Lorenzo.

—¡No se merece tus burlas! Eso no forma parte de su castigo —la recriminó su padre.

La muchacha bajó avergonzada la mirada, de forma que Miguel Ángel pudo observarla sin obstáculos de por

medio. Era media cabeza más baja que él, además de un poco más joven, pues tendría unos trece o catorce años. De pronto, ella alzó la vista y en sus oscuros ojos brillaba una picardía traviesa. Le sonrió o, quizá, le sonrió mientras se reía de él, pero éste se vio incapaz de precisarlo. Su figura hermosa y elegante, sus ojos resplandecientes, sus labios carnosos y encantadores lo sumían en la inseguridad.

A pesar de su juventud, la hija de Lorenzo conocía bien el efecto que causaba. A todas luces le divertía confundir a los jóvenes escultores. Miguel Ángel carraspeó como si fuera a decir algo, pero no supo qué. Carraspeó

de nuevo, lo que le valió una nueva mirada burlona.

Entretanto, Lorenzo el Magnífico se había aproximado al fauno burlón para examinarlo más detenidamente. Su voz atenuada sonó muy lejana en los oídos del aprendiz de escultor.

—Ven aquí, Miguel Ángel.

El joven sintió una mano firme que lo agarraba del cuello y lo empujaba hacia adelante.

—¿Es que no oyes lo que el ilustre Lorenzo te dice? —rugió Bertoldo.

Miguel Ángel acudió trastabillando hacia su obra. Entonces, miró alternativamente al fauno y a aquel que lo observaba.

—Debería saber que los ancianos nunca conservan todos los dientes: siempre les falta alguno que otro —dijo Lorenzo, apartando la cabeza.

Aquella crítica hizo enrojecer a Miguel Ángel. ¡Qué orgulloso se había sentido de su victoria y de la cabeza de fauno! Un fauno con la boca abierta que mostraba los dientes, que reía: algo así no se había visto nunca en el arte, ni siquiera entre los viejos maestros. Sin embargo, la satisfacción por su propia idea lo había vuelto descuidado. «Lorenzo tiene razón», se dijo, furioso. ¡Se había comportado como un engreído y un idiota pagado de sí mismo y había terminado realizando una chapuza!

Cerró con fuerza los ojos, avergonzado.

—Vuestra crítica, señor, es del todo justa —dijo con firmeza—. Soy realmente yo quien debo cacarear, puesto que hasta ahora me he dedicado a pavonearme.

Los rasgos de Lorenzo permanecieron impertérritos mientras se dirigía a Bertoldo.

—Tus estudiantes deberían volver a centrarse en sus esculturas, puesto que ya son en sí mismos y por naturaleza unas gallinas magníficas.

Lorenzo y sus hijos se volvieron para marcharse. Antes de unirse a ellos, la joven Medici dirigió a Miguel Ángel una sonrisa amistosa.

—A mi padre le ha gustado tu fauno
—susurró.

—No es posible que sea tan generoso en su juicio —murmuró él y, sin levantar la vista, cogió la barrena y comenzó a perforar los dientes del fauno.

La muchacha se encogió de hombros y se marchó con cierta altivez, como correspondía a una Medici, en pos de su padre y sus hermanos.

Los Medici acababan de abandonar el jardín cuando Bertoldo se dirigió hacia Miguel Ángel y le hizo saber que tendría que presentarse la tarde siguiente a cenar en casa de Lorenzo el Magnífico.

FLORENCIA, *ANNO DOMINI* 1491

Lleno de ánimo y orgullo, Miguel Ángel salió aquella tarde de casa de su padre con la cabeza de fauno bajo el brazo y se dirigió a la catedral, donde tomó luego la *via* Larga en la que se asentaba el enorme *palazzo* di Medici. Si Lorenzo deseaba recibirlo, entonces no podía aparecer sin la criticada pero después corregida escultura. Nada le

parecía tan importante como demostrar a su mecenas que entendía sus objeciones y que las tomaba en consideración.

Poco después, el joven escultor se encontró frente al *palazzo* de Lorenzo el Magnífico. Flanqueaban la puerta dos grandes antorchas sustentadas por soportes de hierro que emitían un vibrante y dorado resplandor.

Miguel Ángel tomó aliento y abrazó su cabeza de fauno. Entonces, penetró decidido por el gran portón de entrada y ascendió las escaleras hacia el *piano nobile*. Junto a la *sala grande* había un pequeño salón lateral en el que el señor de la casa y su familia estaban tomando asiento en torno a la mesa para comer.

La mirada del joven escultor se paseó sobre unas veinte personas, sentadas sobre sillas de ébano ricamente decoradas y tapizadas de rojo, en torno a una larga mesa de caoba. El lujo de las prendas de todos los presentes superaba cualquier referente que Miguel Ángel hubiera podido contemplar con anterioridad. Los ojos fluctuaban en los juegos de colores de las telas más escogidas, combinadas con pieles, encajes y cintas. Mirara donde mirara, lo deslumbraba el brillo de las joyas de oro y piedras preciosas. Se sintió descorazonado. Ofrecía un aspecto mísero con su ropa de domingo: pantalones negros, una sencilla camisa

blanca y un jubón rojo para cubrirla. Pensó, malhumorado, que por el precio de algunas de aquellas ropas tan lujosas se podría mantener a un pobre durante toda su vida y aun dejar una bonita herencia a sus hijos.

Sin embargo, el artista que había en él devoraba con los ojos la exquisitez de aquellas prendas. Las mujeres lucían vestidos acuchillados de ricos brocados y, bajo las mangas y en los flancos, translucía claro damasco. Miguel Ángel vio radiantes diademas y redecillas resplandecientes que enlucían el cabello de las damas, así como costosos anillos, brazaletes y collares. Las alhajas no solo daban buena muestra de la

extraordinaria destreza artística de los joyeros florentinos, sino también de la riqueza de las principales familias de la ciudad.

Presidiendo la mesa opíparamente surtida se encontraba Lorenzo de Medici. Cuando vio al joven escultor, se levantó mientras le dedicaba una sonrisa amistosa. Las conversaciones se silenciaron y todas las miradas siguieron con curiosidad o asombro al anfitrión, quien se había puesto en pie para saludar a un muchacho pobremente vestido.

—Bien. El hijo del venerable Ludovico nos concede el honor de su presencia. Ven y proporciéndonos la

satisfacción de convertirte en un comensal habitual de nuestra mesa — dijo Lorenzo.

Miguel Ángel sintió que le faltaba el aliento. Creyó haber entendido mal y deseó no tener que contestar, pues un nudo en la garganta se lo habría impedido.

—¿Has traído la cabeza del fauno? ¿Con qué motivo? Bueno, déjamela ver.

Lorenzo tomó la obra entre las manos. Dos hombres, sentados cerca de él y vestidos con una sencillez llamativa en comparación con el resto de comensales, apartaron con tanto cuidado como destreza la cristalería y la cubertería de oro de encima de la mesa.

Lorenzo colocó el fauno sobre ella y estudió la obra con la cabeza inclinada.

Miguel Ángel permaneció allí como petrificado. A la luz de las velas y lámparas de aceite, la estancia brillaba con todos los colores del mundo.

Lorenzo se dirigió, con gesto imperturbable, hacia un hombre cuya vestimenta delataba su profesión de educador.

—¿Qué opinas del fauno, Agnolo?

—Nunca me lo habría imaginado así y, sin embargo, la escultura concuerda con todo lo que sé sobre ellos — respondió el aludido, un hombre de nariz aguileña y cabello hasta los hombros que se recogía tras las orejas.

Era el poeta más conocido de la ciudad, Angelo Poliziano, tutor de los hijos de Lorenzo.

—Un fauno viejo, como viejos seremos pronto nosotros, Agnolo, y después de viejo, se acaba bajo tierra —suspiró Lorenzo.

Sin embargo, antes de poder dar más muestras de melancolía, su hija se levantó y se dirigió hacia ellos. Echó un vistazo al fauno y después se volvió hacia Miguel Ángel.

—¿Qué se supone que es? ¿El letrero de una barbería? ¿Vas a abandonar la escultura para dedicarte a ser barbero o sacamuelas? —se burló ella mientras sus ojos azules reían con

malicia, unos ojos heredados no de su padre, sino de su madre, Clara Orsini.

¡Qué combinación tan peligrosa, mitad florentina, mitad romana!

—Contessina, la escultura se corresponde con la realidad de la naturaleza —la instruyó su padre con ternura.

«Entonces, se llama Contessina», pensó Miguel Ángel.

—Puede ser, padre, pero si la naturaleza no es bella, entonces no me interesa contemplarla. Me gustan más los faunos libertinos que este viejo zarrapastroso con su sonrisa triste y su dentadura mellada.

La sangre de Miguel Ángel hirvió de

ira.

—Con permiso pero, ¿no es el cometido del arte imitar a la naturaleza, ser idéntico a ella en todos sus aspectos? —protestó él con una aspereza no intencionada.

Estaba mejor callada antes que emitiendo juicios de valor que solo hombres ilustrados deberían permitirse. Además, ¿qué iba a saber de arte una chiquilla?

La descortesía en las palabras del joven no parecían haber afectado en lo más mínimo a Contessina. Su expresión apenas ocultaba el deseo de iniciar una disputa.

—¡Cuídate de la afilada lengua de

mi hermana, Miguel Ángel! —exclamó Giovanni de Medici desde el otro extremo de la mesa.

Sin embargo, aquella advertencia llegó demasiado tarde, pues Contessina ya había encontrado una respuesta.

—De ninguna manera, querido sacamuelas. El arte debe crear belleza. Y lo bello solo puede, por supuesto, ser natural. No obstante, no todo en la naturaleza es bello, por eso deberíais ser particularmente cuidadoso en la elección de vuestros temas. No desperdiciéis vuestro talento en viejos faunos. ¡Eso sí que sería antinatural!

Miguel Ángel había perdido la discusión y Contessina se estaba riendo

ante sus mismas narices. Por supuesto, porque lo había vencido. «Sin embargo, si la victoria es capaz de producir una risa tan divina», pensó Miguel Ángel, «si puede crear una burla tan angelical, entonces preferiría que de ahora en adelante solo me derrotaran y se rieran de mí».

Lorenzo sonrió con satisfacción. Aparentemente adoraba ver a sus hijos inmiscuirse en los debates espirituales que constituían el auténtico propósito de aquellas mesas redondas y que éstos ofrecieran un buen papel entre numerosos hombres cultos, mujeres inteligentes, poetas y maestros.

—¿Qué opináis de la discusión entre

estos dos jóvenes? —preguntó Lorenzo, dirigiéndose al poeta Poliziano.

—Ambos tienen razón y ambos se equivocan. El arte, por un lado, debe venerar la belleza, pero por otro lado, no puede contradecir la naturaleza.

—Estáis esquivando la controversia con una paradoja —exclamó un hombre sentado diagonalmente.

Estaba vestido casi con la misma sencillez que Miguel Ángel aunque parecía ser unos años mayor y tenía un rostro bondadoso.

—¡Es Cristoforo Landino! Probablemente sea el más listo de entre todos los presentes —le susurró Piero.

Todo Landino resplandecía en una

particular nobleza espiritual: sus delicados rasgos, su cabeza estrecha y frágil, el cabello de terciopelo grisáceo. Miguel Ángel se sorprendió a sí mismo conteniendo involuntariamente el aliento para no perder ni un detalle de la respuesta del poeta. Sentía que aquella disputa, en realidad, trataba sobre él.

—En absoluto, venerado Cristoforo, pues el arte debe superar la naturaleza, la *natura naturans*, hasta el punto de crear una segunda y nueva naturaleza en sí misma que sea una naturaleza celestial, *natura coelestis*, y no terrenal —respondió Poliziano como si declamara un discurso.

—¿Y lo que nos habilita para ello es

la belleza? —intervino Miguel Ángel, aunque ni la *natura coelestis*, ni la *natura naturans*, le habían dado pie a ello.

Poliziano le dedicó una sonrisa indulgente.

—Sí, querido muchacho, pero no olvides tampoco la naturaleza terrenal, la *natura terrena*.

De pronto, Miguel Ángel lo entendió. Fue como si brotara en su interior.

—Solo cuando logremos dominar la capacidad de imitar la naturaleza seremos libres para crear belleza, cuya comprensión nos permitirá elevarnos desde la naturaleza hasta el arte. ¿Algo

así, *messèr*?

—Sí, pues todo el arte no es sino la comprensión de la armonía divina. Sin embargo, no puede llegarse hasta ella sin el estudio previo de la naturaleza. *Per aspera ad astra*: ¡por la adversidad hasta las estrellas!

El poeta resplandecía de satisfacción mientras Lorenzo le dedicaba un toque amistoso en el hombro con el que expresaba su reconocimiento.

—El maestro absoluto. Creo, Agnolo, que acabas de abrirle los ojos a nuestro pequeño escultor.

Contessina, no obstante, no se dio por vencida.

—Cuando vos, *messèr* Sacamuelas, hayáis dominado el estudio de la naturaleza, avisadme y entonces podremos preocuparnos por la belleza —dijo, mirando a Miguel Ángel a los ojos.

—¡Música! —gritó Lorenzo—. Queremos seguir festejando y comiendo. Y tú, joven Buonarroti, siéntate entre mis hijos Piero y Giovanni: aún hay sitio.

Miguel Ángel iba ya a cumplir con la orden cuando Lorenzo volvió a llamarlo:

—Ten cuidado con Piero si empieza a susurrarte cochinas al oído —le dijo en voz baja—. Y oigas lo que oigas

decir, no se lo cuentes luego a Giovanni: es cardenal.

Tras esto, le dejó marchar.

Dos músicos comenzaron a tañer sus laúdes mientras un flautista y dos intérpretes de trombón soplaban sus instrumentos con tal perfección que cabía temer que en cualquier momento los presentes estallaran de envidia. Finalmente Miguel Ángel logró escapar de la atención de la comunidad y tomó asiento donde le habían indicado.

La pavana que interpretaban con poderosos acordes llenó de alegría el corazón de los presentes. Miguel Ángel volvió la vista hacia Contessina, quien se encontraba sentada al otro extremo de

la mesa, entre sus padres. Tras el breve baile, uno de los laudistas comenzó a puntear un madrigal mientras cantaba con pasión unos versos de Angelo Poliziano:

*«Al son de las palabras la ninfa
baila
en el monte donde el sol reposar
quiso
y en su risa reluce, dulce y vaga,
paréceme así el lugar el paraíso».*

Miguel Ángel apenas se había sentado entre los dos hijos de Lorenzo cuando Giovanni lo abordó:

—¿También sabes dibujar? —

preguntó susurrando.

Miguel Ángel asintió.

—Pero, ¿correctamente? Es decir, ¿eres fiel a la naturaleza?

—Tanto como vos gustéis, eminencia.

—Bien, bien, muy bien, me encantan las pinturas. Y por favor, ¡guárdate eso de «eminencia» de ahora en adelante! Eso es solo para el pueblo llano y, bueno, también para esos catetos de Roma.

Piero, que había prestado atención a la sutil conversación, estalló en carcajadas.

—Lo que más le gusta a mi eclesiástico hermano son las

representaciones de la naturaleza más exuberante. Así pues, no insultes a Dios descuidando, omitiendo o incluso empequeñeciendo detalles que el Todopoderoso creó con todo su amor en las mujeres. Deben verse en su verdadera magnitud o incluso, quizá, aun mayores —se inmiscuyó, mientras las carcajadas le agitaban todo el cuerpo.

Miguel Ángel miró al primogénito de los Medici con estupefacción. Probablemente no le había entendido bien. Tanta ingenuidad frustró a Piero.

—¿No lo entiendes? Cuando mi hermano, el cardenal, está en la iglesia, le basta con la Virgen, pero fuera de los sagrados muros la virginidad es más

bien un estorbo.

—¿Y a ti, Piero, qué es lo que te gusta? —preguntó Miguel Ángel, tratando de cambiar un tema que le resultaba escandaloso.

—Oh, bueno, verás, yo no soy de los que dan rodeos deleitándose solo con las imágenes. Adoro los cuerpos fragantes, el sexo que Dios nos ha regalado sin enseñarnos bien cómo debíamos utilizarlo. Por eso debemos probarlo nosotros mismos, como comprenderás, en todos los *modi* y *conjunctiones*, hasta finalmente aprender todo lo que necesitamos. Pero para eso hace falta mucho tiempo y aun más práctica, por lo que no debemos

nunca descuidar la experimentación.

—Disculpadme, pero no entiendo el latín —respondió Miguel Ángel con precaución.

—Perdona, *in vulgo* quiere decir las «formas» y las «conexiones». Por arriba, por abajo, por detrás, por delante, por la derecha, por la izquierda... Ay, ¡me encanta la diversidad de Dios! Es increíble lo que puede hacer incluso el más insignificante de sus hijos.

Miguel Ángel aún estaba digiriendo la respuesta de Piero cuando Giovanni volvió a entrometerse, sonriendo con picardía.

—Me harás algún dibujito, ¿verdad?

¡Que sea exacto a la naturaleza de Dios!
Que se pueda reconocer en él toda la
belleza descrita en las sagradas
escrituras.

Desternillándose de risa, Piero
castigó con una sonora palmada la
espalda de Miguel Ángel.

—¿Por fin lo has entendido? Mi
hermano te costeará los estudios, ¡pero
luego querrá resultados!

—¡Nada de obscenidades a la mesa!
—resonó repentinamente la voz de
Lorenzo en un tono inusualmente alto,
pues no había perdido de vista a los
jóvenes del otro extremo de la mesa ni
por un momento.

«No se le escapa nada», pensó

Miguel Ángel lleno de admiración y se propuso aprender de Lorenzo. Piero bajó los ojos con humildad.

—No, padre, por supuesto que no. ¡Solo hablábamos de la naturaleza y el arte!

—Espero que no estés confundiendo la naturaleza con la obscenidad — repuso Lorenzo observando, brevemente aunque con intensidad, a su hijo para demostrarle que no podía engañarle.

Recuperó entonces el tono amistoso y relajado y devolvió su atención al invitado sentado a su izquierda mientras Clara retomaba su conversación con el de la derecha. Contessina dirigió a sus hermanos una mirada corta y maliciosa

para de inmediato ocultar su sonrisa burlona tras la mano. Únicamente el pequeño Giuliano, sentado a la izquierda de su madre, había permanecido impertérrito a la regañina. Estaba demasiado ocupado compitiendo en muecas con el bufón de la corte, el viejo Buffaldo.

Miguel Ángel descubrió, para su consternación, que en su plato había servida una ración de gambas.

—¿Cómo se come esto?

—Te lo enseñaré —le consoló Piero—. Tienes que romper la cáscara. ¡Mira!

El heredero de Lorenzo tomó el marisco y lo quebró, de tal forma que el aceite le goteó por las manos. Cerró los

ojos con deleite, introdujo el cuerpo rosado en la boca y lo mascó con una sonrisa de auténtico éxtasis.

—Después de comerme medio kilo de langostinos podría desflorar a todas las novicias de un convento. Una detrás de la otra, así de sencillo. ¡Te lo digo yo!

—¡Tendrían que estar famélicas! — irrumpió su eminencia Giovanni de Medici.

—Joven Buonarroti, ¡escuchad!

Miguel Ángel miró a la derecha buscando quién le dirigía la palabra.

—Ven mañana a verme, ¡tengo algo para ti! —le invitó Landino.

—¿Y de qué se trata? —quiso saber

Miguel Ángel, lleno de curiosidad.

—Algo que necesitas más que nada en este mundo.

Aquellos ojos iluminados por las velas y aquel rostro anguloso se le antojaron a Miguel Ángel propios de un mago de tiempos antiguos. Antes de poder volver a preguntarle, Landino había retomado su conversación con Angelo Poliziano. El joven ignoraba lo que el humanista se proponía así que miró, con el interrogante pintado en los ojos, primero a Giovanni, después a Piero. Las expresiones de los hermanos denotaban respeto, pero un respeto no originado únicamente en las disciplinas en las que él destacaba.

—Debes ir —le aconsejó Piero—. Cristoforo no es un hombre al que le guste darse aires.

—Y no deja entrar a cualquiera en sus aposentos. Solo a *papa* y a Contessina. Ni siquiera yo puedo visitarlo —refunfuñó Giovanni—. Y eso que soy cardenal...

En un gesto pueril de decepción, hizo sobresalir la totalidad de su labio inferior y puso los ojos en blanco.

FLORENCIA, *ANNO DOMINI* 1491

Al día siguiente, sudoroso y cubierto de polvo tras una jornada esculpiendo, Miguel Ángel se puso en camino hacia el *palazzo* de los Medici nada más terminar la clase de Bertoldo. Sobre su piel se había posado una fina capa de polvo de mármol que le hacía parecer un aprendiz de panadero que hubiera estado trabajando con demasiada harina. Un

criado de los Medici le mostró de inmediato el camino hacia el estudio del filólogo. Respiró aliviado e intranquilo a la vez: lo estaban esperando.

Una vez llegado a la puerta de roble pulida y resplandeciente que cerraba la estancia del poeta, Miguel Ángel se pasó una vez más la mano por el pelo y se dispuso a llamar. Sin embargo, la voz iracunda de Contessina le taladró el oído y detuvo su movimiento antes de llegar a terminarlo.

—¡No, no y no! —la oyó gritar—. ¡No existe, no ha existido y nunca existirá un amor más puro!

Miguel Ángel apenas llegó a percibir el suave murmullo de la voz de

Landino cuando éste contestó, pero no logró a entender en absoluto sus palabras. Una incontrolable curiosidad le empujó a pegar la oreja a la puerta y escuchar con atención.

—¿En medio del paraíso debería haberlos colocado, en lugar de castigarlos! Pero, ¿en el infierno? ¿Habrased visto semejante cosa? —se acaloraba Contessina.

Nuevamente la respuesta de Landino quedó en incógnita para el joven escultor. Como solo lograba entender una parte de la discusión, la escucha dejó de tener sentido. Llamó a la puerta.

—¡Adelante! —exclamó Landino con su voz de barítono.

La habitación estaba sumida en la penumbra. Altas librerías en las que se acumulaban códices e incunables cubrían las paredes. Motas de polvo danzaban bajo la luz de un único rayo que se filtraba por la ventana. Flotaba en el aire un ligero aroma a cuero viejo y a papel quebradizo. Frente a la ventana se erguía un atril alto de una anchura nunca vista para el joven. En medio de la habitación había una antigua mesa de superficie visiblemente maltratada y cuatro sencillas sillas de madera. Contessina y Landino estaban sentados sobre dos de ellas, el uno frente al otro, ante un libro abierto.

Cuando Miguel Ángel entró, Landino

lo saludó con una mirada amistosa. Contessina, no obstante, no le prestó mayor atención y prosiguió con su apasionado discurso.

—Solo por condenar al infierno a Francesca y Paolo, me gustaría meter cinco veces a ese Dante en el pozo de purín más cercano —exclamó, mirando a Miguel Ángel con ojos relampagueantes—. ¿O qué opináis vos, Sacamuelas? ¿Es justo que los amantes sufran en el segundo círculo del infierno?

Miguel Ángel bajó la mirada: no tenía la más remota idea de sobre qué versaba la discusión y se sentía como si estuviera descalzo sobre una parrilla

puesta al fuego.

—Mi querida Contessina — interrumpió Landino a su pupila—, quizá deberíamos saludar a nuestro invitado antes de introducirlo en nuestra pequeña disputa.

La muchacha torció el gesto con indignación, lo que a ojos de Miguel Ángel le añadió aun más encanto.

—Oh, sí, loado sea el Señor que os ha traído aquí, *messèr* Sacamuelas. Sed saludado, recibid mi bienvenida, sentíos bienamado y disculpad que no me haya molestado en procurar el sonido de las fanfarrias. Os ruego que aceptéis mi buena intención al respecto —se burló Contessina antes de continuar—. Pero

ahora, contestad por fin si es que no sois un completo zoquete. ¿Tenía Dante derecho a situar a los amantes en el infierno o erraba con ello el gran poeta?

Conforme iba hablando se iba aproximando a él, mirándole inquisitivamente a los ojos. Su mirada era dura y exigente, imposible escapar de ella. Las llamas bajo los pies de Miguel Ángel iban creciendo y le pinchaban las plantas de los pies como las afiladas cerdas de un peine al rojo vivo. Deseaba desaparecer en ese mismo momento, encontrarse en cualquier otro lugar, lejos de aquella situación tan vergonzosa. Aunque había aprendido a leer y escribir, consagraba

desde entonces la mayor parte de su tiempo con tallas, bosquejos y, más tarde, con pinturas y esculturas. No había dedicado ni una hora a los libros que, por lo demás, costaban mucho dinero.

Como si hubiera podido leer aquellos pensamientos en sus ojos, una sonrisa páfida fue tomando forma en el rostro de Contessina, hasta finalmente romper en una sonora carcajada.

—No tenéis idea, ¿verdad que no? ¡No conocéis la *Divina comedia* de Dante! ¿Es eso? No lo conocéis, eso es todo —dijo, mientras disfrutaba visiblemente del hecho de haberle descubierto una carencia educativa

humillante y reía triunfal.

—Disculpadme, *madonna*, pero no domino el latín —repuso él en voz baja.

—¡Dios, qué tonto sois! ¡No está escrito en latín, sino en buen toscano! —se carcajeó ella.

Entonces, se detuvo como congelada y contempló a Miguel Ángel, pensativa. Por primera vez desde que se habían conocido, el rostro de la joven adoptaba una expresión calmada. Él nunca la había visto así. En un abrir y cerrar de ojos se encontró con la vista clavada en el suelo, la imagen misma de la humildad. «Dios mío, qué hermosa es», pensó Miguel Ángel y, para su sorpresa, aquel pensamiento le produjo dolor

físico.

Contessina se pasó la delicada mano por la frente e inclinó ligeramente la cabeza.

—Disculpadme, a veces olvido que, desde pequeños, hemos frecuentado la compañía de hombres inteligentes como *messèr* Cristoforo, *messèr* Marsilio y *messèr* Agnolo, algo que debemos agradecerle no a nuestros propios méritos, sino a la generosidad de nuestro amado padre —dijo ella con voz tenue, bosquejando una reverencia.

El suave tono rojizo que coloreó sus mejillas hechizó y turbó a Miguel Ángel. «Es un ángel, como pintado por Giotto», pensó. Giotto... Ni siquiera él, que era

el mejor de los pintores, podía compararse con las artes de Dios, que habían creado a aquella muchacha.

—Soy yo quien debe disculparse, *madonna*, por mi incultura. Perdonadme, perdonadme —balbuceó.

—He recibido mi educación como un regalo, permitidme que comparta una fracción con vos. ¡Os lo ruego! —dijo Contessina.

—Aunque tomaría con gusto semejante presente, es demasiado para mí. Estaría eternamente en deuda con vos.

—¿Y acaso eso sería tan malo? Pero no os equivoquéis. Aunque comparta mis dones, seguirán siendo míos, pues

no solo los he recibido, sino que los he merecido.

Miguel Ángel no supo qué contestar. Sentimientos contradictorios lo atenazaban: en la misma medida en que deseaba evitar un presente tan exigente, no deseaba perderlo ni por un instante. Landino se dirigió a una de las estanterías, tomó un libro lujosamente encuadernado y lo abrió.

—Mira, esta es la *Divina comedia* de Dante, con mis comentarios —dijo Landino mientras seguía con el dedo índice las líneas sobre la portada, adornada con rosas negras cuidadosamente trenzadas.

Después, cerró con cuidado las

tapas y le tendió el volumen a Miguel Ángel.

—Guárdalo bien. En este libro encontrarás lo que más necesitarás en este mundo.

—¿Y en la Biblia no?

—Sí, por supuesto, en la Biblia también —dijo Landino con una sonrisa demasiado marcada.

Miguel Ángel contempló el libro desde todos sus ángulos, después acarició con las puntas de los dedos las letras grabadas en el dorso.

—F.S.K.I.P.F.T. ¿Qué significa?

—Son las iniciales de las virtudes: *fides, spes, caritas, justitia, prudentia, fortitudo, temperantia...*

—... fe, esperanza, caridad, justicia, prudencia, fortaleza, templanza — tradujo Contessina.

Miguel Ángel cerró el libro. La visión de las numerosas y artísticas ilustraciones le había dejado sin aliento. Comenzó a entender el elevado valor de semejante regalo.

—¿Realmente es solo un libro o es el ojo de la Medusa? Al menos parece que ha logrado petrificaros —se burló Contessina, aunque por primera vez con buena fe, arrancándolo así de sus meditaciones.

Entonces, ella se despidió para acicalarse para la cena.

—Un poco de agua y una camisa

limpia no os harían mal tampoco a vos, mi querido Sacamuelas —rió ella, mientras se volvía para mirarlo por última vez.

Miguel Ángel la observó entristecido. De pronto, todo se volvió más oscuro y el sancta sanctorum que le había parecido la estancia cuando había entrado en ella se tornó una habitación triste y deprimente.

Landino carraspeó.

—Mi joven amigo —dijo con voz tenue—, ella es ciertamente una criatura celestial y, por lo que creo, le gustas, pero será mejor que no la guardes demasiado cercana a tu corazón. Al fin y al cabo, es una Medici.

Un profundo rubor cubrió el rostro de Miguel Ángel al sentir que habían leído en su interior. Su orgullo le empujaba a protestar y a desmentir lo dicho, pero en el fondo sabía que el anciano tenía razón. Decidió que, en el futuro, se mostraría más cauteloso cuando se encontrara en público con Contessina. Sin embargo, la herida en su corazón permanecería para siempre.

—En la habitación colindante encontrarás un baño en el que asearte y seguro que la *signora* Landino podrá conseguirte una camisa limpia —dijo el maestro antes de continuar—. Si quieres, puedes tomar parte en nuestra lectura diaria de Dante. Te diré algo:

este gran poema también habla de ti.

Aquel fue el inicio de la época más feliz y emocionante en la vida de Miguel Ángel. Lorenzo de Medici acordó con su padre que residiera en el *palazzo* de Medici para tomar parte en las enseñanzas de Landino.

Durante la mañana, aprendía con Bertoldo el arte de la escultura y practicaba el trabajo con materiales sólidos, mientras que por la tarde volvía su atención a Landino y estudiaba a Dante con él... y con Contessina. La joven Medici, en ocasiones, se burlaba de él con una sonrisa pícaro para, segundos después, sermonearlo o

esconder sus sentimientos tras una broma cruel.

Las tardes de domingo las pasaba Miguel Ángel sumido casi sin descanso en el bosquejo de modelos, pues precisamente el día del Señor solía Piero arrastrarlo hasta un burdel para que pudiera realizar los «dibujitos» de Giovanni. Entonces, el mayor de los Medici lo abandonaba en un antro con suficiente luz y enviaba a alguna exuberante belleza a Miguel Ángel mientras él mismo desaparecía durante algunas horas.

El incómodo entorno, con los gritos, risas y gemidos que se acumulaban por los pasillos, no hacían mella en él. En

cuanto comenzaba a dibujar sus esbozos y se sumía en el estudio de la anatomía humana, perdía la noción del tiempo y del espacio. Las mujeres desnudas despertaban en él únicamente el interés profesional del pintor, pero no una atracción física. Más tarde, Piero le contrataría incluso a un hombre, para que Miguel Ángel pudiera disfrutar de toda la diversidad de opciones. Un entusiasmado Giovanni recogía los esbozos y los pegaba en un libro sobre cuya portada había escrito con grandes letras: *Il modi*. Los estudios de anatomía pura, por el contrario, se incluían en un volumen titulado *Ignudi*.

FLORENCIA, *ANNO DOMINI* 1492

Un par de meses después, vio Miguel Ángel por el rabillo del ojo que Contessina, como otras muchas tardes, se disculpaba ante su madre y se levantaba de la mesa. Le guiñó discretamente el ojo y alzó un tanto el brazo derecho, como si simplemente quisiera estirarlo. La luz de las velas se reflejaba en los dorados botones de su

vestido rojo de terciopelo. En medio del runrún de conversaciones, de risas acaloradas y del alegre tintineo de platos y cubiertos, nadie reparaba en aquellas señales secretas. Miguel Ángel, no obstante, sí las vio y supo lo que significaban: segundo piso, ala derecha.

Su corazón tembloroso apenas le permitía esperar unos instantes antes de, con una expresión de auténtico dolor, como si la comida le estuviera reventando el estómago y los intestinos, levantarse también de la mesa. Piero de Medici, que ya conocía suficiente, le dedicó una mirada compasiva:

—Pobre muchacho. Es un milagro que todavía no hayas muerto de hambre.

En cuanto tomas algún alimento, enseguida se empeña en salir de tu organismo. Deberías ir al médico, amigo mío. ¡Debe ser un dragón lo que tienes metido en las tripas!

En cuanto Miguel Ángel salió del salón hacia el bien ventilado pasillo, dio la impresión de sufrir una recuperación milagrosa. Una sonrisa sustituyó la máscara de dolor adoptada de cara a la galería y el aún doliente, pero de penas distintas a las manifestadas, ascendió por las escaleras como una exhalación, cruzó a la derecha y corrió hacia Contessina, quien lo esperaba en un oscuro nicho del estudio de su padre.

—¡Por fin! —suspiró ella—. ¡Por

fin!

Ella le tendió sus delicadas manos y él las cubrió con las suyas antes de besar con devoción cada uno de los dedos de la muchacha, adornados con infinidad de anillos de perlas, rubíes, lapislázuli, cornalina y otras piedras preciosas.

—Éste por tus pensamientos, éste por tus sentimientos, éste por el amor que hay en mí... —fue contando Miguel Ángel los anillos con una sonrisa de ternura, hasta que Contessina posó la mano derecha en sus labios.

Se quitó ella entonces un anillo con una perla engarzada, la depositó sobre la mano del escultor y le cerró el puño

en torno a la joya.

—Éste por el amor que hay en mí, ¡nunca te separes de mí! ¡Qué mal rimas, querido Sacamuelas!

Entonces, ella rio como si todo hubiera sido una broma. Miguel Ángel, que no sabía qué pensar, volvió a tenderle el anillo pero ella se lo devolvió con dulzura y agitó la cabeza hasta que los rizos le cayeron por la frente.

—¡Padre lo ha consentido! —dijo entonces—. Mañana por la tarde podré ir a ver las pinturas de Masaccio en la capilla Bracacci con mi ama y un criado.

Comenzó a palmeear de alegría. El

eco que despertó en el amplio pasillo forrado de mármol hizo sobresaltarse a los dos jóvenes.

El frío se extendió como una segunda piel sobre Miguel Ángel cuando entró en la iglesia. Sus pasos resonaban por los amplios muros. Una vez en la capilla de Felice Bracacci se topó con un par de compañeros de la escuela de escultura del jardín Medici que se encontraban practicando bosquejos, entre ellos, Pietro Torrigiani. Éste bajó el cartón sobre el que dibujaba y miró a Miguel Ángel con ojos encendidos y una sonrisa maliciosa.

—¡Oh! Pero si los dioses también se

pasean entre los simples mortales —se burló.

—Y lo dice quien nunca llegará a escultor y no sabe ni dibujar —replicó Miguel Ángel.

La sonrisa de Pietro se transformó en una mueca. Se levantó y estiró todo el cuerpo.

Miguel Ángel oyó pasos tras él y se volvió. Contessina, con la cabeza cubierta hasta los hombros por un velo color azafrán, se dirigía hacia él, flanqueada por su ama y por un fornido criado. La habría reconocido entre un millón. Lucía un manto rosa decorado con estrellas doradas sobre un vestido sencillo de color blanco.

—*Messèr* Miguel Ángel, ¿tendríais la bondad de comentarme las pinturas de Masaccio? —preguntó ella, esforzándose porque su voz sonara serena.

Antes de que Miguel Ángel pudiera contestar, Pietro se levantó presto y apartó al joven con un empujón tan enérgico que lo hizo trastabillar.

—Confiad mejor en mí, *madonna*. Creo que no hay nadie aquí que pueda competir conmigo en experiencia y conocimientos —dijo Pietro, acompañando la palabra «experiencia» de un tono y una sonrisa llenos de dobles sentidos.

Miró entonces a su alrededor con

ademán desafiante, dispuesto a impedir cualquier discrepancia y comprobó, satisfecho, que los demás estudiantes volvían a sumirse en sus bosquejos. Miró a Contessina con desvergüenza y entrecerró los ojos. «Y con eso pretenderá mostrarse seductor», pensó Miguel Ángel, quien se había visto apartado de la escena y observaba lo que sucedía con atención y disgusto. Prefería no actuar antes de tiempo y arriesgarse a exponer a Contessina a las habladurías por culpa de un comportamiento demasiado solícito.

—¿No sois otra vez vos, el *signore* Gallina? —se dirigió la muchacha, con una sonrisa inocente, a un Pietro que de

inmediato enrojeció ostensiblemente—. ¡Siempre recuerdo con qué perfección llegasteis a cacarear! Pero tenéis razón: no hay nadie aquí que pueda competir con vos en fanfarronería, *messèr Gallinita*.

—¡Y vos! ¡Vos pertenecéis a una familia de carniceros, eso es lo que sois! —gritó Pietro, poseído por la furia, mientras señalaba con el dedo índice la pintura de Masaccio que representaba la expulsión de Adán y Eva del paraíso.

—¡Discúlpate con ella, hijo de perra! —gritó Miguel Ángel ya fuera de sí, empujando con las dos manos el pecho de su rival, más alto y mayor.

—¿Me has llamado hijo de perra?

—gruñó Pietro.

—Sí, ¿no es eso lo que eres?

En ese mismo instante, Miguel Ángel oyó peligrosamente cercano un incómodo crujido, seguidamente sintió una llamarada de calor en el rostro que, de inmediato, le sacudió el cerebro. Poco a poco fue relacionando aquel sonido de golpe seco con el dolor. Pietro le había roto la nariz de un puñetazo. La sangre le empapaba el rostro y él se precipitó hacia el suelo de la iglesia.

—¿Que no sé pintar? ¡Ja! He logrado pintarte la cara de tal forma que vas a llevar mi firma en ella por el resto

de tus días —exclamó Pietro, fuera de sí por la ira.

Miguel Ángel sintió que su consciencia empezaba a volverse difusa. Finalmente, todo se volvió negro.

Cuando volvió a abrir los ojos, vio ante él el rostro preocupado de Contessina. En un primer momento creyó encontrarse en el cielo o, al menos, viviendo un hermoso sueño, pero pronto el punzante dolor de su cabeza logró devolverlo sin compasión a la realidad. Gimió, no solo por la latiente herida en su rostro, sino también de felicidad. Un ligero murmullo reveló que había más personas en la estancia en la que se

encontraba. Sin embargo, para él, solo importaba la muchacha. Contessina lo amaba y ahora lo sabía. Lo amaba profunda y sinceramente, como él a ella.

—¿Podríais dejarnos a solas un momento? —pidió la muchacha con gentileza pero con la voz habituada a dar órdenes propia de una hija de Lorenzo el Magnífico.

Un criado, el ama y el médico, un hombre calvo, cercano a los cincuenta y con una notable papada, salieron de la habitación. Miguel Ángel, que no había dejado de contemplar a Contessina, observó que dos de las estrellas doradas de su manto se habían teñido de rojo y que el tejido rosado de éste aparecía

cubierto de manchas oscuras. ¿Sería su sangre? ¿Habría tratado de sujetarlo para que no se golpeará con el duro suelo de la iglesia?

—El médico te ha cosido la nariz — dijo Contessina en cuanto la puerta se cerró—. No podrás tocarla en los próximos días, tendrás que tener cuidado —continuó ella mientras, con delicadeza, le cogía la mano que él tenía apoyada sobre la colcha de encaje de color ámbar—. Oh, mi caballero galante, ese canalla decía la verdad: te ha dejado marcado de por vida; el cartílago no se sellará como es debido. La nariz va a quedarte achatada y tosca.

—¿Eso te molesta? —le interrumpió

Miguel Ángel, mirándola.

—No, ¿cómo podría?

—Entonces, tampoco a mí me importa. ¡De ahora en adelante llevaré mi nariz rota como una condecoración!

Durante las siguientes semanas, los dos enamorados encontraron mil pretextos nuevos con los que poder escabullirse y encontrarse en lugares secretos. Hasta el día en que todo cambió.

Era media tarde cuando Miguel Ángel entró en la catedral florentina para esperar allí a Contessina. Aquellos últimos días, Landino lo había mantenido muy ocupado con el estudio

de Vitruvio. Contessina le había traducido del latín lo que el arquitecto romano había escrito acerca de los templos redondos, las cúpulas y las bóvedas. Según Vitruvio, la estructura de la casa de Dios debía ser tan perfecta como el cosmos y nada había más perfecto que el círculo. Aquel pensamiento atraía a Miguel Ángel que, entre tanto, llegó a la conclusión de que la verdadera forma de una iglesia debía ser circular, coronada por una cúpula, de tal forma que reflejara y simbolizara el cielo. Landino lo reafirmaba en sus teorías señalando que Dante había descrito los nueve niveles del paraíso como círculos concéntricos.

El día anterior, Miguel Ángel le había explicado a Contessina que la cúpula de Brunelleschi remataba una catedral hermosa pero, desafortunadamente, incompleta, pues para alcanzar la perfección debía haber tomado la forma de una cruz griega.

—Mira —le dijo, dibujando en una hoja de papel una cruz griega—. Si unimos los extremos de los brazos de la cruz, obtenemos un círculo. El círculo, por tanto, es símbolo de perfección, de lo absoluto. En un edificio redondo, la luz no se desvanece a lo largo de una nave alargada como si fuera una gruta oscura, sino que surge de cada punto y se concentra en el centro, de tal forma

que el edificio parece flotar.

A Contessina todo aquello le había parecido demasiado teórico, por lo que él le había prometido que irían al lugar en cuestión para poder explicárselo con mayor claridad.

Por ese motivo se encontraba él ya allí, bajo la blanca y alta cúpula de la catedral florentina, esperando. Cuando las imponentes puertas de bronce se abrieron finalmente y la muchacha entró en el templo, rodeada por una aureola de luz solar, él salió a su encuentro, lleno de alegría.

Sin embargo, Contessina parecía afectada por algo. En cuanto estuvieron frente a frente, explotó.

—Se acabó. Tengo que casarme.

—¿Casarte? ¿Con quién?

—Con un conde. Un tal Ridolfini.

—No puede ser, no es posible... —

murmuró Miguel Ángel, consternado.

Contessina volvió hacia él un rostro lleno de lágrimas.

—¿En qué estábamos pensando, querido mío? ¿Que mi padre podría aceptarte alguna vez como yerno? Más tarde o más temprano esto tenía que ocurrir.

—¡Lo hará, tiene que hacerlo! — exclamó Miguel Ángel—. Hablaré con él.

Ella lo miró con tristeza.

—¿Quieres hacernos aun más

desgraciados de lo que ya lo somos?

—Pero, ¿por qué? ¿Es que no procedo de una casa noble? ¿Es que soy un don nadie?

—Para el mundo lo eres, aunque para mí lo seas todo —dijo Contessina con dulzura, mientras se recostaba sobre él—. Sin embargo, mi padre mantendrá su palabra y a ti te echará de su casa. No quiero que te ocurra nada por mi culpa. Para mí, ¿no podría haber nada peor!

Miguel Ángel rugió de desesperación. Sabía que ella tenía razón.

—¿Por qué iba mi padre a desposarme con un escultor? — prosiguió Contessina con voz

amortiguada, como si simplemente pensara en voz alta—. Adora el arte, sí, pero por encima de su amor al arte están sus obligaciones como cabeza de los Medici, su deber de engrandecer el *stato* de la familia. ¿Lo entiendes? Nuestra propia vida depende de nuestra reputación. Si ésta se hunde, nuestros numerosos enemigos caerán sobre nosotros. Si dejan de temernos, será nuestra perdición.

Miguel Ángel hubiera querido contradecirla, pero le fallaba la voz. Contessina le tomó de la mano y la besó. Él se estremeció: era la primera vez que ella hacía algo así.

—Ha sido un sueño hermoso, mi

Sacamuelas, mi rompecorazones. Llegó un día en que incluso a las historias más bellas el Señor les pone un *fini*. Quizá deberíamos alegrarnos de haber podido al menos disfrutarlo.

Miguel Ángel hubiera querido taparse los oídos para no oír las palabras que no tardaría en escuchar.

—Ahora que estoy prometida no podremos volver a vernos —dijo Contessina con voz temblorosa.

Ella se volvió y dio un par de pasos, pero de nuevo se giró y lo miró. Solo entonces él reparó en que la joven llevaba un vestido negro y ninguna joya.

—Tienes razón, Miguel Ángel —dijo ella, serena, aunque en sus ojos

relucían las lágrimas—. Esta cúpula hubiera merecido un edificio de forma redonda. Tan perfecto como la bóveda celeste. Si alguna vez construyes algún edificio, haz que sea el más perfecto del mundo: créalo a la imagen de nuestro amor, pues ha sido como un retazo del cielo... para mí.

Con estas palabras se volvió y salió tan rápidamente de la catedral como si la persiguiera el miedo a que el amor pudiera derrotar a la razón, a que pudiera desobedecer a su padre y huir con su amado. Las pesadas puertas del *duomo* se cerraron a su espalda con un ruido sordo.

La penumbra de la catedral envolvió

a un Miguel Ángel que, como drogado, alzó su mirada desesperada suplicando a las alturas alguna ayuda o, al menos, consejo. En lugar de eso le asaltó la idea de que la cúpula entera iba a caer sobre él, sepultándolo todo bajo una marea de piedra y polvo.

«Si alguna vez construyes algún edificio...», había dicho Contessina. Nunca se había pasado por su mente la idea de convertirse en arquitecto. Siempre se había considerado un escultor que, ocasionalmente, pintaba. Pero, ¿arquitecto? Su mirada permanecía prendida en la cúpula blanca, que no se había desmoronado. Se juró a sí mismo y a su amor perdido

que algún día construiría el templo del amor: un edificio con planta de cruz griega sobre la que se alzaría la cúpula del cielo. ¡Ocurriera lo que ocurriera! Sería la construcción más grande que el mundo hubiera visto, pues también el amor que residía en el corazón de Miguel Ángel era el más grande que en la tierra hubiera existido o existiría.

Desde aquel día, Contessina y él ya no se vieron más. El joven proseguía sus estudios sobre Dante exclusivamente con Landino, y la hija de Lorenzo tampoco volvió a tomar asiento en la mesa. Con aquel retiro se preparaba para su matrimonio. Entonces, una tarde,

entregaron aquella carta a Miguel Ángel:

«Querido Sacamuelas:

Mi ama te llevará esta noche hasta mí. Confía en ella y síguela, pero no hables con nadie al respecto. El silencio será nuestro refugio. Sabes quién escribe estas líneas: alguien que siempre estuvo en desacuerdo con Dante y que no le perdonará, hasta el último de sus días, que condenara a Francesca y Paolo al infierno en lugar de al cielo, donde pertenecían. ¿No se debe tratar el amor con más delicadeza? Al menos, aunque en el infierno, ellos estaban juntos.

La duda asola mi corazón. ¿Puede

ser realmente el infierno un lugar en el que se tengan el uno al otro? ¿Y un paraíso en el que hubieran estado separados no habría sido el infierno? Ven, ven pronto junto a mí, mi querido Sacamuelas».

Leyó aquellas frases una y otra vez. Contessina quería verlo. ¿Qué se proponía? ¿Intentaría proponerle una huida? ¿Un matrimonio secreto? Lleno de inquietud, se paseó arriba y abajo por su habitación. Poco antes de la medianoche oyó que al fin alguien llamaba a su puerta. El ama de Contessina se llevó el dedo índice de la mano izquierda a la boca, en un gesto

conspirador. En la derecha portaba un candil. El joven la siguió con el corazón latiéndole alocado a través del críptico universo que constituía el *palazzo*, desconocido para él. Cruzaron interminables pasillos y corredores sumidos en la oscuridad, pequeñas escaleras angulosas de apenas dos o tres escalones, pero también escaleras de caracol. Finalmente, el ama abrió la puerta, lo empujó dentro de la estancia y cerró de inmediato tras él.

La mirada de Miguel Ángel recayó sobre una pequeña mesa. Una solitaria vela temblaba sobre ella, agitada por las corrientes de aire. Detrás de la mesa había una gran cama de roble con postes

tallados y decorados que sostenían un baldaquino de terciopelo rojo. Contessina estaba sentada sobre la cama, tapada únicamente con un velo de seda. A través de aquel tejido de extraordinaria finura, Miguel Ángel percibió que la joven temblaba como una hoja. Sintió que los miedos y deseos de ella se le contagiaban. De pronto, anheló caer muerto en sus brazos, perderse con ella en la eternidad.

—Si ese Ridolfini debe tomarme —susurró Contessina—, quiero que tú seas el primero.

Concluyó aquella declaración, formulada con voz suave pero llena de decisión, con un «por favor» apenas

audible. Entonces, alzó los brazos y el velo se deslizó por su cuerpo. Una ligera fragancia a canela y sándalo llenó la habitación.

Miguel Ángel dio un paso atrás y volvió la vista al suelo, pues no se atrevía a mirarla. La desnudez de las prostitutas que había dibujado para su hermano Giovanni nada tenía que ver con eso. Le resultaba indiferente, como una forma distinta de ropa. Sin embargo, él no quería ver a Contessina de aquella forma. ¡No era una prostituta, era una diosa, su diosa! No era un sucio recipiente para su semilla. Sintió vértigo. ¿Qué le estaba pidiendo? ¿Que la profanara con los mismos actos que

realizaban los chuchos callejeros? ¿Que la montara como a una yegua? Alzó las manos en un gesto de rechazo y volvió la cara. Quiso decir algo, pero no salió de sus labios más que un extraño ronquido y se precipitó fuera de la habitación. Vagó aturdido, durante lo que le pareció una eternidad, por los pasillos del *palazzo*.

De pronto, oyó gritos. Un grupo de hombres penetraba en el *palazzo*, el sonido de sus botas retumbaba por los corredores, los sollozos herían los oídos, las antorchas relucían. Pudo oler y oír el fuego. La madera crujía al arder y el eco de las vigas restallando llenó el aire. Un solo pensamiento cruzó la

mente de Miguel Ángel: ¡Contessina!

Una voz en su interior lo atormentó con palabras de reproche, con acusaciones a cada cual más terrorífica y contradictoria. ¿Cómo había podido negarle a su enamorada la despedida y el deseo que ella le había confiado? Pero, ¿cómo habría podido profanar su amor de aquella manera? Sintió que la garganta se le cerraba mientras intentaba encontrar el camino de vuelta a la habitación de la muchacha. Caminó, perdido y sin esperanza, hasta que finalmente dio con la gran escalinata.

Allí se hallaba Pico della Mirandola, quien descendía los escalones con la mirada perdida y el

cabello revuelto. Su ropa se encontraba desastrada y descolocada de una manera inédita en él: el manto, medio caído sobre los hombros; la camisa semiabrochada y por fuera del pantalón. De pronto, el conde se detuvo y miró a su alrededor, como si buscara a alguien. Aunque Miguel Ángel se encontraba justo frente a él, no dio muestras de reconocerlo.

—Así pues, se cumple la predicción de la cábala —murmuró Pico—. El año 1492 será el año de la catástrofe, tal y como los sabios judíos anunciaron en el libro de Job.

Miguel Ángel no entendió lo que el conde quería decir y avanzó un par de

escalones en su dirección.

—¡Está muerto! —exclamó Pico, con los ojos vacíos y el gesto petrificado—. Lorenzo el Magnífico ha abandonado esta vida. Quiera Dios consolar su pobre alma. ¡Quiera Dios consolarnos a todos! Con su muerte, que ya nadie puede evitar, comienza nuestra desdicha.

Entonces, cayó de rodillas al suelo y su tórax se inclinó hacia adelante. Lloró como un niño, sin freno, abriendo los brazos como si buscara sustento.

Miguel Ángel contempló, horrorizado, al hombre destrozado a sus pies, que gemía sobre los escalones. Lorenzo de Medici había protegido a los

filósofos excomulgados por el papa y perseguidos por la Inquisición. De pronto, Miguel Ángel entendió que no había sido el temor por su propia vida lo que había provocado la exaltada reacción de Pico, ni la pena insoportable por la pérdida de un ser querido. Era el hecho de saber que su mundo se venía abajo, que la tormenta no tardaría en romper sobre ellos. Lorenzo había sido un escudo protector para todos ellos. ¿Qué sería de ellos ahora que les habían robado a su patrón?

Miguel Ángel oyó pisadas tras él y se volvió. Sobre las escaleras apareció Contessina. No había una sola lágrima en sus ojos inertes. Se detuvo allí, con el

rostro impenetrable de una estatua. Entonces, sus ojos se avivaron un instante al posarse en él, pero en ellos solo había reproche.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1505

En todos aquellos años no había podido olvidar la mirada de Contessina. Temía cada momento en el que volvían a él los recuerdos de ella y de todos los que se habían ido. Hacía tiempo que muchos de los *Fedeli* yacían ya muertos: Landino, el filósofo Ficino, el poeta Poliziano y su amigo Pico della Mirandola. Contessina, entretanto, se

había convertido en la condesa Ridolfini, madre de varios hijos y honorable esposa. Aunque nadie lo sabía, al crear su *Pietà*, Miguel Ángel había vertido toda su pena en el dolor del rostro de la madre de Dios. Aquella obra era para él el mausoleo de su amor perdido. Pero, ¿cómo podría inspirarle ese amor para crear?

Estaba ya arrugando el último bosquejo del sepulcro papal que había empezado a dibujar cuando alguien llamó enérgicamente a su puerta. Se levantó, entre gruñidos y protestas, pero cuando fue a abrir Giuliano da Sangallo se encontraba ya en la estancia.

—¡Nunca cierras la puerta de casa!

—exclamó—. Haces que me preocupe terriblemente por ti, amigo mío.

—¿Y eso por qué? —preguntó Miguel Ángel, atónito.

El arquitecto se apartó la amplia boina negra de la cabeza, la arrojó despreocupadamente sobre un taburete y caminó, agitado, por toda la habitación. El nerviosismo le hacía apretar los labios, de tal forma que sus lacias mejillas se tensaban ligeramente.

—Por qué, por qué, por qué —exclamó, alzando los brazos—. ¿Es que no se te ocurre por qué? Juegas con la vida y con la muerte, Miguel Ángel. Si no cumples sus expectativas, ¡será el fin de tu carrera en Roma! Una carrera que,

siendo sinceros, ni siquiera ha empezado todavía. Un hombre inteligente se protegería —prosiguió Sangallo.

Finalizó su exposición con un enérgico «¡merda!» que hizo que se le enrojeciera el rostro y su barba se agitara amenazadoramente.

Miguel Ángel se levantó, le acercó una silla y Sangallo se dejó caer sobre ella, agotado.

—Si tu boceto llega a desagradar al papa, ya sea porque la tumba le parece demasiado pequeña o porque por cualquier motivo le recuerda a Borgia o a Dios sabe quién —prosiguió, algo más calmado—, entonces la pérdida de

encargos papales será el menor de los males que él podría ocasionarte, mi David. Nuestro santo padre posee una cólera comparable a la de nuestro Señor.

Miguel Ángel no pudo evitar sonreír cuando Sangallo lo comparó con David, aquel joven de la Biblia que venció a Goliath y cuya estatua había creado para los florentinos hacía ya años.

—A su santidad no le gustaría en lo más mínimo que lo compararas con alguien tan simple como Goliath, mi inquieto amigo —señaló el escultor.

—Oh, ¡vete al diablo! Y haz el favor de no hablar conmigo como si fuera un cortesano idiota. Mejor harías en

comentarme qué piensas hacer.

—Dibujar —respondió Miguel Ángel con sequedad, aunque su enojo iba más dirigido a sí mismo que a su amigo, pues nada de lo que había proyectado hasta el momento había servido para nada.

—Sí pero, ¿qué vas a dibujar? —bramó Sangallo, incapaz de mantenerse sobre la silla por pura inquietud.

—El boceto de la tumba —respondió Miguel Ángel con serenidad—. Querido amigo, es muy sencillo. Será el monumento más grande y más hermoso que se haya visto en el mundo. ¡Es imposible que no le guste!

—¿Y cómo estás tan convencido de

ello? —preguntó Sangallo, a quien la autosuficiencia de Miguel Ángel desesperaba hasta el punto de haberle hecho palidecer.

—Porque lo más grande y lo más hermoso no pueden fallar —fue su respuesta.

Sangallo entrecerró los ojos y observó detenidamente a su joven protegido. No, no pretendía bromear, su rostro aparentaba absoluta seriedad. No había chanza ni presunción en las palabras de Miguel Ángel, solo la conciencia de la propia capacidad. El joven se sentó de nuevo frente a la mesa y expresó sus convicciones mientras hacía volar el lápiz de plomo sobre el

papel.

—El arte estaría muerto si, como puedan defender fulano y mengano, quienes sin duda se creen muy dignos de expresar una opinión, ésta solo fuera una expresión de buen gusto. El arte no existe para gustar al pueblo, ni siquiera a los poderosos: lo único a lo que aspira el arte es a gustarse a sí mismo. Por lo tanto, ¿quién podría sentar las nuevas bases del arte más que el arte en sí mismo?

Sangallo guardó unos instantes de silencio. Entonces, exclamó sin apenas entonación:

—Entonces, denos siempre Dios soberanos entendidos en arte.

—Amén a eso —repuso Miguel Ángel, y optó por dirigir la furia que experimentaba hacia otros objetivos—. Bajo la soberanía de un cerdo, el mundo se convierte en una pocilga. ¿Y quién necesita un *David* junto a una pocilga o una *Gioconda* en el barrizal? No, necesitamos tener siempre gobernantes que entiendan el arte, pues es a través del arte como hablamos con Dios y Dios con nosotros. La medida del arte es la medida de Dios.

—Siempre y cuando creamos en Dios —dijo el arquitecto y se espantó, acto seguido, por las consecuencias resultantes de sus propias palabras.

También Miguel Ángel había dejado

caer su lápiz de plomo. Nunca había llegado tan lejos con sus pensamientos. Un mundo sin fe en el Todopoderoso le resultaba inconcebible, solo comparable con el Infierno de Dante. Necesitó un tiempo para salir de aquel laberinto de horror. Sangallo, entre tanto, se había vuelto a dejar caer sobre la silla. La pierna derecha, que había posado sobre la izquierda, se balanceaba inquieta arriba y abajo.

—Si no creyéramos más en Dios, tampoco podría haber arte. El diablo no es un buen mecenas —dijo Miguel Ángel con voz tenue.

En el largo y pesado silencio que se inició a continuación, sobrecogió a los

dos hombres una sensación gélida, como si se avergonzaran por haber expresado con tanta ligereza semejante sacrilegio. Incluso el inquieto pie de Sangallo logró quietarse en aquel incómodo silencio. Durante un momento, breve, pero suficiente para perturbarlos, habían descrito un mundo sin medida. Durante apenas segundos habían liberado a los demonios del infierno y ambos hombres habían podido imaginarse la manera en que habrían asaltado a todo ser vivo: violado a las mujeres, masacrado a los niños, colgado a los hombres de sus propios testículos.

De pronto, Miguel Ángel se levantó de un salto. Le brillaban los ojos

cuando, loco de alegría, besó los labios de su barbudo amigo. Por fin sabía en qué consistiría su boceto: la tumba del papa debía representar la alianza contra el infierno sellada entre la tierra y el cielo. Allí residía el amor: ¡en la fidelidad a la alianza! Finalmente había encontrado la idea que había buscado con tal desesperación. En su rostro apareció una sonrisa resplandeciente.

—Ya tengo el monumento terminado en mi cabeza.

—¡No te engañes!

—No, es cierto: puedo verlo con tanta claridad como te veo a ti en este momento, amigo mío.

—¿Me lo puedes describir?

—Más adelante, Giuliano, pero serás el primero que lo veas, te doy mi palabra.

Sangallo contempló a su protegido lleno de asombro, pero sintió que Miguel Ángel no se estaba jactando en vano. Al levantarse exudaba una serena sensación de satisfacción.

—¡Ven conmigo! —exclamó y, cogiendo a Miguel Ángel del brazo, tiró de él hacia la puerta—. Calidez, eso es lo que necesitamos: ¡un poco de calidez!

Atravesaron el Borgo, pasaron por la izquierda de la basílica de San Pedro, cruzaron la puerta de la muralla que rodeaba el Vaticano y el barrio y salieron rumbo al Trastevere.

Tras una buena media hora de camino llegaron al barrio de las prostitutas y se detuvieron frente a un edificio de tres plantas, bien iluminado, del que surgían música y risas. Iban a entrar cuando una mujer de grandes proporciones arrojó a la calle a un borracho que dio un traspiés y cayó cuan largo era.

—¡Y no vuelvas a aparecer por aquí sin nada en el pantalón! —bramó la fémica al hombre, quien trataba de levantarse con grandes dificultades.

—¿Qué es lo que ocurre, Petronilla? ¿No te ha dejado satisfecha? —exclamó Sangallo.

—No, es un buen saco de oro

colgado del cinto lo que le faltaba a ese tipo. Si no tiene dinero con el que pagar, que se vaya a desfogar con las vacas y las cabras del Coliseo. Ningún hombre me puede impresionar ya con la polla, ¡solo con las monedas!

Sangallo rio y arrastró a Miguel Ángel al interior del famoso burdel de Petronilla da Pecorino.

Aunque el exterior del lupanar ya parecía un *palazzo*, fue el interior lo que dejó sin habla a Miguel Ángel. Jamás había visto semejante esplendor, semejante lujo, semejante desenfado y relajación en el ambiente de una casa pública en su Florencia natal. Aquel

templo romano de la lujuria no le recordaba en nada a los antros a los que Piero le había llevado, cuya distribución espacial estaba consagrada únicamente a la ejecución del acto. Allí, por el contrario, se encontró súbitamente en un salón de exquisita elegancia. A primera vista, no ofrecía mayor impresión que la de ser un lugar agradable en la que los hombres más principales acudían a disfrutar de una buena conversación.

Sangallo, a quien no se le había escapado la perplejidad de Miguel Ángel, le susurró:

—Tienes que comprenderlo, amigo mío. Muchos de los hombres pudientes de Roma son sacerdotes y, por tanto,

deben renunciar a una familia. Éste es, para ellos, más un salón de recreo que un mercado del amor mercenario. Petronilla y sus cortesanas ofrecen a estos hombres una sensación de privacidad, de reposo dentro de un círculo de amigos, incluso de un ámbito familiar —explicó y, con una sonrisa llena de significado, concluyó—. Además, ¿qué clase de reunión puede ser esa en la que no haya mujeres, quienes no solo elevan cualquier encuentro social, sino a los mismos hombres que toman parte en ellos?

«Así que es eso», pensó Miguel Ángel. En Florencia, los hombres casados buscaban salir de la rutina,

mientras que en Roma, los clérigos anhelaban una especie de familia de reemplazo. En la ciudad del Arno, los ciudadanos prominentes casados con mujeres ilustradas esperaban satisfacer sus fantasías sexuales fuera de sus palacios y mansiones, mientras que en la urbe a orillas del Tíber, los romanos acaudalados se interesaban por compañeras cultas que no solo estuvieran bien versadas en las consabidas artes del amor físico, sino que además ofrecieran buena compañía y una grata conversación.

—Evidentemente también existen en Roma burdeles corrientes... para la plebe. Sin embargo eso no es algo que

nos afecte a nosotros. Aquí, mi joven amigo, descansamos y nos liberamos de la carga de nuestras responsabilidades. Aquí charlamos, sellamos alianzas, negociamos políticas o cerramos contratos. Quien no es bienvenido en las casas de las grandes cortesanas, no es tolerado en la propia Roma.

Las palabras de Sangallo no hicieron más que confirmar lo que los ojos de Miguel Ángel estaban constatando ampliamente por sí mismos.

Ricos tapices decoraban las paredes en salones de tamaños diversos repartidos por el *piano nobile*. Una seductora escalinata daba acceso a las estancias superiores. Miguel Ángel

pensó en los pequeños cobertizos en los que había realizado los dibujos para Giovanni de Medici, rodeado del hedor a sudor rancio y a semen reseco.

El tránsito en los burdeles florentinos se asemejaba al *mercato vecchio*: lo importante era el negocio, con el debido coste se obtenía la mercancía deseada. Hacía más de un siglo que se había expulsado a toda la aristocracia de sus calles, por lo que Florencia era la ciudad de la burguesía, sobre todo de los comerciantes. Hacía tiempo que el balance económico había sustituido al estilo. En aquel momento, Miguel Ángel se dio cuenta de que Piero de Medici no había tenido la más

mínima posibilidad y le pidió disculpas mentalmente. Había tenido que pagar con sufrimiento el que su padre, Lorenzo el Magnífico, hubiera pretendido imponer en vano algo a aquella urbe: el estilo y la grandeza. ¡En una ciudad de comerciantes!

Dos criaturas, similares a divinas sílfides, salieron a recibir con gracia y dulzura al arquitecto y a su amigo, impidiendo que éste se sumiera en un humor oscurecido por el recuerdo del desgraciado destino de su ciudad natal.

—Oh, *messèr* Giuliano —ronroneó una de las muchachas—. ¿A quién traéis hoy con vos?

—A un dios con figura humana —rio

Sangallo.

—¿A Cupido? —preguntó la otra, adoptando con los labios la forma de un beso inminente.

«Estas doncellas de Venus, al contrario que sus equivalentes florentinas, conocen la mitología», observó Miguel Ángel para sí. También quedó gratamente sorprendido por el hecho de que se abstuvieran de arrastrar a los clientes a la habitación nada más saludarlos. Las prostitutas de Florencia hacían todo lo necesario por asegurarse frente a sus clientes de que tenían la proverbial sartén agarrada por el mango.

Miguel Ángel se sintió embriagado y encantado ante tantas impresiones

positivas y resolvió dejarse llevar. «¡Pobre Piero!», pensaba una y otra vez, «no tuviste la oportunidad de vivir todo esto. ¡Pobre Florencia!».

Los dos hombres, junto con sus encantadoras acompañantes, entraron en la primera sala del *piano nobile*. Mujeres hermosas vestidas exquisitamente se recostaban sobre sillones tallados forrados de lujosos materiales y charlaban galantemente con caballeros de todas las edades. Reinaban las risas, las bromas y el coqueteo. La luz de las velas se reflejaba en los vasos de vino en forma de tulipán, que diligentes jarras del néctar de la uva jamás permitían

vaciarse. Sobre las paredes de la sala colgaban tapices realizados con destreza. Bajo ellos, se extendían mesas alargadas decoradas con flores y repletas de todas las exquisiteces imaginables dispuestas para los paladares más exigentes. Entre platos de carne, pescado y aves, asados o hervidos, había saleros y especieros, recipientes de plata con variedad de verduras y cestos de frutas o pan tostado, así como fuentes de oro con mazapán y dátiles. No, nadie podía siquiera deducir que aquel lugar fuera un burdel.

Entre los susurros y las risas que acompañaban conversaciones deliciosas

se entremezclaba el sonido de laúdes y flautas. Incluso un efebo cantaba con tierna voz de tenor una canción de amor y sensualidad:

*«Dormir no pude la noche pasada
y mil años parecióme que duraba el
día
más por fin con las bestias llego, mi
vida
y contemplo con ellos tu rostro de
hada».*

Gratamente sorprendido, Miguel Ángel exclamó, volviéndose hacia Sangallo:

—¡Es un saludo de mi patria!

El arquitecto le miró con curiosidad.

—Este canto es un poema de Lorenzo de Medici; son versos de *La nencia da Barberino*.

Los ojos de Sangallo se humedecieron.

—Oh, al diablo con el Magnífico. ¿Cómo se le ocurrió organizar semejante catástrofe muriendo tan temprano? Todo se lo llevó consigo a la tumba: A Poliziano, Pico, Piero... Los mejores entre los hombres y los más adorables entre los jóvenes. Piero no era un mal muchacho, solo demasiado impetuoso y demasiado joven para el cargo.

Cuando una de las ninfas percibió las lágrimas que resbalaban por el

rostro de Sangallo, se aproximó y las fue besando una a una.

—Podéis correr tanto como queráis, pero el viento que ayer os arrastraba sobre las rocas ya no os sostiene. Debéis ser vos mismo quien deis impulso a la rueda de la fortuna si queréis que gire para vos —le susurró ella al oído.

—Tienes razón, hermosa mía.

Sangallo carraspeó para recuperar la compostura y apretó a la muchacha tan fuerte contra él como si pudiera aquel viejo cuerpo absorber las fuerzas de su juventud.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1505

En el segundo salón, aposentado sobre un amplio sillón en medio de la estancia, reinaba un robusto gigante cuyo cráneo resplandeciente aparecía coronado por algunos cabellos grises. Sus poderosos brazos, que reposaban relajados sobre el respaldo, exudaban una fuerza que, aunque entonces se encontrara dormida, se mantenía tan

latente como peligrosa. Estaba sumido en plena lucha con dos carnosas diosas: una subida sobre su regazo y la otra a sus pies. La visión de aquel hombre peculiar que intercambiaba besos con sus dos compañeras de juegos no dejaba de tener cierto deje cómico. Sin embargo, en contra de lo que cabía esperar, no le pasó desapercibida la llegada de los dos artistas.

—Ah, Giuliano, ¿quién es ese joven cuervo que traéis con vos? —gruñó.

—*Messèr* Miguel Ángel, venerado Donato.

—¡Estáis bromeando!

—¿Por qué?

—¿Este renacuajo? Me había

imaginado al creador del *David* de una forma muy distinta. Mayor, más fornido, desde luego no semejante pájaro enclenque. Bueno, no pasa nada. Los caminos de Dios son inescrutables — Bramante carraspeó, miró burlón a su alrededor y exclamó—. Queridas mías, tenéis ante vosotras a un escultor de considerable talento. ¡Tratadlo con honores!

Apartó entonces a la belleza que se encontraba sentada sobre su regazo, lo que provocó que la joven emitiera un gritito al acompañar su gesto de un pellizco coqueto. Se levantó seguidamente entre gemidos, tomó un vaso de vino tinto y se lo tendió a

Miguel Ángel. Después, hizo lo propio con Sangallo. Bramante cogió un tercer vaso y preguntó, con una amplia sonrisa.

—Dime, Giuliano, ¿qué opina tu mujer de que gastes aquí tus recursos y no dejes nada para casa?

—Me encuentro en el mejor de los estados, *messèr* Donato. Me sobran recursos —replicó Sangallo.

Bramante alzó el brazo.

—No estaba hablando de dinero, Giuliano. ¡Salud!

—Yo tampoco hablaba de dinero, *messèr* Donato. ¡Salud!

Bramante, quien no había esperado que Sangallo contestara para vaciar el vaso de un trago, se atragantó de la risa.

—Buena respuesta, amigo mío —
resopló.

Un reguero rojo se le escapaba por la comisura de la boca y se abría paso hacia el mentón. El arquitecto del papa volvió entonces la vista hacia Miguel Ángel.

—¿Y qué hay de vos, jovencito? ¿También tenéis una mujer que mantener, como el bueno de Giuliano?

—¡Dios nos libre!

Sangallo le dedicó a su protegido un cariñoso golpe en el hombro.

—El pobre ya tiene bastante con esa bandada de buitres que tiene por familia. Os lo puedo asegurar: ¡qué banda de inútiles florentinos!

Miguel Ángel se apartó, furioso, de su amigo y lo miró lleno de rabia.

—Deja a mi familia al margen de esto si en algo aprecias tu vida, Giuliano.

Bramante se dio cuenta, se llevó el dedo índice a los labios y miró al joven con el ceño fruncido.

—Tranquilo, fiero, tranquilo. Respeta a los viejos maestros y no te pierdas en amenazas vanas. No son propias del gremio artístico. ¿O es que has resultado ser un aristócrata?

—Sí, al contrario que vos, lo soy — afirmó Miguel Ángel, quien había sentido un cierto matiz amenazador en el discurso apaciguador de Bramante.

Se inició entonces un silencio emponzoñado. El arquitecto debía haber interpretado las palabras de Miguel Ángel, independientemente de lo que significaran, como una declaración de guerra, particularmente por el hecho de que se habían pronunciado frente a todos los presentes.

Miguel Ángel se sintió atravesado por la mirada de aquel hombre como si fuera una lanza. Le asaltó la sensación de haberse sumido en una lucha de poder. ¿Una lucha de poder en un burdel? ¡Qué absurdo! Por otra parte, había aprendido de Lorenzo que nada era casual, que nada era realmente pequeño, ni trivial, que todo giraba

siempre en torno al poder. En aquel momento, por primera vez, entendió cuánta sabiduría y perspicacia le debía a su mecenas, a su auténtico maestro.

Sin apartar la vista de él, Bramante torció la boca muy lentamente.

—Oh, perdón, disculpadme — exclamó entonces, con una sonrisa irónica—. Vos sois el conde de los mentecatos, el barón del martillo y el cincel. Permitidme que os presente, amadas *madonne* y respetables *messère*, ¡al caballero del rabo colgante!

—Calma, Miguel Ángel, calma —le advirtió Sangallo a media voz mientras agarraba la muñeca derecha del escultor.

La situación amenazaba con

agravarse. La música se interrumpió y las conversaciones enmudecieron. Se extendió por el ambiente un silencio asfixiante. Todos esperaban, llenos de tensión, la reacción de Miguel Ángel ante tamaña ofensa. Éste se liberó con un gesto del abrazo de Sangallo. Las venas de su frente parecían hervir y se marcaban, azuladas, en sus sienes.

—Mi familia procede del conde de Canossa.

Un frío gélido congeló los ánimos. Bramante sonrió, pero su sonrisa era salvaje y furiosa, le hacía palidecer los labios y se los deformaba, como si buscara una respuesta adecuada. Entonces, realizó una amplia y burlona

reverencia y fingió mostrarse horrorizado.

—Disculpad, *messèr*, que haya sido incapaz de reconocer en el piojoso cubierto de harapos que tengo frente a mí al mismísimo o honorabilísimo conde de Canossa. Es evidente que vuestra ropa la lució ya el primero de vuestros ilustres ancestros. Resulta casi un milagro que no se haya hecho pedazos cuando la desempolvasteis para no tener que presentaros aquí completamente desnudo.

—¿Os burláis de mí por mi pobreza?
—replicó Miguel Ángel, con voz siniestra.

No había nada en su gesto ni en su

postura que delatará un fin próximo a la disputa.

—De ninguna manera, *messèr* Miguel Ángel, me burlo de vuestra riqueza en arrogancia. Iría en detrimento vuestro el terminar cruzando espadas por ella. Mi alcurnia no es menor que la vuestra, pues procedo del mismísimo Hiram.

Miguel Ángel iba ya a aceptar el desafío cuando de pronto toda furia y severidad desaparecieron de los ojos de Bramante, sustituidos por un resplandor casi infantil. El escultor se volvió, atónito.

En la puerta había aparecido una joven que, sin ser excesivamente

delgada, tampoco era rolliza, ni exactamente esbelta. Llevaba un vestido azul y, sobre él, un manto rojo con mangas acuchilladas. Su cabello, que circundaba su rostro redondo con multitud de rizos, relucía bajo las velas con el color del cobre oscuro. El brillo de los cirios acentuaba en sus ojos azules un fulgor húmedo que le aportaban un aura etérea, mezcla de sabiduría y melancolía. La palidez de mármol de su piel, fina como la porcelana china, le aportaba un aspecto aristocrático, solo matizado por una descarada nariz respingona. Ofrecía una visión desconcertante difícil de definir: ¿se trataba de una visión divina, ajena a

este mundo, o era simplemente una muchacha audaz con los pies sobre la tierra? Era bella, sí, pero no impresionó a Miguel Ángel. Bramante, por el contrario, parecía absolutamente subyugado y ya solo tenía ojos para la desconocida. La disputa con el escultor, incluso el mismo joven, habían desaparecido de su mente en un instante.

—¡Imperia, por fin! —exclamó Bramante con voz suave, como si la hubiera estado esperando anhelante.

Las dos cortesanas con las que se había estado entreteniendo se levantaron y procedieron a buscar nuevos caballeros a los que dedicarse. Mientras Bramante se dirigía hacia la muchacha,

volvió la vista a los tres músicos de la esquina y bramó:

—¿Por qué habéis dejado de tocar?

Estos retomaron sus instrumentos y su actividad musical con alegría y entusiasmo, como si quisieran hacer desvanecer las tensiones anteriores a golpe de *saltarella*.

Miguel Ángel sintió que alguien le tiraba de la manga. Al volverse dio con los ojos de Petronilla, que lo miraba sonriente pero que le susurró un mensaje que no daba lugar a error:

—En cuanto a vos, procurad desaparecer de mi casa. ¡Y ay de vos si se os ocurre volver a poner un pie por aquí!

Tras esto, se apartó de él. Sangallo se encogió de hombros pesaroso, como diciendo «intenté detenerte». Pero contra Petronilla no había nada que hacer. Era la princesa de su propio *palazzo*. Incluso los cardenales se atenían a sus decisiones.

Miguel Ángel rotó sobre sus talones y salió precipitadamente por las escaleras. «¿Qué estaba yo buscando en este sitio?», se reprendió a sí mismo. Le estaba bien empleado. ¿Qué hacía perdiendo el escaso tiempo que Dios le otorgaba en semejante lugar de vanidad? Hacía tiempo que presentía en lo más profundo de su corazón que debía apresurarse en sus acciones en la vida,

porque no llegaría a una edad muy avanzada. Pronto, en un futuro no muy lejano, la muerte lo alcanzaría. Dada su débil salud, sería un milagro si lograba cumplir los cuarenta. Tenía un amargo sabor en la boca cuando llegó a la calle y encaminó sus pasos hacia la oscuridad.

Había ya alcanzado la calle contraria cuando oyó una voz a su espalda:

—Esperad, *messèr* Miguel Ángel, esperad.

Se detuvo y se volvió.

Conocía aquella voz: pertenecía al joven y ronco tenor que se encontraba ahora solo, en el frío de la noche, frente

al *palazzo* de Petronilla iluminado por las antorchas. Bajo un par de ojos desconsolados despuntaba una nariz prominente sobre una boca pequeña de labios relativamente gruesos. Le ardían las mejillas, como si hubiera bebido, o tuviera fiebre, o se hubiera maquillado, como era común entre los jóvenes dedicados a la prostitución.

—Llevadme con vos. No quiero ser una carga para vos, sino servirlos con lealtad.

—¿Por qué a mí?

—No lo sé. Me lo ha dicho mi conciencia.

Miguel Ángel lo miró con ironía.

—Vaya, vaya. Así que tu conciencia.

¿Y te ha dicho también tu conciencia que no cabe esperar nada de mí más que callos en las manos y un agujero en el estómago?

—He visto vuestra *Pietà*.

—¡No trates de adularme, granuja!

—¡No quiero dinero! Llevadme con vos y dadme de comer y no os arrepentiréis.

Miguel Ángel reflexionó detenidamente, pero no logró entender al bello muchacho.

—¿Cómo te llamas?

—Me llaman el Francesito, por la horrible enfermedad que he superado.

—Entonces, ¿cómo debo llamarte?

—Francesito.

—Bien, Francesco, pero, ¿por qué?

—Porque así recuerdo continuamente que Dios me envió la enfermedad de los franceses para que renunciara a un modo de vida inmoral.

—¿Y qué te llevó hasta tal conclusión?

—¡Vuestra *Pietà*, maestro!

Miguel Ángel se estremeció, entrecerró los ojos y siguió pensando un instante más. Si lo que decía el joven era verdad, entonces había hecho algo por él: había cambiado su vida. Solo por eso no podía dejarlo ir sin más.

—Ven —le dijo Miguel Ángel, sucintamente, y se volvió para continuar caminando calle arriba.

Se había sorprendido un tanto a sí mismo. Probablemente aquel no fuera más que un tipo astuto que, cuando menos lo esperara, sacara una maza y le rompiera el cuello con ella. Pero, por otro lado, ¿qué arriesgaba con ello? Un criado podía serle de utilidad.

El muchacho aceleró el paso hasta ponerse a su altura y después permaneció en silencio durante el resto del camino.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1505

El sol de abril ardía sobre Roma como el fuego de los demonios infernales. ¿Cómo sería el verano si ya la primavera se presentaba con una temperatura tan asfixiante? Los postigos estaban cerrados para aislar la sala del calor. Solo así se hacía tolerable encontrarse allí, si bien las sombras que caían sobre todos como una capa de

plumón grisáceo provocó en muchos de los presentes una cierta somnolencia que la apasionada, aunque excesivamente rica en detalles, exposición del arquitecto fray Giovanni Giocondo no hacía sino fomentar.

Incluso el cardenal Catalano debía luchar contra el cansancio, a pesar de que había sido él el responsable de que el famoso monje y arquitecto, que en aquellos momentos trabajaba en la catedral de Notre Dame de París al servicio del rey de Francia, hubiera acudido a Roma para investigar el estado de la basílica de San Pedro.

El monje arquitecto, de considerable altura y miembros finos, así como un

rostro aristocrático, exponía finalmente a la comisión sus descubrimientos con tanta insistencia como detalle. Esta comisión estaba compuesta por constructores como Baccio di Biggi y clérigos de la *Fabbrica di San Pietro*. Según fray Giocondo, el templo se encontraba en estado de auténtica ruina y era necesaria una restauración inmediata para evitar que se cayera a pedazos.

—En poco tiempo la lluvia caerá sobre el altar de san Pedro —exclamó con una voz tomada por la indignación—. Una vez el agua se haya abierto paso, no transcurrirá mucho tiempo antes de que las paredes, ya casi sin fijación, se vengán abajo del todo. ¡Es una

vergüenza! Los creyentes solo pueden ya confiarse a la protección del Señor, desde luego no a la seguridad del edificio.

Apenas había concluido cuando un casi asfixiado sacerdote de la basílica, envuelto en su vaporosa *mozetta*, hizo su repentina aparición en la sala de juntas.

—¡Deprisa, venid conmigo, eminencia! ¡Una desgracia, una terrible desgracia!

El hombre estaba pálido y llevaba el horror pintado en el rostro. El cardenal Catalano se levantó y siguió al sacerdote; los demás reunidos se les unieron. Ya en el vestíbulo tuvieron que abrirse paso entre una multitud de

personas. Giacomo, que seguía luciendo su sencillo hábito de dominico aun siendo cardenal, apartaba a un lado sin tapujos ni refinamientos a todo aquel que estuviera en su camino.

En medio del patio se había formado un círculo de personas que discutían acaloradamente. Giacomo se estremeció cuando su mirada se posó sobre un hombre flaco de edad indefinida, vestido únicamente con un taparrabos. ¡Aquel sucio tipejo se había encaramado a su querida piña! Los ojos pardos del hombre, dirigidos a las alturas, brillaban y, aunque su voz recordaba al balido de una cabra, poseía cierta energía que empujaba a la gente a escucharlo.

—¡Por eso te digo a ti, tú, grande, papa, tú y tus cardenales, arrepíentete, arrepíentete y haz penitencia —rugía el hombre—. Desdeña las imágenes en pintura y piedra. Apártate del deseo carnal. Sé pobre como Cristo. De lo contrario, ¡toda la basílica se desmoronará sobre vuestras cabezas como hoy lo ha hecho la capilla! Una grieta se extenderá desde el tejado hasta los muros, atravesará el suelo, llegará hasta la tierra y la abrirá en dos. Y del abismo treparán los repulsivos ángeles del diablo para golpearos, castigaros y descuartizaros. Y no habrá paz y los hombres caerán los unos sobre los otros. Habrá quien clame ante Dios pero

albergará al diablo en su corazón. No habrá calma ni paz alguna, nunca más. Los hijos acuchillarán a los padres y yacerán con las madres. Las madres se comerán a sus hijos y amamantarán a sus amantes...

Giacomo se volvió asqueado. Otro predicador ambulante enloquecido: ya había demasiados de esos. Se arrastraban por toda Italia y hablaban como sumidos en un trance. Ellos mismos y muchos de los que los escuchaban tomaban por profecías las insensateces que manaban de sus bocas. Ocasionalmente llegaban a quemar a alguno de aquellos sucios predicadores cuando había ido demasiado lejos en sus

barrabasadas. Sin embargo, no suponía un gran avance, pues no tardaba en aparecer un nuevo sujeto que se sentía llamado a ocupar su lugar. Giacomo consideraba su tan cacareada piedad una forma retorcida de vanidad y los tachaba de auténtica plaga. En cuanto la multitud se hubiera disuelto, daría orden de arrestar a aquel desconocido y, tras la tunda de palos correspondiente, expulsarlo de la ciudad so pena de muerte.

Sus pasos se dirigieron presurosos hacia la basílica y no tardó en encontrarse en el ala izquierda de la capilla gregoriana. Aquel no era solo el lugar del último reposo de su amigo

Francesco Todeschini Piccolomini, el papa Pío III, así como de su tío Pío II. Además se encontraba allí, en el altar principal, el tabernáculo con la cabeza de san Andrés.

La bóveda de la cubierta, de la que todo evidenciaba que se había soltado la clave, se había desmoronado, sepultando bajo su peso a algunos peregrinos. El cardenal contempló, consternado, el montón de escombros y piedras desperdigados entre brazos, piernas, pies y cabezas cubiertos de polvo. Incluso la sangre derramada lucía una grisácea capa superficial. El olor acre a mortero seco se le coló en la nariz y le provocó estornudos.

Giacomo se echó de rodillas al suelo y empezó a rezar en voz alta. No había nada más que pudiera hacer, pues ya había suficiente gente esforzándose por rescatar a los desgraciados. Quizá aún quedara alguna esperanza de encontrar a alguien con vida. Inició una emotiva plegaria a la que cada vez más personas fueron uniéndose. Las múltiples voces que componían la oración se alzaron hasta el triforio.

De pronto, se dio cuenta de que la gente a sus espaldas había enmudecido. Un sonido de murmullos y pasos arrastrados llegó hasta sus oídos. Se dio la vuelta. Los peregrinos se habían hecho a un lado y abrían camino a Julio

II para que penetrara en la capilla. El sol que se filtraba por las ventanas del triforio hacia el interior de la iglesia se posó sobre su preocupado rostro e iluminó sus cabellos blancos en torno al solideo. Giacomo se volvió hacia el pontífice aún de rodillas.

—Levántate, hijo mío —dijo Julio y, cuando su mirada abarcó la totalidad de la tragedia, prosiguió sin entonación—. ¡Qué desgracia!

Los que habían acudido a ayudar habían echado a un lado las piedras caídas. Dos hombres y tres mujeres yacían con los cráneos y los huesos aplastados sobre el suelo de la capilla: nadie había sobrevivido. El papa se

arrodilló frente a ellos y todos los presentes siguieron su ejemplo. Julio II absolvió con voz firme a los peregrinos fallecidos de sus pecados y los bendijo. Después, se levantó.

—¿Qué puedes decir de todo esto, arcipreste? —preguntó a Giacomo.

—Ha sido una desgracia, ciertamente. Pero no será la última si no nos andamos con cuidado —respondió el cardenal—. He pedido a fray Giocondo que emitiera un dictamen al respecto.

Julio saludó amistosamente al monje y le pidió que le hiciera un informe, mandato que el arquitecto cumplió, tal y como Giacomo comprobó

dolorosamente, conforme a su habitual e insoportable prolijidad. Sin embargo, si había algo que Julio no poseía en exceso, era paciencia. Primero se inquietó, luego se enojó y finalmente interrumpió al monje mientras se encontraba en medio de su introducción:

—Gracias, amigo mío. Preséntamelo todo por escrito.

Después, se volvió hacia Giacomo y lo miró fulminante:

—En el futuro, mi querido arcipreste, nos ahorraremos muchos costes y esfuerzos si nos compaginamos mejor. Ya he encargado a nuestro nuevo arquitecto, *messèr* Donato, que realice una valoración.

A una señal suya, Bramante hizo acto de presencia. Giacomo tuvo que esforzarse para contener el horror que sintió en aquel momento: aquel era el hombre que lo había perseguido en torno a la casa de Pico della Mirandola. Dirigió una silenciosa oración a la virgen María para que Bramante no fuera capaz de reconocerlo a su vez.

—Es un placer conoceros, eminencia, aunque sea en tan tristes circunstancias —dijo el nuevo arquitecto mientras realizaba una reverencia.

—Ciertamente —respondió el cardenal.

Poco a poco el temor fue dando paso

al alivio. Bramante no parecía albergar ninguna sospecha.

—Ya habéis mostrado lo suficiente vuestra buena educación. ¿Qué has descubierto? —preguntó Julio, insistente.

—Únicamente, santo padre, que la basílica de San Pedro está en ruinas.

—Eso es evidente —exclamó fray Giocondo.

Los dos arquitectos intercambiaron miradas de rivalidad. «Oh, estos artistas; no son capaces de tolerar la más mínima competencia a su alrededor», pensó Giacomo.

—No tan evidente como que necesita que la restauren —contraatacó

Bramante.

—Mi querido Donato, ese comentario, como bien sabéis, es del todo banal —porfió el esbelto monje.

—Suficiente. No tenemos tiempo para discusiones tan minuciosas. El santo padre debe proteger el rebaño de san Pedro de los fuertes lobos que la han atacado. Fray Giocondo, conseguidnos el informe y tú, Donato, elabora un plan sobre el volumen y el orden según el cual deberán realizarse las tareas de restauración. Habrá que tener cuidado con nuestras arcas, pues por culpa del desgobierno de ese Borgia están vacías.

Con esas palabras, Julio se volvió y dejó la basílica de San Pedro a través

del corredor de hombres arrodillados.

PARTE II

EL ÉXTASIS DE LOS DIOSES

«Ni Roma, ni Italia, ni toda la Tierra tendrán nunca nada que supere su nueva edificación ya sea en esplendor y pompa, ya sea en sus dimensiones».

Egidio da Viterbo

ROMA, *ANNO DOMINI* 1505

La forma de hoz de la luna se reflejaba en las tranquilas aguas del Tíber mientras Bramante se dirigía al Trastevere envuelto en una capa.

Tras un procedimiento ciertamente sinuoso había logrado concertar un encuentro secreto con el médico y erudito judío Bonet de Lattes, un hombre tan reservado como sabio. Había hecho

saber a Bramante que el 20 de octubre, poco antes de la medianoche, podría encontrarlo en la sinagoga de la *porta Portese* si realmente estaba tan interesado en una entrevista con él, aunque por supuesto debería mantenerlo en secreto. Casualmente la cita coincidía con su cumpleaños, lo que bajo ningún concepto suponía un buen augurio en aquellos tiempos tan inciertos. Después de haber comido con un obispo se dirigía hacia el Trastevere atravesando el Borgo.

Se sintió extraño al cruzar las calles oscuras y vacías que durante el día aparecían repletas de actividad. Había cumplido cincuenta y nueve años, pero

aún no había realizado la gran obra para la que se sentía predestinado. Los *Fedeli* estaban muertos o desperdigados por los cuatro puntos cardinales, el pacto apenas se mantenía y los restos mortales de su amigo Pico della Mirandola reposaban desde hacía casi diez años en el convento dominico de San Marcos, en Florencia. Incluso su búsqueda del asesino, que antaño mantuviera con celo, se había ido volviendo más indolente ante la falta de resultados.

Así pues, los dos votos, el de tomar venganza y el de erigir un monumento a la memoria de Pico que eclipsara todo lo construido hasta el momento,

aguardaban su realización. Dado que la muerte del aristocrático erudito había impedido que se pudiera reunir todo el conocimiento de la humanidad en una única y maravillosa exposición escrita, Bramante quería tallar, por así decirlo, aquel libro en piedra creando un edificio que ilustrara la arquitectura de la fe humana, pues el saber, al fin y al cabo, era solo una parte de la fe. En ocasiones se despertaba en medio de la noche, acosado por el miedo a una muerte prematura que le robaba el aliento.

En la sinagoga de la *porta* Portese se reunían las familias judías más arraigadas del Trastevere. En aquel

rincón de la ciudad, Bonet parecía sentirse seguro, pues el barrio en cuestión no mantenía muchos lazos en común con el resto de la ciudad: era un microcosmos en sí mismo, con sus propias leyes, su propio *popolo* y sus patrones. Indomable, arcaico e insubordinado.

La zona que Bramante estaba atravesando, no obstante, nunca le resultó amenazadora. Su camino lo llevaba a través de ruinas y terrenos deshabitados que solían ofrecer cobijo a tipejos de calaña sospechosa. Por eso siempre iba bien armado. No tenía miedo: ¿qué podían hacer los hombres contra el designio de las parcas cuando

incluso los propios dioses se plegaban a sus sentencias? Para Bramante, todo lo que había de ocurrir estaba ya escrito en el cielo, incluso el hecho de que su vida hallara su culminación a través de la arquitectura. Si el cielo, por tanto, había decidido que el hilo de su vida se interrumpiría en la rueca del tiempo inmemorial en aquel preciso día, no había lugar en el mundo que lo protegiera de aquel destino, ni fuerza que pudiera evitarlo. Era imposible escapar a la muerte, por mucho que se huyera. En ocasiones, no obstante, podía mostrarse perezosa o cobarde y tomaba simplemente al primero que se presentara. Quien se enfrentaba a ella

con valentía, tenía alguna posibilidad de amedrentarla y lograr, así, poder poner después pies en polvorosa.

Al cobijo de la oscuridad, las viviendas acechaban como los ladrones y las prostitutas callejeras. Muy esporádicamente, asomaba, como un vigía pétreo sobre las pequeñas viviendas de los humildes artesanos o los pequeños comerciantes, o sobre algunos hospedajes cuyos dueños sabía Dios a qué otra actividad económica dedicaban su tiempo, alguna que otra torre de gran altura, símbolo del poder y la alcurnia de la familia que ocupaba la vivienda de la que era parte. Bramante dejó atrás la torre del conde de

Anguillara y del de Pierleoni. Finalmente, llegó hasta la sombría sinagoga.

La luna de octubre se había agazapado tras las nubes. Bramante sudaba y resoplaba. Le dolían los pies. No estaba habituado a una marcha a pie tan prolongada y su pesado aunque poderoso cuerpo no lo había soportado bien. Abrió apenas una rendija la puerta de la sinagoga y se coló dentro.

El ligero canto de una voz grave resonó en sus oídos. Las paredes parecían vibrar por el sonido, como si las sílabas cantadas pudieran hacer bailar a las piedras. Bramante atribuyó esa extraña impresión a su agitación

nerviosa. No entendía lo que se decía en la canción, pues el intérprete utilizaba una lengua de sonido tan misterioso, tan extraño y exótico, que solo podía ser la lengua del Antiguo Testamento. Aunque no entendiera nada de lo que oía, aunque no podía distinguir una palabra de otra en su fluida acentuación, siguió la voz. La siguió a largo de un prolongado pasillo hasta una puerta abierta. Olía a mirra y a incienso. Bramante entró en una sala que un gran candelabro de siete brazos con seis velas no era capaz de iluminar en su totalidad.

—... *sch ma jisrael adonai elohenu adonai echad...*

De espaldas a él se encontraba un

hombre enjuto de cabellos rojos y barba cobriza. Parecía más joven que él y vestía medias, calzones acuchillados y un jubón. Su ropa no se diferenciaba de la de Bramante, con la excepción de que llevaba una especie de gorro sobre la cabeza que al arquitecto le recordó al solideo papal.

Cuando percibió su presencia, el cantante enmudeció.

—¡Cubríos la cabeza! —exclamó con firmeza—. Os encontráis en terreno sagrado. ¡Respetadlo, aun cuando no se corresponda con vuestra propia fe!

Bramante se quitó el jubón y se lo colocó sobre la cabeza, de tal forma que le reposaba sobre los hombros. Aquella

visión hizo sonreírse a su interlocutor.

—¿*Messèr* Bonet de Lattes? — preguntó Bramante, ignorando la divertida mirada de aquellos ojos profundos.

—¡Quién si no! Seguidme.

Su acento delataba al judío como oriundo de Francia.

Sin más explicaciones, el rabino tomó la lámpara de aceite, abandonó la habitación y guió a Bramante a través de un largo pasillo hasta una pequeña estancia. Encendió con una lámpara de aceite numerosos candiles y velas, hasta lograr que la habitación se iluminara profusamente.

—Podéis quitaros la kipá —dijo el

judío, permitiendo que Bramante se apartara el jubón de la cabeza—. ¿En qué puedo servirlos?

El arquitecto se quitó el anillo, que había entregado a un joyero para que adaptara su contorno a su amplio dedo anular, y lo colocó sobre la mesa. Los ojos de Bonet se clavaron en la alhaja. Comenzó a examinar cuidadosamente el anillo, lo colocó frente a la luz y reconoció el monograma sobre la piedra azul. Una sonrisa floreció en sus labios.

—¿Dónde conseguisteis este anillo?

—Se lo cogí a un muerto.

—¿Sabéis a quién pertenecía?

—A su asesino.

Bonet dio un respingo.

—¿Quién era el muerto?

—El conde Giovanni Pico della Mirandola.

—¡El príncipe de Concordia! — exclamó el judío, mientras un sollozo le estremecía el pecho—. ¿Y vos sabéis quién es su asesino?

—Confío en que el anillo me ayude a llegar hasta el canalla. Quiero cortarle el cuello por lo que le hizo al pobre conde. ¿Qué significa el monograma?

—Es un anillo que se entrega de padres a hijos. Se da al hijo, en caso de haber más de uno, al que se considere responsable de la conservación de la estirpe. Asegura así la procedencia de la familia desde los gloriosos días de Eretz

Yisrael. Antes del éxodo y la dispersión. En este caso, la familia procede de la tribu de Leví.

—Así pues, ¿el hombre se llama Leví?

—Quizá, quizá no. No tiene importancia. La cuestión es enteramente diferente. ¿Sabéis lo que diferencia a la tribu de Leví de las otras once de Israel?

Bramante sacudió la cabeza negativamente. Desconocía todo lo relacionado con los judíos: nunca le habían interesado. Y en ese preciso momento, ¡mucho menos! Ese interés parecía ser lo que le había costado la vida a Pico. ¿Le habrían asesinado los judíos, a pesar de haber sido un gran

defensor suyo? Ciertamente era que no parecía tener sentido, pero también había que considerar que habían sido capaces de crucificar al Mesías en Tierra Santa. ¿Qué podía esperarse de ellos?

Sin embargo, Bonet, al que el anillo había impresionado de forma evidente, no le dio tiempo a pensar mucho más y de inmediato respondió su propia pregunta.

—Dios otorgó a todas las tribus, Dan y Simeón, Manasés y Judá y todas las demás una serie de tierras. A todas menos a la tribu de Leví. Ellos debían encargarse del mantenimiento del templo. Así, sus hijos se convirtieron en

sacerdotes: ¡los *kohanim*!

—Entonces, aquel a quien pertenecía el anillo, ¿procedía de una familia de sacerdotes?

—O al menos se sentía orgulloso de su pertenencia a los levitas.

Bramante recogió el anillo, abrió el pequeño mecanismo y devolvió con cuidado la joya al rabino. Éste sonrió, como si no hubiera esperado otra cosa y tomó el pequeño pergamino del hueco.

—Probablemente sea una bendición familiar, como de costumbre. De ser así no tardaremos en conocer el nombre de su clan familiar.

Un escalofrío de alegría recorrió a Bramante: por fin descubriría quién

había sido responsable de la muerte de su amigo. Bonet desplegó con sumo cuidado el pergamino sobre la mesa y lo alisó con el borde de la mano desde el centro hacia afuera.

—Es agradable, como una segunda piel —dijo, en tono aprobador—. Cuero de cabra.

Tomó unas lentes pesadas pero muy artísticas para ampliar el texto y comenzó a descifrar la miniatura. Fue escribiendo palabras en un pliego de papel, tachándolas, anotando unas nuevas o mejorándolas. Bramante se sentía incapaz de controlar su inquietud y se paseaba arriba y abajo por la habitación. De vez en cuando Bonet

consultaba algún libro, tamborileaba con el dedo corazón sobre la mesa, sumido en sus pensamientos y se volvía a consagrar en el texto. El tiempo fue pasando y la curiosidad atormentaba a Bramante como un potro de tortura. Se sentía como si el judío lo hubiera olvidado.

Tras media eternidad de espera, Bonet dobló finalmente el pergamino con gran precaución, lo colocó de nuevo en el interior del anillo, lo cerró y se lo tendió a Bramante.

—Disculpadme, pero no entiendo del todo bien lo que está aquí escrito —dijo.

El arquitecto sintió que lo vencía el

desánimo.

—El mensaje está redactado en árabe, eso es seguro —prosiguió Bonet—. Aunque puedo traducirlo, no entiendo qué quiere decir.

—¿Cómo que no lo entendéis?

—Quiero decir que el sentido de las palabras resulta incomprensible para mí.

—¿En qué consiste? —preguntó Bramante, impaciente.

—Es algo parecido a esto —respondió el erudito, quien tomó la hoja de papel y leyó con tono interrogativo—: «Contempla el cosmos a través de mí, tal y como se presenta ante tus ojos (que también podrían traducirse como “las ventanas de tu alma”) y comprende

exactamente su belleza: es un cuerpo intacto y nada será más antiguo que él, mas se encuentra en realidad en la flor de la vida, es joven y florece una y otra vez. Observa también los siete mundos dispuestos según un orden que nunca pierde validez y que, en su distinto discurrir, conforma los eones; todo... se ha convertido ya en luz completa, pues desde los cielos surge la luz por obra y gracia de Dios, quien produce todo el bien y todo el orden de los siete... mundos, u órdenes, o quizá incluso eones, imagino».

—¿Podrías darme eso? —preguntó Bramante, señalando las notas del erudito.

Sin llegar a responder, Bonet tomó una nueva hoja de papel y escribió una serie de garabatos algo más legibles. Después se lo tendió a Bramante, que lo dobló y se lo guardó en el bolsillo de su jubón.

—¿Qué significa todo esto? — preguntó el arquitecto agitando la cabeza.

—Como ya he dicho, no lo sé. Probablemente nada. Una cosa es segura: tiene el aspecto de un texto antiguo, pero desconozco cuál.

—¿Podría provenir de la cábala?

Bramante no era un experto en el libro sobre los secretos del mundo, pero había oído hablar de él a Pico. Sacó a

colación el título del libro como el que lanza una piedra al agua para ver las olas que se forman.

—¡No! ¡De ninguna manera! —negó categórico Bonet—. Este texto no procede del entorno de la cábala. ¿Quizá de alguna herejía temprana cristiana? ¿De los gnósticos? ¿De Mani? ¿De Valentino? Disculpadme, pero las aberraciones cristianas no son mi campo de especialidad.

—Un texto así debe ser algo insólito para un judío, ¿no?

—¡Alarmanamente insólito, *mon ami*! El anillo y el pergamino no guardan relación entre sí. Pero quién sabe. Jesús también era judío y sin embargo...

«Ese “sin embargo” se refiere al cristianismo», pensó Bramante divertido. El rabino, no obstante, se abstuvo de expresar el peligroso pensamiento de que la Iglesia era un tipo de sacrilegio.

Bramante cogió un pedazo de papel, dibujó el anillo en cuatro perspectivas distintas y se lo tendió al erudito.

—¿Podrías investigar dentro de la comunidad judía si alguien conoce este anillo?

Bonet lo miró con desconfianza.

—¡Por favor!

El rabino se sumió en una evidente lucha interior.

—¡Hacedlo por el príncipe de

Concordia, que mostró tanta deferencia con vuestro pueblo! Su muerte no debe permanecer impune. ¿No dice en los libros de Moisés: «Ojo por ojo, diente por diente»?

—También dice: «No matarás»; y el Señor proclama: «Mía es la venganza, yo daré el pago...» —dijo Bonet de Lattes, pero interrumpió su reflexión y aceptó—. Está bien. Pero puede llevar bastante tiempo.

Y con esto, tomó el dibujo, reacio.

Una sonrisa de alivio se dibujó en el rostro de Bramante. Entonces, sacó un libro y lo colocó sobre la mesa.

—Tengo algo más. Por desgracia, también está lleno de misterio.

El judío se sorprendió al mirar la cubierta.

—La *Divina comedia* de Dante, comentada por Landino. ¿Qué tiene de misterioso, obviando el que el poema entero esté lleno de misterio?

—Echad un vistazo al interior. ¡Hay un segundo libro conectado al primero bajo la cubierta!

Bonet hojeó el libro y dirigió una mirada curiosa al manuscrito. Tan pronto como se había inflamado su curiosidad, se volvió a consumir.

—Es misterioso solo para quien no sepa leer. Es uno de los numerosos comentarios a la cábala existentes. No tiene nada de particular —dijo,

aburrido, casi decepcionado.

Bramante pasó algunas de las páginas hasta llegar al dibujo de los círculos, las líneas y las palabras y se lo presentó al rabino.

—Parece impresionante cuando no se entiende el hebreo, ¿verdad? — preguntó Bonet con una sonrisa burlona —. Es el *Etz Chaim*, el árbol de la vida de la cábala, que representa la realidad de la creación, tal y como se la designa en el *Sefer Jesira*. Una especie de representación de la anunciación, la comunión y la crucifixión para los judíos. Este esquema explica la existencia y el camino de la creación. Lo que veis aquí es la puerta de la luz.

—Ajá —exclamó Bramante, poco expresivo.

Señaló entonces con ademán inquisitivo las tres columnas que, aparentemente, constituían la base o los cimientos de la creación.

—A derecha e izquierda del templo de Salomón y como base del árbol de la vida se encuentran las dos columnas *Jachin* y *Boas*. *Boas* significa «la fuerza está en Dios», mientras que *Jachin* promete benignidad. Quiere decir que Dios levantará las columnas de la misericordia. Están asentadas sobre el mundo del comercio, el *Assia*.

—¿Y qué significa este círculo en medio del cruce de líneas?

—Lo que vos llamáis «cruce de líneas» representa a los cuatro arcángeles.

—Pero, ¿qué es lo que se encuentra en medio?

—La belleza.

—¿La belleza?

—Sí. O quien la represente.

Bramante palideció.

—¿Su representante está en medio?

—Sí, pertenece al mundo de la creación, al *Briah*.

—¿Estáis seguro? ¿Estáis completamente seguro de que en medio se encuentra el representante, como un vicario? —Bramante iba a agarrar al rabino de los hombros y a agitarlo con

contundencia, pero logró controlarse.

—No hay nada más seguro.

—No hay nada más seguro —repitió

Bramante, pensativo, mientras contemplaba de nuevo la ilustración—.

¿Y estas columnas pertenecen al templo del rey Salomón que erigió Hiram?

¿*Jachin* y *Boas*?

—Por supuesto.

—Así pues, se puede considerar el árbol de la vida como un esbozo del templo perfecto.

Resultaba evidente que Bonet no era capaz de comprender la fascinación del arquitecto, pues pensaba en su antigua tradición como en conceptos lingüísticos, no como imágenes; como

construcciones de palabras y no de piedra y cemento. Se encogió de hombros.

—Podéis hacerlo si así lo deseáis.

A Bramante ya no le importaba el judío. Podía sentirlo con cada fibra de su cuerpo: ante él se encontraba el plano de construcción divino, lo que los *Fedeli d'Amore*, sobre todo Pico, habían buscado siempre. No estaba meramente sorprendido, ¡apenas era capaz de comprenderlo! Dios era travieso. El secreto se encontraba descaradamente a la vista de cualquiera y, sin embargo, nadie había sido capaz de descubrirlo. Ni siquiera Pico, que poseía el libro y, sin duda, debía haberlo estudiado. Sin

embargo, un filósofo no tenía la mirada de un arquitecto.

¡Todo estaba conectado! Era como si Bramante tuviera ya ese suelo bajo sus pies. Ante él se encontraba el esquema de la construcción perfecta, el diseño arquitectónico de Dios, que aquel constructor bíblico llamado Hiram había utilizado al levantar el templo de Jerusalén por mandato del rey Salomón.

Desde el punto de vista espiritual, todas las religiones provenían del Antiguo Testamento: el cristianismo, el islam. Era lo que Pico le había enseñado y de ello había deducido que las revelaciones de todas las religiones, en el fondo, poseían el mismo valor. Para

la arquitectura, no obstante, significaba que todos los templos de todas las religiones derivaban de aquel, sin que ninguna iglesia, mezquita ni sinagoga hubiera logrado alcanzar la perfección del templo salomónico. El saber de la construcción perfecta se había mantenido oculta.

Habían sido los templarios quienes, tal y como Bramante había sabido también por Pico, habían traído a occidente aquellos conocimientos místicos a través de las cruzadas. Tras el exterminio de la orden de monjes guerreros, era el deber de los *Fedeli d'Amore* preservar aquel conocimiento o, al menos, los pedazos dispersos.

Muchos se habían perdido en la confusión de la persecución y en el terror. Faltaba un elemento decisivo, una clave sin la cual resultaba imposible darle un orden a aquel saber y aplicarlo en consonancia.

Pero ahora, aquel elemento decisivo se encontraba frente a él.

—La belleza o el vicario, es como decir que la belleza es el vicario de Dios —tartamudeó Bramante.

Le faltaba el aire. Bonet miró preocupado al arquitecto.

—¿No os encontráis bien? ¿Queréis un vaso de agua? Sentaos, por el amor de Dios.

Sin embargo, en el rostro del

arquitecto se reflejaba una alegría incommensurable.

—No, no, estoy bien. ¡Soy solo un chiquillo en comparación con Hiram! Decidme, ¿podrías traducir el libro entero para mí?

—Costará mucho trabajo y tiempo.

—¿Y cuánto cuestan el trabajo y el tiempo?

ROMA, *ANNO DOMINI* 1505

Cuando Bramante dejó la sinagoga era más feliz de lo que lo había sido en mucho tiempo y cinco florines de oro más pobre. Por sus venas fluía una energía nueva, casi juvenil. Estaba convencido de que, cuando en unos seis meses tuviera en sus manos la traducción de Bonet, conocería el plan de construcción de Dios. Al contrario

que Bonet o incluso Pico, él había sido capaz de reconocer un boceto arquitectónico en el *Etz Chaim*, en el que la planta y el alzado se reflejaban el uno en el otro. El bosquejo quedaba disimulado en el hecho de que esos dos aspectos estaban combinados como uno solo. Además, el árbol de la vida le había recordado a Bramante al octógono que los maestros constructores alemanes utilizaban como clave y proporción para la edificación de sus iglesias. Había conocido a algunos de ellos en Milán cuando los habían hecho acudir para ayudar en la construcción de la catedral.

Perspectiva y proporción se combinaban entre ellas, no faltaba nada,

el árbol de la vida mostraba incluso la forma en la que utilizar la clave, la medida. Para ello, no obstante, debía resolver también la última y más importante fracción del enigma: cómo erigir una cúpula autoportante de tan amplias proporciones como la que habían levantado los etruscos en el Panteón hacía más de trece siglos. Una cúpula que no se agrietara, quebrara o cuyas paredes y columnas no se vinieran abajo por su peso. Desde tiempos de los etruscos nadie había logrado volver a hacer algo similar.

Mientras Bramante recorría la ciudad con las primeras luces del alba, tratando de llegar hasta su pequeño

palazzo, le asaltó una idea. Había un indicio más de que estaba tratando con una clave de construcción y con un plano: el *arriba*. Ese *arriba*, que era tal en la representación bidimensional del árbol de la vida, bien podía interpretarse, en una perspectiva tridimensional, como un *hacia arriba*. El *arriba* era la luz, el punto de partida de cualquier arquitecto. Construía gracias a la luz. En la arquitectura, todo revolvía en torno a la luz pues, al contrario de lo que algunos idiotas pudieran pensar, los espacios se creaban con luz, no con piedra. Tal y como Bonet había descrito el esbozo, era un portal de la luz, la luz con la que él pretendía

construir y crear espacios.

Bramante se sentía como si el conocimiento que acababa de adquirir llenara un vacío que hubiera tenido siempre. El mismo destino lo había guiado hasta el rabino. Por eso había tenido que esperar hasta ese momento para poder iniciar su obra maestra, su construcción perfecta. Ahora solo debía conseguir el encargo con el que poder poner en práctica su sabiduría recién lograda. «Oh, Parcas, ¿qué habéis preparado para mí?», pensó, arrebujándose en su capa.

Mientras atravesaba el *ponte Cestio*, la isla Tiberina y el *ponte dei Quattro Capi* aparecieron frente a él dos figuras

andrajosas con los estoques en ristre.

—Tu dinero, viejo; la inocencia puedes quedártela —vociferó el más pequeño, que lucía unos ruinosos pantalones amarillos.

Las camisas de los dos asaltantes bien podrían haber sido blancas en algún tiempo inmemorial, pero en aquel momento lucían los colores de la suciedad y estaban rígidas como corazas.

Bramante despertó sobresaltado de su ensimismamiento. No había atravesado los peligrosos rincones del Trastevere sin sufrir un rasguño para caer ahora en su propio barrio de manos de un par de *bravi*. Lo que realmente le

enfurecía, no obstante, era que le habían arrancarlo de sus meditaciones.

—Idos al diablo, no llevo nada encima —respondió a los dos ladrones.

—Entonces, ¡danos ese anillo! —exclamó el más grande, divertido como si estuvieran en medio de un regateo, mientras se tiraba de la perilla.

—¿El anillo? ¡Nunca! —rugió Bramante, furioso.

Los dos asaltantes se miraron entre ellos, desconcertados.

—Pero, ¡algo nos tendrás que dar! —insistió el pequeño mientras apuntaba con el filo de su espadín la garganta de Bramante.

—¡La muerte es lo que puedo daros!

—bramó el arquitecto mientras daba un paso atrás, desenvainaba su arma y cargaba con toda su furia contra los dos rateros.

Solo con gran esfuerzo lograron los bandidos protegerse de la lluvia de estocadas que se les vino encima y, cuando finalmente lograron reponerse de la sorpresa, llegaron a la conclusión de que habían topado con un loco y pusieron pies en polvorosa.

Bramante se había comportado como debía una vez más. No compensaba actuar con cobardía: había que salirle al paso a la muerte con valor. «Es evidente que aún no ha llegado mi hora», pensó. Todavía tenía un cometido que cumplir.

En lugar de encaminarse hacia su casa, tomó rumbo hacia el burdel de Petronilla, para aplacar un poco las exacerbadas ganas de vivir que lo asaltaban.

Donato Bramante se despertó lleno de bienestar. Lo primero que vio fue su blanca tripa, que se arqueaba sobre el mar de su cama como una isla. Su lecho era considerablemente amplio, pensado para acoger, ocasionalmente, a tres e incluso cuatro personas. El gozo de vivir no debía andar escaso de espacio. Los rayos de sol jugaban al escondite en su barba. Se sentía renacido y se estiró entre gruñidos de satisfacción.

Una mirada hacia su izquierda le reveló que no se encontraba en un sueño. Junto a él yacía Imperia, desnuda y hermosa, como Dios la había creado. Con creciente satisfacción fue paseando la mirada por las activas curvas de sus pantorrillas, hizo una pausa en sus bien formados glúteos, prosiguió por la osada línea de su espalda y finalmente se hundió en sus ojos. Imperia se había despertado y le sonreía con dulzura mientras dirigía hacia él una mano en un peregrinaje de final evidente.

—¿A quién le apetece una cabalgada? —preguntó ella con una picardía contagiosa reluciéndole en las pupilas—. Qué bóveda más perfecta

estoy viendo formarse en la sábana. Debe ser la cúpula del cielo y, bajo ella, la fuente de tantos placeres celestiales...

Bramante sintió de inmediato que algo se movía dentro de él. Ronroneó como un gran gato mientras creía sentir cada gota de maravillosa y cálida sangre que iba animando las zonas más flexibles de su anatomía.

—¿A quién podría no apetecerle cabalgar un poco? —susurró él y ella cerró con tal firmeza la mano en torno a su obelisco particular que el arquitecto gimió de placer y de dolor al mismo tiempo—. ¿Existe quizás alguna manera más maravillosa de comenzar el día?

Imperia sonrió como una hechicera

que fuera a otorgarle el mayor de los dones tras, por fortuna, haber dado la respuesta correcta a su acertijo. Iba ya a acercarse a ella cuando de pronto un criado entró en la habitación.

—¡Señor, tenéis visita! Ha sido imposible disuadirlo.

Aquellas palabras cayeron sobre Bramante como un aguacero helado.

—¿Qué clase de canalla se atreve a molestar a un hombre honorable a hora tan temprana? —rugió, iracundo.

—¿Qué quién? ¡Un judío! —exclamó el criado, despectivo.

—¿Qué has dicho, cateto? ¿Un judío?

Sin reparar en el hecho de que el

aguacero no había logrado enfriarlo del todo, Bramante saltó desnudo de la cama. Agarró su capa, se la arrojó sobre el cuerpo y salió apresuradamente de la habitación con la cabeza enrojecida por la excitación.

Bonet se encontraba en el vestíbulo, con unas alforjas de piel de lobo sobre los hombros.

—*¡Messèr Bonet!* —exclamó Bramante mientras se dirigía al visitante y se apresuraba a abrazarlo con deleite.

En el último instante reprimió su impulso, pues habría resultado de lo más indecoroso. Al fin y al cabo, apenas se conocían, por lo que invitó al recién llegado a que entrara en su despacho.

Una vez allí, con una parsimonia que a Bramante le pareció insoportable, Bonet extrajo de la bolsa dos libros y los posó con cuidado sobre la mesa.

—*Voilà*. Os devuelvo vuestro libro y añadido mi traducción encuadernada.

Bramante se encontraba fuera de sí de alegría por poder disfrutar de tan ansiado texto antes de lo esperado.

—¡Habéis mantenido vuestra palabra! —exclamó.

Bonet no vio la necesidad de responder a aquel comentario, pues era evidente que así había sido.

—¿Os ha llamado la atención algo de particular mientras traducíais? —preguntó Bramante, curioso.

El judío hizo un gesto vago.

—No. Es, como ya había supuesto, solo uno entre docenas de libros que tratan sobre la cábala. Nada fuera de lo común. Ni siquiera es particularmente bueno, ni especialmente conciso. Aunque sí es cierto que realiza una serie de reflexiones sobre arquitectura que uno no imaginaría encontrar en un libro de esta temática. A partir de esta página... —dijo y señaló un encabezado en el libro—. Desde ahí encontraréis pensamientos y cálculos orientados a la construcción de cúpulas. Evidentemente no estoy cualificado para juzgar su originalidad. El libro entero resulta confuso, por decirlo de alguna manera.

Pero quizá os sirva de ayuda.

El judío se inclinó ligeramente, como si quisiera disculparse por no haber encontrado nada más espectacular.

—¡Ah! Casi lo olvido: al final encontraréis una lista de todos aquellos por cuyas manos ha pasado el libro y en qué momento. Si se le da alguna credibilidad, entonces este volumen ha visto mucho mundo.

Bramante aguzó el oído.

—¿Aparece el nombre de Pico en la lista?

—Sí.

—¿Y de quién recibió el libro el príncipe de Concordia?

—De Landino. A juzgar por la lista,

es un libro muy antiguo.

—¿Cómo de antiguo?

—De unos dos mil años, pues el primer nombre que figura... —empezó Bonet.

—Déjame adivinar —le interrumpió el arquitecto—. ¿Hiram?

—Exacto. Sin embargo, si tenemos en cuenta su estado, este libro no puede ser tan antiguo.

—Podría tratarse de una copia manuscrita.

—Sí, por supuesto que sí —respondió el rabino con escepticismo—, pero por otro lado, ni siquiera la cábala es tan antigua. Los comentarios, por otra parte, deberían adecuarse al tema

principal y no al contrario.

—¿Y si el libro en realidad no fuera un comentario a la cábala?

Bonet de Lattes se encogió de hombros.

—Entonces, no sé qué podría ser. A mí me parece todo una gran broma. Alguien quiere volver un poco loco a los demás.

—¿Por qué creéis eso?

—Porque los conceptos no mantienen una coherencia entre ellos. Es una recopilación de ideas extrañas que después se tornan banales.

Bramante agitó la cabeza. ¿Podría haber muerto Pico por causa de una broma? Ni se le pasaba por la mente.

Como pintor y arquitecto sabía que todo dependía de la perspectiva. Desde el punto de vista de la cábala, podía no tener sentido, pero desde el del arte, quizá sí.

—Decidme, *messèr* Bonet — preguntó Bramante—. ¿Se encuentra Dante también en la lista?

El rabino consultó el libro y asintió. El corazón de Bramante dio un vuelco.

—¿Y Juan, el vidente de Patmos?

De nuevo el judío comprobó la lista.

—No dice nada de un vidente.

El arquitecto no quiso creerlo e insistió:

—Debe estar en la lista.

—Hay un Juan registrado, pero solo

Juan, sin apelativos.

Bramante se sorprendió durante un instante, pero de inmediato se propinó una palmada en la cabeza. Por supuesto, san Juan nunca se habría denominado a sí mismo de aquella manera: «el vidente de Patmos» era un sobrenombre que se le otorgaría con posterioridad.

Iba a agradecerle al rabino las molestias, pero éste lo rechazó.

—No es necesario que me agradezcáis nada: al fin y al cabo me habéis pagado por mi trabajo. Sin embargo, si alguna vez preciso de vuestra ayuda, sea cual sea el motivo, me dirigiré a vos. Confío en que, llegado el momento, me apoyéis, sin

preguntar cuándo ni por qué.

—Estad seguro de que lo haré —le prometió Bramante con seriedad.

«Un tipo extraño este Bonet de Lattes. Por un lado, es directo y abierto, quizá un tanto excesivo en cuanto a la aspereza de sus expresiones, mientras que por otro, parece cobijarse en una capa de misterio», pensó Bramante. Sin embargo, había cuestiones más importantes sobre las que reflexionar que sobre la naturaleza de un rabino.

—¿Pudisteis averiguar algo acerca del propietario del anillo? —preguntó Bramante señalándose el dedo izquierdo.

El rostro del erudito adoptó una

expresión mediatibunda. Acarició casi con dulzura el que, según su opinión, era un comentario mediocre sobre la cábala, antes de responder finalmente, con voz queda y dubitativa.

—No mucho. Todo señala a un trabajo sefardí. Sin embargo, eso no os es de gran utilidad, puesto que los judíos españoles que no se han convertido ya al catolicismo fueron expulsados del país en 1492 y se han desperdigado por toda Europa.

—Entonces, ¿el hombre que busco es sefardita?

—O un marrano. Un judío forzado a convertirse.

—¿De origen español, en cualquier

caso?

—Así es. A menos que alguien robara el anillo a su legítimo propietario.

—La hipótesis de que el secretario de Pico fuera el que lo asesinó es la que me resulta más plausible —comentó Bramante—. Por eso no creo que se trate de un ladrón ni de un asaltante. En conclusión, ¡el secretario debe ser sefardí o marrano!

—Si el anillo no os es de más utilidad, buscad el motivo del crimen —le aconsejó Bonet.

—¿Qué lleva a un judío a matar?

—Los judíos no matan. Y cuando lo hacen, es por las mismas razones que

cualquier otra persona: por amor, por odio, por miedo, por desesperación, por ira, por vanidad o por codicia. Sin embargo, en el caso concreto de *monsieur* Pico della Mirandola, no encuentro motivación posible para un juicio. Por el contrario, era un amigo de nuestra fe. Hay rumores que hablan de que el secretario lo envenenó, decepcionado por un posible acercamiento del conde a Savonarola.

Bramante suspiró y sacudió la mano, desechando esa idea.

—¡Temo que le he hecho un flaco favor a Pico de cara a la eternidad! Entended que cuando descubrí este sinsentido lo único que pude hacer ya

fue conseguirle a mi amigo un entierro digno en Florencia en la peor de las épocas posibles. Los dominicos de San Marcos eran todos partidarios de Savonarola. Así pues, les hice creer que el conde era uno de ellos, aunque no era verdad. Desde entonces, esa mentira no hace sino expandirse por el mundo pero, ¿qué podía haber hecho si no? —se pasó la mano por la frente, pues el dolor de la pérdida aún se encontraba muy latente—. ¿Sabéis lo fanáticos que son esos monjes? Ni siquiera el joven cardenal Giovanni de Medici pudo esperar asilo, aunque logró salvar la vida huyendo. Solo por ser un hijo de Lorenzo. ¿Podéis creerlo? Le cerraron la puerta del

convento en las narices y echaron el cerrojo. Y mientras, a su espalda, ¡la plebe bramaba pidiendo su sangre!

Bonet de Lattes le dedicó una sonrisa amarga y miró a Bramante fijamente.

—Pensad que si el Mesías se apareciera en esta época o caminara ya entre nosotros, no lo reconoceríamos.

Asintió, a modo de despedida, y se volvió para marcharse. La mirada de Bramante siguió al peculiar judío hasta la puerta.

Cuando finalmente se encontró solo, ya nada pudo refrenarlo. Se dejó caer sobre una de las sillas en torno a la mesa y estudió primero la larga e

impresionante lista. Muchos de aquellos nombres le resultaban conocidos, por ejemplo Vitruvio, Cavalcanti y Alberti. Todos habían ejercido como priores de la hermandad en algún momento. Entonces, con el corazón en un puño, pasó a la página 132.

En aquel momento, sintió que un pequeño puño le golpeaba la espalda.

—¡Por un piojoso libro eres capaz de olvidarte de mí, maldito canalla! ¡Qué vergüenza, qué ofensa más enorme!

Bramante volvió la cabeza. Los ojos de Imperia brillaban de furia mientras saltaba sobre su regazo. La silla trastabilló con el impulso y cayó al suelo. Bramante aterrizó de espaldas

mientras Imperia se sentaba a horcajadas sobre él y seguía maltratándole el cuerpo con los puños.

—Imperia, ¡para! —gimió Bramante—. ¡No lo soporto más!

—¿Y qué? —lo reprendió ella, sin inmutarse—. Te estaría bien empleado si te arrancara la piel a tiras e hiciera pergamino con ella. Seguro que con todo lo que sacara de tu mole daba para un tomo en octavo, ¡incluso un grueso infolio!

Antes de que ella pudiera propinarle una nueva cascada de golpes, él se incorporó ligeramente y enlazó sus brazos con los de la mujer como una abrazadera.

—De acuerdo, Imperia, de acuerdo. Lo siento. Pero este libro no es un mero breviario piadoso, es la cámara del tesoro del misterio más importante del mundo.

—¿Y eso cómo es posible? —preguntó ella, arrugando la nariz—. ¿Es más importante que yo?

—No, por supuesto que no —respondió Bramante sonriendo—. Evidentemente es el segundo secreto más importante del mundo... ¡Después de ti!

Imperia se calmó ligeramente, en su rostro se reflejaba la curiosidad y Bramante la liberó. De pronto, ella saltó, agarró el estoque del arquitecto

que él había colocado sobre un arca y posó la punta sobre la laringe de éste.

—¡Explícame en qué consiste o te mando al infierno!

Bramante alzó los brazos, como si se rindiera.

—Todo, querida mía, te lo explicaré todo.

—Empieza.

—Para poder hacerlo, tengo que dibujar.

Imperia retiró el estoque, pero siguió apuntándole con él. Bramante se incorporó, dolorido, y se sentó de nuevo junto a la mesa. Tomó una hoja de papel y un estilete.

—Mira esto, querida. ¿Conoces la

cúpula del Panteón?

Imperia asintió, apartó el estilete a un lado y se sentó junto a él. Sus mejillas se colorearon por la curiosidad y la concentración.

—Hasta el día de hoy, nadie sabe cómo se construyó. Nadie ha logrado realizar una cúpula autoportante tan grande —explicó Bramante.

—He oído decir que la catedral de Florencia tiene una cúpula enorme. Al menos eso dicen los florentinos —objetó Imperia.

—Sí, pero son una banda de mentirosos. O si no lo son es porque directamente son ignorantes. Ese zorro de Brunelleschi les vendió una cúpula al

estilo de la Antigüedad, pero solo exteriormente. En su interior es una cúpula gótica normal y corriente. Se sustenta sobre un armazón, por lo que no es autoportante.

—No lo entiendo —dijo Imperia, apoyando la mejilla sobre el hombro de Bramante.

—Te lo mostraré —dijo él, dibujando un gran arco y soltando un grito repentino cuando un dolor agudo le recorrió el brazo derecho.

Se miró la mano mientras ésta se iba hinchando y enrojeciendo. Era una tumefacción brillante, como bañada en aceite de oliva.

—¿Qué te ocurre? —preguntó

Imperia, preocupada.

Bramante sabía lo que era y se entristeció. Conocía aquella pérfida enfermedad. ¿Cómo iba a poder dibujar con una mano enferma? ¿Cómo podría seguir siendo arquitecto sin dibujar? Gimió.

—¿Qué es? ¿Qué es? —exclamó Imperia, tomando su gran cabeza amorosamente entre sus manos.

—La gota —murmuró él.

La mirada de Imperia reflejó tal empatía que Bramante olvidó al instante la terrible dolencia. Por aquella expresión de sus ojos sería capaz de soportar cualquier dolor.

—Soy un hombre mayor —suspiró

él.

—¡Qué vas a ser mayor! Piensa en el papa: él sí es un hombre mayor.

—Nacimos el mismo año —
respondió Bramante.

Imperia reprimió su sorpresa.

—¿Y? ¿Eso qué importa?

—Múdate aquí, vive conmigo —dijo
Bramante.

El pesar que ella había sentido ante su dolor le había dado valor.

—¡Nunca! Dios es mi testigo, Donato: te quiero, pero nunca ofreceré mi libertad a hombre alguno. Ninguno de los dos tenemos tiempo que perder. Tú tienes que construir la mayor obra arquitectónica del mundo y yo debo

ganar suficiente dinero para asegurar mi jubilación y el sustento de mi hija.

—Todo lo que poseo... —empezó Bramante, pero Imperia le cerró la boca con la mano.

—No me has escuchado. ¡No acepto dinero de ti! —el aliento de la joven hizo estremecerse al arquitecto cuando ella se inclinó sobre él y le susurró—. A ti te quiero.

Bramante quiso atraerla hacia él, pero ella se escapó, le alzó el mentón con la mano y dijo:

—Y ahora, cuéntame de una vez qué ocurre con ese maldito Panteón y con su cúpula.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1505

Pocos días después apareció en casa de Bramante un mensajero papal para informarle de que Julio II quería verlo de inmediato. De camino al Vaticano, el arquitecto fue cavilando ininterrumpidamente sobre cuál podría ser el motivo.

El papa lo recibió en la *stanza della segnatura*, que le servía de biblioteca y

cuarto de estudio. Cuando Bramante entró en la sala, Julio se encontraba inclinado sobre un gran boceto extendido sobre una enorme mesa de madera. Junto a él se encontraba el desvergonzado escultor de Florencia cuya naturaleza arrogante había hecho enfurecer a Bramante en el burdel de Petronilla. Al otro lado de la mesa estaban Sangallo y fray Giacomo, el arcipreste de san Pedro. Bramante había tenido la oportunidad de observarlo fugazmente en dos o tres ocasiones y había experimentado una aprensión instintiva hacia él. En ocasiones se sentía como si se hubiera enfrentado al dominico alguna vez, fuera del entorno

de Roma, pero no lograba recordar el lugar o el momento de aquel encuentro. En cualquier caso, solía decirse a sí mismo que debía tener cuidado del arcipreste, aun cuando tuviera el rostro de un ángel.

Al penetrar en la estancia, Julio levantó la mirada del dibujo. Su expresión denotaba tensión, pero en sus ojos se reflejaba una alegría ingenua, casi infantil, que casi nadie había podido observar nunca en aquel papa tan belicoso. Sin embargo, Bramante lo conocía bien. Sabía que Giuliano della Rovere, incluso a su avanzada edad, o siendo papa, era capaz de alegrarse de forma desatada, abierta, sin tapujos,

como un niño, al menos en cuestiones artísticas.

Por desgracia, lo que en aquel momento despertaba su dicha no era un bosquejo de Bramante, sino uno del joven florentino. Sin embargo, tan pronto se ganaban los favores del papa como se volvían a perder. El aspecto negativo de la alegría papal era que Julio jugaba a su antojo con los artistas, como lo haría un niño con figuritas de madera, arrojándolas a una esquina cuando se harta de ellos y disfruta con un nuevo juguete. Bramante, por tanto, debía mostrarse cauteloso: un nuevo y joven constructor parecía haber hecho acto de presencia, dispuesto a

expulsarlo del corazón del papa.

«Y solo porque me he convertido en un viejo goteroso», pensó Bramante, con cierta autocompasión. Se había cubierto la mano hinchada con un guante blanco de cuero de cabra, para evitar que nadie supiera de su dolencia. Sin embargo, para su pesar, no era solo eso lo que delataba su edad. De hecho, ya no sentía deseo alguno de pelearse por obtener encargos, ni de desbancar a sus rivales con su elocuencia y su experiencia. El tedio lo asaltaba en los últimos tiempos con cada vez más frecuencia. ¿No había alcanzado ya todo lo que podía ambicionarse en la arquitectura? Había construido los dos pasillos que

conectaban el palacio vaticano con el Belvedere. Además, estaba dirigiendo el mayor proceso de saneamiento urbanístico de Roma: casa a casa iba derribando los barrios retorcidos y llenos de rincones tétricos junto a la ribera del Tíber para abrir sitio a una amplia avenida que llevara desde el Vaticano hasta Letrán y que debía llamarse *via Giulia* en honor al papa que la ordenó. Tampoco debía olvidar el templo de San Pietro in Montorio, en el punto en el que, según la tradición, crucificaron a san Pedro. Bramante había construido aquel *tempietto* siguiendo un modelo antiguo puro centralizado. Hacía mil años que no se

había construido nada en Roma al estilo pagano. Podía sentirse satisfecho de sí mismo, pues había sido el primer constructor de su tiempo en trasladar a la realidad, aunque fuera en un edificio de pequeñas dimensiones, los principios de la buena arquitectura, tal y como Vitruvio los había transmitido y Leon Battista Alberti los había redescubierto. Nadie sabía que Bramante había consagrado secretamente el pequeño templo a la memoria de su amigo Pico y que había depositado un mechón de los cabellos del filósofo en los cimientos bajo el altar. Pues, ¿quién era Pedro en comparación con el divino Pico?

Aunque su amigo llevaba ya más de

una década muerto, su ausencia le pesaba más cada año, tanto como las reuniones de la hermandad que, con el fallecimiento de Pico, había dejado de existir. Algunas veces, cuando se sentaba con Sangallo a tomar un vaso de vino, el recuerdo de sus días con los *Fedeli* retornaba y se llamaban «hermano» entre ellos, como bromeando. ¿Y Leonardo? Permanecía en Milán, llenando una cartulina tras otra con bosquejos y dibujos sobre una ciudad ideal sustentada sobre los principios de la buena arquitectura. Sin embargo, sus ideas se quedaban en la cartulina, como solía ocurrir con él.

Sí, Bramante había logrado mucho,

pero el Tempietto seguía siendo un pequeño templo, no un gran templo. Todo lo que había creado en su vida tenía un carácter provisional, temporal. Su gran obra maestra, la que debía rubricar su nombre en la eternidad, permanecía ajena a él. Si la muerte le llegaba aquel día, su vida finalizaría incompleta. Debía darse prisa. Y justo entonces, cuando sentía que sus fuerzas comenzaban a flaquear, ¡aparecía aquel condenado Miguel Ángel! Bramante reprimió su ira con toda la disciplina y el autocontrol de los que fue capaz. Sabía bien que cualquier muestra de debilidad o de descontento desagradarían al papa y podrían alejarlo

del corazón de su benefactor y mecenas.

Había logrado atar en corto al arquitecto florentino Sangallo, su predecesor en los afectos del papa, y a pesar de todo mantener una buena relación con él. Sin embargo, con aquel joven competidor, tal y como Bramante entendió en aquel momento, tendría que embarcarse en una lucha a vida o muerte. Estaba hecho de una pasta completamente distinta a la del moderadamente ambicioso Giuliano da Sangallo, rivalizaba con él mismo en cuanto a sus fuerzas desmedidas y a sus osadas pretensiones. ¡Solo podía quedar uno! Quien no entendiera una realidad tan simple, mejor haría en ni siquiera

intentarlo. Alguien, por lo que recordaba, le había confiado el que cardenal Catalano había aborrecido la presencia de la *Pietà* de Miguel Ángel en la basílica de San Pedro. ¡Ese podía ser un principio! Bramante decidió vencer su repulsión y solicitar la absolución de manos del monje: lo que para las prostitutas suponía el dinero, para los sacerdotes lo suponían las confesiones.

—Donato, únete a nosotros y observa esto tan extraordinario que ha realizado nuestro joven amigo — exclamó Julio, llamándolo a su lado con impaciencia.

Así era el papa, siempre con prisa,

siempre sin delicadeza alguna. Para hacer realidad todos sus proyectos habría necesitado el tiempo de tres vidas humanas.

Miguel Ángel levantó entonces la cabeza y vio a Bramante, pero no modificó su expresión. El arquitecto se colocó junto al papa y observó los dibujos en rojo.

—¡Será el mausoleo más grande y hermoso que jamás se haya construido!
—anunció Julio con una expresión soñadora en los ojos.

—Y que jamás se construirá —
añadió Miguel Ángel, todo humildad.

Bramante reconoció de un solo vistazo el dibujo y la agresión. Aunque

las dimensiones, por sí mismas, no estaban indicadas en la representación, sus ojos expertos pudieron obtener una impresión de la magnitud de la construcción a partir de la proporción de sus elementos individuales. Lo que tenía frente a él no era, de hecho, más pequeño que un edificio y superaba con mucho las dimensiones de cualquier otro sepulcro o mausoleo.

El boceto de Miguel Ángel le recordaba, en su forma, al antiguo mausoleo de Augusto que él mismo había descubierto y registrado durante sus viajes de investigación en pos de los monumentos de la Roma Clásica. Aquella tumba prevista para Julio II, no

obstante, sobrepasaba la de Augusto en dos pisos y parecía ser también considerablemente más ancha y larga. ¡Aquel era el plano de un arquitecto, no de un escultor!

Bramante se sintió arrastrado por las contradictorias emociones de la furia más violenta y la admiración más profunda. ¡Aquel descarado mocoso florentino había utilizado el encargo de una tumba para inmiscuirse en sus dominios! Nadie salvo el propio Bramante lo comprendía.

—Bien, es grande, muy grande —comenzó, con suma precaución—. ¿Dónde debería ir colocado?

Cuestionar las características de un

boceto del que a todas luces el papa se había enamorado habría sido una gran insensatez y Bramante era cualquier cosa menos tonto.

—¡En San Pedro, por supuesto! — exclamó Julio en tono de reproche, pues la pregunta le resultaba fuera de toda consideración—. Incluso aunque fray Giacomo no se muestre precisamente encantado con la idea.

Julio toleraba la presencia del joven dominico en sus cercanías porque, lejos de ser un adulator, exponía su opinión abiertamente incluso cuando no era del gusto del pontífice.

Por ese motivo, Giacomo exclamó, sin inmutarse:

—Serviría de enaltecimiento a la fe si en vuestra tumba, santo padre, mostrarais vuestra devoción a Moisés y a Pablo, el antiguo y el nuevo legislador. Pero, ¿en qué precisáis todos esos ornamentos paganos? Todas esas viciosas diosas de la victoria y esos cuerpos desnudos a los pies y por las pilastras. ¡La gente debe acudir a la iglesia con recogimiento, no con ganas de masturbarse!

Bramante tuvo que reprimir una sonrisa. No iría en detrimento suyo que el monje guapito estuviera dispuesto a intrigar contra el mausoleo, aunque fuera en vano. Sería más fácil para él establecer una alianza con el dominico.

A sus ojos, fray Giacomo era un ortodoxo maravillosamente consecuente del que podría aprovecharse si aprendiera a tocar a su mismo son. La gente con principios, por muy dogmáticos e intransigentes que fueran, se ganaban el respeto de Bramante cuando eran capaces de asumir las consecuencias de sus ideas con inteligencia. Solo los imbéciles lograban enojarlo, ya tuvieran principios o no.

Los ojos de Miguel Ángel relampaguearon de rabia y Bramante esperó que eso le llevara a cometer algún error.

—Os entiendo pero no os entiendo,

fray Giacomo —dijo el joven escultor, quien a todas luces debía hacer un gran esfuerzo para controlarse—. Abrid los ojos y ved lo que tenéis frente a vosotros, no lo que queréis ver. ¡Abandonad vuestra estrechez de miras por un momento y contemplad la gloriosa diversidad de Dios! Entonces entenderéis su significado: las victorias representan los triunfos del santo padre sobre los infieles. A sus pies yacen las provincias sometidas, representadas por las figuras desnudas, mientras que los prisioneros son los que veis atados a las pilastras. Para que esta victoria sea inmortal, los vencidos no pueden aparecer limitados con la moda de una

determinada época. De ser así, menguaría la majestad del vicario de Cristo. Sus logros, entonces, serían éxitos pasajeros, ¡pero no auténticos triunfos! Es más: Sobre esas victorias y sobre el paganismo se alzan san Pablo y Moisés y aún por encima, la Virgen María y el papa. El mensaje, por tanto, es evidente.

—Sí, ¡y me recuerda a las disparatadas teorías de un tal Pico della Mirandola, quien pretendía dar cobijo a cualquiera y a cualquier cosa bajo el amparo de la cristiandad! —respondió con aspereza el dominico.

Bramante se estremeció imperceptiblemente. Inconscientemente

se posicionó del lado de Miguel Ángel. Sin embargo, el español tenía razón. Se podía considerar aquel programa como una representación tallada en piedra de las tesis de su amigo Pico. Aquello, no obstante, no era un debate en memoria de Pico, sino una lucha de rivalidades que debía vencerse por cualquier medio. Bramante sentía la fuerza y el talento de su contrincante y, en consecuencia, el peligro que éste le suponía.

—Conocía a Pico, creedme. Lo que pueda contener de sus ideas el bosquejo será solo en lo que atañe al pensamiento de un buen cristiano. ¡Nada de lo contrario aparece en el dibujo! —replicó Miguel Ángel, con un desprecio

que revelaba hasta qué punto se tomaba en serio a su contrincante, cuyos argumentos pretendía refutar con un mero truco retórico.

—¿Y tú qué opinas, Donato? — preguntó Julio.

—Bien, sin duda podría debatirse largo y tendido acerca de las representaciones incluidas en ella, pero me parece más importante la cuestión sobre dónde se colocará la tumba. La basílica de San Pedro está llena de monumentos conmemorativos. Aun con la mejor de las intenciones, no queda espacio suficiente para una construcción de semejantes proporciones. Permitidme, santo padre, que os hable

con total pragmatismo: habrá que reducir el boceto a la mitad si realmente deseáis incluir el mausoleo en San Pedro. ¡Y no podemos levantarlo en ningún otro lugar! Nos lo impide el amor que os tenemos.

Bramante se felicitó en silencio, pues la mirada llena de odio que Miguel Ángel le arrojó le reveló que había dado en el clavo. Como él mismo sabía, el escultor nunca consentiría que redujeran las medidas de su plan perfecto.

—¿Qué podemos hacer en ese caso?
—preguntó a su alrededor el papa, desconsolado.

—Es muy sencillo —propuso Miguel Ángel—. El papa Nicolás V

quiso ampliar la catedral añadiendo un nuevo coro occidental. Se inició la construcción, se establecieron los cimientos y los muros de contención están ya a la altura de la cadera. Si concluyéramos la labor de vuestro santo predecesor, tendríamos suficiente espacio para vuestra tumba.

La osadía de Miguel Ángel impresionó a Bramante en la misma medida en que su descarada impertinencia lo enojó. Hacía apenas unos minutos se atrevía a proponer la construcción de un sepulcro del tamaño de un templo pequeño, probablemente de dimensiones muy similares a las de su Tempietto, y al instante siguiente

aquel florentino incluso pretendía la ampliación de la basílica de San Pedro. ¿Qué intentaría a continuación? Aquel joven no se conformaba con exponer sus ideas con convicción y atractivo, además adoptaba un ritmo preocupante a la hora de cumplir sus objetivos. A Bramante no le hizo falta mirar a su patrón para saber que los ojos del papa habían resplandecido ante la sugerencia de Miguel Ángel. Cualquier idea que evocara algo grande o imperial evidentemente encantaría a Julio. El rostro de Giacomo, por el contrario, reflejaba un profundo horror.

—Lo sé, mi querido Donato —dijo el papa—. Te he sobrecargado de

trabajo, pero deseábamos que verificaras la posibilidad de ampliar el coro y nos presentaras una propuesta de ubicación donde mi tumba adoptara la adecuada importancia dentro de San Pedro tal y como se muestra en el bosquejo. Lo queremos tal y como está: ¡nada debe cambiarse! *Nihil esse innovandum aut mutandum!*

Con aquellas palabras, el pontífice dio claramente a entender que daba por concluida la discusión.

—¡Una pregunta más, *messèr* Miguel Ángel! —interrumpió Bramante, ardiendo interiormente de furia, aunque de inmediato sintió que había cometido un error al ignorar el punto y final del

papa.

—Si no hay más remedio... —gruñó Julio de mala gana.

—Calculo a ojos vista que el monumento contará con unas cuarenta esculturas de tamaño natural. ¿Pretendéis realizarlas todas vos mismo con vuestras propias manos? —preguntó Bramante al florentino.

—¡Por supuesto que Miguel Ángel se encargará personalmente de todas ellas! ¡Yo no admitiría otra cosa! —vociferó el pontífice.

Bramante reprimió una sonrisa prematura ante el triunfo seguro. ¿Podría ser que no hubiera cometido un error después de todo?

—Vuestro *David* de Florencia os llevó un año entero de trabajo. Tomando como base ese tiempo, pues las figuras del mausoleo no pueden sino tener la misma calidad que esa escultura vuestra, entonces necesitaréis al menos cuarenta años para completarlas todas.

—Dentro de cinco años el sepulcro estará completo y totalmente construido por mi mano, situado en San Pedro. Y cada una de sus esculturas superará en belleza al *David* —afirmó Miguel Ángel, con los hombros tensos.

—Disculpad a este hombre viejo e ingenuo que soy pero, ¿cómo pretendéis hacerlo?

—¡Basta! —les reprendió el papa

—. ¡Qué nos importa a nosotros cómo se haga! No somos bibliotecarios. Ha dicho que lo hará y, puesto que no se puede mentir al papa, lo hará. Preocúpate de tu propio encargo, Donato. De momento con eso tienes bastante.

Dicho esto, Julio salió violentamente de la sala.

La sonrisa maliciosa de Miguel Ángel ardía como el ácido sobre la piel de Bramante. Jamás le perdonaría esa derrota a su rival, ¡jamás! Él, el mejor arquitecto de su tiempo, trabajando para un escultor, ¡y precisamente ese niño! Aunque en su interior la furia lo consumía, se obligó a mantenerse

sereno. Ni una arruga en la piel debía delatar sus pensamientos y sentimientos. Al fin y al cabo, aún no estaba todo perdido, la tumba no se había empezado siquiera a construir y él, Donato Bramante, haría todo lo posible porque nunca se llevara a cabo. Antes de abandonar la *stanza della segnatura*, corrió hacia Giacomo:

—¿Podría solicitaros que me escucharais mañana en confesión?

—Venid a la hora de vísperas al coro norte de la basílica.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1505

—Has humillado a Bramante, Miguel Ángel. Sin duda está ya buscando la manera de vengarse —dijo Sangallo mientras abandonaban juntos el palacio vaticano, tras lo cual se ofreció para mediar entre ellos y tratar de calmar los ánimos.

Miguel Ángel se rio. ¡Y qué le importaba a él ese asno milanés! Ya

sabía bien que debía andarse con ojo con él. No, Bramante no le preocupaba. Sus pensamientos se dirigían más bien hacia el joven dominico. Había comprobado con tristeza que se había erigido como opositor a su boceto, pues deseaba, más bien anhelaba su presencia. En su fuero interno lo había apodado como «el cardenal del rostro de ángel».

Una vez llegado a casa, le pidió a Francesco que le llevara vino aguado y algo de pan a su taller y que no lo molestara desde ese momento. Aunque había logrado una importante victoria y por un amplio margen, Miguel Ángel no se sentía con ánimos de celebrar. Se

bebió el vino pero se olvidó del pan. De nuevo sumido en sus pensamientos tomó la hoja de papel y dejó que el lápiz se deslizara sobre el folio. Sorprendido, se dio cuenta de que sus trazos iban conformando más y más los rasgos del fray Giacomo.

«Con la razón me encuentro
en cruel debate

pues amando espero hallar el
gozo;

mas con verdad profunda
como un pozo

y vergüenza suma mi alegría
bate».

Miguel Ángel había susurrado

aquellas palabras para sí mismo y comprobó, sorprendido, que sonaban como la estrofa de un poema. Mientras escribía aquellos versos junto al dibujo, oyó un ruido y alzó la vista.

Francesco se encontraba en la puerta, con los hombros encogidos con expresión de disculpa.

—Un señor quiere hablar con vos y no hubo forma de convencerlo de que se fuera.

No tardó en encontrarse en la habitación precisamente él, el cardenal con el rostro de ángel. Antes de levantarse para saludar a su invitado, el florentino puso apresuradamente boca abajo la hoja con el retrato de Giacomo.

—Eminencia —dijo, con una reverencia, y se apresuró a besarle le mano, pero el monje rechazó el gesto.

—Olvidaos de ese «eminencia» que me interesa bien poco. Disculpad que os moleste, ¡pero debemos hablar!

—Por favor, tomad asiento —ofreció Miguel Ángel.

Giacomo aceptó la invitación. Se sentó con tal gracia en la butaca frente a su escritorio, que Miguel Ángel se sintió recorrido por el dolor punzante que solo se padece frente a la visión de la belleza genuina.

—¿Puedo ofrecerles algo?

—¿De comer? No. ¿De beber? No. ¿Vuestro retorno a la auténtica fe? ¡Sí!

—Oh, mi fe es más firme y profunda que la de muchos —aseguró Miguel Ángel con voz tomada.

—Si de verdad creéis en Dios Todopoderoso, en nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu Santo entonces, abandonad vuestro deshonoroso plan de construcción de la tumba de Julio —dijo Giacomo, inclinándose hacia Miguel Ángel con ojos brillantes—. ¡Apartaos de la senda del paganismo!

«Qué hermoso es incluso en la furia», pensó Miguel Ángel, hundiendo asustado la mirada. La última vez que había experimentado algo similar por algún otro ser humano había sido cuando

se había enamorado de Contessina. ¿Estaría perdiendo la cabeza por ese hombre? Aquel pensamiento lo llenó de inseguridad. Sin embargo, ¿qué importaba en realidad un hombre o una mujer? ¿Eran los seres humanos los que despertaban en sí mismos la excitación o era, más bien, su belleza? Para él, experimentar la belleza o crear belleza no suponía una diferencia. Era la forma que él tenía de rezarle a Dios, de acariciarlo. ¿No era acaso la creación una forma de orar y adorar a Dios?

Miguel Ángel alzó la cabeza y miró a Giacomo fijamente. Lo contempló, curioso y extasiado al mismo tiempo, con la mirada profesional del artista que

analiza su modelo.

—Me gustaría pintaros, ¿puedo hacerlo? —dijo.

Giacomo dio una palmada contra la mesa y retrocedió en la silla.

—¡No! ¿Por qué? —lo rechazó con energía.

Entonces, recobró rápidamente la compostura y adoptó la expresión decidida del pastor de almas que trata de hacer volver al rebaño de la fe a una oveja descarriada.

Miguel Ángel constató que ni siquiera la firmeza en su gesto empañaba sus bellos rasgos, sino que los volvía más plásticos.

—¿Renunciaréis a vuestra

arrogancia en la cuestión de la tumba?

«¡Qué bello es!», siguió pensando Miguel Ángel, «¡deslumbrante!». Sentimientos contradictorios se apoderaban de él: ¿podría aceptar el frío y agresivo fanatismo del dominico, que se le clavaba en el corazón como una daga de damasquino? ¿No podría aceptar él algo de su *grandezza*? ¡Solo un español podía ser tan bello y a la vez tan cruel!

—Disculpad, hermano, pero no hablamos de Dios, ni siquiera de la fe: hablamos de arte —concluyó.

—¿Y no es el arte una obra de Dios? —preguntó Giacomo, tan inaccesible como solía serlo cualquier campeón de

la fe.

Miguel Ángel sonrió y negó con la cabeza.

—Sí, por supuesto. Pero también el hombre es obra de Dios y, cuando se le pican los dientes, no lo enviamos a ver a un sacerdote, sino a un sacamuelas.

Aquellas últimas palabras le hicieron enrojecer. Sacamuelas, así solía llamarlo Contessina. Desde entonces no había vuelto a utilizar aquella palabra, utilizaba únicamente el término «barbero». ¿Por qué le asaltaba de repente aquel recuerdo, que lo perturbaba en tal medida?

Giacomo lo arrancó de sus pensamientos.

—¿Sabéis lo que dice Jesús ben Sirac en su libro? «El necio no se deja educar, aunque existe también sabiduría que conlleva una gran amargura». Así pues, guardaos de esa sabiduría que solo lleva a pretender superar incluso al Espíritu Santo.

—¡Pero no es eso lo que pretendo! —suspiró Miguel Ángel—. ¿Por qué me malinterpretáis así? Si el arte es creación de Dios, entonces la mejor manera de honrarlo será esforzarse al máximo por producir las obras más perfectas.

Giacomo alzó irritado la mano y la dejó caer de nuevo sobre la mesa. Miguel Ángel contuvo el aliento. La

mano derecha de su visitante reposaba sobre la hoja con su retrato.

—¿Qué propósito tiene esa perorata vuestra sobre la perfección del arte? ¡Por supuesto que debéis exceder en vuestras habilidades! —dijo, malhumorado y, sin pretenderlo, hizo que la hoja de papel se volviera—. No estamos hablando sobre el alcance de vuestras habilidades, sino sobre imágenes heréticas que queréis colocar en la basílica de San Pedro y que confundirán y pervertirán a la gente. Vos...

Giacomo quedó petrificado al ver el dibujo, que lo representaba precisamente a él. Con creciente

estupefacción leyó las frases junto al retrato:

«Con la razón me encuentro
en cruel debate

pues amando espero hallar el
gozo;

mas con verdad profunda
como un pozo

y vergüenza suma mi alegría
bate».

—¿Es esto vuestro?

Miguel Ángel enrojeció y deseó que se lo tragara la tierra.

—No es más que un juego de palabras y un garabato sin más

relevancia...

Giacomo, loco de furia, rompió el papel y se lo echó a los pies al escultor.

—¡Esto no es un juego, es obsceno! ¡Completamente antinatural, además! Tened cuidado, ¡tened cuidado, Miguel Ángel Buonarroti! El infierno extiende sus poderosas garras hacia vos —el dominico había palidecido—. Sois un hijo del pecado —logró murmurar con los labios blanquecinos antes de levantarse de un salto y salir apresuradamente de la habitación.

—No, esperad, fray Giacomo, ¡no os vayáis! —exclamó Miguel Ángel, mirándolo aturdido.

Tras unos instantes, se agachó con

lágrimas en los ojos, reunió los fragmentos de papel del suelo y los colocó juntos. Después, siguió escribiendo.

*«¿Qué puede traer la soleada
estrella*

sino la muerte? Y no la del fénix.

*Pues mano que caer desea de su
cenit,*

*no acepta la mano que se tiende a
ella.*

*Entiendo mi delito y sé qué
encuentra;*

*mas en mi pecho albergo corazón
distinto,*

que más me mata cuanto más me entrego.

Entre dos muertes mi señor se asienta

una no deseo, otra no distingo:

cuerpo y alma mueren entre duda y credo».

Tras escribir el último punto, Miguel Ángel salió de su estudio. Necesitaba salir a la calle y respirar aire fresco. Ya en la calle, un perro salió a ladrarle y él se lo pagó con una fuerte patada. Vagó sin rumbo por el Borgo. Consideró por un instante visitar su *Pietà* en la basílica, pero enseguida rechazó la idea.

Un muchacho de la calle, tan joven que aún parecía inocente, se le ofreció frente a las puertas de San Pedro con todas sus artimañas de seducción. ¿Debía llevarlo consigo? Le asaltó una enorme nostalgia por la calidez de un cuerpo humano, hasta el punto de hacerle estremecer. De pronto vio a Contessina frente a él, como aquella ocasión, sentada sobre la cama vestida únicamente con un velo. Sintió, igual que entonces, la frialdad de su mirada en las escaleras. Entendió que, con su repugnancia, se había quebrado algo en el interior de Miguel Ángel, que había matado para siempre su deseo por las mujeres. Agitó la cabeza. El joven entendió y dirigió su

atención hacia otro posible cliente. No tuvo que buscar mucho, pues un corpulento francés, como el florentino pudo deducir con facilidad por su vestimenta, se le aproximó a los pocos instantes. El gordinflón le susurró algo al muchacho quien, como un auténtico actor, fingió una expresión de inocencia y rompió a reír, provocativo. Miguel Ángel sabía lo que eso significaba. En sus estancias en los burdeles de Florencia, las prostitutas que dibujaba para Giovanni de Medici le habían contado que preferían evitar a los clientes franceses. Los alemanes eran corteses y los ingleses, divertidos. Los franceses, sin embargo, a menudo tenían

apetitos peculiares que suponían mayor esfuerzo y trabajo duro. Miguel Ángel sintió pena por el muchacho. ¿Por qué no se lo había llevado a casa, para que comiera, bebiera algo y, finalmente, le diera algo de dinero sin tener que obligarle a nada?

¿Por qué no? Porque no tenía dinero para gastar. Julio II le pagaba un sueldo generoso y, sin duda, le abonaría una sustanciosa cantidad por la tumba. Miguel Ángel era incapaz de explicarse por qué, pero gastar dinero le suponía un dolor casi físico. No quería volver nunca a sentirse tan pobre como en el momento en que tuvo que dejar marchar a Contessina porque no podía permitirse

el cortejarla. Al contrario, necesitaba dinero, mucho dinero para poder devolverle a su familia el rango social que le correspondía. Estaba decidido. Sin embargo, era preciso obtener grandes sumas de dinero y no malgastarlo innecesariamente. Sin embargo, si hubiera sido el joven dominico el que se hubiera ofrecido en lugar del muchacho, ¿no habría pagado por Giacomo sin aceptarse ningún reproche?

Bramante necesitó un buen rato antes de lograr calmarse de nuevo durante su camino de vuelta tras la audiencia con el papa. Iba encadenando un ataque de ira

con otro. Miguel Ángel lo había herido profundamente en su orgullo. Por supuesto no podía ir directamente a por él frente a Julio. Con ello solo lograría obtener el efecto contrario al deseado. Durante un instante llegó a plantearse contratar a algún asesino a sueldo por un par de monedas para que enviara al florentino a dormir con los peces, pero finalmente se lo pensó mejor. A pesar de toda su rabia, simplemente era incapaz de hacer morir a un escultor tan dotado. Habría sido un crimen que Bramante no deseaba que pesara sobre su conciencia. Debía haber otro camino pero, ¿cuál?

Con el rostro encendido caminó tan rápido como su estatura y sus pies se lo

permitieron. Tosió estruendosamente, pues su corazón parecía que iba a salirse del pecho. Lo que más le preocupaba, no obstante, era su razón, que parecía escapársele poco a poco. Las casas le ponían muecas y de cada esquina y callejón de la ciudad surgían voces abstractas que le gritaban «vergüenza, vergüenza».

Cuando finalmente llegó a su hogar, hundió varias veces la cabeza en una tina de agua fría que Giorgio le había preparado. Entre bufidos y resoplidos, logró recomponerse y se encaminó a casa de Imperia. Su amada no solo era bella, sino además inteligente. Juntos lograrían configurar toda una lista de

ideas con las que poder derrotar a Miguel Ángel. Sin embargo, no pudo encontrarla en casa, por lo que dictó a su criado una nota para ella. Aunque Bramante sabía leer, no sabía escribir. Con ánimo de consolarse, decidió a continuación pasar la noche con tres damas de alegre profesión.

Apenas llegadas las primeras luces del alba, se despertó en medio de una algarabía de mil demonios. Cuando abrió los ojos, sonrió divertido al darse cuenta de lo que ocurría. Sus tres compañeras de cama se echaban de cualquier manera su ropa por encima, entre gritos y protestas, mientras trataban de protegerse con las manos de

una escoba que las azotaba sin compasión. Todo ello acompañado de las maldiciones y palabrotas romanas más soeces, capaces de sonrojar incluso al propio Bramante.

—¡Aquí apesta a puta! —gritó Imperia, mientras las maltratadas trabajadoras de la noche abandonaban a la carrera la habitación.

Antes de que Bramante pudiera decir algo, cayó sobre él un auténtico aguacero. Creyó ahogarse entre las sábanas y jadeó buscando aire.

—¡Para, para! —graznó—. ¡Que tú también te dedicas a esto!

—¡No, eso no es verdad! —respondió ella, presa de la ira y le

propinó un puñetazo en el costado.

«Ay», pensó él, «así son las romanas».

—¿Vas ahora a decirme que en realidad eres monja?

Apenas había pronunciado aquellas palabras, ella le agarró de la oreja y tiró hacia arriba.

—Escúchame bien, amor. Mientras tú desperdicias tu dinero, yo me dedico a ganar el mío. ¡Es muy diferente!

Bramante le dio la razón sin siquiera mirarla, pero Imperia aún no había terminado.

—¿Crees que trabajaría como lo hago si mi madre hubiera sido una princesa en lugar de una cortesana? Pero

te diré algo, pedazo de borrego inútil. Al contrario que esas de ahí —dijo ella, señalando con el dedo la puerta—, yo no me voy con cualquiera que haga tintinear frente a mí una bolsa de monedas, sino que busco y elijo a conciencia a mi clientela. ¿De verdad es necesario que andes metiéndola en cualquier sitio? ¡Harás que los dos acabemos con la enfermedad de los franceses! ¡Ay! Hombres... —concluyó, dejando los ojos en blanco.

Cuando desataba la furia de un huracán, Bramante la amaba más que nunca, por su fuerza y su inteligencia, por su pasión y su poderío. En realidad sí era una princesa y le hacía sentirse un

rey.

—¿Para qué me buscaste en un principio? —preguntó ella con un tono algo más suavizado mientras se dejaba caer junto a él sobre la cama húmeda y se recostaba a su lado.

Bramante le contó lo que había ocurrido durante la audiencia papal y sintió que la rabia contra Miguel Ángel volvía a crecer en su interior.

—Ay, mi pobre osazo. Desde luego no es motivo de alegría —dijo Imperia, mientras le masajeaba la oreja que aún le dolía por su arrebató de agresividad.

Después, la mujer se levantó de un salto.

—Tenemos que pensar algo. Y nos

hacen falta aliados.

—¿En quién estás pensando?

—¿Qué es lo segundo más importante para hacer una obra de arte?

—La idea.

—Que depende directamente de lo más importante de todo, el artista.

—Bueno, entonces también depende de la destreza y el talento. ¿Y quizá de la sensibilidad del cliente?

Imperia torció los ojos en una mueca de intenso dolor espiritual.

—Me decepcionas, Donato. Quiero ayudarte. ¿Cuál es el motivo por el que tú más que nadie estás en el mundo?

Su sonrisa burlona delató un pensamiento pícaro.

—Y no me digas que por las mujeres —le amenazó ella, empujándolo a recuperar la seriedad.

—¿Por la gloria?

—Mentiroso.

Bramante sonrió. Por fin empezaba a entender a qué se refería.

—¡Por el dinero!

—Exacto. El arte cuesta dinero y cuanto más importante es la pieza artística, más dinero cuesta.

—O al menos lo que se considere como tal —aventuró él.

Imperia hizo un gesto de descarte con la mano, como diciendo: no me interrumpas con tonterías.

—¿Quién financia al papa?

—El banquero Agostino Chigi, de Siena —respondió el arquitecto, sumiso.

—Preséntamelo.

Bramante la miró horrorizado. Ella posó la mano, conciliadora, sobre su antebrazo.

—No te preocupes, no será un obstáculo para ti.

—No, eso nunca —respondió él, con convicción.

Instintivamente, no obstante, le asaltó el miedo a perderla. Conocía a Agostino y sabía que no era el tipo de hombre al que le gustara compartir.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1505

Era a la hora de vísperas cuando el ejército de penitentes penetraba en la basílica de San Pedro como una violenta marea que no aceptaba comparación con ninguno de los restantes seis templos de peregrinaje de Roma. El miedo a que sus pecados de juventud pudieran conllevar la pena de un sufrimiento eterno los empujaban a la confesión, a

los servicios religiosos, al propósito de enmienda y a la compra de indulgencias. Cuando la noche romana arrastraba a la carne débil a actos reprobables, era allí donde se podía obtener el perdón de las faltas, tanto pretéritas como futuras, en el continuo círculo vicioso de pecado y penitencia que era tan propio de la Ciudad Eterna. La nave central y las capillas de San Pedro rebosaban de devoción y recogimiento de los creyentes.

Mientras Giacomo il Catalano se dirigía hacia la nave derecha a través del norte del templo encontró involuntariamente muy cómica aquella escena: la multitud de penitentes. En

otros puntos del templo se estaban celebrando varios oficios religiosos al mismo tiempo. Los distintos cantos y oraciones se superponían creando una auténtica cacofonía que resonaba en las bóvedas. «Quizá haya sido así como ha surgido la herejía», pensó Giacomo, «cuando los hombres han decidido cantar la fe en el momento en que a cada uno le ha apetecido, en lugar de entonar todos juntos el kirie. Quizá por eso los ritmos no concuerdan». Estaba profundamente convencido de que la fe significaba armonía, homofonía en lugar de polifonía, sincronía y no asincronía. Y para que esa coordinación pudiera producirse, eran necesarios los

sacerdotes. Eran los auténticos directores de orquesta de la fe.

Sin embargo, ¿qué sabía él? Giacomo sentía que sus convicciones se desvanecían. La visita en casa del escultor lo había llenado de inseguridad. Estaba habituado a que las mujeres lo miraran con ojos seductores y le hicieran proposiciones impúdicas, sin embargo, nunca había visto que un hombre se enamorara de él. Si alguna vez su castidad se había visto amenazada había sido por alguna mujer. En ocasiones había tenido que entablar dura lucha consigo mismo para resistir los ojos provocadores, los senos turgentes, las caderas danzarinas. Esa

perspectiva de los hombres no le interesaba en absoluto, por el contrario, le repugnaba.

Sin embargo, el recuerdo de Miguel Ángel le había calado hasta el tuétano, como una infección reacia a remitir. Giacomo sentía que había topado con un hombre excepcional: lleno de talento, algo que no podía decir de sí mismo, pero al mismo tiempo con un profundo aura de desamparo, una emoción que él era muy capaz de entender, pues conocía lo que era encontrarse abandonado y sin raíces. De la misma manera en que en la atronadora tormenta de la vida él había encontrado su ancla en la fe, Miguel Ángel lo había hecho en el arte. Igual

que él defendía la fe, el otro defendía la belleza. Poco a poco Giacomo se fue dando cuenta de que no era su cuerpo lo que el florentino perseguía sino, lo que era aun más atrevido, su alma.

Tras sentarse en el confesionario, cerró los ojos un instante y trató de tranquilizarse. Después, dejó vagar la mirada por el templo mientras esperaba la llegada del arquitecto papal. La luz de la tarde se filtraba a través de las ventanas del triforio y flotaba hacia el resplandor de las velas, para unirse con ellas en una mágica penumbra.

En aquella hora, en que las luces del exterior se debilitaban y el interior de la iglesia se iluminaba con el fulgor de las

velas, aquel le resultaba el lugar más hermoso de la tierra. La luz de la tarde y la luz humana fusionadas como los amantes en el Cantar de los Cantares: «¿Quién es ésta que surge cual la aurora, bella como la luna, esplendorosa como el sol, imponente como los cielos?», se dijo para sí. Solo en aquella hora lo asaltaba con toda su fuerza la sensación de que Dios residía en aquel templo. Por tanto, la morada del Señor debía tratarse con el mayor de los cuidados. Giacomo podía sentir al Todopoderoso, paladearlo, olerlo, abrazarlo. Lo embargaba el deseo de deshacerse de su cuerpo físico y, por demente que pudiera parecer, creía sinceramente poder sentir

materialmente a Dios en el preciso instante en que su corporeidad comenzara a desvanecerse. Sin embargo, era un imposible, pues tendría que pagar con su alma por ello. Así pues, nunca se atrevía a repudiar su corporalidad, su ancla con la realidad y lanzarse al éter. En una ocasión incluso había experimentado la frívola sensación de querer bailar. Había oído que, en lo profundo de oriente, allí donde reinaban los sultanes, los místicos musulmanes bailaban para aproximarse a Dios. Se lanzaban a una desenfrenada danza en torno a su propio eje, como si así lograran desenroscarse de su cuerpo material y alzarse hasta el

Todopoderoso. Le atrajo la idea de intentarlo él mismo alguna vez, pero el miedo a perderse en ritos paganos finalmente lo detuvo.

Los ardides de las mujeres no asustaban a Giacomo y mucho menos los de los hombres; sin embargo, los de los místicos, sí. Odiaba el misticismo con toda su alma, pues sospechaba que era susceptible de caer en él. ¿Se mostraba así en él su maldita herencia judía, que tan desesperadamente intentaba olvidar? ¿Se expresaba así su profunda pecaminosidad, confundiendo el deseo corporal con el orgasmo del espíritu?

—Os agradezco que me permitáis confesarme con vos, fray Giacomo. ¿O

debo llamaros eminencia? —oyó a su espalda hablar a una voz grave que lo hizo estremecer.

Por algún motivo no había esperado que Bramante realmente hiciera acto de presencia. No lo había visto pasar por la entrada, por lo que probablemente llevaba ya bastante rato en la basílica. ¿Lo habría estado observando? ¿Podría leer sus pensamientos? La perspectiva le pareció insoportable. Se llamó a la calma y se volvió.

—Fray Giacomo me es más grato.

Ante él se encontraba el arquitecto, que se mostraba sumiso y servicial, cosa muy poco frecuente en él. «Quieres algo de mí», pensó, pero solo dijo:

—Por favor —y le señaló el confesionario. Debía tener cuidado, pues aquel presunto penitente era un enemigo. Perteneecía a los *Fedeli d'Amore*. La ventaja de Giacomo consistía en que el arquitecto no tenía la más remota idea de que él lo sabía.

Bramante se instaló con gran dificultad en el cubículo de madera que debía ofrecerle contacto directo con Dios. El primer escalón a la gloria. El dominico se sentó frente a él, como era su deber. No podían verse, en primer lugar por la oscuridad que reinaba y en segundo lugar por el entramado de varillas de madera entre ellos, que obstaculizaba la visión. Mientras

Giacomo rezaba un padrenuestro, no le pasó desapercibido que el constructor ni siquiera conocía bien la más sencilla de las oraciones. Por eso, tras un frío amén, le preguntó cuánto tiempo hacía que no se confesaba.

—Será mejor que no perdamos nuestro valioso tiempo.

—Si la confesión es una pérdida de tiempo, entonces deberíais empezar a plantearos la posibilidad de que acabéis en el infierno.

—¿No creéis que vale más que una confesión librar la casa del apóstol san Pedro de una construcción pagana?

«Hipócrita», pensó Giacomo.

—¿No estaréis más bien

refiriéndolos a libraros de un rival peligroso? —preguntó.

—¿Qué importancia tienen mis motivos cuando estoy intentando evitar un sacrilegio? —replicó Bramante, intentando controlar su fácilmente inflamable ira.

—Siempre que no conduzca a un crimen aún mayor, ¡ninguna!

El arcipreste no se encontraba a gusto. Sería una tontería renunciar al apoyo de aquel pícaro embaucador, pero no debía permitir que lo expusiera a la luz pública ni que se aprovechara de él. Odiaba la idea, pero no tenía elección: debía dejarse llevar por el viejo juego de la política, por el maldito «quién usa

a quién». Aunque no podía ver la sonrisa de Bramante, sí podía sentirla con claridad.

—Fray Giacomo, ninguno de los dos desea ver aquí el coloso de mármol con sus desnudos esculpidos. Imaginaos esos cuerpos pobremente vestidos, cuando no completamente carentes de ropa, retorcidos y atados a las pilastras. ¿Cuánto creéis que tardará san Pedro en convertirse en un lugar de peregrinación para todos esos invertidos nacidos bajo el signo del dios Urano?

Giacomo sintió que la sonrisa del arquitecto se tornaba en una mueca irónica y comenzó a sudar. Aquel hombre le resultaba sumamente

desagradable y debía poner fin a aquella situación tan rápido como fuera posible.

—Bien. ¿Qué podemos hacer entonces?

—Si tratamos de convencerlo con argumentos contra la construcción de la tumba, solo lograremos fomentarla —comenzó Bramante—. Julio es un hombre listo, pero no ilustrado. Al igual que yo, procede de extracción humilde. Al igual que yo, se encuentra siempre en el perpetuo temor de que alguno de esos humanistas tan cultos se ría de él aprovechándose de su falta de preparación.

Giacomo reprimió una exclamación, sorprendido de hasta qué punto

Bramante entendía bien al papa.

—Sin embargo, he visto el coro occidental —prosiguió el arquitecto—. ¿Por qué no utilizamos la ampliación para emprender las necesarias reparaciones en la basílica, de tal forma que los arreglos no dejen dinero suficiente para lo demás?

Bramante había tocado la fibra sensible del arcipreste, pues San Pedro se encontraba realmente en estado ruinoso, buena parte de sus muros se habían torcido más de diez codos y algunos parecían más un arco que una pared. Se inclinaban como chopos bajo una tormenta, amenazando con desmoronarse de un momento a otro.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Giacomo con precaución.

—Dos cosas: guardar silencio cuando alabe el mausoleo y apoyarme cuando sugiera que, si deseamos construir el coro occidental y concluir la basílica, deberíamos reparar los muros. Así ganaríamos un tiempo precioso hasta que el plan inicial se volatilice por sí mismo porque nuestro venerado papa se encuentre inmerso en un nuevo proyecto.

—¿Por qué estáis tan seguro de que estoy de acuerdo con lo que decís?

—La elección es vuestra: ayudarme o dejarlo estar. Dios os guarde, mi piadoso hermano.

Bramante se levantó, quejumbroso, del confesionario y dejó atrás a un irresoluto Giacomo. El dominico no sabía qué esperar de la oferta de aquel pagano. Lo asaltó el impulso de seguir a Bramante. Miró a los lados mientras se apresuraba a lo largo de la nave, pero no lo descubrió. Entonces, abrió de golpe las pesadas láminas de bronce de la *porta* Romana y salió al patio. Cuando descubrió, bajo la tenue luz del crepúsculo, la rolliza figura de Bramante junto a la piña, aceleró el paso y lo llamó por su nombre. Éste se detuvo y se giró. Giacomo hubiera querido correr, pero se lo prohibía la dignidad de su orden. Para cuando

venció los cincuenta pasos que lo separaban de Bramante, había tomado ya su decisión.

—Estoy de acuerdo. Pero si tratáis de engañarme, os arrepentiréis profundamente, muy profundamente. ¡Cualquier demonio os parecerá compasivo en comparación conmigo!

Giacomo pronunció aquella última frase con calma, casi como si negociara. No tardó en percibir que Bramante se estremecía por la fuerza de su amenaza. Los dos hombres se encontraban solos, de pie en medio del atrio circundado por un claustro. El patio estaba bañado por la luz procedente de las ventanas de la canónica, el *palazzo* del arcipreste y el

propio palacio vaticano.

El arquitecto sonrió ampliamente y posó la mano sobre el brazo izquierdo del dominico, quien había introducido ambas manos en las mangas de su hábito a la manera de los monjes.

—Lo único que me motiva es, por supuesto, el bien de la Iglesia —dijo, sin esforzarse por ocultar su hipocresía.

A Giacomo se le cortó la respiración cuando descubrió el anillo que Bramante llevaba en la mano: ¡el anillo de su padre! Sentía el corazón como si se lo hubieran amarrado con una tira de cuero ardiente: tosco y en ebullición. Había supuesto, si no sabido, que Bramante habría encontrado el anillo junto al

cadáver de Pico della Mirandola. Sin embargo, descubrir aquella reliquia familiar en el grueso y peludo dedo de aquel bestial pagano le hirió en lo más profundo de su alma.

—¿Dónde habéis conseguido ese anillo? —preguntó, tan calmado y casual como fue capaz.

—Me lo dio alguien que se encontraba de camino al cielo. Sin embargo, su poseedor real no era el moribundo, sino aquel que lo asesinó —respondió Bramante—. ¿Tenéis idea de quién podía ser? —inquirió, con un asomo de esperanza en la voz—. Llevo mucho tiempo buscando a ese canalla.

—Lo lamento, ¡pero no conozco al

propietario de ese anillo! —se apresuró a proclamar Giacomo—. ¿Cómo creéis que iba a conocer a un asesino?

Bramante asintió con resignación.

—Reflexionad un instante sobre el lugar en el que vivís y después decidme cómo habéis logrado eludir cualquier tipo de asesino. Yo, por mi parte, no he podido.

Rio estruendosamente, pero con amargura.

—Quizá seáis la única persona inocente de todo el Vaticano. Vos... Y el papa, por supuesto.

Y con esto, se marchó.

Sumido en sus pensamientos, Giacomo lo observó largo rato, incluso

cuando abandonó el patio de la basílica a través de la *porta*. Después, se giró lentamente y regresó a San Pedro. La familiar visión de la vieja iglesia hizo que recuperara la calma. Sus ojos se clavaron en el tabernáculo coronado por un arco que se sostenía sobre dos elaboradas columnas. A juzgar por sus documentos, los *Fedeli d'Amore* creían que simbolizaban las columnas de *Boas* y *Jachin*. «¡Qué despropósito!», gruñó para sus adentros. Entonces, volvió la vista hacia los cuatro evangelistas pintados en los frescos de la parte frontal de la iglesia, demorándose algo más en la representación del apóstol san Juan. «En un principio fue el Verbo y el

Verbo se hizo carne». Giacomo se sorprendió a sí mismo deseando que el Verbo hubiera permanecido como estaba. ¿Por qué necesariamente debía convertirse en carne? Dios podía haberle ahorrado al alma todo el dolor que la carne causaba.

De pronto lo asaltó un deseo tan furioso y fuerte que no pudo reprimirlo: ¡debía recuperar su anillo, costara lo que costara! Sintió de golpe la absurda esperanza de que por fin podría lograr la paz espiritual. Debía tener el anillo de nuevo consigo, incluso aunque significara arrancarle el dedo entero a la gruesa mano del arquitecto muerto. ¿Era la locura lo que se cernía sobre él?

Tenía la sensación de encontrarse atrapado en un torbellino y buscó en vano algo a lo que asirse. «¿Qué es matar a un hombre?», se preguntó, con los ojos febriles. No iría en perjuicio de su alma, al contrario, lo liberaría de la carne sobrante, como hacía el escultor con el bloque de piedra. El verbo podía volver a ser verbo si vencía al cuerpo. Era lo que el apóstol san Juan había olvidado mencionar. Los pensamientos de Giacomo giraban sobre sí mismos, daban vueltas y más vueltas... Como los derviches bailarines de oriente.

«Un tipo peculiar, este joven arcipreste», pensó Bramante mientras atravesaba el Borgo a grandes zancadas.

Pasó por la *piazza* Rusticucci y frente a la iglesia de Santa Caterina, junto a la que Miguel Ángel tenía su taller, como Bramante había averiguado. Escupió al suelo de pura rabia.

Se encontraba en medio del puente que separaba el Borgo del Rione Ponte cuando cayó sobre él una ligera aunque muy fría niebla húmeda que le hizo exclamar un sonoro «¡merda!». Cuando llegara a la *piazza* Agonale frente a él, cruzaría de inmediato hacia la derecha en dirección al edificio de la iglesia alemana de Santa Maria dell'Anima, en cuya reconstrucción trabajaban diligentemente desde hacía cinco años. Tras el templo y el hospicio para

peregrinos alemanes en Roma se alzaba su pequeño *palazzo*.

La fina lluvia que arrastraba el viento del norte se le filtró paulatinamente por la ropa. Bramante aceleró el paso, pues además de todas sus desdichas no quería pillar un resfriado. En ninguna otra ciudad, solo en Roma, era posible aquella maldita interacción entre los elementos, capaces de destruir a la humanidad y la arquitectura por igual, pues de la misma manera en que las personas se volvían enfermizas, grises y pálidas por la acción del clima, el revoque de los edificios se veía afectado: la mampostería se tornaba fría, húmeda y

quebradiza, incluso se combaba y retorció como un individuo. En ocasiones, especialmente en los últimos tiempos, le vencía la insoportable sensación de estarse volviendo tan viejo como el mundo.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1505

Cuando Bramante finalmente regresó a su taller, sus turbios pensamientos se disolvieron en el aire como una nube de polvo, pues sobre su butaca se encontraba sentada Imperia, dominando la estancia como una emperatriz. Llevaba un vestido azul oscuro que se abría en un opulento escote en el que, aparte de él, muchos disfrutarían

hundiéndose. Hubiera querido arrojarse a los pies de su amante. Su expresión delataba disgusto y aburrimiento. «Por supuesto», se dijo el arquitecto, «me ha estado esperando; y eso es algo que detesta». Todavía no conocía a ninguna mujer que fuera capaz de entretenerse ella sola pero, ¡qué diablos! Ese era otro aspecto que le encantaba de las mujeres.

—Iba a irme ya, Donato —le informó ella con tono de reproche, como esperando una disculpa y fuertes muestras de arrepentimiento.

Bramante no cumplió con sus expectativas, sino que de inmediato comenzó a contarle su conversación con

el dominico. Le habló de su idea de extender las reparaciones de San Pedro durante tanto tiempo y a tan alto coste que el mausoleo acabara perdiéndose en el tiempo. Imperia lo escuchó con atención y después le pidió que se callara. Tenía la sensación de que la ocurrencia de Bramante albergaba en su seno otra aun mayor y necesitaba unos segundos para cavilar en orden todo el conjunto.

Él no pudo evitar sino reír de buena gana.

—Claro, ¿a que debería tirar la basílica entera y construir directamente una nueva? —exclamó, risueño, posando la mano en la nuca de ella.

Imperia no prestó atención a su caricia, en lugar de eso le apartó la mano.

—Sí, por supuesto que deberías hacerlo. ¡Eso es! ¡Esa es la obra que te está destinada! —replicó ella con rudeza.

Bramante la contempló sin decir palabra, como si hubiera perdido la razón. De pronto, se sintió atenazado por el terror.

—¡Calla! —bramó él—. Si alguien te escucha, acabaremos los dos en la hoguera, ardoroso amor mío —concluyó, con voz queda y dulcificada.

—Si tu corazón no arde con más furia que la leña que apilarían a tus pies

entonces, ¡desaparece de mi vista! — exclamó Imperia—. Eso significará que ya has perdido contra Miguel Ángel Buonarroti. ¿Eres un arquitecto o un zapatero remendón?

Bramante pensó en lo poco que quedaría de él para un auto de fe tras pasar por una regañina de esa mujer.

Imperia le dedicó una sonrisa enigmática y llena de autosatisfacción.

—¡Quiero vino! —proclamó.

—¡Giorgio! ¡Vino! —rugió

Bramante.

Apenas había llamado a su criado cuando éste ya había depositado sobre el escritorio dos copas del mejor tinto de la Toscana. Se sentía dividido. Su

mente era un campo de batalla en el que luchaban a brazo partido su pasión por construir y el afecto por la propia vida, pues la idea de Imperia conllevaba ciertos peligros mortales.

Mil doscientos años antes, el emperador Constantino había erigido sobre la tumba del apóstol san Pedro aquella antigua basílica, como un símbolo de su conversión al cristianismo y de que, desde ese momento, su nueva fe se convertía también en la del Imperio romano. A partir de entonces el cristianismo utilizó la estructura gubernamental del imperio para expandirse por el mundo. Bramante recordaba que Santiago de la Vorágine

había narrado cómo, al inicio de la construcción, el emperador había ordenado levantar el templo sobre la cripta de san Pedro e incluso había colaborado él mismo en el proceso:

«Al octavo día, el emperador visitó la iglesia de San Pedro y confesó a viva voz sus pecados con gran lamento. Entonces tomó una azada y dio así el primer golpe en la tierra y en el sitio en que debía levantarse la basílica y sacó sobre sus propios hombros doce cestos de esa tierra».

¿Y pretendía él mismo, el hijo de un peón de Monte Asdrualdo, demoler la obra de un soberano mundial para levantar algo más grande y más

hermoso? ¡Excedía toda arrogancia!

Por otro lado, contaba con la ventaja, al contrario que Constantino, de estar vivo. Tras su muerte, podría permanecer eternamente en la memoria colectiva y eterna de la humanidad: todo aquel que penetrara en el templo más importante de la cristiandad no podría hacerlo sin recordar que habría sido él, Donato di Pascuccio di Antonio, llamado Il Bramante, el que había construido el templo de templos. Suspiró profundamente. ¡Igual que Dios había creado el mundo, él construiría su morada!

En ese momento, vio ante él la herencia escrita de los *Fedeli d'Amore*,

el *Etz Chaim*. Bonet de Lattes le había explicado que el círculo central simbolizaba la belleza o su vicario. En ese momento había creído que la belleza era el vicario de Dios. ¡Qué error más grave!

El significado era mucho más concreto, mucho más práctico, estaba al alcance de la mano. Sobre el vicario se alzaba la belleza. Y ese vicario no era otro más que el vicario de Cristo, Pedro. La misma belleza se advertía en el cielo que en una cúpula, ambas atributos típicos de Dios. Aquella idea le pareció repentinamente a Bramante tan sencilla y tan increíble que no fue capaz de entender cómo no había dado con ese

significado hasta entonces.

Sobre la tumba del vicario de Dios en la tierra levantaría un templo como unión con el cielo, con la divinidad. En el bosquejo del *Etz Chaim*, el vicario aparecía rodeado por cuatro columnas, un crucero que no podía sostener más que una cúpula, para eso se habían concebido, para una cúpula que representara el cielo. Incluso si se interpretaba esas cuatro columnas como símbolos de cuatro arcángeles, el significado se mantenía pues eran los ángeles, los ayudantes de Dios, quienes sostenían el cielo. Así lo había explicado Dante. Todo concordaba. Ambas interpretaciones se

complementaban: cuatro arcángeles sosteniendo el cielo, como un baldaquino sobre la última morada del primer vicario de Cristo. O cuatro magníficas columnas sosteniendo, en el núcleo de la Iglesia de Dios, la mayor cúpula del mundo.

No hacía mucho que Bramante se había mortificado a sí mismo con aquel libro, leyéndolo, entendiendo algunos fragmentos, intentando comprender otros, pero finalmente perdiéndose porque había intentado analizar el texto a la manera de los filósofos. Sin embargo, lo que se encontraba ante él no era ningún tratado filosófico, sino el *Libro del constructor*. Y él era

constructor, por lo que debía leer a la manera de los constructores. Rompió a reír, como liberado de una carga opresiva, lo que hizo que su cuerpo se agitara y las lágrimas le asomaran por los ojos.

—¿Qué ocurre, mi pequeño gordinflón? ¿Estás bien? —preguntó Imperia, preocupada.

—Sí, desde luego que sí —relumbró él, abrazándola fuerte y alzándola en el aire.

El gesto pilló por sorpresa a Imperia quien, aturdida, comenzó a patalear.

—Déjame bajar, ¡maldito animal!

Sin embargo, él no tenía la más mínima intención de hacerlo.

—¡Seré idiota! —exclamaba él una y otra vez mientras giraba sobre sí mismo—. He tenido la solución ante mí todo este tiempo y no la había visto. He leído el libro que tradujo el judío solo con su significado literal y he tratado de entender su mensaje de esa forma, en lugar de devanarme los sesos pensando en su simbología.

—¡Pues ahora que te has dado cuenta podías volver a dejarme en el suelo! —gimió Imperia sin aliento.

Había intentado por todos los medios interpretar el texto, pero manteniéndose fiel a su primera idea en torno al crucero y a la cúpula y, por supuesto, por el vicario no podía más

que entender al vicario de Cristo enterrado bajo San Pedro. Puesto que Roma era la nueva Jerusalén, la basílica debía constituirse como el nuevo templo salomónico. Podía ser una idea osada pero, ¿no era también pura osadía llegar a este mundo gritando, entre sangre y suciedad? La autorrealización empezaba por uno mismo. Todo lo demás no era sino consecuencias de ese hecho primero en la vida. La mayoría de las personas pasaban la mayor parte de su tiempo en la tierra dedicados simplemente a esconderse de la tremenda arrogancia de aquel primer grito, una y otra vez, como si tuvieran que arrepentirse de ella. Pero él no,

¡Bramante no!

Los numerosos años que había empleado construyendo y estudiando, cuantificando las ruinas antiguas y analizando sus métodos arquitectónicos... ¿Iba a negar ahora que, al pensar en ellos, no se sentía honrado? ¿Podía realmente rechazar la inmortalidad que se le ofrecía en lugar de agarrarse a su fugitiva falda y no soltarla hasta que lo transportara a la fama eterna? Los antiguos romanos habían situado sus tumbas junto a los caminos para obligar a los caminantes y viajeros a pensar en ellos. Él, por el contrario, quedaría inmortalizado a través del mayor templo de occidente.

Como hermano miembro de los *Fedeli*, como seguidor de Dante y compañero de Pico della Mirandola se sentía obligado a realizar aquella obra magna de la buena arquitectura para completar el legado de aquellos hombres. Lo había jurado en aquella iglesia de San Vitale de Rávena. Aunque la alianza hubiera desaparecido, aún permanecían sus ideales. No dar un paso adelante significaría traicionar al gran poeta y a su amigo asesinado.

Estaba aún por verse si Bramante lograría algún día encontrar y castigar al asesino del filósofo, sin embargo la transcendencia de esa cuestión palidecía ante la grandeza de la misión que

repentinamente se le presentaba. Le parecía atrevida y absolutamente inconcebible. Tembló. Tomó la copa de vino y la vació de un trago.

—Bien, gordinflón, ¿te atreverás? — preguntó Imperia, en tensión, con los ojos brillantes y su provocadora sonrisa burlona—. ¿O no tienes lo que hay que tener?

—¡Zorra! —maldijo él, odiándola y amándola en aquel momento como nadie más en el mundo.

—También podría comentarle la idea a nuestro angelito escultor — añadió Imperia con impertinencia mientras arqueaba las cejas.

Bramante palideció.

—¡Te mataría! —replicó él.

—¡Y qué! Todos vamos a morir más tarde o más temprano, ¿para qué molestarte?

Bramante ya no la escuchaba, sus pensamientos se perdían ya en el proyecto, hubiera venido de la mano de Dios o de la del diablo.

Vio San Pedro ante él, como una escombrera de la fe, ruinosa, oscura, completamente inconexa tras las reconstrucciones y deconstrucciones que la habían invadido como malas hierbas, repleta de reliquias hasta la exageración, de muertos sagrados y de todo tipo de expolios sacramentales a la espera de consagración para su

veneración y conservación. Aquel horror no podía considerarse arte. Bramante sabía que aquel plan rivalizaría con el mismísimo Hiram. Se le ofrecía la posibilidad incluso de superarlo. ¡No había nada en el mundo que pudiera desear más! Aquel pensamiento se extendió por su cuerpo en la forma de una sensación grata, pacificadora. Aquella obra lo elevaría como el mayor arquitecto del mundo, no, no solo el más grande, ¡el modelo a seguir por todos, la encarnación misma de su profesión!

Sabía que si aceptaba el reto, tendría que batallar en numerosas campañas que solo acabarían con su muerte. Aunque

concluyera su trabajo, no concluiría su deber. Sus últimos años podían ser duros, limitados, traerle la vergüenza y la desdicha en lugar de la gloria. Todo ello suponía hacerse un hueco en la eternidad y esa perspectiva era harina de otro costal. El juicio de los que vinieran detrás estaba fuera de su control.

Maldijo, pues debía dar ese paso, aun cuando la idea le atenazara la garganta. La recompensa final compensaba lo elevado de la apuesta. Bramante no tenía elección. Su misión se había filtrado ya en sus pensamientos, en sus vísceras, en todo su ser.

Agarró a Imperia de los hombros y

la miró a los ojos con violenta fascinación.

—¡Eres capaz de hacer grande a un hombre, Imperia!

Ella gimió con suavidad y se liberó de su presa.

—Lo sé. Pero debemos actuar con inteligencia si queremos conseguir nuestros objetivos pues, desde el momento en que realices la proposición, te granjearás enemigos.

—¡Ya tengo enemigos!

—No te engañes, amigo mío. Superará todo cuanto has conocido. La envidia es la más fuerte de todas las pasiones. Se escurrirá como una sanguijuela y emponzoñará el alma

incluso del mejor de tus amigos.

—Nada en esta vida es gratis.

—Cierto, todo tiene un precio. Las cosas pequeñas tienen precios reducidos, pero las grandes exigen todo lo que tienes y más. ¡Preséntame a Chigi! —porfió ella—. ¡Lo necesitamos desesperadamente de nuestro lado! No puedes permitirte siquiera su indiferencia, mucho menos su oposición.

—He construido obras para él. Me aprecia. ¡Puedo hablar con él! —objetó Bramante.

Los labios de Imperia se torcieron burlones, mientras sus ojos adoptaban una expresión compasiva.

—No como yo hablaría con él.

Sabes bien que es la única manera en que lo convencerás de bailar a tu son.

Cada fibra en el cuerpo de Bramante se rebelaba contra la idea. Amaba a Imperia. Si no era capaz de convencerla de que abandonara la profesión, mucho menos podía perderla por Agostino Chigi. Ella le acarició el rostro con amor.

—Ay, mi regordete, yo también te quiero pero no hay otra salida. ¡Debes decidir hasta qué punto te importa este proyecto!

Con esas palabras, salió del taller y comenzó a subir las escaleras rumbo al dormitorio. Él la observó pensativo. Imperia tenía razón, Chigi no aceptaría

formar parte de un negocio tan arriesgado si simplemente se lo proponía. Había que abordar al esquivo banquero de una forma totalmente distinta, como solo ella sabía hacerlo. Bramante se asombró una vez más de la inteligencia de aquella joven que lo esperaba en su dormitorio y a la que no quería perder. Sin embargo, todo apuntaba a que debía ser el mayor de los sacrificios que tendría que depositar ante el altar. ¿Cuánto valía para él? La propia Imperia había dicho que las cosas grandes exigían todo. ¿Estaba realmente dispuesto a entregarlo todo? ¿Incluso a ella? ¿El que a todas luces iba a ser el último amor de su vida?

El dolor amenazaba con arrancarle el corazón del pecho cuando la siguió hasta la habitación. Se amaron tan salvaje y apasionadamente como si se estuvieran despidiendo para siempre.

Dos días después, Bramante se encaminó por la tarde a casa de Imperia. Esa misma mañana Agostino Chigi lo había invitado a una fiesta, lo que le ofrecía la oportunidad que habían estado esperando. Bramante no había tomado ninguna decisión, sino que se había hundido en profundas cavilaciones. Tenía aspecto derrotado y se sentía como un perro apaleado. Cuando, con gran esfuerzo, se decidía por algo, de

inmediato lo rechazaba y vuelta a empezar. Así, en un círculo vicioso. Comenzó a temer por su cordura. Semejante inseguridad no era propia de él y eso le desconcertaba. No era un pusilánime, era un hombre de acción. Sin embargo, llevaba más de una hora de camino porque, cada vez que echaba a andar, terminaba dándose la vuelta para, momentos después, volver a andar lo desandado.

Cuando finalmente se encontró frente al *palazzo* de Imperia, no lejos de San Pedro, volvió a asombrarlo lo grandioso de la construcción. Sobre las grandes puertas de doble hoja se alzaban cuatro columnas que sustentaban un pórtico

redondeado con un arquitrabe en el que aparecían representados instrumentos musicales, como el laúd, la flauta y el violín. El friso exudaba alegría. Bramante alzó la mano para tomar el llamador, pero se detuvo a mitad de movimiento y permaneció, rígido, con la mano al aire. Su mirada vagaba por la basílica de San Pedro, con su ruinoso tejado. Frente a ella, como torres de vigilancia, los dos campanarios de Santa Maria in Turri, que constituían, junto con la *loggia* de las bendiciones, la entrada principal al atrio.

—Por todos los demonios —
murmuró Bramante, agarrando la aldaba
—. ¡Ha de ser así!

ROMA, *ANNO DOMINI* 1505

El agudo tintineo se le antojó como una risilla burlona. Un hombre musculoso abrió la puerta del *palazzo* de Imperia a Bramante y lo acompañó hasta el vestíbulo. La anilla dorada que llevaba en la oreja izquierda remitía al aspecto de los soldados y sin duda estaba versado en el manejo de las armas. Bramante alabó mentalmente la

sabia elección de Imperia, pues aquel lansquenete debía servirle eficazmente tanto ejerciendo de lacayo como de guardaespaldas.

El hombre se presentó como Ascanio. Bramante, a su vez, quiso dar su nombre pero Ascanio negó cortésmente con la mano.

—No es necesario, *messèr* Donato.

Bramante no estaba del todo seguro sobre qué querría decir que le conociera, ni si esa perspectiva le agradaba.

Se ofreció a su vista una gran escalinata que ascendía hasta el *piano nobile*. De las paredes pendían candelabros de oro tapizados de

exquisito damasco. «Imperia debe ser muy rica», pensó Bramante, «este edificio es digno de un cardenal».

Las risas cantarinas y despreocupadas de una niña y de una mujer resonaron en su oído. Poco después Imperia y su hija de diez años aparecieron en la escalera. Parecían estar jugando a pillar, puesto que Imperia corría mientras la pequeña intentaba agarrarla, lo que finalmente consiguió al llegar al escalón superior. Cayeron en brazos la una de la otra, entre risas. Después, la niña se colgó del brazo de Imperia y, así enlazadas, divertidas y cómplices como dos amigas, descendieron por las escaleras.

Imperia miró a Bramante con alegría. Nunca la había visto tan relajada, tan feliz y tan despreocupada en los hermosos momentos que habían compartido juntos. El manto de melancolía que solía empañar su mirada había desaparecido ¡Cuánto merecía ella esa felicidad! Cuánto habría deseado él poder formar parte también. La cortesana más importante de Roma parecía una púdica doncella, la hermana mayor de la chiquilla. Cualquiera podría haberlas confundido por dos hijas de una familia de buena cuna.

—¡Oh, Donato! —exclamó Imperia, amistosamente—. Esta es mi hija Lucrezia.

La muchacha lo miró con curiosidad con sus grandes y azules ojos de paloma. La candidez de aquella mirada reveló que Imperia nunca le había presentado a su hija a ninguno de sus amigos, ni valedores. El honor y la confianza que su amada le otorgaba con aquel gesto lo conmovió. Se juró a sí mismo no traicionar nunca aquel privilegio. Lucrezia se volvió hacia él y le habló.

—Es una pena que me tenga que marchar; sino podríais contarme algún cuento.

—No hay nada en el mundo que a Lucrezia le guste más que los cuentos. Cuentos, cuentos y más cuentos — explicó con orgullo su amorosa madre.

—Tenéis aspecto de saber muchas historias —dijo la niña.

—¿Y por qué piensas eso, pequeña? —preguntó Bramante, mientras abría mucho los ojos, divertido y perplejo.

—Porque sois muy viejo.

Aquellas palabras se le clavaron a Bramante como un dardo en el corazón. Realmente era un hombre mayor, en comparación con ella incluso un anciano. Sin embargo, Lucrezia no le dio ni un minuto para pensarlo, sino que continuó hablando con su timbre agudo.

—Debe ser bonito ser tan viejo y conocer tantas historias.

Bramante no pudo evitar sonreír. La experiencia, sin duda, permitía

ponderar, disfrutar y relajarse con mayor acierto. Las mayores estupideces de la vida, en la mayoría de los casos, no se volvían a cometer. Sin embargo, aquel privilegio se lograba tras luchas con todas las fuerzas disponibles y no garantizaba en absoluto que no volvieran a aparecer nuevas pruebas de resistencia. Cada edad conllevaba insensateces propias.

—Me temo, mi pequeño ángel, que has hecho que mi visitante se quede pensativo y taciturno —reprendió sonriente Imperia a su hija.

—No, no —lo rechazó Bramante—. Es decir, sí. Acabas de hacer un comentario muy inteligente, pequeña.

Discúlpame si te pregunto, ¿quién es tu tutor? Debe ser un hombre extraordinariamente listo.

—Mamá siempre dice que los hombres no son listos. No, han sido las buenas monjas del convento de Campo Marzio las que se ocupan de mi educación —respondió Lucrezia con un pudoroso parpadeo.

Una rápida mirada de Bramante hacia Imperia le confirmó que aquella cita a sus palabras le resultaba tan vergonzosa como divertida.

—Una elección excelente —repuso Bramante, amistoso.

—Espérame arriba, Donato —le pidió Imperia—. Quisiera despedirme

de mi hija.

El criado guío a Bramante escaleras arriba hacia un *studiolo* lujosamente dispuesto, le ofreció un asiento y le trajo un vaso de vino. Las paredes de la habitación estaban tapizadas de seda con aplicaciones de oro y en el suelo se extendían lujosas alfombras orientales. Sobre estanterías y mesillas reposaban grandes jarrones de porcelana de diversos tamaños y formas, decorados con motivos chinos. Un arcón con ricos grabados sostenía un maravilloso laúd. Bramante descubrió una librería con diversos volúmenes. Iba a levantarse para contemplarlos con más detenimiento cuando Imperia entró en el

despacho que, aparentemente, servía como recepción.

Ella lucía ahora un aspecto un tanto confuso y triste. Bramante percibió que una lágrima se deslizaba por su mejilla justo antes de que ella se la enjugara con un rápido movimiento de la mano. El fino manto de tristeza se había vuelto a posar en su mirada.

—Discúlpame, Donato. Lucrezia y yo nos vemos muy poco, apenas un par de horas por semana.

—Ven a vivir conmigo, yo...

—No, ¡no! —le interrumpió ella y tomó un largo trago de vino—. Debo ser mala madre para poder ser buena madre. ¿Lo entiendes? ¿Tienes hijos, Donato?

Él comprendió que era una pregunta retórica. Aparentemente ella se había calmado de nuevo y lo miraba como de costumbre: amable, cariñosa, con una cierta distancia.

—¿Te has decidido?

—¿Por qué quieres ayudarme?

—Quiero ayudarnos a todos. No es ningún secreto que mi profesión conlleva riesgos elevados: un papa más estricto, un amante celoso, la enfermedad francesa, las endemoniadas intrigas de alguna rival, peligros que pueden dar rápidamente al traste con toda mi riqueza. ¿Qué sería entonces de mi hija? Yo tenía apenas tres años más que ella cuando mi madre me impuso

que siguiera sus pasos en la profesión. ¡Pero yo no quiero que mi hija comparta mi destino! Es un reparto equitativo: tú obtienes un poderoso aliado y yo, un amante lo suficientemente rico como para poder permitirse tomarme como querida y asegurar el futuro de mi hija.

—¡Pero yo te quiero, Imperia! —gritó Bramante, desesperado.

Era un grito de rebeldía contra la hipocresía y la injusticia del mundo que tan bien conocía y cuyos defectos él mismo había aprendido a utilizar.

—Ninguno de los dos, ni tú ni yo, nacimos entre algodones. Por eso no podemos permitirnos el lujo de disfrutar nuestro amor —respondió Imperia,

cansada.

—Pero yo...

Ella posó la mano sobre su boca y lo miró a los ojos con una sonrisa de infinita tristeza.

—Ay, Donato, me prometes seguridad y estás a punto de iniciar la mayor aventura de tu vida. ¿Cómo podrías combinar las dos cosas? Si estuviera yo sola, no dudaría en aceptar, pero debo pensar en mi hija. ¡Es mi deber ante Dios!

—¡Entonces renunciaré al proyecto!
—exclamó Bramante—. Renunciaré a todo el orgullo y la vanidad —continuó, a pesar de que él mismo percibía la escasa convicción de sus palabras.

—¿Realmente crees que podrías? Y si lo hicieras, ¿me perdonarías alguna vez ese sacrificio? ¿Se lo perdonarías a Lucrezia? Odiarías a la niña por ello y eso, Donato, ¡no lo puedo permitir! Quiero que mi hija sea amada y respetada, no que la odien. Y en lo que respecta a la vanidad, no desprecies ese pecado tan querido: ¡ambos vivimos de él!

Con el corazón apesadumbrado tuvo que admitir que ella tenía razón.

—Entonces, ¿quieres trabajar en exclusiva?

—Es lo más seguro. Siempre que sea lo suficientemente rico.

—No hay nadie más rico que él —

rio Bramante con amargura.

El dolor se le había enquistado en las entrañas y bailaba una tarantela en su corazón. Tenía que renunciar a su amor porque ella no quería que su hija la sucediera en el comercio de su carne. Se sintió repentinamente traicionado por la vida.

—El rey de los banqueros y la emperatriz de las cortesanas, ¡qué pareja más bonita! —ironizó él.

Se sentía impotente y se reprendió a sí mismo por su comportamiento pueril. Sin embargo, se sentía un inútil y era una emoción angustiada. Por supuesto que estaba reaccionando de forma injusta, maliciosa y rencorosa. Se sentía viejo y

frágil, pero sobre todo, abandonado. *Mondo cane*, así era la vida de un perro. Había aprendido aquellas palabras de Leonardo, que no sabía latín aunque siempre pretendiera que sí. En una de sus incontables chifladuras incluso había intentado confeccionar un diccionario italiano-latín.

—Si no puedo evitarlo, al menos debería aprovecharlo —dijo él, con frialdad y sin mirarla—. *Messèr* Agostino me ha invitado a su casa esta tarde.

—Ven a buscarme dentro de tres horas con un coche de tres caballos. Quiero hacer una entrada digna de una emperatriz —dijo Imperia, esforzándose

por borrar toda emoción de su voz.

Miguel Ángel iba a sellar una carta dirigida a su padre cuando Francesco anunció la llegada de un importante visitante al taller. El cardenal Francesco Alidosi se presentó ante él con su birrete, su *mozetta* de seda y su manto de brocados, todo de impecable tono rojo. Los amplios y expresivos ojos en aquel rostro fino en el que sobresalía una prominente nariz sonreían bondadosos.

—Maestro, me envía el papa.

Miguel Ángel ofreció asiento al cardenal y se disculpó porque solo disponía, tanto en su casa como en todo

el taller, de sencillas sillas de madera.

—El Señor ama la sencillez —
respondió el cardenal con voz suave.

Aquellas palabras surgiendo de la boca de un hombre conocido en toda Roma por su refinado gusto resultaban inintencionadamente cómicas. La impresión, no obstante, no duró mucho, pues Alidosi se sentó en la silla con la misma gracia y compostura como si hubiera sido el butacón más lujoso del mundo, de forma sinuosa, con asiento ricamente torneado y respaldo tallado con habilidad. Después, anunció al escultor que se encontraba allí en calidad de tesorero del santo padre. Julio II apenas podía esperar a que

Miguel Ángel comenzara la construcción de la tumba y le enviaba un primer importe que cubriera los gastos del mármol necesario, el transporte y la complejidad de la primera de las esculturas. Con esas palabras, le tendió al escultor una letra de cambio que podía cobrar en la banca Bardi.

Un vistazo a la desorbitada suma reveló a Miguel Ángel que había captado la atención del pontífice, pues la desorbitada suma sobrepasaba con mucho sus cálculos más exagerados: ¡mil seiscientos ducados era lo que el papa consideraba un adelanto! Con eso, un hombre de buena familia podía mandar erigir dos mausoleos y vivir el

resto de sus días con comodidad. Sin embargo, no permitió que su alegría ni su satisfacción salieran a relucir.

—Venerada eminencia, os ruego que le hagáis saber al santo padre que no lo defraudaré y que ahora que he recibido el primer plazo procederé de inmediato a iniciar la obra. Le ruego que disculpe mi ausencia en los próximos días, puesto que iré a supervisar a la cantera personalmente la elección del mármol.

Miguel Ángel dio a su voz un timbre tan casual como si aquella suma de dinero fuera lo más normal del mundo. Realmente no le costó en exceso hacer semejante alarde de suficiencia, pues en el fondo de su alma creía sinceramente

que su trabajo lo valía. Solo al pronunciar las palabras «primer plazo» su voz había temblado, haciendo sonreír ligeramente al cardenal. Cuando el tesorero papal se despidió tras una pequeña conversación trivial, Miguel Ángel desdobló la carta que había escrito a su padre, tomó la pluma y añadió las siguientes líneas: «Padre, os pido que me busquéis una buena finca en las cercanías de Florencia y la compréis en mi nombre. Podréis recoger el dinero en la banca Bardi de Florencia, mediante la letra de cambio por valor de seiscientos ducados que os envío».

Reflexionó entonces unos instantes. Por seiscientos ducados podía conseguir

un terrenito, pero no una auténtica hacienda. Si actuaba con habilidad y economizaba gastos, podría dar un paso más osado. Siguiendo un impulso, tachó la cifra y reescribió la suma en mil ducados.

Por ser pobre, la población de Florencia lo había mirado por encima del hombro; por ser pobre, había perdido al amor de su vida; por ser pobre, no se podía presentar como descendiente del conde de Canossa, como era su derecho. Todo lo que les habían arrebatado a sus antepasados, él lo recuperaría con creces.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1505

En Roma era habitual trasladarse caminando. Ocasionalmente iban a caballo algún que otro *cavaliere* impetuoso, mensajero apresurado o viajero resuelto mientras que los clérigos que se lo podían permitir se hacían llevar en litera. Solo los auténticamente ricos utilizaban de vez en cuando un coche de caballos y, cuando

lo hacían, no servía al sencillo propósito de trasladarse de un lugar a otro, sino que pretendía poner en escena un ligero trayecto como si se tratara de todo un gran acontecimiento. En conclusión, se trataba principalmente de exhibir la riqueza y poner de manifiesto la posición social y la reputación ante la admirada plebe. La opulencia era el abanderado del poder. Sin un pendón visible, el mejor de los ejércitos corría el riesgo de ser derrotado.

Precisamente por eso los romanos y romanas contemplaban, naturalmente boquiabiertos, el impresionante carruaje que traqueteaba sobre los desperdicios y excrementos desperdigados del Borgo,

atravesaba el puente de Sant'Angelo, superaba la *piazza* Agonale y cruzaba por la primera calle a la derecha. En aquel vehículo tan lujoso con madera repujada en oro solo podía viajar alguien muy especial. ¿El papa? ¿El cardenal Riario? ¿El embajador francés o el delegado del emperador? ¿Quizá incluso una misteriosa celebridad como el emperador de China, el príncipe de Siam, el hermano del sultán o el preste Juan quien, por lo que se rumoreaba, gobernaba un reino misterioso en el lejano oriente? ¿Quién podía decir que el mundo, si se le observaba con minuciosidad, no estaba lleno de maravillas? En él existían no pocos

herejes y magos, alquimistas y astrólogos que se dedicaban sin descanso a sus quehaceres prohibidos. Algunos de ellos incluso en las propias casas de los cardenales. Sin embargo, formular aquellos pensamientos en voz alta no era en absoluto aconsejable.

Alguna que otra vez, una dama de sonrisa altanera miraba hacia el exterior envuelta en un sofisticado velo de seda, tan fino como si estuviera hecho de alas de mariposa. Le caía suelto por los hombros y ocultaba parcialmente su escote. En torno al cuello lucía un collar con piedras preciosas engarzadas en oro que relucían con el resplandor de las antorchas sujetas en la parte anterior y

posterior del carruaje. Sobre su pelo brillaba una única pero gran perla. La dama lucía un vestido blanco con cintas negras bajo un abrigo azul celeste. A través de las mangas acuchilladas se apreciaba que la tela interior era del mismo tono dorado que los ribetes.

El impresionante coche apenas cabía por el estrecho callejón y Bramante, a quien aquella escenificación le había costado una fortuna, temía que el carruaje se quedara atascado entre las paredes y, para diversión de los demás invitados, no se pudiera abrir la puerta. Imperia, por el contrario, no parecía turbada por semejantes ideas. Pensó su amante que, probablemente, aquella

mujer sería capaz de conseguir que él eliminara las paredes que le sobraran. ¿Acaso no era el mayor arquitecto de Roma? Sin embargo, el cochero condujo con habilidad el vehículo hacia la entrada del patio, de tal forma que se pudo abrir la puerta sin problemas y, en consecuencia, bloqueó el acceso al resto de los invitados a la banca y vivienda de Agostino Chigi. Tuvieron que esperar mientras Imperia descendía y entraba al *cortile dei Chigi*. La destreza del conductor le valió a éste una sonrisa de la bella y una generosa propina del arquitecto.

Cuando Bramante por fin bajó, con ciertas dificultades, del vehículo,

contempló la pequeña fila de invitados que se había ido formando entre tanto. No pudo entender lo que susurraban, pero el tono no era festivo. ¿Qué dirían una baronesa o un obispo si tuvieran que esperar por culpa de una cortesana? Bramante conocía a aquella gente desvergonzada que pensaba que su alta cuna justificaba que se creyeran mejores que los demás. Aquella escena no le gustó en absoluto. Sin embargo, le sobrevino un pensamiento consolador. En el momento de su muerte, toda aquella gente ya habría caído en el olvido, mientras que de él todavía seguirían hablando en los siglos y milenios por venir. En aquel momento

amó a Imperia aun más por su valor, por su voluntad inquebrantable. Era aquello lo que los unía, el propósito inamovible de prosperar a pesar de todas las circunstancias adversas. ¡El mundo empezaba con ellos!

Se colocó junto a ella y le ofreció el brazo. El coche reinició la marcha tras ellos y abrió paso a los demás invitados. Bramante e Imperia atravesaron el patio alargado e iluminado por las antorchas. En la entrada de la casa esperaba un conjunto de músicos de viento que tocaban a la manera de Trombocino. Escuchando la *frottola*, Bramante recordó el texto: «Si lograra no mostrar el fuego de mi amargo tormento...».

«Qué sinsentido», pensó.

En la planta baja se encontraban los establos y despachos del imperio bancario de Chigi. Cruzaron un vestíbulo abovedado y tomaron la estrecha escalera que conducía al *piano nobile*, las estancias privadas del banquero. Todo el mundo sabía que Agostino Chigi solo disponía de estancias angostas no demasiado adecuadas para la celebración de festejos pero que, no obstante, lo compensaba recibiendo a las compañías más selectas. Era una reunión de los nombres más relevantes de la escena romana, las figuras más importantes del clero, la política, la diplomacia, la

aristocracia, la ciencia, la literatura y el arte. Los invitados verían colmados sus cinco sentidos con músicos excelentes, platos selectos y magníficos vinos.

Bramante había podido saber que aquellas estrecheces no durarían mucho. Tal y como sus informantes le habían confirmado, Chigi había adquirido un terreno en el Trastevere con un viejo *palazzo* que pretendía remodelar. Para dolor de Bramante, había encargado el proyecto y su realización a un joven arquitecto desconocido de su Siena natal. Baldassare Peruzzi era el nombre de aquel rival indeseado. Para Bramante, era una auténtica ofensa y, a la vez, una señal de aviso que no se le

hubiera ofrecido a él antes que a nadie un proyecto de esa magnitud. Al fin y al cabo era él quien solía decidir qué encargos aceptaba y cuáles cedía a Sangallo. En los cinco años que llevaba en Roma, había mantenido una posición determinante en el mercado de la construcción en la Ciudad Eterna, para lo cual había tenido que luchar con todos los medios de los que había dispuesto.

Apenas había entrado con Imperia en la primera sala del *piano nobile* cuando el rechoncho cardenal Medici se abalanzó sobre él. Su sonrisa amable hacía olvidar lo abotargado de su rostro.

—¡Donato, cuánto me alegro de

verte!

Bramante y Giovanni de Medici compartían un secreto: su antigua pertenencia a los *Fedeli*, aun cuando aquel vínculo ya no existiera.

—Eminencia —dijo el arquitecto, mientras realizaba una reverencia.

Sin embargo, el cardenal se había girado hacia Imperia.

—Os saludo, *madonna* Imperia.

Una vez más, el hijo del gran Lorenzo volvía a sorprender a Bramante. Tan feo como su padre, aunque de manera diferente, había heredado, no obstante, el mismo fascinante carisma que aquel. Apenas unas palabras le bastaban para hacer

olvidar su blanda y gruesa figura, a pesar de contar solo treinta años.

—Disculpadme, *madonna*, porque no es mi intención la de aburrirlos, lo que supondría todo un pecado y atraería sobre mí las eternas maldiciones y el tormento de todos los ángeles del cielo, pero quisiera hablar con nuestro querido Donato sobre temas de arquitectura.

«Cómo no», pensó el arquitecto. El cardenal residía en un *palazzo* bien pertrechado pero no demasiado cómodo en Rione Sant'Eustachio, cerca de la *piazza* Navona. Estaba permanentemente inmerso en planes de remodelación para los que siempre le faltaba efectivo con que llevarlos a cabo. Desde la expulsión

de su familia de Florencia, el cabeza de la familia Medici se había visto continuamente amenazado por la bancarrota. Como cardenal, se veía forzado a representar escenas de opulencia y a celebrar grandes festines, aunque le faltaban los medios económicos para realizarlos. Incluso si su familia recuperara el pasado esplendor y regresara a Florencia, no lograría mantener el poder mucho tiempo. Era absolutamente imprescindible para ello poder hacer exhibición de lujo y, en consecuencia, ofrecer hermosas fiestas de las que se hablara, por las que la gente luchara por ser invitada, mostrarse generoso en el

mecenazgo y deleitar habitualmente al *popolo* con buenas acciones, de tal manera que lograra conservar un puesto en el corazón de la plebe de Roma. Era un círculo vicioso: lo que podía arruinarle era lo único que le libraría de la ruina, por lo que, por paradójico que resultara, debía arruinarse para no arruinarse. ¿Cuántas cuberterías de plata, con las que debía agasajar a sus comensales, debía vender para poder costearse la misma cena?

Bramante apreciaba a Giovanni porque, a pesar de la penosa situación en la que se encontraba, nunca perdía el buen humor. El cardenal Giovanni de Medici era una criatura auténticamente

risueña, ilustrado e interesado como pocos de sus colegas de curia en arte y literatura. Por eso Bramante siempre le permitía que ambos se enzarzaran en debates inútiles en torno a las remodelaciones de su *palazzo*. Percibía que, para aquel príncipe de la Iglesia de eternos problemas económicos, conversar acerca del tema le creaba la ilusión de estar a punto de iniciar el proyecto, de poner finalmente en práctica sus ideas. Además, era el mejor amigo del sobrino favorito del papa, Galeotto della Rovere. El arquitecto nunca debía olvidarlo: para conseguir tener voz en la corte era necesario granjearse las amistades de otras

muchas voces.

—Oh, no os preocupéis por mí —
animó Imperia a los dos y se encaminó
al centro de la sala repleta.

Bramante la observó, dolido,
durante un instante antes de devolver su
atención al cardenal.

Le llevó bastante tiempo lograr
escabullirse de la conversación. Tras
intercambiar innumerables, inevitables,
irrelevantes pero absolutamente
esenciales fórmulas de cortesía, pues su
trabajo, en el fondo, dependía del hecho
de ver y ser visto, de convertirse en una
presencia tan impresionante como
esperada, logró finalmente llegar hasta
la segunda sala, la del baile.

Imperia no había perdido el tiempo. Bailaba una pavana precisamente con Agostino Chigi. Bramante sintió que lo asaltaban los celos. Ella ni siquiera le había permitido que los presentara: había logrado conocer a Chigi por sí misma.

El banquero estaba considerado como un marido ejemplar. Bramante jamás había oído ningún rumor acerca de que se divertiera con otras mujeres y eso que el arquitecto pagaba mensualmente mucho dinero para mantenerse informado acerca de todo lo que ocurriera en Roma, romances incluidos. Su mirada recayó en Margarita Saraceni, la esposa de Chigi,

sentada sobre una silla alta con respaldo, que observaba la danza sin mostrar ninguna emoción. Se dirigió hacia ella.

—*Madonna*, ¿puedo sentarme aquí?

Ella alzó la mirada hacia él y le ofreció un taburete a su lado con mano ligeramente temblorosa. La silla y el taburete eran los únicos asientos disponibles de la estancia. En una tarima elevada al otro extremo de la habitación se encontraban los músicos, que interpretaban sus melodías a ritmo de flauta, violín, laúd, viola de gamba, pandereta y trombón.

—Él baila bien —dijo ella, con asombro en la voz.

—Recuerdo que vos también sois una excelente bailarina, *madonna* —la aduló Bramante.

—Lo era, amigo mío, lo era —respondió ella, dirigiéndole una mirada ponderadora.

Entonces, le indicó con un gesto que se acercara a ella.

—¡Jura que no se lo contarás a nadie, mi viejo amigo!

—Lo juro por mi vida.

—Estoy enferma. Muy enferma.

Bramante quiso decir algo, pero ella no permitió que la interrumpiera.

—A veces soy incapaz de mantenerme recta, otras veces camino tan despacio que creo estar quedándome

dormida y no puedo acelerar el paso ni realizar movimientos bruscos. Me siento como un escarabajo atrapado en un tarro de miel.

—¿Qué dicen los doctores?

Ella suspiró con suavidad.

—Algunos opinan que la proporción de mis jugos no es la adecuada, que tengo demasiada bilis negra. Pretenden hacerme continuas sangrías. Otros, por el contrario, son de la opinión de que el problema es la escasez de sangre. Según su diagnóstico, debería alimentarme exclusivamente a base de vísceras, principalmente de hígado.

—¿Y vos qué pensáis, *madonna* Margarita? —preguntó Bramante,

sinceramente afectado.

—Creo que todos se equivocan.

Ella posó la mano en el antebrazo de su amigo, sin mirarlo. El arquitecto sintió el esfuerzo que a la mujer le suponía hablar con fluidez.

—Se acerca el fin, amigo mío, la vida me va abandonando poco a poco. Me estoy muriendo ahora mismo. Pedacito a pedacito —sonrió, con un asomo de melancolía—. Sin embargo, he vivido una buena vida, ¿no os parece? ¡Qué años aquellos cuando llegamos a Roma y Agostino logró que el santo padre le concediera el monopolio de la explotación del alumbre —exclamó, mientras daba una

suave palmada—. Por aquel entonces rezábamos cada noche porque todo saliera bien. Habíamos invertido en ello todo nuestro dinero y nos habíamos llenado de deudas para convencer a la curia, incluyendo al papa y a César Borgia, de que el monopolio estaría mejor en nuestras manos que en cualquier otras. Dios fue bueno con nosotros. Lo conseguimos y, desde entonces, subimos como la espuma. Casi daba miedo. No hay gran ciudad que no tenga una filial de nuestra banca: Venecia, París, Londres, incluso Constantinopla. Quejarme sería ofender a Dios. Me ha dado una buena vida y un marido extraordinario. ¡*Grazie, Dio*

mio!

Bramante volvió la vista hacia Imperia y Agostino, que bailaban una gallarda. «Qué injusto», pensó. Ella siguió su mirada y entendió lo que pasaba por su mente.

—Mi marido nunca me ha traicionado, siempre me ha tratado con amor. Quiero que sea feliz —entonces, sonrió con picardía—. No lo creeréis, *messèr* Donato, pero ha sido cosa mía. Yo la he elegido. Quería que fuera la mejor quien lo consolara —dijo, en un tono como si estuviera confesando una travesura—. ¿Podría pedirnos un favor, amigo mío? —preguntó, a lo que él asintió—. Prestadme vuestro brazo y

acompañadme a mis aposentos. Siento que la enfermedad vuelve a atacarme y no me gustaría que nadie se diera cuenta.

Bramante se levantó y, tras realizar una profunda reverencia, le ofreció el brazo con caballerosidad. Ella se sujetó en él y se levantó con decisión. Por la fuerza de su agarre, el arquitecto comprendió que su anfitriona ocultaba profundos dolores. Su rostro emanaba simpatía y majestuosidad. Lentamente, como si bailaran, se encaminaron a la salida que conducía a la cocina y, desde allí, hacia una escalerilla que daba acceso al piso superior, donde se situaban los dormitorios familiares. Habría sido imposible hacer que un

criado la condujera hasta allí: habría resultado impropio.

—Os lo agradezco, amigo mío.

—Soy yo quien os lo agradece, *madonna*. Sois la mujer más valiente que he conocido.

—Querido Donato, no necesitáis ser tan solemne: todavía no me he muerto.

Habían abandonado la sala y se encontraban ante la pequeña y empinada escalera. Margarita lo miró y su rostro encaró una expresión desolada.

—¿Queréis que os coja en brazos?
—preguntó Bramante.

—Sería un honor para mí que me llevarais en brazos.

Él la levantó con seguridad y la

transportó hasta el piso superior. Se sorprendió de lo ligera que era. Una vez allí, la recibió una doncella.

—Os lo agradezco, *cavaliere* mío — le susurró ella.

Bramante se inclinó y regresó al salón. En su pecho se agolpaban dolorosos sentimientos. Aquella extraordinaria mujer le había buscado un amante a su esposo. Mientras ella viviera, Agostino trataría el asunto con discreción, siempre que Imperia accediera lo que, por supuesto, estaba fuera de toda discusión.

Él los buscó con la mirada, pero no halló rastro de ninguno de los dos. Entonces, sintió que alguien le tocaba

con suavidad el antebrazo y se giró.

—No me esperes —dijo Imperia con voz queda.

Seguidamente, desapareció. Como en un cuento de hadas o en una de las fábulas de las *Metamorfosis* de Ovidio, solo que en esta ocasión era Chigi el que interpretaba el papel de Zeus. Raras veces se había sentido tan solo como entonces. Le vino a la mente los versos de un poema que había compuesto en Milán muchos años atrás:

«Así lleva la niebla al
navegante, que la estrella
acompaña por el mar, así me
engaña

la máscara que sus rasgos me
oculta...».

No lograba recordar el motivo que le llevó a aquel arretrato poético, pues no creía haberse sumido nunca con anterioridad en un estado tan doloroso como para componer semejantes versos. Salió a la calle.

Desde la lejanía, un rayo de luz despuntaba sobre Roma como una ranura luminosa en el grisáceo y turbio amanecer. Bramante no albergaba esperanza ninguna de que el sol pudiera eliminar los fantasmas de la noche: por el contrario, lo que la oscuridad le había robado se volvía contra él de forma aun más dolorosa. Sin descanso, sin

perspectiva, abandonada incluso la cordura, corrió por las calles en pos del día que despuntaba.

Le horrorizaba la idea de regresar a casa, pero experimentaba aun menos deseo por cobijarse en alguna de las casas públicas de la ciudad y olvidar su soledad con vino, mujeres y canciones. Estaba comportándose como un idiota: se estaba tomando la decisión de Imperia como algo personal. Se iba sintiendo aleatoriamente enfermo, ofendido, humillado, burlado, rechazado, ignorado. Un auténtico ejército de penas marchaban sobre su corazón y el portaestandarte que los precedía portaba el pendón del rencor.

Aturdido, siguió corriendo por las calles en penumbra y se encontró, de pronto, frente a una iglesia conventual. Creyó recordar que en aquel convento residían las monjas de la segunda orden de santa Clara. La basílica románica, a pesar de su campanario, ofrecía un aspecto sólido, resistente ante cualquier ataque, como si quisiera hacer frente a tiempos pasados. Empujó la pesada puerta de roble con cuidado. La nave relucía a la luz de las velas. Los ojos de Bramante vagaron por las altas paredes y siguieron la prolongada hilera de pequeñas ventanas arqueadas bajo el techo que recordaban a troneras en su macicez.

Un detalle llamó su atención y lo conmovió. Desde las molduras de las ventanas despertaba con fuerza una dinámica onda de piedra que recibía, valerosa, el peso de las bóvedas sustentadas sobre ella y otorgaba vida a la mampostería inerte. Le pareció que la basílica se vendría abajo bajo la carga del universo de no ser por el empuje de las paredes que contenían satisfactoriamente la fuerza del cielo y del destino. Pensó que era necesario construir y «contraconstruir»; no desviar la fuerza, sino responder, a su vez, con fuerza.

De pronto, percibió un susurro. Prestó atención, giró a la derecha y, en

la primera capilla, descubrió a una niña arrodillada frente a una cruz ante un nicho orlado de mosaicos. Se aproximó en silencio. La muchacha, vestida con ropas grises, le resultaba familiar. Al contemplarla de cerca comprobó que se trataba de Lucrezia, la hija de Imperia. Durante un momento observó en silencio a la figura arrodillada y, progresiva pero inevitablemente sintió que los sentimientos agresivos que experimentaba en aquellos instantes hacia Imperia se iban volviendo contra la muchacha. El odio lo embargó. ¿Por qué no tomar venganza y frustrar las esperanzas de Imperia, por las que lo había abandonado? ¿Por qué no tomar

de la hija lo que la madre le había negado? ¿Por qué no vengarse de su traición convirtiendo a Lucrezia en una puta? Era una crueldad, pero el demonio sabía que la vida no mostraba compasión. Lo que uno no coge lo agarra el siguiente y el infierno no tarda en desatarse. Solo era necesario provisionarse de suficientes recuerdos que pudieran atibiar la fría eternidad.

—Santa Virgen María que en el cielo reposas a la derecha de tu Hijo, protege a mi buena madre. Amén.

La voz aguda de la niña sonaba pura e inocente. Como todo al inicio de la vida.

Bramante se avergonzó de sus

pensamientos. ¿Qué culpa tenía Lucrezia del estado del mundo? ¿Había creado ella Roma, fundado la ciudad? ¿Era acaso la consejera de Dios? ¡De ninguna manera! «Como ella, todos hemos tenido esperanzas alguna vez», pensó Bramante, «¿no hemos sido todos niños, desprotegidos, fuente de esperanza? Pero esta vida miserable nos corrompe y embrutece», reflexionó, con amargura, «¿qué ha hecho de nosotros? Nos ha convertido en bestias, preocupadas únicamente a lo largo de su existencia por liberar sus instintos. Nacemos como personas, pero morimos como ganado». Tuvo que contener las náuseas.

De pronto, sintió compasión de sí

mismo, pues no suponía ninguna excepción. Pensar en el niño que una vez fue lo llenó de un afecto paternal por la chiquilla que rezaba. Por primera vez sintió miedo de que Pico lo hubiera estado observando desde el cielo y hubiera sido testigo de su crimen, que hubiera oído sus pensamientos. Se avergonzó ante su amigo muerto, ante la niña, ante sí mismo y se santiguó involuntariamente, por primera vez desde hacía décadas. Iba ya a marcharse cuando la pequeña reparó en su presencia.

—*¡Messèr Donato!*

Vio en aquella niña arrodillada y girada sobre sí misma una perfección

jamás plasmada en un papel. La mirada que le dirigía le atravesó hasta el tuétano. Bramante había visto la pureza por primera vez en su vida, ya pasados los sesenta años, a una edad en la que la mayoría de las personas que él había conocido ya habían muerto. En su interior pidió perdón y se juró a sí mismo, como penitencia, proteger a aquella niña cuanto fuera necesario.

—Sabía que erais un buen hombre porque mi madre me lo había dicho, pero desconocía que además erais piadoso. Venid.

Lucrezia le tendió la mano en gesto de invitación. Era un ángel enviado para sacarlo del lodazal. El arquitecto

enrojeció y agradeció que la luz fuera tan tenue. Entonces, borró de su mente cualquier pensamiento y se arrodilló a su lado.

—Recemos por tu madre —se oyó decir a sí mismo.

Después de que Lucrezia se hubiera despedido de él y regresara al convento a través de una puerta lateral, Bramante permaneció aún unos instantes arrodillado frente al nicho, que cobijaba una valiosa reliquia: la cabeza de san Juan Bautista. Cuando finalmente se levantó y se volvió para marcharse, los rayos de sol caían a través de las tres elevadas ventanas sobre la entrada de la

basílica e inundaban de un resplandor dorado el ábside. Una luz como no había visto nunca, auténtica iluminación. Se volvió de nuevo hacia la capilla. ¿Por qué allí? ¿Por qué san Juan? ¿Porque había sido el Bautista quien había iniciado la nueva Iglesia? ¿Había sido la edad o la muchacha los que habían hecho que él, Bramante, cayera derrotado por los parabienes de la cristiandad? Abandonó la iglesia confuso. En su cabeza resonaba un *tedeum* con la insistencia pegadiza de una coplilla popular.

Una vez en casa, lo esperaba ya un tipo andrajoso llamado Paolo que le servía de espía.

—Señor, el escultor de la nariz rota se ha largado.

—¿Qué se ha largado? ¿A dónde?

—A Carrara. Quiere pasar allí el mes para elegir el mármol de la tumba del papa. Es tan desconfiado que quiere incluso vigilar él mismo la recolección y el transporte de la piedra.

Bramante reprimió un grito. Apenas podía contener la alegría.

—¿De dónde has sacado la información? —preguntó al espía.

—De su criado, de Francesco.

El arquitecto alzó un instante los ojos al cielo mientras pensaba: «*Grazie, Dio mio*».

—Te voy a dar un escudo y después

de eso, desaparece de aquí. Y ay de ti como te hayas equivocado —dijo Bramante, que quería deshacerse de aquel hombre lo más rápido posible para poder poner sus pensamientos en orden y desatar su alegría sin que nadie lo viera.

—Si me equivoco, podéis cortarme las orejas y echárselas de comer a los perros —exclamó el hombre, de un humor excelente a la vista de aquella recompensa tan excepcionalmente abundante.

Sin más, puso rápido rumbo hacia la puerta antes de que su señor pudiera arrepentirse de su generosidad.

Su señor, no obstante, saltaba y

bailaba como un loco en su habitación y cantaba al ritmo de todas las melodías que se le pasaban por la mente las palabras «¡*Deus lo volt!* ¡*Deus lo volt!*», el viejo lema de los cruzados: Dios así lo quiere. Todo concordaba maravillosamente. Completamente sin aliento, se dejó caer sobre una silla mientras jadeaba. No dudaba de que iba a entenderse muy bien con Dios. El Todopoderoso era, sin duda, un tipo cínico, divertido y con sentido del humor. Por eso hacía que el florentino presuntuoso se fuera de Roma y le dejara el campo libre en la fase más decisiva para ir a buscar mármol. ¡No se podía ser más tonto! Y él, Bramante,

aprovecharía bien aquella ausencia de su rival. En ninguna ciudad como en Roma tomaba el dicho mayor dimensión: ojos que no ven, corazón que no siente. Mientras Miguel Ángel había decidido ir a divertirse a las frías montañas con el *signor* y la *signora* Cantero, él sembraría de factores propicios el campo de la Ciudad Eterna y construiría el templo de la Jerusalén terrenal, ¡el más grande y más hermoso del mundo! Porque Dios así lo quería. Era una promesa que había leído en los ojos de la niña Lucrezia. ¡Dios así lo quería!

ROMA, *ANNO DOMINI* 1505

Con el cabello revuelto y la barba desordenada, Agostino Chigi se encontraba en pie frente a la ventana contemplando el campanario de Santa Maria in Turri, la iglesia que se encontraba en el atrio de San Pedro. Imperia, envuelta en una bata de seda y sentada sobre la cama, llenaba una copa de vino tinto.

—Tu casa se encuentra justo entre San Pedro y nuestro *palazzo* de Monte Giordano.

—Tiene lógica: primero el pecado, luego la confesión.

—Y por el camino el arrepentimiento.

—¿Qué?

—Por la confesión.

Mientras disfrutaba el vino a ligeros tragos, Chigi informaba a Imperia del transcurrir de la remodelación de su pequeño *palazzo*, situado entre el Trastevere y el Borgo y no lejos del río.

—Un joven de mi ciudad, de Siena, lo está construyendo para mí. Baldassare Peruzzi. ¿Qué opinas?

—Lo conozco.

Él le dedicó una mirada de desconfianza antes de exagerar un ataque de celos.

—¿Lo conoces?

Ella lo fulminó con la mirada.

—Ya te he dicho que ya no hay ningún otro hombre en mi vida. He mantenido mi palabra —después prosiguió, más calmada—. Sí, Donato me lo presentó una vez.

Ella le quitó la copa de la mano y bebió.

—¿Por qué no contrataste a Donato?

Él le explicó que Bramante ya tenía bastante trabajo y que también era necesario dar una oportunidad a los

nuevos talentos, especialmente cuando eran de la misma tierra.

Lo había descubierto, estaba celoso, terriblemente celoso. Si había algo que Agostino Chigi no podía hacer era compartir, daba igual de qué se tratara. Las yemas de los dedos de Imperia se pasearon por su nuca y comenzaron a masajearlo. Él cerró los ojos con satisfacción.

—Apoya la idea de Donato de reconstruir San Pedro.

El abrió los ojos de golpe. Su instinto le aconsejaba que fuera precavido, pues aquella frase no había sido un ruego, sino una orden.

—Te he prometido que aseguraría

una renta para tu hija.

Ella asintió.

—Y te estoy agradecida por ello. Pero ayuda a Donato. El papa debe realizar una rehabilitación de la principal iglesia de la cristiandad. No puede quedarse en lo que está ahora.

—¿Por qué?

—Porque vivimos tiempos nuevos y la basílica de San Pedro es como una especie de arca de Noé. Debe poder resistir el envite de cualquier tempestad, Agostino.

En su interior, el banquero admiró la inteligencia de la cortesana, aunque siempre valoraba a una mujer capaz de razonar. Su esposa siempre lo había

apoyado en sus negocios con su aguda capacidad de raciocinio. Imperia, por su parte, era tan hermosa que la sensualidad de su cuerpo apenas permitiría reparar en su agudeza mental de no ser por lo fascinante de su espíritu.

Un golpe en la puerta lo extrajo de su ensimismamiento.

—Señor, es la hora —lo llamó su criado a través de la puerta cerrada.

Suplicante e incluso un poco desesperado, miró a Imperia.

—Ve, se lo debemos a tu esposa.

Habían acordado la máxima discreción para sus encuentros y que, además, él durmiera en casa. Para no

olvidarse de la hora, había dado instrucciones a un criado para que llamara a la puerta a una hora predeterminada.

Chigi vació la copa y se vistió.

—Ayuda a Donato, merecerá la pena. San Pedro se convertirá en un arca para todos nosotros —insistió ella.

Él cruzó la noche romana en dirección a su casa al otro lado del Tíber. Permaneció despierto durante mucho tiempo, pensando en lo que Imperia había dicho acerca de la basílica de San Pedro. Tenía la sensación de que no le había dicho todo lo que sabía. Se propuso hablar de ello con su esposa. En temas de mujeres

siempre era mejor preguntarle a una mujer. Sin embargo, no llegaría a ser necesario, pues no tardaría en descubrir a través de Imperia el plan completo de Bramante.

Apenas estaba comenzando a dormirse cuando unos enérgicos golpes resonaron en la puerta principal. Chigi abrió bruscamente los ojos y oyó el martilleo de los puños contra la puerta y otros ruidos que le recordaron a un auténtico asalto por la fuerza. El criado se precipitó en el dormitorio sin ni siquiera llamar antes.

—Señor, es el santo padre —
anunció, sin aliento.

Agostino Chigi se incorporó de un

salto.

—¿Qué le ocurre al santo padre? — preguntó, sin creerse del todo lo que ya sospechaba.

—Os está esperando en vuestro despacho bancario.

—¿Por qué no lo has llevado a la *sala grande*, imbécil?

—Él mismo lo ha querido así. Ha dicho que no ha venido a comer, sino a hablar de negocios.

La esposa de Chigi se agitó a su lado.

—¿Debo ir yo también?

—No, amor, duerme; duerme y reponte.

Él sabía que su enfermedad no tenía

cura y ella lo sabía; al igual que él sabía que ella sabía que él lo sabía. A pesar de la oscuridad, él sintió la sonrisa agradecida de su mujer, pues se había jurado a sí misma no perder nunca la esperanza. Si existía un Dios, siempre sería posible un milagro. Él le besó tiernamente el lóbulo de la oreja, se levantó y se vistió.

En medio de la oficina de Chigi se encontraba Julio II, sentado impaciente sobre un viejo butacón cuyo tapizado de cuero parecía ya un tanto raído. Para ser la oficina principal de una empresa a escala mundial, era bastante pequeña, sorprendentemente sobria y modesta. En las paredes había solo estanterías llenas

de libros de cuentas. El mobiliario consistía en algunos púlpitos para escribir de pie, preparados para los tres escribas empleados de Chigi, un sillón para su propio uso y cuatro taburetes de madera para los clientes.

Chigi se dispuso a besar los pies al papa como era la costumbre, pero Julio II rechazó el gesto.

—¡Siéntate y escucha! —le ordenó con sequedad.

Apenas había tomado asiento el banquero sobre uno de los taburetes cuando el papa inició su discurso. Mientras iba retratando con palabras lo que tenía en mente, iba rejuveneciendo a ojos vista a través del fuego que

despedía su mirada. Chigi se maravilló de la juventud y la pasión que exhalaba Julio II. Había pasado toda su vida esperando obtener aquel puesto. Nunca había dudado de que algún día coronaría su cabeza con la tiara papal. Incluso en las horas amargas en las que Rodrigo Borgia y Ascanio Sforza habían intrigado en su contra, en las que Rodrigo había tomado la cátedra de san Pedro bajo el nombre de Alejandro VI y en las que había tenido que degustar el amargo trago del exilio durante varios años, della Rovere nunca había perdido la fe en su misión personal. Para cuando finalmente lo había conseguido, era ya un hombre anciano. Ya no podría llevar

a cabo todo lo que se había propuesto. Aunque el mundo entero lo veía como un guerrero, no había nada que deseara con mayor pasión que la paz.

—Pero debe ser la paz de Dios. Ninguna otra opción le sirve a Él, ninguna otra opción es nada. Los venecianos siempre se han dedicado a irrumpir en los Estados Pontificios y a robarnos ciudad tras ciudad. Si selláramos un acuerdo de paz con ellos, lo interpretarían como una muestra de debilidad y caerían sobre nuestras posesiones sin ningún reparo. Solo la paz de Dios puede consolidarse. Por eso debemos recuperar los Estados Pontificios, recordarle a los vasallos

insubordinados la permanencia de sus votos de la manera más dolorosa y llamar en nuestra ayuda al emperador, a los reyes de Francia e Inglaterra, pues son siervos de Cristo y, por tanto, siervos del vicario de Cristo, ya que de Él han obtenido su poder, que es como decir que lo han obtenido de nos. Este deber, por un lado, y el de marchar a Jerusalén, por otro, son sus dos cometidos más importantes.

Es necesaria una nueva cruzada. Cuando Europa viva en paz y Tierra Santa esté liberada, cuando la paz de Dios gobierne la tierra, Roma se convertirá en una segunda Jerusalén, en la ciudad de la sanación. Esa sanación

espiritual debe ser tan evidente que salte a la vista. Una ciudad tan sagrada debe plasmarse en el corazón y el espíritu de la gente a través de las obras de arquitectura y de arte, es decir, a través de un enaltecimiento de Dios que atrape todos los sentidos. Deben sentirse conmovidos, purificados y regenerados cuando peregrinen a Roma. Al fin y al cabo es el centro mismo del reino de Cristo, su núcleo espiritual y la roca de poder sobre la que se asienta la Iglesia de san Pedro. Tenemos el deber, ante Cristo y a través de San Pedro, de ser el delegado de Dios en la tierra. Eso es exactamente lo que la basílica de San Pedro debe y puede anunciar, como

centro espiritual y soberano del nuevo reino. Y puesto que nuestros años en el cargo no bastarán para completarlo, será nuestro sobrino Galeotto quien concluya nuestra misión.

El papa realizó una breve pausa escénica para dejar que sus palabras hicieran su efecto en el banquero. Galeotto della Rovere acababa de ser nombrado cardenal de manos de su tío. Chigi comprendió lo que con ello pretendía o, al menos, sus papel dentro del plan.

—Por eso, la tumba de nuestro tío y la nuestra propia, que ha iniciado ese joven escultor, será una garantía del triunfo de la Iglesia. Y precisamente por

eso también debe situarse en medio de la basílica. Por eso es necesario abrir espacio suficiente, realizar remodelaciones. En conclusión, pretendo también dejar en condiciones óptimas el templo propiamente. El problema es, hijo mío, que Borgia dejó un agujero terrible en nuestras arcas y, para todos nuestros proyectos, ¡hace falta dinero!

—Sabéis que mi banco se encuentra siempre a vuestra disposición —respondió Chigi con una ligera reverencia.

Julio II sonrió para sus adentros y se levantó. El banquero iba igualmente a levantarse cuando el papa posó la mano

derecha sobre su hombro.

—Hay otra cosa que querríamos de ti, Agostino. Por eso hemos acudido a tu casa. Las paredes hablan en el Vaticano. Lo que hemos hablando aquí debe permanecer entre tú y yo. Tú personalmente supervisarás nuestras finanzas. Escoge un comisionado de tu confianza que podamos infiltrar disfrazado de monje dentro de la Cámara Apostólica para que mantenga un ojo sobre la gestión de nuestros recursos. Los sacerdotes no saben tratar con el dinero. Se muestran excesivamente piadosos o excesivamente tacaños y ninguna de las dos cosas nos es de utilidad. Pon a

nuestro servicio todo tu buen hacer.

Chigi estaba sorprendido, pero reconoció que el papa había sido capaz de identificar sus propios talones de Aquiles: su edad avanzada y sus problemas financieros. Con lo segundo él podía ser de ayuda, tanto por el bien del papa como del suyo propio. Al fin y al cabo, no concedía ningún crédito que no fuera a recuperar ni interés que no fuera a producir.

—Soy vuestro más devoto servidor, santo padre.

El pontífice bendijo al banquero, se levantó y abandonó el despacho.

COLONNATA, *ANNO DOMINI* 1505

A espaldas de los dos jinetes, las olas encrespadas del mar Tirreno anunciaban una tormenta vespertina. Habría sido más seguro esperar en Carrara hasta el día siguiente, pero Miguel Ángel se había propuesto llegar a Colonnata ese mismo día. Cuanto más ascendían la montaña, más oscuro se volvía el cielo. Una cubierta de nubes ocultaba la luz de las estrellas. Cuando los dos viajeros finalmente alcanzaron el estrecho y empinado camino de montaña que llevaba a la aldea, el escabroso mundo de los Alpes Apuanos se había sumergido ya en un oscuro abismo de negrura nocturna. Apenas se

podía ver más allá de dos pasos, por lo que avanzaban bajo el peligro constante de salirse de la senda y caer al vacío. El viento se colaba como un ladrón a través de los pinos y silbaba en los acantilados. Aunque la primavera ya había despertado en el sur, en las montañas aún reinaba un frío gélido. Se iba acercando la medianoche, esa hora en la que, según la creencia de muchos, todo tipo de criaturas que huían de la luz de Dios salían de sus madrigueras para realizar sus perversiones al amparo de la oscuridad.

—Señor, ¿qué haremos si nos encontramos con algún hechicero o alguna bruja? —preguntó Francesco.

—De darse el caso, nos ayudará una oración y el filo de nuestras espadas.

—¿Una oración?

La respuesta de Miguel Ángel no había acallado el miedo de su criado.

—Claro. ¿Acaso no eres un buen cristiano? Allí donde los hombres no pueden ayudarnos, debemos depositar la esperanza en aquel que todo lo puede.

Francesco gimió, pero guardó silencio. Esperaban llegar pronto a su destino.

—¿Puedes sentirlo? —preguntó Miguel Ángel, extasiado.

Se colocó muy recto sobre la silla y miró a su criado, que se había agazapado sobre el lomo de su caballo.

—¿El qué, mi señor? —preguntó Francesco sin comprender.

El escultor alzó la nariz y aspiró con deleite el aire, como si estuviera perfumado de especias.

—¡La piedra!

—¿Qué piedra?

—El mármol. Mi ama de cría era la esposa de un picapedrero. Siempre tenía el pecho y los pezones cubiertos de una fina capa de polvo de piedra. Por eso soy capaz de reconocer el olor y el sabor del mármol cuando los siento en la nariz y en la lengua.

En las pequeñas casas de piedra de Colonnata, dispuestas sobre las rocas y cuyo perfil se podía dilucidar más que

reconocer no ardía ninguna luz, ni de lámparas de aceite ni de velas. Los habitantes de aquel pueblo de montaña parecían haberse acostado ya. Vivían casi sin excepción del duro y peligroso trabajo de extraer el mármol de la roca. No había labor más imprevisible y arriesgada. Daba igual el punto en el que trabajaran los peones, estaban sometidos a las fuerzas mortíferas de aquellas rocas del diablo. El polvo que levantaban al golpear el mármol iba limitándoles la respiración, de tal forma que sus rostros iban adquiriendo poco a poco un tono amarillento, pálido o grisáceo, hasta que finalmente se asfixiaban y morían. Los que, por el

contrario, se encargaban de llevar la piedra hasta el valle ya fuera mediante *lizza*, el trineo de madera para transportar las rocas, o con coches tirados por bueyes, corrían el riesgo de que algún bloque mal colocado perdiera su frágil equilibrio y los aplastara o golpeará al caer. Todo ello sin contar cuando alguna cuerda se rasgaba, el patín o la rueda se rompían o la propia inercia de aquellos gigantes de piedra causaban estragos. El cementerio inusualmente grande junto al que cabalgaban ya los dos jinetes daba muestra de la tasa de mortalidad de los autóctonos, mucho más pronunciada de lo normal.

Miguel Ángel refrenó su caballo y saltó a tierra. Francesco lo imitó y gritó en cuanto puso el pie en el suelo. El escultor se giró sorprendido y vio que su criado saltaba sobre la pierna izquierda mientras, encogido, agarraba su pie derecho con las manos y emitía chillidos desgarradores.

—¡Vas a despertar hasta a los muertos! —le recriminó Miguel Ángel.

—Se me había dormido el pie y cuando he desmontado me ha atravesado hasta el tuétano un dolor espantoso —se disculpó Francesco.

Miguel Ángel abrió la puerta de la pequeña parroquia de piedra y caminó, seguido de Francesco, las naves hasta el

altar en el que titilaba un único y gran cirio bajo la suave corriente que atravesaba la casa de Dios. Aguantaría hasta la mañana, hasta la hora de laudes.

Se arrodilló, inclinó la cabeza, entrelazó los dedos y susurró:

—Señor, acoge en tu seno a todos esos hombres buenos que encuentran la muerte en la montaña y bendice nuestro proyecto, pues no busca más objetivo que tu enaltecimiento.

Tras rezar un padrenuestro, se persignó y se levantó.

De pronto, las puertas de la iglesia se abrieron de par en par. En la entrada apareció un muchacho con el rostro cubierto de sangre. Los ojos del chico

los observaban desde dos profundas simas. Sus ropas colgaban andrajosas de su cuerpo lleno de golpes y moratones. Miró a los dos hombres como si fueran apariciones milagrosas, después echó un vistazo al interior de la iglesia, se dio la vuelta y se marchó corriendo.

—Qué encuentro más hermoso — exclamó Miguel Ángel con aspereza—. ¡Esperemos que no todo el mundo sea así aquí!

Francesco se encogió involuntariamente de hombros. Cuando salieron de la pequeña iglesia, se dirigió hacia ellos describiendo un gran arco un esputo que finalmente se estampó contra el suelo, como si las serpientes

repentinamente aprendieran a saltar y pudiera atacarlos con sus dientes ponzoñosos.

La aldea les estaba causando una impresión negativa, incluso hostil. Un tanto impotentes siguieron la calle ondulada que transcurrían entre las casitas de piedra hasta llegar a una cabaña ladeada de la que surgía luz. Sobre la puerta colgaba un letrero, probablemente con una inscripción que las tinieblas no permitían descifrar. Miguel Ángel llamó con energía a la puerta.

—¿Quién está ahí? —preguntó una áspera voz masculina.

—Miguel Ángel Buonarroto, escultor

al servicio del santo padre.

—Del santo padre, ni más ni menos —el hombre tras la puerta carraspeó—. ¿Y cómo puedo yo saber que estáis diciendo la verdad?

—No podéis saberlo, pero podéis creerme.

—¿Crear? Lo que creo es que el mundo está lleno de estafadores y ladrones y que el día que Dios creó el mundo no fue el que estaba más inspirado. En fin, qué se le va a hacer: ¡entrad! Al fin y al cabo regento una *osteria* y no un convento de monjas.

Poco después se encontraban sentados en un comedor deslucido en el que solo había un par de mesas de

madera y alguna silla que parecían surgidos de tiempos bíblicos. El enjuto posadero les trajo un guiso de alubias y una salchicha frita de sabor agrio. En la estancia olía a vino derramado y a sudor rancio.

Miguel Ángel señaló un asiento a su lado, pero el posadero prefirió continuar de pie. Era parco en palabras, algo absolutamente extraordinario dado su profesión, por lo que Miguel Ángel tuvo que hacer acopio de todas sus energías para lograr sonsacarle dónde residía el maestro cantero Fritz il Rosso.

—Vimos en la iglesia a un muchacho con la cara llena de sangre —le contó el escultor.

Su anfitrión palideció y se persignó.

—Ese era Giovanni Masciotto.

—¡No me hagáis tener que tiraros de la lengua para casa pregunta!

—Será mejor que no hablemos de él —porfió el posadero.

Fue la gota que colmó la paciencia de Miguel Ángel. Agarró su tahalí, que tenía dispuesto sobre la mesa, tomó su estoque y apuntó a la garganta de su interlocutor.

—Ahora, hablad.

—Era el hijo del cantero Gasparro.

—¿Cómo que era?

—Pues eso. Que está muerto.

Miguel Ángel y Francesco se miraron atónitos.

—¿Y cómo sabéis que era él? — preguntó Miguel Ángel.

—Porque no sois los primeros que lo han visto. ¡Es tan tétrico!

Miguel Ángel no pudo reprimir una sonrisa. Echó hacia atrás el plato que aún estaba lleno de la sopa de judías.

—¿Cómo puede estar muerto si lo acabo de ver?

—Respondeos vos mismo a esa pregunta. Trae mala suerte hablar de los muertos. En lo que a mí respecta, ¡ya no diré nada más!

—Entonces explicadme al menos cómo encontró la muerte.

—Os mostraré vuestros aposentos —dijo el posadero mientras se dirigía

escaleras arriba.

Los aposentos no merecían tal nombre. Consistían en un camastro diminuto bajo el techo de la *osteria*.

—Señor, ¿hemos visto un fantasma?
—preguntó Francesco después de que el posadero hubiera cerrado la puerta tras de sí y les hubiera indicado que tendrían que compartir la única cama de la habitación.

—La voluntad del Señor dice que nada es imposible, pero me parece que se movía de forma muy terrenal, si no me engañó la vista cuando vi la tensión muscular que se producía bajo su piel. Los fantasmas no necesitan utilizar los

músculos para moverse. Me parece que el joven está, más bien, un poco perturbado. Sería mejor que alguien lo encontrara antes de que acabe matándose de verdad.

—¿Queréis decir que esa cosa estaba viva?

—¡Como tú y como yo!

—¡Santo cielo! —exclamó

Francesco, persignándose.

Miguel Ángel se giró y dio la espalda a su criado. Los dos yacían vestidos sobre el camastro de paja de aspecto sospechoso. Habían extendido sus capas sobre la manta para tapar los agujeros, pero seguían helándose de frío por la corriente helada que se colaba

por las ranuras. El escultor cerró los ojos y buscó calor en la alegría de encontrar el mármol que buscaría en pocas horas. De no haber sido tan oscura la noche, habría acudido a la cantera de inmediato. La lluvia chapoteaba sobre el tejado y se oía el aullido de los lobos, amenazante y lastimero al mismo tiempo.

—Tienen hambre —murmuró Miguel Ángel medio dormido mientras bostezaba.

—Menos mal que estamos aquí dentro y no allá afuera, en el bosque —respondió Francesco, completamente despierto.

Sin embargo, no obtuvo respuesta

alguna.

—Señor —porfió el criado—. Se dice que por esta zona hay hombres lobo.

—¿Y dónde no? Hombres lobo y fantasmas. Pueblan la noche de nuestra razón. Ahora duérmete, Francesco: mañana debemos levantarnos bien temprano —gruñó Miguel Ángel justo antes de caer en un sueño poblado de mármol.

Un mármol blanco, sin mácula. En la antigua Grecia existió una ciudad de escultores, Afrodiasias, que le hubiera encantado visitar.

COLONNATA, *ANNO DOMINI* 1505

Apenas había salido el sol cuando Miguel Ángel despertó a su criado sin ninguna compasión. No habrían descansado más de tres o cuatro horas.

—¡Arriba! El tiempo corre, tenemos que darnos prisa para poder aprovecharlo bien —exclamó Miguel Ángel mientras bajaba aceleradamente hacia el comedor.

El desayuno consistía en pan y *largo di Colonnata*, el famoso jamón típico de la zona, así como agua caliente con miel.

Apenas había terminado Francesco su ración cuando Miguel Ángel ya se estaba levantando de la mesa, intercambiaba un par de palabras con el posadero y salía por la puerta. Francesco siguió a su señor mientras mascaba el último trozo de pan por el camino.

Poco antes de llegar a la que, en comparación, era una gran casa al final del pueblo, Miguel Ángel arrojó su agua a un pino.

—Haz lo mismo que yo, no tenemos tiempo para más —le ordenó a su

criado, quien cumplió el mandato con evidente disgusto.

Entretanto había posado el escultor la mirada sobre el campanario negro, pertrechado de almenas como una torre de vigilancia, que se recortaba contra las montañas sobre las que comenzaba a aclararse el día. Aquella perspectiva lo sobrecogió, pues la impenetrabilidad de aquellas pendientes rocosas albergaba un mundo diferente, el mundo de la Madre Tierra, que en su duro regazo portaba la piedra más señorial del mundo. Lo atravesó como un rayo la consciencia de un hecho que se correspondía con la mente de un arquitecto y no la de un escultor. Vio las

líneas de fuerza, el rumbo del empuje que todas las cumbres ejercían contra el cielo, sin prestar atención a las rupturas que suponían los valles. Miguel Ángel se llevó las manos a la cabeza. Reconoció, por primera vez, que podía ver la fuerza y era necesario que soportara aquella capacidad. Las fuerzas luchaban contra las eternas cargas del mundo y, en consecuencia, contra la tendencia omnipresente de desmoronarlo todo. ¡Lo que habría tenido que soportar Dios a la vista de la creación, cuando unió todas las artes en la construcción del mundo: la arquitectura, la escultura y la pintura! Había producido todas las figuras, formas y colores.

En ese mismo momento, Miguel Ángel descubrió el secreto de la arquitectura. Estaba tan oculto como visible. El misterio de la escultura residía en la capacidad de vislumbrar figuras en la piedra superflua y liberarlas de su interior; el de la pintura, en crear un mundo en tres dimensiones sobre uno de dos mediante el uso de la luz y las sombras y la perspectiva central; el de la arquitectura, por tanto, se encontraba en la habilidad para reconocer las líneas de fuerza. Todo lo demás, el diseño y la estática derivaba de ello. Pero, ¿no era la vida fuerza? ¿No pretendían toda la arquitectura hacer visible esas fuerzas? ¿Dónde se

ocultaba el misterio de la fuerza? Muy simple: en el movimiento. Era la causa última de todo, pues el inicio de la vida residía en las transformaciones.

Miguel Ángel cayó de rodillas, alzó las manos al cielo y dio gracias a Dios. Con la contemplación de aquellas montañas cubiertas de niebla había reconocido la verdad de la vida, el origen del arte. Hacer danzar las fuerzas era en lo que consistía el juego de la vida. Repentinamente entendió lo que había creado con su bosquejo de la tumba del papa: un mausoleo como alegoría del mundo. Aunque se había pensado para un muerto, se construiría para los vivos. Se levantó, sin terminar

de apartar los ojos de las montañas. Era adictivo. Simplemente, no podía saciarse de montañas. Bajo los árboles, plantas y la tierra, crecía la sagrada piedra, el inicio y el final de todo lo que existía. Las cuevas de las laderas, las depresiones en las que los picos ascendentes reunían nuevas fuerzas. A través de la niebla y de los contornos difusos de los árboles y la maleza, se fortalecía el sentimiento de la Madre Tierra, el alfa y el omega de todas las cosas. En su centro, las montañas se volvían cóncavas, como una vulva.

Miguel Ángel sintió una excitación extraordinaria. Su instinto le dijo que allí sería donde encontraría la piedra

para la eternidad. Justo detrás de la aldea, más cerca de lo que había sospechado, se erguían hasta el cielo las paredes de mármol. Sus cumbres aparecían rodeadas de niebla que, aunque ascendía lentamente, permanecía suspendida en muda amenaza sobre la aldea. El clima era frío y húmedo, un tiempo que teñía de muerte los huesos y hacía surgir ataques de gota en los malhadados cuerpos.

—¿Hay nieve allí arriba? — preguntó Francesco, atónito.

Miguel Ángel sonrió.

—No, lo que ves blanco, reluciendo en la montaña como un río helado sobre plata sucia es el mármol que nos da la

bienvenida. Con qué pudor nos oculta su esplendor, como haría una moza de carnes prietas ante su amante. La hermosa hija del hombre honrado suele cubrirse con un burdo traje campesino y un velo propio de una anciana, pero puedes reconocerla por su forma de moverse.

Se apartó bruscamente del sobrecogedor paisaje y puso fin a sus pensamientos de un golpe: el que propinó a la puerta de la casa en la que, según indicaciones del posadero, residía el picapedrero Fritz il Rosso.

La puerta se abrió y ante ella apareció un hombre fornido con el cabello rojo y encrespado y una barba

pintoresca que parecía retorcerse en espirales de cobre bajo el sol de la mañana. Sus ojos relucían, pero no de forma amistosa.

—¿Sois vos Fritz il Rosso? — preguntó Miguel Ángel.

—¿Quién quiere saberlo? —gruñó el hombre con hostilidad.

—Miguel Ángel Buonarroti, escultor al servicio del santo padre.

La puerta se cerró tan rápido que al artista no le dio tiempo ni a verla venir.

Francesco silbó entre dientes.

—Bueno, se ve que tiene en gran estima a nuestro buen Julio.

Miguel Ángel no se dejó contrariar y volvió a aporrear la puerta. El pelirrojo

volvió a abrir, esta vez con un enorme martillo en la mano.

—¿Qué tenéis en contra del papa?
—preguntó Miguel Ángel con severidad.

El cantero elevó la herramienta en gesto amenazador. Bajo la tosca camisa se dibujaba una poderosa musculatura surgida del trabajo diario.

—¿Contra el papa? Nada. Pero sí contra su escultor, que paga con indulgencias en lugar de con dinero. ¿Cómo voy a saciar a mis hijos con promesas? ¿Eh?

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Miguel Ángel.

—Pago al contado y por adelantado.
El pelirrojo dejó caer el martillo,

que golpeó el suelo justo junto a su pie, agarró al aturdido escultor del cuello, lo arrastró al interior de la casa y cerró la puerta en las narices de Francesco. Antes de que éste tuviera tiempo de pensar cómo reaccionar, la puerta volvió a abrirse y de ella salió un muchacho que se parecía al pelirrojo, con su mismo cabello fosco, sus mejillas y su mentón, solo que más joven, y lo arrastró con igual aspereza dentro de la casa agarrándolo del brazo.

—Si lleváis el dinero con vos, no deberíais decirlo en voz alta. Los canteros son los más honrados entre los hombres, pero hay un par de tipos en la aldea... Como por ejemplo, el

posadero, que Dios sabe con quiénes se junta.

—Me han dicho que sois el mejor.

—¿Quién os lo dijo?

—Francesco Granacci.

Por primera vez se iluminó el rostro del pelirrojo.

—¿Sois florentino?

—Sí.

—¿Y a qué viene toda esa perorata del papa? ¡Por qué no lo habéis dicho antes! Venid, desayunad con nosotros y después podremos seguir hablando.

No sirvió de nada que Miguel Ángel les explicara que ya había desayunado. Lo llevaron hasta el gran comedor que, con su techo bajo, más parecía una

cueva. Junto a la ventana se sentaba una muchacha de unos catorce años. Estaba bordando y no levantó la vista de su labor ni les dirigió una palabra. Era como si no se encontrara presente en absoluto. A Miguel Ángel no le pasó desapercibida una mirada particularmente tierna del señor de la casa hacia la chica, antes de volver a concentrarse en ellos e invitarlos a tomar asiento en su basta y vasta mesa. Mientras que aquella demora torturaba al escultor, Francesco, por su parte, se alegraba de corazón de aquella inesperada ocasión de desayunar por segunda vez. Fritz se rio y señaló al joven.

—Si no fuera vuestro criado, no creería que se haya metido algo en la boca en todo el día, ¡sino más bien desde hace tiempo!

Una hora después, finalmente salieron. La mujer del cantero les había proporcionado un pan en el que había introducido finas tiras de jamón y pedazos de tomate, además de entregarles dos botellas de vino. Fueron cinco los que ascendieron por la montaña: Miguel Ángel, Francesco, Fritz il Rosso y sus dos hijos, Guido y Matteo. El escultor guardaba silencio. Era más propio de su naturaleza no hablar demasiado. Así pues, Francesco puso su interés en preguntar a Matteo.

—¿Cómo es que tu padre tiene un nombre tan extraño como Fritz?

Matteo rio.

—Es un nombre alemán. Nuestros ancestros llegaron aquí desde el norte.

—Es una tradición familiar. El primer nieto de cada generación recibe el nombre de Fritz —completó la explicación Guido.

—Loda sea la madre de nuestro Señor que nos ha permitido librarnos de la maldición de los nietos y no nos llamamos Fritz —dijo Matteo, persignándose.

Entonces, Francesco les contó la aparición nocturna en la iglesia. Los hijos de Fritz intercambiaron una rápida

mirada. Para su sorpresa, no había en sus ojos ni miedo ni espanto, sino un odio salvaje y peligroso.

—Con la mano en el corazón, decid: ¿creéis que lo que habéis visto es un fantasma o un ser vivo?

—*Messèr* Miguel Ángel está seguro de que el muchacho está tan vivo como vosotros y yo.

—Entonces es cierto, el muy cerdo aún vive —gruñó Matteo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha hecho?

—Abusó de nuestra hermana —respondió Guido, escupiendo las palabras.

—Anna era la persona más alegre de la familia.

—Desde entonces no ha vuelto a hablar.

—¡Nos rompe el corazón!

—Padre nos mandó seguirlo a las montañas para decirle un par de cosas. El muy puerco se tiró montaña abajo de puro miedo.

—Nadie sobrevive a la caída.

—Nadie, salvo a quien el diablo decida proteger.

Los dos hermanos guardaron entonces silencio. En sus mentes se producían escenas oscuras que su rostro solo alcanzaba a bosquejar. Francesco no se cambiaría por aquel joven por nada en el mundo el día que cayera en manos de aquellos dos.

Apenas una hora después, Miguel Ángel miró desde lo alto hacia un valle, de la misma manera que se encorvaba sobre las almenas del *palazzo della Signoria* en Florencia.

—A partir de ahora será difícil. Permaneced a mi espalda —les gritó Fritz.

El cantero no exageraba: el descenso por aquella angosta garganta que serpenteaba en torno a la empinada colina les llevó media hora sin excesos. Francesco, que tenía vértigo, fue rezando un padrenuestro tras otro, interrumpiéndolos solo para insertar alguna oración a la Virgen y algún confíteor.

—Muy musical, vuestro criado —se burló Fritz.

—No ha nacido para hacer esto y sin embargo lo está haciendo; no os riáis de él —le recriminó el escultor.

Con cada paso que daban, sentían más fría la humedad, pues el sol no alcanzaba el valle con sus rayos. Cuando llegaron al fondo, a Miguel Ángel le flaquearon las fuerzas. Comenzó a investigar la piedra.

—¿Cuántas necesitáis? —preguntó el cantero.

—Sesenta.

—¿Sesenta? —Fritz creyó haber entendido mal—. Eso es trabajo para un año entero.

—Entonces buscad ayuda. ¡Deben estar extraídas en medio año!

—¡Será caro!

—¡No es vuestro dinero!

—Bien, entonces convocaré a gente de Colonnata y de Misiglia.

Tras solucionar aquellas cuestiones, iniciaron el proceso de selección de la piedra. Miguel Ángel se dedicó a contemplar y a comparar, a consultar con Fritz, a discutir acerca de la nervadura, pues eran decisivas de cara a que, con posterioridad, pudieran surgir grietas en la roca y quebrarse; todo ello antes de finalmente marcar una zona concreta. Matteo se dirigió hacia ellos.

—Padre —dijo —Guido y yo

queremos echar un vistazo por las montañas. Francesco dice que el canalla sigue vivo.

Fritz asintió, adoptando una expresión siniestra.

Sus hijos iban ya a marcharse cuando él los llamó de nuevo. Le colocó a Matteo un cuchillo en la mano.

—Tened cuidado y permaneced siempre juntos. Si ese cerdo sigue empañando con su presencia la bella tierra de Dios, es que tiene un pacto con el diablo.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1505

Los últimos días los había vivido

Bramante en una vertiginosa conjunción de impetuosos arrebatos creativos y profundas depresiones. Una y otra vez tomaba el lápiz de plomo y bosquejaba, pero debía volverlo a posar por temor a cortarse las venas de rabia y desesperación. En las raras fases en las que lograba hallar la calma, sus dos extremos le parecían ridículos. Enamorarse tan locamente a su edad, como no lo había hecho nunca siendo joven, y ver amenazada su cordura por culpa de ese amor no era menos cómica que la perspectiva de poder completar en los escasos años que le quedaban de vida el inmenso proyecto arquitectónico que tenía entre manos. Entre tanto, se

emborrachaba hasta perder el sentido. No encontraba consuelo en las artes de las prostitutas que antaño solían llevarlo fácilmente al olvido.

Una mañana en que se retorció en la cama, vencido por la resaca, recayó su mirada en una figura sentada en un sillón junto a su lecho, con las piernas embutidas en pantalones negros y cruzadas la una sobre la otra, de tal forma que el pie derecho, situado más arriba, se columpiaba ligeramente sobre el vacío. En un primer momento pensó: «Es el diablo. Has ido demasiado lejos y ahora viene a buscarte». Bramante cayó hacia adelante y se golpeó fuertemente contra el suelo. Gimió y

trató de pronunciar una oración.

La figura se levantó y Bramante contempló las finas piernas que se marcaban en las estrechas mallas. «Son como patas de araña», pensó.

—¡Señor, por favor, por favor! — dijo, con las palabras cayéndosele de la boca como bolas de algodón, mientras alguien lo agarraba de la ropa y lo levantaba.

—Levántate, Donato. ¡Levántate!

Reconocía aquella voz. Incluso el color y la forma de los ojos de su interlocutor le resultaban familiares, mucho. El cabello rizado cayéndole sobre los hombros, el rostro alargado, la perilla. Cerró los ojos y gimió.

—Vuelve en ti, amigo mío —
Agostino Chigi lo agitó y dijo, con la
nariz torcida—. Necesitas darte un
baño.

Bramante eructó y un sabor ácido se
propagó por su boca reseca.

—Disculpadme, ilustre Agostino,
disculpadme.

El banquero lo soltó. Bramante alzó
los ojos, estiró los músculos de la cara y
resopló.

Chigi se metió de lleno en la
cuestión. Era evidente que no quería
gastar más tiempo del necesario en los
aposentos del arquitecto.

—Imperia me ha hablado de vuestra
idea de erigir una nueva iglesia de San

Pedro para mayor gloria de Dios. Ha llegado la hora.

—¡Ha llegado la hora!

—Entonces, ¡hazlo! Cuentas con mi apoyo. Sin embargo, habrá quien ponga el grito en el cielo: debemos actuar con inteligencia y prepararnos para lo peor.

—¿Y qué conseguís vos con esto?

—Buena pregunta. ¡Por fin recobras el buen juicio! Es una cuestión financiera: va a ser el mayor negocio de mi vida.

Chigi sonrió. Tenía aspecto de haber calculado el crédito y los intereses y haber ponderado las garantías, tras lo cual se habría decidido a participar y esperaba grandes beneficios. El

banquero se volvió para marcharse, pero se detuvo en la puerta y hundió la mirada.

—Imperia te envía recuerdos.

Bramante reprimió una risa amarga.

—No olvidaremos el papel que has tenido en hacer posible nuestra felicidad, mi querido Donato. Has ganado un amigo —dijo Chigi, el hombre más rico del mundo, tan generoso como hábil en los negocios, y dejó el pequeño *palazzo* de Bramante.

Todo habría sido perfecto si el amor no torturara tan penosamente al arquitecto.

Después de permanecer Dios sabe cuánto tiempo sentado en la cama,

reflexionando acerca de las palabras de Chigi que no había querido aceptar, se levantó de pronto como quien baila una tarantela y bramó:

—Giorgio, inútil, calienta algo de agua y prepárame un baño con lavanda y romero.

El banquero tenía razón: necesitaba un baño con urgencia. Poco después se sumergía en un tina caliente y perfumada y cerraba los ojos. La lavanda lo confortó, mientras que el romero le reavivaba la circulación y, según esperaba, combatía la gota cuyos estragos volvían a hacerse visibles. El vapor dibujaba formas en el aire: columnas, cúpulas. Sí, quería crear de

acuerdo a las normas de la buena arquitectura. ¿Qué lo detenía? ¿La edad? ¿El miedo a no completar el edificio? ¡Nada de eso importaba en realidad!

Bramante se sentó en la tina del baño y se enjugó el agua de la cara con las manos. Lo esencial era iniciar el proyecto, no completarlo. Solo una cosa era importante: empezarlo de tal forma que, incluso tras su muerte, nadie pudiera cambiar lo que había iniciado. ¡Así de sencillo! Lo único en lo que tenía que pensar muy seriamente y a lo que debía encaminar sus pasos era a los hechos consumados.

Bramante salió del baño con un grito de júbilo y, sin prestar atención al hecho

de que no se había secado, se colocó los pantalones, la camisa, el jubón y las botas y salió presto rumbo al Panteón. No sintió como el viento primaveral, aún fresco, se filtraba a través de su ropa. Pronto se encontró bajo la poderosa cúpula del antiguo templo reconvertido en una iglesia cristiana primitiva y miró hacia arriba, hacia la cubierta que parecía abrazarlo. El corazón del edificio, el corazón de la fe, debía estar concebido como un edificio de planta central cubierto con una cúpula. Algo similar al Panteón, solo que mucho, mucho más grande. En comparación con San Pedro, ¡el Panteón debía parecer una caseta de perro!

De camino a casa pensaba en el *Libro del constructor*. Una vez en su hogar, lo tomó en las manos, lo abrió en la página del *Etz Chaim*, el libro de la vida con los cuatro arcángeles en el centro sobre los que reposaba el mundo. Aquellos seres celestiales mantenían firme el nexo entre el cielo y la tierra, la tierra y el cielo, pues eran mensajeros, siempre se encontraban a medio camino entre una dimensión y la otra. En la mente de Bramante, no era un movimiento desde el exterior, sino desde el centro de la fuerza hacia afuera, un edificio gigantesco que constituyera un encantador juego de los ángeles con el cielo. Ellos, los ángeles, sustentarían

la cúpula del cielo.

Su decisión era firme: sustentaría la gran cúpula que iba a construir sobre el crucero.

Bramante creía estar perdiendo la razón. Sus pensamientos se perseguían los unos a los otros sin contar con su participación. Eran seres independientes y su pobre cuerpo era solo un portador, un organizador, una carcasa. Tuvo que sentarse. Le asustó el estado de su corazón, que amenazaba con salirse del pecho, pues podía ver con claridad ante sí el nuevo corazón arquitectónico del cristianismo.

El arquitecto comenzó a calcular y a dibujar, utilizando la clave dimensional

que era el *Etz Chaim* para decidir qué robustez tendrían que tener los pilares para poder soportar una cúpula tan grande sin resquebrajarse bajo su peso. Además, solo contaba con tiempo hasta el retorno del odiado escultor desde Carrara para poder consumir los hechos. Y no solo ante él, sino ante toda la no precisamente diminuta posteridad.

COLONNATA, *ANNO DOMINI* 1505

Los cuervos planeaban en círculos sobre la cantera mientras Miguel Ángel y Francesco, acompañados solo por Matteo, ascendían de nuevo la montaña al día siguiente en busca de más piedras. Era como si los cuervos esperaran a las personas. Matteo maldijo en voz baja. Lo consideraba un mal presagio, aunque Miguel Ángel señaló que probablemente

solo significara que habían encontrado algún trozo de carroña en descomposición, ya fuera un conejo, un zorro o un lobo.

Al mismo tiempo, Fritz y Guido se encontraban ya de vuelta enrolando a los canteros y peones. Fritz quería organizar el transporte desde la montaña hasta el puerto, pero desde allí Miguel Ángel debía apañárselas por sí mismo. Los bloques de mármol debían llevarse hasta Carrara desde el valle mediante *lizzatura* y carros de bueyes y, una vez allí, hasta Ostia para su embarque. Sería en esa ciudad donde los introducirían en los panzudos barcos fluviales para llevarlos por el río hasta Roma. Con ese

propósito, Miguel Ángel había cerrado ya un trato con un armador de Lavagna.

El escultor investigó con minuciosidad las vetas de la piedra del fondo de la cantera, tan similar a un inmenso embudo. Le recordó a Miguel Ángel a la representación que Botticelli había realizado del infierno en la edición de la *Divina comedia* que Landino le había regalado y que, desde entonces, leía casi a diario. Tras algunas pruebas, dibujó finalmente con el índice un rectángulo imaginario sobre la pared para calcular la magnitud del bloque a extraer.

—¡Este! —dijo, señalando el lugar.

Mientras Francesco y Matteo

marcaban con hierros el bloque que posteriormente se perforaría, el escultor trepaba sobre un pequeño espolón con sus utensilios de dibujo al hombro. Tras examinar la roca pulgada a pulgada, acarició el mármol y formó en sus labios una sonrisa extasiada. La piedra era inmaculada, sin una sola muestra de cuerpos extraños ni grietas: el mármol más hermoso que jamás había visto. ¡Con él esculpiría su *Moisés* para la tumba! Estaba pensando en empezar a bocelar la roca allí mismo, en cuanto la extrajeran de la montaña, cuando un ruido indeterminado lo distrajo de sus pensamientos.

A unos doce pies bajo él se

encontraba, en una diminuta meseta, Giovanni, el muchacho que habían visto en la iglesia. Ante la mirada de Miguel Ángel, el chico semidesnudo retrocedió involuntariamente casi hasta el borde del saliente. Su cabello enredado se desperdigaba en todas direcciones y la suciedad había dejado en su frente surcos oscuros. Sus ojos parecían aun más dementes, como si las vengativas Erinias lo persiguieran, sedientas de sangre, para devastarle el corazón. El muchacho estaba encorvado, con los hombros encogidos y la mano derecha agarrándose el codo izquierdo. Su mano izquierda ocultaba el ojo izquierdo mientras el derecho se había fijado

terroríficamente en el escultor. Proyectaba el labio inferior ligeramente hacia adelante. Miguel Ángel nunca había visto una expresión tan perfecta del terror, en el que el espanto por las propias acciones se conjugara con el miedo a las consecuencias.

Con movimientos lentos, como si quisiera evitar espantar a un pájaro, extrajo su cuaderno de bosquejos y algo de grafito y comenzó a dibujarlo. Solo el graznido de los cuervos interrumpía ocasionalmente el silencio absoluto. No le interesaban las circunstancias que habían llevado al chico hasta allí, lo que pretendía y por qué se había detenido, como petrificado, a juzgar por el

temblor de sus labios, igual que no le interesaba el azar al que debía aquella imagen. Lo único que hacía era dibujar y dibujar.

Cuando hubo concluido el bosquejo, preguntó con suavidad:

—¿Qué ocurre, chico?

Aunque el aludido guardó silencio, Miguel Ángel comprendió que le había entendido. Tras una pequeña eternidad, el muchacho comenzó a mover los labios, pero no surgió de ellos ningún sonido. Habló en silencio, en absoluto silencio, gritó auxilio en silencio.

—Te entiendo. Te arrepientes de lo que has hecho.

—¡La culpa es de Dios! —susurró

Giovanni.

—¿De Dios? —preguntó Miguel Ángel, estremeciéndose.

—¡Dios es el diablo! —graznó el muchacho en voz alta.

¿Qué iba a escuchar? El corazón de Miguel Ángel dio un vuelco. Aunque era libre de considerar que el chico, al fin y al cabo, estaba perturbado, ¿no creían los antiguos griegos que la verdad surgía de los labios de los locos, tan libre como un oráculo?

—¿Cómo pudo dejar sola a Anna en el arroyo aquella mañana? ¡Tan hermosa! Hermosa como el amanecer. ¿Cómo pudo pastorearme como a un macho cabrío encelado? —exclamó con

voz ronca Giovanni.

—¿Quién?

—¡Dios!

—Sin duda te refieres al diablo, hijo mío.

Giovanni agitó la cabeza.

—El diablo no puede ser tan hermoso y tan puro. ¡Fue Dios el que me guío!

En ese mismo momento, Matteo y Francesco ascendieron por el espolón y aparecieron junto a Miguel Ángel. Cuando el hermano de la joven deshonrada vio al criminal, sacó el cuchillo y descendió en pos suyo.

—¡No, Matteo, no lo hagas! —gritó Miguel Ángel.

El chico, no obstante, fijó la vista en el hermano de Anna y no se movió. Cuanto más se aproximaba Matteo, más tierna se volvía su mirada y más comprensión reflejaba. «Sumiso y devoto como un perro», pensó Miguel Ángel y cerró los ojos, pues no podía soportar ver lo que estaba a punto de suceder. Era un sencillo y corto cuchillo de campesino bien afilado lo que le sirvió a Matteo para cortarle la garganta a aquel muchacho de su misma edad y verter una ráfaga de sangre oscura sobre la pálida piedra, que se tiñó de inmediato. El mármol no se comportaba así al trabajarlo, no se deformaba, se pulía.

Miguel Ángel agitó la cabeza:

—Giovanni y tú, ambos caeréis en el noveno círculo del infierno, tal y como lo describió Dante.

—Eso, señor, no es cometido vuestro el valorarlo, como no lo es mío: corresponde únicamente a la justicia de Dios.

Matteo se inclinó, casi laborioso, arrancó el jirón de tela que cubría las vergüenzas de Giovanni, le cortó el pene con el cuchillo y lo arrojó al valle. Miguel Ángel contempló la escena petrificado mientras Francesco no pudo evitar vomitar. El joven cantero le tendió al criado la botella de vino con la mano manchada de sangre. Francesco

tuvo una arcada, pero cogió la botella y tomó un gran trago y, después, un segundo. Poco a poco fue volviendo el color a su rostro.

—¿Y su familia? —preguntó.

—Saben que el mundo vuelve a estar en equilibrio. Así lo dictan nuestras leyes.

—¿Qué ocurrirá con su cuerpo?

Matteo señaló con la cabeza hacia los cuervos.

—No os preocupéis, señor —dijo, volviéndose hacia Miguel Ángel—. Lo llevaré a otro lugar. No entorpecerá vuestro trabajo —y, con estas palabras, cargó al muerto sobre sus hombros—. Ay, Vano, ¿por qué tuviste que hacerlo?

—murmuró, con lágrimas en los ojos—. Eras mi mejor amigo, ¡casi como un hermano para mí!

Durante la noche, espantosas imágenes atormentaron a Miguel Ángel en sueños. Un ángel tocando la trompeta de la venganza, san Bartolomé con un cuchillo en la mano derecha, el rostro parecido al de Matteo y sangre salpicada por la ropa. En su mano izquierda, portaba el santo la piel entera de un hombre, pero el rostro era el del escultor. Miguel Ángel vio en sueños como todos los seres humanos se dirigían al cielo pero la mayoría se convertían en víctimas del diablo y caían al infierno. Gritó tan fuerte en

sueños que despertó a todos los que dormían en la vivienda. El primero en llegar fue Francesco, que dormía en la habitación contigua.

—¿Qué os ocurre, señor? —preguntó y se inclinó sobre él, preocupado.

Despierto por su propio grito, Miguel Ángel se sentía confuso, pero logró calmarse.

—Nada, nada —afirmó.

—Pero estáis sudando —repuso Francesco le limpiaba el sudor con un paño y posaba la mano en su frente—. ¡Estáis ardiendo!

Por la puerta abierta de la diminuta estancia apareció el inmenso corpachón

del cantero. Tuvo que inclinar la cabeza y los hombros para no golpearse con el quicio.

—El señor está ardiendo de fiebre —exclamó Francesco con la voz llena de temor.

—Le diré a mi mujer que prepare compresas frías —decidió Fritz y se marchó presto a dar las órdenes pertinentes.

Pasaron una semana en la región, en la cual Miguel Ángel solo fue capaz de retener en su interior pan seco y vino espumoso. Anna lo cuidaba con delicadeza, pero no decía una sola palabra, ni tampoco sonreía. El escultor

se sentía débil y le dolía cada fibra de su ser. Gritaba una y otra vez, torturado por imágenes terroríficas de pesadilla que se repetían constantemente. Todos temían por su vida. Habían hecho venir un médico desde Carrara que ordenó practicarle al enfermo repetidas sangrías. A Fritz le disgustó la idea y envió a buscar a la vieja Annunziata, una viuda seca versada en todas las cuestiones de la anatomía humana. Recomendó proteger al enfermo de las corrientes de aire, mantenerlo caliente y hacerlo sudar para que expulsara al mal espíritu que lo atormentaba y le provocaba pesadillas. Debía tomar una vez al día vino tinto caliente mezclado

con *grappa*, huevo y miel en el que se habrían hervido hierbas secas, caléndula, salvia y camomila. Igualmente cada día debía tomar al menos dos litros de un té hecho con hierba luisa, hierba de san Juan y centáurea.

Miguel Ángel, a quien habían colocado en una cama en el gran comedor, temía quedarse dormido y repetir aquellas escenas horribles. Hacía cualquier cosa por mantener los ojos abiertos, siempre vidriosos y desorbitados, y empleaba en ello todas sus fuerzas.

Francesco y la familia del cantero abandonaron toda esperanza y pensaban

ya en llamar a un cura cuando Anna se sentó con rostro impenetrable junto al enfermo y empezó a cantarle con sencillez. Eran canciones de campesinos y canteros que hablaban de campos y lobos, de piedras, de curas avariciosos y agricultores avispados, pero sobre todo, de amor. Miguel Ángel se llevó consigo las historias de las canciones al sueño donde, como valerosos y pequeños caballeros, expulsaron las feas imágenes del mal. Para sorpresa y alivio de todos, recuperó la paz. Quizá las hierbas comenzaron a hacer efecto.

Dos semanas más tarde, el escultor se levantó del lecho de enfermo, pidió un caldo de carne y anunció que quería

ir a la iglesia. Tras escuchar la santa misa, deseó regresar al trabajo. Pidió poder pintar a la niña Anna, pero ella se negó. Él hubiera querido haber retratado la inocencia, pero ella era demasiado pura y libre de falta como para permitirlo. Finalmente, dejó de insistir. Retomó su trabajo y se volcó completamente en él. ¡Era estupendo regresar a la cantera!

Sin embargo, una pregunta aún lo asolaba. ¿Por qué motivo había creído Giovanni que había sido Dios quien lo había guiado y no el diablo? A pesar de que reflexionó largo y tendido sobre el tema, no pudo hallar motivo que llevara al muchacho a adoptar esa conclusión.

Por otra parte, tampoco terminaba de parecerle completamente la insensatez de un loco. «¡La culpa es de Dios!». Aquella frase se había clavado en sus pensamientos como una espina en la carne.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1505

El día entero, la noche entera e incluso el día siguiente y la noche consiguiente las pasó Bramante dibujando bosquejos con plomo y almagre en un gran pergamino. No lograba conciliar el sueño más que algunas horas escasas, pues su cerebro no encontraba descanso alguno. Incluso

cuando los ojos se le cerraban, no lograba mantenerlos así. La gota le dolía constantemente mientras trabajaba. Algunas veces, mientras dibujaba a mano alzada o con ayuda de una regla, gritaba de dolor. En ocasiones se veía obligado a ayudarse de la mano izquierda para dibujar y, con la mano enferma, sostener la regla como buenamente pudiera. De esta forma, logró esbozar medio crucero con el coro occidental e incluso la mitad del transepto.

Se recostó y observó durante un instante sus dibujos incompletos. Se le ocurrió no concluirlos. No por falta de tiempo, no, era por el apremio, por el

ansia victoriosa que emanaba aquel dibujo a medio bosquejar. Gritaba por su complexión, no solo en el papel sino arquitectónicamente, en el mundo. ¿Había algo mejor que poder presentarle a Julio II que ese anhelo?

Los ojos de Bramante resplandecían mientras sus pensamientos se expandían y en su rostro se formaba una expresión de furtiva alegría. El fragmento tenía un efecto secundario tremendamente beneficioso y era que dejaba abierta la cuestión de la vieja basílica. Si hubiera realizado la mitad restante del boceto de la misma manera que lo había hecho con la ya completa, el plano habría revelado sus intenciones. De aquella manera,

podía argumentar que la construcción central se ubicaba en el interior de la nave alargada del viejo templo. Mientras el debate se prolongara, él podía continuar con su política de hechos consumados.

Lo más importante, no obstante, era que ese fragmento resplandeciera. Mientras recogía el plano y ponía rumbo hacia los Palacios Vaticanos, el arquitecto se dijo a sí mismo que, si las moscas se cazaban mejor con miel, al papa como mejor se le cazaba era con ideas megalómanas.

Con su gran rollo de papel de dos codos de largo, caminó con paso apresurado, casi corriendo, en pos de

San Pedro. Cuando llegó hasta la explanada que precedía a la basílica, su mirada recorrió, triunfante, los viejos y desmejorados muros. Para él ya eran historia. Pronto derribaría aquellas paredes descompensadas y viejas y levantaría un nuevo templo más nuevo, más grande, más hermoso.

Solo por un segundo llegó a sentir dolor por el viejo edificio que había visto tanto a lo largo de su historia: oficios, coronaciones, saqueo y guerra, santos y demonios e incluso el pestilente cadáver de un papa extraído de su tumba y vestido con toda su pompa para impartir justicia aun en medio de su descomposición, pecado y virtud, amor

divino y humano. A pesar de todo ello, aquellas paredes eran viejas, estaban en ruinas pero, sobre todo, ¡estaban mal construidas! Desde el punto de vista de Bramante, aquel que quisiera hacerse una idea plástica de cómo el cristianismo más rancio y mohoso había asfixiado el hermoso y jovial mundo de la Antigüedad no tenía más que contemplar aquella monstruosidad que mataba toda la gracia de las formas y la alegría de la vida. Una arquitectura de la mala conciencia, de la opresión, no del gozo.

Para él, aquella miscelánea descontrolada de estilos y proporciones no obedecía en lo más mínimo las reglas

de la buena arquitectura. Si es que se podía hablar de proporciones y estilos. Bramante se sentía, por una vez, como un joven caballero dispuesto a vencer al viejo dragón de piedra. Se rio con tantas ganas de su tonta comparación que le asomaron las lágrimas a los ojos y los transeúntes por la calle se giraron para mirarlo. «Un trastornado, un loco en Cristo», parecían pensar. Pero no era tan fácil poner riendas a su dicha. El caballero Donato Bramante avanzaba sentado en un gran corcel y él lo sabía y lo disfrutaba. Tan joven, tan bueno, tan lleno de fuerzas como no se había sentido en mucho tiempo.

Todo lo que había planeado, y

aunque lo pensaba con respeto y afecto, tenía poco que ver con el buen Dios. Más bien se aproximaba al retorno de los grandes viejos tiempos bajo el mandato de un nuevo César, no Julio, sino Della Rovere, que era tan belicoso, tan poderoso e inteligente como aquel. El segundo Julio volvería a levantar el imperio romano y expulsaría a los musulmanes de Bizancio y de Jerusalén. El genio de Cayo Julio César había regresado en la persona de ese papa, si bien su avanzada edad le obligaría a apresurarse. Los planes de Julio competían con sus años en una carrera sin compasión en el estadio del tiempo. Sin embargo, nunca había existido un

vicario de Cristo que mereciera el título de *pontifex maximus*, gran constructor de puentes, como Giuliano della Rovere, que de hecho había construido un puente entre la Antigüedad y la oscura y gótica Edad Media que se había prolongado hasta sus días.

Bramante y Julio II, constructor y señor, Hiram y el rey Salomón, sobre aquella pareja reposaba la historia de la humanidad. Él, Bramante, levantaría el templo del retorno del señor del mundo, de Julio César. El hijo de un constructor de Monte Asdrualdo, cerca de Urbino, podía sentir ya en las puntas de los dedos la eternidad que se abría ante él. Si era capaz de contagiarle solo un

fragmento de su entusiasmo al papa, entonces lograría el proyecto. Se exhortó a mantener la mente fría. ¡No debía cometer ningún error! ¡No debía precipitarse!

El papa esperaba ya a Bramante en la *stanza della segnatura*. Se encontraban con él el eremita de san Agustín, Egidio da Viterbo; el arcipreste de San Pedro, fray Giacomo; el arquitecto Giuliano da Sangallo y, para mayor alegría del constructor, el banquero Agostino Chigi. Bramante le había enviado un mensaje y él había acudido a su llamada.

—Bien, hijo mío, ¿a qué se debe tan

buen humor? —preguntó el papa.

—Oh, sí —dijo Bramante aún sin aliento tras las carcajadas—. Disculpadas a este viejo pecador, si me río, si me alegro, si siento deseos de bailar y arrodillarme ante Dios en acción de gracias, con toda la devoción y el respeto —inició mientras declamaba y alzaba en el aire el rollo del boceto como un trofeo—. Lo que tengo aquí es la solución a todos los problemas relacionados con la ubicación de la tumba.

Cuando Julio miró inquisitivo a su alrededor, Bramante aprovechó la oportunidad para dirigirle una mirada cómplice a fray Giacomo.

—Entonces, muéstranosla de una vez —le ordenó el papa—. ¿O es que quieres jugar a los despropósitos con nos?

Con las manos temblorosas por la excitación, Bramante desenrolló el plano sobre el gran escritorio del papa. Fue posible sentir físicamente la emoción que poseyó a Julio II al inclinarse sobre el boceto.

—Solo está a la mitad, pero eso no importa, no importa en lo más mínimo. Podemos reconocerlo todo con claridad. Es el plano de una iglesia. ¿Has olvidado, Donato, que ya tenemos una?

Bramante se regocijó interiormente pues Julio se había sumergido

directamente en lo esencial. Realizó una cortés reverencia ante el papa y se volvió hacia fray Giacomo.

—San Pedro está en ruinas, ¿no es así, eminencia?

—Sí —respondió el dominico más obligado que voluntariamente y, en cualquier caso, con reservas, pues no confiaba en Bramante.

—¿No se desprenden las piedras de sus ensamblajes e incluso, en algunos puntos, directamente se precipitan contra el suelo? —prosiguió este sin inmutarse.

Giacomo asintió.

—Todo eso es subsanable, cierto —prosiguió rápidamente Bramante—. Sin embargo, hay que tener en cuenta que

hay paredes enteras que se están saliendo de su estructura. Algo así no se soluciona con pequeñas reparaciones.

Julio II sonrió.

—¿Y tú has pensado construirme, simplemente, una nueva iglesia? ¿Así, sin más?

—Santo Padre, la nueva Jerusalén necesita un nuevo templo —proclamó el constructor con fervor.

—¡Un nuevo templo para una nueva Jerusalén! —repitió meditabundo el pontífice.

Bramante había averiguado a través de Agostino Chigi que el papa pretendía hacer de Roma una nueva Jerusalén. Había introducido de forma totalmente

intencionada, aunque con una mirada inocente, aquel tema en la conversación para crear una conexión entre sus mentas y las del santo padre.

—¿Y por qué no simplemente mejorarlo, señor arquitecto? —quiso saber fray Giacomo mientras fruncía el ceño.

¡Bramante podría haber abrazado al arcipreste solo por esa pregunta! Aunque se hubiera formulado con un propósito distinto, jugaba enteramente a su favor.

—Debemos ampliarlo para albergar la tumba. Para ello, como *messèr* Miguel Ángel ya señaló, es necesario extender el coro occidental que se inició

ya bajo el pontificado de Nicolás V. Pero si hacemos eso, tendremos problemas de estática —explicó Bramante, diligente.

—¿Quieres decir que la ampliación podría hacer tambalearse la antigua San Pedro? —preguntó el papa, con el consiguiente y enérgico asentimiento por parte del arquitecto—. Y tú, ¿qué opinas? —preguntó Julio a su compañero de profesión, Giuliano da Sangallo.

—Es posible —respondió éste, balanceando pensativamente la cabeza.

«Ese viejo zorro», pensó Bramante, «me ha abierto todas las puertas».

—Me alegro de que estés aquí,

Agostino —continuó el papa, volviéndose hacia Chigi—. Te haré una pregunta hipotética: ¿aceptarías financiar todo esto en cualquier caso?

—Financio todo lo que sea sensato —respondió el banquero con una sonrisa.

—¡Pero esto no es sensato en absoluto! —exclamó Giacomo con una brusquedad poco habitual en él—. ¡La basílica de San Pedro es un recuerdo imperecedero y eterno de la cristiandad! —los ojos del joven cardenal relucían de furia y sus mejillas temblaban.

—Ese es precisamente el propósito de mi plan, querido hermano —explicó Bramante al dominico con tanta

jovialidad como si lo único que le preocupara fuera su bienestar—. Sobre la tumba del príncipe de los apóstoles alzaremos la cúpula de cielo, como la mano protectora de Dios.

Agostino Chigi se colocó entonces a su lado.

«En el principio creó Dios el cielo y la tierra.

*La tierra era una sola y vacía;
y las tinieblas cubrían el abismo,
mientras el espíritu de Dios
aleteaba por encima de las aguas.*

Y dijo Dios: “¡Haya luz!”.

Y hubo luz.

Vio Dios que la luz estaba bien.

*La separó de las tinieblas
y a la luz la llamó día y a las
tinieblas noche.*

*Y entre tarde y mañana fue el día
primero».*

«Sorprendentemente fiel a la Biblia», pensó Bramante y prosiguió, con voz llena de emoción:

—El poderoso crucero, con ventanas en la viguería y más vanos en la cúpula proporcionará la luz de Dios a la iglesia. Mi amado y buen santo padre, ¡pondremos fin a las eternas tinieblas de San Pedro!

¿Quién podría contradecir un argumento así? En boca de Bramante

todo parecía una promesa divina, aun más, una auténtica visión mística. Las visiones místicas no podían ponerse en duda.

—Un nuevo templo —repitió Julio pensativo, mientras se volvía hacia el eremita de san Agustín.

Egidio le devolvió la mirada, se arrodilló frente al papa y extendió los brazos.

—Permitidme que hable, santo padre. Puedo verlo con claridad ante mis ojos.

Bramante esperaba obtener el apoyo del agustino. Según todo lo que había oído acerca de él, Egidio da Viterbo estaba considerado como un gran

predicador y una de las mentes más ilustradas y brillantes no solo de su orden, sino de la Iglesia entera. La vehemencia de su discurso prestaría al proyecto el último estímulo necesario o bien lo hundiría bajo una cascada de argumentos negativos. Todo quedaba en manos de aquel hombre arrodillado.

Julio II asintió.

—Adelante, mi inteligente amigo.

Egidio alzó los brazos al cielo y dejó que su voz de predicador resonara por toda la estancia.

—Esto dice el Señor, Dios Todopoderoso: «Pensad bien en vuestra situación; subid al monte a buscar madera, reconstruid la casa y yo me

complaceré en ella y en ella pondré mi gloria. Esperabais abundancia y resultó escasez; lo que llevasteis a casa yo os lo he aventado con mi soplo. Porque mi casa está aún en ruinas, mientras cada uno de vosotros se dedica a hacer la suya. Por eso los cielos han retenido la lluvia y la tierra no ha dado sus frutos. Yo he hendido una espada contra la tierra, contra los montes, los cereales, el vino, el aceite y contra todo lo que produce la tierra, contra los hombres y el ganado y toda la faena de vuestras manos».

Egidio se levantó y bajó los brazos.

—Sí, santo padre, estoy de acuerdo con este hombre. ¡Reconstruyamos la

casa de nuestro Señor si se está cayendo! Dios bendecirá entonces nuestra empresa, como le prometió al profeta Ageo.

Cundió el silencio. Nadie se atrevía a hablar. Bramante tuvo la repentina sensación de que el Espíritu Santo moraba entre ellos. ¿Conservaría aún algo de su antigua piedad de juventud? «Ese Egidio es un hombre peligroso», pensó, «con sus palabras sería capaz de alzar en armas a un ejército entero».

Tras un momento eterno en el que se habría podido oír una pluma impactar sutilmente contra el suelo, Julio carraspeó finalmente. Entonces dijo en voz tenue, como hablando solo:

—Bien dicho, hijo mío. Roma, como centro de un nuevo Imperio Romano y como nueva Jerusalén, necesita un nuevo templo.

En ese momento, Bramante supo que el papa se sentía fascinado por aquella idea. Abarcaba todo lo que él valoraba: era grande, digna de un César. Había comenzado a convertirse en su propia idea.

—El boceto es de gran belleza —se atrevió a decir Sangallo.

—Simplemente ubicaremos el viejo templo en el interior de este nuevo —propuso Bramante y se esforzó por mantener un tono relajado, aun cuando interiormente temblaba triunfal—. ¡El

pasado y el futuro de la cristiandad unidos en uno!

—¡Y también nuestro presente! Pues somos los cristianos de hoy que es, para nosotros, el pasado y el futuro unidos.

Con esas palabras, Egidio dio por concluida la discusión.

Giacomo, por su parte, no podía objetar nada. Solo Sangallo torcía el gesto. Bramante conocía lo suficientemente bien a su antiguo hermano de los días de los *Fedeli* como para saber que le producía malestar la perspectiva de que se echara a perder una idea osada por el compromiso que suponía un excesivo afecto por la vieja basílica. Sin embargo, tampoco se podía

permitir iniciar una guerra con el poderoso dominico. ¡Ay, el bueno de Sangallo! Su talento, unido a un espíritu taimado, lo habría convertido en un poderoso contrincante. Sin embargo, Giuliano era demasiado buena persona o demasiado cándido, como cada uno quisiera denominarlo.

El papa fue mirando a uno detrás de otro durante breves instantes antes de decir:

—Dejadme solo. Quiero reflexionar.

Al parecer, no podía librarse de sus visitantes lo suficientemente rápido. La prueba fue que agarró a Bramante mientras se llevaba los planos para mantenerlos allí.

—Esto se queda aquí —ordenó Julio—. Y ahora, ¡fuera todos!

Giacomo pasó ante Bramante por la escalera y le dirigió una mirada tan llena de furia como cuando había tratado de evitar la aprobación del mausoleo pagano. El arquitecto sonrió de forma muy significativa y respondió con calma:

—Así es como debe ser. Una carga que es solo consuelo para mis preocupaciones. La mayor parte de la antigua San Pedro seguirá intacta. Y la tumba del escultor jamás se levantará en su interior. ¡Ese proyecto ha muerto en el día de hoy; tenéis mi palabra, fray Giacomo!

COLONNATA, *ANNO DOMINI* 1505

Miguel Ángel no se concedía descanso. Durante el día entero buscaba en la cantera las mejores piedras, por la tarde trabajaba en los bocetos del mausoleo papal y antes de dormir leía, como le había encomendado Landino, pasajes de la *Divina comedia*. En ocasiones se preguntaba qué tendría aquel libro que tanto lo hechizaba como

para leerlo una y otra vez.

Una mañana, mientras hacía transportar un bloque al valle mediante la *lizzatura*, lo comprendió de una forma terrible. El pesado trozo de piedra se resbaló por el trineo con la ligereza de un patín sobre el hielo, saltó sobre un repunte de la roca, modificando así su trayectoria y cayó sobre Matteo, que aguardaba en el valle para supervisar la carga de la mercancía en un carro de bueyes. Todo ocurrió tan rápido que el muchacho ni siquiera tuvo tiempo de gritar. El estrépito que provocó la piedra hizo que los bueyes se desbocaran y el cochero tuvo que poner todo su empeño en calmarlos. Por

primera vez en su vida, Miguel Ángel vio a esas bestias correr como caballos, algo absolutamente ajeno a su naturaleza.

—Aplastado por la suela de Dios — comentó un peón, sin adornos.

Otros gimieron o apartaron la vista. Miguel Ángel bajo corriendo hacia el muchacho que lo miró fijamente con los ojos muy abiertos. En realidad el dolor debía estarle haciendo retorcerse, pero parecía muy calmado, como si la destrozada parte inferior de su cuerpo no perteneciera a su anatomía. «Debe haber sido así», pensó Miguel Ángel mientras recordaba las secciones del cuerpo humano, «la roca debe haber

cortado los nervios que conducen el dolor, o al menos haberlos bloqueado, de la misma manera que un torniquete evita que un herido se desangre cuando se abre una arteria».

—Maestro —susurró el chico—, tal y como os dije, el mundo vuelve a encontrar su equilibrio. Dios ha sellado mi destino. Ahora todo vuelve a estar en orden. Todas las deudas están saldadas: Giovanni pagó con la vida por lo que le hizo a mi hermana y ahora limpio yo también mi cuenta por lo que le hice a él. Ya nadie le debe nada a nadie.

El escultor se arrodilló junto a Matteo. Se le había hecho un nudo en la garganta y no lograba pronunciar ni una

sola palabra. De pronto, el miedo inundó los ojos del muchacho.

—¿El infierno? —preguntó con voz débil, con el último aliento que le quedaba en los pulmones—. El infier...

Su boca permaneció abierta, su aliento se agotó y su mirada se congeló como cubiertos por una capa de hielo invisible. Lo que Miguel Ángel vio, inquisitivo, en los petrificados ojos del joven, fue la muerte.

Todo aquello que preocupaba a Miguel Ángel se encontraba en el libro de Dante. Hablaba de la culpa y la inocencia, de la injusticia del castigo de los inocentes considerados culpables, de la falta de oportunidades de los seres

humanos en el mundo y de lo más inalcanzable que podía encontrarse en la tierra: la misericordia. La *Divina comedia* empujaba a dudar de Dios pero también a creer en él. Miguel Ángel pudo sentirlo: aquel era el motivo por el cual no podía librarse de aquel poema y volvía a leerlo siempre como si fuera nuevo.

La visión de aquel chico sepultado bajo la roca, la imagen del blanco mármol y de la roja sangre, de la piedra y el alma, le removió de tal forma las entrañas que se quedó grabada a fuego en su interior y le produjo, curiosamente, el mismo efecto que algunos de los versos de aquella

comedia de Dios. Piedra y alma: esa era la cuestión a la que debían enfrentarse continuamente los escultores. ¿Cómo podía darle vida a la materia inerte? ¿Cómo representar en mármol la sangre que recorre las venas?

Fritz se arrodilló junto a él. Con la mano izquierda retorció la gorra que llevaba puesta mientras con la derecha cerraba los ojos de su hijo, dejando en sus párpados una fina capa de polvo blanco.

—No es justo que un hijo se vaya antes que su padre —dijo, sin emoción en la voz, antes de sumirse en un prolongado silencio.

Ni una lágrima, ni una queja. Miguel

Ángel observó al cantero mientras, muy dentro en el interior de éste, su dolor combatía una dura batalla.

Pero aún debía ocurrir algo más que conmovería a Miguel Ángel. Junto a la tumba de su hermano, Anna volvería a la vida. Las lágrimas manaban abundantes de sus ojos, como si se hubiera roto el hechizo que pesara sobre ella. Si alguna vez tenía que rehacer su *Pietà*, la Virgen María adoptaría entonces los rasgos de aquella muchacha de Colonnata.

Mientras permanecían de pie en el gran cementerio de la pequeña aldea y colocaban el ataúd de Matteo en el agujero en la piedra, Miguel Ángel tomó en sus brazos a Anna lleno de

compasión. Ella le clavó los dedos dolorosamente en el costado, pero aceptó su abrazo.

—El sol volverá a brillar durante el día —le susurró él al oído —y por las noches, serán las estrellas las que brillen y tú te irás volviendo más hermosa día tras día. Vive tu vida, no esperes justicia en este mundo.

—¿Nunca? —preguntó ella con voz queda mientras dirigía hacia él su rostro empapado en llanto.

¿Se lo habría imaginado? Nunca antes había podido escuchar su voz. Sin embargo, la mirada de la joven revelaba que no había sido una fantasía.

—Solo el día del juicio final.

—¿Habrá justicia entonces? —
susurró ella.

¿Qué sabía él?

—Eso espero, sí.

Por eso leía una y otra vez la obra de Dante, porque anhelaba saber si el día del juicio final se haría finalmente justicia. La duda, para él, era tan grande como la esperanza.

La vida retomó su rumbo habitual. Aunque Miguel Ángel no volvió a mostrarse tan solícito con Anna, comprobó aliviado que ella había vuelto a hablar y poco a poco recuperaba la vida. Se había despertado en él una inexplicable inquietud que lo impulsaba

a apresurarse en su tarea.

Una mañana, salió de la vivienda más pronto de lo habitual. La chiquilla estaba frente a él, observando dos chamarices que se disputaban una almendra. De pronto, se echó a reír como solo las niñas son capaces de reírse, divertida y contenida, alocada pero reservada, libre y contenta. Miguel Ángel no podía saciarse lo suficiente de su alegría, pero enseguida la llamó al orden y se puso en camino hacia la cantera.

Tenía prisa, pues para el cambio de año pretendía estar de vuelta en Roma y comenzar la tumba. Durante las noches trabajaba en los bosquejos de un hombre

sentado para su estatua del *Moisés* y se sorprendió cuando comprobó que el rostro del profeta bíblico iba adoptando los rasgos del cantero Fritz il Rosso. Poco después comenzó a bocelar el bloque que había previsto para su *Moisés* sentado. Era la misma piedra frente a la que Matteo había matado al infeliz Giovanni, la misma piedra que lo había aplastado.

Tras la selección de la piedra, Miguel Ángel debía supervisar también el corte del mármol. Para extraer el bloque de la roca, los peones debían insertar cuñas de madera en la pared de la montaña y humedecerlas después de forma ordenada. La dilatación de la

madera haría que el bloque saltara directamente de la roca. El escultor controlaba que no aparecieran grietas en el proceso. Una piedra deteriorada que resultara inútil una vez en Roma, constituiría una auténtica pérdida de dinero. Un hombre como Miguel Ángel, odiado diariamente por su cometido, no podía imaginar nada peor que gastarse el dinero en vano. Apuraba al máximo el salario de los canteros y el precio del transporte y el embarco del mármol. Sabía que debía cuidar la piedra como a un niño pequeño. Hasta llegar a Roma, cada etapa del camino constituiría un riesgo.

Cuando el sol de la tarde extendía sus amables rayos sobre el Foro romano era la hora de volver a casa para los campesinos y sus rebaños vacunos. Desconocían que el lugar en el que hacían pastar al ganado había sido antaño el centro del mundo y lo denominaban *Campo Vaccino*, el prado de las vacas. A su marcha, no obstante, el lugar no se despoblaba del todo. Solo cambiaba la parroquia.

Puntualmente a la caída de la noche comenzaban a circular por la zona del arco del triunfo de Tito, cerca del Coliseo, todo tipo de gentuza: asesinos,

ladrones, timadores, prostitutas y chaperos. Se arremolinaban en torno a un gran fuego que producía un oasis de luz en medio de la noche encapotada. Hacia ellos se dirigió un hombre envuelto en una capa negra. Se había calado hasta las cejas la sencilla boina que llevaba. Bajo el dobladillo de la capa sobresalía la punta de un estoque, pues quien frecuentara esa zona a esa hora más le valía ir armado. Así vestido, Giacomo il Catalano parecía más un aristócrata español que un dominico.

—Oh, ahí llega alguien para mí —ronroneó un viejo desdentado y le sonrió con descaro.

—¡Tú ya has tenido bastantes hombres en tu vida! Se acabó para ti — le increpó un ratero de poderosa estatura mientras se levantaba.

Tocó al que se sentaba a su lado, quien se levantó igualmente y salió al paso de Giacomo acompañado del fortachón. Aunque estaban acampados al aire libre, apestaba a matarratas barato, a sudor condensado y a orines. Tras verse derrotado, el viejo procedió a seguir rascándose la tiña, realizando incesantemente las muecas más desagradables. Por el rabillo del ojo, el cardenal percibió con repugnancia un ovillo humano que disfrutaba de su actividad sin pudor y a plena vista. Los

gemidos placenteros de sus participantes le recordaron al religioso a los chillidos de los cerdos.

—Es el pedacito de cielo del hombre sencillo —dijo el fortachón con voz áspera y propinó un codazo a su compinche, que sonreía malicioso—. No os lo toméis a mal, señor.

Giacomo desistió de contestar a aquel hombre, pues lo que le había llevado hasta allí era el negocio de los asesinatos a sueldo y no el de la predicación de las virtudes. Todos los que se encontraban reunidos en torno a aquel fuego vivían ya un infierno en la tierra. Ni se les planteaba la salvación, lamentablemente cambiarían un infierno

por otro tras su muerte. Giacomo se giró y se encaminó resuelto hacia el Coliseo, en el que finalmente penetró por la entrada principal seguido de los dos *bravi*.

La antaño orgullosa arena de los juegos, la más romana de todas las religiones romanas, el santuario de los paganos, como él señaló mentalmente con desprecio, se había convertido en una especie de cantera de la que todos los constructores extraían el mármol y las columnas para sus edificios. «Le está bien empleado», pensó, desdeñoso. A pesar de todo, aquellas ruinas que, parcialmente, aún se elevaban cuatro pisos, ofrecían una imagen de orgullo y

obstinación, como una espina en la carne de la Roma cristiana. Precisamente por eso Giacomo, en calidad de responsable de las instalaciones de la iglesia, insistía en extraer el material para la mejora de la basílica de la carne de piedra de aquel monumento pagano.

Se detuvo bajo la antigua tribuna imperial y observó la arena negra. Parecía unas fauces funestas. Allí había manado la sangre de hombres y bestias, una tarde tras otra, para diversión de los romanos, algo que había calado muy hondo en la memoria del *romano di Roma*. Incluso entonces se aprestaban a espectáculos sangrientos, como las ejecuciones públicas. Por ese motivo,

las representaciones anuales de la pasión de Cristo adquirirían gran realismo y cada año volvían a matar a Cristo en el Coliseo con la participación de todo el *popolo*.

—¿Cómo podemos servir esta vez a su ilustrísima? —preguntó el de la poderosa estatura con su ronca voz, mientras el pequeño de la cabeza cuadrada permanecía en silencio.

—¿Conocéis al arquitecto Bramante? —comenzó Giacomo.

—Conocerlo, no. Pero lo hemos visto, eso sí. ¡Es un buey muy rico! —replicó, con sus ojos grises y casi ocultos por pobladas cejas reluciendo con reconocimiento.

—Lleva un anillo de oro con un engarce negro y una piedra azul en su dedo anular derecho —prosiguió Giacomo.

El asesino a sueldo de la potente figura asintió en señal de comprensión mientras que el otro no mostraba reacción alguna.

—Quitadle el anillo. ¡Me da igual cómo! ¡Como si tenéis que cortarle el dedo!

—El anillo ya es vuestro, señor.

—Pero no lo matéis —señaló Giacomo a los dos *bravi*.

Aún le amedrentaba la idea de encargarse de la muerte de aquel gran, aunque lamentablemente pagano, arquitecto.

Giacomo había hablado sobre Bramante con los hermanos de la *Archiconfraternita*. Quería, al igual que él mismo, evitar que Miguel Ángel realizara aquel proyecto blasfemo de construcción y escultura. Y por supuesto no se mostraba contrario a ampliar y sanear la basílica, igual que no tenía nada que objetar a la construcción de una cúpula. Lo que no podía tolerar era que, en lugar de una nave alargada, pretendiera levantar un edificio de planta central que suprimiera el recuerdo de los últimos doce siglos y se convirtiera en un segundo Panteón, lo que para el dominico consistiría en una tardía y pérfida victoria del paganismo.

Además, no confiaba en Bramante. Giacomo, como buen miembro de la archihermandad, había decidido mantener un ojo sobre el arquitecto quien, al fin y al cabo, pertenecía a los *Fedeli d'Amore*.

Los hermanos casi deseaban el retorno del pontificado del papa Borgia. ¡Qué sencillo había sido todo en tiempos de Alejandro VI! Al menos entonces el frente había estado claro: el Anticristo se había sentado sobre la cátedra de san Pedro. Sin embargo ahora las cosas habían cambiado. Despreciaban a Julio II por su amor por la Antigüedad tanto como lo apoyaban en su deseo de expandir y consolidar los Estados

Pontificios. No se debía permitir que potencias medias como los napolitanos o los venecianos pudieran introducirse en los gobiernos del papa y tomar posesión de territorios pertenecientes a la Iglesia o que grandes potencias como el emperador o los reyes de Francia y España combatieran sus luchas de poder por la supremacía en Occidente sobre territorio italiano. Todo giraba en torno al poder, nada en torno a Cristo, independientemente de que adoptaran apelativos tales como «cristianísimo rey» o «rey católico». Incluso el rey alemán y emperador romano Maximiliano soñaba con reunir en una las figuras del emperador y el papa. ¡Era

una auténtica locura!

Los soberanos del mundo habían olvidado completamente que no eran más que señores feudales bajo el dominio del vicario de Cristo. En ese sentido, los hermanos y el papa eran ecuanímenes en sus opiniones. Incluso les satisfacía la idea de iniciar una nueva cruzada y liberar Tierra Santa y Bizancio. Había transcurrido ya una edad de los hombres desde que el sultán Mehmed II tomara Constantinopla con sus hordas musulmanas y el antiguamente tan orgulloso Imperio Romano de oriente, que llevaba tiempo tambaleándose, firmara definitivamente su sentencia de muerte. El recuerdo del

más amargo de todos los días, aquel en el que la hermana de la basílica de San Pedro, Santa Sofía, fue saqueada y quemada, aún permanecía como un dolor que se clavaba hasta los huesos: los más ancianos por haberlo vivido en persona, los más jóvenes por el terrorífico relato de los mayores.

Con ello y con todo, la archihermandad mantenía una relación ambigua con Julio II: los hermanos desdeñaban la querencia pagana del papa guerrero pero favorecían las metas de su política religiosa. Aquel dilema los descomponía. No eran capaces de ser completamente sus partidarios pero tampoco podían ser sus enemigos

acérrimos. Algo similar les ocurría con el protegido del papa, el arquitecto Donato Bramante. En el fondo lo despreciaban, pero quizá pudieran utilizar en provecho propio los fines que perseguía, desde luego mucho más que los del joven escultor de Florencia.

Giacomo deseaba, antes que nada, recuperar su anillo, sin embargo aquella era una cuestión privada de la cual los hermanos no tenían por qué enterarse. Era lo único que le quedaba de su padre antes de que los ejecutaran. Fue un momento difícil de su vida, mientras solo era un niño. Hubiera querido confesarse pero, ¿a quién? Había hecho lo correcto y lo incorrecto al mismo

tiempo: cometer un gran pecado para no cometer otro gran pecado. ¿Cómo encontrar la salida a aquel círculo vicioso? Dios lo ponía a prueba con dureza y crueldad. Su instinto le decía que aquello en lo que estaba a punto de involucrarse no le iba a conllevar el perdón, sino la condenación eterna.

—Dentro de dos días volveré aquí y quiero tener el anillo para entonces. ¿Me habéis entendido?

ROMA, *ANNO DOMINI* 1505

Bramante había extendido un gran pergamino sobre la mesa y dibujaba en él su visión de la nueva iglesia de San Pedro. Llevaba una semana trabajando en él sin descanso, como en éxtasis. Se interrumpía continuamente para hojear el *Libro del constructor* y, entonces, retomaba sus cálculos. ¿Qué altura deberían alcanzar los pilares del

crucero? Pero sobre todo, ¿cuánta superficie máxima era capaz de soportar una cúpula sin romperse? En conclusión: ¿qué dimensiones podría tener su cielo? Lo único que se prohibió fue en pensar en algo demasiado pequeño. Así pues, ¿qué diámetro debía alcanzar? ¿Quince pies? ¿Veinticinco? ¿Cincuenta? Su firmamento, entonces, alcanzaría la anchura del Tíber.

Siguió calculando, colocó las cifras unas junto a otras, las conectó y reconoció que no solo necesitaría un inmenso crucero con segmentos gigantescos para soportar las fuerzas de la cúpula. Quedaba aún por considerar si la cúpula en sí misma sería capaz de

soportar aquellas fuerzas tan enormes de su interior sin simplemente reventar. La cúpula del Panteón alcanzaba casi los quince pies, la cúpula de Florencia alcanzaba dimensiones similares, estaba compuesta por dos cúpulas superpuestas de diminuta curvatura, pero a pesar de ser muy ambiciosa, en el fondo seguía siendo una cúpula gótica. Así pues, no contaba. Incluso aunque sus cálculos dijeran algo distinto, le atraía la idea de utilizar la anchura del Tíber en la curva cercana a San Pedro, donde se ubicaba el castillo de Sant'Angelo, como medida para el diámetro de la cúpula del nuevo templo de San Pedro. Se arrojó sobre una silla con tal energía que la madera

reseca crujió, se colocó los brazos detrás de la cabeza y reflexionó.

Habría numerosos envidiosos que pretenderían cambiar y repasar sus cálculos, tratando de demostrar que su plan era impracticable. Había decidido basarse en las dimensiones de la cúpula del Panteón. Elevar su plana elegancia como el firmamento de la nueva basílica le depararía suficiente honor. Mientras dibujaba, se le ocurrió una vaga idea que fue adquiriendo cada vez más fuerza. Finalmente, decidió dejar el bosquejo y puso rumbo al Vaticano. Llevaba tres días encerrado en casa con sus cálculos. A pesar de ser un reconocido experto, había decidido

probar un nuevo método, la *bussola*, que utilizaba una brújula magnética para calcular la longitud de las proporciones matemáticas.

El terreno bajo el brazo sur de la basílica, donde se encontraban las dos capillas más conocidas del templo, la *capella* Santa Maria della Febrella y la de Santa Petronila, despertaban particular interés en él. Frente a Santa Maria della Febrella se erguía una antigua columna romana en cuya esfera, bajo la punta, se encontraban las cenizas de Julio César. Antaño había residido en el circo del emperador Nerón y el polvo y los escombros del tiempo la habían cubierto. La columna proporcionó a

Bramante una idea osada, tan osada que a él mismo le dejó sin habla. Las medidas debían demostrar si sería posible. Siempre habría tiempo de inclinarse ante su propia genialidad, lo primero era asegurar su visión a través de medidas exactas.

Midió la ubicación de la tumba de san Pedro y la tumba del tío de Julio, el papa Sixto IV. Después solo tenía que aplicar las medidas al bosquejo. El plano coincidía, como pensado por Dios. Los ojos de Bramante comenzaron a relucir. Su idea era elegante, grande y en su sencillez, genial. A través del dibujo vio la figura de la nueva basílica de San Pedro. Era lo más hermoso que

había visto en su vida: quería, debía verlo hecho realidad. Nada ni nadie podría detenerlo.

—*¡Messèr Donato, messèr Donato!*
—le llamó alguien con suavidad.

El arquitecto apartó la vista de su bosquejo. Ante él se encontraba el ayuda de cámara del papa, quien con la discreción asombrosa de un empleado doméstico de primera clase le llamó la atención con insistencia pero sin resultar molesto.

—¿Sí?

—Su santidad os aguarda en sus aposentos tras la hora de completas.

—Haced saber al santo padre que será un honor acudir.

Apenas volvía a encontrarse solo, Bramante llamó a su criado.

—Giorgio, miserable hijo de perra, ¿dónde te has escondido esta vez?

Cuando se giró, entre gritos y maldiciones, el aludido se encontraba esperando, sereno, frente a él.

—¡Dime que estás detrás de mí! ¡Maldito lameculos! Prepárame un baño y no escatimes en lavanda y rosas. Y llama al barbero. ¡Esta mata salvaje debe desaparecer! —exclamó, agarrando con los dedos la barba que le había crecido ampliamente en una semana.

Nacía de su cabello y brotaba por la barbilla y las mejillas, además de en la

nariz, para su disgusto, con igual diligencia.

Julio II lo había hecho esperar una semana entera. El papa, sin duda, no podía estar exclusivamente consagrado al proyecto, pues tenía también otras preocupaciones. Bramante, en cualquier caso, también había necesitado el tiempo y lo había aprovechado. En aquellos días la diosa Fortuna giraba su rueda solo para él. Habría sido un insensato si no lo hubiera aprovechado. El arquitecto pensó que, en el fondo, era un milagro que el hombre más anciano de todo el Vaticano, a pesar de todos sus proyectos políticos, aun encontrara tiempo y fuerzas para preocuparse por el

arte y la arquitectura. Sin embargo, el santo padre era lo suficientemente inteligente como para saber que los dos conceptos estaban conectados: el poder y la arquitectura del poder. No solo serían los grandes señores de la guerra los que volverían a convertir a Roma en la capital del mundo y en una nueva Jerusalén, también lo harían los constructores. Los unos no podían avanzar sin los otros.

Bramante decidió tomar una cena sencilla tras el baño y después ponerse en marcha. Todo debía quedar decidido ese mismo día. Su idea estaba formulada en su totalidad, era divina y absolutamente irresistible. Indicó a su

criado que preparara para la medianoche un suntuoso festín de celebración y que, además de llamar a algunos músicos, preparara la compañía de un par de damas del tipo a las que el señor de la casa era tan aficionado. A esa hora, según sus cálculos, debía estar ya de vuelta de la audiencia. En cuanto convenciera a Julio de su proyecto, lo que sin duda conseguiría, querría festejarlo por todo lo alto.

Hacía tanto tiempo que no se sumergía en la cálida piel de una mujer... ¿Viejo él? ¡Tonterías! Bramante había dejado de entender qué le había empujado a pasar las últimas semanas sumido en la tristeza y la desesperación,

en el escepticismo y la impotencia. Era como si hubiera estado hechizado, como si no hubiera sido él mismo. La pérdida de Imperia lo había afectado profundamente, eso era cierto, pero ¿no era parte del orden del mundo que las mujeres fueran y vinieran? Nada permanecía, todo cambiaba. Las nuevas generaciones se sumirían igualmente en las mismas contorsiones tan ridículas como apetecibles.

Tras el baño y el tentempié, en el que bebió más de lo que comió, se echó por encima una camisa de damasco y unos pantalones rojos acuchillados que dejaban entrever el forro negro de gran calidad. Para concluir, se colocó un

jubón de terciopelo del mismo tono que los pantalones. Completó su atuendo con un gran sombrero de plumas. En su excelente humor, que parcialmente debía al siciliano Nero d'Avola que había degustado durante la comida, no se dio cuenta de que iba vestido de una manera quizá demasiado ostentosa para su propósito. Su idea era más fuerte que todos los encantos del mundo, más atractiva que las mujeres, más embriagadora que el vino y más irresistible que el más delicioso de los platos. Bramante realizó una profunda reverencia llena de veneración ante su propia imagen en el espejo y salió de la casa.

En su mente apareció de pronto Pico y, en su imaginación, se arrodilló frente al filósofo pues, una vez se cumpliera su legado, Roma y el mundo lo elevarían a lo más alto. Espoleado por la perspectiva de hacer realidad lo que una vez juró en San Vital de Rávena y frente al cadáver de Pico, apuró el paso por los callejones y avenidas nocturnas hasta llegar al Vaticano.

Frente a la basílica de San Pedro se detuvo y dijo en voz alta:

—¡Dentro de no mucho caerás ante la auténtica arquitectura, lamentable montón de piedras!

Cuando penetró en la pequeña sala de lectura papal situada en la torre

Borgia, lo esperaban ya, junto a Julio II, el cardenal Catalano, Egidio da Viterbo y Giuliano da Sangallo. Agostino Chigi tuvo que disculpar su ausencia por grave indisposición de su esposa.

—La pobre Margarita Saraceni, que tanto tiene que sufrir, muestra siempre, no obstante, el mejor de los humores. Es un ejemplo, un ejemplo para todos nosotros de cómo afrontar las pruebas que nos impone el Señor —dijo el papa, pensativo, antes de emitir aquellas palabras consoladoras—. Hemos decidido realizar la reconstrucción de San Pedro. Muéstranos tu plan con más detenimiento, Donato.

Bramante emitió un suspiro de alivio

y se apresuró a extender el bosquejo. El papa contempló el edificio centralizado.

—Santo Padre, es tan sencillo como lógico. En este punto erigiremos el templo. Y, contemplad, aquí en el extremo norte colocaremos vuestro mausoleo y, si se gira hacia el sur, se encuentra el mausoleo del apóstol Pedro, directamente en línea recta a la tumba de vuestro querido tío, el papa Sixto IV.

Los ojos de Julio resplandecían. Sonrió, taimado.

—Pero veo que hay algo que corta la línea recta.

—Sí —explicó Bramante—. Cambiaremos la ubicación de la puerta

principal desde el este hasta el sur. Así, la columna con las cenizas de Julio César abrirá la línea que conecta la tumba de vuestro tío, la de san Pedro y vuestro mausoleo. Imagináoslo, santo padre: iniciaremos un recorrido desde los grandes hechos de Julio César antes del tiempo de Cristo y la llegada de la Iglesia, penetraremos después en el templo y nos inclinaremos ante el gran Sixto, nos arrodillaremos ante Pedro, el príncipe de los apóstoles y finalmente nos detendremos ante vos, santidad. Para mayor gloria de la Iglesia. ¡Y para mayor gloria de los Della Rovere!

Cundió el silencio. Todos contemplaban el dibujo.

—Así pues, ¿situáis al papa por encima de san Pedro? —señaló Giacomo, mordaz.

—¿En qué sentido?

—El recorrido que se inicia con Julio César y pasa por san Pedro hasta el Santo Padre puede considerarse que va en línea ascendente.

Bramante comprendió que en aquellas palabras se leía una acusación velada de blasfemia. Egidio da Viterbo observó al dominico y posó amistosamente el brazo sobre su hombro antes de exponer de forma absolutamente prolija y adornada que no se debía contemplar aquella línea como una diagonal ascendente, pues la iglesia

era recta, una meseta. Sin embargo, aquel reproche había hecho reflexionar al papa.

Giacomo no se dejó convencer por la exposición de Egidio y prosiguió, lleno de ironía:

—Si no he entendido mal vuestro bosquejo, no utilizáis los cimientos y los elevados muros del coro occidental que Nicolás V y Pío II erigieron. ¿lo que pretendéis directamente es trasladar la iglesia hacia el este? —Bramante asintió —. Si queréis mantener esa constelación y situar al príncipe de los apóstoles directamente en el centro, bajo la linterna de la cúpula entonces, ¿no tendréis que trasladar la tumba del

apóstol san Pedro? —quiso saber el dominico mientras mostraba una expresión de absoluta inocencia.

—¿Es eso cierto? —preguntó el papa con aspereza.

Bramante se dio cuenta de que Giacomo il Catalano había descubierto y expuesto el único punto débil de su plan.

—Es cierto, tendríamos que trasladar al príncipe de los apóstoles.

—Es inteligente por parte de *messèr* Donato pretender extender el templo no en la dirección del coro occidental y los muros ya existentes, pues eso solo conllevaría gastos y molestias —intervino Sangallo.

—¿Y eso por qué? —se interesó el

papa.

—Porque el suelo en ese punto estará removido y apelmazado y probablemente se volvería resbaladizo e inestable. Para poder aprovechar los cimientos en la construcción de un edificio tan grande, tendríamos que horadar la pendiente y estabilizarla.

—¿Pero sería posible? —Julio aún no se mostraba del todo convencido.

—Sí, claro, como otras muchas cosas.

—¿Es posible o no lo es?

Bramante apenas podía contener su rabia. Paparruchas y monsergas religiosas amenazaban con destruir su idea. ¡No podía permitirlo!

—Santo padre, pensadlo bien. Imaginaos el templo que vos, un César aun mayor que el original, construiréis y, frente a él, un majestuoso recuerdo del primer Julio justo en el patio anterior. ¡Cómo conmoveremos el alma de los cristianos con tan poderoso obelisco y, al mismo tiempo, los prepararemos con mayor sensibilidad para la grandeza de Cristo, que los aguarda en el interior de la iglesia! No os preocupéis por la tumba de nuestro venerado apóstol, que no sufrirá ningún mal. ¡Yo mismo la trasladaré con mis propias manos! — proclamó Bramante alzando los brazos en ademán de súplica—. Si Pedro se encontrara entre nosotros, sería el

primero que daría su conformidad, pues persigue la grandeza de la Iglesia, de Cristo y del propio san Pedro.

—«Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del reino de los cielos y lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo» — citó Egidio, dando su aprobación.

—Pero no está escrito que se pueda cambiar de sitio esa piedra al antojo de cada cual. Es pecado trasladar la tumba del príncipe de los apóstoles por pura vanidad —gritó Giacomo con el dedo índice alzado—. ¡Serán muchos, muchos

los que lo vean así!

—¿Que verán, hijo mío? —preguntó el papa, ansioso.

—¡Que san Pedro debe padecer a causa del pagano César!

—Nuestro hijo Giacomo tiene razón —decidió Julio II y alzó la voz para anunciar—. Deseamos que se realice la reconstrucción, pero la ubicación de la antigua basílica debe permanecer. El apóstol san Pedro permanecerá donde está. La sagrada tumba del primer papa no debe tocarse. Muéstranos un bosquejo que lo tenga en cuenta, Donato. Lo que hagas con el obelisco será cosa tuya, pero date cuenta: siempre preferiremos el cristianismo sobre el

paganismo, la religión sobre el lujo, la piedad sobre las alhajas, la verdad sobre las apariencias más ostentosas.

Bramante quiso replicar, pero se contuvo. Debía ser capaz de soportar el naufragio de su plan, pues al menos continuaba al mando del proyecto y era el único al que el papa le había confiado el encargo.

—Puesto que está ya decidido el ampliar y renovar San Pedro, ¿no sería positivo contar con segundas opiniones al respecto? —propuso Giacomo.

—¿En quién estás pensando? —quiso saber el papa.

—En fray Giocondo.

—¿El monje arquitecto? ¿No estaba

en Francia?

—No, precisamente ahora ha regresado a Venecia.

Bramante tuvo que admitir que el dominico se había preparado a conciencia.

—¡Es una magnífica idea, hijo mío! Y tú, Giuliano, piensa también en ello —cerró el papa la audiencia—. La casa de San Pedro bien merece la sabiduría de todos los mejores maestros de la arquitectura.

Hacia un instante, Bramante contaba con el encargo con total seguridad, pero ahora tendría que luchar por conservarlo. Decidió ponerse de acuerdo con Giuliano da Sangallo. No

debían enzarzarse el uno contra el otro. El arcipreste al que había querido utilizar había terminado jugándole una mala pasada. No volvería a repetirse. Lo habían desafiado, querían que echara toda la carne al asador. Bien, pues lo haría, lucharía con todas las armas disponibles. La basílica de San Pedro era su proyecto, el encargo que el destino le había deparado. Era suyo, ¡de nadie más!

La oscuridad de su corazón se expandió por Regola mientras Bramante, que maldecía en voz alta al traicionero dominico, caminaba por la calle. A su edad, el tiempo se iba volviendo cada

día más valioso que el oro. Cuando cruzó la calle frente a la *via* del Bianchi con su bosquejo enrollado en cuero de cabra bajo el brazo, surgió ante él, de la entrada de una casa, una figura poderosa que le cortó el paso. Llevaba en la mano un puñal. Bramante se giró bruscamente y descubrió un segundo ratero igualmente armado con una cabeza más pequeña que la de su compañero. Había caído en una trampa.

¡Qué absurdo era, precisamente ahora que pretendía alcanzar lo más alto aunque debiera luchar por ello, que el destino le saliera al paso de una forma tan estúpida! En su vanidad y buen humor, se había preocupado de ponerse

un sombrero emplumado pero no de coger un estoque.

—No tengo tiempo. Os daré todo el dinero que queráis, pero dejadme ir — les pidió, con la esperanza de poder persuadirlos así, pero de inmediato se dio cuenta de que su oferta había sido un error.

Era mejor no mostrar ninguna debilidad ante aquella pareja.

—Tu dinero no nos interesa —dijo el más grande, con voz ronca, mientras el arquitecto apoyaba la espalda en la pared de una casa para que no le apuñalaran a traición—. Cálmate, anciano, no te haremos nada. Solo queremos que nos des el anillo que

llevas. ¡Palabra de honor!

—¿Qué honor tienes tú para poder empeñar en él tu palabra? —gruñó Bramante.

—Deja de parlotear —dijo el portavoz y escupió al suelo—. Danos el anillo por propia voluntad o muere. A nosotros nos da igual. Te lo vamos a quitar y nos es lo mismo si estás muerto o vivo cuando lo hagamos.

Bramante se dio cuenta entonces de que el segundo no había dicho una sola palabra; quizá fuera mudo. Tanteó la pared y deseó fervientemente encontrar una puerta abierta y, de pronto, ¡el muro desapareció! Dio un gran paso hacia atrás y se golpeó contra una puerta de

madera. Se dio la vuelta y trató de abrirla por la fuerza pero ésta no se movió.

La decepción recorrió sus venas como el plomo líquido. ¿Podía ser Dios tan cruel? Justo en el instante en que se encontraba más cercano a la realización de su gran meta en la vida, ¿debía caer víctima de dos meros ladrones callejeros? Ay, Fortuna, maldita ramera. ¿Se habría aburrido de pronto de girar la rueda que no hacía tanto empujaba para él con tanta fuerza?

Unas manos fuertes lo agarraron por detrás y lo tiraron al suelo. La funda de piel de cabra en la que estaba enrollado el plano de la nueva San Pedro rodó por

la caída a lo largo de un par de pasos hasta la calle contraria. Mientras el mudo inmovilizaba a Bramante arrodillándose sobre sus brazos, su compinche sacó de su bolsillo un cuchillo pequeño y retorcido con el filo ancho y fuerte. Bramante sintió náuseas. Los dos canallas carecían realmente de escrúpulos y con tal de conseguir el anillo estaban dispuestos a cortarle el dedo que utilizaba para pintar y bosquejar. Gritó como un poseso pidiendo ayuda aun sabiendo que sería en vano, pues nadie querría meterse en disputas ajenas. ¿Y cómo saber en qué bando elegirían luchar? En un abrir y cerrar de ojos podría encontrarse con un

puñal clavado en las costillas o despertar la furia de alguien poderoso, lo que podía resultar aun más peligroso.

En un arrebato de inspiración tan repentino como desesperado, Bramante hizo acopio de mucosidad en la boca y se la escupió al ojo al hombre que tenía a horcajadas sobre él. Éste pareció, durante un instante, despistarse por la sorpresa, momento que aprovechó el arquitecto para encabritarse y echarse a la derecha. De esa forma logró liberar el brazo izquierdo y lanzó con fuerza sus dedos índice y corazón hacia el ojo del mundo. Sintió una superficie resbaladiza y desagradable, un crujido como el de una cáscara de huevo que se rompiera y

una repugnante humedad en la punta de los dedos. El mundo rugió como un animal herido y echó a correr en círculos. Bramante aprovechó el momento para agarrar la mano del otro ratero que sostenía el cuchillo, retorcerla y guiarla hasta la garganta del criminal. Cuando Bramante clavó el filo en el cuello enemigo, la sangre le salpicó el jubón, las mangas e incluso el cuello de su camisa blanca, como comprobó con pesar. El fortachón dejó caer el cuchillo, presa del horror. Bramante se abalanzó sobre él con rapidez y hundió el filo con furia en la garganta del hombre. La sangre dejó de salpicar y surgió como un manantial. Los

ojos del moribundo se abrieron, desencajados, en sus últimos estertores inmisericordes.

—Mi hermano, ¿qué harás...?

En sus ojos se reflejaron la preocupación y la ternura hacia su hermano.

—¡Qué voy a hacer! Lo destrozaré y lo descuartizaré —gritó Bramante, incapaz en su ira de sentir compasión.

Con sus últimas fuerzas desesperadas, el gigantón intentó levantarse para matar a Bramante y salvar a su hermano de su ejecución. El enorme cuerpo, no obstante, no tardó en caer como tronco talado y ya no se movió.

El mudo sollozaba y lanzaba estocadas ciegas al arquitecto. El puñal le acertó en un costado, le atravesó las costillas y estuvo cerca de tocar el corazón. Bramante se inclinó sobre el estoque del muerto en el momento en que le acertaba un segundo ataque del mundo. No sintió dolor ni miedo, solo una furia incontenible que sobrepasaba toda ira. Arrancó de un golpe el puñal de la mano del hombre y mientras se abalanzaba como un loco sobre su enemigo, gritaba una y otra vez que le revelara el nombre de quien los había contratado. Había olvidado que el pobre diablo no podía hablar. Por el contrario, los bramidos y quejidos impotentes,

aquellas expresiones animales de miedo y dolor que la naturaleza, en su infinita crueldad, había otorgado a aquel desgraciado como único recurso para mostrar sus emociones, no hacían sino enfurecer aún más a Bramante, quien se lo tomaba como una muestra de resistencia.

En algún momento dado sintió un profundo agotamiento. Dejó caer el rojo acero y miró al suelo. Estaba de pie sobre un charco de sangre. El *bravo* mudo había muerto hacía tiempo y frente a él yacía únicamente un sucio montón de carne machacada en la que difícilmente podía reconocerse entre piel, sangre y ropa. El arquitecto se

volvió: tras él yacía el fortachón, igualmente muerto. Sus ojos aún lo apuntaban, grandes y fríos como los de un pez, pero todavía reflejando una expresión de dolor grabada a fuego en las pupilas del muerto, como si aquella mirada se hubiera congelado y hubiera penetrado hasta el alma, para permanecer así por siempre.

La vista de Bramante se dirigió hacia el rollo con los bosquejos. Rebuscó en su bolsillo y encontró un pedazo de almagre. Tuvo que sentarse, pues todo a su alrededor comenzó a dar vueltas. Se dejó caer junto al boceto caído en el suelo y pescó el pergamino con sus dedos rojos y húmedos que iban

dejando huellas sanguinolentas sobre la superficie. Sobre su boceto de San Pedro dibujó el rostro del mayor de los hermanos, pues quería preguntar en todas partes por él. Los dos *bravi* conocían el anillo y habían intentado robárselo. Sin duda estaban al servicio del asesino de Pico, quien no podía ser otro más que el secretario. Finalmente se producía algo de acción. El asesino había mandado en su busca. O, más bien, en la del anillo.

Bramante sintió que lo abandonaba la capacidad para pensar con claridad. Todo se desvanecía ante sus ojos. Miró a su alrededor y pensó que ya no podía presentarse a su propia fiesta. ¿Qué

dirían las putas? Se burlarían diciendo: «Bramante se ha dejado zurrar». No pudo evitar soltar una risilla infantil. «Bramante se ha dejado zurrar... Se ha dejado zurrar...». Le sobrevino la sensación de estar abrazando toda la locura del mundo. «Se ha dejado zurrar...».

ROMA, *ANNO DOMINI* 1505

Un caballero procedente de un banquete había reconocido a Bramante y había dado parte a Agostino Chigi, que no vivía lejos del lugar del suceso. Éste envió a un par de muchachos bajo la dirección de un viejo criado. Cargaron los cuerpos de los dos *bravi* y los arrojaron rápidamente al Tíber. No lograron, no obstante, acercarse al

arquitecto, quien los atacó estoque en mano, fuera de sí y sin moverse del suelo al tomar a los criados del banquero por nuevos asaltantes.

Tras solicitar nuevas órdenes marcharon rápidamente a informar a Imperia a pesar de lo tardío de la hora. Cuando la mujer vio a Bramante, sentado sobre un charco de sangre, arrojando miradas furiosas a su alrededor y apuñalando fervientemente el aire con su espada, se le rompió el corazón.

—Donato, cariño, ¡soy yo!

Él volvió el oído en dirección al origen de aquella voz tan amada, como si estuviera ciego.

—Soy tu Imperia, querido.

—¿Imperia?

En su rostro manchado de sangre se abrió una sonrisa aliviada. Ella se desató los cordones que cerraban las mangas de su vestido azul de brocados y se arrancó del vestido interior la parte de tela que le cubría los brazos. Entonces se arrodilló junto a él y le limpió la sangre de la cara con los jirones.

—¿Estoy en el cielo?

—¿Es que el cielo se parece a Regola? ¡Mira a tu alrededor! — exclamó Imperia.

La mujer rodeó sus hombros con el brazo derecho y le tomó fuerte de las

manos. De esta manera y con la ayuda de los criados de Chigi logró poner en pie al voluminoso arquitecto.

—Venga, vamos a casa.

—A casa —murmuró Bramante.

Uno de los mozos recogió el esbozo. No quedó, como testimonio del asalto, más que la sangre que, poco a poco, se iba secando y adoptando el color de la tierra, además del pedazo de almagre roto de Bramante. A nadie le importó que dos asesinos a sueldo hubieran perdido la vida. Ya rescataría alguien sus cadáveres en la isla Tiberina o en Ripa Grande, si es que los peces del Tíber no habían dado ya buena cuenta de ellos para entonces.

Cuando llegaron al pequeño *palazzo* de Bramante, Imperia despidió con un gesto de cabeza a los músicos y a las prostitutas que esperaban al arquitecto desde hacía largo tiempo y que, entretanto, se habían quedado medio dormidos de puro aburrimiento. Les pagó el salario convenido, pues no era culpa de esa gente lo que le había ocurrido a su patrón. Después lavó a Bramante con agua que había templado su criado y le curó las heridas. Giorgio la ayudó a depositarlo en la cama e Imperia se sentó junto a él. Le acarició la frente y le cantó con dulzura a media voz una antigua canción de cuna romana. Aquel timbre maternal lo tranquilizó y

poco después roncaba a pleno pulmón con el rostro relajado. Antes de marcharse, Imperia ordenó al criado que la informara cuando se despertara.

Bramante durmió durante todo el día y se espabiló la mañana del día siguiente. Abrió los ojos y pidió una gallina asada. Estaba limpiándose ya los dedos grasientos en un paño cuando Imperia apareció en la habitación. Él le dedicó un brindis con un vaso de vino blanco y bebió a su salud.

—¡Y resucitó de entre los muertos!
—exclamó ella, burlona.

—Espero que eso solo se me pueda aplicar a mí.

—Sí, los *bravi* reposan entre los

peces.

Bramante se apartó de encima la manta que lo cubría. Con su camisa blanca parecía un adonis envejecido.

Imperia sonrió.

—Me temo que debo rechazar la invitación. Soy fiel a Agostino, pero me sentaré a tu lado.

Mientras la cambiaba los vendajes, el arquitecto le contó la historia de la muerte de Pico, del anillo y del libro. Una vez terminada la narración, ella lo miró con preocupación.

—Te enviaré un guardaespaldas. ¡Uno de los dos, el secretario o tú, acabará muerto!

Poco después de que ella se

marchara, apareció Giuliano da Sangallo, a quien Bramante había enviado a buscar. Su instinto le dijo que la compasión que Sangallo mostró era sincera, a pesar de que no siempre había tratado a su antiguo hermano de juramento con simpatía, en ocasiones ni siquiera le había mostrado toda la deferencia que hubiera debido. Sin embargo, Sangallo no era un hombre rencoroso. Pertenecía a aquella rara especie de hombres que vivían en completa armonía consigo mismos y con sus vidas. Al enterarse de lo que le había ocurrido a Bramante, simplemente agitó la cabeza.

—No somos príncipes, ni políticos,

ni cardenales u obispos, ni tampoco rateros así que, ¿quién demonios querría acabar contigo?

—¡El asesino de Pico, por supuesto!
—exclamó Bramante.

En ese momento se abrió la puerta y entró un visitante inesperado. El audaz desconocido lucía un pendiente de oro en la oreja y estaba vestido de pies a cabeza de cuero marrón. En los ojos azul claro de aquel hombre de rostro enmarcado por alocados rizos se reflejaba una sonrisa burlona que parecía haberse instalado en ellos de forma permanente.

Bramante se levantó.

—¡Aquí entra la gente como si fuera

la plaza del mercado! ¿De qué os conozco? ¿Qué queréis de mí? — preguntó al extraño.

Aquel personaje le sonaba vagamente de algo pero no era capaz de ubicarlo del todo, si bien tenía la sensación de que su conexión con él no era negativa. El hombre se desnudó la cabeza del sombrero de plumas que lucía con la mano derecha, dibujó en el aire tres elipses con él y realizó una reverencia sumamente elegante.

—Ascanio Romano, maestro de esgrima, espadachín por cualquier causa, siempre que la causa sea la del bien, y eternamente dispuesto a cruzar filos con el mal. *Madonna* Imperia me

envía y preferiría morir antes que decepcionar a dama de tanta importancia —bramó, como si se dirigiera ante una muchedumbre de al menos mil personas desde la *loggia* de las bendiciones de la basílica de San Pedro.

—Si venís de parte de madonna Imperia, siempre seréis bienvenido, amigo mío. Sin embargo os pido que suavicéis ligeramente el sonido de vuestra voz —pidió Bramante, sujetándose la cabeza.

Tras el saludo de Ascanio, se había dado cuenta de que había sido él quien le había abierto la puerta del *palazzo* de Imperia en aquella ocasión.

—En ese caso, me asentaré en la

antecámara. Llamadme cuando me necesitéis —exclamó Ascanio intentando en vano cumplir el deseo del señor de la casa.

Bramante dirigió a Sangallo una mirada llena de resignación. Su ángel de la guardia sería capaz de hacer caer las murallas de Jericó.

—Haced que Giorgio os asigne un aposento y os de algo de comer.

Tras una reverencia no menos elaborada que la que efectuó a su llegada, el nuevo guardaespaldas de Bramante abandonó la habitación. El arquitecto lo miró marchar sonriente.

—Debe haber servido mucho tiempo en Francia —dijo, divertido por sus

modales.

Se sintió lleno de una cálida gratitud hacia Imperia. ¿Podía haber mayor prueba de amor? Espantó, no obstante, de su mente todo pensamiento dirigido a la señora de su corazón, se sentó en el borde de la cama y volvió de nuevo su atención a su visitante. Todavía se sentía un tanto mareado, pero no quiso que eso lo limitara y luchó contra el malestar. Comenzó a balancear las piernas, peludas y arqueadas y de pies planos, que le asomaban por debajo del largo camión blanco.

—Giuliano, viejo amigo, necesito tu ayuda y tu buen oficio. ¿Estarías dispuesto a perseguir las metas de

nuestra hermandad?

Los amplios bigotes de morsa de Sangallo comenzaron a temblar y la emoción se dibujó en sus ojos.

—Nuestra buena hermandad... Con qué frecuencia he pensado... —suspiró y Bramante incluso creyó leer una lágrima en sus ojos.

—¡La reconstrucción de San Pedro debe ser el templo de los *Fedeli d'Amore*! Mi plan es el siguiente: tú realizas un boceto para la remodelación que case con el modelo de edificio centralizado. Fray Giocondo, sin duda, presentará un bosquejo de nave alargada en un gótico soso. Cuando la discusión alcance su punto óptimo, presentaré un

modelo con un poderoso crucero que deje abierta la cuestión del edificio centralizado o alargado que solo contestaremos en la práctica, cuando esté construido.

Los ojos de Sangallo brillaron.

—Donato, viejo canalla, ¿quieres jugar a los hechos consumados?

—¿Conoces alguna otra definición de la arquitectura que no sea la de consumir hechos? ¿Realmente tenemos que discutir sobre el arte de la arquitectura con legos en la materia, incluso con teólogos? ¡Te lo suplico, Giuliano! Ellos que paguen, pero que nos dejen el resto a nosotros.

La mirada de Sangallo reflejaba

también su asombro ante el descarado y las consecuencias del plan de Bramante. Ni la insolencia ni la falta de escrúpulos eran características muy propias de su naturaleza y por ello, como había descubierto hacía tiempo, siempre sería el segundo en su arte, nunca el primero.

—Por desgracia he de pedirte algo más, amigo mío. Por favor, mantenlo en secreto —y con estas palabras Bramante alzó su dolorida mano derecha, que aparecía roja e hinchada.

Sangallo reconoció la terrible enfermedad.

—¡Tienes gota en la mano!

—Sí y hacer los bosquejos me resulta cada vez más difícil. Pronto me

será del todo imposible. Pero nadie debe saberlo, pues mis enemigos lo utilizarían en mi contra. ¡Un arquitecto que no puede dibujar!

—¡Como si de eso dependiera la capacidad de proyectar! —mencionó Sangallo.

—Es un mero tecnicismo, pero quién sabe.

Giuliano da Sangallo se atusó la barbilla con la mano y reflexionó unos instantes. Hombre práctico como era, decidió buscar de inmediato una solución al problema de Bramante y encontró una salida elegante.

—Toma a mi sobrino Antonio bajo tu tutela y enséñale tu maestría. Es un

gran dibujante, será capaz de plasmar tus ideas y papel y guardará tu secreto.

Bramante se levantó y abrazó a Sangallo tan aliviado como conmovido.

Poco antes de la caída de la noche, Bramante se dirigió hacia el Coliseo portando el retrato del asesino a sueldo. Había pasado a limpio el dibujo que había realizado sobre su boceto durante el ataque. Tras él, a una distancia prudencial, se mantenía Ascanio. Aunque el arquitecto estaba aún un poco pálido, había recuperado completamente su empuje y sus ganas de luchar. ¡Por fin daría con el maldito asesino de Pico! Bramante estaba ansioso como un niño

en su primera comunión, aunque en realidad fuera más un funeral.

Vagaron en primer lugar por aquellas grutas cubiertas de maleza que eran las ruinas de las termas de Caracalla y que proporcionaban cobijo a aquellos que carecían de hogar o que necesitaban un lugar en el que esconderse. Aquellas galerías por las que crecían sin restricción árboles y maleza parecían unas fauces infernales. Las bóvedas de arcilla del techo estaban destrozadas en su mayor parte y solo los amplios arcos que conectaban los estribos ofrecían protección frente a la lluvia y la nieve. Sin embargo, en aquel momento, era el verano lo que reinaba en Roma y

resultaba imposible pensar en aquellas épocas del año en las que cundía el frío y la humedad.

Mujeres ajadas y famélicas, prostitutas de mirada pícara, todo tipo de figuras sospechosas agitaban la cabeza entre vehementes e indiferentes cuando Bramante les mostraba el dibujo. Aunque las últimas horas de luz aún permitían ver el retrato con claridad, nadie reconocía aquel hombre o ponía el más mínimo interés en identificarlo. Solo cuando el arquitecto ofreció a un joven estafador un escudo y le aseguró que tanto el retratado como su hermano reposaban con los peces accedió éste a aconsejarle que preguntara por la zona

del arco del triunfo de Tito, cerca del Coliseo. Había visto a aquel hombre allí un par de veces. Bramante dio el dinero al muchacho sin mayor agradecimiento y puso rumbo apresurado hacia el arco de Tito, siempre seguido de Ascanio.

Un grupo de figuras que se recortaban, oscuras, contra el cielo nocturno, se encontraban ya reunidas en torno al fuego cuando llegaron. Dos hombres robustos con sonrisas satisfechas aunque maliciosas dibujadas en el rostro hacían rodar un barril de vino o aguardiente. Bramante colocó la imagen frente a los ojos de una mujer andrajosa, quien como única respuesta se persignó con energía y se marchó sin

decir palabra. El arquitecto trepó por un sillar de granito cubierto de musgo que se había desprendido del arco en algún momento de los últimos mil años.

—Escuchadme —exclamó a su alrededor, alzando el retrato—. El hombre que aparece dibujado aquí está muerto, al igual que su hermano. No tenéis nada que temer de ellos, pero podéis ganar algo de dinero a su costa. Estoy buscando a aquel que los contrató. ¿Hay alguien aquí que lo conozca?

El fuego ardía con fuerza y arrojaba sus llamas amarillentas hacia el cielo. El resplandor hacía parecer más peligrosos de lo que en realidad eran a aquellos pobres diablos, pero al mismo

tiempo despertaban mayor compasión. Si la vida de los seres humanos residía en la mano de Dios, la de aquellos miserables se encontraba pendiendo en la punta de sus dedos. Nadie dijo nada. Ni siquiera volvieron la vista hacia Bramante, como si éste estuviera hecho de aire.

Lleno de rabia y decepción, el arquitecto se dispuso a regresar a casa cuando Ascanio lo agarró de la manga. Bramante se volvió hacia él, inquisitivo.

—No tengáis tanta prisa, *messèr* Donato. Esta gente sabe algo —susurró el guardaespaldas con una sonrisa satisfecha—. La indiferencia de aquellos que no saben nada y la de

aquellos que no quieren saber nada puede verse parecida, pero no lo es.

—¡Habla, entonces! —exigió Bramante con impaciencia.

—Es muy sencillo: los unos se sumergen completamente en su indiferencia, mientras que los otros se revuelven nerviosos. Esa gente alrededor del fuego se esfuerzan por dominar su agitación.

—Pero, ¿por qué? ¡Los *bravi* están muertos!

—¡Pero el que los contrató no lo está!

—¿Quieres decir que tienen más miedo del patrón que de los esbirros?

Ascanio asintió. Las aletas de la

nariz se le agitaban con la fiebre de la caza como velas impulsadas por el viento.

—Vendrá aquí, estoy seguro de eso.

—Pero, ¿por qué?

—¿Aún tenéis el anillo? —preguntó Ascanio con una sonrisa cómplice.

Bramante agradeció al destino la exquisita capacidad de comprensión de su guardaespaldas. Buscaron un escondite entre unos densos arbustos y montaron guardia durante toda la noche, sin éxito. La noche siguiente regresaron al escondite. Nada. Sin embargo, Bramante confiaba en Ascanio, cuya seguridad lograba vencer sus reiteradas dudas.

Fue a la tercera noche cuando apareció finalmente un hombre de aspecto español vestido de forma exquisita. Bramante supo desde el primer momento que era aquel al que buscaban. Cuando la figura de negro se hizo visible bajo la clara luz de la luna, un solo pensamiento azotó su mente: es él, el ángel de la muerte. ¡El mismo pensamiento que había tenido aquella vez, sobre el suelo de la casa de Florencia!

Abandonó el escondite entre los matorrales tras las ruinas y avanzó hacia el fuego. Un tipo rechoncho llamó entonces la atención de la figura de negro hacia el arquitecto.

—Señor, ya que estáis aquí, quería hablar con vos. Alfaron y Bruno están muertos, por cierto.

Con un movimiento repentino, el hombre se volvió hacia Bramante. El resplandor del fuego modeló los rasgos endurecidos de aquel hombre que, sin duda ya, había envenenado hacía más de una década al conde Pico della Mirandola.

—¡El cardenal Giacomo Catalano!
—exclamó Bramante—. ¿Vos, eminencia? ¿Vos sois el secretario que asesinó a mi amigo?

—¡Sí, yo! Más tarde o más temprano teníais que terminar descubriéndolo. Pero no os servirá de nada, pues nadie

osará dar crédito a vuestras palabras si lo contáis.

Los dos hombres se enfrentaron durante unos instantes en un duelo de mudas miradas hostiles. El cardenal señaló con el dedo índice a la mano derecha del arquitecto.

—Tenéis algo que me pertenece.

—¡Vos también?

—¿Y qué puede ser? —preguntó el cardenal con frialdad.

—Vuestra vida.

Giacomo aún no había extraído el estoque cuando Ascanio apareció junto al arquitecto con la espada en ristre.

—¿Qué os hizo a vos el príncipe de Concordia para que lo envenenarais? —

preguntó Bramante con amargura.

—Pico della Mirandola era un hereje de la peor calaña, un corruptor.

—Era el hombre más inteligente que he conocido en mi larga vida.

—No os quito la razón en lo que habéis dicho. Por el contrario, era su inteligencia lo que le hacía tan peligroso. Con su muerte se destruyó vuestro círculo herético. Y ahora, ¡devolvedme el anillo!

—¿Por qué es tan importante para vos?

—¡Eso nunca lo sabréis!

El arquitecto inclinó la cabeza como si meditara un instante y después desenvainó su acero.

—Entregadme vuestra vida y yo enterraré el anillo con vos. Lo juro por todos los dioses de Roma —dijo Bramante, tratando de provocar a Giacomo al dirigir su juramente a las divinidades paganas—. Iréis con los peces y con los peces descansaréis. En esa misma humedad limpiaré mi alma enferma y la purificaré.

Observó encantado el frío filo de su espada y la envidió por ser la que proporcionaría la estocada mortal al cuerpo del archicanalla. ¡Con qué placer se habría insertado él mismo en las vísceras de aquel envenenador y desperdigado con sus propias manos todos sus órganos!

De pronto, uno de los hombres del grupo en torno al fuego se apartó de los demás y se situó entre el arquitecto y el cardenal. Los dos señores, tal y como solicitó apremiante, deberían solventar sus diferencias en otro lugar. No debían producirse disturbios allí. Bramante y Giacomo observaron, atónitos, al hombre andrajoso que con los brazos extendidos y las palmas de las manos vueltas hacia arriba se erigía, suplicante, como pacificador. Tenía razón, la muerte del cardenal o del constructor no debía salpicar a aquella gente. A ojos de las autoridades, serían los chivos expiatorios perfectos, pues nadie haría responsable a un cardenal de

la muerte del arquitecto del papa, ni atribuiría la muerte violenta de un alto cargo del clero al artista. Giacomo observó primero a Bramante y después a su acompañante. Una sonrisa torcida apareció en su rostro.

—Los dos *bravi* tenían instrucciones de perdonaros la vida. Ya no me siento atado a tales escrúpulos.

Bramante escupió.

—Y tú —siguió Giacomo, hablando con voz áspera a Ascanio—. Piensa bien si es que quieres ayudar a un hereje. Si te sitúas en mi contra, tendrás un mal final.

El guardaespaldas de Bramante torció la boca con desprecio y alzó,

amenazador, su estoque.

—El envite mortal que ha de enviarme al más allá está ya decidido en el cielo. Ni siquiera vos como cardenal podéis hacer nada en contra. Buscar la muerte o huir de ella es una decisión que solo a nosotros nos compete.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que no será una hoguera? —replicó Giacomo con ánimo de asustar a Ascanio, pero éste se limitó a sonreír y callar—. Estáis muerto, Donato, y tú también, *messèr* Estocada Mortal. Más tarde o más temprano.

Giacomo envainó su espada y desapareció en la oscuridad.

Bramante iba a salir en su

persecución, pues bajo ningún concepto podía dejar escapar semejante oportunidad, pero de pronto dio de bruces contra el suelo. En ese mismo momento, el puño de Ascanio aterrizó en el rostro del pacificador, que había agarrado de la pierna a Bramante. El hombre se tambaleó, pero repitió con voz más baja aunque aún resuelta:

—Disculpadme, misericordioso señor, pero os dije que aquí no.

Bramante se levantó dolorido y dispuesto a liberar su furia contra el miserable, pero Ascanio lo contuvo.

—El hombre tiene razón, *messèr* Donato.

El arquitecto envainó su espada. Al

menos ahora conocía la identidad del asesino del conde. Se abría para él el camino de la venganza, su momento llegaría. Pero primero debía erigir la basílica para demostrar que los *Fedeli* aún vivían, aunque su cabeza hubiera muerto asesinada. Bramante trazó en silencio su plan de aniquilación: mataría primero al cardenal y luego a la persona. En ocasiones era bueno presentar las cartas sobre la mesa. No se haría ilusiones, no obstante, acerca de cómo se comportaría el dominico. Giacomo il Catalano no toleraría que hubiera alguien que supiera que había asesinado al conde Giovanni Pico della Mirandola, el mayor filósofo de su

tiempo.

CARRARA, ANNO DOMINI 1505

La lluvia golpeaba sin compasión la piel del mármol, las espaldas de los peones y los rostros de los marineros y fregaba la cubierta de la pequeña *caracca* que se balanceaba sobre las olas del puerto. El barco no podía ocultar su edad, los tablones que lo componían parecían profusamente curtidos por las aguas. Miguel Ángel

había escogido, naturalmente, al armador que menos dinero le exigía por el transporte. Había logrado convencerlo de que no le cobrara más que quinientos cincuenta ducados por la carga y transporte de las piedras.

Con los restantes mil ducados del pago papal, el padre de Miguel Ángel había adquirido un bonito terreno. Aquella sería la piedra angular del imperio de haciendas y edificios que Miguel Ángel planeaba levantar para recuperar el lugar preponderante en la sociedad que a su familia y a él les correspondía. Nunca había podido olvidar el motivo por el cual había tenido que separarse de Contessina, ni

tampoco el dolor que la degradación le causó.

Por eso había escogido aquella *caracca* de, posiblemente, ciento cincuenta años de edad. Aunque había transcurrido tiempo ya desde el mediodía, bajo aquellas nubes negras todo era oscuridad. No habían visto un rayo de sol desde hacía días. Las grandes piedras se cargarían por medio de una grúa erigida sobre vigas, de cuyo brazo giratorio colgaba una vela unida a un cabo. La grúa, similar a un árbol desnudo, fluctuaba ligeramente bajo el peso de los sillares mientras depositaba con precaución la valiosa carga en el vientre de la nave de tres mástiles. En

aquel instante se encontraba en el punto de carga un sillar, un bloque enorme. Los peones alzaban lentamente el coloso por entre las corrientes de aire. Cuanto más lo izaban, más crujía y se tambaleaba la grúa de forma poco reconfortante. En el castillo de popa, el timonel aguardaba y contemplaba los procedimientos con rostro impenetrable. El capitán, con la espalda apoyada en el palo mayor, bramaba:

—¡Despacio, despacio, despacio, hijos de puta! Si la piedra roza la vela, me destrozará el estrave y el casco. ¡Despacio, he dicho que despacio! O volveréis más pronto de lo esperado con vuestras mujeres.

Como llevado por una mano fantasma, el bloque planeaba sobre la cubierta. Debían evitar que comenzara a pendular, pues entonces quedaría fuera de control. Miguel Ángel atravesó una pasarela muy gastada hacia la borda y se situó junto al capitán, un tipo pelirrojo con una nariz abultada y azulada, robusto y musculoso.

El escultor contempló encantado las catorce piedras, cada una más hermosa que la anterior, que lo acompañarían en su viaje hacia Roma. Las restantes lo seguirían pronto. Con ellas esculpiría las diosas de la victoria. Eran fáciles de identificar, pues las había bocetado incluso antes del transporte. El punto

final lo ponía el coloso con el que moldearía el *Moisés*. El mármol tratado fue hundiéndose lentamente, acompañado de la mirada enternecida de Miguel Ángel.

No veía los sillares, veía ya las figuras completadas que pronto liberaría de la piedra. Más aun, veía al primer hombre que se encontró realmente frente a Dios en las laderas del monte Sinaí. El hombre y Dios, qué experiencia más sobrecogedora. Capaz de transformar a un ser humano. Así quería crearlo Miguel Ángel, sentado, con el reposo de un hombre que ya lo ha vivido todo y que no albergaba ya más dudas ni más miedos, que había abandonado el mayor

y más angustioso terror humano, el de la muerte, porque Dios residía en su interior. ¿Cuántos místicos habían ansiado e incluso dado la vida para conseguir lo que él consiguió: encontrarse frente a frente con Dios, verlo, hacerse uno con él? ¿Qué había contestado Dios a la pregunta de quién era? Soy el que soy. Exactamente así quería el escultor reflejar a Moisés, como aquel que era el que era. Miguel Ángel sonrió. ¿No era eso lo que los filósofos y teólogos denominaban el ser o la sustancia: ser lo que se era? Apenas podía esperar a llegar a Roma y ponerse manos a la obra. En ocasiones, se sorprendía a sí mismo colocando las

manos como si sostuviera un martillo y un cincel y estuviera esculpiendo el aire.

—Debemos colocarlo abajo del todo porque es el de mayor tamaño — bramó el capitán.

—¿Pero entonces no lo presionarán o incluso romperán las restantes piedras? No, con él haré una estatua como no se ha visto ninguna otra en el mundo.

El marinero escupió y guardó silencio.

Francesco, que tenía auténtica fobia al mar, hizo que un fornido peón lo subiera a bordo. Por nada del mundo se iba a pasear sobre aquella pasarela tan estrecha y frágil. Miguel Ángel tenía en

gran estima a su criado, pues a pesar del escaso salario que cobraba permanecía a su lado voluntariamente, aunque ello le conllevara soportar incontables molestias. En el fondo, el pequeño Francesco era el muchacho más valeroso que el florentino había conocido, pues continuamente hacía frente a sus numerosos temores.

—*Messèr* Miguel Ángel, partamos mejor mañana. Temo que nos encontremos con una temible tormenta—dijo el capitán, pensativo, con la mirada fija en la muralla oscura que se alzaba en el horizonte marino—. Son las tormentas primaverales.

—Mañana me diréis que pasado

mañana, y pasado mañana que... Bah, dejémoslo. ¿El barco estará a salvo en el puerto?

—Eso no lo sabe nadie, pero al menos nosotros sí estaremos seguros.

—Solo Dios decide cuándo estamos seguros. Debemos salir al mar, ¡debo volver a Roma! No puedo esperar más.

El capitán gruñó una maldición ininteligible y después bramó:

—Todos preparados para zarpar.

—Entendido, *capitano* —respondió el marinero del muelle.

Éste, junto con los demás hombres que habían ayudado a cargar desde tierra, se apresuraron a subir al barco. Un joven de unos dieciséis años recogió

la pasarela, ante lo cual el risueño marinero le pasó afectuosamente la mano por la cabeza en señal de reconocimiento.

—Por los tres nombres del diablo, ¡soltad amarras! —ordenó el capitán.

—¡Soltad amarras! —gritó el marinero.

Dos hombres deshicieron los nudos de los cabos. Veinte lobos de mar se situaron sobre la cubierta y empujaron con largas varas la superficie del muelle para propulsar el barco. Lentamente el buque fue tomando dirección a mar abierto. El capitán ordenó desplegar la cebadera y el viento, de inmediato, hinchó la pequeña vela. La *caracca* fue

poniéndose poco a poco en movimiento. El timonel tuvo que girarla para mantener el viento en las velas.

—Desplegad la vela latina —ordenó el capitán.

La vela triangular del palo de mesana, que se alzaba tras el palo mayor como queriendo hendir el cielo oscuro, era la más propicia para aprovechar el viento lateral. No se atrevió aún a desplegar las grandes velas cuadras pues primero quería comprobar cómo se comportaría el barco en mar abierto. Navegar por aquel muro negro de lluvia intensa fue como atravesar el infierno, a pesar de que no era más que mediodía. La nariz de Francesco adoptó un tono

verdoso. Se agazapó a los pies de la escalera del castillo de popa que llevaba al puente y se dedicó a rezar sin interrupción.

—No vas a morir —le dijo el escultor.

—¿Cómo sabéis eso?

—Porque está escrito allí arriba —dijo Miguel Ángel, señalando el cielo.

—Claro, y vos podéis leerlo —replicó Francesco con escepticismo.

Habían cargado las piedras en la costa de Liguria y navegaban a través del mar Tirreno en dirección sur, hacia Ostia. El capitán se introdujo en alta mar más de lo habitual porque temía que la tormenta los arrastrara contra la costa o

los acantilados, que tardarían demasiado en avistar por culpa de las malas condiciones de visión. El viento soplaba con tal fuerza que desistió de desplegar los trinquetes. Había supervisado personalmente la carga y amarre de los bloques, pues que una sola piedra se soltara bastaría para provocar una catástrofe. Todos estarían perdidos, ya que los pesados bloques rocosos eran capaces de hacer zozobrar la embarcación o incluso abrir brechas en su casco. En cualquiera de los casos, acabarían en el fondo del mar.

Miguel Ángel sabía que había sido del todo irracional desdeñar el consejo de un lobo de mar experimentado, pero

había perdido la paciencia. Un mal presagio lo arrastraba con rapidez hacia Roma. La tormenta tomaba cada vez más fuerza. Miguel Ángel se unió al capitán en la galería. En aquel momento en que parecía claro que se encontraban en manos de Dios para atravesar la tormenta, él se mostraba mucho más tranquilo.

—¡Empañicad la vela latina! — ordenó.

El mundo se sumía en la oscuridad y el cielo, el horizonte y el agua resultaban ya imposibles de distinguir. Se trasladaban a través de una masa amorfa gris oscura compuesta de fina humedad. Por si el miedo no resultaba

ya incontenible, la tormenta emitió un bramido tan terrible como estremecedor.

—Son las almas de los condenados, los marineros pecadores que se dejaron aquí la vida. No han encontrado reposo, los pobres diablos. Braman desde entonces, como si ardieran en la hoguera. ¿Qué tal os encontráis ahora, *messèr* Miguel Ángel? ¿Os arrepentís ya de vuestra decisión?

—¡No! Y en lo concerniente a las almas, las incluiré en mis oraciones — respondió el artista con frialdad.

El capitán observó al escultor atónito. ¡Un hueso duro de roer! Las olas arrastraban el barco y jugaban con él. Miguel Ángel vio palidecer a aquel

curtido marinero a su lado.

—El mar se encabrita.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que estamos en manos de Dios.

Pueden venir olas de frente, de la derecha, de la izquierda, pues el viento cambia continuamente de dirección. Es un mal augurio. No puedo adoptar ningún curso pues cualquiera puede ser una mala elección.

El capitán no había terminado de hablar cuando una ola desperdigó su carga de agua sobre ellos. El barco saltó hacia adelante y hacia atrás. A veces escoraban pero de inmediato se sumían en un valle de olas.

Francesco, entre tanto, había

expulsado ya todo el contenido de su estómago sobre las planchas de madera empapadas de agua, por lo que solo le quedaba seguir expulsando bilis.

A pesar de la rugiente tormenta, pudo oírse por toda la embarcación un chasquido, seguido de un sordo sonido de rozamiento. El barco se inclinó hacia un lado.

—¡El mármol! —bramó el capitán.

Miguel Ángel lo siguió escaleras abajo hacia la bodega. Mientras el capitán abría el portón, el buque iba inclinándose progresivamente hacia estribor. Dos cabos se habían desgarrado y los bloques de piedra que habían mantenido sujetos hasta entonces

iban inclinándose cada vez más hacia el lado izquierdo del barco.

—Quien en algo valore su vida, ¡que venga conmigo! —rugió el capitán, a lo cual Miguel Ángel, acompañado de cuatro marineros, descendieron hacia la sala de carga—. Coged tablas, ¡daros prisa! ¡La siguiente ola que venga de babor nos hará zozobrar!

Los marineros se aprovisionaron de tablas de madera que utilizaron como palancas para alzar los sillares sobre un primer nivel de bloques de mármol asentados. Miguel Ángel también ayudó. Solo la suerte logró evitar que, entre tanto, ninguna ola golpeará desde la derecha y pusiera en movimiento las

restantes rocas. Ambos sucesos habrían significado que el barco se fuera a pique. Los hombres se afanaban con todas sus fuerzas en levantar la roca que, por voluntad del escultor, tendría que convertirse en el *Moisés*. Si bien lograron mover el bloque, no consiguieron sostenerlo. No tardó en recuperar su posición inicial. Al menos, no obstante, consiguieron evitar que se sacudiera hacia la izquierda.

—Mantened ahí esa piedra infernal —ordenó el capitán.

Miguel Ángel torció instintivamente el rostro. Aquella piedra no era infernal, lo era el cabo roto. Quién sabía qué edad tendría y cuánto habría soportado.

Pero, ¿qué podía exigir? Al fin y al cabo había pagado un precio reducido y había alquilado a aquellos mercaderes de almas con la vista puesta en el dinero.

El capitán ascendió por la bodega y llamó a los restantes marineros, incluido el timonel. Juntos lograron contener la piedra con presteza. Utilizaron cuñas de madera para fijarlas y solo les restaba atarlas utilizando nuevas cuerdas. Entonces, una ola azotó el flanco derecho de la nave con toda su furia. Las cuñas se rompieron como astillas y la roca se puso de nuevo en movimiento. El capitán, inmune al desaliento, tomó el tablón entre las manos y lo colocó contra una piedra para situarla en el

borde superior de la superficie de carga, ante lo cual dos marineros lo imitaron de inmediato. Así, las rocas cayeron con gran estruendo sobre las tablas, que se quejaron, pero se mantuvieron firmes. De nuevo empujaron con las tablas los bloques hasta devolverlos a su posición original. Esta vez lograron fijarlos y amarrarlos. Si bien se encontraban todos completamente agotados, ninguno pensó en desfallecer. La lucha contra los elementos todavía no estaba ganada. Sin perder un instante, el timonel regresó a su lugar. El barco tomaba ritmo apresurado en dirección a la isla Gorgona.

—Si hubiera perdido a uno solo de

mis hombres —murmuró el capitán con expresión pétrea, dirigiéndose a Miguel Ángel—, ¡os habría destrozado!

—Solo intentarlo os habría costado la vida —respondió el escultor con serenidad.

Apenas podía verse nada frente a la isla y los bramidos de la tempestad amortiguaban también el sonido de las olas al romperse contra los acantilados del arrecife.

Hasta la caída de la noche la tormenta no arreció. Miguel Ángel y Francesco se reencontraron tras la cena, consistente en vino y pan tostado con algo de queso, a la que Francesco renunció para tratar de recuperar algo de

paz en su camarote del castillo de popa. Mientras el escultor se dormía enseguida tras una breve oración, su criado se consagraba a la madre de Dios y se sumía en los salmos penitenciales hasta que, en algún momento, también cayó rendido.

A la mañana siguiente no reinaron precisamente el sol y la belleza, pero al menos la tormenta había llegado a su fin y únicamente llovía con profusión. Nada recordaba a aquella muralla negra y aunque tampoco podían vislumbrarse los dorados rayos, al menos podía percibirse su presencia en difusas manchas de luz. El capitán había

ordenado soltar las velas del trinquete y del palo mayor, incluso la latina y la cebadera. El barco tomó rumbo y se dedicó a atravesar las olas. Miguel Ángel se reunió de nuevo con el capitán en el puente.

—Si no tenemos mal viento, mañana estaremos en Ostia —dijo el lobo de mar sin apartar la mirada del agua.

No esperaba respuesta alguna y Miguel Ángel tampoco se sintió demasiado atraído por la conversación. En aquellos momentos, el silencio era más apreciado por aquellos dos hombres que, en ningún caso, estaban particularmente dotados para el arte de la cháchara vacía. Odiaban la perpetua

palabrería que perturbaba el silencio del mundo. La gente hablaba aunque en realidad no tuviera nada que decir, hablaba por aburrimiento, por el deseo de engañar o de poner a prueba a alguien o, en el peor de los casos, por miedo. Si un hechicero hubiera ofrecido a Miguel Ángel la posibilidad de otorgarle una voz a sus esculturas, él lo habría rechazado con brusquedad: sus figuras eran capaces de hablar por sí mismas sin necesidad de cotorrear.

—¿De verdad el mármol absorbe el agua? —preguntó el capitán tras un buen rato.

—Puede empaparse, sí.

—Entonces, si sigue lloviendo así,

quizá tengamos que deshacernos de algún bloque para evitar que la carga se vuelva demasiado pesada.

—Antes acabáis vos entre los peces que alguna de mis piedras —replicó el escultor, sombrío.

Incluso aunque fuera del todo improbable que pudiera cumplir tal amenaza, haría todo lo posible por llevarla a cabo. El capitán, no obstante, se sintió poco inclinado a comprobar la sinceridad de sus palabras y rezó para que la lluvia no continuara demasiado. El hombre a su lado debía ser, sin lugar a dudas, un demente.

Al día siguiente, a mediodía, llegaron finalmente al puerto de Ostia y,

poco después, comenzaron ya a descargar las rocas en los barcos fluviales. Fueron necesarias cinco barcas: cuatro de ellas transportaron cada una tres bloques pétreos, pero el futuro *Moisés* precisó de una de ellas para él solo.

A última hora de la tarde, la pequeña flota de mármol llegó al puerto de Ripetta, en Roma. Los barqueros y transportistas se negaron a descargar las barcas de noche y se limitaron a amarrarlas bien a la orilla. Miguel Ángel estaba fuera de sí por la ira, pero no pudo hacer nada al respecto. Decidió pasar la noche junto a sus piedras para cuidar de ellas. Envió a Francesco a que

le procurara algo de comer. Después de haber reestablecido fuerzas, permitió que Francesco se marchara mientras él permanecía en la orilla y paseaba arriba y abajo.

Las noticias de su llegada se propagaron por Roma antes de que él llegara a percibirlo. Casi a la misma hora, el cardenal Catalano y Donato Bramante ya sabían del regreso de Miguel Ángel.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1505

A altas horas de la madrugada, mientras la ciudad aún dormida sentía que la mañana se extendía fría sobre ella

y la plácida noche iba retirándose, cinco figuras embozadas se dirigieron hacia el puerto. Cuando un helado y agotado Miguel Ángel las descubrió, no tardaron en encararlo. Él extrajo su estoque, pero uno de aquellos sujetos de aspecto siniestro logró arrebatarse el arma con un golpe de su propio filo. Nadie había instruido al escultor en el arte de la esgrima. Sin decirle nada, lo agarraron con brusquedad, lo maniataron y lo amordazaron. Finalmente, retiraron las anclas de los barcos y abrieron agujeros en sus cascos, tras lo cual desaparecieron tan rápido como habían llegado.

Miguel Ángel se retorció de rabia y

se sacudía entre las cuerdas que se le clavaban dolorosamente en la piel. La mordaza le impedía gritar pidiendo ayuda. Estuvo a punto de ahogarse en su propio berrinche mientras contemplaba cómo las barcas con su preciado mármol iban hundiéndose en el río. Con un inmenso esfuerzo, logró deslizarse sobre el estómago, se sostuvo con la cabeza sobre el polvoriento suelo y alzó las piernas. Apretando con la cabeza y los hombros, dobló la pierna derecha y consiguió levantarla, seguida de la izquierda, tras lo cual se puso de cuclillas y, de ahí, en pie.

Corrió hacia la oficina de aduanas, cuya entrada daba a los muelles. Allí, un

hombre que portaba una vela observaba por la ventana el estado de los muelles. Miguel Ángel intentó llamar su atención. Saltó, pero se tropezó y aterrizó con brusquedad en el suelo. Maldijo y luchó por levantarse de nuevo. Justo entonces el aduanero, un hombre pequeño y rollizo de barba morena y papada, salió a la calle. Se frotaba los ojos y se estiraba con tranquilidad. Descubrió en ese momento al artista, lo cogió en brazos y le ayudó a levantarse. Observó a Miguel Ángel atónito durante un instante antes de, finalmente, retirarle la mordaza de la boca. Aunque sentir aquel dedo sucio en su boca le produjo repugnancia, el escultor al menos había

recuperado el habla.

—¡Desatadme de inmediato! —ordenó con voz áspera al regordete aduanero—. ¡Me han atacado!

Mientras el hombre deshacía las ataduras con escasa habilidad, Miguel Ángel volvió la vista hacia el Tíber. ¡Las barcas estaban comenzando a hundirse! Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Rápido, ¡avisad al barquero!

El aduanero salió corriendo tan rápido como se lo permitieron sus cortas piernas. Miguel Ángel descubrió un pequeño bote, se subió a él y remó hacia las barcas que contenía la piedra del *Moisés*. Pensó como un loco sobre qué

debía hacer y finalmente comenzó a achicar agua. Unos instantes después, llegaron apresuradamente todos los navieros. Quedaba patente que los habían levantado de la cama, pues ni siquiera se habían molestado en vestirse demasiado. Aquello que estaba amenazando con hundirse en las aguas amarillentas y verduzcas del río era toda su existencia. Se lanzaron sobre botes o directamente al agua fría y remaron o nadaron a sus respectivas embarcaciones. Entretanto, el puerto se llenó de peones que se implicaron igualmente en la salvación de las naves. Dos barcas con seis de los bloques lograron recuperarse y llevarse a puerto.

Otras dos se hundieron en el Tíber. A última hora de la mañana, en un gran esfuerzo colectivo, lograron rescatar las rocas que contenían. Por la tarde, la roca del *Moisés*, que también había logrado salvarse, yacía junto con otras diez piedras destinadas a convertirse en diosas de la victoria sobre la superficie del puerto. En total, Miguel Ángel había perdido cuatro piezas de mármol: podría haber sido mucho peor. Llegó a la conclusión de que debía ser el papa quien corriera con los gastos derivados de la pérdida, sin pararse a pensar que había utilizado ya buena parte de la suma que éste le entregara para sus propios fines. La conciencia del escultor

estaba tranquila. Había administrado bien los costes y no era su culpa que las fuerzas de orden público papales no hubieran logrado expulsar de la ciudad a los grupos de rateros como los que le habían atacado aquella noche, si bien debía admitir que Roma era mucho más segura que en los días del miserable Borgia. Miguel Ángel pretendía presentarse ese mismo día ante el papa y realizar una protesta y una denuncia. ¡En lo concerniente a sus piedras, no había hombre capaz de detenerlo! Además, incluso había ya comenzado a tallar algunas de las piezas para transportar tan poca piedra superflua como se pudiera en el difícil camino hacia Roma.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1505

Para Bramante dio comienzo la etapa más fascinante de su vida. Sentía como si hubiera regresado a los días de los *Fedeli*. Gracias a su guardaespaldas y a cierta precaución permaneció a salvo de la persecución y los ataques del cardenal. Se dedicó a calcular proporciones y longitudes y a dejar a Antonio dibujar, hasta el día en que el

papa lo llamó a su presencia.

Apenas había entrado en la *stanza della segnatura* cuando sintió caer sobre él la mirada triunfal del arcipreste de San Pedro. No podía presagiar nada bueno. Tendió a Giacomo casi con obstinación la mano en la que llevaba el anillo. De inmediato la satisfacción desapareció de los ojos del dominico y su rostro se ensombreció. Bramante sonrió con malicia y se inclinó hacia el suelo para besar los pies del papa. Julio, no obstante, había tomado como costumbre, para evitar que su arquitecto adoptara tal saludo, tenderle directamente la mano con el anillo del pescador. Bramante, por tanto, volvió a

incorporarse y besó la alhaja del papa. Después saludó con un asentimiento amistoso a Giuliano da Sangallo, que sostenía una carpeta negra en la mano y estaba vestido con un manto verde intenso. El terciopelo en que estaba cortado era lo único que hacía soportable aquella capa. Bramante reflexionó brevemente sobre si aquel viejo seductor tendría una nueva amante. Después, se volvió hacia Miguel Ángel.

—Oh, *messèr* Miguel Ángel, quedé consternado al saber del terrible ataque que sufristeis. ¡Gracias a Dios que seguís con vida! —exclamó, mirando brevemente a Giacomo para mostrarle que sabía quién podría encontrarse tras

el atentado.

El cardenal respondió a la mirada con frialdad y sin mostrar ninguna emoción. Lo consideraba un hipócrita y, al menos en esa cuestión, tenía razón, como Bramante tuvo que admitir en silencio. Su compasión un tanto forzada tuvo, en cualquier caso, un efecto diferente e inesperado. Miguel Ángel le dirigió una mirada penetrante, como si lo considerara a él responsable del asalto.

—Valoro en su justa medida vuestra consideración, pero el santo padre ya me ha compensado por las pérdidas y me ha consolado de manera tan generosa como un hombre pobre como yo

difícilmente podría esperar.

—Con un afecto desmedido procedente del tesoro de la Iglesia, ¿no es cierto, hermano Alidosi? —prosiguió Giacomo con una sonrisa autocomplaciente.

Aparentemente quería provocar a Bramante a través de la envidia. El elegante cardenal Alidosi se encogió de hombros, pues no le gustaba que aquel compañero vestido lamentablemente con un hábito de dominico se dirigiera a él con confianza y denominándolo «hermano».

Bramante se mordió el labio inferior y dijo:

—Veréis, fray Giacomo, ese dinero

se ha empleado espléndidamente, pues servirá para engrandecer las arcas de la Iglesia.

—Ya es suficiente, ¿no somos un atajo de mercachifles! —exclamó el papa con impaciencia, robándole la palabra al arcipreste.

El cardenal Giacomo Catalano extendió sobre la pesada mesa de madera de ébano un esbozo. Bramante reconoció de un vistazo que solo podía tratarse de un bosquejo de fray Giocondo que el monje arquitecto hubiera enviado desde Venecia. Mostraba una iglesia de cinco naves de forma rectangular, cerrada por un coro arqueado. Julio II estudió el plano sin

especial interés.

—¿Y qué se supone que es eso? ¿Un anciano aquejado de gota que entierra, dolorido, la cabeza entre los hombros? —se burló Bramante.

—El boceto deja intacta nuestra sagrada basílica y propone simplemente restaurarla. Es genial —explicó el arcipreste.

Bramante se rio de buena gana.

—¿He oído bien? ¿Queréis meter la basílica en un saco de mampostería?

Aquella broma tan agria hizo estremecerse a Giacomo. El propio teólogo fue capaz de comprender que la descripción de «saco de mampostería» para la propuesta de su compañero de

orden sería su condena de muerte, aun siendo absolutamente lego en materia arquitectónica, a pesar de los años que había pasado siendo responsable del edificio de San Pedro. Julio no dirigió ninguna valoración al esbozo y de inmediato ordenó a Giuliano da Sangallo que presentara su plan.

La tensión de Bramante se disparó. Sabía la inmediata reacción ante el plan de Sangallo. Sin embargo, la reacción del papa formaba parte de su estrategia. Lo único que le interesaba era erigir un templo antiguo de altura vertiginosa. Si mostraba una planta alargada o no era lo último que le importaba.

El bosquejo de Sangallo era el

absoluto opuesto a la propuesta del monje arquitecto. Mostraba un edificio centralizado sobre planta de cruz griega, es decir, un cuadrado en el que cuatro esquinas compuestas por poderosos pilares de crucero se alzaban hacia el cielo, como las columnas de la tierra sosteniendo la cúpula del cielo. Las miradas de Bramante y Miguel Ángel se encontraron. Raras veces se habían sentido tan cercanos el uno al otro como en aquel momento. Ambos leyeron en los ojos del otro la admiración ante la propuesta de Sangallo, cuya naturaleza radical era en sí misma un homenaje al arte de la buena arquitectura antigua.

—Este templo albergaría vuestra

tumba de forma soberbia, santo padre — exclamó Miguel Ángel entusiasmado.

Sin embargo, Julio II reprimió su opinión y ordenó al arcipreste que expresara la suya.

—¡Es herejía pura! —gritó Giacomo, fuera de sí—. Ved, Sangallo, que lo que proponéis es levantar un templo blasfemo en el corazón mismo de la cristiandad —y diciendo esto, se arrojó a los pies del papa y prosiguió, suplicante—. Santidad, si es vuestro deseo derribar nuestra vieja y buena basílica, construida por Constantino y bendecida por el santo papa Silvestre, y en su lugar erigir un templo que sea un símbolo de la victoria del paganismo

sobre la cristiandad, no quiero y no debo oponerme, pero os ruego que entonces que me liberéis de mis obligaciones y me enviéis lejos, de misionero a oriente, o a cuidar enfermos de la peste o el cólera. ¡Prefiero morir así al servicio de Cristo que ser testigo de este crimen!

Puesto que el cardenal no tenía fama de ser precisamente un fanfarrón, todos los presentes se quedaron sin habla ante aquel derroche de emotividad. El silencio cayó como un manto. El papa tendió la mano a Giacomo y lo ayudó a levantarse.

—La propuesta de Giuliano es muy interesante, pero por desgracia se aleja

un tanto de la meta. Deseamos un lugar digno de nuestra tumba y deseamos conseguirlo pronto. La idea de fray Giocondo de restaurar la vieja San Pedro nos parece buena idea, pero desde el punto de vista arquitectónico no nos convence. ¿Sabes cuál es tu cometido, adorado Donato?

—Ciertamente, santo padre — repuso Bramante, quien se obligó a contener una sonrisa triunfal y realizó una profunda reverencia.

Tomó entonces el plano situado sobre la mesa y extrajo de su manto negro una cajita de madera en la que contenía lápices de plomo. Sostuvo el boceto contra la luz y calcó los brazos

del crucero. Finalmente colocó el boceto de la parte delantera sobre la mesa. Todos lo miraron atónitos. Rezó por no sufrir en ese instante un ataque de gota. Aunque experimentó cierto dolor en la mano derecha, sobre la que se había habituado en los últimos tiempos a lucir un guante de cuero blando, apretó los dientes y continuó bosquejando con más insistencia. Con varios trazos rápidos conectó los pilares en un cuadrado, formando un crucero perfecto que rodeó con arcos poderosos y tres girolas que se abrían hacia el este en una nave alargada.

—Majestad y dignidad —dijo, finalmente—. Aquí estará la tumba de

Pedro, sobre la que se alzar  la cúpula del cielo. Como una meta, como el centro del mundo, como la sagrada majestad a la que todos los seres humanos se aproximarán a través de esta basílica tan llena de dignidad.

El papa asintió con conformidad, el dominico era el asombro personificado y Sangallo sonreía alegre como un colegial. El arquitecto disfrut  de su triunfo hasta el mismo instante en que también Miguel  ngel alabó su idea. Eso le hizo desconfiar. No tuvo que esperar mucho hasta que el «pero» de aquel cumplido hizo acto de aparición. El escultor solicitó poder tomar parte en las labores de planificación de los

arquitectos. No porque el gran Bramante precisara de su ayuda, como Miguel Ángel se apresuró a señalar, sino porque quizá podría serle de utilidad a la hora de emplazar la tumba del santo padre en el plano.

Bramante había dado por sentado que la reconstrucción dejaría a Miguel Ángel fuera de circulación, sin embargo se mostraba interesado en tener una influencia indirecta sobre los planos de la nueva San Pedro a través de la tumba. Él, Donato Bramante, primer arquitecto del papa, ¿debía tolerar tener que ponerse a disposición de un escultor o, lo que era aun peor, ejercer de criado y ayudante de aquel descarado florentino?

No podía permitirlo. Se encontraba reflexionando sobre cómo actuar mientras rechinaba los dientes cuando el papa retomó la palabra.

—¡Así debe ser! —decidió Julio II—. Donato, renueva la basílica. Miguel Ángel formará parte de la planificación, pues sabe mejor que nadie qué ubicación precisa mi tumba. ¡Y date prisa, mi querido Donato, pues quiero colocar la primera piedra en la semana santa del año próximo!

Algunas semanas más tarde, Bramante regresaba, malhumorado y ya avanzada la noche, de un festín en casa de Agostino Chigi bajo la sempiterna

protección de Ascanio. Había aceptado la invitación solo por no disgustar al banquero... Y por ver a Imperia. Sin embargo, bajo la mirada desconfiada de Chigi solo había podido intercambiar un par de palabras con ella. Bramante maldijo. La echaba cada vez más de menos con el paso de las semanas, de los días, aun cuando no lo admitiera de buena gana.

Los dos hombres habían dejado ya la *via* del Bianchi cuando un hombre apareció frente a ellos. Estaba vestido de la cabeza a los pies con cuero negro y en su oreja brillaba una anilla de plata.

—Giuseppe di Avignon —murmuró Ascanio, lleno de admiración.

Había empalidecido y cubierto a Bramante con un rápido paso hacia adelante.

—¡Oh, Ascanio Romano! ¿Debemos pues cruzar nuestros aceros, *messèr*?

El guardaespaldas asintió.

—Giuseppe di Avignon es el mejor espadachín que conozco —explicó al arquitecto.

—Más tarde o más temprano debíamos encontrarnos en el campo de batalla —dijo el atacante con cierta tristeza en la voz.

Se inclinaron el uno frente al otro y dio comienzo el duelo. Bramante apenas podía seguir su coreografía, tal era la rapidez con que los dos maestros de

esgrima cruzaban sus espadas en un elegante intercambio de ataques y paradas, sazonado con inteligentes fintas y decididas estocadas. Finalmente, Giuseppe logró mediante una *sforza* arrebatarse el arma de las manos de Ascanio. Bramante arrojó sin tardanza su propia espada a su guardaespaldas. Éste la recogió, realizó una parada vertiginosa que concluyó en una *riposte* por la cual siguió con su propio filo el de Giuseppe, lo empujó hacia un lado y atacó. Cuando Ascanio volvió a lanzar su ataque, acertó a Giuseppe en el corazón, quien miró atónito la sangre en su mano.

—¡*Mon coeur!* —susurró, antes de

caer muerto al suelo.

—Es una lástima, era un buen hombre. Pero este momento nos llega a todos alguna vez —dijo Ascanio.

—Entonces, deberías retirarte a tiempo —le aconsejó el arquitecto, conmovido.

Ascanio sonrió con amargura e intercambió estoques con Bramante.

—¿Y de qué viviría?

—Quedaos conmigo y no os arrepentiréis.

—Mientras tengáis enemigos acérrimos, encontraréis buen uso a mis servicios. El cardenal debe odiaros realmente si puede permitirse un hombre tan caro como Giuseppe di Avignon.

—No más de lo que yo le odio a él. Pero no tengo tiempo para andar perdiéndolo tramando muertes ajenas, debo erigir el templo de templos. ¿Cómo puede comparar eso con un pequeño cardenal?

«Ya llegará el momento en que nos veamos las caras el dominico y yo», pensó el arquitecto, furioso. ¿De verdad creería que iba a ser capaz de detenerlo?

El papa había invitado a Bramante a comer y a un vaso de vino para poder hablar con él acerca de su nuevo proyecto. Deseaba disfrutar de una amplia calle que conectara San Pedro

con la basílica de Letrán, la catedral del papa. Eran numerosas las procesiones que llevaban desde San Pedro hasta San Juan de Letrán y, en todas ellas, la muchedumbre de espectadores debía arremolinarse en estrechos callejones a lo largo de barrios de escasa visibilidad como Ponte, Regola, Sant'Angelo y Sant'Eustachio. Bramante había propuesto dirigir esa nueva senda a lo largo de la orilla del Tíber, girar por el Capitolio, dejar a mano izquierda la famosa colina para retomar la línea recta hacia Letrán. Aquella calle debía llamarse *via Giulia* en honor de su promotor, el papa. Para hacer realidad ese proyecto, Bramante había explicado

que debían demolerse numerosas viviendas, lo que ya se encontraba dentro de los planes del papa, para asombro de su interlocutor. Si de verdad eliminaba el laberinto urbano, drenaría al mismo tiempo la ciénaga, a lo que la rebelde aristocracia romana mostraba su oposición. Con aquellas modificaciones urbanísticas, Julio II perseguía desde el principio dos metas: representación y obtención de poder.

El boceto de San Pedro surgió también en la conversación. El papa recordó de nuevo a Bramante que Miguel Ángel debía participar en la planificación y el arquitecto prometió que lo cumpliría siempre y cuando

dispusiera de tiempo. No obstante, aprovechó la oportunidad para compartir con el vicario de Cristo la sospecha de que el cardenal Catalano se encontraba detrás del ataque contra Miguel Ángel.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —preguntó Julio II, indignado.

—Mi criado reconoció a uno de los hombres que componían la partida. Ha admitido que quien lo contrató fue el cardenal.

Una arruga de furia plegó la frente de la cabeza de la Iglesia. El papa produjo un sonoro carraspeo antes de alzar amenazador su dedo índice

derecho.

—¿Eres consciente de lo ridícula de esa acusación? Hablaré con el arcipreste. No puede ofrecer sospecha alguna que empañe su dignidad eclesiástica. Si tu criado vuelve a encontrarse con alguno de esos canallas, debe entregarlo al castillo de Sant'Angelo para recibir su justo castigo.

Tras el siempre asombroso festín, el papa había exhortado a Bramante para que construyera en primer lugar el coro occidental en el que debía colocarse la tumba. Discutir con el papa era una empresa sin sentido, por lo que Bramante se había limitado a despedirse

con un mero asentimiento de cabeza.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1505,
NOVIEMBRE

Envuelto en su manto abandonó los Palacios Vaticanos. Ascanio, que había permanecido fuera esperando a Bramante, se dio cuenta inmediatamente del sombrío humor de su señor y se unió a su marcha sin decir una palabra. Aunque era noviembre y la Ciudad Eterna permanecía sumida en la

oscuridad, soplaban también un viento cálido. En aquellos edificios sin calefacción, la humedad volvía los ambientes aun más fríos que en el exterior. Bramante saboreó la calidez. Se sintió como alentado por algún ser querido. Estaba cruzando el puente de Sant'Angelo cuando la nostalgia lo fulminó como un rayo. Añoraba a Imperia. Se sorprendió a sí mismo al comprender que aquel anhelo no era de naturaleza sexual. Añoraba su voz, su risa, su mirada. No poder verla le sumió en una profunda tristeza. Era parte del acuerdo. Había sacrificado su amor para que el poderoso Chigi le ayudara a levantar su edificio soñado. ¿Por qué

eso valía tanto para él? Muy sencillo: porque toda su vida dependía de aquel encargo.

Pensó por un instante en visitar algún burdel o ir a ver a algún amigo, pero se forzó a sí mismo a irse a casa. En compañía de otras personas solo lograría sentirse aun más solo, pues Imperia no se encontraría entre ellos. Comunicó a Ascanio que podía irse a dormir, pues no tenía perspectiva de volver a salir.

Ya en su habitación, Bramante encendió un par de velas, las colocó en un candelabro y situó éste junto a su cama. Se quitó las botas, la larga capa negra, el calzón negro, las medias.

Vestido únicamente con su camisa blanca que le llegaba hasta las rodillas, se levantó y contempló melancólico su cama. El recuerdo de lo que Imperia y él habían hecho y hablado en ella logró llevar hasta sus labios por un instante una sonrisa de deleite. Era como si oyera su risa, sus burlas, su voz, como si le susurrara dulzuras al oído. Entonces vio sus manos, pequeñas pero fuertes, agarrando su masculinidad, y vio sus pechos firmes. Se pasó la mano por la cara repetidas veces, como queriendo borrar la imagen. Después, cogió el candelabro y se dirigió hacia el taller.

Colocó sobre la mesa de trabajo el boceto de la nueva basílica de San

Pedro en el que Antonio da Sangallo llevaba trabajando todo el día. Dispuso a su lado el esbozo fluido que había realizado en la parte de atrás del plano de Sangallo durante la audiencia papal y que Antonio había pulido y pasado a limpio. ¿Realmente valía tanto aquella idea como para sacrificar el amor por ella? Se sorprendió a sí mismo tomando una Biblia de la pequeña estantería situada en la pared opuesta. Era una traducción al italiano de las sagradas escrituras. Bramante no poseía demasiados libros y alguno incluso lo mantenía bajo llave. Él sabía bien por qué.

Tomó la Biblia y el candelabro y

regresó a su dormitorio, colocó los cojines y se sentó sobre la cama. Abrió entonces el Antiguo Testamento en la página del Cantar de los Cantares de Salomón. Nunca lo había leído. Recordó con vergüenza cuánto habían debatido acerca de aquella sección del libro de libros hombres tan dispares como Leonardo, Pico, Ficino o Poliziano, o incluso el monje negro. La cuestión era si el texto trataba exclusivamente o no acerca del amor y allí era donde se iniciaban todas las disputas: los unos opinaban que trataba del amor de los hombres a Dios; los otros veían representados a Dios y la Iglesia; otros, a la Iglesia y el hombre. Otros incluso

descartaban toda aquella especulación y simplemente afirmaban que trataba del amor de un hombre por una mujer.

Bramante leyó y leyó hasta la madrugada y no quiso ni pudo parar. Las palabras lo atrapaban, como un encantamiento que le hubiera robado los sentidos. Tuvo que cambiar las velas en dos ocasiones. Sin embargo, eso no le incomodó, no experimentó cansancio alguno, el corazón latía fuerte en su pecho mientras leía:

*«Me has robado el corazón,
hermana mía, esposa,
me has robado el corazón
con una sola mirada de tus ojos,*

con una sola perla del collar.

*¡Qué sabroso tu amor, hermana
mía, esposa,*

*qué sabroso tu amor, oh, más que el
vino!*

*¡Y el olor de tus aromas
más que todos los bálsamos!*

*Huerto cerrado eres, hermana mía,
esposa,*

huerto cerrado, fuente sellada,

jardín de granados tus brotes,

con las más exquisitas esencias:

nardo, azafrán, canela y

cinamomo...».

Bramante cerró los ojos y se recostó.

Tras unos instantes, prosiguió:

*«Tu ombligo es una crátera
redonda,
donde no falta el vino.
Tu talle se parece a una palmera,
tus pechos, a sus racimos».*

Por la mañana, se levantó y salió de casa. Nada pudo detenerlo. No era algo que le ocurriera con mucha frecuencia, pero no pudo evitarlo. Aparentemente Ascanio disfrutaba de un sueño ligero, pues le había oído salir y lo seguía a cierta distancia. Cuando Bramante entró en la iglesia conventual de San Silvestro in Capite, su mirada recayó de

inmediato en Lucrezia quien de nuevo se había sumido en la contemplación y el recogimiento ante la reliquia de san Juan. Ascanio se detuvo cerca de la entrada. A escasa distancia detrás de la niña, Bramante se arrodilló y empezó a rezar. Al principio sus oraciones discurrían atropelladamente, pero fueron mejorando. Comenzaron a brotarle lágrimas de los ojos, lágrimas de emoción al experimentar la sensación de que Dios lo escuchaba. Cuando alzó la vista, vio que la hija de Imperia se había sentado en un banco y lo observaba. Sus miradas se cruzaron.

—Disculpadme por observaros, *messèr* Donato —dijo ella con voz tenue

mientras enrojecía.

—No pasa nada. Puedes llamarme Donato —respondió él con suavidad y se sentó a su lado.

—O sois alguien muy religioso o hacía mucho tiempo que no rezabais.

El arquitecto se sorprendió de la capacidad de la niña para juzgar a las personas.

—Lo segundo —admitió.

Ella le acarició el pelo en gesto de consuelo.

—Eso no es malo. Se dice que hay más alegría en el cielo por un pecador arrepentido que por mil justos.

Ella guardó silencio y él sintió un gran bienestar al encontrarse junto a

ella, simplemente al experimentar su presencia. Percibió que comenzaba a amar a Lucrezia, no como a Imperia, no como a una mujer, sino como a la hija que nunca había tenido.

—En la puerta hay un hombre joven que nos observa todo el tiempo —susurró ella.

—Es mi guardaespaldas.

—¿Estáis en peligro?

—Con él a mi lado, no. ¿Puedo volver a visitarte alguna vez? —le pidió Bramante.

—Por supuesto. Me gusta hablar con vos, Donato.

—¡Trátame de tú!

—Me gusta hablar contigo, Donato.

La niña le regaló una sonrisa antes de desaparecer como una brisa de primavera.

Desde aquel día, Bramante comenzó a acudir a misa a diario en la iglesia conventual y a conversar durante media hora con Lucrezia, a intercambiar historias con ella, a reír y a contarle anécdotas divertidas. En ocasiones ella le pedía consejo cuando discutía con otras niñas.

Un día, cuando ya iba a despedirse, Imperia apareció frente a él. Fue una situación incómoda para Bramante. Se sintió cazado en una trampa y temió que aquellas conversaciones con la pequeña,

que habían adquirido tanta importancia para él, llegaron a un abrupto final. De hecho, había llegado a crearse la ilusión de que realmente era su hija. De pronto entendía que los hijos eran un medio para luchar contra el miedo a la eternidad, un miedo que en los últimos tiempos lo asaltaba con cada vez más frecuencia. Lucrezia había tomado cada vez más confianza con él y el arquitecto temía que Imperia malinterpretara la situación. Lucrezia besó a su madre, se despidió con una sonrisa inocente y dejó solos a Bramante e Imperia.

—Verás, me gusta hablar con ella. No es lo que crees: no tengo ninguna hija y me hubiera gustado —balbuceó

Bramante.

—Y se te ocurre precisamente ahora —se burló Imperia con más brusquedad de la habitual.

—Ya sé que es muy tarde para eso. He volcado todo mi orgullo en el trabajo. Todas mis prioridades han sido siempre secundarias a eso, pero ahora mismo ya no sé si he hecho bien o no.

—¿Y qué tiene que ver mi hija con esos reproches contra ti mismo?

Bramante agachó la mirada.

—Nada.

—¿Estarías allí para ella si algo me ocurriera a mí? —preguntó Imperia, probándolo con la mirada.

—Por supuesto que sí.

—¿Y sería para ti siempre una hija y no una mujer?

—Me ha enseñado a rezar. Nunca la vería como una mujer, solo como una hija. Lo juro por Dios —proclamó Bramante mientras la miraba.

Sus ojos chocaron con un muro inaccesible y él, con los hombros hundidos, se volvió para marcharse. Había sido un sueño, ¿qué otra cosa si no?

—Donato —le llamó Imperia con una calidez inesperada en la voz.

Apenas se había girado y ella se había abalanzado ya sobre su cuello, abrazándolo con tal fuerza que lo había aplastado de no ser un hombre tan

fornido. No entendía absolutamente nada.

—Hace tiempo que sé que os veis con frecuencia. Lucrezia me lo contó — le susurró con dulzura y con su voz, tan cálida y húmeda—. Disculpa que te haya puesto a prueba, cariño mío.

—Te quiero, Imperia.

—Lo sé.

—Es una locura, pero siento como si fuera nuestra hija.

—No lo olvides nunca. Me alegro de que lo veas así. Debe ser respetada y feliz.

—¿No eres tú feliz con Agostino?

—No me va mal con él —respondió ella, evasiva.

Entonces, se fundieron en un beso largo y profundo antes de que ella le pusiera fin, como una muchacha azorada por su primer beso. Bramante la observó largo rato. Se había convertido en padre de una forma extraña, pero gracias a ello había vencido aquel terrible sentimiento de finitud. Aquel día, redactó su testamento y nombró a Lucrezia su heredera universal.

No había nada comparable a una comida en casa de Giuliano da Sangallo, era un anfitrión extraordinario. Se encontraba sentado en el puesto principal de una mesa rectangular de doce codos de largo. La amistosa

calidez de la pequeña sala no tardó en animar el humor de los presentes. Los invitados y el señor de la casa, vestido con una capa ligera, negra, sobre una camisa blanca de lino, parecían una imagen extraída de alguno de los frescos de la pared. En los dibujos y pinturas se desperezaban antiguos dioses reunidos en torno a la mesa. Los inmortales aparecían representados relajados entre bromas y amores. Sangallo y sus numerosos amigos artistas habían realizado deliberadamente o, al menos, con mayor malicia que en otras ocasiones, unas pinturas de una gran frivolidad. El vino había enrojecido las mejillas de Sangallo y cubierto su frente

de sudor. Mientras se partía de risa por un chiste particularmente picante, se parecía más que nunca al dios de cara de carnero, patrón del vino, Dionisos, quien los observaba desde los muros como una personificación del goce mundano.

Solo una persona mascaba sin alegría y con el rostro impenetrable. Las jarras de buen vino y las fragantes fuentes que hacían inclinarse bajo su peso la larga mesa de pino no lograban impresionar a Miguel Ángel. Se diluyó el vino y tomó únicamente algo de pasta con pollo. Con su humor sombrío y su ropa andrajosa parecía un ser ajeno a la risueña compañía de amigos y ayudantes

de Sangallo.

—Sé que la melancolía es un símbolo de genialidad artística, pero...
—exclamó el señor de la casa desde el otro lado de la mesa y con la boca llena, lo que hizo que se le cayera algo de comida de la boca.

—Entonces, *messèr* Giuliano, debéis ser por vuestra alegría el hombre menos dotado sobre la faz de la tierra —le interrumpió el joven arquitecto Baldassare Peruzzi, recién llegado de Siena y ya disfrutando del lucrativo encargo por parte de Agostino Chigi de remodelarle un *palazzo* a las orillas del Tíber.

El gracioso miró con ojos divertidos

sobre una nariz puntiaguda y grande a Miguel Ángel mientras proseguía, con los labios fruncidos:

—Y vos, *messèr* Miguel Ángel, debéis ser en consecuencia un creador mayor que Dios mismo, pues hasta el Todopoderoso posee sentido del humor:

«Señor, tu bien esto sabrás:

no hay mayor aguafiestas que Satanás».

Los hombres en torno a la mesa rieron y Baldassare prosiguió:

«Los ángeles le ocultan todas sus gracias,

para no despertar sus suspicacias.

Dios, como padre, bien lo conoce

y eso no le impide en la burla

hallar goce.

Igual que la hoguera produce el

hollín

hay un aguafiestas en cada festín».

—En serio, siempre me imagino a Dios un poco como nuestro Giuliano: ¡conoce todos los placeres y no renuncia ni a uno solo de ellos!

Sobre la frente de Miguel Ángel se dibujaron profundas arrugas de ira. No le gustaba en lo más mínimo que se rieran de él.

—A vos no os hace falta maquillaje

ni máscara alguna para poder ejercer de bufón —espetó al joven arquitecto con aspereza.

Peruzzi interrumpió sus risas, atónito. En su broma se había burlado a partes iguales de Miguel Ángel y de Dios, lo que a todos los presentes le había parecido ya inexcusable, pero la agresiva reacción del escultor no logró en absoluto calmar los ánimos.

—Pero solo si vos interpretáis a Pantaleón —repuso con voz agradable y continuó, vivaz:

«¿Acaso no rima misa con risa?

¿No rima canción con Inquisición?

Me temo que mi ingenio frena y se

altera

¡será por miedo a acabar en la hoguera!

Ni el mejor poeta se luce y brilla si teme acabar hecho a la parrilla».

—¿Es eso todo lo que habéis aprendido con *messèr* Donato? — preguntó Miguel Ángel con el rostro fruncido, pues sabía que el joven de Siena se había hecho buen amigo de Bramante.

—Y a pintar, además de a construir y a componer poesía, conforme dicta la naturaleza, sí. Todo eso lo he copiado de *messèr* Donato.

Nadie podía tomarse a mal nada que

Peruzzi dijera si sonreía abiertamente y hacía gala de su encanto juvenil. Nadie salvo Miguel Ángel, quien había decidido aleccionarlo.

—Más os valdría haber aprendido a pintar, construir y componer conforme dicta Dios. Y si no queréis saber nada del creador de todas las cosas, entonces intentad componer un soneto y os encontraréis con Dios de frente.

—¿Qué es lo que os atormenta, amigo mío? —intervino Sangallo, intentando calmar los ánimos del arisco escultor.

No tuvo que insistir mucho en sus preguntas, pues de inmediato proclamó con un trémolo desgarrador en la voz,

como si fuera el profeta Jeremías en persona, que necesitaba dinero con urgencia pues el papa lo vigilaba de cerca y los costes se habían vuelto exorbitantes. Los barqueros habían elevado los precios pues los repetidos ataques contra las piedras ponían en peligro sus barcas y sus vidas.

—¡Un demonio me persigue! — concluyó Miguel Ángel su letanía con tono siniestro mientras pensaba en que el demonio en cuestión llevaba el nombre de Donato Bramante.

—Puede ser, Angiolo, pero Julio no te ha pagado de menos.

Sangallo agitó su gran cabeza cubierta de una mata negra de rizos en

los que, por primera vez, comenzaban a asomar algunas canas. En Roma era un secreto a viva voz, que las partes interesadas se habían encargado de propagar, que el escultor había recibido por la tumba un pago extraordinariamente elevado suficiente como para financiar todo el mausoleo. Los envidiosos se contaban por cientos.

—Sé lo que se dice por ahí. Pero creedme si os digo que, teniendo en cuenta todos los gastos, la cantidad no es tan alta. ¡He de presentarme ante el santo padre para pedirle dinero!

En vano intentó Sangallo convencer a su amigo de lo contrario. Sabía que, en ese tiempo, Julio II se había mostrado

muy disgustado por los constantes problemas financieros del artista. El papa aún no había visto frente a él una sola estatua, ni siquiera el mármol bocelado. Miguel Ángel respondía con evasivas a todos sus requerimientos. Sangallo percibió que la amistad que los unía se iba desvaneciendo.

—Angiolo, por favor, te ruego que no tenses la cuerda en exceso.

Miguel Ángel se sentía incomprendido y rio con amargura ante el consejo de su paternal amigo. Miró a su alrededor con expresión siniestra, como si esperara que los hombres reunidos a su alrededor iniciaran de inmediato una colecta. Entonces se

levantó, preso de la furia.

—¡No me miréis así! Soy un hombre pobre y la miseria me corroe. ¿Cómo voy a poder crear obras de arte? ¡Vos os llenáis la panza y habláis de la imagen del pobre Lázaro mientras la grasa os escurre por los labios!

Estaba harto de todo el mundo, harto de aquel grupo de idiotas autocomplacientes. Por supuesto que le habían pagado mucho dinero, pero era menos de lo que merecía. ¿Acaso despilfarraba el dinero? Sus aposentos seguían consistiendo en una cama estrecha, una mesa vieja y dos sillas de madera sin tallar. No frecuentaba burdeles y comía como los pobres

peones: pan negro y barato con verduras y ensalada, rara vez carne y bebía solo vino blanco que rebajaba con agua hasta hacer que la denominación de vinagre adoptara un particular dulzor. Al menos su trabajo le había rendido como para hacerse con dos terrenos. O incluso tres. Cada día, a primera hora de la mañana, hasta última de la noche, se mataba a trabajar con una severidad que ningún salario podía compensar. ¿Acaso era su culpa que tuviera que hacerlo todo él solo porque no podía confiar en nadie?

Ya no podía aguantar aquellos rostros conservadores, aburridos, autosuficientes, para los que todo siempre era fácil, demasiado fácil. Se

levantó de un salto y se dirigió con brusquedad hacia la puerta.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1506, ENERO

El sonido de pisadas aceleradas discurrió por las escaleras hasta el comedor de Sangallo. Poco después aparecía por la puerta un heraldo del papa, reconocible por la pelliza gris con el escudo amarillo que representaba la tiara sobre dos llaves cruzadas.

—*Messèr* Giuliano, el santo padre ordena que os dirijáis de inmediato, lo

más rápido que podáis, al monte Oppio, a la viña de Felice de Fredi. Se ha realizado allí un descubrimiento de la mayor importancia que debéis examinar —tras lo cual, miró hacia Miguel Ángel—. En cuanto a vos, *messèr*, su santidad dictamina lo mismo —concluyó, dejando patente que se alegraba de haberse ahorrado un paseo.

—Avisad a su santidad de que nos encontramos ya en camino —respondió sucintamente Sangallo.

Los dos hombres intercambiaron miradas de comprensión y después abandonaron la sala, acompañados de todos los presentes reunidos en torno a la mesa, ordenaron a los criados de

Sangallo que les devolvieran sus capas y echaron a andar sobre una mezcla espesa de agua, suciedad y heces en dirección al Foro romano. El frío húmedo penetraba a través de la ropa y hacía que la temperatura pareciera más baja de lo que en realidad era. Afortunadamente no llovía, si bien el viento helado soplaba de manera muy desagradable. En un momento determinado, la cubierta de nubes grises se desgarró y pudo vislumbrarse un jirón de cielo azul claro, como si un pintor lo hubiera difuminado con cariño y precisión y le hubiera dotado de brillo con una capa de barniz. El sol arrojaba su luz bienhechora sobre las numerosas

torres de las villas de la aristocracia romana junto a las que fueron pasando.

Miguel Ángel y Sangallo, espoleados por la curiosidad, avanzaban a buen ritmo. Si Julio, quien había dado órdenes de que se le informara cada vez que se hiciera algún descubrimiento de la Antigüedad, ordenaba con tanta insistencia que acudieran a alguna parte, era porque les esperaba algo importante. A mano izquierda se alzaba el Capitolio, con el macizo *palazzo* del Senado, el gobierno romano que dependía completamente de la curia. Prosiguieron cuesta abajo. Ante ellos se abrió el Foro Boario, el viejo mercado de ganado de los romanos, con sus ruinas

desperdigadas. Giraron hacia la izquierda. El verde mate de la hierba que crecía en la pradera contrastaba con el gris del lodo. A pesar del tiempo, algunos campesinos habían llevado sus vacas, sus ovejas o sus cabras a pastar, con la esperanza de que encontrarían suficiente alimento. Los campesinos lucían pantalones de lino hasta la rodilla que unían con gruesos cordones. La mayoría se cubría con recios mantos de borreguillo.

Después de que Miguel Ángel y Sangallo dejaran atrás el poderoso y cuadrado arco de Séptimo Severo, la curia Julia y la basílica Emilia, apareció frente a ellos la columnata del templo de

Antonio Pío y de Faustina. En la cella del templo habían levantado sin mayor criterio la iglesia de San Lorenzo di Miranda. A Miguel Ángel le gustó la columnata en su despreocupación corintia que la iglesia había echado a perder. Tomaron el camino entre San Lorenzo y el templo de Rómulo. Tras la rotonda, reinaba sobre el terreno que servía de vestíbulo al antiguo edificio, la iglesia de los santos Cosme y Damián.

—Lo han cerrado —dijo Sangallo al escultor que, hasta el momento, había mantenido un silencio sepulcral.

—¿Por qué?

—No lo sé. El templo de Rómulo

era una biblioteca. Quizá buscaban libros paganos. Se dice que ha sido el arcipreste de San Pedro el que lo ha ordenado.

Miguel Ángel agitó la cabeza, asombrado.

—¡Qué diferentes son las dos iglesias y de qué forma más distinta tratan la herencia de sus mayores! Mientras que aquí a la izquierda el templo antiguo abraza la iglesia en su interior, a mano derecha la iglesia somete al edificio antiguo y lo reduce al papel de portero jorobado. Antaño reinó lo antiguo sobre lo nuevo y ahora reina lo nuevo sobre lo antiguo. La vida sigue un patrón inconstante. No se puede

confiar en nada.

Sangallo sonrió.

—¡Y todavía hay quien dice que no tienes sentido del humor!

—Solo tengo amor, humor no — replicó el escultor.

Ante ellos se extendía el viñedo. Tomaron dirección al Coliseo, hacia la derecha, dejaron a su espalda la basílica Majencia que se asemejaba a un oso al acecho y continuaron, resueltos, hacia las termas de Tito y Trajano. Junto a las ruinas de las termas se erguía el monte Oppio con sus viñas, como una melena peinada a cepillo.

No tuvieron que buscar mucho, pues en la zona de Felice de Fredi se había

creado ya una pequeña multitud. El viticultor, vestido con unos pantalones amarillos de lino y un manto verde oscuro, salió a su encuentro muy agitado. Su larga barba rojiza temblaba y se mecía al son de sus pasos. Aún estaba a mitad de camino cuando preguntó a gritos:

—¿Sois vos *messèr* Giuliano Sangallo?

—Ese soy yo y voy acompañado de *messèr* Miguel Ángel y de los invitados a mi mesa —presentó el arquitecto a su risueño cortejo.

—Venid, ilustres *messères*, ¡aproximaos y mirad lo que han encontrado mis hombres en la viña!

Entre las matas de uva se abría un agujero que daba acceso a una estancia hueca de mampostería antigua. Como un hombre al que hubieran enterrado hasta la altura del cuello, sobresalía de la tierra una cabeza leonina, junto con una barba revuelta y un brazo. Miguel Ángel y Sangallo descendieron cuidadosamente por el profundo hueco de casi ocho pies de profundidad. Miguel Ángel se quitó el oscuro manto que llevaba y comenzó a limpiar la escultura con cuidado. Unos dedos poderosos aparecieron bajo el polvo y los escombros de los últimos cinco siglos para revelar que sujetaban una forma redonda. Al seguir librando de

mugre el brazo, la forma redonda resultó ser la cola de una inmensa serpiente que se enrollaba en torno al cuerpo del cadáver. El rostro era la viva máscara del dolor. Comenzaron a desenterrar la escultura.

—¿Laocoonte? —susurró Miguel Ángel con voz rota, mientras un escalofrío le recorría la espalda.

Laocoonte había experimentado su propia caída y, por si aquello no fuera suficiente, había tenido que ser testigo impotente de la muerte de sus queridos hijos. Los dioses lo habían castigado a él y a su estirpe.

—Prácticamente puedo oír las palabras de la traducción de Plinio. El

hombre, la serpiente, el dolor: ¡todo lo señala a él! —afirmó Sangallo sin aliento.

—El brazo y la posición de la cabeza indican una poderosa torsión del cuerpo.

—¡Como si se retorciera!

—Sigamos, con mucho cuidado.

Fueron necesarias dos horas para extraer por completo la escultura. Realmente era el *Laocoonte*, la obra conjunta de los antiguos escultores Agesandro, Polidoro y Atenadoro. En el pasado aquella estatua había adornado el palacio de Tito. El padre se sublevaba con sus últimas fuerzas de su cuerpo contra el destino, aun sabiendo

que era una lucha que no podía ganar. Había pecado contra los dioses, desobedeciendo su voluntad al advertir a los troyanos de que no debían introducir el caballo de madera en la ciudad. Puesto que era un sacerdote y le debía doble obediencia a los dioses su penitencia se volvía aun mayor. Contra la voluntad de los inmortales, los seres humanos no pueden aspirar a la victoria.

Después de alzar la figura fuera de la oquedad, quedó allí colocada, en medio de la viña.

—Es lo que les sucede a aquellos que desobedecen a Dios —indicó Miguel Ángel a Baldassare Peruzzi antes de sumirse en la contemplación de la

escultura.

Había logrado conmoverlo. Como venidos de un tiempo lejano, lo saludaban artistas que no pretendía representar más que lo mismo que él: los seres humanos, sus pensamientos, sus sentimientos, su comportamiento, sus esperanzas y miedos, todos expresados en sus rasgos corporales. El cuerpo, en sus torsiones y contorsiones, en su rebelión y su introspección, contaban la historia del mundo, que era la historia de Dios y se expresaba en el destino. Por eso, no existía para él más que el destino, el libre albedrío era una ilusión. Lo que se denominaba albedrío no era sino una esperanza o, más sutilmente

expresado, una ilusión. Los humanos no podían hacer más que lo que podían hacer, de la misma manera que Miguel Ángel solo quería crear imágenes que plantaran batalla frente al acoso de la insensibilidad que se expandía con la misma urgencia que un huracán, pues el mundo de los sentidos que tanto lo atraía era difícil de controlar y ofrecía a cualquiera la oportunidad de caer, maldito, en el caos.

El cielo estrellado se extendió sobre ellos como la mano protectora de un padre. Aunque sus estómagos rugían y sus paladares, tras el efecto vivificador del vino, ansiaban el reconfortante juego

de los aromas, Bramante abandonó el Vaticano de un humor excelente. Julio había aprobado su plano y había establecido la fecha de la puesta de la primera piedra. En la pascua. La pasión, crucifixión y resurrección de Cristo darían comienzo a los planes de construcción en todas sus dimensiones, más concretamente el 18 de abril de 1506. Ni siquiera Michelangiolo di Ludovico di Lionardo di Buonarroti-Simoni, quien solía protestar de forma permanente y sumirse con él en la sempiterna lucha por los afectos del papa, tuvo algo que objetar.

Bramante debía darse prisa. No quedaba demasiado tiempo para la fecha

prevista para la colocación de la primera piedra y era necesario precisar los planos de construcción, elegir a los constructores romanos y clasificar por etapas las fases de construcción que se designarían a los distintos maestros de obra. Como única nota discordante en su triunfo restaba que Giacomo le había dado alcance en la escalera y le había ordenado retirarse en favor de fray Giocondo o, de lo contrario, sufriría las peores consecuencias. ¿Qué era lo que había dicho exactamente el cardenal? «Sería una lástima si echarais por tierra un consejo bien intencionado». Borracho de victoria como estaba, Bramante se había limitado a reírse y a burlarse

diciendo que, para él, sería aun mayor lástima no construir el templo. La sensación insípida que le había producido en aquel momento la mirada llena de odio del dominico solo había provocado que se marchara riéndose. Trató de convencerse de que había reaccionado estupendamente. Al fin y al cabo, perro ladrador, poco mordedor. El arcipreste debía haber sabido que no iba a convencerlo con amenazas vacías y debía haber sabido aprovecharlo. Bramante, no obstante, no tenía intención ninguna de seguir pensando en ello. Quería celebrar de una vez su triunfo con una fiesta por todo lo alto. Abandonó el Borgo a través de la sólida

porta Santo Spirito y se dirigió al Trastevere recorriendo la orilla del Tíber.

Una media hora después se encontraba frente al *palazzo* bien iluminado de Petronilla da Pecorino. La luz se escapaba por las ventanas, cálida e invitadora, especialmente habida cuenta de que en la calle empezaba a hacer frío. Por la puerta abierta surgía música alentadora, el excitante tañido del laúd. Igual que cuerda con cuerda surgían los tonos, aquella noche, cuerpo con cuerpo, surgirían gemidos mientras las flautas y las trompas avivarían la sangre en las venas.

Petronilla abrió los ojos de par en

par y salió a su encuentro en el vestíbulo, con los ojos bien abiertos.

—¿De verdad eres tú, Donato? — exclamó ella y parpadeó como si no reconociera a su viejo cliente—. ¡Hacía tanto que no te veía!

—Ya sabes que lo bueno no abunda —sonrió burlón Bramante.

—¿Y cómo puedo yo, una pobre regente de un burdel, agasajar a lo bueno?

—¡Con vino viejo y chicas jóvenes!

Petronilla puso los ojos en blanco, burlona.

—Cuanto más viejo el hombre, más joven quiere que sea la chica.

—¡Es que mejoramos con los años!

Igual que el vino.

—Ay, amigo mío, más bien creo que con los años necesitas proyectos de cada vez mayor envergadura para olvidar el hecho de que no vas a llegar a verlos terminados.

Antes de que el arquitecto pudiera replicar, ella le cogió del brazo amistosamente, se inclinó sobre él, le lamió un segundo la oreja y susurró:

—Créeme, tengo experiencia en esto: ¡no es la estaca lo que hace al hombre! Cualquier cortesana que crea eso no durará mucho en el trabajo.

—¿Y qué hace al hombre, pues?

—Su espíritu, su carisma, su voluntad, su alegría. Mi querido Donato,

el mundo puede, quizá, enamorarse de los vencedores pero créeme si te digo que, en comparación con la corruptibilidad del mundo, mis muchachas son doncellas honorables. Solo aquel que no huye del campo de batalla, ya le conlleve una gran victoria o una gran derrota, puede considerarse un hombre de verdad. Todos esos burócratas tragaldabas, con sus vidas solucionadas al servicio de la curia y de los que, no obstante, vivo yo, me tienen, como se dice por aquí, hasta las narices.

—Deberías haber sido filósofa — dijo Bramante, abrazándola fuerte.

—Lo has entendido: en eso consiste mi oficio. Es un continuo arriba y abajo.

Un cliente me contó una vez que un viejo filósofo solía decir que no se podía nadar dos veces en el mismo río. Se equivocaba. Hazme caso: todo el mundo se baña siempre en el mismo río.

Hizo una seña a dos muchachas pelirrojas, una con ojos azules, la otra con ojos marrones. Eran voluptuosas, con todas las redondeces y curvas sinuosas que a Bramante tanto le gustaban y que pronto se marchitarían. Sin embargo, así era la vida y nadie lo sabía mejor que él. Todas las formas se perdían. En ocasiones se despertaba en mitad de la noche porque no podía soportar el olor a putrefacción que creía sentir procedente de la tierra. Incluso

los tiempos en los que podía presumir de erección habían quedado atrás.

Petronilla se soltó de su brazo y colocó cuidadosamente a las dos muchachas en su lugar.

—Es un buen hombre y se merece que lo cuiden un poco —dijo a entender a las dos chicas.

Bramante le dedicó una mirada de agradecimiento que ella sostuvo un instante antes de volverse, sonriente, al criptógrafo del papa, uno de aquellos acomodados siervos de la curia y comenzar a susurrarle, embaucadora. Lo llevó hasta un sofá en el que él se dejó caer y arrojó miradas anhelantes a un intérprete de laúd de rizos oscuros y

ojos marchitos. Mientras Bramante seguía a las dos gracias escaleras arriba, vio por la comisura del ojo cómo el joven músico respondía a las miradas del criptógrafo pasándose provocativamente la lengua por los labios. No obstante, ¿era él mejor que el prelado, cuando llevaba del brazo a dos chiquillas que podrían ser sus hijas? Le asaltó la repentina idea de que Imperia también debió empezar así.

—¡Vino, quiero vino! —exclamó.

—Salvatore, tráenos ostras frescas y una jarra de Greco di Ancona —indicó la chica de los ojos marrones a un mozo.

Después, los tres entraron en una estancia de tamaño medio con un sofá

tapizado en rojo de patas elegantemente entornadas. Frente a él había una mesa redonda con sinuosos grabados de marquetería que mostraban motivos orientales, mujeres, un sultán y pájaros. Al otro lado de la mesa había tres sillones y un taburete. A mano derecha, una amplia cama.

—¿Para qué es el taburete? — preguntó Bramante.

La muchacha de los ojos azules sonrió de forma muy explícita.

—¿Música? —ofreció la otra.

Bramante dio su aprobación en voz baja. Llamaron a la puerta y Salvatore apareció para servir vino, ternera hervida, pan y ostras.

—Ay, mi salvador —bromeó Bramante.

Las dos muchachas se miraron, perplejas. Él pensó que no era tan grave que no entendieran sus chistes siempre que tuvieran otras habilidades.

—¡Envíanos a Lautaro! —dijo la muchacha a Salvatore.

—A propósito, ¿cómo os llamáis? —preguntó Bramante.

—Evangelista.

—Y yo Ecclesia.

Bramante apenas pudo contener una carcajada.

—Bienaventurado yo, que trato al mismo tiempo con la buena nueva y con la santa Iglesia.

Rompió a reír y terminó atragantándose. Evangelista le tendió un vaso de vino que vació de un solo trago.

Poco después apareció Lautaro con el laúd. Llevaba una especie de batín blanco y portaba el instrumento en las manos. Ecclesia soltó las cintas que ataban el batín al cuello haciendo que éste cayera al suelo y el joven quedara desnudo como un Adonis.

—Ahora, ¡toca! —ordenó Evangelista.

—¿Con canto o sin él?

—Si tu canción no trata de la abstinencia carnal, entonces canta, mi jilguero, ¡canta! —le animó Bramante, sin entender por qué llevaba tanto

tiempo rehuendo un contacto más directo.

¿Sería porque creía haber encontrado el amor de su vida y haber después renunciado a él por el proyecto de su vida? Durante los últimos meses y semanas había llevado voluntariamente una vida prácticamente monacal. Besó a Evangelista y deslizó la mano por sus hombros hasta llegar a la manga de su vestido, de la que tiró. Ella le apartó los dedos con delicadeza, se levantó y se quitó el vestido, bajo el cual no llevaba nada.

—Así se presenta desnuda ante vos la palabra de Dios.

—¿Y la Iglesia?

Ecclesia siguió su orden y se sentó a horcajadas sobre su regazo mientras Evangelista lo alimentaba con la carne de ternera. Bramante gruñó de satisfacción y bebió un trago de Greco. La resurrección de la carne y la vida. Mientras penetraba a Ecclesia, pensó en cómo iba a construir la mayor iglesia de la cristiandad. Ella se movió sobre él mientras el músico cantaba: «... la esperanza es ajena a los que retozan en el viento». Bramante cerró los ojos y vio el cielo abierto como san Esteban. En aquel momento se dio cuenta de que la cúpula del cielo que quería establecer sobre la mayor iglesia del mundo no se construiría de piedra, sino de las

esperanzas de los hombres: sería ligera, vaporosa e indestructible. El último día de la humanidad llegaría cuando ésta abandonara la esperanza de salvación y los hombres y mujeres que entraran en el templo movidos por esa esperanza dejaran de hacerlo, a pesar de las aciagas consecuencias. Entonces le sorprendió un pequeño milagro, casi una nimiedad. No recordaba la última vez en aquellos diez años que había mantenido tanto tiempo una erección. Cuando volvió a abrir los ojos, Ecclesia seguía sentada sobre él moviendo la pelvis en círculos mientras Evangelista lo besaba y dejaba resbalar en su boca una ostra. Era como la vida: fresca, salada e

imposible de sujetar.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1506

Cuando Bramante volvió en sí, se encontraba en su casa, en su cama, e Imperia lo agitaba con fuerza agarrándolo de los hombros. Abrió los ojos y miró hacia la ventana. El cielo tenía el más hermoso todo de azul y, a juzgar por la claridad reinante, el sol se encontraba en su cénit. Bramante se preguntó y trató de recordar con gran

esfuerzo cómo y cuándo había regresado al *palazzo*.

—¿Dónde está Lucrezia? —gritó Imperia con rostro desencajado de terror.

Bramante se frotó los ojos y puso todo su empeño en aclararse la mente. ¿De qué le estaba hablando? En su mente aparecieron las imágenes de la tarde y la noche anterior, del triunfo y el goce. Ascanio lo había traído de vuelta a casa en una litera, lo había desnudado y lo había metido en la cama. El arquitecto se había agotado en todos los sentidos posibles. Sentía el cuerpo apaleado y magullado. Estuvo a punto de volver a echarse a dormir, pero Imperia

lo evitó propinándole un buen bofetón.

—¡Maldito bastardo, dime de una vez dónde está mi hija! —gritó ella, fuera de sí.

Lentamente Bramante fue comprendiendo que algo terrible debía haber sucedido. Lo invadió un creciente malestar. Se sentó en la cama y se masajeó las sienes con los puños cerrados.

—¿Qué ocurre con Lucrezia?

—Cuando fui a visitarla por la mañana al convento, me dijeron que tu criado la había recogido para que viniera a visitarte.

—¿Mi criado? —preguntó Bramante, agitando la cabeza con

consternación— ¡Giorgio! —gritó tan alto que pudieron oírle hasta en la calle.

El aludido apareció atropelladamente en la habitación un instante después.

—¿Sí, señor? —preguntó con los hombros encogidos de miedo y apoyándose alternativamente en un pie y en otro.

—¿Has estado esta mañana en el convento de San Silvestro? —preguntó Bramante con el ceño fruncido.

—Ni en el de San Silvestro ni en ningún otro, señor —tartamudeó Giorgio mirándolo con tanta sorpresa que no dejó lugar a dudas sobre su afirmación.

Imperia se desplomó sobre la cama

como una marioneta.

—Entonces, ¡la han secuestrado!
Pero, ¿por qué? —dijo sin fuerzas.

¿Quién podría haberse fijado en su pequeña y por qué? Lucrezia no le había hecho nada a nadie.

Una terrible nausea hizo que Bramante se levantara de un salto, corriera hacia la ventana, la abriera de par en par y vomitara en plena calle. Echó toda la mezcla de carne de ternera, ostras y vino, hasta que solo le quedó la bilis. Después se limpió la boca con la manga de su camisa y se volvió con la cara pálida como la tiza, sin mirar a Imperia. El corazón le latía con tal fuerza que amenazaba con salirse del

pecho. ¿Y si aquel acto espantoso estaba relacionado con él? ¿Y si Lucrezia estaba en peligro porque querían perjudicarlo? ¿Y si él tenía la culpa de lo que le hicieran a la niña? Cerró los puños y miró al cielo.

—Oh, Dios, ¿cómo puede importarte tan poco que paguen justos por pecadores? —murmuró con voz siniestra—. ¡Maldito inútil, tráeme de inmediato mis cosas, mi estoque y no te olvides de los dos puñales! —gritó entonces al pobre Giorgio.

Una rabia incomparable con nada que hubiera sentido en toda su vida le recorría con furia las venas. Mientras se echaba de cualquier manera la ropa

sobre la camisa sucia, la cabeza se le hinchó hasta adoptar un tono rojizo que llegó a ser púrpura en las orejas.

—¡Volveré con Lucrezia o no volveré!

Y tras esto, salió atropelladamente de la habitación. Ya en el pasillo, Ascanio se colocó a su lado.

—No vas a venir conmigo —le dijo, sucintamente.

Para lo que se proponía no necesitaba que un guardaespaldas cumpliera su cometido.

—Lo haré —dijo Ascanio sonriendo, echando la cabeza a un lado.

—¡No tienes nada que ver con esto!

—Mi espada tiene que ver con todos

los asuntos que se resuelvan en este mundo.

—Bien, pero si las cosas se ponen demasiado serias, nos veremos en la rueda de la Inquisición o en el infierno —le advirtió Bramante.

—Entonces al menos me encontraré en buena compañía —respondió Ascanio.

Había llegado la hora de saldar viejas cuentas.

Atónito y en silencio rodeó el papa varias veces el grupo del *Laocoonte*, que habían depositado en la *stanza della segnatura* sobre la gran mesa de roble. En los ojos de Julio brillaba un fuego

tranquilo pero intensivo. El santo padre lucía solo un manto blanco y el caduceo, no había llegado a colocarse la *mozetta*. La audiencia, por tanto, tenía un carácter no oficial, casi privado.

—Sin Laocoonte no estaríamos aquí —dijo finalmente, conmocionado—. Los dioses habían decidido la condenación de Troya. El sacerdote Laocoonte advirtió a los troyanos, pero estos no le escucharon. Sin embargo, por rebelarse contra la voluntad de los dioses, la rabia y el deseo de venganza de estos no se hizo esperar. Enviaron serpientes letales. Cuando Eneas vio cómo Laocoonte y sus hijos morían angustiosamente, supo que Troya se

enfrentaba a su caída. Esa imagen, que los autores de esta escultura han plasmado para la posteridad, fue la que se presentó ante los ojos de Eneas y, lo que es más, fue testigo de esa escena cruel. Por eso se embarcó con los suyos y abandonó una Ilión al borde de la destrucción. Tomó tierra muy al sur de allí, en Ostia, y su hijo Julo fundó la dinastía Julia.

Mientras formulaba aquellas palabras, el papa sonreía como si estuviera rememorando a su abuelo, y sus ojos relucían azules, profundos. «¡Qué joven puede llegar a parecer este hombre!», se sorprendió Miguel Ángel.

—Por eso he adquirido la escultura,

pues despierta todo mi interés —explicó Julio II.

Entonces, abarcó a los dos artistas con la mirada y les pidió que le contaran todo lo que hubieran descubierto acerca de la escultura. Miguel Ángel señaló hacia dos soldaduras casi imperceptibles en la zona de la espalda.

—Aquí y aquí es donde se ha ensamblado la pieza.

—Entonces, ¿se equivocaba Plinio cuando dijo que la escultura estaba realizada en un bloque único? —preguntó Julio, reflexivo, mientras contemplaba los puntos que el escultor le había señalado.

Miguel Ángel levantó la mano.

—Santo padre, no habría nada que reprocharle al gran erudito, pues las suturas están tan bien realizadas que incluso Giuliano y yo nos vimos en serias dificultades para encontrarlas.

—Y con razón. Mis viejos ojos no ven nada en absoluto —dijo el papa con voz melancólica.

Su ayuda de cámara entró en la estancia y realizó una reverencia. Cuando el papa le indicó que se acercara, éste cumplió la orden con prontitud. Julio le ofreció la oreja y el empleado le susurró algo al oído. El rostro del vicario de Cristo se ensombreció.

—Ve al puerto, hijo mío. ¡Rápido!

Colocó a Miguel Ángel la mano sobre el hombro y le dirigió una mirada paternal. El escultor quedó petrificado. ¿Qué le habían hecho ahora? Se sentía perseguido, como si una sombra lo siguiera a cada paso, terca y sin desviarse, dispuesta a hacerle renunciar a todo.

—Sígueme al puerto —dijo, con un tono que presagiaba la desgracia, a Francesco, quien lo esperaba en el exterior.

Frente a San Pedro, cerca de la iglesia de Santa Caterina, se toparon con Bramante, seguido de una figura audaz. «Ese canalla viene directamente de cometer alguna tropelía en el puerto de

Ripetta», concluyó Miguel Ángel. Se interpuso en el camino del arquitecto, dispuesto a hablar con él. Bramante lo miró sin comprender y, según le pareció a Miguel Ángel, de forma hostil.

—¿Qué le habéis hecho a mi mármol? —preguntó el escultor con aspereza.

—¿A mí qué me importa vuestro mármol? —rugió Bramante, con intención de continuar su camino ignorando al florentino.

Para Miguel Ángel, la prisa con la que Bramante trataba de librarse de él fue una prueba irrefutable. Solo la mala conciencia podía obligarle a actuar así. Agarró al escultor del brazo.

—¡No deis un paso más! ¡Todavía no he acabado con vos!

—Pero yo sí con vos —gritó Bramante y se soltó de un tirón.

Antes de que Miguel Ángel pudiera procesarlo, Ascanio le había echado a un lado.

—Será mejor que dejéis a mi señor en paz. Tiene cosas más importantes que hacer. La próxima vez no seré tan amable con vos.

El escultor observó el rostro siniestro del guardaespaldas. No lo conocía y, por tanto, no sabía que Ascanio solía lucir una sonrisa y una cierta indolencia en su actitud, de lo contrario la expresión salvaje de su

rostro lo habría impresionado aun más. Francesco, por su parte, se había mantenido un tanto apartado y miraba aterrizado a su señor. Miguel Ángel se apartó de mala gana y prosiguió su camino hacia el puerto, seguido de su criado. Poco después comenzó a gritar votos de venganza.

Una vez llegados al Tíber, se le saltaron las lágrimas. Aquellos malditos habían arrojado al río tantos bloques de mármol como habían podido, incluida la inmensa roca con la que había pensado realizar el *Moisés*. Miguel Ángel ordenó a Francesco hacerse con carros y cocheros mientras los trabajadores de los muelles iban sacando las piedras

húmedas del agua bajo su vehemente dirección. Decidió colocar el mármol frente a la plaza de San Pedro, ante la iglesia de Santa Caterina. A solo una calle de su taller. Bajo sus propios ojos y los del papa, nadie se atrevería a atentar contra el material.

Había vuelto a romper a llover. En la basílica reinaba una repentina oscuridad, pues gruesas nubes había ocultado el sol y apenas algunos rayos penetraban a través de las pequeñas ventanas del triforio. «Oscuro como la fe», pensó Bramante furioso. Sin embargo, él iba a cambiar todo eso. Iba a levantar un templo grande, hermoso,

iluminado, que se erigiera centro del mundo, cuya calidez y armonía relucieran por encima de todo. Así lo había propuesto. Un boceto a imagen de la Antigüedad. Bajo su cúpula del cielo daría comienzo una nueva era. Ese era el motivo por el que el dominico se había obcecado tan salvajemente en su contra: porque él quería conservar la iglesia vieja, amorfa y oscura.

El olor del incienso que flotaba por la basílica le atacó el estómago como un plato amargo. Muchos peregrinos confesaban sus pecados y rezaban a Dios con la esperanza de indulgencia e intercesión. Bramante se dirigió hacia el confesionario noroeste, en el que se

había sentado en el pasado con el cardenal para trazar un complot contra la tumba de Miguel Ángel. Buscando a Giacomo, corrió de confesionario en confesionario, echando a un lado las cortinas o la puerta sin ningún reparo. Tuvo que hacer frente a las miradas sorprendidas o furibundas de los sacerdotes y los penitentes, pero no encontró al dominico. Sin embargo, algo en su interior le decía que lo encontraría en San Pedro. Pensó, febril, dónde podía estar. De pronto, lo comprendió. Por supuesto, ¿cómo no lo había pensado desde un principio? Debía estar en el corazón de la basílica. Bajo la *confessio*, en la tumba de san Pedro.

—Ven, sé dónde se esconde el diablo —dijo a Ascanio.

Se apresuraron hacia el altar mayor, abrieron la pequeña puerta metálica y descendieron por los estrechos escalones.

Entonces la vieron. Lucrezia. Estaba sentada sobre la tumba del apóstol, con las manos atadas a la espalda. Tenía los ojos vendados. Bramante podía sentir cómo su joven cuerpo temblaba de terror y quiso lanzarse a consolarla cuando dos individuos armados le salieron al paso. Ascanio desenvainó su acero.

—No lo intentes, Donato —dijo Giacomo il Catalano, quien los

observaba desde la tiniebla.

Con un chasquido de dedos, otros diez hombres más salieron a la luz. Por su aspecto podía deducirse que eran veteranos en las artes de las armas.

—Aquí es donde Dios ha concedido un final a mi arte —murmuró Ascanio al arquitecto con una serenidad acongojante.

—¡Es una niña inocente! ¿Es eso cristiano? ¿Es esto lo que Dios espera? —gritó Bramante ardiendo de furia.

Lucrezia volvió la cabeza en su dirección.

—Cierra la boca o te la cerraremos por las malas —le amenazó uno de los guardianes.

—Ten cuidado con lo que dices, Caracortada —replicó Bramante.

En su voz tembló un rencor peligroso. El esbirro sonrió de forma casi obscena y el cardenal permaneció inmutable, como si la conversación fuera ajena a él.

—Vayamos al corazón del asunto que nos ha reunido hoy aquí de manera más o menos voluntaria —dijo con frialdad—. El fin justifica los medios y las obligaciones de quien debe llevarlo a cabo. Ya sabéis lo que quiero. Acudid al papa, declarad vuestra decisión de abandonar el proyecto y proponed a fray Giocondo como arquitecto director en la remodelación de San Pedro y a la niña

no le ocurrirá nada. En cuanto mi hermano de orden reciba el encargo por parte del santo padre, os devolveré a la niña intacta.

—¿Por qué habría de confiar en vos? —preguntó Bramante, con los ojos convertidos en dos finas ranuras.

—Porque juro por Dios que mantendré mi palabra. De la misma manera que juro por el Todopoderoso que, de no hacer lo que os digo, entregaré a la niña durante diez días a estos diez hombres, cada uno un día entero para hacer lo que más les plazca, antes de cortarle yo mismo el cuello. Es vuestra elección.

Bramante sintió que se le helaba el

corazón. Muy arriba, por encima de la tumba, había planeado erigir la cúpula del cielo pero, en aquel momento, se encontraba en el mismísimo infierno. En el mismo momento en que amenazaba con explotar, sintió la mano de Ascanio sobre su hombro. Aquel gesto sirvió para despertar de nuevo su cordura y le dirigió a su guardaespaldas una mirada de agradecimiento por ello. La insensatez o la rabia harían que Lucrezia acabara muerta.

—Bien —logró articular—. Mañana a primera hora solicitaré una audiencia urgente con el papa.

—No os esforcéis. Ya he informado al santo padre de que teníamos algo

importante que hablar con él. La audiencia se producirá hoy mismo, después de las vísperas. Como querréis tener pronto a la pequeña con vos, os aconsejo que seáis puntual. Ya sabéis lo que ocurrirá si sois impuntuales o tratáis de engañarme —dijo con voz pausada pero cargada de amenazas—. Ya deberíais conocerme lo suficiente como para saber que no tendría ningún remordimiento. Todo, la vida o la muerte, la alegría o la miseria, queda en vuestras manos.

Jamás en toda su vida se había sentido Bramante tan indefenso e impotente. Pero no tenía elección.

—Comprendido —murmuró con voz

amarga y se dirigió hacia Lucrezia.

El de la cicatriz en el rostro extrajo su estoque y apuntó con él al pecho del hombre.

—Déjalo —ordenó el cardenal.

Bramante se arrodilló junto a la niña, la abrazó y le susurró al oído:

—Voy a sacarte de aquí, Lucrezia. No te ocurrirá nada. Ten valor y no te asustes. ¡Confía en mí!

Tras esto, se levantó.

—Si le tocáis un solo pelo, mi venganza contra todos y cada uno de vosotros será terrible y dolorosa. Incluso si acabáis conmigo, no encontraréis paz alguna. Mi venganza me sobrevivirá.

Bramante había hablado con voz tan serena y objetiva como si estuviera dando instrucciones de construcción, mientras iba posando la mirada en todos los presentes uno por uno. El último al que miró fue a Giacomo. En sus ojos se reflejaba la misma enemistad irreconciliable que en los del cardenal. Se volvió para marcharse.

—Un momento, Donato —dijo Giacomo—. Tenéis aún algo que me pertenece. Si sois tan amable, dejadlo aquí antes de marcharos.

Bramante se quitó el anillo del dedo y lo arrojó hacia la tumba del apóstol. Horrorizado, Giacomo saltó sobre el altar pero no pudo sujetar el anillo a

tiempo. Voló sobre la rejilla bajo el altar y cayó a las profundidades. El dominico atravesó a Bramante con una mirada de odio interminable.

—Lo siento mucho —graznó el constructor, irónico y ascendió por las escaleras seguido de Ascanio.

Luchó con amargura contra la profunda carga que pesaba sobre sus hombros y que se iba volviendo más insoportable a cada paso. Era como si el templo entero se echara sobre él.

De camino a casa, mil y un pensamientos cruzaban la mente de Bramante. Sus ideas andaban en círculos. ¿Debía abandonar? ¿Qué otra cosa podía hacer más que obedecer las

órdenes del dominico? No dudaba de que el arcipreste sería capaz de cumplir sus amenazas, tan carente de escrúpulos como era. Ascanio rogó a su señor que lo disculpara durante una hora. Bramante asintió, desconcertado.

En su pequeño *palazzo* lo esperaban Imperia y Agostino Chigi. Tras concluir su informe, Imperia preguntó con rostro lleno de terror qué pensaba hacer.

—Cumplir las pretensiones del dominico, por supuesto —exclamó Chigi.

El banquero, de ordinario tan controlado, golpeó con el puño la mesa con tanta energía que hizo que su larga melena se alzara unos segundos por la

inercia del impacto.

—¡Qué ardid más diabólico! Aunque informáramos al papa, no tendríamos pruebas. Es su palabra contra la tuya.

—Utilizaría esa circunstancia en su favor —dijo Bramante, cansado—. Además, no creo que Lucrezia siga escondida en la basílica, al menos no donde la encontramos —suspiró, resignado—. Julio no nos creerá si no tenemos la más mínima prueba y si presentáramos alguna, se las apañaría para desacreditarla. Un papa solo castiga a un cardenal cuando le ha robado o ha instigado un complot contra su persona.

—Pero no por la hija de una

cortesana —concluyó Imperia con amargura.

—Ni por la hija o el hijo de ningún otro hombre o mujer —intentó consolarla el banquero.

Sin embargo, ella no lo escuchó y en su lugar comenzó a morderse las uñas.

—¿Mantendrá el cardenal su palabra? —preguntó, temblando.

—Probablemente —respondió Bramante con la cabeza hundida. Al menos eso quería creer.

—Entonces, hazlo, Donato, ¡cumple con sus exigencias! Una vez quisiste renunciar a ese proyecto por mí, hazlo ahora por Lucrezia y por mí.

Bramante asintió con tristeza. En

aquel momento Ascanio apareció violentamente por la puerta, miró inquisitivo a todos los presentes y cerró la puerta tras de sí. El guardaespaldas estaba empapado en sudor y tenía las ropas revueltas. A todas luces había corrido muy deprisa. La expresión de su rostro delataba una gran tensión. A los pocos pasos se encontró junto a Bramante y le susurraba algo al oído. El arquitecto abrió los ojos de par en par y miró a Ascanio incrédulo. El guardaespaldas asintió.

—¡Giorgio!

Apenas Bramante llamó a su criado, éste apareció de inmediato. Ascanio cerró la puerta, echó el cerrojo y

desenvainó la espada. El criado se volvió aterrorizado. El miedo se reflejaba en su grueso rostro y le hacía temblar la papada.

—Tenemos que hablar —dijo Ascanio con sequedad—. No te atrevas a mentir o a responder con evasivas porque eso solo te traería mucho más dolor. ¿Qué te ofreció Ranuccio, el de la cicatriz en la cara, para que le sirvieras de soplón?

Los ojos de Giorgio saltaron de pánico de un lado para otro. Durante un instante dio la impresión de plantearse si debía mentir, pero finalmente se arrojó a los pies de Bramante.

—Piedad, señor, piedad. Os he

servido fielmente durante muchos años.

—¡Precisamente! —respondió Bramante, decepcionado y triste.

Aquella traición lo había afectado. El milanés llevaba treinta años a su servicio.

Giorgio explicó, como disculpa, que Ranuccio lo había presionado porque en una ocasión, en una taberna barata de Regola, había pegado a un monje en medio de una disputa por una mujer.

—¿Por qué no me habías dicho nada? —preguntó Bramante.

—Porque ya estaba en la cárcel de la puerta di Nona y su eminencia, el cardenal Catalano, me enseñó sus instrumentos de tortura. Me dijo que

nadie me ayudaría, ni siquiera vos. Solo él.

Bramante dejó caer la cabeza. Por fin entendía cómo había podido descubrir el arcipreste su punto débil. Un pensamiento terrible le sobrecogió.

—¿Recogiste a Lucrezia en el convento? —preguntó al criado, quien asintió, turbado.

Las miradas de Ascanio y Bramante se encontraron.

—No se escondió de Lucrezia —aseguró el guardaespaldas.

—¿Tienes que encontrarte de nuevo con el grupo? —insistió el arquitecto.

—Sí. Hoy por la tarde tengo que ir al Coliseo a recoger mi parte.

—Te cortarán el cuello —repuso Bramante con sequedad—. Como pago por tu traición.

Un silencio malicioso y perverso se extendió por la habitación. Para todos, incluido Giorgio, el plan del arcipreste comenzaba a tomar una forma terrorífica.

Chigi puso los ojos en blanco.

—En cuanto te retractes ante Julio, Donato, te retirará sus favores. Considerará una traición que abandones el proyecto.

—Al fin y al cabo fui yo quien lo convencí.

—Peor aun. Ya no podrás ser peligroso para un cardenal.

—Tampoco nos devolverá a Lucrezia con vida —añadió Ascanio con voz tenue—. Ya no quedarán testigos de su crimen y el único que podría presentar cargos en su contra habrá sido tachado de traidor.

Era una red infernal, un círculo vicioso que el dominico había trazado con habilidad. Para desgracia de todos los que se hallaban atrapados en él. Rota de dolor, Imperia gritó y rompió a llorar.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1506

Jamás en toda su vida había hecho Bramante una promesa de no haber estado completamente seguro de que podría mantener su palabra. Su único consuelo era que solo su muerte evitaría que llevara a cabo su plan. Había convencido a todos de ello, incluida a Imperia. Sin embargo, tampoco había más alternativas. En realidad podía

decirse que contaban con dos ventajas. La primera era que Giacomo desconocía que lo habían descubierto y atrapado al criado traidor, mientras que, por otro lado, desconocía que Ascanio mantenía tan buenas conexiones en la clase media y los bajos fondos de Roma. Bramante disponía de poco tiempo para prepararse adecuadamente. Debía improvisar y confiar en su suerte. No era nada nuevo el arriesgar su vida en una combinación de inteligencia, experiencia en combate y suerte.

Habían acordado que Bramante se presentaría puntualmente ante el pontífice después de las vísperas, pero la audiencia se prolongaría antes de que

el arquitecto pudiera anunciar su retirada. Como Giacomo albergaría sospechas de inmediato si Bramante intentaba ganar tiempo, pusieron al corriente a Egidio da Viterbo. Éste tenía libre acceso al papa y era conocido, para bien y para mal, por su floreada retórica y declamación. La filípica del agustino caería de lleno sobre Giacomo sin que éste pudiera albergar sospechas.

Ascanio sabía que tampoco a él le restaba demasiado tiempo para los preparativos. Para evitar cualquier tipo de traición, pidió ayuda a tres amigos personales a los que conocía desde hacía tiempo y en los que podía confiar. Llevaban trabajando juntos desde

aquellos aciagos días en los que compartían pan y soldada bajo las órdenes de César Borgia.

El primer y más importante de sus cometidos consistía en descubrir dónde habían escondido a Lucrezia sus secuestradores. Las probabilidades de lograr liberar a la niña con vida eran escasas. Para empezar, Ascanio no debía llamar la atención durante sus pesquisas y, además, no le restaban más que cinco horas para llevar a cabo esa misión.

Con qué frecuencia en las últimas semanas había observado las conversaciones del arquitecto con la pequeña durante la misa matinal en la

iglesia conventual de San Silvestro in Capite. Cuántas veces aquella imagen, el hombre mayor en relajada cháchara con una niña encantadora, lo había conmovido. Parecían padre e hija. Sin siquiera darse cuenta, Lucrezia se había ganado el corazón del mercenario. Y ahora un hombre cuyas manos no debían mancharse de sangre sino repartir bendiciones anhelaba su vida. Ascanio ya había vivido suficiente violencia innecesaria en los años en los que se había ganado la vida como lansquenete y, posteriormente, como guardaespaldas. La violencia que procedía de los poderosos y los fuertes, sometía a los débiles y desprotegidos solo por una

razón: porque no había nadie que los defendiera y una vida valía muy poco. Con su trabajo, no podía esperar alcanzar una edad avanzada. Sin embargo, tras ser testigo del expolio y la crueldad de César Borgia había decidido proteger con su acero a la gente corriente de los abusos de los grandes señores. No había aprendido más arte que la de la espada, pero la emplearía contra la injusticia. Quizá en ello residiera la herencia de su padre, al que no había llegado a conocer. Debía haber sido sacerdote y, hasta el paso en falso al que Ascanio debía su vida, prácticamente un santo.

Después de que Ascanio y sus

amigos se hubieran desperdigado e introducido de lleno en los bajos fondos romanos, volvieron a encontrarse, tal y como habían acordado, en la *isola* Tiberina. No habían descubierto gran cosa aparte de que el hombre de la cara cortada vivía con una prostituta en el Trastevere, cerca de *via* Portuense. Para no llamar la atención, compraron a un prendero judío de la zona del mercado del pescado en *rione* Sant'Angelo, junto al pórtico de Ottavia, algunos harapos y escondieron bajo aquellas prendas sueltas y amplias sus cuchillos y espadas. Finalmente se mancharon la cara y las manos de mugre callejera que les aportó, además, un olor personal

insoportable.

Cuando llegaron a la casita estrecha de dos pisos, encajonada en la vivienda vecina, Ascanio miró a su alrededor con suma precaución. Nadie los seguía y tampoco había ningún vigía en la vivienda. Dos de los amigos, Baccio y Eugenio, se situaron a cierta distancia mientras Ascanio y Gustavo, un tipo enorme de Pisa enemistado con cualquier oriundo de Florencia, se precipitaban al interior de la vivienda tan rápidos como discretos. El oscuro pasillo daba acceso a un patio. A la izquierda se abría una estrecha y oscura escalera que daba al primer piso. Ascendieron por aquellos escalones tan

silenciosamente como pudieron. Apareció ante ellos una puerta deslucida, con la madera medio podrida y carcomida en la parte superior e inferior. Olía a moho. Las paredes brillaban húmedas y negras. Gustavo echó la puerta abajo con una patada seca y consistente. Al otro lado, una mujer, probablemente la amante del Caracortada, se echó las manos a la cabeza, aterrorizada. Ascanio la echó a un lado sin contemplaciones y entró en la habitación en la que una joven de pelo largo y grasiento de color indefinido estaba sentada sobre un taburete cortando ajo. Era más factible que fuera la joven la amante del secuestrador

pero, en cualquier caso, interrogarían a las dos.

—Si sois razonables, no os ocurrirá nada —dijo con aspereza, sacando un cuchillo.

Los ojos de las mujeres se abrieron de par en par. La mayor torció la mirada hacia una gran cacerola de la cocina de piedra.

Ascanio podía seguir con comodidad el curso de los pensamientos de aquellas mentes tan simples.

—Si yo fuera tú ni se me pasaría por la cabeza —boceó—. ¿Dónde está el hombre de la cicatriz en la cara?

Las dos mujeres cruzaron miradas de terror.

—No conocemos a nadie con una cicatriz en la cara. Nos debe haber confundido, señor —proclamó la mayor.

Ascanio se dirigió, inmutable, hacia el fuego, observó la cacerola en la que hervía pasta, hizo acopio de flema y escupió dentro del puchero con energía. Las dos mujeres no reaccionaron. Aquel guiso no parecía estar destinado a ellas.

—¿Para quién cocinas tanta comida? —preguntó Ascanio, amistoso.

—Soy cocinera para los barqueros.

Ascanio rio con tal fuerza como si hubiera escuchado el chiste más gracioso de su vida. Entonces, endureció el rostro.

—El Caracortada ha firmado su

sentencia de muerte. Salvad, al menos, vuestras vidas. No tengo ningún interés en degollaros, no tenéis nada que ver con nuestra disputa.

Las mujeres se volvieron a mirar. En esa ocasión, contestó la más joven del pelo largo y grasiento.

—¿Por qué íbamos a confiar en vos?

—Porque averiguaré lo que quiero saber de una manera o de otra —explicó Ascanio—. La cuestión aquí es si vosotras saldréis bien paradas y con una pequeña recompensa o si me obligaréis a torturaros y mataros, cosa que, tras el doloroso interrogatorio al que os someteré, no os importará demasiado. La decisión es completamente vuestra.

El sosiego carente de emoción que Ascanio exudaba dio a las mujeres la impresión de que no las estaba engañando, que pensaba actuar como les estaba revelando. Después de tratar con tantos rateros habían aprendido a diferenciar cuándo estaban tratando con un experto o con un charlatán. La mayor dedicó un asentimiento de cabeza a la más joven.

—¿Qué conseguiremos nosotras si os llevo hasta mi hombre? —preguntó la más joven.

—¡Dos escudos de oro!

Una amplia sonrisa iluminó su rostro lleno de mugre. Nunca en su vida había visto tanto dinero. Sin embargo, aquel

precio por traicionar a su pareja le pareció justo: no se merecía más que la décima parte de lo que habitualmente costaba un asesinato.

—De acuerdo. Estamos cocinando para ellos.

—¿A dónde debéis llevar la comida?

—A la iglesia de los santos Cosme y Damián.

—¿La que está en el Foro? — preguntó Ascanio.

Las dos mujeres miraron al extraño como si les hubiera hablado en otro idioma: evidentemente desconocían de qué les estaba hablando.

—En el *campo Vaccino* —se

corrigió él.

—Exacto, esa es la iglesia. La que está cerrada —graznó la más mayor.

—¿Y quién debe llevarles la comida?

—Nosotras dos.

Ascanio y Gustavo observaron a las dos mujeres con escepticismo.

—Queríamos buscar a un par de muchachos fuertes y pagarles para que nos ayudaran a llevarlo.

—Ya habéis encontrado a esos muchachos —dijo Ascanio, sonriendo a Gustavo—. Estaremos detrás de vosotras. Un movimiento en falso y conoceréis de cerca mi puñal.

Poco después, el pequeño grupo se

aproximó a la iglesia consagrada a los dos médicos bizantinos. Era una extraña procesión: abrían la marcha las dos mujeres, justo detrás avanzaba Ascanio con un cesto de pan negro bajo el brazo. En el otro brazo llevaba un puñal escondido bajo la manga. Llevaba una tira negra de tela anudada sobre el ojo y se había calado hasta la nariz un deslucido sombrero de plumas. Además, llevaba unos pantalones hasta las rodillas y una capa de burdo lino marrón. Tras él iban Baccio y Eugenio, ambos pertrechados con capuchas de fieltro sobre la cabeza y con gruesos palos en los que portaban los pesados calderos de hierro con la pasta. Para

concluir, Gustavo cerraba la marcha con un amplio cesto a la espalda en el que portaba vino aguado.

Ascanio se dio cuenta de que los observaban desde las ventanas del anexo derecho del templo.

—Ahora todo depende de que no hagáis ninguna tontería —les susurró a las mujeres.

—Sí, señor —respondieron ellas a la vez.

El miedo se podía detectar en su voz. Ascanio volvió la vista hacia el sol que se deducía tras un bloque de nubes a su izquierda. Ya no tenían tiempo. La tarde estaba a punto de caer.

Ante Giacomo il Catalano había una tina de agua colocada sobre una mesilla que apoyaba en la pared. Tras lavarse la cara, el torso y las axilas, observó su imagen en el espejo. Un rostro notable de piel morena y ojos grandes y expresivos. No tenía las mejillas flácidas ni se mostraba ningún indicio de papada: era un rostro joven y terso. Solo algunos mechones plateados en su cabello, por lo demás negro como el ébano, daban alguna muestra de su edad pero también le otorgaban un atractivo distinto y nuevo. Tampoco mostraba un solo gramo de grasa en su torso. En sus ojos se había pintado en los últimos tiempos una particular tristeza. ¿O acaso

aquello que consideraba melancolía no era al final más que frialdad? ¿La muerte que había deparado a tantas personas había terminado enquistándose en su mirada?

En la pared a su espalda colgaba el boceto de la remodelación de San Pedro de su hermano de orden, el arquitecto fray Giocondo. Lo observó un instante, después sumergió la cara en el agua fría, se obligó a abrir los ojos y miró el fondo de la tina. El fluido le presionó las retinas. El fondo parecía aproximarse y alejarse al mismo tiempo. Las distancias se desvanecían bajo la superficie.

De pronto se sorprendió a sí mismo

deseando que una mano imperiosa lo agarrara del cuello y mantuviera su cabeza bajo el agua sin que él lograra sacarla a pesar de que el aire se le acababa y necesitaba respirar. «Ahogarse no es la peor manera de morir», pensó, «cuando se ha alcanzado una cierta edad en la que se disponen de suficientes recuerdos, es posible desvanecerse en ellos hacia un húmedo final». El anhelo era solo otra forma de referirse al recuerdo. Cualquiera persona era perfectamente capaz de saber lo que buscaba, aunque no supiera darle un nombre. La humanidad se equivocaba en ese aspecto. Solo porque no eran capaces de describir sus deseos, creían

no conocerlos. A veces el anhelo se ocultaba simplemente detrás de un aroma o de un sonido.

Sin embargo, eso no funcionaba con Giacomo. En lo más profundo de su memoria dormitaban imágenes borrosas que veía en el fondo del agua. Una mesa en torno a la cual se sentaban numerosas personas, un hombre de barba negra, rostro notable y frente alta que le resultaba familiar, un chico, una niña, una mujer de grandes ojos azules y una sonrisa tan bondadosa como burlona lo que, aunque parecía contradictorio, no lo era para él. El hombre comenzaba a cantar con voz melodiosa:

«Qué alegría cuando me dijeron:

¡Vamos a la casa del Señor!

¡Ya están pisando nuestros pies

tus umbrales, Jerusalén!

Jerusalén, ciudad construida

en perfecta armonía;

allá suben las tribus, las tribus del

Señor,

para según la costumbre de Israel,

dar gracias al nombre del Señor.

Porque allí están los tronos de

justicia,

los tronos de la casa de David.

¡Jurad la paz para Jerusalén;

paz a tus tiendas!

¡En tus muros reina la paz,

y hay paz en tus palacios!

Por amor de mis hermanos y de mis amigos,

te deseo la paz si me permites.

Por amor de la casa del Señor nuestro Dios, te deseo felicidad».

El cuerpo de Giacomo quería que su cabeza surgiera del agua, pero su espíritu se hundía más en la tina. Agarró con las manos el borde del recipiente. Extendió el cuello y hundió más el rostro, hasta el fondo. Con todas sus fuerzas. Era una lucha silenciosa y mortal entre su alma y su cuerpo que se libraba en su interior. Entonces sintió como el agua le inundaba la boca y todo

se volvía negro. Su instinto le obligó a sacar la cabeza. Se tambaleó, tosió y escupió. Todo su torso, tembloroso y espasmódico, se defendía del agua que había penetrado en su interior. Tardó un buen rato en calmarse.

Entonces vio en el espejo su rostro pálido y angustiado. ¿Era él? Cogió un paño y se secó la cara y el cuerpo. Era él. Un soldado de Dios. Quizá un diablo de Dios. Sin embargo, las ovejas necesitaban un lobo. Sin él, la desidia y el jolgorio reinarían sin discusión y el precioso orden que necesitaban para vivir quedaría destruido. Era aquel que todos necesitaban aunque nadie deseaba. Había luchado y padecido, y todo por la

verdadera fe, pero además había logrado grandes victorias. Pronto asestaría el último y definitivo golpe contra los *Fedeli d'Amore* y contra la cada vez más fuerte herejía que amenazaba con destruir la Iglesia de Cristo desde el interior. Su misión habría concluido cuando los sacerdotes regresaran a una vida de devoción cristiana, de pureza y piedad y renunciaran al pecado de obra y de palabra.

Giacomo se echó encima su hábito monacal y se puso en camino hacia la audiencia con el papa. Fray Giacomo, el siervo de Dios y el cardenal de la Iglesia de Roma, estaba satisfecho con

su astucia. En realidad, nada de lo que había hecho había sido por fray Giocondo, sino única y exclusivamente por destruir a Donato Bramante. Con su renuncia, el arquitecto humillaría a Julio y eso era algo que el papa nunca podría perdonar. En cuanto el herético constructor quedara eliminado, Giacomo podría consagrarse tranquilamente al iracundo escultor. Al contrario que Bramante, Miguel Ángel no era un blasfemo. En el corazón del artista latía una fe genuina que su propio arte distorsionaba y tergiversaba. El florentino solo podría convertirse en un hombre piadoso y religioso si renunciaba a la arrogancia del arte y

abrazaba la causa del fray Giacomo. Sin embargo, todo a su tiempo. Tendría que volver prácticamente loco al artista antes de poder admitirlo en su seno. En aquellos mismos instantes, el escultor luchaba, cansado y derrotado, contra la paciencia del papa, pues Giacomo iba destruyendo sus nervios con cada ataque continuado a su mármol, hasta arrastrarlo a la histeria.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1506

El cardenal atravesó con pasos apresurados el patio de la basílica hacia el puente que unía la iglesia de San Pedro con los Palacios Vaticanos. Como de costumbre, una masa de peregrinos hambrientos se apelotonaba en el templo mientras otros desistían y salían de él. La muchacha que tenía apresada no guardaba ninguna relación con ellos. Le

dolía lo que iba a ocurrirle, pues no tenía culpa de nada ni ningún pecado a sus espaldas. Sin embargo, debía morir y, puesto que iba a ascender al cielo en plena inocencia, su muerte adquiriría el rango de martirio y Dios la recibiría como a una santa. El cardenal la confesaría, quedaría libre de todo pecado y después recibiría la extremaunción. Entonces la mataría con sus propias manos, sin darle ningún dolor innecesario, de forma rápida e inocua. Una puñalada directa al corazón. Conocía el punto concreto. Era todo lo que podía hacer por ella. Gracias a él, ascendería a la gloria divina como un ángel. Quizá incluso le estuviera

haciendo un favor. Dada su herencia familiar, lo más probable era que, al hacerse mayor, también se convirtiera en una pecadora irredenta y echara para siempre a perder su alma inmortal.

El dominico sintió como la tensión se iba apoderando de él. Un arquitecto hereje, el líder de una nueva secta de paganos, quedaría relegado al olvido y sus seguidores lo seguirían en su decadencia. Una muchacha inocente ascendería a los cielos como un ángel en ese mismo día. La mirada de Giacomo se deslizó sobre la marea de peregrinos. ¿Qué sabían ellos de los ambiguos métodos y la dureza con la que había que obtener el bien que a ellos se les

ofrecía allí mismo?

La pequeña procesión llegó a la iglesia. En cuanto se abrió la puerta, un enano corpulento y fuerte apareció por el hueco.

—¿Traéis por fin algo de comer? — quiso saber el aparecido con voz quebrada.

Entraron entonces en la rotonda de Rómulo, con sus paredes desnudas y lisas. Aparentemente habían arrancado todos los frescos. Ascanio se ocultó tras las dos mujeres. Mantuvo los ojos pegados al suelo mientras los demás observaban un trabajado mosaico. Por la comisura del ojo observó su entorno de

forma discreta. A derecha e izquierda había dos pequeños altares con cruces sencillas. Justo en frente se encontraba la entrada de la iglesia, con la puerta entreabierta.

—Dejad la comida aquí y desapareced —gruñó el gordo.

Los hombres cumplieron la orden. Se abstuvieron de indicarse nada con la mirada y se limitaron a dejar los ojos fijos y mudos en el suelo, tal y como correspondía a su papel. Se conocían tan bien que no necesitaban contacto visual para sentir instintivamente lo que debía hacer cada uno.

—¿Puedo ver a mi hombre? —preguntó la joven.

El enano se giró.

—Hey, Ranuccio, ¿tienes ganas de ver a tu santa?

El de la cara cortada apareció por la puerta. Los hombres se prepararon. Sabían que todo ocurriría muy rápido. Ranuccio se aproximó a las dos mujeres con una sonrisa de oreja a oreja que hacía que su cicatriz se marcara aun más. Cuando se encontraba a una distancia de unos diez pasos, Ascansio se dio cuenta de que la joven agitaba casi imperceptible la cabeza y el hombre le contestaba con visibles gestos con los ojos. Cuando éste se detuvo, aún con la sonrisa en la boca, Ascansio le clavó por la espalda su daga a la mujer

en el corazón. La mayor de las dos mujeres comenzó a gritar. Rápidamente Ascanio extrajo el cuchillo de la espalda de la joven y lo lanzó en el aire, lo sujetó por el sangriento filo y lo arrojó contra Ranuccio. Éste intentó esquivarlo echándose a un lado, pero el dardo impactó contra su oreja antes de caer contra el suelo de piedra. Ranuccio rugió de dolor y se sujetó la cabeza. En ese mismo momento, Baccio atravesó al enano con su espada. Gustavo y Eugenio se encargaron de un ratero que gritaba pidiendo ayuda y aseguraron la puerta para que nadie pudiera cerrarla. El de la cicatriz en la cara extrajo su puñal.

—Es hora de saldar cuentas —dijo

Gustavo y se dirigió hacia el sujeto mientras éste, a su vez, se volvía corriendo hacia Ascanio—. Coge a la niña mientras yo envío a este cerdo a dormir con los peces —exclamó y atacó a Ranuccio, que se defendía con brutalidad.

Ascanio entró como un huracán en la iglesia. Frente a él, en el ábside, un cristo apocalíptico le daba la bienvenida con los brazos abiertos recortado contra un cielo añil. A sus pies, bajo la protección del hijo de Dios, se encontraba Lucrezia, amenazada por un tipo de brillante calva que sostenía un cuchillo sobre la garganta de la niña. A derecha e

izquierda de los dos había otros seis forajidos con las espadas en ristre bajo los frescos de san Pedro, san Pablo, san Cosme y san Damián, san Teodoro y el fundador de aquel templo, el papa Felix IV. «Qué contradicción», pensó Ascanio. Junto a la puerta gritó alguien a quien Baccio había hecho emitir su último estertor al intentar cerrar la puerta.

—¡Ni un paso más o la mato! —
bramó el calvo.

—Déjala marchar, Coltellino —
ordenó Ascanio—. Después, luchemos como hombres. Ha llegado la hora.

Conocía a aquel hombre de sus tiempos como lansquenete y nunca había destacado en el campo de batalla más

que cuando tocaba saquear, asesinar y violar.

—Si le tocas un solo pelo — prosiguió con la frialdad del hielo en la voz—, te haré trizas mientras aún sigues con vida. ¡No puedes escapar de mí!

La amenaza surtió efecto. El calvo miró indeciso a sus secuaces, pero se recompuso y recuperó el valor.

—Son muchos menos que nosotros: ¡cogedlos!

Los seis hombres se abalanzaron sobre los tres intrusos. Coltellino esperaba poder escapar por una puerta lateral mientras los demás estaban concentrados en la lucha, pero había hecho sus cálculos sin contar con

Ascanio. Eugenio y Baccio se ocuparon ellos dos, con sus vertiginosos aceros, de los seis atacantes que iban cayendo uno tras otro. Ascanio corrió hacia el calvo, arrancó a Lucrezia de sus brazos y le quitó el cuchillo, que colocó sobre la garganta del propio Coltellino.

—Créeme, cerdo —dijo, con voz calmada—. Llevo esperando este momento desde el día en que, en aquella aldea que habíamos tomado, colgaste al sacerdote por los cojones y violaste a las dos monjas.

El terror a la muerte empañaba los ojos del asesino. Sudaba y apestaba como un animal.

—Por favor, por favor, te suplico

por mi vida, Ascanio —tartamudeó.

Pero el filo que se abrió paso por su garganta sin ninguna compasión acalló sus lamentos hasta convertirlos en un estertor. Una sangre densa y casi negra surgió de la herida. Ascanio se apartó. El calvo cayó de rodillas con solo el puño de la daga sobresaliendo de su garganta. El muerto se derrumbó y quedó tendido sobre su propia sangre, excrementos y orina. Ascanio pensó que debían ser mejores hombres que él los que llevaran al mundo por la senda del bien. Su cometido era eliminar el mal que se interpusiera en su camino. Se limpió apresuradamente las manos manchadas de sangre y tomó a la

aterrorizada niña en sus brazos.

—Se acabó, Lucrezia. Estás a salvo —le susurró él mientras le acariciaba la cabeza para consolarla—. Se ha terminado todo.

Mientras cruzaba la nave de la iglesia, Ascanio dirigió a sus amigos una mirada de agradecimiento. Eugenio y Baccio habían concluido su labor. Antes de atravesar la puerta, volvió la vista hacia Cristo, que siempre tenía los brazos abiertos; hacia los dos médicos santos, Cosme y Damián y hacia los *bravi* que yacían frente al altar y por todo el templo. Los doctores milagrosos ya no podrían hacer nada por ellos. La mayor de las dos mujeres permanecía

arrodillada sollozando junto al cadáver de la amante de Ranuccio. Cuando alzó de nuevo la vista, se le heló la sangre en las venas. Ranuccio se encontraba frente a él y arrojó un puñal contra Lucrezia. Instintivamente Ascanio se lanzó frente a la muchacha. Le recorrió un profundo dolor: había interpuesto su cuerpo en la trayectoria del cuchillo y le había acertado en el hombro derecho. Se lo arrancó, desenvainó la espada con la mano izquierda y sostuvo el puñal con la derecha. La herida le había restado fuerza en el brazo diestro, pero era capaz de luchar con ambas extremidades con similar destreza. Eso le había valido para sorprender a muchos enemigos en

no pocas ocasiones.

—Quizá el larguirucho quiera decirte algo antes de diñarla —se mofó el hombre de la cicatriz y le lanzó algo de una patada.

Era la lengua de Gustavo. La muerte del que había sido su compañero de armas durante tantos años, durante tantas luchas, le rompió el corazón a Ascanio. ¿Cuántas veces se habían apoyado mutuamente en situaciones que parecían no tener salida? ¿Cuántas veces se habían salvado mutuamente la vida? Gustavo hubiera querido ser médico. En realidad no deseaba matar personas, sino ayudarlas. Sin embargo, no pudo ser así. Había nacido bajo un astro

distinto: bajo el influjo de Marte, en lugar del de Mercurio.

Ascanio había sobrevivido a numerosos combates y lo había logrado por saber mantener a raya los sentimientos de pérdida o de ira. Ya habría tiempo para eso. Se dirigió a Ranuccio.

—Perdona, pero necesito tu cicatriz. Quiero enviársela al cardenal —dijo, como si le estuviera pidiendo un simple mechón de cabello.

—Bueno, pues ven a cogerla —respondió Ranuccio con indiferencia—, pero no gimotees como tu amigo si no lo consigues.

Quien los hubiera escuchado podría

haber pensado que era solo un juego, pero entonces los dos hombres se abalanzaron el uno sobre el otro con las armas en ristre. El agudo sonido de los filos entrechocando resonó de nuevo por la iglesia. Baccio rodeó con el brazo a una temblorosa Lucrezia que hundió su rostro en el pecho del mercenario.

—No te demores, Ascanio. La pobre chiquilla ya ha sufrido bastante —gritó Baccio desde el otro lado de la nave.

Sin embargo, Ranuccio lo estaba haciendo recular con enérgicas estocadas y Ascanio no se mostraba superior. Todo lo contrario que el hombre marcado, que luchaba cada vez mejor. Los ataques poderosos de aquel

sicario experimentado parecían impresionar y desmotivar a su adversario.

—En cuanto acabe contigo, te arrancaré el corazón y se lo pondré a sus pies antes de saborear su joven cuerpo —exclamó Ranuccio con una sonrisa maliciosa mientras insistía en sus ataques.

Ascanio tuvo que retroceder de nuevo, tropezó y cayó de espaldas con un grito de dolor. El cuchillo se le cayó de las manos. Ranuccio sonrió, seguro de su victoria, y apuntó con su espada al corazón de Ascanio. Sin embargo, éste rodó hacia un lado con la velocidad del rayo, se levantó de un salto y clavó su

espada en las sienes de su enemigo. Empujó el filo más y más hacia el interior del cráneo del sicario hasta que la punta salió de nuevo por el lado contrario de la cabeza. Cuando extrajo la espada de nuevo de un enérgico tirón, la acompañaron restos de sangre y sesos. Ranuccio se volvió hacia Ascanio con la mirada perdida. Sus ojos abiertos de par en par se vaciaron de vida en un instante. Cuando el cadáver cayó pesadamente en el suelo, Ascanio había salido ya apresuradamente hacia el exterior y se arrodillaba junto al cuerpo de Gustavo, tendido en su propia sangre. Su amigo volvió hacia él unos ojos entornados. Brillaban, húmedos y

preñados de una tristeza interminable. Gustavo hubiera querido decir algo para despedirse, pero tenía la boca llena de sangre y su lengua ya no era más que un muñón. Miró a Ascanio con expresión de pesar, pero entonces sus ojos sonrieron de nuevo como queriendo decir: «¿lo ves? Lo hemos conseguido de nuevo». Sin embargo, el viaje que iba a emprender a continuación tendría que recorrerlo solo. Gustavo posó su enorme zarpa, ya sin fuerza, en la mano de su compañero de armas y murió de forma discreta y silenciosa. Su lucha había concluido. La sonrisa resignada en los labios de su amigo hizo que a Ascanio le saltaran las lágrimas. No sabía que aún

podía llorar. Entonces, rezó la oración de difuntos que durante tantos años consagrados a su peligroso oficio había tenido que recitar para muchos hombres buenos:

*«Desde lo profundo clamo ante ti,
Señor:*

¡Señor, escucha mi clamor!

Estén atentos tus oídos

a la voz de mis súplicas!

*Si en cuenta tomas las culpas,
Señor,*

¿quién podrá resistir?

*Pero en Ti el perdón se encuentra,
por eso se te teme.*

Espero en Señor, mi alma espera,

*confío en su palabra;
por el Señor mi alma suspira
más que los centinelas por la
aurora.*

*Más que los centinelas por la
aurora,*

Israel suspira por el Señor.

*Porque en el Señor está la gracia,
redención generosa junto a Él.*

*Él mismo redimirá a Israel
de todos sus pecados».*

Así lo habría querido Gustavo. Con voz apagada, Ascanio concluyó:

—Señor, llévatelo contigo. Era un hombre bueno. Amén.

Se persignó entonces, se levantó y se enjugó las lágrimas. Tras carraspear, dijo:

—Baccio, lo primero que debemos hacer es llevar a Lucrezia con *messèr* Chigi, pero después nos ocuparemos de conseguirle un enterramiento digno a nuestro amigo. Era el mejor de nosotros.

Eugenio y Baccio dieron su aprobación, mientras Lucrezia se arrodillaba junto al muerto y le besaba en la frente. Se quitó el crucifijo del cuello y se lo colocó a Gustavo. Los tres hombres observaron aquel gesto conmovidos. A través de la puerta abierta de la rotonda y por las ventanas laterales penetraba la luz del atardecer

que se abría paso entre las nubes, difuminadas y sin fuerzas. Sí, por fin llegaba la primavera y alejaba los días oscuros. A Ascanio le pareció que Dios había enviado aquellos rayos para recoger el alma de Gustavo y llevarlo hasta el cielo en su segura compañía. Respiró hondo y después dijo:

—Tú, Eugenio, córtale a ese cerdo la mejilla con la cicatriz y llévasela al cardenal Catalano. Pero ten cuidado, ya hemos tenido bastantes pérdidas.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1506

El cardenal aguardaba sentado en una butaca, preso de la impaciencia hasta casi no soportarlo más, a que el locuaz ermitaño agustino pusiera fin a su interminable discurso. Incluso el papa, que tenía en gran estima al brillante predicador, comenzó a revolverse en una lenta pero evidente inquietud. Lo único que Giacomo deseaba, no

obstante, era oír la renuncia de Bramante. Tras un par de largos incisos adicionales, Egidio concluyó su disertación.

—Venerado Egidio, hoy te has superado a ti mismo en la elegancia de tu discurso —dijo Julio II, mientras Giacomo creía oírle suspirar de alivio en su interior—. ¿Qué tienes que informarme acerca del desarrollo de los preparativos para la reconstrucción de nuestra iglesia, Donato?

Los ojos de Giacomo prácticamente se clavaron en el rostro del arquitecto. Bramante se levantó lentamente, muy lentamente. El cardenal podía ver lo difícil que le resultaba.

—La planificación en sí misma va bien, santo padre —comenzó el arquitecto—. No hay nada que pueda interferir en que la colocación de la primera piedra se realice el 18 de abril...

El papa asintió satisfecho. La mirada de Bramante y la del cardenal entrechocaron como el filo de espadas afiladas.

—... pero... —dijo Giacomo.

—Pero... —repuso el arquitecto.

—¿Pero? —preguntó Julio, impaciente, pues odiaba aquella palabra cuando se la incluía en una conversación relacionada con él—. ¿Qué pero?

—Bueno... —Bramante intentaba

ganar tiempo desesperadamente—. Aún queda un tema importante del que hablar y que no puede postergarse; un tema que, según creo, debe tratarse con toda la humildad y plena consciencia de la pequeñez e insignificancia de mi sola persona ante Dios y, por supuesto, ante vos, santo padre, así como de su eminencia Egidio, nuestro muy respetado y venerado eremita de san Agustín y, por supuesto, también ante vos, fray Giacomo, pues, como iba diciendo, no permite más demoras y sería, por tanto, todo un pecado retardarlo más, aun a sabiendas y siendo absoluta y plenamente consciente por mi parte de que con ello quizá pudiera ser

que llegara a resultar desagradable a vuestros más que ilustres oídos. Mas, ¿cómo podría resultar desagradable la verdad? Es más, quisiera poder disculparme por el hecho de haber siquiera llegado a pensar que vos podríais haber posiblemente encontrado desagradable lo que yo tuviera que decir, pues la mera acción de mencionarlo ya os ha podido resultar desagradable. Sería, por tanto, una medida del todo incorrecta e inapropiada no hablar de aquello de lo que es necesario hablar; diría más, sería un abismo de incorrección, reprochable y absolutamente inapropiado, por tanto, no hablar del tema por todos esos

motivos. Así pues, no malinterpretéis mis intenciones, santo padre, pero entended que provengo de campesinos, mi padre, o incluso mi abuelo, que procedían de mi muy querido monte Asdrualdo que, como se sabe y comprende, allí, donde Asdrualdo...

—Hasta el momento no he entendido nada de nada, hijo mío. ¿Te encuentras bien, Donato? —preguntó el pontífice tan áspero como preocupado, mientras miraba al arquitecto con severidad.

El sonido de pasos por el pasillo dirigió la atención de los presentes a la entrada de la sala. Agostino Chigi, vestido de negro ceremonial, entró en la estancia, realizó una reverencia ante el

papa, se arrodilló ante él y le besó las zapatillas.

—Levántate, hijo mío —dijo—. Llegas justo a tiempo, nuestro hijo Donato parece haberse vuelto un poco loco.

—Me temo que yo también traigo noticias demenciales —anunció el poderoso banquero con expresión funesta.

Giacomo sintió que algo había salido mal.

—¿Qué ocurre, Agostino? —preguntó Julio II con el ceño fruncido.

—Santo padre, he adoptado a una niña piadosa, Lucrezia, la hija de la dama tan apreciada por todos nosotros

que es Imperia. ¡Pero la han raptado!

El rostro del Vicario de Cristo perdió todo color.

—¿Quién se atreve a cometer semejante acto de maldad ante nuestros propios ojos? —gritó, lleno de ira.

—¿Se sabe quién se encuentra detrás de este acto tan deplorable? —preguntó Giacomo.

Chigi se volvió hacia el dominico y lo atravesó con la mirada mientras respondía:

—Loado sea el cielo, pues un grupo de hombres valerosos ha logrado ya liberar a la pequeña.

—Alabado sea Dios —suspiró el arcipreste con fingido alivio.

Se sintió miserable. Su plan estaba construido a prueba de la idiotez de los sicarios que contrató. Había escatimado gastos donde debía haber sido más cuidadoso y en consecuencia tendría que andarse con ojo para evitar que su propia intriga se volviera en su contra.

—No has contestado a la pregunta de fray Giacomo, querido Agustino. ¿Sabes quién se encontraba detrás de esa tropelía? —insistió el papa.

—Un obispo o un cardenal —respondió Chigi y miró nuevamente al arcipreste.

Éste le sostuvo la mirada con una expresión impenetrable. Como siempre que el peligro lo asediaba, el cerebro de

Giacomo se puso en marcha con frialdad y precisión.

El papa golpeó la mesa con tal fuerza que la pluma de ganso colocada en el tintero saltó y salpicó de tinta la superficie.

—Esto es inaudito. Arrojad a los indeseables al castillo de Sant'Angelo hasta que el dolor les haga confesar quién los contrató.

Chigi torció el rostro y explicó que por desgracia los libertadores tuvieron que darles muerte a todos. El dominico respiró hondo y dio en silencio gracias a Dios. Había perdido, pero él mismo no estaba perdido. Una derrota en una batalla no implicaba necesariamente que

ya no se pudiera ganar la guerra. Al final, sería el vencedor el que reiría el último.

—¿Hay algo que podamos hacer por nuestra hija? —preguntó el papa.

Chigi se arrodilló y agachó la cabeza.

—Santo padre, os ruego vuestra protección para mi hija Lucrezia — entonces, se volvió hacia Giacomo y prosiguió—. También vuestra protección, reverenda eminencia —dijo, haciendo que el arcipreste se quedara rígido como una estatua de sal—. Jurad por Dios que siempre la protegeréis.

Para Giacomo, aquella última frase sonaba como una extorsión. Parecían

tener un as en la manga, nada lo suficiente como para destruirlo, pero si como para avergonzarlo. No sería inteligente sondearlos frente al papa.

—Por supuesto, esa jovencita valerosa disfrutará siempre de mi protección —afirmó el vicario de Cristo—. ¿Tú qué dices, Giacomo?

—Juro por Dios y por todo lo que es santo que la guardaré de todo mal y que gozará de mi cobijo desde hoy hasta el día de mi muerte —respondió Giacomo con solemnidad.

Chigi sonrió satisfecho.

—¿Y qué ocurre con el «pero»? ¿Qué tenías que notificarnos, Donato? ¿De qué nos tenías que hablar?

Todos miraron al papa aturcidos.

—De la financiación, santo padre. Tenemos que hablar de la financiación —se le ocurrió a bote pronto a Bramante, quien apenas podía disimular el inmenso alivio que sentía.

El rostro del papa se convirtió en un interrogante en sí mismo. Era evidente que jamás habría relacionado el parloteo del arquitecto con semejante respuesta. Antes de llegar a indagar sobre la cuestión, Chigi se adelantó apartando a un lado al arquitecto.

—El ilustre Donato tiene razón: la tumba y la basílica... No nos podemos permitir las dos cosas.

—Además... Santidad, ¿me permitís

que hable con total franqueza? — preguntó Bramante.

—¡Adelante! —asintió el papa.

—La gente dice que trae mala suerte erigirse un mausoleo estando aún con vida.

Julio miró al arquitecto con escepticismo mientras que el cardenal ardía interiormente de pura rabia.

—¿Tú qué dices, Giacomo?

—*Messèr* Donato tiene razón.

El papa agitó indeciso la cabeza.

—¿Y tú qué opinas, Egidio?

—Es irrelevante si es verdad o no. El pueblo así lo piensa. Y para el pueblo estaréis atrayendo la desgracia sobre vos mismo. En una situación

difícil, en la que el pueblo quizá nos resulte necesario, podríamos pagarlo caro. No os lo aconsejo.

—Tan sabio como siempre, amigo mío —dijo el papa y asintió.

—En lo concerniente a la financiación, tengo un plan —anunció Chigi.

—¡Deja que lo oigamos! —ordenó Julio.

El banquero se volvió directamente hacia el dominico.

—¿Estarían vuestros hermanos de las órdenes predicantes en situación de organizar de forma profesional y estructurada por cuadrantes la venta de indulgencias?

Aquella ofensa hizo que el alma de Giacomo ardiera como el azufre. No solo querían implicarlo directamente en su plan, ¡sino además avergonzarlo y reducirlo al papel de recaudador!

—Con gusto mis hermanos y yo aceptaremos el honor de esa misión.

Su eminencia el cardenal Giacomo Catalano, el príncipe de la Iglesia vestido con hábito monacal, el asceta, el adepto de los *Zelanti*, el hombre sumamente religioso, nunca había tenido que soportar una derrota en toda su vida. ¿Qué quería Dios darle a entender con aquello? ¿Por qué les otorgaba la victoria a los paganos y no a él, su

legítimo y leal hijo? Sin embargo, no se toleraba a sí mismo ninguna duda respecto al altísimo, solo a su propia y pequeña razón humana que, aparentemente, no sabía interpretar la voluntad del Señor.

El sol de la tarde inundaba el atrio de la basílica de una cálida luz. Los jilgueros y los petirrojos regalaban sus cantos. El astro poniente bañaba de calor el bronce de la piña. El arcipreste no percibió aquellos dones de Dios mientras atravesaba el claustro, de tan sumido en sus pensamientos como estaba. Acababa de llegar a su *palazzo*, donde pretendía recogerse en la meditación y la autoflagelación cuando

topó con unos hombres de aspecto aventurero.

—Me han pedido que os entregue un presente, de parte de amigos bienintencionados, eminencia —dijo Eugenio con una referencia y tendió al príncipe de la Iglesia un paño húmedo.

Tras una nueva reverencia, desapareció por la esquina de la calle y dejó a un atónito Giacomo con el pequeño fardo en la mano. No olía bien. Cuando abrió el envoltorio, dio un respingo y le sobrevino un ataque de nauseas. En el paño sucio había una mejilla humana cubierta de sangre. Era una mejilla atravesada por una marcada cicatriz. El cardenal sabía a quién

pertenecía aquel fragmento humano y no le cupo ninguna duda acerca de la seriedad de la advertencia.

Los siguientes días transcurrieron para Bramante como una exhalación. Finalmente el torbellino de su existencia parecía calmarse y ni siquiera se atrevía a esperar que en su vida fuera todo bien. En su búsqueda de la gloria había puesto en peligro la vida de aquellos a los que más quería y había faltado muy poco para no tener que retirarse de aquel proyecto de su vida por el cual lo había sacrificado todo, pues había quedado atrapado en una red de intrigas. Sin embargo, aquella telaraña tan

inteligentemente urdida se había desgarrado, lo que debía agradecerle a una acción arriesgada y a la fortuna. Bramante sonrió con ironía. Algunas veces, la suerte de los seres humanos pendía de la punta de la espada de un buen espadachín. Qué error creer que el arte y la cultura podían convencer por sí mismas a través de la belleza y la moral y olvidar que precisan de la protección de la espada que venza a sus enemigos no a través de la libre competencia, sino de la retórica del sable; no con argumentos, sino con estocadas. Pero todo eso ya había llegado a su fin.

Las cosas no podían irle mejor. Había obligado a su enemigo a retirarse.

El papa no dejaba transcurrir un día sin acudir a verlo e inundarlo de encargos. Urbanizar las calles, renovar iglesias, levantar acueductos. Era necesario, no, era imperativo que el arquitecto lo supervisara todo. Con cada día que pasaba iba tomando cada vez más las funciones prácticas de una especie de ministro papal de arquitectura. Aunque Giacomo había hecho todo lo que había podido para provocar la caída de Bramante, en un extraño giro de los acontecimientos había elevado sus aspiraciones.

Por si eso no fuera suficiente, por si ser ministro de construcción no superara sus más elevadas fantasías, incluso

había ganado una hija. Lucrezia se había mudado a su casa pues el convento se había convertido en un lugar demasiado peligroso para ella. Habían vencido al arcipreste, pero no lo habían eliminado. Bramante no se hacía ilusiones al respecto. Aunque Agostino Chigi había adoptado a la pequeña en el momento de mayor peligro, no podía llevársela con él por deferencia a su agonizante esposa. No era que Margarita Saraceni, se hubiera opuesto a ello, pues posiblemente incluso se habría alegrado, pero Chigi quería evitarle las murmuraciones malintencionadas de sus numerosos detractores y envidiosos. Lo que muchos grandes señores, en el

apremio que solo otorga la vanidad del poder, infravaloraban equivocadamente, él lo conservaba, pues había tenido que trabajar duro por ello. Por inocua que fuera la opinión pública, en momentos de crisis podía suponer la perdición. Por eso Chigi se comportaba con inteligencia al procurar no provocarla.

A Bramante, por el contrario, no le importaba en lo más mínimo la opinión pública. Disfrutaba cuando estaba sumido en su trabajo en el taller con el joven y entusiasta Antonio da Sangallo y, de pronto, la voz de campanilla de Lucrezia los llamaba a desayunar. Por primera vez en su vida, comía con regularidad por la mañana y eso le

sentaba bien. Adoraba aquellas preciosas horas matinales y no quería volver a perderselas por nada en el mundo.

De hecho, cuando se reunían todos en torno a la mesa ovalada de pino del comedor, conformaban una familia realmente peculiar: Bramante, su pupilo Antonio, Ascanio y, por supuesto, Lucrezia. El arquitecto se regocijaba cuando el joven y el guerrero, que se encontraba aún en los mejores años de su vida, se disputaban las atenciones de la muchacha. En el fondo sabía que su amor le pertenecía solo a él, pues cada vez era más un padre para ella. En ocasiones, Bramante pensaba, lleno de

pena, lo plena que habría sido su vida si, en lugar de perseguir denodadamente la gloria durante todos aquellos años, hubiera fundado una familia. Sin embargo, su existencia había discurrido por otros derroteros.

No obstante, Dios le había enviado en el ocaso de su vida una hija que lo llenaba de gratitud. Vivir con Lucrezia, que había estado a punto de morir por su orgullo, había transformado lenta e imperceptiblemente su vida y su modo de pensar. Ya no vivía en una casa vacía, en un palomar por el que iban y venían los artistas y las prostitutas, sino en un hogar como era debido. Para evitar que ella le dirigiera cualquier tipo

de mirada recriminatoria o triste, procuraba evitar decir cualquier tipo de palabrota o juramento, lo que les costaba una barbaridad. Sin embargo, el esfuerzo merecía la pena. La alegría, el alborozo, un abandono inocente llenaba aquella casa, que parecía más luminosa y limpia que antes.

Lucrezia se había convertido también en una buena razón para convertirse en alguien más religioso. Mantuvo la costumbre de acudir a misa matutina en el convento de San Silvestro, donde iba siempre acompañado de Lucrezia y Ascanio. Algunas veces, si su mirada se perdía demasiado tiempo en sus ojos puros,

comenzaba incluso a avergonzarse de sus actos. Buscaba entonces una pequeña iglesia en la que cobijarse solo, donde nadie lo conociera ni pudiera observarlo, y pedía a Dios sin descanso que le perdonara los pecados que no pudiera deshacer.

Bramante se sorprendía a sí mismo. ¿Era la edad que le volvía más débil y sentimental o era la introspección que muchos se negaban a realizar? La confrontación con la vida, con el verdadero amor le había enviado la fe, pues por primera vez en su vida se sentía responsable. Hasta entonces la responsabilidad le había parecido ante todo una carga de la que procuraba

librarse. A lo largo de toda su vida había sido prisionero de su voracidad y sus pasiones, que le empujaban a vivir al límite. Sin embargo, aquello no era libertad, solo el abandono y el gobierno del cuerpo sobre el espíritu. Comenzó a darse cuenta de lo que Juan de Patmos había querido decir al hablar de las bestias de sus visiones. Lo que, como otros muchos, había considerado hasta entonces libertad, le parecía finalmente el gobierno de las bestias.

Bramante comenzó a leer la Biblia y a recordar las palabras escritas en el pergamino del anillo de Giacomo: «Contempla el cosmos a través de mí, tal y como se presenta ante tus ojos y

comprende exacta su belleza: es un cuerpo intacto y nada será más antiguo que él, mas se encuentra en realidad en la flor de la vida, es joven y florece una y otra vez. Observa también los siete mundos dispuestos según un orden que nunca pierde validez y que, en su distinto discurrir, conforma los eones; todo... se ha convertido ya en luz completa, pues desde los cielos surge la luz por obra y gracia de Dios, quien produce todo el bien y todo el orden de los siete...».

Durante largo tiempo Bramante reflexionó sobre cómo debía iniciarse la reconstrucción. Antes solía pensar que, una vez la hubiera empezado, nada

evitaría que llevara a su conclusión la reconstrucción de San Pedro. Todo consistía en ponerse a ello, siempre funcionaba. Sin embargo, los sucesos de las últimas semanas y la experiencia del amor habían vuelto más humilde al arquitecto y comenzó a plantearse una valoración un tanto más realista del proyecto. Evidentemente no iba a vivir para siempre y esas cosas llevaban su tiempo.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1506

Entonces, comenzó. Bramante empezó a buscar por el Trastevere y Sant'Angelo maestros de obra y picapedreros. Dejó las negociaciones en manos de su alumno, aunque siempre con supervisión. Antonio da Sangallo, que procedía de una familia de arquitectos y constructores y había pasado su infancia entre alguna que otra

obra, le sería de gran ayuda en la elección.

Finalmente, inició la búsqueda de albañiles en *rione* Regola, junto al Tíber. La cola de aspirantes pasaba el último de los cinco grandes arcos de la casa medieval en la *via di* San Bartolomeo y llegaban hasta el *vicolo* del Melangolo, en el que ya había reunido a algún maestro de obra. Sentado sobre una piedra, con una boina calada hasta las sienes, había un muchacho de cabello rubio ceniza y muy erizado, quizá de la edad de Antonio, mascando una brizna de paja.

—Si lo que necesitáis es un maestro capaz, cogedme a mí —exclamó el

joven con ademán imperativo.

Los maestros más veteranos gruñeron o le amenazaron con el puño. Les parecía inaudito que ese mocoso tratara de ganarles terreno.

—Necesito maestros experimentados y no críos. Lávate las orejas, muchacho, todavía tienes pedacitos de cascarón pegados —le amonestó Bramante.

—Ah, ya entiendo. No vais a construir la iglesia de San Pedro, ¡sino un cementerio!

El maestro de obra saltó de la piedra en la que estaba sentado, se metió la mano en el bolsillo de sus pantalones arenosos que le llegaban hasta la rodilla

y sonrió con sus resplandecientes ojos azules. No superaba en altura a Bramante. A pesar de su corta estatura, no obstante, daba la impresión de ser capaz de cargar con grandes pesos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Antonio.

El interés de su pupilo despertó la curiosidad de Donato.

—Maffeo Maffei, *messères* —respondió, escupiendo la paja y plantándose con las piernas abiertas frente a los dos arquitectos.

—¿Cuánta gente tienes a tu cargo? —quiso saber Antonio.

—Cincuenta —respondió el joven con indiferencia.

—¡Es un fanfarrón y un mentiroso!
—gritó uno de los otros aspirantes.

Maffeo sacó con mucha calma su cuchillo y se lo dirigió a sus rivales.

—Di otra vez que soy un mentiroso y te enviaré a dormir con los peces —tras lo cual, miró a su alrededor—. Ser más joven que vosotros no me convierte en peor profesional.

Frío y con cierto menosprecio siguió mirando en derredor. Todos esos hombres eran peones experimentados que se habían pasado la vida construyendo conforme a los viejos usos, no eran corderitos. Reconocían aquella locura que embargaba a algunos albañiles orgullosos que trataban de

escalar demasiados peldaños. La mayoría terminaban cayéndose contra alguna verja o en alguna zanja de obra y no se les volvía a ver. Probablemente aquel niño terminaría corriendo esa misma suerte y algunos de sus contrincantes comenzaron a hacer planes al respecto. Sin embargo, en aquel momento, nadie se atrevió a hacer nada. Ellos sabían que, si alguien le contradecía, alguno acabaría apuñalado, pues el chico trataría de ganarse así su respeto. Su reputación estaba en juego.

—¿Cincuenta, has dicho? —preguntó Bramante, rascándose la barbilla.

—Cincuenta, ¡ni uno menos! —dijo el vitalista empresario dirigiéndose a

los dos arquitectos.

En sus ojos resplandecían inteligencia y convicción. A Bramante le gustó el empuje confiado del joven, que no mostraba la más mínima duda a la hora de abrirse paso entre compañías tan poco amistosas. Le recordaba a él mismo de joven.

—¿Tú qué opinas, Antonio?

—Creo que deberíamos intentarlo.

—Bien. Ven mañana con tus cincuenta trabajadores: tengo un cometido especial para ti —dijo Bramante.

—Muy bien, *messèr* —respondió Maffeo sin mudar de rostro.

Antonio le sonrió mientras se

despedían. Al viejo arquitecto le complació que los jóvenes se entendieran bien.

Un poco más tarde, Bramante subió con Antonio a lo alto del campanario de Santa Maria in Turri y miró hacia el atrio de la piña de bronce, al nártex de la vieja basílica, al tejado ruinoso.

—Toda esa horrible carcasa debe desaparecer. Es la iluminación lo que debe imperar, una arquitectura de luz, la luz de Dios. ¿Lo entiendes, Antonio?

El pupilo asintió. Entonces, Bramante se entusiasmó comentándole cómo pretendía hacer visibles las dimensiones del nuevo edificio y señaló un punto tras la capilla lateral izquierda,

la de Santa Petronilla y Santa Maria della Febrella.

—Allí será donde coloquen la primera piedra.

Antonio miró sorprendido a su maestro.

—¿No queréis comenzar por el coro como deseaba el santo padre?

—Empezaremos al mismo tiempo erigiendo el coro oeste, donde Julio quiere situar su tumba, por supuesto, pero la primera piedra debe ir colocada en el pilar suroeste del crucero. Fuera de la basílica. ¡Ese y el pilar noroeste tendrán que soportar las mayores presiones!

—Pero, ¿por qué? ¿Es que no hay

tiempo para eso?

Bramante posó el brazo en el hombro de su pupilo.

—Mírame. Soy viejo. No llegaré a ver el final de la obra. Quizá tú logres completarla. Sin embargo, los cuatro pilares del crucero son los que demarcarán las dimensiones de la nueva iglesia y con ellos daré al traste con la vieja basílica. Mi crucero será el corazón de la nueva iglesia, a partir del cual se desarrollará todo el cuerpo. La carne ha de crecer donde el alma decida.

En la representación de Bramante, los cuatro poderosos pilares se alzaban, conectados por pechinas como brazos

enormes que sostuvieran sobre sus hombros el tambor en lo alto del cual se encajaba la cúpula más grande que jamás se hubiera visto. En sus planos había llegado al límite de la resistencia física de la piedra. Había agotado el margen estático. Si finalmente se prolongaba el templo hacia el este realizando una planta alargada o si permanecía definitivamente como una cruz griega era algo que ya le resultaba indiferente. En cualquier caso, no iba a poder verlo. Sin embargo, gracias a ese crucero dotaría a la basílica de la cúpula más majestuosa de todos los tiempos. Era lo único importante. Nunca más podrían arrebatárselo. Si lo

conseguía, para él sería suficiente.

Miguel Ángel se sentía agitado. Bien era verdad que había puesto a buen recaudo el mármol cerca de su casa y que había logrado mantener bajo control, aunque de forma dolorosa, su ansia por la piedra. Los barqueros, carreteros y transportistas, no obstante, exigían su pago con un dinero que él ya no tenía, pues lo había empleado en la compra de tierras y villas. Además, el papa quería ver esculturas de una vez. Al fin y al cabo ya había pagado bastante, como el propio Miguel Ángel tuvo que admitir. Además, la suerte de Bramante volvía a estar en sus mejores

horas. El arquitecto se encontraba sumido en las obras del Belvedere, de la *via Giulia*, de palacios y desagües e incluso había enrolado ya a los maestros de obra, a los oficiales, aprendices y ayudantes para la reconstrucción de la basílica de San Pedro. Bramante era el celebrado foco de todas las atenciones en las fiestas más exclusivas y un arquitecto de negocio muy lucrativo, un maestro hechicero que parecía conseguir todo lo que se proponía, un nuevo rey Midas que convertía en oro todo lo que tocaba. ¿Y él? Él parecía haber fracasado, se encontraba empobrecido y pronto se convertiría en alguien perseguido. En su desesperación,

Miguel Ángel se decidió finalmente a pedirle una vez más dinero al papa. Se justificó a sí mismo esa osadía con la afirmación de que un artista como él no debía mirar por el dinero, pues en cualquier caso se le estaría pagando menos de lo que merecía.

Cuando se presentó en el Vaticano para hablar del asunto, Julio II le hizo marchar antes de que hubiera tenido la oportunidad de presentar sus peticiones. El escultor tendría que regresar al día siguiente pues al pontífice le urgían importantes asuntos de estado. Era la primera vez que Julio utilizaba aquella excusa. Miguel Ángel regresó a su taller con una sensación incómoda y siguió

trabajando durante el resto del día en la primera figura de la tumba, uno de los presos. A última hora de la mañana del día siguiente, se presentó, como le habían indicado, frente a los aposentos del papa en la torre Borgia.

—Su Santidad está ocupado —le hizo saber sin más detalles el jefe de la guardia, un suizo anguloso de fuerte acento, prohibiéndole la entrada.

—¡Pero si habíamos acordado la cita! —exclamó Miguel Ángel, sorprendido.

—No tengo constancia de eso; solo sé que hoy no tenéis audiencia con el santo padre. Volved mañana.

Miguel Ángel dejó el Vaticano entre

furioso y preocupado. Lo que estaba sucediendo le inquietaba. Intentó trabajar pero no pudo concentrarse, así que optó por leer la *Divina comedia*. Al día siguiente, volvieron a denegarle el acceso. «Volved mañana». Y así siguió un día tras otro. Al séptimo, Giacomo il Catalano fue testigo del rechazo y la humillación del escultor.

—¿No sabéis quién es *messèr* Miguel Ángel? —inquirió al jefe de la guardia.

El oficial se encogió de hombros.

—Por supuesto que sé quién es, pero mi obligación es cumplir con lo que se me ha ordenado, no preguntarme el por qué.

Miguel Ángel tragó saliva, pero el cardenal siguió preguntando.

—¿Lo que quieres decirme, hijo, es que el papa en persona te ha ordenado que le niegues la entrada a *messèr* Miguel Ángel?

—Exactamente, eminencia.

En el fondo, Miguel Ángel lo había sabido desde la conclusión de su última audiencia con el papa, pero no había querido creer que Julio II, quien tanto lo había apoyado, de repente lo dejara en la estacada.

—Esperad aquí, voy a hablar con su santidad.

Con esto, el cardenal dejó a Miguel Ángel aguardando, preso de la

inseguridad. Sentía miedo, pero también rabia. ¿Por qué el papa había cambiado tan repentinamente de actitud para con él? Lo asediaban las deudas, sí, pero su calidad artística no había disminuido ni un ápice. Había prometido, y pensaba cumplirlo, levantar para Julio II el más hermoso mausoleo que jamás se hubiera construido. «Si al pontífice le preocupa tanto el dinero, entonces deberían enterrarlo en un cofre del tesoro en lugar de en una tumba realizada por mí», pensó furioso. Cuando ya estaba a punto de marcharse, el cardenal regresó.

—Venid conmigo, vamos a almorzar con el santo padre. Sin embargo, no debéis hablar de dinero en la mesa —

dijo el dominico mientras lo conducía a un pequeño comedor.

En torno a la mesa se encontraban el joyero Crivelli, el arquitecto Bramante, Giuliano da Sangallo y, por supuesto, el papa. Levantó la cabeza.

—Me alegro de que te unas a nosotros. Siéntate —dijo Julio II con fingida simpatía.

Miguel Ángel tuvo la sensación de que tras la descortesía del papa se encontraba la mala conciencia, pero no pudo explicarse a qué podría deberse. Se colocó entre Bramante y Crivelli. Un criado sirvió algo de caldo claro de ternera en los platos de los rezagados.

Bramante retomó la conversación

interrumpida sobre la colocación de la primera piedra. Miguel Ángel no podía creer lo que oía. El arquitecto no quería iniciar la obra en el coro, donde ya se encontraban los cimientos y paredes de la ampliación de Nicolás V y donde debía situarse la tumba, sino más lejos, ¡fuera de la iglesia! La idea lo confundió: era tan absurda que se temió lo peor. Si las obras comenzaban en el crucero, entonces la tumba estaría concluida antes que el lugar en el que debía colocarse. Si el papa moría, sería más difícil lograr que el sepulcro se terminara situando donde se acordó. Era más que dudoso que el nuevo papa quisiera mantener el propósito de su

predecesor. Miguel Ángel se dio cuenta de que lo que Bramante se proponía: quería utilizar una estrategia de hechos consumados y expulsar del proyecto el mausoleo, su mausoleo. ¡Eso era lo que estaba ocurriendo! ¿Es que ese maldito rufián no había intentado siempre que había podido hundirlo por medio de ataques y sabotajes? Desde su primer encuentro el viejo zorro lo había combatido con todos los medios a su alcance. Miguel Ángel había infravalorado a su contrincante. ¿Por qué lo odiaba con tanta intensidad, sin reparos? Pero, ¿a quién le importaban los motivos? Lo relevante eran los hechos.

—¿Por qué no situáis la primera piedra en el coro de Nicolás? — preguntó el escultor intentando sonar amistoso.

El arquitecto sonrió de oreja a oreja.

—Podéis venir a visitarme cuando gustéis, amigo mío, y os explicaré ampliamente la razones. No creo que debamos hacerle perder su precioso tiempo al santo padre con un debate en torno a los aburridos detalles de la planificación.

En el silencio consecuente el joyero Crivelli creyó encontrar su oportunidad para saltar a la palestra.

—Venerado santo padre, ¿qué tal si, como conmemoración de la colocación

de la primera piedra, colocamos en la tiara alguna gema que podríamos llamar, por ejemplo, la piedra de Pedro? Tengo...

—¡No! —replicó el papa con una brusquedad inesperada—. No podemos gastar más dinero, ni en piedras grandes ni pequeñas.

Miguel Ángel sintió que la mirada de Julio lo rozaba con frialdad en aquellas últimas palabras antes de regresar cariñosamente hacia el arquitecto.

—¿Cuánto tiempo necesitaréis para completar nuestra vivienda en los Palacios Vaticanos? —preguntó.

Era un hecho bien conocido que al

papa le suponía un continuo martirio y un motivo permanente de disgusto el residir en los aposentos de su predecesor y enemigo acérrimo Rodrigo Borgia, quien ejerció su pontificado bajo el nombre de papa Alejandro VI.

Miguel Ángel ya no escuchaba la conversación. Se había abierto ante él un abismo que amenazaba con devorarlo. Por lo demás, a nadie le llamó la atención que guardara silencio. Era como si ya no existiera. Reconoció la sensación de haber caído en desgracia. No se le despreciaba, pero tampoco se le buscaba. Se había desvanecido en el aire. Hubiera querido levantarse para marcharse, pero se

habría considerado una afrenta. Tuvo que obligarse a no echar más leña al fuego, aunque su furia animal, su *terrebità*, estaba fundiendo las cadenas que aún lo ataban a la razón. Amenazaba con explotar. Ardía como una olla al punto de ebullición. Sangallo le había enseñado que no se debía llamar la atención ni mostrar ante nadie lo que uno realmente pensaba. Pensar en aquella lección le produjo un gran dolor.

Finalmente, el papa se levantó de la mesa y los invitados se despidieron.

—Tomáoslo con serenidad —le susurró Bramante al escultor de buen humor—. La rueda de la fortuna gira sin cesar y volverá a jugar a vuestro favor.

Lo importante es permanecer junto a la mesa de juego.

Para Miguel Ángel, aquellas palabras provenientes del mismo hombre que había sido causa de todas sus desgracias no eran más que una burla.

Desde aquel día, el escultor no tuvo más noticias del papa. Sus acreedores amenazaron con llevarlo a juicio. Una noche lo asaltaron en su propio taller y le dieron una paliza. Únicamente la intervención de Francesco, que se apresuró a prestarle ayuda, le libró de salir del entuerto con solo un ojo morado. Para Miguel Ángel resultó

evidente y definitivo que Bramante pretendía atentar contra su vida. Llevado por la necesidad, buscó la compañía del cardenal Catalano, cuya cercanía anhelaba más cada día. Esperaba recuperar en su presencia las fuerzas que le faltaban y el consuelo que necesitaba, por absurdo que esto resultara habida cuenta de que al arcipreste lo menospreciaba.

Miguel Ángel acudió a ver al cardenal en su estudio de la Canónica. Giacomo lo escuchó con gesto serio.

—Abrid vuestro corazón completamente a Dios y todo irá bien. Colocad a Dios por encima del arte y encontraréis la manera de realizar

auténtico arte. Sed humilde, Miguel Ángel.

—Aún desearía pintaros.

Giacomo le dirigió una ligera sonrisa.

—Con el tiempo, quizás.

—Quisiera despedirme de vos. Si permanezco en Roma, tendré que crear mi propia tumba antes que la del papa. Debo marcharme.

El cardenal le tendió la mano, que él besó tiernamente y durante largo rato. Giacomo lo dejó estar: era solo una despedida.

De camino a casa, Miguel Ángel se sintió atenazado por un terror repentino. Fue como cuando huyó de Florencia

pues, tras la muerte de Lorenzo, fueron tras todos los Medici. ¿Y qué había de malo en ello? ¿No se había comportado como correspondía? No había transcurrido ni una semana cuando los Medici tuvieron que salir también apresuradamente: Piero, Giovanni y Giuliano. ¡Quién sabe qué habría sido de él si hubiera permanecido como un acólito de los Medici! Pero entonces, por primera vez en diez años, volvía a sentir el mismo miedo. Sentía unas manos enormes rodeándole el cuello y apretando, el garrote que lo llevaría a la muerte o el puñal que le rebanaría el cuello. Era un milagro que hubiera sobrevivido al ataque nocturno, pero no

podía esperar que se repitiera una segunda vez. Entró apresuradamente en su taller.

—Francesco, vuelvo a casa: vuelvo a Florencia —exclamó.

El criado surgió de la cocina con una mirada incrédula. No pudo hacer ninguna pregunta, pues tenía la boca llena de comida que se había introducido tan rápido como había podido y cuya grasa iba limpiándose de las manos en sus pantalones azules.

—Vende el taller y todo lo que tengamos y después regresa con el dinero.

—¿Y vos, maestro?

El escultor se sintió exhausto, pero

el pánico le empujó a continuar.

—Yo saldré de inmediato para ponerme a salvo. Cada minuto aquí puede significar mi sentencia de muerte.

—¿Y qué ocurre con el papa?

—Si Julio me necesita en un futuro, deberá mandar en mi busca, allá donde esté.

Con esas palabras, Miguel Ángel se echó encima su manto negro, se colocó un sombrero redondo y se dirigió a la oficina de correo más cercana, junto a la *porta* Santo Spirito. Allí alquiló un caballo, se montó en la grupa del animal y dejó la ciudad de Roma.

De pronto lo embargó una irreprimible alegría. Volvería a ver

Florenxia, a su padre y a sus hermanos pero, sobre todo, ¡volvería a coger en sus brazos a su hermano favorito, Buonarroti! Ya no entendía por qué había permanecido tanto tiempo en Roma, esa ciudad podrida hasta los cimientos. Una vez tomó dirección norte, sintió una intensa nostalgia y, al mismo tiempo, el reconfortante sentimiento de que ya no tardaría mucho en volver a ver su ciudad natal. Era el viernes santo, 17 de abril de 1506.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1506

Y de pronto el invierno llegó a su fin. La primavera agasajó a los romanos con temperaturas casi veraniegas. En el pequeño solar de unos setenta pies de longitud que separaba al pequeño grupo de hombres de la capilla de Santa Petronila, tras la cual se alzaba la basílica de San Pedro, habían florecido, casi al mismo tiempo que las

campanillas blancas invernales, las rosas de azafrán e incluso algunos lirios. Era como si la naturaleza esperara ya con impaciencia los primeros rayos cálidos para librarse de aquel sopor mortal de la época más fría del año y celebrar su despertar.

Un ligero viento agitó los cabellos ya totalmente canosos de Bramante. Su mano derecha volvía a dolerle por un profundo ataque de gota. Relucía con un insano color rojo. Ya no ocultaba su enfermedad bajo un guante porque ya no le era necesario. Llegados a aquel punto, nadie ponía en duda su posición.

Bramante se sentía impulsado por una energía juvenil que le hacía casi

inmune al dolor. Apenas a una milla de la antigua basílica se alzaría el primer y poderoso pilar que, en un día no tan lejano, arrojaría al olvido aquel fantasma del pasado. Ambas perspectivas le llenaban de un ansia irrefrenable: por construir y por destruir. Su reconstrucción empezaría en ese punto para ir progresando, milla a milla, hasta envolver al viejo edificio y, finalmente, anularlo.

El joven constructor Maffeo Maffei, Antonio da Sangallo, quien se había convertido en un ayudante imprescindible, su tío Giuliano y tres peones de obra a las órdenes de Maffei lo rodeaban. Nunca antes había visto

Bramante a su antiguo compañero de hermandad tan pálido. Era casi como si la blancura invadiera hasta su barba.

—¿Lo sientes, Donato? —le susurró el viejo arquitecto—. ¿Sientes la mano de Dios, que actúa a través de nosotros?

Siguiendo un impulso repentino, Bramante abrazó con fuerza a su amigo y rival.

—No lo digas por ahí, pero son mis propias zarpas lo que notas, aunque los demás lo consideren la mano de Dios. A cada cual sus supersticiones.

El arquitecto se rio de su propia broma con los ojos brillándole, burlones.

—¡Eso es pecado! —le reprendió

Sangallo.

—Querer construir es un pecado en sí mismo, mi buen Giuliano, pero empezar a construir repara todas las faltas. Ni un solo santo ha levantado nunca ninguna iglesia. De haberlo intentado, sus desastrosos montones de piedra no habrían soportado ni un tedeum en pie.

Sangallo se deshizo del abrazo y se persignó disimuladamente. El principal arquitecto de San Pedro, no obstante, decidió no dejarse afectar por la atmósfera generalizada de solemnidad y reverencia. Para ello, tuvo que evitar las bromas y blasfemias. Debía mantener las ideas claras en cualquier

circunstancia o de lo contrario no sería un buen arquitecto y cometería errores. Miró hacia el suelo ostentosamente. A sus pies se abría un agujero amplio, de unos veinticinco pies de profundidad, del que sobresalía una escalera.

Bramante se volvió. A un par de pies de distancia se encontraban Ascanio, Lucrezia, Imperia y Agostino Chigi, así como los albañiles. Su mirada alcanzó, tras estos, a una inabarcable multitud de mirones que esperaban impacientes a que diera inicio la ceremonia. Maffeo Maffei había mantenido su palabra y, a pesar de la advertencia de los maestros de obra mayores, había logrado reunir a cincuenta peones. Desde una litera

transportada por cuatro de los criados del banquero, la valerosa Margarita Saraceni contemplaba la escena. A pesar de su seriamente afectada salud había decidido presenciar la colocación de la primera piedra de la iglesia del príncipe de los apóstoles. Bramante le dirigió una mirada amistosa y ella le dedicó una suave sonrisa.

De pronto, llegó a sus oídos, desde la distancia, un coro de voces cantando un kirie que iba creciendo segundo a segundo en intensidad. «*Christe eleison*». En las pausas del canto oyó los gorjeos de petirrojos y jilgueros, cada vez más joviales y sonoros, como si los pájaros hubieran acordado unirse

al canto. El kirie se fue aproximando más y poco después descubrió Bramante una cruz de caoba tan alta como un hombre que surgía tras la capilla de Petronila de manos del cardenal Giacomo Catalano y, tras ellos, la imponente figura del papa, seguido de los enanos de la corte y de los nobles de las dinastías más importantes de la Ciudad Eterna: los Orsini, los Colonna y los Conti. Los seguían los mercaderes del Borgo, romanos de todos los estratos sociales y también peregrinos que, justo en el momento en que pretendían entrar o salir del templo, habían dado con la procesión y se habían unido a ella. A izquierda y derecha del vicario de

Cristo caminaban dos diáconos cardenalicios que sostenían palmas sobre su cabeza.

*«Gloria in excelsis Deo
et in terra pax
hominibus bonae voluntatis...».*

Bramante se preguntó si él mismo era un hombre de buena voluntad. Tras el papa, reconoció al medallista Cardoso, que sostenía una vasija de barro frente a él. Lenta y solemne, la procesión se aproximó.

*«Quoniam tu solus sanctus,
tu solus dominus,*

*tu solus altissimus,
Jesu Christe,
cum Sancto Spiritu,
in gloria Dei Patris. Amen».*

Solo él es santo... En sus pensamientos, Bramante acariciaba la gloria. La gloria le correspondía al Padre, al creador del cielo y de la tierra, al arquitecto del templo y, por tanto, también a él. Y evidentemente también a aquel pontífice poderoso y belicoso que, en su túnica sacramental con bordados en oro sobre la sotana blanca, su melena plateada resplandeciente a la luz del sol, su imponente tiara triple, parecía un nuevo César, un nuevo Augusto. «Con

razón luce Julio II la corona triple, el símbolo de su triple dominio», pensó Bramante a la vista del pontífice, «pues son tres los poderes que se le han otorgado como padre de reyes, como señor del mundo y como vicario de Cristo».

Una vez llegado a la zanja, el papa se arrodilló y, con él, todos el gentío reunido, Bramante incluido. Juntos rezaron el credo, tal y como los padres de la Iglesia lo habían conformado en el concilio de Calcedonia:

*«Credo in unum Deum,
patrem omnipotentem, factorem
caeli et terrae...»*

*et exspecto resurrectionem
mortuorum,*

et vitam venturi saeculi. Amen».

De multitud de gargantas surgió aquel emotivo amén, como respuesta al «así sea» del santo padre.

Bramante quería reconstruir la iglesia de San Pedro piedra a piedra, *vitam venturi saeculi*, como una resurrección a la vida. El papa pidió a Dios su ayuda en el gran proyecto que se iba a iniciar. Entonces, comenzó a descender por la escalera con la ayuda de los dos diáconos, así como el sacerdote que portaba el agua bendita, éste con grandes y visibles esfuerzos.

Cardoso, Maffei y, finalmente, Bramante, siguieron al pontífice a las entrañas de la colina. Nunca antes el arquitecto se había sentido tan lejano a Julio II como en aquella estrecha zanja. Aunque prácticamente podían tocarse, el papa que Bramante contempló en aquel momento, el sacerdote, el auténtico vicario de Cristo en pleno rito, sumido en su conversación con Dios, no era siquiera consciente de su presencia. El arquitecto pensó que aquel hombre era más que un hombre, era realmente el vicario de Dios en la tierra, dotado de los poderes para atar y desatar en la tierra como en el cielo. Aquel aura lo circundaba.

En los cimientos había ya dispuesta una piedra, un bloque de grueso mármol blanco de un codo de largo, casi un codo de ancho y tres dedos de grosor. En el mármol aparecían talladas las palabras: *el papa Julio II, de Liguria, en el año 1506, tercero de su pontificado, ha ordenado reconstruir esta basílica en decadencia.* Julio bendijo la piedra y uno de los diáconos cardenalicios la salpicó de agua bendita. Entonces, el orfebre situó el recipiente con monedas en el agujero abierto en la piedra. Las monedas contenían, en la parte frontal, representaciones del papa y, en el envés, representaciones del aspecto que debería mostrar el edificio concluido:

una cúpula flanqueada por dos finos campanarios que dominaba un templo de aspecto antiguo. Después de que Julio saliera de la zanja, bendijo a los presentes aún arrodillados y les otorgó una indulgencia plenaria de todos sus pecados.

*«Sanctus, sanctus, sanctus
Dominus Deus Sabaoth
Pleni sunt coeli et terra gloria tua
Hosana in excelsis».*

Después, el papa volvió a rezar frente a la cruz y se levantó finalmente. Dotado de lo que a Bramante le pareció que era una increíble ligereza, el papa

inició su retorno al Vaticano entre cantos:

«Benedictus qui venit in nomine Domini.

Hossan in excelsis».

El arquitecto observó con lágrimas en los ojos al pontífice. ¡Cuántas veces había dudado si llegaría vivir aquel día! Poco antes de que Julio II llegara hasta la imponente columna en la que, en una esfera en su cénit, bajo una cruz, se encontraban las cenizas de su homónimo pagano, el estadista Julio César, la procesión entonó un *Agnus Dei*.

«Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem».

Danos la paz. Y la fuerza suficiente para defenderse del odio que una obra tan grande necesariamente había de despertar. Así fue la plegaria de Bramante. Quizá hubiera sido injusto con el viejo Señor del cielo pues, en los últimos tiempos, se había preocupado por él aunque no había seguido los mandamientos divinos y no conocía lo que era la contención y la medida. O al

menos, no las había conocido hasta que Lucrezia había llegado a su vida. Quizá Sangallo tuviera razón y no fuera él, sino Dios, el que construyera con sus manos. La solemnidad que había mostrado el papa lo había impresionado, pues los romanos adoraban sumirse en las emociones más extremas, como llevados por un estado de embriaguez. Pensativo, se volvió hacia los visitantes, los peones y los mirones. Alzó los brazos y cundió el silencio. El corazón le dolía de felicidad mientras iniciaba su discurso tras un carraspeo.

—Amigos, romanos, cristianos. Lo más difícil ha concluido. El santo padre ya no puede recular, ni quiere hacerlo.

Pues es Dios y su voluntad lo que toman forma aquí. Encontraremos para sus sucesores otros motivos para que prosigan con esta obra que nos va a cambiar a nosotros y a nuestras vidas. ¡Dios así lo quiere! Tan bien como construyamos, así viviremos. Una nueva era comienza aquí y ahora. La Jerusalén celestial se encarnará en Roma. ¡La edad juliana ha comenzado!

Como haría un dotado actor, Bramante miró a su alrededor y abrió los ojos en sorpresa fingida.

—¿Veo bien o acaso me engañan mis ojos? ¿Qué hacéis ahí, constructores, héroes de esta nueva era? Arremangaos de una vez, escupíos en las manos y

empezad a demoler y construir. ¡Dad nacimiento a la nueva Roma!

La multitud estalló en júbilo y Bramante sintió el amor en la mirada de Imperia. Fue como una espina en el pecho, pues la felicidad que querría compartir con ella quedaba definitivamente sepultada en los cimientos de San Pedro. Con una sonrisa dolida comprendió de pronto que la Providencia se había ocupado de que su amor se encontrara entre las ofrendas de la primera piedra del nuevo templo de los templos. Era su amor y lo había sacrificado.

Roma padecía el calor del sol que

reinaba sin discusión en el cielo azul acero como Donato Bramante lo hacía sobre los arquitectos de la Ciudad Eterna. En días como aquel, nadie creía que pudiera llover o, siquiera, refrescar. Mucho menos Bramante, quien apenas percibía sensación ninguna del mundo exterior, pues habitaba en su propio y complejo microcosmos. Construir era como si las montañas se abrieran y la humanidad sostuviera el cielo en las manos. Era una aventura existencial.

El arquitecto disfrutaba de su nueva vieja vida con toda el alma y con todo el corazón. Oscilaba sin aliento entre las numerosas obras iniciadas. Eran numerosas las personas que acudían a él

en busca de consejo, que esperaban sus instrucciones o que solicitaban un puesto, una intercesión o una rebaja. Desde la *via* Giulia hasta San Pedro, desde allí hasta los Palacios Vaticanos, que debía modificar en su totalidad y, más allá, hasta el Belvedere, para concluir en el nuevo *palazzo* del cardenal Riario, que se iba alzando piso a piso junto al Tíber. Entonces, su trabajo lo llevaba a inspeccionar un nuevo sistema de alcantarillado que debía modificarse completamente.

Por las tardes, Bramante no se perdía uno solo de los festines que celebraban cardenales y obispos en sus *palazzi*. Había llegado a una edad a la

que solo podía seguirle la muerte. Incluso los Orsini, Conti, Colonna y los demás aristócratas romanos, lo invitaban encantados a sus celebraciones y convites. Hacía, por tanto, gala de una asombrosa ubicuidad.

Había tomado un baño refrescante, a pesar de que consideraba el sudor de arquitecto como un auténtico afrodisíaco, y se había vestido con gran pompa para acudir al *palazzo* del cardenal Giovanni de Medici en Sant'Eustachio, que no se encontraba ni a un cuarto de hora de distancia de su casa.

El hogar de Bramante se había transformado en las últimas semanas en

el cuartel general de la construcción mundial. Aunque Ascanio se había transformado en un cancerbero y mayordomo muy capaz que regulaba con meticulosidad la entrada y salida de visitantes, la casa estaba repleta de gente durante todo el día. Su peculiar *famiglia* se había vuelto, por tanto, casi inabarcable, lo que a él le encantaba. Antonio ejercía por sí mismo las funciones de lugarteniente y canciller. Lucrezia se había transformado poco a poco en la dama de la casa. A ello había que unirle cuatro criados y una cocinera, un par de delineantes y un escriba. En el fondo, solo las circunstancias externas evitaban que se planteara mudarse a un

palazzo mayor. Lo absurdo de la cuestión se volvía día a día más evidente: estaba construyendo el templo más grande del mundo y él mismo residía prácticamente en una caseta de perro. Sin embargo, no veía el momento de tomarse un minuto para echar un vistazo a su alrededor y tomar las medidas oportunas. Al menos, eso era lo que se decía a sí mismo. En el fondo, utilizaba su amplio volumen de trabajo para escudarse tras él. Una suave aunque imperiosa voz en su interior le advertía de la escasa conveniencia de mudarse a una residencia más pomposa y llamativa. No era lo mismo venerar a la diosa Fortuna que abandonarse

completamente a sus designios. Lo primero era un gesto necesario, lo segundo era un acto de insensatez.

La tarde preñada del canto de las cigarras regaló a los romanos su frescor vespertino y, en consecuencia, algo de alivio. El aire era pesado, saturado tras el transcurso del día. La gente tomaba asiento frente a sus casitas, ante las tabernas y posadas y bebían, comían, charlaban, cantaban y bailaban. El relajado abandono del atardecer los envolvía a todos. Intérpretes de laúd y de instrumentos de viento, solos o por grupos, iban peregrinando por los establecimientos hosteleros y por las pequeñas multitudes ofreciendo sus

servicios. Si sus cantos eran particularmente descarados y sus melodías lo suficientemente animadas, no tardaban en triunfar. Los bufones y los pisaverdes competían con las mujeres en cuanto a la osadía de sus bailes. Tras un día de calor abrasador, la gente deseaba únicamente divertirse y disfrutar de la vida, que a esa hora parecía estar comenzando.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1506

El viejo *palazzo* del cardenal Medici se encontraba ya iluminado por la luz de las antorchas a pesar de que en las calles el sol aún relucía con fuerza. A Bramante le pareció que las teas y las acogedoras sombras que arrojaba el fuego, capaz de hacer olvidar el sol con su alegre crepitar, otorgaban al edificio una obstinada sensación de confort. En

la entrada, junto a un gran recipiente de bronce en el que ardía carbón vegetal, se habían apostado un par de músicos que interpretaban canciones cortas y divertidas y levantaban el ánimo de cualquiera que entrara por la puerta.

El arquitecto se topó con Imperia en el vestíbulo. Su mirada recayó sobre la camisa interior de seda blanca de la mujer que envolvía pero resaltaba sus senos en la zona del ligeramente insinuante escote, como si quisiera apropiarse de toda la sensual calidez de aquel cuerpo, en disputa directa con el vestido. Bramante pensó en el placer con que habría besado aquellos pechos, pero de inmediato se reprendió a sí

mismo al reparar en que todavía lograba excitarlo. Se dominó y le dedicó una gentil reverencia.

—¿Dónde está Agostino? — preguntó, mostrándose todo lo sereno que fue capaz.

—Nos veremos arriba. Ya sabes que no nos dejaremos ver juntos mientras que... Bueno, aún pasará un tiempo antes de que dejemos de acudir separados a las fiestas —suspiró Imperia.

Bramante conocía la consideración con que el banquero trataba a su agonizante esposa. En el pasado había criticado la actitud de éste sin compasión, pero Imperia lo había puesto

en su lugar.

—Margarita Saraceni es una mujer magnífica —se apresuró a decir él.

—Sí, lo es. Y extraordinariamente liberal.

Imperia lo examinó de la cabeza a los pies y sonrió, divertida. Su mirada había recaído sobre la capa rosa con bordados en oro que lucía. Los pantalones de terciopelo estaban forrados con una tela plateada, al igual que el jubón de satén decorado con piedras preciosas. Sobre la cabeza lucía un gorro con una gran pluma.

—Pareces un petimetre con esa ropa, pero casa con tu estilo —dijo Imperia, sonriendo, y antes de que él

podiera replicar nada, prosiguió con un pudoroso parpadeo—. ¿Querías escoltar a una dama hasta el *piano nobile*?

Bramante le ofreció el brazo y ella pasó sobre él la mano con tal suavidad que el arquitecto sintió como si una pluma le estuviera resbalando por el antebrazo. Una gran escalinata conducía hasta el piso superior. Igualmente en su descansillo se encontraban ubicados tres músicos destinados a animar el ambiente.

Frente a ellos pasó atropelladamente un hombre bajito y rechoncho, vestido con jubón y calzón corto de numerosos colores y un gorro decorado con

graciosas puntas en las que tintineaban multitud de pequeños cascabeles. En aquel rostro redondo y blando, flanqueado por una barbita gris, destacaba una enorme nariz aplastada que difuminaba la expresión desagradable de unos ojos diminutos y maliciosos.

Gonella era el bufón del cardenal. Mientras corría se golpeaba ininterrumpidamente la cabeza y gritaba:

—Santo cielo, ¡a quién se le ocurre reunir aquí a la mayor pandilla de glotones de toda Roma! ¡Dejad, dejad que vaya corriendo hasta mis cazuelas, antes de que no dejen ni las migas!

A todo el mundo le gustó la grosera

broma de Gonella y mostraron su aprobación con grandes carcajadas. Curiosamente, en lo concerniente a cantidad de comida ingerida y a la velocidad alcanzada en el proceso, nadie podía competir con él. Cuando se introducía una gallina entera en su inmensa boca, era fácil creer que el estómago le empezaba directamente en la garganta y no se molestaba en perder el tiempo pasando por los dientes o por el esófago.

—¡No te preocupes por eso, bota de vino andante! —exclamó Bramante entre risas.

Gonella, que ya se había adelantado tres escalones, se detuvo como tocado

por un rayo, se giró a toda velocidad, lo miró con ferocidad y gritó a viva voz:

—¡En comparación contigo, soy divino!

El arquitecto rio de buena gana.

—¿Tú? ¿Divino tú? No, porrón con patas, has cambiado las letras: más que «divino» eres «de vino».

—Pero qué ignorante eres —respondió Gonella, con lástima—. «Divino» y «de vino» es lo mismo para mí, puesto que fue Baco mi padre.

Alrededor de los dos contertulios se había reunido un círculo de invitados curiosos que rompieron a reír ante la respuesta de Gonella. Éste no dio un segundo de tregua a Bramante, pues de

inmediato prosiguió con su burla sin darle oportunidad para replicar.

—Tú, sin embargo, provienes de San Pedro, lo que, no obstante, no te ha servido para encontrar la llave de la sabiduría.

Con esto, abandonó al arquitecto y siguió bajando atropelladamente las escaleras mientras apartaba a empellones a los invitados y gritaba:

—Sí, sí, mis pequeños, queridos cachos de carne, dejad de lamentaros, que vuestro papa Gonella se dirige hacia vosotros ¡con sus grandes y amorosas fauces bien abiertas!

—Solo un fantoche discute con un fantoche —dijo Imperia.

—¿Y un fantoche enamorado? —
repuso Bramante, intentando dirigirle
una sonrisa inocente en la que, no
obstante, se filtraba la ternura.

—Yo que tú sumergía mis partes
nobles en agua helada para recuperar el
sentido común —replicó Imperia con
severidad—. ¡A mí no tienes que
impresionarme, Donato!

Llegaron al *piano nobile* y
penetraron en el gran salón decorado
con exquisita taracea. Ante sus ojos se
extendía un mar de gente a través del
cual Imperia fue dirigiendo a Bramante
mediante ligeras presiones en el brazo.
Así, llegaron hasta el centro de la sala,
donde se alzaba un pedestal sobre el

que, para deleite de todos los presentes, dos poetas se habían sumido en una cruenta lucha de improvisaciones líricas. Mientras Bramante escuchaba lleno de admiración a uno de los autores, sintió que Imperia se soltaba de su brazo. De inmediato oyó la voz de Agostino Chigi.

—¿Me permites, amigo mío, que te robe a dama tan hermosa?

El banquero no aguardó respuesta y desapareció de improviso en el mar de gente junto con su amante. Bramante cerró los ojos un instante.

—*Messèr*, si sois tan amable de seguirme... —le susurró un criado vestido de librea—. ¡Su eminencia os

espera!

Llevó al arquitecto hasta uno de los laterales de la sala y abrió una puerta forrada y apenas perceptible. A través de un pasillo estrecho y oscuro llegaron hasta un agradable *studiolo*. Sobre la pared colgaban imágenes de contenido erótico pero realizadas con gran maestría.

El cardenal Giovanni de Medici se encontraba sentado, señorial, sobre una butaca roja. Frente a él, una mesita en la que yacía un valioso manuscrito y unas lentes. Junto al príncipe de la Iglesia se encontraba Giuliano da Sangallo. En el extremo exterior de la pequeña estancia, Bramante descubrió a un obispo enjuto

de rostro alargado. Daba la impresión de ser una persona impositiva y carente de escrúpulos. Comprendió, además, que aquel extraño no iba a formar parte de la conversación, sino que únicamente estaba invitado en calidad de oyente. Su presencia inquietó a Bramante, pero se inclinó ante el cardenal y besó el anillo con la cruz de diamante que el príncipe de la Iglesia lucía en su anular derecho.

—Sírvede un vino si te apetece.

Giovanni de Medici señaló con la cabeza un estrecha estantería sobre la que reposaba una jarra y un par de vasos. El arquitecto hizo un gesto de agradecimiento y preguntó, amistoso, en qué podía servir al religioso. Sobre el

rostro grueso y no muy agraciado de Giovanni se pintó una sonrisa jovial que hizo olvidar de inmediato lo grotesco de sus facciones. Aunque frecuentaba la compañía del cardenal, Bramante siempre se sorprendía de la habilidad con la que el Medici sabía compensar las desventajas de su aspecto con lo encantador de su carácter.

—¡Me encantan las fiestas! Sin embargo, nunca doy fiestas sin ton ni son: siempre hay un motivo oculto.

El arquitecto hubiera querido preguntar por el extraño de la esquina pero presentarlo era un privilegio que residía exclusivamente en el anfitrión.

—Sed bueno y confiadme el motivo

de esta fiesta. ¡Prometo guardar silencio! —dijo Bramante.

—¡Júralo!

—Lo juro.

—¡Por los *Fedeli d'Amore*!

Bramante se estremeció. ¿Qué sabía el cardenal acerca de aquel pacto secreto? Recordó de forma nebulosa que Pico, en una ocasión, le había mencionado que el hijo de Lorenzo el Magnífico pertenecía a la hermandad. Su mirada se dirigió involuntariamente hacia el hombre de la esquina. Giovanni de Medici repitió su exigencia. El inquietante invitado no reflejó emoción alguna. A Donato le recordaba a los inquisidores.

—¡Por los *Fedeli d'Amore!* —juró el arquitecto con voz temblorosa.

—¿De verdad no sabes qué día es hoy? —preguntó el cardenal con una sonrisa sutil—. Eso me decepcionaría mucho.

La respuesta parecía ser evidente y conectada con los fieles al amor. Bramante reflexionó un instante y pronto encontró la solución. Era tan obvia que surgió como de la nada.

—¡El aniversario de Dante!

—¡Pues claro que sí! ¡El aniversario de Dante, por supuesto!

Giovanni de Medici se levantó en ese instante de la silla. Bramante descubrió de un vistazo que el

manuscrito depositado sobre la mesa era una copia del *Convivio* de Dante.

—Mi querido hermano, el príncipe de Concordia, fue quien me introdujo en la orden —dijo Giovanni casi susurrando—, a pesar de que no participé en ninguno de los encuentros por ser demasiado joven y, además, cardenal. Un príncipe de la Iglesia no constituye un buen aliado para el amor. Incluso mi buen padre habría recelado de mi pertenencia al pacto, pues un Medici puede favorecer una causa, pero no implicarse en ella. Pero, en resumidas cuentas, ¡quiero que la orden recupere su actividad!

Seguidamente pusieron a Bramante

al corriente de que Giovanni de Medici celebraba la reconstrucción de San Pedro como un edificio centralizado con una poderosa cúpula. Como nadie podía saber cuánto tiempo vivirían tanto Julio como Bramante, era necesario tomar medidas de precaución para que la obra pudiera continuarse hasta el final de manera adecuada. El arquitecto se dirigió hacia la estantería y se sirvió vino tinto. Tanta novedad le había resecado la garganta.

—Es de mi tierra —señaló Giovanni de Medici mirando la jarra de vino—. ¿A quién incluiremos en el pacto?

El constructor propuso a Peruzzi y a Antonio da Sangallo. Giuliano da

Sangallo trajo a colación a Miguel Ángel.

—No, no, de ninguna manera — repuso Bramante con energía mientras vaciaba el vaso de un trago.

El cardenal y Sangallo lo miraron sorprendidos.

—Miguel Ángel es un buen escultor —dijo Sangallo.

—Y un pintor muy dotado —añadió Giovanni de Medici y señaló los dibujos obscenos de las paredes—. Son suyos.

«Rayos, jamás lo habría esperado del apóstol de la moralidad», pensó Bramante.

—Es un buen pintor, sí —dijo—. Pero solo se ve a sí mismo, no piensa en

nadie más que en él. Eminencia, no conozco a nadie en este mundo menos adecuado para pertenecer a una orden secreta que Miguel Ángel.

El cardenal asintió mostrando su acuerdo.

—Es una lástima, pero es cierto. No conoce la lealtad. Nos dejó en la estacada a Piero y a mí y salió a hurtadillas de Florencia una semana antes de nuestra expulsión.

—Si es así, bien podríamos invitar también a unírseos al arcipreste de San Pedro —comentó el arquitecto entre risas.

—Ah, pero él ya pertenece a una hermandad secreta, la

Archiconfraternita in Segreto, que tiene como meta propagar las verdaderas enseñanzas de la Iglesia.

Bramante se quedó atónito.

—¿Cómo sabéis eso?

—Bueno, uno tiene sus fuentes.

—Entonces también sabréis que el cardenal Giacomo Catalano asesinó al conde Pico della Mirandola.

El príncipe de la Iglesia palideció.

—¿Tienes pruebas? —preguntó y, ante la negativa de Bramante, porfió—. ¿Pero estás seguro?

—Estuve a punto de cogerle con las manos en la masa en Florencia —dijo Bramante—. Además, él mismo me lo confesó.

Durante una décima de segundo, el rostro del cardenal se oscureció, antes de adoptar de nuevo unos rasgos carentes de emoción. El hijo de Lorenzo había heredado de su padre la capacidad de no permitir a nadie entrever sus pensamientos, sus sentimientos o sus planes. Las metas personales de Giovanni permanecían vedadas a todos, incluso a sus mejores amigos.

—Entonces Catalano también tiene el libro del pacto.

—No, lo tengo yo —anunció Bramante con orgullo.

—Bien, entonces preparadlo todo para la admisión de Antonio y Baldassare. Por lo que he oído, hay en

Florenzia un joven muy dotado procedente de Urbino. Un compatriota tuyo, Donato: se llama Rafael. Échale un vistazo y ponlo a prueba. Tras la iniciación, devuélveme el libro. No trataremos directamente sobre las cuestiones del pacto, sino a través de personas de confianza —dijo el cardenal y se volvió hacia el obispo que permanecía como una estatua en la esquina de la habitación—. Bernardo Dovizzi da Bibbiena.

El aludido realizó una reverencia.

—Si en algo apreciáis vuestras vidas, mantendréis en la más estricta confidencialidad mi pertenencia a la alianza —prosiguió Giovanni de

Medici.

El arquitecto no había escuchado nunca a aquel hombre blando y grueso proferir una amenaza. Eso hizo que resultara doblemente duro de aceptar.

A la mañana siguiente, una resolución del papa sorprendería a Bramante y concedería a los planes de reconstrucción del pacto secreto una dinámica propia. Los Baglioni de Perugia y los Bentivoglio de Bologna habían decidido desprenderse del gobierno del papa e independizar sus territorios de los Estados Pontificios. Julio II pretendía colocarse en primera línea de las tropas papales y expulsar a

los tiranos personalmente. Hacía tiempo que la idea de la campaña planeaba sobre la curia y ya se habían iniciado algunas maniobras diplomáticas. Éstas, no obstante, no habían obtenido el resultado esperado, pues ni el rey francés ni el emperador habían mostrado interés en prestar apoyo al papa. La política preponderante era la de las envidias y los celos en la lucha por la supremacía en Europa. Sin embargo, un día, al enérgico pontífice había terminado por agotársele la paciencia. No solo empleaba su tiempo en la construcción de iglesias, sino también en la recuperación del antiguo esplendor de los Estados Pontificios.

—¡Si queremos liberar Tierra Santa, entonces debemos recomponer primero los Estados Pontificios y dar caza a los cuervos que asolan nuestras tierras! — había declarado Julio II, sucinto y sin rodeos.

Bramante, como principal arquitecto del papa y, por lo tanto, diseñador de sus fortalezas, recibió la orden de acompañar al santo padre en el campo de batalla.

Incluso junto al vicario de Cristo, una campaña militar era un asunto peligroso. Bramante debía, por tanto, poner en orden sus asuntos tan rápida y eficientemente como fuera posible. Señaló a Antonio que iniciara el

segundo pilar del crucero, el noroeste, y le otorgó plenos poderes como director de obras. Sin embargo, ¿qué podría hacer alguien tan joven como Antonio da Sangallo contra un ser tan taimado como el cardenal Giacomo il Catalano? Bramante decidió guardarse doblemente las espaldas. Expuso abiertamente sus miedos a Egidio da Viterbo. El ermitaño agustino sabía bien qué hacer. Convenció a Julio II de lo conveniente e inteligente de obligar a todos los cardenales, incluidos los más viejos y achacosos, a acompañar al papa al campo de batalla. Bramante nombró a Ascanio señor de la casa en su ausencia, un cargo que éste aceptó de mala gana.

El guardaespaldas hubiera preferido seguir a su patrón en la lucha en lugar de permanecer en Roma. Mientras Giuliano da Sangallo introducía en conversación confidencial a Baldassare Peruzzi en los secretos de los *Fedeli*, Donato hacía lo propio con Antonio. Así llegó el 25 de agosto de 1506.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1506, 25
AGOSTO

A la mañana siguiente, Bramante acompañó a Lucrezia a misa. Rezaron durante largo rato en San Silvestro in Capite, frente a la reliquia de la cabeza de san Juan Bautista. Ascanio permaneció a distancia prudencial. Como guardaespaldas debía mantener a la vista también el entorno, aunque sus

ojos regresaban una y otra vez a Lucrezia, quien se volvía más hermosa día tras día. En su rostro se iban dibujando unas artes que ella misma no alcanzaba a comprender. Bajo el blanco vestido de cola azul comenzaban a adivinarse unos pechos jóvenes y prietos.

—Que el buen Dios te proteja, Donato —susurró ella una vez hubo concluido sus oraciones.

—Si eres tú quien así se lo pide, entonces enviará a protegerme legiones de ángeles de la guarda.

—No seas malo —le reprendió ella con dulzura.

El arquitecto le dirigió una mirada

tierna y descubrió una lágrima que pugnaba por salir de los grandes ojos de la joven. Él le acarició sus hermosos cabellos.

—No tengas miedo, estaré en compañía del papa.

Lucrezia se esforzó por esbozar una sonrisa.

—¿Podría llamarte padre cuando estemos solo? —susurró.

Aquella pregunta estuvo a punto de hacer saltar el corazón del hombre mayor.

—Sí y mil veces sí.

Mientras regresaban cogidos del brazo al *palazzo* de Bramante, Lucrezia preguntó de pronto:

—¿Alguna vez le has preguntado a mi madre si se casaría contigo?

¿Qué debía responder a eso? La verdad, por supuesto. La pobre chiquilla ya estaba bastante confundida.

—Sí, pero mi comportamiento la hizo sentirse insegura en cuanto a mis intenciones. Además, ya nos habíamos sumido en la gran aventura de construir la basílica.

—¿Es que existe una aventura mayor que la del amor? —preguntó Lucrezia con seriedad.

Bramante la miró turbado. La muchacha se dio cuenta y rio.

—Padre, ya no soy una niña. No me refiero al amor corporal, sino a aquel

del que habla el Cantar de los Cantares. El amor que proviene de Dios y que nosotros le devolvemos.

Iba a preguntarle qué le hacía estar tan segura de que el Cantar de los Cantares no trataba realmente sobre los gozos de la sexualidad, pero albergaba serias dudas sobre si no sería aún demasiado joven para aquella discusión.

—Mamá te quiere —prosiguió Lucrezia con la mayor de las naturalidades—, pero también quiere a Agostino.

—¿Más que a mí? —preguntó él, espantado.

Siempre había creído a Imperia cuando le había dicho que sus

atenciones hacia el banquero se debían exclusivamente a su deseo de asegurar el futuro de Lucrezia, que no albergaba ningún sentimiento profundo por Chigi.

—De una forma diferente —respondió Lucrezia, evasiva, y le besó la frente para, de pronto, mostrarse apurada como quien tiene muchas tareas que realizar—. ¡Tengo que preparar el desayuno para mi padre y mis amores!

—¿Tus amores? —preguntó Bramante atónito.

—*Messèr* Ascanio y Antonio. ¿O es que debería llamarlos «hermanitos»? —preguntó ella mientras se reía a mandíbula batiente.

Tras un opulento desayuno

compuesto por pan, huevos, jamón y tocino, Donato se sumió durante todo el día en las labores de construcción con su ayudante. Por la tarde se reunió en su taller con Giuliano y Antonio da Sangallo, así como con Baldassare Peruzzi. Los postigos estaban echados, solo las velas iluminaban la habitación, lo que le aportaba un cierto aire festivo. Sobre la mesa aparecían dispuestos una jarra de vino y siete vasos de tono rojizo. En una fuente había pedazos de pan con tocino cocido. Antonio y Baldassare eran la expectación personificada. Se apoyaban alternativamente en un pie y en otro e intercambiaban continuamente miradas

nerviosas. Finalmente, Bramante carraspeó.

Entonces les contó cómo el conde Giovanni Pico della Mirandola lo había introducido en la alianza hacía quince años. Se disculpó ante los dos jóvenes por una ceremonia de iniciación prosaica y carente de pompa, pero no disponían de tiempo suficiente como para viajar a Rávena y reunirse a medianoche en la iglesia de San Vital. Al fin y al cabo, no era realmente importante, pues lo esencial ni eran ni la ceremonia, ni la alegría del recibimiento, ni el recuerdo, ni el amor por el pasado, sino única y exclusivamente el presente y el futuro de

los *Fedeli d'Amore*.

Llegados a ese punto, Bramante se sumió en un silencio melancólico. Recordó San Vital y el ritual maldito, el miedo que lo había atenazado y que casi le lleva a hacerse aguas mayores. Pensó en Pico con sus grandes ojos azules, en aquel primer encuentro en la iglesia y que se había ganado su hasta entonces volátil corazón en ese mismo momento. Todavía lo añoraba, al más grande y mejor pensador que había conocido en su vida. Pensó también en la embriagadora belleza a la que había amado en su habitación de la posada del Habilidadoso Hiram, en Rávena, hasta caer rendido, cuando aún era una bestia

y no un triste jinete de vara fofa. Por aquel entonces disponía de más fuerzas y de menos sabiduría, pero siempre había sido él mismo. ¿Y ahora? Ahora tenía éxito. Se preguntó qué sería en el futuro de aquellos dos jóvenes que tenía ante él. ¿Serían apasionados e indómitos, y no simplemente unos niños descarados y de miras estrechas como parecía considerarse lo más propio aquellos días? ¿Osarían realmente mantener sus convicciones contra viento y marea? Bramante no tenía más opción que la de consagrarse a la esperanza: hacía tiempo que estaba harto de tanto oportunista que no se responsabilizaba por nada, que no era

capaz de nada; de esos talentos de medio pelo que parecían llevar la voz cantante. En comparación con aquella gente, los canallas como Giacomo Catalano casi le resultaban simpáticos, pues al menos corrían un riesgo personal. No cabía duda de que mantendría una enemistad con el cardenal que duraría hasta la tumba. Ninguno de los dos renunciaría hasta ver al otro muerto, pero era precisamente eso lo que a Bramante le gustaba de Giacomo: que nunca se rendía, que siempre se mantenía fiel a sí mismo. Solos los idiotas decadentes y sin cojones que se prostituían espiritualmente podían creer que la paz

era el objetivo definitivo a alcanzar. La guerra era la madre de todo y solo aquel dispuesto a luchar podría disfrutar de la paz. Por eso él, Donato Bramante, lucharía hasta el último de sus días, lucharía por alzar sobre aquel mundo diminuto y machacado la cúpula del cielo. En un súbito arrebató emocional agarró a los dos jóvenes arquitectos con sus fuertes brazos de oso y los estrechó contra su pecho.

—¡Nunca dejéis de luchar! —bramó junto a sus oídos—. Somos los aliados del amor y por eso, ¡también conocemos el odio! ¿Me entendéis? El mundo se basa en el principio de la lucha de opuestos. Postura y *contrapposto*, una

pierna recta y otra inclinada, la tensión de los contrarios. Solo puede ser arquitecto aquel que domine las tensiones, pues la tensión es el principio esencial de la arquitectura. ¿Qué es una cúpula?

—¿Una curvatura?

—¡Error! ¡No es más que tensión pura y dura! Por eso la cúpula es la expresión más pura y elevada de arquitectura. Todo reside en la tensión. Incluso la superficie del agua más tranquila soporta alguna, pues sin ella el agua se desplomaría. Pero, ¿de dónde procede la tensión? ¿Cuál es su origen?

El rostro de Antonio se volvió casi transparente, de tan sumido estaba en sus

reflexiones en torno a la respuesta. De pronto sonrió, creyendo haber entendido a su maestro.

—De la fuerza. Me refiero a la fuerza que empuja a los opuestos unos contra otros.

—Empujar es un verbo suave, hijo mío. Solo obtiene como resultado una arquitectura práctica. El verdadero arte de la construcción proviene de allí donde las fuerzas arremeten las unas contra las otras tras arrastrarlas desde los puntos más lejanos —Bramante extrajo una nota y leyó en voz alta:

—Contempla el cosmos a través de mí, tal y como se presenta ante tus ojos y comprende exacta su belleza: es un

cuerpo intacto y nada será más antiguo que él, mas se encuentra en realidad en la flor de la vida, es joven y florece una y otra vez. Observa también los siete mundos dispuestos según un orden que nunca pierde validez y que, en su distinto discurrir, conforma los eones; todo... se ha convertido ya en luz completa, pues desde los cielos surge la luz por obra y gracia de Dios, quien produce todo el bien y todo el orden de los siete mundos».

—¿Qué significa, maestro? — preguntó el siempre burlón y risueño Baldassare quien, por una vez, parecía haberse vuelto formal.

—Que nunca debes plantearte

construir casas, palacios o iglesias. Quien construye un *palazzo*, construye una perrera; quien construye una iglesia, construye un granero. No es suficiente. ¡Debéis construir el mundo! Entonces, lograréis construir casas, palacios e iglesias.

—Entiendo. Y el mundo se construye con luz, con la luz de Dios, a la que están subordinados todos los demás materiales —dijo Baldassare, pensativo.

Bramante suspiró suavemente porque aquel pensamiento no había surgido de su pupilo, Antonio da Sangallo.

—¡Nunca amontones hormigón con hormigón, piedra con piedra! ¡Hazlos

danzar en la luz, crea mundos! —rugió Bramante.

—Los hombres viven, los animales viven, las plantas viven y, por tanto, las edificaciones en las que se encuentran también viven —dijo Baldassare, despacio, mientras Antonio lo miraba lleno de admiración.

Bramante, por el contrario, se sintió afligido pues, en ese instante, comprendió que el que para entonces se había convertido en su muy querido discípulo disponía únicamente de un talento limitado. Antonio sería un muy buen arquitecto, pues era habilidoso y dotado, pero nunca alcanzaría aquel estado superior que separaba a los

auténticos artistas de los artesanos brillantes. Fuera como fuese, debían poner fin a la ceremonia.

—¿Sabéis cuándo concluirá la lucha de opuestos, la guerra que produce la vida? —preguntó, ante lo cual los dos novicios negaron con la cabeza—. Con la muerte. Morimos con la acumulación de piedras muertas, aunque queramos llamar vida a nuestra existencia, igual que lo hacen la mayor parte de las personas, quienes llevan mucho tiempo muertas sin darse cuenta de que siempre lo han estado, de que nunca han vivido. Nunca dejéis de buscar, no os concedáis paz ninguna, luchad, enviad vuestras fuerzas más osadas a combatir, pues

solo así se establece la verdadera tensión, que es la vida. Pues creedme: al igual que ocurre en la arquitectura, sucede en los cuerpos vivientes e inertes, y la tensión más fuerte que experimentamos es la que se produce entre la vida y la muerte. Entre esos dos polos se extiende, como la superficie del agua, la vida, eternamente amenazada, eternamente en movimiento, en equilibrio hasta la última de nuestras eras. Ese equilibrio no se encuentra en reposo: es el momento en que las tensiones externas adquieren mayor fuerza.

Les conminó a que, en su ausencia, estudiaran con entusiasmo a Dante,

examinaran las ilustraciones de Botticello y consideraran los comentarios de Landino. Entonces, les hizo jurar que se mantendrían fieles al pacto, que lo servirían y guardarían voto de silencio en torno a su existencia y sus componentes. Les abrió la misma herida del pecho y se fundió en el mismo abrazo que Pico le había dado a él. Después, comieron y bebieron. Y hablaron de arquitectura.

Más tarde, ese mismo día, Ascanio y Antonio, con Lucrezia entre ellos, aguardaron frente al pequeño *palazzo* de Bramante. La luz de las velas escapaba por la entrada abierta y envolvía las

figuras de un cálido resplandor. Por primera vez en su vida, Bramante sentía el dolor de una despedida. Siempre se había considerado un viajero que solo se sentía en casa estando fuera de ella, un nómada en busca de la gloria, de su afán creativo. Sin embargo, esas tres personas que le decían adiós con la mano habían convertido aquel edificio en su hogar y en su patria. Su corazón latía al ritmo triste de los cascos del caballo. A su espalda cabalgaba su criado quien, a su vez, tiraba de un burro que transportaba sus equipajes.

Durante la misa realizada en la capilla Sixtina con ocasión de la marcha del papa, el arquitecto aprovechó para

mirar a su alrededor. Entre Julio II y él se extendía un muestrario de cardenales y algunos obispos, sumidos en el rezo. Egidio da Viterbo oficiaba el servicio y Bramante debía esforzarse para seguir el hilo. Su mirada recayó en el fresco a su derecha. Mostraba a Cristo entregando las llaves a san Pedro. Tras ellos se alzaba un templo con planta de cruz griega coronado por una cúpula dorada. Relucía como el sol sobre un cielo azul pálido. A derecha e izquierda, dos arcos del triunfo enaltecían las figuras del papa Sixto IV y el sabio rey Salomón.

¡Un papa y un rey, alabados como constructores! En ese momento, Bramante comprendió que aquella

imagen hablaba de arquitectura. Descubrió cerca de san Pedro a dos arquitectos, uno con una escuadra, el otro con un compás. Entonces, oyó la voz de Egidio declamar:

—Y así dijo Pedro: «Deponed, por tanto, toda malicia y toda falsedad, hipocresías, envidias y toda clase de maledicencias; como niños recién nacidos, apeteced la leche espiritual pura, para que crezcáis con ella hasta la salvación, si es que habéis saboreado la dulzura del Señor. Acercaos a él, como a piedra viva rechazada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios; vosotros mismos, como piedras vivas, sois edificados cual casa

espiritual de un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo. Así se dice en la Escritura: “Yo pongo en Sión una piedra angular, elegida, preciosa; y todo el que en ella crea no se verá decepcionado”. A vosotros, pues os corresponde el honor como creyentes; mas para los que no creen es “la piedra desechada por los constructores es la que ha venido a ser la piedra angular, piedra de tropiezo y roca de escándalo”. Los que tropiezan son los que rehúsan creer a la palabra, es a lo que estaban destinados. Vosotros, en cambio, sois un linaje escogido, un sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido en

posesión para anunciar las excelencias de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa; vosotros, que en otro tiempo “no erais su pueblo” y que ahora sois “pueblo de Dios”; vosotros, que no habíais alcanzado misericordia y que ahora habéis alcanzado misericordia».

Y dijo Orígenes: «Ambos, el templo y el cuerpo de Jesucristo, me parecen una forma de interpretar una imagen de la Iglesia. Está construida sobre piedra viva, como un edificio espiritual, como un sacerdocio sagrado, erigido sobre los cimientos de apóstoles y profetas y con la clave arquitectónica de Jesucristo en persona».

Bramante dio un respingo al

escuchar la palabra «clave», pues su mirada reposaba sobre la llave que Jesús entregaba a Pedro, la llave de la Iglesia, la llave al cielo, pues ambas palabras tenían la misma base: *chiave*, la llave; *chiave di volta*, la clave.

Sin embargo, Egidio continuó:

—Luchemos por esa Iglesia viva, pues de la *Ecclesia militans* surgirá la *Ecclesia triumphans*. Partamos pues hoy con el vicario de Cristo para luchar por la Iglesia, ¡seamos la piedra viva que sustente una nueva Iglesia!

La Iglesia se sustentaría sobre piedra viva. Bramante volvió brevemente la mirada hacia el techo que representaba un cielo plagado de

estrellas, sencillo, casi primitivo en comparación con los elaborados frescos de las paredes. Cuando volvió la vista hacia adelante, su mirada topó con la del cardenal Catalano. Gracias a Egidio, también él acompañaría al papa y no podría, por tanto, aprovechar la ausencia de Bramante en sus propios intereses. Cuando entró en la capilla, el arquitecto pensó que los frescos de las paredes necesitaban una contrapartida digna en los tejados pero, ¿quién podría pintarlos? ¿El joven artista de Urbino? Algún día debería examinar su trabajo en Florencia.

Frente a los Palacios Vaticanos aguardaban las tropas, que comandaría

personalmente el papa de sesenta y dos años de edad. Tras él, cabalgarían nueve cardenales y quinientos jinetes fuertemente armados, con el séquito al final. La multitud se puso en marcha. Frente a la *porta* Flaminia el santo padre se despidió del pueblo romano, que había acompañado al convoy hasta allí, y los bendijo. Finalmente, el hechizo guerrero abandonó la ciudad. No serían pocos quienes, no mucho después, considerarían escandaloso que el vicario de Cristo dirigiera en persona los combates, pero a Julio II no podía importarle menos. Tenaz y valiente espoleó a su caballo hacia la oscuridad.

FLORENCIA, *ANNO DOMINI* 1506,
NOVIEMBRE

Golpeaba tan fuerte la piedra con el cincel que hasta el mismo aire parecía desmigajarse. Miguel Ángel estaba insatisfecho consigo mismo y con el mundo. Aunque en realidad debía estar trabajando en las esculturas de los presos para la tumba papal, había comenzado a realizar doce apóstoles

para la catedral de Florencia. Como surgidas de la oscuridad de la historia, sus figuras comenzaron a aparecer en la piedra. El dolor de Mateo, que daba testimonio de lo vivido y presenciado, se transmitía en la dolorosa contorsión del cuerpo. Cristo colgaba de la cruz y san Mateo era testigo de ello. Los motivos por los cuales Miguel Ángel se veía obligado a volver a ese trabajo le resultaban erróneos, extraños, como si faltara a su auténtica obligación. Por eso no llegaba a experimentar el éxtasis de la creación y solo su férrea disciplina lo mantenía frente al mármol. Como se encontraba en malas relaciones con el papa no podía permitirse echar a perder

también sus contratos florentinos. No obstante y a pesar de todo, resultaba inusual que el pontífice hubiera intentado, mediante un breve de su puño y letra y la mediación del gobierno florentino, hacer volver al arisco escultor, con la garantía del perdón y de su seguridad. Sin embargo, un último temor lo retenía en su patria.

Al fin y al cabo, había retado al papa. No podía y no quería creer que éste hubiera dado todo por zanjado. Además, desconocía qué habría planeado contra él su rival Bramante. Súbitamente sintió que ya no se encontraba solo en su taller. «¿Quién osa molestarme?», se preguntó, enfadado.

Sin embargo, sus nervios se relajaron en el momento en que descubrió que su visitante era su viejo amigo Giuliano da Sangallo. Los dos hombres se abrazaron afectuosamente. Entonces Sangallo le informó de que el papa había liberado Perugia y tomado Bolonia. Se encontraba asentado en la segunda ciudad más grande los Estados Pontificios. Y Julio II exigía Miguel Ángel que se encontrara con él allí. El escultor torció el rostro disgustado.

—¡Angiolo, ven conmigo! —suplicó Sangallo a su amigo—. Julio te tiene en mayor estima de lo que cabría esperar. No alberga ningún resentimiento contra ti. El santo padre solo desea que

retomes tu trabajo en Roma. Si vuelves a enojarlo, habrás perdido tu oportunidad para siempre. ¡Confía en mí! Si él quisiera, pondría fin a tu vida o a tu libertad incluso en Florencia. ¿Qué arriesgas con hacer lo que te digo?

—De acuerdo, te acompañaré, pero voy con la soga al cuello —refunfuñó el escultor.

BOLONIA, *ANNO DOMINI* 1506

Dos días después, Miguel Ángel llegó a Bolonia. Hacía frío y la lluvia golpeaba los desperdicios esparcidos por las calles. El sol no había brillado en todo el día. Noviembre hacía honor a

su triste fama. Antes de anunciarse ante el papa, el escultor pasó por la iglesia de San Petronio, el principal templo de la ciudad, para rezarle al patrón de la basílica y de la ciudad. Necesitaba un poco de intercesión, pues temía la reacción del poderoso pontífice al que tanto había ofendido. En la distancia era fácil conservar el valor. Miguel Ángel era finalmente consciente de que había traspasado una frontera.

Había sido el deseo de los boloñeses que San Petronio fuera una iglesia aun más grande que San Pedro pero el papa, que ostentaba un poder superior al de la *Signoria*, el gobierno de la ciudad, se lo había prohibido. A

pesar de ello, San Petronio era un templo de dimensiones impresionantes. Por las coloridas vidrieras se filtraba, a pesar de la oscuridad de noviembre, alegres luces multicolores, como si las tonalidades poseyeran su propia luminosidad que les permitiera reforzar el escaso resplandor natural. En aquella alta iglesia gótica Miguel Ángel experimentó en todo su señorío la nimiedad de los hombres frente a Dios. Los enrojecidos nervios de la mampostería, que destacaban, dinámicos, sobre la palidez de los muros, se alzaban con gracia hacia el cielo. El escultor se sintió atraído hacia las alturas, arrastrado por el inmenso

remolino arquitectónico, y hubiera querido dejarse arrastrar pero su mirada se clavó en el fresco de Giovanni da Modena que representaba el juicio final. El dolor de los condenados halló eco en su propia alma.

Miguel Ángel se quedó en pie, desconcertado, frente a la obra de un gran pintor hasta entonces desconocido. ¿Quién podría haber sido ese Giovanni? ¿De qué hechos habría sido testigo para poder realizar semejante representación de la necesidad humana? Él solo conocía interpretaciones del juicio final centradas en la justicia divina. El pintor desconocido, no obstante, no se interesaba por la ley de Dios, sino por

el sufrimiento humano. Aquel juicio final era el más cruel que Miguel Ángel había visto, pues la pena en él no tenía fin.

De pronto, alguien le tocó el hombro, lo que le hizo girarse. Ante él se encontraba un capitán y dos soldados vestidos de blanco y amarillo.

—¿Miguel Ángel Buonarroti?

—Sí.

—Debo llevaros de inmediato ante su santidad.

El papa Julio II se encontraba comiendo en la mesa del gran salón del *palazzo* de la *Signoria* de Bolonia. Acababa de limpiar de carne el hueso de

un muslo de pollo cuando el capitán llevó a Miguel Ángel ante él. El pontífice lo miró sin que su rostro expresara emoción alguna. Solo sus ojos denotaban la atención del cazador frente a su presa. Dejó el muslo en el plato y se limpió los dedos con un paño.

—¡Así que has estado esperando a que viniéramos hasta aquí a buscarte!

Puesto que Bolonia se encontraba mucho más cerca de Florencia que Roma, aquella afirmación tenía algo de verdad.

Sin embargo, Miguel Ángel razonó que, a pesar de su comentario, no había sido él lo que había llevado al papa hasta allí, sino las belicosas familias

Baglioni y Betivoglio. O quizá incluso él mismo, puesto que los tiranos se habían rebelado concretamente contra el papa. En cualquier caso, no le era ajena la furia reprimida que se había reflejado en la voz de Julio y sabía que debía comportarse con suma precaución. Una palabra en falso y la ira del papa acabaría con él, a pesar de todas las aseveraciones y garantías. Era conveniente mostrarse lo más humilde posible y también lo menos terco.

—Santo padre, disculpad a este pecador —dijo Miguel Ángel mientras se inclinaba, lenta y orgullosamente, ante el vicario de Cristo—. Creedme si os digo que no pretendí enojaros ni

entristeceros. Es un gran peso en mi corazón. Pero, ¿qué otra opción me quedaba tras haber sido insultado, burlado y perseguido?

Aquellas palabras eran más que osadas. Su gesto de humildad resultaba incompatible con sus afirmaciones, pues culpaba al propio Julio II de su huida a Florencia.

El cabeza de la Iglesia lo miró tenebroso. La ira crispaba sus rasgos enérgicos, su rostro se enrojeció como un volcán a punto de estallar. En aquel momento tomó la palabra un obispo que Miguel Ángel no conocía.

—Santo padre, disculpad el desacierto de este artesano. No es culpa

suya. Es el defecto de la cultura y la educación, ya sabéis cómo son los artistas. Gente sin modales que solo saben hablar cuando se les pregunta por su trabajo. Precisamente por eso, su retórica está siempre llena de vanidad, estupidez y equívocos.

Julio II alzó la cabeza y clavó una mirada gélida en el pequeño obispo de aspecto blando y bonachón pero sobre todo bienintencionado, que permanecía sentado recostado en sus propio sobrepeso. Entonces, se levantó y se detuvo a tan escasa distancia del obispo que la punta de su nariz casi rozó el pecho papal.

—¿Cómo te atreves? —rugió Julio II

fuera de sí—. ¿Osas decirle a este hombre cosas que ni nos mismos hemos llegado a reprocharle? Eres tú quien no tiene educación, tú el tipejo miserable, tú y no él. ¡Aparta tu estupidez de nuestra vista!

Miguel Ángel respiró hondo discretamente: el papa había hallado una manera de descargar su furia sin dirigirla contra él. El pobre obispo permanecía rígido y quieto como si le hubiera caído un rayo encima. Colérico, el papa agitó la mano y llamó a dos criados que expulsaron al petrificado religioso de la estancia.

Entonces, Julio se volvió con dedo acusador hacia Miguel Ángel.

—¡Y en cuanto a ti! —ordenó—. Tú vas a dejar todo lo que estés haciendo para erigirnos una estatua ecuestre. Debe ser grande, enorme, además de imponente. La colocaremos ante San Petronio para que esta ciudad rebelde jamás olvide quién es su señor... Y tú tampoco.

Aunque no era lo que Miguel Ángel hubiera deseado, había salido bien parado y deseó ponerse de inmediato a trabajar. Como era de esperar, no había obtenido el perdón: lo habían puesto a prueba.

FLORENCIA, *ANNO DOMINI* 1506

Al mismo tiempo, en un confortable taller en el barrio de Santa Croce, en Florencia, Bramante contemplaba la obra de un joven pintor y quedaba sobrecogido. Ni Sangallo ni su viejo amigo Leonardo habían exagerado en sus cartas el talento de aquel muchacho. El tal Rafael de Urbino había recibido como gracia de los dioses todo aquello que podía desear: belleza, gracia, inteligencia y talento. Ese joven maestro ocuparía algún día el lugar de Bramante en la alianza. ¡Había encontrado a su sucesor! Además, era el absoluto opuesto a ese odioso de Miguel Ángel. El arquitecto decidió ocuparse de que Rafael recibiera el encargo de pintar la

capilla Sixtina. ¡Y no solo eso! Bramante se sintió arrastrado por una gran felicidad. En su mente se dibujaba la Roma eterna, *Roma aeterna*, y todo iba ocurriendo conforme a sus planes, desde el urbanismo y el alcantarillado de la ciudad, pasando por los palacios e iglesias, hasta el Vaticano y la nueva basílica de San Pedro. Julio era un nuevo Salomón y él un nuevo Hiram, que daría forma a un nuevo Jerusalén. Y ese joven poseía el talento pictórico del que él carecía. Gracias a él, podría mantener apartado a Miguel Ángel y así Rafael conseguiría lo que su talento y las capacidades de sus amigos y compañeros no habían logrado. Y por si

eso fuera poco, además eran compatriotas. ¡Se iban a entender de maravilla!

—Concluid con calma vuestro trabajo pero no aceptéis nuevos encargos. Pronto os necesitarán en Roma —le dijo, a modo de despedida.

Después, puso rumbo a Bolonia, junto al papa.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1506

Las puertas se abrían y se cerraban, los criados gritaban algo o reñían entre ellos, Lucrezia reía... Los sonidos cotidianos de la mañana azotaron los oídos de Antonio y le hicieron

comprender bruscamente que era el último en despertarse porque, sencillamente, se había dormido. Rápidamente se colocó los pantalones grises hasta la rodilla que había dejado sobre el taburete de madera junto a la cama, se metió por dentro la camisa blanca con la que había dormido, se colocó los zapatos de cuero y se puso el jubón azul cuando ya estaba saliendo de la habitación. Se echó por encima la gorra florentina de fieltro rojo mientras bajaba por las escaleras.

En la planta baja se encontraba Ascanio y Lucrezia sostenía la puerta. Estaba preciosa con el vestido fino de terciopelo negro que había elegido para

ir a la misa matinal a San Silvestro. Antonio suspiró aliviado. Había logrado llegar antes de que salieran de casa. En el último escalón, tropezó y dio de bruces con el suelo ante los pies de Lucrezia. Se golpeó con fuerza en la frente, se frotó entre maldiciones la zona dolorida y se irguió con la cabeza enrojecida. Ascanio extrajo su cuchillo y lo dirigió hacia él, haciendo que Antonio diera un respingo. Pero el guardaespaldas colocó la zona plana del filo sobre la frente del joven y el acero refrescó agradablemente el área golpeada evitando que saliera un chichón.

—Dios no tarda en castigar los

empeños mal orientados —dijo Lucrezia, sonriendo, pero tornando su alegría algo burlona señaló la vestimenta algo atrevida para sus costumbres que lucía el joven—. ¡Es un poco pronto para carnaval, querido Antonio!

—¿Carnaval? ¡Pero si pretendía acompañarte a la misa matinal!

El joven arquitecto detectó por el rabillo del ojo que Ascanio torcía el gesto disgustado. Ya hacía algún tiempo que se había percatado de que el guerrero cortejaba a la muchacha, lo que a Antonio le parecía totalmente fuera de lugar.

—¡Y pensar que no lo he deducido a

pesar de lo piadoso y humilde de tu indumentaria! —rio Lucrezia agitando la cabeza, que cubría con un velo.

—¿Te parece un buen acto cristiano el burlarse de alguien que cuida su aspecto para rezar?

—¿Su aspecto? ¡El aspecto! —rio a carcajadas—. Venid entonces, piadoso *messèr*, y volvamos nuestros pensamientos a Cristo y a nuestras almas. Pero ten cuidado, Antonio, ¡que estás hablando de algo muy distinto a Dios!

Desde aquel día, Antonio acompañó a Lucrezia cada mañana a la iglesia aunque para ello tuviera que levantarse muy temprano, a pesar de quedarse

trabajando hasta tarde. Sin embargo, ya tendría tiempo de dormir a lo largo de su vida. Disfrutaba cada minuto que pasaba con ella. La misa y el desayuno consiguiente eran para él el punto culminante del día. Después, ponía rumbo a la obra, controlaba las labores, discutía con los maestros picapedreros y albañiles sobre lo que era necesario hacer, trataba con los carpinteros, ebanistas y torneros sobre la construcción de grúas, andamios y revestimientos y tomaba notas sobre lo que era necesario comprar. El aprovisionamiento de mármol, cal, puzolana molida y madera corrían principalmente a cargo de los

contratistas. Maffeo Maffei iba levantando con su gente el pilar suroeste mientras que un viejo maestro de obras al que todos llamaban simplemente Baggio el Manco, pues hacía muchos años un bloque de piedra desprendido le destrozó el antebrazo izquierdo, se ocupaba de construir con sus hombres la correspondiente contrapilastra.

Mientras Antonio llegaba a la obra, los peones ya habían comenzado a echar el hormigón entre la mampostería. Contempló la masa grisácea entre los bloques de piedra e introdujo un instante la mano en ella. Sus rasgos se oscurecieron.

—¡Deteneos ahora mismo! —

ordenó.

Los albañiles miraron atónitos al joven. Baggio el Manco acudió a la carrera al lugar de trabajo tras la llamada de uno de sus oficiales. También Maffeo llegó, movido por la curiosidad.

—¿Quién se atreve a dar órdenes en mi obra? —rugió Baggio mientras se limpiaba con un movimiento furioso de la mano los mechones grisáceos que le caían sobre la frente.

Antonio esperó hasta que se encontró justo junto a él.

—En primer lugar, no es vuestra obra, sino la del papa y la del maestro Bramante y en cuyo nombre, en su

ausencia, actúo yo. En segundo lugar, explicadme qué se supone que es esto.

—¿Es que no lo sabéis? ¿La *opus caementitium*?

Antonio asintió. Baggio se estiró y le miró con arrogancia.

—¡Ni siquiera sois capaz de reconocer la combinación de puzolana y piedra caliza, mezclada con piedra picada cuando la tenéis ante los ojos y en las manos!

El joven arquitecto metió la mano derecha en la masa, sostuvo un poco en el aire y dejó que el fluido pastoso volviera a caer.

—¡Sea lo que sea esto, no es ni piedra ni puzolana!

Con estas palabras, Baggio arrebató de las manos a uno de sus peones la pala con la que estaba trabajando y la alzó en el aire con el propósito de golpear con ella el cráneo de Antonio. Con gran presencia de ánimo, Maffeo, que se encontraba tras Baggio, agarró la superficie plana de la pala con las dos manos y la arrastró con fuerza hacia atrás. Perdido el equilibrio, el viejo maestro de obra cayó de nalgas al suelo. Antonio dirigió a Maffeo una mirada agradecida antes de volverse hacia Baggio.

—¡Reúne a tu gente y coge tus herramientas y desaparece de la obra!

Baggio se levantó.

—Pienso ir a quejarme al gremio de constructores. Venid y os mostraré qué clase de hormigón es capaz de hacer mi gente.

El manco se puso en camino con zancadas agresivas, seguido de Antonio y Maffeo. Sobre el lugar de trabajo se apilaban montones de puzolana y piedra. La masa resultante, no obstante, se diferenciaba notablemente de la que estaba rellinando el hueco entre la mampostería. Antonio dirigió a Maffeo una mirada confusa. No podía explicárselo. Éste dirigió la vista hacia una de las casetas de obra. Él entendió y se dirigió apresuradamente hacia la cabaña de madera. Cuando abrió la

puerta, descubrió a peones mezclando la piedra con tierra y arena del suelo. El arquitecto se volvió y miró directamente hacia el rostro inamovible de Baggio.

—Ya entiendo: una parte de masa de puzolana y dos o tres de polvo. ¡Un negocio muy lucrativo! —dijo, rechinando entre dientes.

—¿Cuánto quieres?

Antonio no entendió la pregunta. Baggio sonrió adulator.

—Pero qué rufián estás hecho. ¿No pretenderás quedarte tú con todo el dinero?

—¡Desaparece! —rugió el arquitecto furioso, a lo que el contratista lo observó atónito—. ¡Estás despedido!

—prosiguió Antonio, dejando clara su postura.

—Cualquier día podría caerte accidentalmente una roca sobre la cabeza —dijo Baggio el Manco mientras escupía—. ¿De verdad quieres correr ese riesgo? Será mejor que te lo pienses. Ser rico y estar sano, ¡o ser pobre y estar muerto!

Antonio palideció de furia. Le temblaba la voz.

—Reza a partir de hoy, Baggio. Reza por mi salud. Si algo llegara a pasarme, te descuartizarán en *campo dei Fiori*, pues pienso hacer que tu amenaza conste por escrito. ¡Reza por mi seguridad! Y ahora, ¡recoge tus cosas y lárgate!

El contratista rio irónico mostrando los huecos negros de su dentadura que surgían de su boca jalonada por una barba peluda.

—¡Bramante te dará una paliza cuando descubra que te has deshecho de los peones más experimentados! ¿Cómo piensas llevar a cabo las obras? ¡No entiendes nada de la construcción! Y eso a pesar de que tu tío es un gran arquitecto.

—¿A hacer chapuzas le llamas construir?

—Eso no es más que cháchara de un niño imberbe. Siempre hemos trabajado así. No conozco un solo arquitecto que se preocupe de la piedra,

o del *opus incertum* o del *opus caementitium*. ¿Y eso por qué? Aún tienes mucho que aprender, cabeza de chorlito. Mucho.

Baggio llamó a su oficial de mayor edad, Jacopo, y le dio indicaciones. Sus hombres debían reunir sus herramientas y abandonar la obra. Debía desmontarse la caseta de obra y cargar la puzolana, la piedra, la arena y la cal.

—¡Piensa en mis palabras! Ya vendrás a postrarte de rodillas frente a mí y a rogarme que regrese!

Y con una mirada envenenada, abandonó la obra.

A la hora de la cena en el pequeño *palazzo* de Bramante, Antonio apenas

dijo una palabra. Aunque había pasta con tocino y hierbas frescas, que era un plato que le encantaba, casi no probó bocado. El miedo lo tenía atenazado. Baggio era un perro viejo en lo concerniente a la construcción. Si había logrado mantenerse tanto tiempo en un ambiente tan duro como ese, no convenía tenerlo como enemigo. El manco conocía todos los trucos y carecía completamente de escrúpulos. Además, no podía pedir consejo a su tío o a Bramante, pues el primero se encontraba construyendo en la Toscana mientras que el segundo aún permanecía en compañía del papa en Bolonia.

—Perdóname, Antonio, si es que he

cocinado tan mal —le interpeló finalmente Lucrezia, que ya no podía soportar seguir viendo como él revolvía la comida malhumorado.

—El problema no es la comida —replicó él sin alzar la vista.

—¿Entonces?

Él apartó la vista a un lado y la fijó finalmente en su plato.

—Lo más correcto es que respondas cuando se te ha preguntado algo —lo reprendió Ascanio.

Aquello ya era demasiado. ¡Incluso el guardaespaldas se atrevía a darle lecciones! Antonio se levantó de golpe dispuesto a abandonar la mesa, pero Ascanio se interpuso en su camino y

obligó al joven, que en comparación con él era un alfeñique, a sentarse de nuevo.

—Todos nosotros pertenecemos a la *famiglia* de *messèr* Donato. Que tú y yo nos gustemos o no, no viene al caso. Lo único que cuenta es que los miembros de una *famiglia* deben permanecer unidos. ¿Qué ha ocurrido?

Antonio miró a su alrededor irritado, pero entonces comenzó a contar lo ocurrido con voz entrecortada y de mala gana.

—No sé si fue inteligente empezar la pelea o si no lo fue. Lo que sí sé con certeza es que debes ganarla —anunció Ascanio con decisión en cuanto Antonio acabó.

—Lo harás, incluso sin la ayuda de Donato —dijo Lucrezia con insistencia—. ¡Lo conseguirás, Antonio!

Sus palabras despertaron en él una sensación cálida. Ella creía en él y eso significaba mucho para él.

Ascanio le aconsejó que aprovechara la competencia feroz entre los distintos contratistas, especialmente entre los mayores, ya establecidos, y los jóvenes que querían introducirse en el negocio.

—¡No escuches a los que tienen algo que perder, mejor alíate con los que tienen mucho que ganar! Los unos se mantienen en el pasado, los otros se fijan en el futuro. Eres joven, así que

decídete tú también por el futuro. ¡La mejor defensa es un buen ataque!

ROMA, *ANNO DOMINI* 1506

Cuando Antonio llegó a la obra a la mañana siguiente, no pudo creer lo que veían sus ojos. Nadie trabajaba en el pilar noroeste, no había ningún albañil afanándose en el coro occidental y la contrapilastra del pilar suroeste se encontraba solitaria y sin erigir. Los picapedreros permanecían ociosos sin saber para quién debían proporcionar

las piedras o cocer los ladrillos. Incluso los tres enormes hornos de cal que se alzaban como pequeños volcanes artificiales amenazaban con perder su fuego. Solo la gente de Maffeo continuaba, como de costumbre, con su labor en el pilar suroeste.

Antonio entendió de inmediato lo que todo ello significaba. Baggio había convencido a sus cuatro compañeros de la misma edad de que abandonaran la obra igual que él. Quería darle una lección, dejarlo en ridículo, doblegarlo. El manco contaba con que, o bien Antonio se postraría efectivamente de rodillas ante él, o Bramante regresaría y se lo haría pagar al joven Sangallo.

Incluso aunque no llegara al plano físico, el joven arquitecto sufriría un revés del que le costaría mucho tiempo recuperarse. Aquellas perspectivas tan poco halagüeñas le robaron todo el valor. Se sumió en la impotencia y la desesperación. Su mente se vació de ideas y no lograba pensar con claridad.

Se dirigió a Maffeo, que estaba examinando el encofrado. Recordó entonces las palabras de Lucrezia. No podía traicionar la confianza que ella había depositado en él. El consejo de Ascanio, a su vez, regresó igualmente a su cabeza.

—Lo siento mucho, *messèr* Antonio
—dijo Maffeo arrojando una mirada

compasiva a su patrón.

—Me alegro de que al menos tú lo hagas —replicó Antonio.

—No le envidio su triunfo a esos viejos ladrones, pero tampoco sé cuánto tiempo podré continuar así.

Antonio observó a Maffeo con más detenimiento y descubrió que tenía el ojo izquierdo amoratado.

—Los otros maestros de obras y sus oficiales amenazan y acosan a mis hombres. Incluso los han golpeado. De mis ciento cincuenta peones hoy han dejado el trabajo setenta. Prefiero no pensar en cuántos vendrán mañana.

Antonio da Sangallo comprendió que debía actuar con rapidez. Hasta entonces

había conservado algo de la autoridad delegada de Bramante, pero ahora debía ganarse él mismo el respeto.

—No eres el único maestro de obra joven de la ciudad, ¿verdad?

—No, conozco bien a Paolo, Bindo, Clemente y Michele. Trabajan en el *palazzo* de Agostino Chigi en la *via Giulia* y en la pasarela del Belvedere.

El arquitecto encargó a Maffeo que enrolara a tantos hombres como pudiera. Para poder aligerar las dificultades de su misión, le prometió doblar los sueldos. Si Bramante le recriminaría después el abultamiento de los costes era algo secundario en aquel momento. Lo relevante era ganar una batalla en la

que se jugaba su futuro como arquitecto en Roma. Había iniciado una guerra en la que la victoria debía lograrse bajo cualquier concepto.

Tras debatir todos los pormenores con Maffeo, marchó a toda prisa hacia su casa. Se sintió aliviado al encontrar allí a Lucrezia y Ascanio. La muchacha bordaba mientras el guerrero leía un libro. La mirada de ambos recayó rápidamente en él. Antonio no perdió el tiempo con explicaciones y fue directamente a los hechos.

—Ascanio, ¿puedes conseguirme a un par de luchadores de confianza?

—No puede haber nada más sencillo.

—Bien. El contratista Maffeo Maffei necesita un guardaespaldas, al igual que los restantes maestros de obras que espero contratar.

Ascanio se disponía ya a salir pero el arquitecto le retuvo.

—Antes de eso, por favor, Lucrezia, necesitaría que fueras a hablar con tu madre.

—¿Qué quieres que le diga? —preguntó la muchacha.

—Tu madre debe pedirle a Agostino Chigi que me preste durante un par de días o una semana a su maestro de obras Paolo para que ayude en san Pedro y que no lo reemplace con ningún otro. Yo hablaré con Baldassare Peruzzi, que es

el arquitecto responsable.

Lucrezia aceptó y salieron todos juntos de la vivienda. Mientras Ascanio y Lucrezia se encaminaban al Borgo en busca de Imperia, Antonio da Sangallo puso rumbo a la *via Giulia*. El cielo se estaba nublando. Parecía que iba a llover, lo que no resultaba inusual en noviembre. El mal tiempo incluso jugaría de su parte. Como cada año, las compañías de albañiles y peones se veían obligados a ganar tanto dinero como les fuera posible antes de la llegada del invierno, cuando las heladas y el frío obligaban a paralizar las obras. Por eso los maestros de obra no siempre eran del todo fieles, pues la lealtad no

alimentaría a sus familias durante el invierno. La perspectiva de un salario doble resultaría efectiva.

Antonio encontró al maestro Paolo ante una casita que sus peones estaban derribando porque se encontraba dentro del espacio del ensanchamiento urbanístico. Lo llamó por su nombre.

—*¿Messèr Antonio?* —lo saludó Paolo, sorprendido.

—*¡Mañana iréis a trabajar con vuestra gente a San Pedro!*

Paolo torció el gesto.

—*¿Y buscarme problemas con Baggio por eso? ¡No!*

—*Pagaré a todo el mundo el doble de su salario* —dijo Antonio en voz bien

alta para que cualquiera pudiera oírle, pero en tono más confidencial, solo para el contratista, prosiguió—. ¡Te conseguiré un guardaespaldas! No te pasará nada.

Paolo frunció el ceño inseguro y reflexionó.

—¡Decídete! —le dijo Antonio—. Pero también piensa que no tendré compasión contigo si me dejas en la estacada.

Sin más palabras, dejó al maestro de obras y volvió a ponerse en camino. Tampoco en las obras del Vaticano y del Belvedere logró convencer a los demás contratistas que buscaba. Todos se mostraron dubitativos. Desanimado,

Antonio regresó a casa.

Durante la cena, Lucrezia anunció la feliz noticia de que el banquero había dado su conformidad. El informe de Antonio, no obstante, hizo fruncir el ceño a Ascanio. Se sumió en un debate interno.

—Debemos enviar un mensaje claro. No salgáis de casa y cerrad bien las puertas. No dejéis que entre nadie y armad a los criados —dijo y, acto seguido, se levantó.

—¿A dónde vas? —quiso saber Lucrezia.

El arquitecto lo presintió.

—No quieras saberlo —respondió Ascanio sucintamente y dejó la

habitación.

Ya era noche muy avanzada cuando un insomne Antonio oyó al guardaespaldas regresar a casa.

A la mañana siguiente, renunció a la misa y al desayuno. Se dirigió directamente a la obra mientras aún reinaba la oscuridad. Antonio respiró el aire húmedo y el frío y se arrebujó en su capa. En cuanto saliera el sol, la batalla se decidiría. A través de una grieta entre las nubes surgió del este, del Tíber, de la casa de Bramante, un fino y dorado rayo de luz solar. A Antonio le pareció que aquel resplandor ensanchaba la rendija como una palanca. Entonces, se

frotó los ojos, incrédulo, pues con aquella primera luz aparecieron desde el este los jóvenes contratistas. Paolo y Bindo, Clemente y Michele y, finalmente, en compañía del espadachín Eugenio, Maffeo Maffei. Les seguían sus oficiales, peones y aprendices. Eran un ejército. Cientos de hombres dispuestos a trabajar. Un sentimiento de profundo alivio invadió a Antonio y una gran sonrisa se dibujó en su rostro cuando los maestros le rodearon.

—Se ha eliminado el coto, *messèr* Antonio. ¿Puedo retomar mi trabajo en el pilar suroeste? —preguntó Maffeo con una reverencia.

—Sí, Maffeo. Paolo y Bindo, id con

vuestra gente al coro derecho y tú, Clemente, y tú, Michele, continuad con el pilar noroeste. ¡Vosotros, peones! ¡Hay mucho trabajo por hacer! El santo padre ha renovado los Estados Pontificios. ¡No podemos quedarnos atrás en nuestros quehaceres! ¡Mostrémosle a su regreso que nosotros también cumplimos con nuestra obligación!

Satisfecho y orgulloso, Antonio contempló cómo los trabajadores se repartían entre los distintos puntos de la obra y retomaban su labor. Creía estar soñando, pues tenía la sensación de que su victoria le había caído en el regazo como una manzana madura. Con una

sonrisa triunfal constató que también los maestros renegados regresaban con aires humildes. Uno de ellos, de cabellos grises, ojos azul acero y un rostro como el del mármol marrón, carraspeó y comenzó a hablar, con torpeza, buscando las palabras.

—Disculpados, *messèr*. Nos gustaría recuperar nuestros trabajos.

Antonio dejó vagar la mirada. Le faltaba alguien.

—¿Dónde está Baggio?

Los contratistas intercambiaron miradas de sorpresa.

—¿Es una broma, *messèr* Antonio? Baggio se ahogó anoche en el Tíber — respondió el del cabello grisáceo, con

tono de reproche.

—No es buena idea ir a nadar cuando solo tienes un brazo —opinó otro en voz alta.

¡Ascanio! Qué agradecido le estaba. El mensaje que había enviado había surtido efecto. El guardaespaldas le había cortado la cabeza a la hidra y el cuerpo de la rebelión yacía ya sin vida a sus pies. «Sin embargo, es necesario castigar también a los renegados», pensó Antonio, «deben cumplir penitencia y quedar humillados, de tal forma que el rumor se extienda y nadie vuelva a atreverse a plantarme cara en una obra».

—El honor de trabajar en San Pedro debe haber compensado vuestra

arrogancia. Sin embargo, tendréis que trabajar en la *via Giulia*, en el Palacio Vaticano y en el Belvedere. ¡Y por la mitad de la paga!

Un silencio helado siguió a las palabras de Antonio. Los albañiles le miraron fijamente y él les sostuvo la mirada sin inmutarse. Entonces, movido por una idea repentina, levantó lentamente la mano derecha, en la que portaba su anillo de oro, y la tendió hacia delante. Miró entonces al suelo y esperó. Los hombres se dieron cuenta enseguida de que, como su futuro patrón, les exigía vasallaje. El del pelo gris se arrodilló y besó la mano del arquitecto.

—Te tomo de nuevo a mi servicio —

dijo Antonio en voz alta.

Los otros cinco contratistas siguieron el ejemplo del canoso, pues ninguno quería acabar muerto en el río. Antonio llevó entonces a Paolo aparte y le hizo saber que su gente y él podrían volver a trabajar para Agostino Chigi al día siguiente. Desde entonces, contaría con su favor.

El invierno parecía también inclinarse a favor de Antonio, pues transcurrió con tal suavidad que las obras pudieron proseguir sin interrupción. Los pilares del crucero no tardaron en alcanzar la altura de dos hombres y se instalaron andamios a su

alrededor. Dos grúas alzaban los pesados cubos de masa de puzolana, así como la piedra y el mortero para la mampostería. Tras el combate que había librado y la dureza que había mostrado, el joven Antonio da Sangallo se había convertido en un hombre. Solo en un momento determinado seguía mostrándose reservado, tímido, casi temeroso: cuando se encontraba en compañía de Lucrezia, a la que amaba más día a día. Comenzó a ansiar sus atenciones. Cuando Baldassare Peruzzi pretendía llevarlo a algún burdel o introducirlo en alguna aventura amorosa, Antonio siempre lo rechazaba, pues tenía la sensación de que actos así lo

ensuciarían y volverían indigno para Lucrezia. En lugar de eso, saboreaba cada instante en el que sus manos se rozaban como por accidente al extender los dedos al mismo plato o al mismo vaso, o bien al tratar de abrir la puerta al mismo tiempo. En momentos así, una sutil sonrisa se dibujaba en los labios de Lucrezia, que enrojecía de forma encantadora. Ascanio entonces se cerraba y apenas pronunciaba palabra. Era evidente que sufría, pero nadie podía proporcionar alivio alguno a ese dolor.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1507

La primavera llegó más temprano ese año y con mucho calor. Las adelfas desplegaron con prontitud en las finas ramas sus bellas y alargadas flores, transformando las calles en avenidas rojas, blancas y rosas, como un mensaje que hubiera sumido a toda Roma en la más intensa actividad y excitación. Incluso los peones de la basílica de San

Pedro interrumpieron la obra, pues se necesitaba a los trabajadores en las labores de acicalamiento de la ciudad.

En las primeras horas de la mañana del 27 de marzo, Antonio, Lucrezia y Ascanio, acompañados por Baldassare Peruzzi, cruzaron el *ponte* Mollo. Apenas habían llegado al campo Marzio cuando se encontraron con una gran multitud que se dirigía a lo mismo que ellos. Entonces, apareció: Julio II, el triunfante, regresando a Roma victorioso como un segundo César y recibiendo el saludo exaltado de todos los romanos. Tras el papa cabalgaban los cardenales, cuyas rojas mucetas se balanceaban bajo el influjo de la ligera brisa primaveral.

Julio II vestía de blanco, como un ángel de la paz. ¡Era una visión señorial!

Lucrezia hacía equilibrios sobre la punta de los pies y, cuando finalmente vislumbró a Bramante entre las numerosas filas de la comitiva, gritó de alegría. Los empujones y apretones de la festiva muchedumbre acabaron arrojándola contra Antonio y la suave presión de su joven cuerpo logró robarle el aliento. También a él pareció gustarle. Aunque el joven no se atrevió a mirarle a los ojos, sus manos se encontraron, secreta y rápidamente. Sus dedos se entrelazaron y rozaron, hasta que Lucrezia se soltó, le besó y le susurró al oído:

—¡Nunca me traiciones!

—¡Nunca! —respondió él, inundado de felicidad.

Entonces, se abrazaron un momento. Cuando la multitud prorrumpió en *laudate*, la mirada de Antonio rozó el rostro sombrío de Ascanio, pero de inmediato redirigió su atención a Lucrezia. La belleza de su sonrisa hacía que todo lo demás se desarmara en un polvo de intrascendencia. «Debo protegerla de la suciedad del mundo», pensó y se juró a sí mismo hacerlo por siempre.

Más tarde, ya llegada la noche, regresaron a casa presos de una gran agitación Lucrezia, Antonio y Ascanio.

Pensar en dormir era algo imposible, pues poco después llegaría Bramante a su hogar. Todos se saludaron llenos de emoción. Lucrezia se echó al cuello de su «padre», lo abrazó mil veces y no paró de exclamar lo feliz que se sentía de que hubiera vuelto sano y salvo. El arquitecto estrechó a su sustituto Antonio contra el pecho y dedicó a Ascanio una risueña expresión de agradecimiento por haber cuidado tan bien de su hogar. Despertaron a los criados y les ordenaron que sirvieran pan, jamón, verduras, carne asada y vino. Todos tenían mucho apetito y, sobre todo, una alegría sin límites por poder hablar entre ellos tras una

separación tan prolongada. Ya en el pasillo, Antonio se topó con Ascanio.

—Los dos la queremos —le dijo.

Ascanio no respondió y ya iba a marcharse cuando el arquitecto le sujetó y se lo impidió.

—Sea quien sea el de los dos que la consiga, ambos debemos protegerla como a una hermana pequeña, sin rencores.

El guardaespaldas lo observó durante un momento como si quisiera probarlo y dijo después con voz tomada:

—Es cierto que la guardo en mi corazón. También es cierto que es necesario guardarla de la miseria del mundo. Pero también será lo mejor que

seas tú quien la haga feliz. ¿Qué puede ofrecerle un guerrero como yo a una muchacha tan joven? Más tarde o más temprano, el filo de un puñal o la punta de una espada me alcanzarán. Pero tú, tú puedes ofrecerle una vida feliz, puesto que estás destinado a dirigir una gran casa. ¿Por qué crees que te he ayudado?

Antonio lo miró asombrado y, después, agradecido, antes de que los dos regresaran al pequeño salón en el que habían puesto la mesa. Durante la cena, Bramante hizo que le contaran con pelos y señales todo lo ocurrido en su ausencia.

Al día siguiente Antonio y Bramante

se encaminaron directamente hacia la obra de la iglesia de San Pedro. Ascanio y Lucrezia decidieron ir a ver el paseo triunfal del papa, quien había pasado la noche en Santa Maria del Poppolo. La ciudad entera estaba engalanada al modo pagano. Por todas partes se alzaban arcos del triunfo hechos de madera en los que se leía el lema de César: *veni, vidi, vici*; vine, vi, vencí.

Cuando Bramante y Antonio habían ya cruzado medio *ponte Sant'Angelo*, el arquitecto señaló a su asistente un carro triunfal frente al castillo de Sant'Angelo, tirado por cuatro corceles blancos. Sobre el carro, diez doncellas disfrazadas de seres mitológicos

saludaban al papa agitando ramas de palma. Gobernaba la punta frontal del carro un globo terráqueo sobre el que se alzaba un roble de frutas doradas. El roble era el símbolo de la familia della Rovere, de la que procedía el papa.

Poco después Bramante y Antonio llegaron a San Pedro por la zona cercana a la entrada de la capilla de Santa Petronila. Julio II, seguido por veintiocho cardenales, entró en la basílica y caminó solemne hacia el altar mayor. Se arrodilló frente a la tumba del príncipe de los apóstoles. Todos los presentes lo imitaron. El papa mantuvo una prolongada conversación con Dios, después se levantó y se volvió hacia la

muchedumbre.

—Ahora, después de haber regresado ileso, tenemos todos los motivos para entonar el tedeum — exclamó y comenzó a cantar—. «*Te Deum laudamus. Te Dominum confitemur. Te aeternum patrem omnis terra veneratur...*».

El canto emitido por cientos de gargantas flotó sobre las cabezas hasta alzarse hacia el techo de la vieja iglesia. Toda la estancia parecía sostenerse por el sonido. Bramante atrajo a Antonio hacia él y le gritó al oído, luchando contra el estruendo del canto:

—¡Y ahora tenemos que levantar los otros dos pilares del crucero!

—¡Pero para eso tendremos que demoler la iglesia! —respondió Antonio, abriendo sorprendido los ojos.

—Y eso será exactamente lo que haremos: ¡derruir esta vieja ruina para construir un templo de verdad! —Bramante estaba fuera de sí de alegría —. Ese será mi tedeum.

No había transcurrido ni un mes cuando Antonio situaba la primera piedra de los dos pilares orientales. Al día siguiente, encargó a los contratistas Clemente y Maffeo iniciar la construcción de los muros orientales del transepto y el aparejo de la sección occidental de la nave central. Bramante

había dado instrucciones de realizar las labores de forma rápida y sin adornos. Ordenó utilizar sin contemplaciones y desde un principio las mismas columnas que Constantino había expoliado hacía doce siglos del mausoleo de Adriano para usarlas en la construcción de la basílica. Se las rompería o machacaría para, finalmente, utilizarlas como escombros para los cimientos o en el hormigón. Con violencia, como un emperador victorioso, así quería abrir espacio para su construcción, deshaciéndose de todo lo viejo.

Una mañana, a última hora, en que Bramante visitó la obra, se encontró allí con el cardenal Catalano. Los maestros

de obra dudaban.

—¡Vamos! —exclamó Antonio da Sangallo.

Cien hombres comenzaron entonces a tirar de las largas cuerdas que derribarían las valiosas columnas que el papa Nicolás V había hecho trasladar al coro de San Pedro. Se alzaban doscientos pies hasta las bóvedas pero las habían minado previamente.

—¡No! —gritó el cardenal, horrorizado, cuando comprendió lo que iba a ocurrir a continuación—. ¡Deteneos ahora mismo!

—¡Continuad! —ordenó Bramante, incommovible.

Al fin y al cabo, era su obra.

El primer pilar se vino abajo con un estruendo ensordecedor y se rompió en cinco pedazos. El cardenal corrió con lágrimas en los ojos. Para él, era como si Dios muriera o cayera un roble milenario. La caída de la columna sobre la que, para él, reposaba el reino de los cielos, hizo estremecer la tierra. Todos los peones de la obra estaban impactados, pero Bramante no se permitió un segundo de reflexión y siguió espoleando a los trabajadores.

—¡Seguid! ¡Seguid! ¡Seguid! —
bramaba.

Los albañiles volvieron a tirar y la segunda columna cayó entre un gran estruendo. La bóveda se inclinó y una

parte del tejado se vino abajo. La luz del sol penetró por el agujero y a través del polvo, que se iba posando lentamente. Una gran piedra se desprendió del triforio semiderruido, cayó sobre el altar y lo aplastó.

Giacomo parecía petrificado, tan quieto, con los ojos abiertos de par en par. Finalmente, recuperó la movilidad y se arrodilló junto al destruido monumento al príncipe de los apóstoles. Acarició con dulzura los fragmentos, introdujo las manos en el polvo y después se las llevó lentamente al rostro. La capa de suciedad entre gris y negra que le cubrió la frente, las mejillas, la nariz y el mentón le otorgaba

una expresión de tristeza, pero en sus ojos solo se leía un odio visceral. Sin decir una palabra, salió de la obra con el corazón tan frío como el hielo.

Bramante había contemplado lleno de satisfacción el dolor del cardenal. Una sonrisa triunfal se abrió en su rostro. Aunque no le estaba permitido demoler la vieja basílica entera, la mampostería y columnas que había logrado echar abajo se habían perdido de forma irreparable y definitiva. Por eso había representado la figura definitiva del nuevo templo de forma poco clara. Hasta entonces, había pensado en una planta central cuyo corazón lo constituiría el crucero. Lo

que aún no había decidido era si proseguiría de esa manera o si abriría la planta central para formar una nave principal. Respondía a las inquisitivas preguntas del gremio de constructores dándole vagas indicaciones sobre una basílica de tres naves que pensaba construir en oposición a la edificación ya existente de cinco naves. A su debido tiempo propondría un boceto concreto. Bramante construía para crear libertad arquitectónica, destruía para construir algo nuevo. Con el inmenso crucero, crearía una obra que nadie podría pasar por alto. Eso era lo único que importaba.

Julio II deseaba levantar el coro

occidental sobre el muro de la tribuna comenzada por Nicolás V. Así pues, Bramante hizo que se construyera sobre ella a pesar de saber que su poderoso pilar de crucero no soportaría la presión espacial hacia el oeste, de la misma manera que no podía permitir que la basílica se orientara al este. Ambos, el coro y la basílica, tendrían que caer algún día, pues el crucero de la cúpula eliminaría todo aquello pensado en dimensiones más reducidas que las suyas. Era como si Bramante estuviera creando un gigante en una retorta, un *golem* que en algún momento tendría que escapar del recipiente porque su tamaño así se lo exigía. Antonio admiraba al

viejo arquitecto por su valor, por su despreocupación y también por su brutalidad.

Cada mañana, de camino a misa, Antonio informaba a Lucrezia, entusiasmado, de todos los pasos acometidos en la gigantesca construcción, que ya ocupaba a dos mil quinientos obreros. Como Bramante no se dejaba ver demasiado por allí era realmente él, Antonio da Sangallo, quien dirigía la construcción, lo que le llenaba al mismo tiempo de orgullo y de humildad al mismo tiempo. Lucrezia prestaba una atención entusiasta y genuina, pedía detalles y se interesaba por las cuestiones más complejas de la

estática. En una ocasión, él se detuvo en medio de una explicación y observó, atónito, la expresión concentrada del rostro de la joven.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, insegura.

—Nada. Solo pensaba en qué magnífica esposa serías para un arquitecto.

—¿Y por qué no una magnífica arquitecta?

Antonio tragó saliva y Lucrezia se rio del desconcierto que reflejó su expresión.

—Sé que como mujer nunca lograría hacerme respetar entre los albañiles de una obra pero, en serio, me gustaría que

me enseñaras lo que sabes de construcción.

—Entonces, ¿querrías convertirte en mi esposa? —preguntó él con mirada temerosa.

—Lo que quiero es saber por qué quiero convertirme en tu esposa —dijo ella y lo besó en la frente.

A Bramante le hizo bien sentir a Imperia entre sus brazos, aunque el motivo fuera triste. Llevaba un vestido sencillo y negro y se cubría el rostro con un velo oscuro. Nadie podría adivinar en aquella plañidera a Imperia, una de las cortesanas más grandes de Roma, si no la que más. Aunque los demás

presentes en el entierro de Margarita Saraceni Chigi aprovecharan la ocasión para figurar, Imperia únicamente quería presentar sus respetos a la esposa de su amante sin que nadie la viera.

Durante las últimas horas, Agostino y ella habían acompañado alternativamente a la moribunda, quien había soportado terribles dolores. Incluso el papa se había personado junto al lecho de muerte de Margarita y le había impartido la extremaunción de la misma manera que después oficiaría el funeral, solemne e impresionante. La había descrito como a una buena cristiana y una mujer valerosa.

El cortejo fúnebre, tan largo como

alcanzaba la vista, se dirigió hacia la cripta que Agostino Chigi había hecho construir para su esposa en el campo santo. Tras depositar el cadáver en el sarcófago y después de que el papa lo hubiera bendecido, se formó una fila con todos aquellos que, por diversos motivos, querían dar su pésame a aquel hombre rico y poderoso que se había convertido en viudo.

Bramante e Imperia tardaron bastante en alcanzar la hilera. Él sentía lo conmovida que se encontraba la mujer que amaba.

—Lo que hubiera dado porque Margarita Saraceni no solo hubiera vivido la colocación de la primera

piedra del nuevo San Pedro, sino también su culminación —dijo Imperia con voz tenue.

Bramante le apretó la mano. Nadie que no conociera las circunstancias como él podría entender aquel comportamiento tan particular: la esposa y la amante de un mismo hombre, compartiendo un vínculo de afecto mutuo. Era muy poco común, pero tampoco podía ignorarse que Margarita Saraceni había sido una mujer excepcional que, antes de su propia muerte, había dispuesto todo lo necesario para el bienestar de su marido. Imperia lo sabía tan bien como Bramante.

—Seamos realistas, ninguno de nosotros llegará a ver la nueva basílica completada —dijo él, con una sonrisa triste, recibiendo como respuesta una mirada horrorizada de Imperia—. Tendríamos que llegar a ser tan viejos como Matusalén.

—Yo no quiero envejecer, ¡yo quiero vivir! —replicó Imperia.

—¿Te casarás con él?

Imperia le tiró del brazo. Quería caminar más rápido, pero la fila, no se lo permitía.

—Me mudaré a su casa en un par de semanas, Donato.

Bramante pensó en el *palazzo*, en la villa suburbana frente a las puertas de

Roma, entre el Borgo y el Trastevere, que Baldassare Peruzzi había levantado para Chigi. «Qué práctico», pensó Bramante quien, insaciable como era, envidiaba a Peruzzi por tan lucrativo encargo, «así Imperia y Agostino se ahorrarán tener que vivir en las mismas habitaciones que él había compartido con su esposa. Pueden empezar de nuevo, sin tener que enfrentarse al pasado cada dos por tres».

—No me has respondido. ¿Te casarás con él? —porfió.

—¿Por qué no te buscas una mujer, Donato?

La pregunta lo hirió. ¿Para qué iba a querer él casarse? Si necesitaba a

alguien a quien no amaba y con la que pasar un par de horas agradables, siempre podía encontrarla en el establecimiento de Petronilla.

—Podrías dar una fiesta estupenda y un poco de calma en tu vida no te haría daño —prosiguió Imperia.

—¿Por qué quieres casarme a toda costa? —preguntó él irritado.

¿Por qué lo torturaba de aquella manera? Ella sabía bien que él la amaba.

—Porque alguien debería cuidar de ti, de forma que administraras mejor tus fuerzas.

—¿Temes por mí?

De nuevo sintió su brazo sobre el de

él.

—No, solo por nuestro proyecto, por la nueva San Pedro.

Él reprimió una carcajada que se habría podido malinterpretar, dadas las circunstancias pues, a pesar de la humildad con la que Imperia había aparecido, de la decencia con la que se había mantenido en un segundo plano y de ocultarse bajo un velo, las malas lenguas romanas sin duda la habrían descubierto ya bajo su enlutada apariencia y no tardarían en propagar gustosas la noticia de que la amante de Chigi había tenido la desfachatez de presentarse en el entierro de su esposa.

—No debes preocuparte por eso,

Imperia. Antonio da Sangallo tomará mi relevo y concluirá la gran obra — respondió él a regañadientes.

Finalmente llegaron hasta la tumba y hasta Agostino Chigi. Ambos sabían que los observaban con mil ojos, que ni un solo detalle escaparía del escrutinio de los espías. Sosteniéndose en el brazo de Bramante, Imperia salió al encuentro de su amante.

—Mi más sincera condolencia, *messèr* Chigi. El buen Dios y la virgen María darán personalmente la bienvenida a vuestra esposa en el cielo. La gloria es hoy un lugar más rico; la tierra, más pobre.

Y con esto, inclinó la cabeza.

El banquero, profundamente conmovido, le dio las gracias a ella y a su leal amigo Donato Bramante. Después, vuelto hacia Imperia, añadió en voz baja:

—El cielo cuida de nosotros.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1507

Madre e hija recorrían alegres el *palazzo*, del que estaba construido ya el armazón. Desde la escalera de la *loggia*, Imperia señaló el patio de la entrada.

—Allí habrá un parque que se extenderá hasta el Tíber, con una gran fuente y una pérgola. ¡Qué fiestas daremos allí en verano!

«¡Qué feliz parece!», pensó

Lucrezia. Hacía mucho tiempo que no veía a su madre tan contenta.

—Y aquí —prosiguió Imperia, arrastrándola a un punto en el que empezó a señalar las paredes y el techo —, aquí será donde realicen frescos que hablen de las experiencias, pero sobre todo de la alegría del amor.

—¿Por qué alegrarse del amor por encima de todo? —preguntó Lucrezia muy seria.

Imperia la miró tan asombrada como consternada.

—¿Por qué quieres saberlo? A tu edad todavía tienes tiempo para conocer el amor —respondió ella, firme, y regresó al vestíbulo.

Allí los esperaba Baldassare Peruzzi quien, como de costumbre, gozaba del mejor de los humores.

—Dios os guarde, bellas damas. Me habían dicho que os podría encontrar aquí.

Imperia saludó al arquitecto afectuosamente, pero señaló que Agostino se encontraba ausente, trabajando.

—No importa. *Messèr* Agostino dijo que podía dirigirme a la señora de la casa para cualquier cuestión relativa al equipamiento del *palazzo*.

Lucrezia observó cómo se iluminaban los ojos de su madre. ¿Se ocultaba tras la denominación que el

banquero le había otorgado una propuesta de matrimonio? En ese momento, Lucrezia entendió hasta qué punto deseaba Imperia convertirse en la legítima esposa de Agostino.

—Echa tranquila un vistazo a tu alrededor, Lucrezia —le indicó su madre antes de seguir a Baldassare a la galería, al lugar en el que se ubicarían los frescos.

La curiosidad empujó a Lucrezia a ascender las escaleras. La puerta a una de las habitaciones se encontraba abierta. Entró y observó los colores y las tinajas con pinceles colocados en el suelo. Los pintores debían acabar de terminar los frescos. Su mirada recayó

sobre una cama bañada en oro sobre la que se sentaba una mujer rubia. Lucía una camisa transparente y solo un zapato. Un paño dorado cubría sus vergüenzas. Un ángel desvestía su belleza. Una criada negra que abrazaba el armazón de la cama y sujetaba el dosel rojo observaba a la joven con mirada lujuriosa. Tras observarlo con detenimiento, Lucrezia albergó serias dudas sobre si la figura negra realmente representaba a una mujer o a un hombre. Una cierta ambigüedad planeaba sobre ella. Frente a la cama, un hombre joven tendía a la mujer una corona, como si quisiera ofrecerle su gobierno sobre él como pago por su inocencia. La mujer,

no obstante, no prestaba atención al apuesto joven. Sus rasgos no mostraban alegría ni repugnancia, sino una profunda tristeza, como un sentimiento de pérdida. Un tenue rubor se pintó en el rostro de Lucrezia. Sintió el calor crecer en su interior. La mujer recibiría la corona y el hombre su inocencia. Era evidente. Sintió que aquella representación la atraía y la rechazaba al mismo tiempo.

—¿Os gusta?

La muchacha se sintió atrapada y miró al suelo. Percibió que la persona que le había hablado se aproximaba. Hizo acopio de todo su valor y se volvió. Ante ella se encontraba un tipo

larguirucho vestido con una camisa blanca. Sus pantalones eran del mismo color que sus ojos: de un azul profundo. Unos rizos negros y afeminados le caían hasta los hombros. A pesar de la gran y carnosa nariz, de la barba que le rodeaba la boca y le cubría el mentón, seguía siendo una imagen femenina. Desconfianza: esa palabra resumía todos los sentimientos que su mirada despertaron en Lucrezia. Lo que más le perturbó fueron sus ojos, húmedos e inertes.

—¿Os excita? —preguntó él, con su mirada vacía clavada en ella—. Miradla, ¡realmente desea perder su virginidad!

Señaló con la mano izquierda la belleza pintada que estaba a punto de retirar el paño dorado y mostrar su sexualidad.

—Los ángeles deben haberlo arreglado todo. Ella ni siquiera mira al hombre con el que está a punto de acostarse pero la decisión se toma sola —prosiguió y se plantó ante Lucrezia, de tal forma que ella pudo hasta oler su anhelo—. Porque ella lo quiere, porque ya lo ha prolongado demasiado, porque siente el calor que mana de su interior.

El pánico aferró a Lucrezia y le impidió pensar. Quería correr, pero se sentía incapaz de escapar de aquellos ojos inertes, inexpresivos, hipnóticos.

—Conoces esa calidez. Pero la sufres. Libérala. Disfrútala. Es como una madre que te abraza —el hombre no apartaba de ella la mirada y Lucrezia luchaba consigo misma, pues no sabía si quería hacer frente a la mirada o rendirse a ella—. ¿Sabes por qué Roxana mira hacia el suelo en la imagen? Porque eso crea la impresión de que él es el primer hombre para ella. Sin embargo, lo que alberga para él es el regalo más grande que una joven puede ofrecerle a su amado: que en realidad sí tiene experiencia. Bajo la máscara de la inocencia, ella le hará feliz, le hará disfrutar con pericia. La contradicción entre la postura de la

mano izquierda y el rostro delata que ella únicamente luce la máscara de una inocencia aparente —susurró él, con voz ronca—. ¿Estás enamorada, pequeña Roxana? Seguro que quieres hacer feliz a tu amor. Permíteme entonces que sea yo quien te instruya. No tengas miedo... Yo te mostraré el camino a una larga felicidad...

Mientras él, con su mirada muerta, se introducía aun más en sus ojos, sus manos tocaban el vestido de la chica a la altura del estómago. Ella se estremeció y cerró los ojos.

—Confía en tu sangre, pues de ella proviene la calidez, la dulce, maravillosa calidez...

—¡Aparta las manos de mi hija! — resonó desde la puerta la voz de Imperia como si fueran las trompetas de Jericó.

Lucrezia nunca había oído tal fuerza en la entonación de su madre. Abrió los ojos aterrorizada y reuló. Por primera vez descubrió una emoción en los ojos del extraño. Rabia y furia. No le favorecía. La expresión de un sentimiento robaba a aquel hombre todo su hechizo: parecía intrascendente, sucio, taimado y, ante todo, sin ningún interés. La muchacha no entendía cómo se podía haber dejado engañar por semejante sinvergüenza.

—¿Quién eres tú? —preguntó Imperia, furiosa.

—¡El pintor Sodoma!

—Un nombre de lo más apropiado para ti. Recoge tus cosas, ¡no quiero verte más por aquí!

Sodoma sonrió con descaro.

—Roma adora las comedias. ¡La madre puta se convierte en guardiana de la virtud!

Apenas había terminado de hablar cuando el puño de Imperia lo alcanzó en el rostro con una fuerza insospechada. Sodoma se tambaleó, escupió sangre y un diente. Agarró un cubo de pintura, pero volvió a depositarlo en el suelo bajo la dura mirada de Imperia.

—Y ahora desaparece, si es que en algo aprecias tu vida.

Resultaba evidente que al pintor le resultaba repugnante la sola idea de quedar ninguneado por una cortesana, pero los últimos resquicios de razón que le quedaban ganaron la partida y decidió marcharse.

Imperia se volvió hacia Peruzzi:

—A ver si lo adivino: proviene de Siena, como Agostino y como vos.

Peruzzi asintió.

—Es un buen pintor, *madonna*. Mirad vos misma sus dibujos.

—Y un cerdo —dijo Imperia y miró a su hija, que se rodeaba a sí misma con los brazos como si se estuviera congelando.

Se dirigió hacia ella y le susurró al

oído:

—Cuando Agostino se case conmigo, todas estas desgracias llegarán a su fin. Entonces seremos una familia honorable. ¡Nadie volverá a atreverse a decirme cosas así y a tratarte a ti con tan poca vergüenza! —abrazó a Lucrezia y la apretó fuerte contra sí—. Pero creo que debemos hablar.

—¿Sobre qué?

—Sobre los hombres y las mujeres. Ni siquiera la hija de una cortesana puede permitirse ser tan ingenua —bromeó ella con tristeza.

Bramante había seguido de mala gana a su ayudante a la excavación de prueba. Ahora contemplaba el agujero

en las cercanías del pilar noroeste y contemplaba lo que ya había esperado. Habían cavado a una gran profundidad. Maffeo Maffei se encontraba en la fosa y señalaba las capas. Sabía que era un terreno escarpado, pero no que la estratificación se componía de arena y roca suelta.

—No es zona adecuada para construir —opinó Maffeo.

Antonio propuso reforzar los cimientos. El descubrimiento no había sorprendido a Bramante, pero tampoco quería perder tiempo y detenerse con mejoras que, además de dinero, podrían llevarles todo un año de retraso. Sus ataques de gota se recrudecían, algunas

veces se despertaba en mitad la noche y no podía conciliar el sueño, aquejado de profundas taquicardias. No, no había tiempo que perder. Debía impulsar la construcción. Las mejoras tendrían que hacerlas otros, más tarde. No le parecía que los pilares ser vieran particularmente amenazados.

—¡No os perdáis en nimiedades! Necesito a todos los peones en la obra —ordenó, decidido.

Antonio ya no pudo proponer nada más, pues en ese momento apareció un viejo albañil dando grandes voces. En su excitación, saltaba como un pajarillo. Maffeo salió rápidamente de la zanja.

—¡Es un niño, es un niño sano! —

gritaba el anciano, entre toses, pero con los ojos brillantes, conmovido por las noticias que había venido a traer—. Hijo mío, has tenido un hijo.

El habitualmente tan lenguaraz Maffeo no podía articular palabra. Azorado, se frotó los ojos con las manos. La suciedad se pegó aún más en sus mejillas húmedas.

—¿Cómo se llamará tu primogénito? —preguntó Antonio.

—Arnoldo, como su abuelo —afirmó Maffeo y abrazó al anciano.

Bramante posó una mano en su hombro.

—Ve a casa con tu mujer y tu hijo, amigo mío. Tu capataz podrá continuar

el trabajo sin ti. Vete a celebrarlo hoy, pero vuelve mañana.

—*Messèr* Donato, *Messèr* Antonio, ¿podría pedirlos algo? —preguntó Maffeo.

—Adelante.

—¿Aceptaríais ser padrinos de mi hijo? —quiso saber Maffeo, mirando a los dos arquitectos solemne y un tanto avergonzado.

—Sí, amigo mío —respondió Bramante en nombre de los dos.

Sentía cierto orgullo porque Maffeo le hubiera pedido algo así, pero también pensó con tristeza que, algún día, serían los edificios y no las personas los que le recordarían a él. Con la excepción de

Lucrezia, claro. Exceptuando a Lucrezia.

Donato Bramante se había ocupado de que el bautizo del hijo de Maffeo tuviera lugar en la nueva iglesia de Santa Maria della Pace, pues su claustro había sido su primer trabajo en Roma. Antonio sostuvo al pequeño desnudo, protegido por una sábana, sobre la pila bautismal. Junto a él se encontraba Bramante y, ante ellos, el sacerdote. El miedo y el orgullo inundaban a Antonio: miedo de que se le cayera aquella pequeña y frágil criatura, o de estarlo agarrando con demasiada fuerza; orgullo por convertirse en el padrino de un ser humano que iba a comenzar su existencia

en Cristo. Miró al pequeño rostro que se torcía preparado para llorar.

—Arnoldo di Maffeo, ¿renuncias a Satanás? —preguntó el sacerdote.

Bramante respondió en nombre del bautizado:

—¡Sí, renuncio!

—Arnoldo di Maffeo, ¿renuncias a todas sus obras?

—Sí, renuncio —murmuró Antonio con timidez.

—Arnoldo di Maffeo, ¿renuncias a todas sus seducciones?

—¡Sí, renuncio!

El sacerdote rezó una oración y, seguidamente, preguntó de nuevo:

—Arnoldo di Maffeo, ¿crees en

Dios, padre todopoderoso?

—Sí, creo.

Tras la declaración de Antonio en nombre del niño que llevaba en brazos, el sacerdote sumergió a la criatura por primera vez.

—Arnoldo di Maffeo, ¿crees en Jesucristo, su único hijo, que nació de santa María Virgen...?

Al mismo tiempo en que el pequeño Arnoldo di Maffeo recibía el bautismo en nombre de Dios, el papa se arrodillaba desesperado junto al lecho de muerte de un joven. Miró al médico Bonet de Lattes.

—¿No hay nada más que pueda

hacerse?

El médico negó con la cabeza.

—La fiebre lo consume.

—Pero, ¿de dónde sale la fiebre?

—¡Esa es la cuestión! Lo desconozco.

El judío manifestó con evidente tristeza en su voz que había superado todos sus conocimientos.

—¿Veneno? —preguntó el papa.

—Nunca se puede descartar, pero no lo tengo por probable. Una infección me parece un origen más plausible. Sin embargo, no podemos reducir la temperatura porque no sabemos dónde está el foco.

Julio II oyó junto a él un sollozo y

vio un rostro amplio y redondo con ojos azules llenos de lágrimas. Era una pena real, no fingida. Se trataba de dos viejos e inseparables amigos: Galeotto della Rovere, que yacía en su lecho de muerte, y el cardenal Giovanni di Medici, amante del arte y de la literatura.

El moribundo agitó, pues apenas se podía decir que movió, los labios:

—Ay, tío... —jadeó.

Su aliento se agotó.

Julio no podía recordar si había sentido alguna vez un dolor tan sobrecogedor. Galeotto había sido su sobrino, el hijo de su hermana. Lo había querido como a un hijo, le había procurado una educación, lo había

apoyado en su carrera y lo había nombrado finalmente cardenal. Galeotto habría completado su obra, habría erigido la nueva Jerusalén en Roma, como la auténtica metrópolis del santo reino de Cristo. Pero Dios le había robado esa esperanza. ¿Qué había hecho mal si siempre había procurado su enaltecimiento? ¿Por qué lo castigaba el Señor con tal dureza? Era como si el mundo se desmoronara a su alrededor. No podía permitirlo. ¿Querría Dios darle a entender que no podía descansar, no podía perder ni un segundo hasta haber alcanzado una meta que no podía confiar a los demás sino completar por sí mismo?

Se levantó con gran esfuerzo. Giovanni de Medici, que lloraba desconsoladamente arrodillado junto al lecho de Galeotto, se volvió para mirarlo. Julio posó una mano sobre su hombro.

—Debes ser fuerte, hijo mío.

Entonces lo bendijo y dejó la habitación. Ya en el pasillo ordenó que se preparara el velatorio de su sobrino en la capilla Sixtina. No se podía otorgar a nadie un honor mayor.

En Santa Maria della Pace, el sacerdote preguntó al final del bautismo:

—¿Crees en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia y en la vida eterna?

Antonio habló por el bautizado:

—Sí, creo.

Después de que el papa celebrara el funeral de su sobrino en la Sixtina, confió a Bramante que deseaba hacer pintar el techo. Para mayor gloria de la casa della Rovere, como recordatorio de Galeotto y en enaltecimiento de Dios. Entonces, se inclinó hacia el arquitecto y le preguntó, susurrando:

—¿Hay algún pintor que te guste especialmente para el proyecto?

—Podría... —empezó Bramante dubitativo, pero el pontífice lo interrumpió con brusquedad.

—¡Será mejor que te dediques a

terminar San Pedro!

—Disculpad, santo padre, pero me refería a que podría proponérselo a un joven pintor que tiene a toda Florencia a sus pies.

Julio lo observó un instante y después decidió:

—Bien, hazlo venir. ¡Queremos verlo en persona!

ROMA, *ANNO DOMINI* 1508

Miguel Ángel y Francesco regresaron a Roma en un carruaje. La ciudad los recibió con un opulento mar de flores. La primavera se había vestido de verano. Tras dos años de ausencia, que habían transcurrido como una maldición, Miguel Ángel se alegró de retomar su trabajo en la Ciudad Eterna, pues su ciudad natal le había mostrado

de forma drástica una verdad irrenunciable: solo en Roma lograría convertirse en el mayor artista del mundo. Además, podría ganar mucho dinero, pues al fin y al cabo en el Vaticano se distribuía el dinero proveniente del extranjero, que entraba en forma de tributos de todo el mundo, y resultaba más fácil derrochar el dinero ajeno que el propio. La ciudad del Arno se había quedado muy atrás en comparación con el vertiginoso desarrollo de la metrópolis del Tíber. Florencia se degradaba como ciudad de provincias en la misma medida en que Roma se alzaba como centro del mundo.

Sin duda las cosas no serían coser y

cantar para Miguel Ángel. Tendría que reconquistar una ciudad que había perdido con su obcecada huida. Sin embargo, debía ser allí, en el centro, donde él se estableciera y no en la periferia. Bien era verdad que había creado para el papa una imponente estatua ecuestre de bronce que siempre recordaría a la insurrecta ciudad de Bolonia quién era su señor, pero no sabía con certeza si aún se encontraría en periodo de prueba. Había retado al papa con su precipitada huida y Julio no solo no lo había destruido, sino que se había mostrado misericordioso con él e incluso le había encomendado encargos. Aquello era mucho más de lo que cabía

esperar y desear.

Lo primero que Miguel Ángel debía hacer era encontrar una casa lo suficientemente grande como para albergar su taller pero que, al mismo tiempo, apenas costara dinero. Incluso llegó a rechazar casitas ridículamente baratas en Regola, Sant'Angelo y el Trastevere. Por suerte para él, mientras encontraba un nuevo hogar dispuso de alojamiento en casa del cardenal Alidosi, quien se encontraba como legado en Bolonia. A Francesco le dolían las piernas de las innumerables visitas y le daba vueltas la cabeza con las cuantiosas negociaciones que llevaron a cabo con los propietarios de

las viviendas. El criado había perdido ya la esperanza de encontrar una casa que cumpliera las expectativas económicas de Miguel Ángel cuando de pronto éste le ordenó que empaquetara sus pertenencias. Le explicó que les esperaba una vivienda amueblada con taller incorporado.

La «vivienda amueblada» en cuestión respondía mejor a la descripción de miserable choza de dos pisos y estaba situada en el poco recomendable barrio ubicado entre el Foro de Trajano y el Quirinal al que solían referirse como *Macello dei Corvi*, el Nido de los Cuervos. Se encontraba en el centro de todas las

antigüedades de Roma: la ruina del Coliseo, el arco del Triunfo, los templos desmoronados que se alzaban sobre el suelo como tocones de árboles ya talados... Testimonios mudos del pasado. Todo un ejército de indeseables, como sicarios, proxenetas, ladrones y estafadores, pasaban la noche allí donde, por el día, los campesinos apacentaban a sus cabras, ovejas y vacas.

La casita de Miguel Ángel estaba prácticamente encajonada entre los restos del antiguo foro. Francesco se tapó la nariz debido al hedor reinante en los alrededores. Los carniceros, que residían en abundancia por la zona,

arrojaban alegremente los desperdicios de su profesión a la calle, pero también podían encontrarse desperdigados en abundancia por el suelo cabezas de pescado podridas y apestosos troncos de repollo. Contemplaron la oscura vivienda, Francesco acongojado, Miguel Ángel de buen humor. Quería establecer su taller en la planta baja e, inmediatamente por encima, la vivienda. Así podría, incluso cuando no se encontrara físicamente en su taller sino en su alojamiento privado o hasta durmiendo, vivir permanentemente en el contexto del arte. Se encontraría igualmente muy cerca cuando sus oficiales estuvieran mezclando colores y

sus colaboradores completaran esculturas que él mismo habría iniciado y en las que podría realizar indicaciones y dar directrices. Miguel Ángel pudo leer con facilidad en el rostro de su criado lo mucho que éste añoraba ya su vieja vivienda en el Borgo. El artista dedicó unas palmaditas de consuelo en la espalda a su leal acompañante y le dijo, de buen ánimo, que aunque aquello no fuera ningún *palazzo*, les proporcionaría un alojamiento adecuado.

Supervisó personalmente la construcción del taller y el transporte del mármol. Francesco, por su parte, se preocupó de la distribución de la

vivienda con toda la eficiencia que pudo dado el escaso capital que Miguel Ángel le otorgó para esa tarea. Por muy ahorrador que fuera, su señor siempre lo consideraba un despilfarrador, pero ya estaba acostumbrado a ello.

Desde su regreso a Roma, Miguel Ángel apenas podía esperar para retomar su trabajo en la tumba de Julio II. Cuando una mañana un mensajero lo llamó con urgencia a la presencia del papa, se puso en camino de inmediato. Se montó en la mula de carga que había comprado y recorrió *campo dei Fiori*, torció al noroeste hacia el Tíber, atravesó el *ponte Sisto* y recorrió el paseo que se extendía, entre jardines y

pequeñas villas de verano, desde el Trastevere hasta el Borgo. Observó con curiosidad el enorme *palazzo* que se alzaba a mano izquierda, junto al Tíber, y llegó finalmente al Vaticano media hora más tarde. No se asombró lo más mínimo de que lo llevaran de inmediato hasta la capilla Sixtina.

El papa se encontraba en medio de la capilla, rodeado por Egidio da Viterbo, Giacomo Catalano y Bramante. Cuando vio entrar al escultor, le indicó que se acercara y señaló con un dedo al techo.

—¿Te gusta?

—No —respondió Miguel Ángel—. El cielo estrellado resulta insustancial.

Además, las reparaciones realizadas lo han deformado notablemente.

—Así es —dijo Julio II y asintió—. ¡Precisamente por eso debes pintar el techo!

—Pero *messèr* Miguel Ángel es escultor, ¡no pintor! No tiene experiencia realizando frescos —protestó Bramante, que encarnaba la consternación misma.

A todas luces el arquitecto había acordado algo diferente con el papa y ahora Julio lo desestimaba, como Miguel Ángel pudo constatar no sin cierta satisfacción maliciosa.

—¿Quién debería encargarse, según tu opinión? —inquirió Julio.

—He observado en Florencia el trabajo de un joven pintor que, a pesar de su corta edad, cuenta con gran experiencia en el campo de la pintura mural.

—¿Y podrías desvelarnos el nombre de ese niño prodigio?

—Rafael de Urbino.

El vicario de Cristo posó la mano sobre su mejilla y reflexionó. Miguel Ángel no sabía cómo comportarse. La idea lo repelía y atraía a partes iguales. Por un lado, no había nada que deseara más que continuar trabajando en el mausoleo y, además, por mucho que le doliera admitir que su rival tenía razón, era cierto que apenas contaba con

experiencia en la realización de murales. Sin embargo, negarle un nuevo deseo al papa le haría perder definitivamente todos los afectos de su poderoso señor. Por otra parte, no podía concederle ningún favor a Bramante, quien pretendía echar por tierra la propuesta del papa.

Aunque sus intereses en ese caso excepcional coincidían con los de Bramante, sentía cualquier cosa menos necesidad de aliarse con aquel tipejo que, no solo había conspirado contra él innumerables veces sino que además no mostraba el más mínimo respeto o remordimiento en su trato de la vieja basílica de San Pedro. Nada más

regresar a Roma había podido ser testigo de las labores de demolición. Le había repugnado, si bien el gigantesco edificio del crucero había despertado su respeto, principalmente por lo osado de la empresa.

—¿Y tú qué dices al respecto? — preguntó Julio al escultor, impaciente.

Miguel Ángel alzó la mirada nuevamente hacia la bóveda y sintió de pronto la voz de Contessina pidiéndole que erigiera para ella la cúpula del Cielo. Como si hubiera sido ayer, la vio frente a él, en su despedida en la catedral de Florencia, la despedida de su amor. No podría levantarle una cúpula, pues esa tarea había recaído en

su enemigo Bramante, pero sí podría crear un cielo en honor a su romance roto.

Desde que el arquitecto había derribado la vieja iglesia en torno a la tumba de san Pedro, los servicios ya no se realizaban allí, sino en la capilla Sixtina. Erigida por Sixto IV, el venerado tío del papa, la Sixtina se había convertido en el principal lugar de culto para Julio II. Miguel Ángel descubrió que se encontraba en el centro de poder espiritual y místico del vicario de Cristo. Cayó de rodillas frente al papa más rápido de lo que pretendía, hasta el punto de que sus cabellos negros le cubrieron el rostro.

—Si podéis esperar a ver terminado vuestro mausoleo, santo padre, entonces aceptaré el encargo agradecido.

El papa dio una palmada de alegría.

—¿Y Rafael? Santo padre, ¿no podéis dar de lado un talento como el suyo! —insistió Bramante, aunque resignado.

—No pensaba hacerlo. Él se encargará de pintar las nuevas estancias del *palazzo*.

Miguel Ángel sintió el propósito oculto y la indirecta que albergaba aquella decisión. Aunque él recibía el encargo de mayor empaque, Julio le presentaba un peligroso rival. Si ambos trabajaban al mismo tiempo en el

Vaticano, se establecería una amarga lucha de poder entre los dos artistas.

—¿Qué pensáis pintar, si puedo preguntar? —quiso saber Bramante mientras entrecerraba los ojos hasta convertirlos en dos finas rendijas.

—El amor.

—¿El amor?

—El amor que procede de Dios y que nosotros denominamos la creación —respondió Miguel Ángel, solemne.

La mirada escéptica del papa y la sonrisa irónica del arquitecto le mostraron que su candor había sido un error. Sintió que debía reparar su equivocación, pero no encontraba una idea en la medida del aprieto.

—¡Fantástico! ¡Simplemente fantástico! Miguel Ángel, sois divino — exclamó Egidio da Viterbo para sorpresa de todos.

Éste abrió los brazos de forma teatral y esperó hasta haber disfrutado completamente de la atención de los presentes.

—¿No se dice que el papa es un papa guerrero? ¿No se dice, santo padre, que no habéis logrado realizar una manifestación apropiada del amor? Sí, del amor, del poder del amor, tal y como se expresa en la creación que vos, santidad, debéis proteger, como sucesor de san Pedro y vicario de Cristo.

Miguel Ángel quedó atónito por el

ingenio del eremita de san Agustín. La cara larga de Bramante, por el contrario, delataba que no se atrevería a contradecirlo. ¿Cómo podía haber sabido el escultor que el arquitecto se encontraba en eterna deuda con Egidio?

—Santo padre —prosiguió Egidio—, os recuerdo el sermón que vuestro gran tío Sixto IV realizó, aún siendo Francesco della Rovere, un joven monje franciscano, y que el obispo de Padua, Fantino Dandolo, describió en 1448. Se trata del tema en el *Liber concordia novi ac Veteris Testamenti*.

El rostro del papa se relajó. Sus rasgos se volvieron más blandos y sus ojos brillaron casi con ternura.

—¿No fue la obra del abad Joaquín de Fiore condenada por el cuarto Concilio de Letrán por sus erróneas enseñanzas acerca de la Santa Trinidad y, en consecuencia, tachada de herética? —protestó Giacomo en tono áspero, a pesar de haber permanecido en silencio hasta entonces.

—¡Fuera de aquí, Giacomo! ¡Ya no te puedo ni ver! ¡Estoy harto de ti! De tus permanentes ataques, de tu suspicacia. A veces me pregunto si realmente eres cristiano. ¡Fuera de mi vista! ¡Fuera de mi vista! —gritó Julio II con el rostro congestionado.

Le faltó poco para agredir físicamente al monje. Relacionar a su tío

con una herejía había sido ir demasiado lejos: lo había considerado un ataque personal. El dominico, a pesar de no ser precisamente un cobarde, agachó la cabeza sorprendido y quiso besar la mano del papa, pero éste no se la tendió y, en lugar de ello, lo miró con ojos fulgurantes. Consternado, cayó de rodillas, besó las zapatillas del papa y salió de la capilla de espaldas, inclinado hacia el pontífice. Así lo dictaba el protocolo, pero a Julio II no le importó, pues las pompas y ceremonias le parecían una pérdida de tiempo.

Se inició un breve silencio. Miguel Ángel sintió lástima por Giacomo, pues

había sido la defensa de sus elevados principios lo que le había conllevado una fatal caída en desgracia. Sin embargo, manifestar una sospecha de blasfemia sobre el querido tío del papa había sido una insensatez. Egidio luchaba por disimular su alegría mientras que Bramante, a juzgar por su expresión, le daba rienda suelta.

—Cualquiera que conozca la historia sabrá que la condena se basó en una interpretación errónea —retomó el eremita agustino—. Además, cualquier libro que proceda de Jesús, o que proceda de vos, santo padre, se encuentra fuera de sospecha. ¡Debemos desplegar toda la majestuosidad de la

creación de Dios en una gran imagen! — propuso, emocionado.

—Hazlo. Idearás junto con Miguel Ángel el concepto teológico de la imagen, basándote en el sermón de nuestro querido tío y en los sabios escritos de Joaquín de Fiore y nos lo presentarás. Si nos satisface, Miguel Ángel lo llevará a cabo.

Apenas un año después, las propuestas realizadas conjuntamente por Miguel Ángel y Egidio estaban ya concluidas y autorizadas, los preparativos, efectuados; los cartones con los bocetos, dibujados y los andamios para realizar las pinturas en el techo, colocados.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1510

Un año después de que comenzaran los preparativos, Miguel Ángel inició finalmente su labor en el techo de la capilla Sixtina. Había hecho venir a pintores de Florencia entre los que se encontraba su viejo amigo Francesco Granacci. Sin embargo, no tardaron en estorbarlo. No trabajaban con suficiente premura, con suficiente calidad y exigían, desde su punto de vista, demasiado dinero. El pintor había indicado que nadie, ni siquiera el papa, podría ver la pintura hasta encontrarse totalmente terminada.

Una tarde, nada más entrar en la capilla, sorprendió a un par de cardenales examinando en la escalera los frescos iniciados. Era evidente que habrían sobornado a los oficiales para que estos les permitieran pasar a mirar. Por si aquello no hubiera sido suficiente para despertar su inconmensurable ira, Miguel Ángel se llevó un susto de muerte al comprobar el estado de las pinturas. Sangraban. ¡Las paredes sangraban! La humedad y el frío habían provocado que la cal de la mampostería se filtrara y destruyera su trabajo. Preso de la furia, agitó la escalera con el propósito de hacer caer a los príncipes de la iglesia. Igual que un par de

escarabajos los dos prelados descendieron apresuradamente y huyeron de la capilla, espoleados por los tablones que el pintor les estaba arrojando. Después, éste expulsó a los oficiales y los despidió de su trabajo. La ira que lo consumía le había hecho perder toda capacidad de reflexión.

¿Iba a fracasar, tal y como Bramante había predicho y esperado? Un solo vistazo al lamentable estado en que se encontraba su labor proporcionaba una única respuesta. Sin embargo, no podía ni quería renunciar y aceptar una derrota. Se arrodilló frente al altar y se sumió en una prolongada y fervorosa oración. La mañana se filtraba aún

vacilante a través de las ventanas del triforio, como si se desperezara extendiendo los brazos y comenzara a agitar las sábanas en un decidido deseo de ventilarlas. A todas luces la mezcla florentina no era la más adecuada para el revoque, tal y como concluyó cuando logró calmarse un poco. La puzolana de Roma parecía tener particularidades distintas.

Al día siguiente, fue a consultar a Giuliano da Sangallo, quien ya había regresado a la ciudad. Preguntó también a pintores y constructores, hasta hallar una mezcla adecuada para el revoque húmedo que le permitiera extender la imprimación y la pintura. Con la

excepción de dos ayudantes, que mezclaban los colores de forma lamentable para su arrogancia, nadie salvo él podía entrar en la capilla.

Tendido de espaldas, con el pincel en la mano extendida sobre la cabeza, Miguel Ángel pintó y pintó mientras los colores y la cal le goteaban en el rostro. Poco tiempo después los ojos comenzarían a irritársele e inflamársele a causa de las sustancias ácidas. Trabajaba sin descanso sometido a corrientes de aire, al frío y la humedad en invierno, al calor insoportable en verano. No sabía si lograría finalizarlo con éxito. No veía nada de lo que ocurría a su alrededor. Arrastrado por el

éxtasis creativo pintaba doce, catorce horas al día y comía sin detenerse y a deshora. Cuando por la noche se echaba en la cama, agotado, y se dormía al instante, lo acosaban los sueños con sus motivos, Dios, la creación de Adán, los antepasados de Cristo y las sibilas, en los que sus dibujos se deformaban grotescamente. En ocasiones sus sueños amenazaban con volverle loco, pero entonces aparecía frente a él, como un milagro, Contesinna y hacía desaparecer sus visiones con una sonrisa. Alguna vez, no obstante, el que aparecía en sus imágenes nocturnas era Giacomo, con los labios arqueados dispuestos para besar, las mejillas maquilladas y una

mirada frívola, con la postura provocativa que había hecho adoptar a su Baco embriagado. Tenía entonces una erección y se despertaba avergonzado. Después de esos sueños, pintaba durante todo el día, más tiempo incluso del acostumbrado, como queriendo castigarse por sus pensamientos pecaminosos.

En otras ocasiones, Giacomo se parecía al Adán que Miguel Ángel acababa de pintar en el techo de la capilla. Yacía relajado en el mundo desértico, vacío, y extendía la mano hacia Dios, un ser amoroso, paciente, lleno de esperanza y, al mismo tiempo, seguro de sí mismo. Sin embargo, Dios

no se hacía esperar. El Todopoderoso parecía no haber concluido su creación, pues en su embriagadora belleza, Adán forzaba a Dios a continuar con su labor. En compañía de los ángeles y rodeado de vida, dotado de una apariencia seráfica, el creador se aproximaba y tocaba a Adán con su dedo índice para despertarlo a la vida o, expresado de otra manera, otorgarle su energía divina.

Dios creaba. Así, tal y como Miguel Ángel había pintado a Adán, éste, a su vez, anhelaba ser creado. Los dos, el Todopoderoso y el hombre, expresaban en sus movimientos un amor el uno por el otro que hallaba su cenit en el contacto. Miguel Ángel contempló,

conmovido, lo que había pintado, mientras el agua caliza le goteaba en los ojos. No podía ser casualidad: Dios sorprendía con su creación a un ángel de cabellos rubios. Conocía bien aquellos grandes ojos escépticos que había retratado: eran los de Contessina. Dios era el artista que, con un toque de su dedo, otorgaba la vida.

Lo que el pintor en su soledad había producido no era ni más ni menos que el evangelio según Miguel Ángel, pues al principio no fue ni la palabra ni el acto, sino el gesto. La vida era un gesto de Dios. Miguel Ángel no podía saber que, en esos mismos días, un monje agustino de la ciudad alemana de Wittenberg

había llegado a Roma para solicitar una indulgencia y, una vez regresado a su patria, se había hecho preguntas parecidas a él, hallando similares respuestas. La única diferencia fue que lo que el monje agustino consideró el origen de la vida no fue un gesto de Dios, sino la gracia de Dios. La gracia divina que se expresaba en el gesto hizo cobrar vida al mundo y creó al hombre.

La gran alegoría de la vida que Miguel Ángel había confeccionado en la pared, miembro a miembro, cuerpo a cuerpo, se la había arrancado a Dios. Algunas veces experimentaba la sensación de que había realizado un compendio de la existencia, al igual que

Dante en su *Divina comedia*, solo que en lugar de palabras y versos había utilizado cuerpos y colores. Poco a poco fue consciente de que aquella era la obra por la que había querido representar el amor. Cuanto más clara era su conclusión, con más pasión y consagración trabajaba. Todo su sufrimiento, todo el tormento que se infligía a sí mismo le convertían en Dios, creando el mundo en la capilla Sixtina.

Lo único de lo que se preocupó Miguel Ángel en aquel tiempo fue de la creación de su arte. Apenas era consciente siquiera de la existencia de Francesco. Luchaba con la soledad y

con Dios mientras Rafael pintaba en la *stanza della segnatura* la *Disputa del sacramento* con gran alegría y los pilares del crucero de Bramante comenzaban a alzarse hacia el cielo como cuatro poderosos brazos dispuestos a agarrar el firmamento. A pesar de las enemistades y la competencia que reinaba entre los artistas, Julio obtuvo la impresión de que, a su alrededor, estaba surgiendo una nueva Jerusalén.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1510

Lejos de los dominios de los artistas y de las luchas abiertas con mayor o menor estrépito contra las pinturas y las piedras, con lo que, cada vez, iban sometiendo sus vidas a la fuerza creadora que se alzaba como auténtica señora de la Ciudad Eterna, el cardenal Catalano comenzaba a preparar sus defensas. Había sufrido una aparatosa

derrota. Desde su desliz, el papa solo se encontraba con él cuando no podía evitarlo. Era casi un milagro que Julio no lo hubiera retirado de su cargo como arcipreste de San Pedro y, en su lugar, hubiera colocado al librepensador de Francesco Alidosi. Giacomo era lo suficientemente inteligente como para comportarse con corrección y no oponerse a Bramante para irritar aun más al papa.

El cardenal esperaba que el tiempo trabajara a su favor. La *Archiconfraternita* debía renovarse, recuperar fuerzas. Desde que el sepulcro del príncipe de los apóstoles se encontraba a cielo abierto en medio de

las ruinas y los constructores y todo tipo de gentuza pululaba a su alrededor, los encuentros en su antigua sede quedaban terminantemente prohibidos. Giacomo había reunido a sus hermanos en un lugar distinto y más seguro.

La ciudad yacía plácida bajo el cálido y oscuro manto de la noche. Las estrellas relucían en el firmamento y olía a hierba quemada y a anís silvestre. Aquí y allí podían oírse los cánticos de hombres borrachos y tambaleantes y los gritos agudos de las mujeres. Giacomo lucía unos pantalones negros de terciopelo y un jubón de cuero del mismo color. Una oscura boina le cubría la cabeza. No quería llamar la atención

y por eso se había desprendido del hábito dominico. Con pasos apresurados dejó atrás el Panteón y llegó hasta la entrada de la abadía dominica situada junto a la iglesia de Santa Maria Sopra Minerva. Bajo el cobijo de su orden lograrían la discreción más segura.

Los hombres iban a reunirse en una sala junto a la biblioteca. Giacomo pensó con tristeza en su desmenuzado grupo. La *Archiconfraternita* ya no contaba con doce miembros, como habían acordado de acuerdo al número de los apóstoles, sino solo con cuatro: el teólogo Prierias, los cardenales Oliviero Carafa y Alessandro Farnese, así como el propio Giacomo. Uno tras

otro fueron entrando en la sala con una capucha cubriéndoles el rostro, hasta llegar a la gran mesa redonda sobre la que dos candelabros con velas encendidas iluminaban la estancia. Tras un rezo conjunto, los hermanos se retiraron las capuchas y se sentaron a la mesa.

—Somos pocos —comenzó Giacomo—. Muchos de los hermanos más distinguidos han ido muriendo en los últimos años. Solo puedo pensar con tristeza en el papa Pío III, en el divino Roberto de Lecce y en todos los demás hombres honorables que hemos perdido.

—Ciertamente nuestro número se ha reducido —lo interrumpió el cardenal

Farnese, que debía su nombramiento a las ilícitas relaciones de su hermana Giulia con el papa Alejandro VI, hecho que trataba de hacer olvidar mediante sus piadosas ideas.

Sus ojos pequeños pero extraordinariamente vivos en su rostro fino, en el que destacaba una nariz angulosa, le otorgaban un aire de astucia.

—¡Necesitamos hombres de fe!

Decidieron por unanimidad aceptar en la hermandad al obispo de Chieti, el sobrino de Oliviero, Gian Pietro Carafa e hicieron pasar al ascético sacerdote que aguardaba en el pasillo. Sus fulgurantes ojos delataban un cierto

fanatismo. Cuando Giacomo dirigió la iniciación de aquel hombre de su misma edad, recordó su propia introducción en la hermandad, hacía quince años. Tras su juramento y el lavado de pies habló sobre la necesidad de proteger la verdadera fe frente al fortalecido paganismo, la herejía y el pecado incluso entre las filas de los altos cargos sacerdotales.

—Se comportan como los dioses paganos, festejando sempiternas bacanales para burlarse de nuestro Señor —criticó él y después preguntó su opinión al nuevo hermano, Gian Pietro Carafa.

—De la misma manera que tu orden

realiza juicios inquisitoriales en las provincias, necesitamos un organismo que trabaje desde el centro mismo de nuestra Iglesia, en la sede del sucesor de Pedro. Nuestro hermano Tomás de Torquemada ha obtenido grandes éxitos renovando la institución de la Inquisición, a la que ha centralizado y reforzado —respondió el obispo de Chieti.

—¡Exacto! Necesitamos una Inquisición universal, pero no solo para una diócesis o para una provincia, ni siquiera para un país, sino para todos los territorios: un organismo central que se amplíe a toda la cristiandad —apoyó el cardenal Farnese.

—Y que devuelva la cordura a esta ciudad rebelde y pagana —anunció el corpulento dominico Silvestre Mazzolini, al que llamaban Prierias por su ciudad natal.

—¡Para crear semejante institución tendríamos que contar con un papa entre nuestras filas! —argumentó el cardenal Farnese.

—¿Si fueras papa crearías esa institución, fray Alessandro? —preguntó Giacomo con seriedad.

—¿Por qué no quieres aceptar ese cargo tú, fray Giacomo? —replicó éste.

—Porque como español no tengo ninguna posibilidad y lo sabes. Tú, por el contrario, provienes de la más

elevada aristocracia romana: ¡tú podrías conseguirlo!

«Necesitamos con urgencia un papa entre nuestras filas que encienda la gran hoguera de la purificación», pensó el arcipreste. Desde el punto de vista de Giacomo, Alessandro Farnese era el hombre que podía lograr la cátedra de San Pedro tras el fallecimiento de Julio II.

Obrarían inadvertida y discretamente para convertir la hermandad en precursora y modelo de una futura Inquisición universal y absoluta. Hasta la muerte del papa en curso, que no parecía encontrarse muy lejana, hasta que llegara la hora en que

se iniciara su edad dorada, no debían permanecer inactivos: había que aprovechar cada minuto disponible.

Imperia se encontraba en la galería observando el parque. Un viento suave ascendía desde el río. Desde hacía un par de días, las fuentes manaban sobre las pilas de diferentes tamaños. Debería sentirse feliz. Vivía con el hombre más solicitado de Roma en uno de los palacios más hermosos del mundo. Estaban prácticamente casados y, tras la boda, se llevaría consigo a su hija. Con el tiempo se olvidaría que hubo una época en la que se la consideró la más célebre cortesana de Roma. Casi había logrado su objetivo de convertirse en

una auténtica *donna* romana. Si tan solo desapareciera ese maldito «casi»... La palabrita «sí», pronunciada ante un altar, era lo único que le faltaba para ser completamente feliz. Imperia suspiró profundamente antes de adoptar una expresión risueña, pues vio que Chigi y el pintor Rafael se aproximaban a la casa a través del jardín dispuesto junto al Tíber. En la distancia, parecían dos hermanos que conversaban con animados gestos. Sin apartar la mirada de los dos hombres, Imperia señaló a un criado que sirviera zumo de fresas.

Todo el mundo estaba entusiasmado con el joven artista de Urbino. Con su cabello negro y brillante, sus ojos

oscuros y ardientes bajo una frente digna, el mentón prominente y la boca expresiva, resultaba tan encantador, tan proporcionado y bello como si fuera uno de sus propios cuadros. De hecho, Rafael parecía pintado por Rafael. No sin orgullo, Imperia pensó que su amante mantenía una buena figura incluso en comparación con semejante adonis. Los dos alcanzaron la altura de la fuente primaveral y la saludaron. Ella les devolvió el gesto. Se sentó entonces en una de las butacas situadas en la galería. Los dos hombres ascendieron por las escaleras.

—Rafael ha tenido una idea magnífica para pintar la galería. Osada,

pero hermosa —se apresuró en exclamar Chigi.

—No habría esperado otra cosa. Así pues, no prolonguéis más mis sufrimientos y contádmelo todo —dijo Imperia.

Rafael se situó frente a ella y abrió los brazos en un ademán teatral pero elegante.

—No habrá nada en las paredes —explicó—. Aparte de un par de ornamentos, por supuesto. Pero en las pechinas y contrafuertes, así como en la cubierta, un par de amigos y yo pintaremos imágenes fijas sobre un fondo azul suave y optimista. Las imágenes compartirán un único tema:

Amor y Psique.

—La historia del amor, pues —
repuso Imperia.

La idea le gustaba.

—Sí, pero la historia del amor
terrenal, ¡del amor entre hombre y
mujer! —exclamó Chigi, entusiasmado,
y arrojó a Imperia un beso.

A continuación, el pintor propuso
iluminar las paredes y el suelo
coloreándolos en distintos tonos de azul.

—La gente creerá que flota por la
loggia —exclamó Chigi.

—Como arrastrado por la felicidad
del amor —prosiguió Imperia con voz
tenue.

Irradiaba pura felicidad, la más

terrenal, buena y hermosa de las dichas. Ni Agostino Chigi ni Rafael podían saciarse de la imagen que ella constituía en aquel momento.

Por la noche, Imperia y Agostino se amaron despacio y prolongadamente. Llegada la mañana, ella le susurró al oído que había soñado con que llevaba a su hija a vivir con ellos.

—Entonces, hazlo —dijo él con una sonrisa.

—¿De verdad?

Él asintió. Imperia apenas podía soportar tanta felicidad. Todo, todo aquello que había soñado alguna vez se cumplía finalmente. Le besó el lóbulo de la oreja, después se lo llevó a los labios

y lo mordió de forma tan placentera como dolorosa. Él emitió un ligero grito. Imperia se levantó y se colocó frente al espejo con pose majestuosa. Después, se dirigió a la ventana y miró a través de ella.

—Me gustaría que nos casáramos a final de primavera o del verano. Así podríamos realizar el convite junto al Tíber y festejarlo al aire libre. Y cuando los pardillos comenzaran a cantar, podríamos retirarnos discretamente al lecho nupcial. Tú, mi querido Agostino, fingirías que soy doncella y yo pretendería carecer de experiencia. Entonces, tú serás el primer hombre para mí y el mundo volverá a funcionar

correctamente.

Agostino se levantó y se dirigió hacia ella. Ella tomó su rostro entre las manos y trató de leer sus ojos. Lo que encontró fue reflexión.

—¿No te gustaría?

—Trae a tu hija a vivir con nosotros.

—Después de la boda. Quiero ofrecerle una familia como es debido.

—La boda aún tendrá que esperar. Todavía no ha pasado tiempo suficiente —dijo él, le soltó las manos y se dirigió a la puerta—. Ven, vamos a desayunar.

Entonces rio con aquella risa suya, alegre y campechana, que Imperia odiaba porque era la que utilizaba cuando cerraba un negocio.

Bramante vivió desde la distancia la pomposa entrada de Imperia en el *palazzo* de Chigi. Aunque no se habían casado, parecían la pareja real de Roma, la pareja ideal. Una riqueza legendaria y una belleza fabulosa, parecían hechos el uno para el otro: el rey de los banqueros y la reina de las cortesanas. Celebraban fiestas lujosas y enriquecían cualquier acontecimiento social con su presencia. Todo el mundo ansiaba desesperadamente serles de agrado y poder saludar a la pareja en su propio hogar. Bramante guardaba las distancias y procuraba cada vez con más ahínco encontrar maneras de zafarse de

aquellas fiestas. Aunque adoraba a su pequeña familia, añoraba a Imperia, a pesar de los años transcurridos. La echaba de menos a ella y a sus caricias, que ya no quería recibir de ninguna otra mujer. Día tras día iba volviéndose más reflexivo y, mientras observaba a Lucrezia convertirse en una mujer, también más devoto y creyente. Meditaba con creciente ansiedad acerca del mundo en el que su hija adoptiva debería vivir. No albergaba dudas acerca de su aportación a la arquitectura: estaba convencido de que las obras que había creado y las mejoras realizadas en la ciudad harían mejor la existencia. Sin embargo, ¿qué valor real

tenía? Bramante se habituó a leer una edición italiana de la Biblia antes de dormir. Estudiaba una y otra vez, particularmente, los diez mandamientos, pero también el *Libro de la verdad* y, por supuesto, los escritos visionarios de Juan de Patmos que no le turbaban profundamente.

Finalmente, Julio II le ofreció el puesto de custodio del sello, el *pombatore* para el que, según antigua costumbre, era necesario pertenecer a la orden cisterciense. Encargarse de la apreciable tarea de sellar las bulas papales suponía el nada despreciable salario de ochocientos escudos anuales, a los que él renunció. Era la cercanía

espiritual a la orden hermana de los templarios, los cistercienses, lo que lo atraía. Los *Fedeli d'Amore* habían mantenido una estrecha relación con la orden de los caballeros hasta su disolución, pues los templarios habían erigido su sede sobre las ruinas del templo salomónico en Jerusalén. Los aliados del amor se remontaban a los días de Salomón y Hiram, el constructor del templo. El célebre cisterciense y santo Bernardo de Claraval había destacado como protector del Temple.

Aquellos motivos impulsaron a Bramante a entrar en la orden de los cistercienses y vestir el hábito burdo y blanco de los monjes. Algunos lo

consideraron una manía, una mera extravagancia de un artista peculiar a quien, desde su demolición de las columnas de la basílica de San Pedro, llamaban Il Ruinante. Otros se burlaron diciendo que, a todas luces, era demasiado avaro como para comprarse ropa decente. Cuando semejantes rumores llegaban a sus oídos, Bramante simplemente se reía. Se sentía como un monje de la arquitectura. Los trabajos en el *cortile di Damaso*, en el Vaticano, en el *palazzo dei Tribunali*, en el coro de Santa Maria del Popolo y en la reconstrucción de la iglesia de Santi Celso e Giuliano in Banchi se unieron a su labor en la *via Giulia*, el Belvedere y

San Pedro. Inició, además, negociaciones con el protonotario papal Adriano Caprini para la construcción de un *palazzo* en el Borgo. Y esos eran solo sus proyectos más importantes. El tiempo que le restaba lo pasaba con Lucrezia.

Una bonita tarde de verano, regresaba a casa tras una conversación con Rafael. El pintor le había mostrado lo que ya había concluido de su *Disputa* y Bramante había quedado sobrecogido. Rafael había entendido la idea de Pico sobre la coincidencia de la sabiduría pagana con la revelación cristiana, aproximándose instintivamente el

pensamiento de los *Fedeli*. A la derecha, al fondo, se alzaba un templo luminoso y amable, mientras que a la izquierda aparecía una iglesia. Bramante pudo reconocer en el fresco a Dante, Bernardo de Claraval y, finalmente y para su propia sorpresa, incluso a sí mismo. Aparecía a la izquierda de la imagen, apoyado en una balaustrada y explicándole a una criatura angelical y joven con los rasgos de Lucrezia el contenido de un libro. Sin embargo el ángel, vestido de azul y dorado, se limitaba a señalar la custodia sagrada como símbolo del milagro del amor.

Bramante quedó tan profundamente conmovido por la imagen que le habló a

Rafael de los *Fedeli*. Quería tomarlo como miembro de la hermandad. El pintor se sorprendió y declaró que se sentiría muy honrado. Para cuando se despidieron se habían prometido que la ceremonia tendría lugar en un plazo inferior a catorce días.

Durante todo el camino a casa Bramante experimentó un humor excelente. Cuando entró en casa, no obstante, sintió una tensión extraña. Oyó ruidos vagos y susurros anhelantes. Se deslizó por el pasillo hasta un pequeño jardín, un hermoso *giardino segreto* que había hecho plantar. Sobre el banco de mármol bajo un imponente manto de estrellas descubrió una gran sombra que,

bajo un examen más preciso, consistía en una pareja que se besaba y conversaba en susurros. Sus caricias eran inocentes, anhelantes y cuidadosas. No era la forma salvaje en la que él solía tomar a las mujeres. Aquella imagen lo conmovió y se aproximó para espiar a quienes creyó que sería un criado y una doncella. Sin embargo, reconoció entonces a Lucrezia y Antonio. Loco de ira pero también lleno de pena, surgió de los arbustos. Los dos jóvenes se separaron de golpe, asustados. La furia no permitía hablar a Bramante. Lucrezia agachó la mirada y Antonio se levantó.

—*Messèr* Donato, quisiera casarme

con Lucrezia —dijo, con voz firme.

—¡Ella no está hecha para ti! —
bramó el arquitecto—. Está destinada a
casarse con un hombre rico o con algún
aristócrata, ¡no con un simple
constructor!

—Pero, ¿no habéis dicho siempre
que, como arquitectos, somos los
señores del mundo? —repuso Antonio,
obstinado y sin dejarse impresionar por
la furia de su maestro.

Aquello solo logró encender aun
más la ira de Bramante.

—Puedes estar seguro de que no
seguirás viviendo en esta casa. ¡Vuelve
con tu tío Giuliano!

—Maestro...

—¡Vete! —exclamó Bramante con frialdad, señalando con la mano la vivienda—. ¡Ya!

Lucrezia quiso protestar, pero él le ordenó que se fuera a su habitación. Ascanio recibió el mandato de impedir cualquier tipo de contacto entre Antonio y ella.

PARTE III

LA CAÍDA DE LOS DIOSES

«Su riqueza se extendía por toda la tierra, igual que su gloria, hasta el fin del mundo. Se elevaron hasta los cielos pensando que nunca caerían. Rodeados de sus riquezas, actuaron con arrogancia y perdieron la tolerancia...

El pecador orgulloso derribó las murallas fuertes y tú no has

hecho nada por evitarlo. Paganos extranjeros se alzaron sobre tu altar y grabaron en él las orgullosas suelas de sus sandalias. Porque los hijos de Jerusalén profanaron el culto del Señor, ensuciaron las ofrendas a Dios. Por eso el Señor dijo: “Arrojadlas lejos de mí; no encuentro en ellas nada que me complazca”. La hermosura de su gloria nada fue ante Dios, Él despreció sus apariencias. Sus hijos e hijas cayeron en la más triste esclavitud, pusieron argollas en sus cuellos, y los gentiles los marcaron».

Salmos de Salomón, 2, 1-6

ROMA, *ANNO DOMINI* 1512

Imperia sufría. Desde hacía medio año sentía que Agostino se alejaba cada vez más de ella. Cada vez acudía menos a su casa y a menudo prolongaba sus estancias fuera de Roma. También había dejado de apoyar la idea de traer a Lucrezia a vivir con ella. Percibía dolorosamente su desgarró interior. De vez en cuando incluso sentía que él la

observaba, que la examinaba con frialdad, pero al instante siguiente volvía a tratarla con afecto, incluso con una dulzura desmedida, como si lamentara su comportamiento distante. Llegó incluso a tolerar mejor su frialdad que sus exageradas atenciones, pues si bien la lejanía era real, la dulzura resultaba artificial. «Como si me compadeciera», pensó un día. Esa idea le envenenó el alma. Reflexionó sobre el motivo por el cual Agostino podía sentir por ella una compasión similar a si hubiera contraído una enfermedad incurable.

Él cada vez ocupaba más tiempo en viajes, o pasaba la noche en la oficina

alegando tener mucho trabajo. Imperia había pedido a Petronilla que realizara discretas pesquisas. Pudo al menos así estar segura de que él no se estaba entreteniendo con otras mujeres, al menos no del gremio. Tampoco había nadie que tuviera constancia de una amante secreta y, en Roma, no era posible mantener en la clandestinidad un romance, por mucha discreción con que se llevara. En más de una ocasión estuvo a punto de desahogarse hablando con su viejo amigo Donato, pero el orgullo se lo impedía siempre en el último momento. Le resultaría insoportable admitir su fracaso ante el viejo arquitecto, al que amaba de una manera

diferente. Bramante y ella se habían separado persiguiendo sus propios fines: ella, convertirse en la esposa de Chigi y él, construir la basílica de San Pedro. Al menos él cumpliría su propósito.

Un día en que Imperia se encontraba sentada en su cuarto, sumida nuevamente en oscuros pensamientos, un criado anunció una visita femenina. El banquero se encontraba de viaje en Venecia, o al menos eso era lo que le había dicho a ella.

—Llévala a la *loggia* —dijo.

Ella se levantó y echó un vistazo a su reflejo en el espejo. Se apartó un rizo que le caía sobre la cara, cerró un

instante los ojos y contuvo el aliento. Después se encaminó, serena, hacia la galería. No quería hacerse notar. Cuán grande fue su sorpresa cuando el criado acompañó a la estancia a *donna* Lucrezia d'Este, una dama de la más rancia aristocracia italiana. ¿Qué podía querer de ella la condesa?

Donna Lucrezia había vivido, al igual que ella, una juventud turbulenta. Era hija de la cortesana Vanozza Cattanei, la amante del papa Alejandro VI, Rodrigo Borgia, y hermana de César Borgia. Aquel papa había tenido la asombrosa desvergüenza de no considerar con pudor a sus hijos como sobrinos o sobrinas, sino de

reconocerlos oficialmente. Por ese motivo su nombre de soltera había sido Lucrezia Borgia.

—Qué alegría supone vuestra visita, *madonna*, pero, ¿a qué debo tal honor? —quiso saber Imperia, después de que ambas se saludaran y tomaran asiento en la *loggia*.

La condesa ofrecía una impresión tierna, casi cándida. «Ella sí lo consiguió», pensó Imperia, no sin envidia. A pesar de que se contaban las atrocidades más perversas acerca de su juventud, en las que se la acusaba de no ser ajena a pecados tan graves como el envenenamiento o el incesto, cada vez hablaba más a su favor la virtud que,

entre tanto, se había esforzado por cultivar, así como su consagración a sus tareas maternas.

—Debéis saber que siento el mayor de los respetos por vos —comenzó a hablar la condesa—, pero en ocasiones es necesario renunciar incluso a aquello que amamos.

Imperia sintió que todos sus instintos llamaban a rebato y clavó la mirada en Lucrezia.

—Agostino os ama y vos a él, pero es uno de los hombres más ricos del mundo. Su *stato* le obliga a establecer sus negocios sobre una sólida base familiar y, querida mía, no hay nada más sólido que la conjunción de dinero y

aristocracia.

Imperia sintió que se le helaba la sangre en las venas. Comprendió que, incluso antes de aquella visita, ya había barruntado en qué consistía todo.

—En resumidas cuentas, debéis separaros de Agostino, simple y llanamente, para que él pueda casarse con Margarita, la hija del conde Gonzaga.

La condesa guardó silencio y dio tiempo a Imperia para que asimilara la noticia. Imperia apoyó los codos en los reposabrazos del sillón y enterró el rostro entre las manos. En su mente, toda la estructura en la que se habían constituido sus esperanzas se venía

definitivamente abajo, pues no había sido más que una torre de cartas hecha de ilusiones. Margarita era la hija del señor de Mantua y pertenecía a la alta aristocracia. Era evidente que la posición de Agostino le obligaba a establecer una dinastía que asegurara la supervivencia familiar de sus negocios. Ella misma le había prometido a Margarita Saraceni en su lecho de muerte no avergonzar a Agostino y apoyarlo en todas sus maniobras empresariales. Ese matrimonio no debía producirse por amor, sino por simples consideraciones mercantiles. ¿Qué importancia tenía la felicidad de una cortesana frente al destino del

empresario más grande y más rico del mundo? Solo los Fugger, de los territorios transalpinos, podían competir con Agostino Chigi. Ninguna, absolutamente ninguna. Por supuesto.

Precisamente por eso siempre sería una cortesana. Ese pensamiento atravesó a Imperia. Daba igual la inteligencia con la que actuara, en el momento decisivo, siempre la alcanzarían los sentimientos. ¿Cómo había podido llegar a esperar poder huir de su pasado?

Alzó la cabeza.

—Entiendo —dijo ella, serena—. Pero, ¿por qué no me lo dice él mismo?

Aquello era lo que más le dolía.

Lucrezia d'Este le tomó de la mano.

—¡Ay, querida mía! Ya lo sabes: los hombres son terriblemente cobardes, sobre todo en temas de amor.

Aunque en un principio le consoló que Lucrezia le cogiera la mano, los ojos llenos de compasión de la condesa desvanecieron aquella sensación. Al fin y al cabo ella era una cortesana y, por un instante, quiso abandonarse a la mirada compasiva de la condesa. Sin embargo, era una cortesana y desde muy pequeña había aprendido que, en su gremio, no había nada gratis. Se lo había enseñado la mejor maestra del mundo, su madre. Sintió de pronto la trampa. ¿Por qué iba una condesa a comportarse de manera tan amable con una prostituta, aún

cuando su pasado fuera un tanto dudoso? No, todavía quedaba mucho por hablar. Apartó la mano con decisión pero no dejó entrever sus sentimientos.

—¿Qué puedo hacer por Agostino?
—preguntó Imperia mostrándose muy razonable.

—Debéis salir de su vida.

—¿Salir de su vida? Bien. ¿Y qué hará Agostino por mí?

—Pedid lo que queráis. Es un hombre generoso. Un *palazzo*, una renta vitalicia. Todo lo que deseéis.

—¿Lo que yo desee?

La condesa asintió. El rostro de Imperia adoptó una expresión dura. En su interior maduraba una decisión que le

gustaba más cuanto más la meditaba. Todo parecía apuntar en esa dirección.

—No volveré a ver a Agostino — dijo, con voz imparcial y sin emoción—. Lo juro. Actuaré de forma que no deje lugar a dudas ni arrepentimientos, pero para ello Agostino tendrá que adoptar legalmente a mi hija Lucrezia. También deberá buscarle un marido de buen nivel social con el que se entienda bien y hacer un depósito de veinte mil ducados a su nombre en la banca de los Fugger. *Messèr* Bramante, arquitecto de Roma, actuará como fiduciario para cualquier cuestión. El trato quedará cerrado en cuanto se cumplan mis exigencias.

La condesa la observó asombrada

durante un instante y después dio su consentimiento. Imperia pensó que quizás Lucrezia d'Este había comprendido las dimensiones de su decisión. Le dio un beso en la mejilla a modo de despedida y le susurró al oído:

—Os admiro profundamente, aunque sea lo mejor para todos. Me encargaré de que todo se cumpla como lo habéis predispuesto. ¡Os doy mi palabra de madre!

Una semana más tarde, se depositaron veinte mil ducados de oro para Lucrezia, hija de Imperia, en la banca de los Fugger. Poco después, el papa en persona atestiguó y dio fe de la

adopción de Lucrezia por parte de Agostino Chigi. Además de la adopción, se redactó un poder de disposición sobre las posesiones de Lucrezia y se estableció de forma clara que su padre adoptivo arreglaría un futuro matrimonio que fuera del agrado de la joven. Entre tanto, seguiría residiendo con Bramante.

Unos días después, Imperia se encontraba en la galería, observando los chamarices y pardillos que canturreaban en las fuentes y que a ella tanto le gustaban. El sol de la tarde inundaba el jardín de una luz dorada. No corría ni una brisa y el aire olía a hierba seca. Tomó un gran trago de vino tinto de la copa que sostenía en la mano derecha,

mientras que con la izquierda se apoyaba en la balaustrada. En sus ojos se reflejaba una profunda serenidad. Su rostro expresaba casi satisfacción por lo logrado en último término. Conocía su reputación de hetaira divina, de ser la cortesana más codiciada y cara de Roma. Nadie podría volver a llamarla así.

En mitad de la noche Bramante oyó como alguien llamaba con brutalidad a su puerta. Dejó a un lado la Biblia que estaba leyendo. Durante la cena había intentado hablar con Lucrezia, pero no se había mostrado muy receptiva a argumentos racionales. Aún se

encontraba malhumorado por aquella disputa y saltó de la cama. Con un gruñido se echó encima un manto. Bajó las escaleras junto con Ascanio, que llevaba ya la espada de la mano. En el vestíbulo se encontraron con el ayuda de cámara de Imperia. Estaba sin aliento y parecía conmovido.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Bramante, sintiendo que el miedo le paralizaba el corazón.

—Venid, venid pronto, ¡madonna Imperia se encuentra en su lecho de muerte!

La noticia alcanzó a Bramante como un rayo. Tras un instante de pánico, agarró al mensajero por los hombros y

lo agitó con energía.

—¿Cómo que muerte? ¡Dime de inmediato qué ha ocurrido, cretino!

—*Messèr, messèr* Donato, ¡ella misma se ha envenenado!

—¿Que se ha envenenado? ¿Ella misma? ¿Estás seguro de que no ha sido otra persona quien lo ha hecho?

—Completamente.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué no ha acudido a mí? ¿Es que no era feliz? — exclamó y, mirando a Ascanio, ordenó de inmediato—. Despierta a Lucrezia, ¡rápido! Y venid de inmediato al *palazzo Chigi*.

Y con esto, salió a toda prisa de casa.

Fieras ráfagas de viento lo azotaron, silbando por entre los frontones de las viviendas mientras Bramante avanzaba a toda prisa por las calles. Unas nubes negras como el carbón surcaban el aire a una velocidad vertiginosa sobre la Ciudad Eterna. Media hora más tarde alcanzaba la elegante escalinata que conducía al primer piso del *palazzo* de Chigi, donde se ubicaba el dormitorio. Ante la puerta abierta, en el pasillo, se encontraba Agostino Chigi. Parecía una sombra de sí mismo y en sus ojos se vislumbraba una desesperación que rozaba la locura. Miró a Bramante, pero no lo reconoció. En el dormitorio de Imperia se encontró con Bonet de Lattes.

Dirigió un asentimiento de cabeza al arquitecto a modo de saludo y después se volvió al banquero.

—Debéis ser fuerte. Mis artes han fracasado ante la fuerza del veneno. Ya no hay nada que pueda hacer por ella.

—¿Y si se le forzara el vómito?

—Es demasiado tarde. El veneno campa ya a sus anchas por los fluidos púrpuras bajo la piel y le está paralizando el corazón.

—No ha sido el veneno, sino mi traición, lo que la ha matado —murmuró Chigi y derrumbándose.

—Id dentro, ¡los dos! Quiere veros a ambos.

Bramante entró en la habitación

siguiendo a Chigi, encogido como un perro apaleado. El fresco de Sodoma con la Roxana casi desnuda le pareció en aquel momento absolutamente fuera de lugar. Imperia yacía, pálida hasta casi translucir, sobre la cama. No absolutamente ida pero tampoco anclada ya a este mundo. El corazón de Bramante se retorció de un dolor tan profundo que creyó que se le iba a detener en cualquier momento.

—Los dos hombres de mi vida — susurró Imperia con una sonrisa tierna.

Sus manos largas y suaves señalaron el borde de la cama. Inseguros, los dos hombres quisieron dejar al otro dar el primer paso, Bramante a Chigi porque

sabía que éste había sido el marido no oficial de Imperia y Agostino a Bramante por la profunda culpabilidad que lo atenazaba.

—No tenemos tiempo para las formalidades —dijo finalmente el arquitecto y se sentó a la izquierda, mientras el banquero hacía lo propio a la derecha.

Ella posó los dedos en los labios de los dos con dulzura, ordenándoles callar.

—Jurad que haréis todo lo que esté en vuestra mano en favor de Lucrezia. ¡Juradlo por Dios! ¡Por vuestra salvación eterna!

Los dos hombres alzaron la mano y

realizaron el juramento.

—No te aflijas, Agostino, y cástate con la condesa. Vivimos buenos momentos. He sido muy feliz. ¡Muy feliz! —el dolor deformaba los rasgos de Imperia, pero ella luchó valientemente contra ello—. ¿Acaso no sabéis que es siempre mejor irse antes de apurar toda la copa? —miró hacia la puerta y una sonrisa se dibujó en sus labios—. Dejadnos solos —susurró.

En la puerta se encontraba Lucrezia, blanca como la cal y con ojos desencajados de terror. Los dos hombres salieron en silencio de la habitación. Ya en la puerta, se miraron en silencio. Bramante se encontró en el acuciante

dilema de si realmente quería abrazar o moler a palos al banquero. En el fondo deseaba las dos cosas. Un ligero susurro surgía de la habitación, como dos muchachas que charlaran sobre nimiedades. Bramante temió perder la razón. Entonces, el estremecedor chillido de Lucrezia rompió el silencio.

En ese mismo momento, ni más ni menos que el papa Julio II apareció por la escalera y pasó frente a los hombres que aguardaban frente a la habitación. Con un par de pasos alcanzó la cama. Cerró los ojos de Imperia y dibujó la señal de la cruz con el pulgar sobre sus párpados. Después, tomó la mano de Lucrezia.

—Ven, mi niña, recemos.

Se arrodillaron juntos, con las manos unidas, la muchacha de quince años y el vicario de Cristo de sesenta y nueve. De rodillas, rezando por una cortesana. Nunca había estado el papa tan cerca de aquel Dios que había perdonado a María Magdalena.

Aquella noche se desató una terrible tormenta de truenos y granizo sobre Roma. Las piedras de hielo eran tan grandes como huevos de paloma. Dos días después se propagó por toda la ciudad un epigrama del poeta Gian Francesco Vitale. Agostino Chigi lo había encargado: «Los antiguos perdieron un imperio pero nosotros,

nosotros perdimos un corazón».

Agostino Chigi vistió el luto. Levantó a Imperia un imponente mausoleo e hizo que la enterraran en Santa Maria del Popolo. En el mismo templo erigió una capilla en la que debían enterrarlo también a él, cerca de la mujer a la que había amado. El matrimonio con Margarita Gonzaba nunca llegó a llevarse a cabo. Se guardaron las formas al propagar que Margarita había cambiado de opinión en el último minuto.

Poco tiempo después de la muerte de Imperia, Bramante pidió a Antonio que volviera a residir en su casa y lo

ayudara a consolar a Lucrezia, no sin antes hacerle jurar que no la seduciría ni la deshonraría. En cualquier caso, Antonio tuvo que alojarse en el ático mientras Lucrezia permanecía en su cuarto junto al de Bramante. El arquitecto confiaba ciegamente en su ayudante, pero no en la fortaleza de su cuerpo.

Ver a Antonio a diario proporcionó algo de consuelo a Lucrezia, si bien compartían muy poco tiempo. La construcción de San Pedro lo mantenía en vilo más de catorce horas al día, pues por deseo del papa debían completar el coro occidental tan rápido como fuera posible. El mismo coro que tanto

Bramante como él consideraban superfluo. Por ese motivo, la edificación del crucero iba perdiendo fuerza, lo que enfurecía a Antonio pero a Bramante lo deprimía hasta el punto que comenzó a perder interés en los progresos de su edificación y a preferir ocuparse de sus restantes proyectos. Así, toda la carga de la construcción de San Pedro recayó en los jóvenes hombros de Antonio. El tiempo que le restaba lo pasaba con Lucrezia, algo tan duro como maravilloso, pues su amor crecía día tras día y mantener la promesa de abstinencia suponía toda una tortura para los dos jóvenes.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1512

La flor y la nata de la sociedad de Roma se presentó en la inauguración de la capilla Sixtina para asombrarse con aquel milagro de figuras y colores. Miguel Ángel permanecía en un lateral, mirando con desconfianza a su alrededor. ¡Qué le importaba a él toda esa gente! Se sentía vacío y cansado. Había dado lo mejor de sí en aquel

techo y, finalmente, se encontraba agotado como Dios al séptimo día, ansiando, igual que él, poder descansar. Giovanni de Medici se dirigió hacia él con los ojos resplandecientes.

—¡Te has superado a ti mismo, Miguel Ángel!

—Muchísimas gracias —respondió el artista con frialdad.

Deseaba que Giovanni no se hubiera dado cuenta de que el ángel en cuya nuca apoyaba Dios su brazo izquierdo lucía los rasgos de Contessina y los observaba con los ojos de su hermana.

El cardenal sonrió, misterioso, y se inclinó hacia Miguel Ángel con ademán de camaradería.

—Cuando veo todos estos cuerpos en su bella perfección, no puedo evitar pensar en Piero y mostrarme agradecido hacia él.

—¿Por qué hacia Piero?

El pintor no entendió la alusión. A Giovanni le divertía tomarle el pelo.

—Pues muy sencillo. Explícame pues si no cómo habrías sido capaz de pintar esos hermosos cuerpos desnudos de forma tan vívida y real si no hubieras realizado aquellos dibujitos para mí y Piero no te hubiera llevado con ese propósito a los establecimientos correspondientes. Dios es omnipotente y omnipresente —rio Giovanni de Medici y dejó a Miguel Ángel donde estaba,

pues había descubierto al cardenal Petrucci y quería tener inmediatamente un par de palabras con él.

Miguel Ángel ardía de rabia. ¿Cómo podía osar ese Medici arrastrar su creación por el fango, comparar a Dios y a los hombres, los profetas y las sibilas, con las putas y los chaperos de los burdeles de Florencia? Sintió que iba a perder el control de sus nervios hasta que una voz amiga resonó en sus oídos.

—¿No te encuentras bien, hijo mío?
—preguntó Julio II.

El artista se forzó a recuperar la serenidad.

—Estoy bien, santo Padre. Todo está

como debe.

—Es todo obra tuya, Miguel Ángel. Has retratado la vida, la auténtica vida real. Y ahora que por fin está todo concluido, ¿podrás regresar finalmente a nuestra tumba!

—Pensaba que habíais rechazado ya ese proyecto —dijo Miguel Ángel, sorprendido.

—Por supuesto que no, pero primero era necesario que acabaras tu trabajo aquí. Ahora debes darte prisa, hijo mío.

—¿La labor de *messèr* Donato avanza de manera adecuada o tendré que situar vuestra tumba al aire libre?

Miguel Ángel no quiso desaprovechar la ocasión para

desahogar la rabia residual que la malicia de Giovanni de Medici había originado atacando a su odiado competidor.

—Le hemos ordenado que desplace su atención del crucero y se centre en, al menos, concluir el coro occidental. Pero, ¡no te demores! Ya sabes que no disponemos de mucho tiempo, de nada de tiempo en realidad. ¡No tardará en llegarme la hora!

Miguel Ángel quiso mostrar su desacuerdo con esa opinión pero el papa no se lo permitió. No quería oír ninguna alabanza hueca ni cumplido absurdo sobre su estado de salud: ya sentía con demasiada claridad el inicio de su

declive físico.

Miguel Ángel debía haber esperado, pero aquella misma tarde retomó su trabajo en el mausoleo de Julio II. No quería concederle a Bramante el triunfo de encontrarse en el coro occidental completado preguntando a viva voz dónde estaba la tumba. Pero tampoco avanzaba. La escultura ya no le excitaba, no le inspiraba, incluso llegaba a aburrirle. Tras pintar los frescos de la Sixtina, volver a trabajar en la tumba le parecía casi una broma. Hubiera preferido aceptar otro encargo pues, de hecho, las solicitudes se le acumulaban en casa, cada una más seductora que la

anterior. Sin embargo, no podía permitirse ignorar la voluntad del papa, a pesar de que la tumba era el último encargo que le apetecía realizar. Así pues, Miguel Ángel trabajaba hasta el agotamiento y se sentía arrastrado a un infierno en el que la destreza y la experiencia debían reemplazar la inspiración que se le resistía. Sentía que el trabajo lo consumía y no podría resistir así mucho tiempo.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1513

La tarde del 20 de febrero de 1513, el cardenal Giovanni de Medici recibió una convocatoria urgente para el Palacio

Vaticano. Se dirigió a pie al Borgo acompañado de Bibbiena y de dos espadachines. Sabía que el papa se encontraba en su lecho de muerte.

Cuando penetró en el dormitorio, los restantes cardenales se habían reunido ya allí. Julio le dirigió una mirada cortante.

—Me alegro de que estés aquí, Giovanni, hijo mío —dijo en italiano, antes de proseguir en latín—. *Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa.* Rezad por mí pues he sido el mayor de los pecadores. No he llevado el importante cargo que Dios me concedió como debía. No he procurado suficiente paz. Dedicué demasiado tiempo a la

política y ni siquiera he logrado con eso, o precisamente por eso, liberar Tierra Santa. Vosotros, por vuestra parte, guardaos de la arrogancia y de la pereza en la fe. Rezad con pasión y cumplid estrictamente los mandamientos. Temed sobre todo a Dios, ¡pero temeos también a vosotros mismos! Basaos en mis bulas para elegir al nuevo vicario de Cristo y guardaos de la compra de títulos y de la corrupción. Dejad que sea únicamente el Espíritu Santo el que os guíe. Reunid a todo el cónclave, pues debe ser él y no un concilio el que elija al papa. Excluid solo a los cardenales cismáticos. Aunque los considero hombres de buen corazón, no deben ser elegidos papa.

¡Como vicario de Pedro, debemos observar el derecho canónico con rigurosidad!

Había hablado con voz firme y clara. Sus rasgos volvieron entonces a suavizarse y pidió en italiano que su sobrino, el duque de Urbino, recibiera como cargo vitalicio el vicariado de Pesaro. Tras esto, sus fuerzas se agotaron y murmuró con voz apenas audible:

—«*Locutus est Dominus ad Mosen dicens loquere Aaron et filiis eius sic benedicetis filiis Israhel et dicetis eis benedicat...* Que el Señor te bendiga y te guarde, que el Señor haga resplandecer su faz sobre ti y te de su

gracia. Que el Señor vuelva su rostro y te traiga la paz. Así invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel y yo les bendeciré».

Tras bendecir a los cardenales, su criado le ofreció una bebida con oro líquido. Su médico esperaba lograr una cierta mejora en su estado físico con aquella medicina. Sin embargo, las fuerzas que lo habían acompañado a lo largo de su vida lo abandonaban. Los cardenales lo velaban en su lecho de muerte y Giovanni de Medici reflexionaba en silencio sobre los caprichos del destino.

No se había encontrado presente durante la muerte de su padre que tanto

había transformado su vida y la de su familia, incluso la de sus amigos y la de la buena ciudad de Florencia. No había podido despedirse de Lorenzo el Magnífico. Nunca había hablado de ello con nadie, ni siquiera con su querido hermano mayor Piero, pero era algo que seguía doliéndole incluso entonces. Aquella última conversación que nunca había llegado a producirse había cambiado su vida para siempre. Podía sentirlo. Y lo que se le había negado con su padre real, se le ofrecía ahora con aquel extraño a los que todos denominaban santo Padre. Siempre había apreciado a Julio, incluso lo había temido, pero nunca admirado, ni amado.

Al único ser al que Giovanni de Medici, el hombre del rostro infantil, redondo y mofletudo había admirado y amado había sido a Lorenzo, al que llamaron el Magnífico. No, aquella conversación perdida le quemaba el alma. El único consuelo que lograba encontrar consistía en que sabía perfectamente cuál habría sido la voluntad de su padre, aunque no se la hubiera confiado personalmente: devolver Florencia a los Medici, recuperar la soberanía de la ciudad. Los Medici no podían existir sin Florencia, de la misma manera que Florencia no podía existir sin los Medici. La decadencia de la ciudad bajo el gobierno de Savonarola y del *galfoniere*

Piero Soderini lo había demostrado. Solo había una vía para poder llevar a cabo esa voluntad y era a través de la cátedra de san Pedro. En todo ello pensaba Giovanni mientras acompañaba al moribundo pontífice en su último tránsito junto con el resto de cardenales.

Poco después de la medianoche Julio pasó a mejor vida. Aquel hombre al que todos habían considerado un gigante parecía pequeño y frágil. A la mañana siguiente, dispusieron su cadáver en la fría y expuesta basílica de San Pedro, en un punto en el que la lluvia no lograra filtrarse. La población se arremolinó en torno a la basílica y, con las cabezas gachas y lágrimas en los

ojos, presentaron sus respetos a Giuliano della Rovere, quien a sus ojos había sido un gran papa y un gran soberano.

Tras el velatorio, Giovanni de Medici llevó a un lado al arcipreste de San Pedro, el cardenal Catalano.

—¿Por quién votaréis en el cónclave?

—¡Ya lo veréis cuando estemos en él!

Giovanni de Medici sonrió e inclinó la cabeza.

—Votaréis por nuestro bienamado hermano Alessandro Farnese. Sin duda lo merecerá, pues es un hombre magnífico. Sin embargo, los cardenales

más jóvenes prefieren que sea yo quien suceda a nuestro querido Julio. Es un deseo que debo aceptar con caridad cristiana a pesar del esfuerzo que me supone. Además de los jóvenes, hay un par de hermanos de edad más avanzada que también apoyan esta idea. No deberíais cerraros a su sabiduría.

El dominico observó atónito al Medici.

—¿Por qué debería elegiros?

—Porque así saldaríais la deuda que contrajisteis con la muerte del conde Giovanni Pico della Mirandola. Debéis saber que el príncipe de Concordia fue uno de mis maestros, a quien yo reverenciaba y apreciaba

profundamente.

El arcipreste observó al cardenal consternado, pero continuó sereno la conversación.

—Podéis creerme si os digo que yo mismo no habría dado crédito a tan espantoso acto y os habría defendido sin dudar si no me hubieran presentado pruebas irrefutables de la medida de vuestro pecado y vuestra depravación.

Giacomo observó al Medici y reflexionó largo rato. Finalmente, anunció:

—Si nombráis a fray Giocondo arquitecto responsable de San Pedro, os votaré.

—Solo tras la muerte de Donato.

—Evidentemente tras la muerte de Bramante.

El hijo de Lorenzo el Magnífico había convertido hábilmente la exigencia del arcipreste en una apuesta. Fray Giocondo era al menos tan mayor como Bramante. Nadie podría saber a quién de los dos le llegaría primero la hora.

Cuando Lucrezia llegó a la plaza de San Pedro acompañada por Antonio, se había reunido ya en ella una multitud inabarcable en la que era necesario andar con cuidado para no acabar aplastado.

Al mismo tiempo, Ascanio se

despedía de Bramante. Ya no quedaba para el guardaespaldas nada por hacer y sentía el deseo de partir en pos de nuevas aventuras por el mundo antes de volverse mayor y perezoso. Además, había podido comprobar con horror que su amor por Lucrezia crecía más día tras día, semana tras semana, mes a mes. Temía terminar haciendo algo impensable y prefirió poner distancia entre ellos. Ascanio había elegido ese momento porque Lucrezia se encontraba ausente y no sabía si sería capaz de soportar la despedida. Aquellos dos hombres que habían vivido tantas experiencias juntos se abrazaron de corazón y se despidieron con la idea de

que probablemente fuera para siempre.

Lucrezia y Antonio acababan de encontrar un buen sitio cuando el cardenal Alessandro Farnese, con rostro impenetrable, anunció que había un nuevo papa, el muy ilustre cardenal Giovanni de Medici, que tomaba el nombre de León X. El pueblo estalló de júbilo, pues Giovanni de Medici era un hombre querido por su generosidad y su naturaleza amable. Ya de camino al *palazzo* de Bramante, oyeron el epigrama que se extendía como un reguero de pólvora: «Primero reinó Venus; después llegó el dios de la guerra. Ha llegado tu día, venerada Minerva». Con todo ello, el poeta

describía los amoríos del papa Borgia, Alejandro VI, y de la belicosidad del papa guerrero, Julio II. Del pontificado de León X los romanos esperaban, sobre todo, fortuna, pacifismo y sabiduría. Como lema había elegido el salmo 119, 1: «Hacia el Señor, cuando la angustia me atenaza, clamo y Él me responde».

Sin embargo, la alegría de los dos jóvenes llegaría a su fin en cuanto llegaron a casa y descubrieron que Ascanio los había dejado. Incluso Antonio sintió la pérdida de su antiguo rival por el amor de Lucrezia, al que tanto debía.

A los dos muchachos les costó un trabajo considerable convencer a

Bramante de que los acompañara al desfile que el nuevo papa realizaba tradicionalmente por toda Roma, desde el Vaticano hasta la basílica de Letrán, que servía desde los días de Constantino como catedral del papa y en la que tomaba oficialmente posesión de su cargo. Aquel desfile eclipsaría todo lo que habían visto hasta la fecha. Bajo un cielo azul sin mácula y un sol resplandeciente, doscientos lanceros a caballo abrieron la procesión. Los siguieron los músicos con sus libreas de color blanco, rojo y verde. Los estandartes de los trece gobernadores de distrito de Roma relucían con orgullo junto con la bandera de la universidad,

en la que resaltaba un ángel de colores fogosos, como la sabiduría proveniente de Dios que conquistaba el mundo con su magnitud y poderío. La ciudad se inundó literalmente de color, pues aquel pendón incluía el estandarte de Roma, en el que sobre un fondo rojo relucía, en letras doradas, «S.P.Q.R.», las siglas de *Senatus Populusque Romanum*, seguidos de las banderas blancas con la cruz negra de la orden de jinetes alemanes. Los sanjuanistas aparecieron a continuación, de seda roja con la cruz blanca. La procesión continuó, colorida y luminosa. Las piedras preciosas relucían como lágrimas de ángel sobre la lujosa vestimenta de los cabezas de

las principales familias de Florencia y Roma: los Farnese, los Medici, los Conti, los Orsini, los Colonna, los Santa Croce, los Strozzi y los Pucci.

El arquitecto, su hija y su ayudante encontraron finalmente sitio entre la multitud de la plaza de San Pedro. Seguían a continuación con el desfile la sección de la corte más cercana al papa y los altos cargos religiosos. Doscientos cincuenta abades, obispos y arzobispos cabalgaban con sus vestimentas ceremoniales más solemnes, precediendo a los cardenales. El sol de abril arrojaba reflejos cegadores desde las claras armaduras de la guardia suiza.

Finalmente apareció, bajo un

baldaquino transportado por ciudadanos romanos que representaba el trono celestial, el papa en persona, cabalgando sobre un corcel blanco de origen turco. En su cabeza relucía la tiara, la triple corona cubierta de joyas. El *camarlengo*, el cardenal tesorero, y otros responsables financieros seguían a León X arrojando monedas al pueblo romano. Cerraban la marcha cuatrocientos jinetes. No solo por el dinero repartido, sino sobre todo por el interminable lujo exhibido, los romanos se arremolinaban a derecha e izquierda de la calle o se apoyaban en las ventanas de las casas.

Tan solo diez años atrás Roma había

sido un auténtico laberinto de casas y ruinas entre las que serpenteaban las confusas calles de la ciudad. Vivienda tras vivienda se alzaba sin orden ni concierto mientras que otras se desmoronaban y se convertían en los escombros sobre los que la ciudad había ido creciendo durante dos mil años. Las torres, símbolos de la heráldica de la aristocracia romana, sobre aquellos palacios tan similares a fortalezas se habían alzado, amenazantes, sobre la confusión de la ciudad, reivindicando sus pretensiones de riqueza y señorío. Esas fortificaciones nobiliarias terminaban ejerciendo de nidos de cuervos. Todos luchaban entre sí, todos

desconfiaban de todos. Con sus viviendas fortificadas, como islas de poder erigidas sobre el caos retorcido y estrecho, las familias más poderosas de los distritos romanos lo controlaban todo hasta el día en que Julio II ordenó a su arquitecto Donato Bramante derribar esas barriadas. El arquitecto, ayudado por Antonio da Sangallo, había hecho un buen trabajo, como él mismo comprobaba con orgullo.

El séquito papal avanzaba por la *via* Papale, dejando atrás la vieja San Pedro y atravesando la ciudad en pos de la basílica de Letrán. La gente que seguía la procesión, gritó y jaleó al nuevo papa en cuanto lo reconocieron con las

palabras «*pale, pale*», haciendo referencia al lema y al escudo de armas de los Medici. Quien gritaba *pale*, «bolita», se proclamaba a sí mismo partidario de los Medici. Las esferas en el escudo de armas se correspondía con el cartel que colocaban los boticarios en sus tiendas y señalaba al origen de la poderosa familia florentina.

Para Bramante, la entronización de los Medici marcaba un hito temporal. Aunque se alegraba de la fortuna del nuevo papa, echaba mucho de menos a Julio II. Poco a poco fue perdiendo el deseo por todo. Antonio comenzó a extrañarlo en las obras, que cada vez visitaba menos. El antaño insaciable

arquitecto iba rechazando un encargo tras otro. Con cada vez más frecuencia, Antonio se lo encontraba sumido en la oración o en la lectura. Incluso había comenzado de nuevo a componer sonetos. Podía sentirse satisfecho. Ningún rival osaba hacerle sombra y el papa León X lo recibía a cualquier hora del día... o de la noche. Su protegido Rafael iba ascendiendo posiciones como pintor más famoso de Roma en su contienda con Miguel Ángel y se deshacía en atenciones con el viejo maestro.

Finalmente, un domingo tras la misa, Bramante invitó a Antonio a dar un paseo. El arquitecto confesó a su

ayudante que, a pesar de contar con el favor del papa y haber alcanzado la gloria, se sentía solo y cansado. La muerte de Imperia y la del papa poco después, que contaba con su misma edad, habían hecho derrumbarse la viga maestra de su existencia. No había nada que anhelara tanto como volver a ver a Giovanni Pico della Mirandola, a Julio y a Imperia. «Siempre y cuando Dios no decida arrojarme al infierno», había dicho con una sonrisa triste. Ni siquiera la visita de su viejo amigo Leonardo, que se encontraba en Roma, lograba levantarle el ánimo. Posó la mano sobre el hombro de Antonio.

—¿Sabes cómo se percibe cuando se

aproxima el final, hijo mío? Cuando se experimenta una nostalgia mayor por los muertos que por los vivos. Me están esperando. Me llaman. Puedo oírlos.

Las palabras de su maestro le causaron un gran pesar, por lo que quiso replicar algo que neutralizara la tristeza del anciano, pero no pudo encontrar las palabras.

—Créeme, todo está en orden. Solo hay una cosa que no, algo que todavía tengo que arreglar. He llegado a un acuerdo con Agostino Chigi y con el papa. Tras mi muerte, te convertirás en arquitecto de San Pedro. Trabajarás en colaboración con fray Giocondo, si ese viejo todavía sigue con vida. Es un

hombre razonable. Nunca hables del tema pero has de saber que el papa pertenece a nuestro pacto, a los *Fedeli*. Es un dato que debes tener presente, puesto que tú me sucederás como prior de los aliados del amor. Nunca te faltarán los encargos. Así serás un hombre reconocido que podrá fundar una familia.

—¡Aunque me otorguéis todo lo que me habéis dicho, *messèr* Donato, nunca me casaré con nadie que no sea Lucrezia!

—Entonces, ¡cásate con Lucrezia! Pero si no la haces feliz o se te ocurre serle infiel, regresaré personalmente desde el más allá y te atormentaré

debidamente, hijo mío, ¡hasta el punto que desearás no haber nacido!

ROMA, *ANNO DOMINI* 1514

En marzo se celebró la boda, una boda a todo lujo y en abril Donato Bramante, con una sonrisa plácida en los labios, agotado de vivir, se acostó para morir. Antonio se dio cuenta de que la expresión risueña de su maestro en sus últimos instantes no se debía a la felicidad por su suerte. El verdadero motivo de gozo en los rasgos de aquel

viejo arquitecto, que había amado y disfrutado la vida con todas las fuerzas de su corazón, quedó oculto para su pupilo, como un secreto, el verdadero misterio del último aliento.

Bramante no escuchó las palabras del sacerdote, ni la de Agostino, que se despedía de él profundamente afectado, ni las de Rafael, que se arrodilló junto a su cama en un mar de lágrimas, inconsolable, como si fuera su propio padre quien yaciera en el lecho de muerte para abandonarlo demasiado pronto. Ni siquiera percibió las palabras de Lucrezia, la única persona que aún amaba en el mundo. El cosmos iba perdiendo a cada aliento debilitado todo

su significado. A través del tiempo y los planetas veía ya, al otro lado, a un pequeño grupo de personas que lo recibían alegres, decididamente locos de alegría, como a alguien a quien se ha esperado durante largo tiempo. Imperia reía a mandíbula batiente y sus bellos ojos resplandecían de alegría. Pico dio una voltereta y Julio, sí, por mucho que costara creerlo, Giuliano della Rovere, el hombre duro, el papa guerrero, se balanceaba jovial sobre un columpio mientras rompía a carcajadas, como un niño.

Lucrezia tomó su mano entre las suyas. Cuando sintió la piel blanda y el apretón firme de la muchacha, Bramante

creyó que era Imperia quien le agarraba la mano. Incluso la oyó reprocharle: «¡Vamos, remolón!». Entonces, con un fuerte tirón, ella lo arrastró a su lado del mundo.

El 11 de abril de 1514, Donato Bramante murió en Roma, el campesino hijo de Monte Asdrualdo, que dejaba a sus sucesores, fray Giocondo, Rafael, Baldassare Peruzzi y Antonio da Sangallo, la responsabilidad sobre la mayor construcción del mundo. Había levantado los pilares de contención para la cúpula sin poder erigir el firmamento sobre el crucero. Al final, le habían dado caza los dos poderes de los que había huido a lo largo de toda su vida:

la muerte y el amor.

Llevaba toda la mañana lloviendo a cántaros. Antonio decidió darse una vuelta por la obra más por tranquilizarse que porque tuviera constancia de que lo necesitaran. No tardó en darse cuenta de que había sido un error más grave de lo previsto. Ya a mitad de camino, entre el pilar suroeste y el oeste, Maffeo salió a su encuentro.

—*Messèr* Antonio —lo llamó—, ya hemos completado la estancia que alberga la tumba de Pedro.

Sus palabras no delataban alegría ni satisfacción por el trabajo finalizado, sino más bien un reproche contundente.

—Bien —dijo Antonio, expectante.

—¡No estará bien en absoluto si tengo que volver a repartirme con los demás contratistas las obras en el coro occidental!

Antonio no entendía qué pretendía decir Maffeo, quien agitaba los brazos desesperado.

—Tendré que despedir a la mitad de mi gente.

Finalmente comprendió el dilema al que se enfrentaba el más fiel de sus maestros de obra. Conforme Maffeo había ido contratando a nuevos obreros y, en los momentos más críticos y gracias a Antonio, incluso había llegado a cobrar el doble, se había terminado

convirtiéndose en rey de los contratistas. En aquellos peligrosos días en los que, junto con Ascanio, había roto el monopolio de los maestros de obra más viejos, la empresa de Maffeo había pasado a ser de pequeña y floreciente a la más importante de Roma. La base de su éxito en aquellos tiempos tan peligrosos había sido la mutua confianza. Sin embargo, de nuevo se encontraban sobre aguas revueltas. Antonio lo comprendía. Quien se veía obligado a despedir a obreros porque no disponía de suficiente trabajo perdía su reputación como constructor. Aunque la empresa de Maffeo se encontraba en expansión, no se había asentado con

suficiente firmeza como para que la pérdida de su buen nombre no la afectara. La construcción había sido y seguía siendo una guerra, y una en la que, como en el amor, todo valía.

—En primer lugar, no tendrás que despedir a nadie. Vamos a dejarlo como está durante un par de días. Espero hablar en breves con el santo padre — dijo Antonio y posó la mano sobre el hombro de Maffeo para tranquilizarlo.

Parecía como si al joven maestro de obras se le hubiera caído un peso del corazón. Antonio se volvió para marcharse, no sin antes echar un último vistazo lleno de inquietud.

Lo que su vista le ofrecía era el caos

y el desconcierto. Por un lado, la vieja basílica de San Pedro, desde la *loggia* de las bendiciones hasta la mitad de su superficie a través del patio interior, permanecía tan inalterable como si en los últimos siete años no hubiera ocurrido nada. Sin embargo, de pronto, los viejos muros aparecían como cortados por una espada inmensa, abriendo un agujero de grandes dimensiones del que surgía repentinamente el cubo del crucero, como una torre imponente, dispuesta a sobrepasar el campanario de Santa Maria in Turri. Los cuatro pilares se unían en pechinas y arcos de sujeción, de tal forma que se las podía haber

confundido con gigantes que apoyaran sus inmensos brazos sobre los hombros de los otros, como realizando un juramento antes de iniciar un combate. Le seguían las contrapilastras, de las que ninguna había llegado a alcanzar su altura óptima y necesaria para sustentar el peso de la poderosa cúpula. Por lo tanto, pensar en erigir una cúpula quedaba descartado por completo hasta concluir las contrapilastras y establecer el tambor sobre los pilares y las pechinas que los conectaban.

Desde la muerte de Bramante, las obras apenas habían progresado. Aunque el arquitecto había impuesto antes de su muerte a Rafael como nuevo

arquitecto responsable, el pintor apenas se había dejado ver ni en la obra ni ante Antonio. Como todos los demás, aguardaba al retorno del papa de sus cacerías en la Campagna para poder hablar con él antes de retomar su actividad. El que Bramante no hubiera nombrado finalmente como su sucesor a su ayudante, que seguía manteniendo ese mismo puesto, había herido profundamente a Antonio. Bramante le había aconsejado que tuviera paciencia, que su momento llegaría.

—Tras mi muerte se desatará un infierno. No quiero que quedes atrapado entre dos frentes.

Aunque las explicaciones de su

paternal amigo y mentor sonaban reconfortantes, Antonio se había sentido apartado y rechazado. Ese sentimiento lo reconcomía.

Una vez en casa, se sentó a comer con gesto huraño. Lucrezia apartó el plato que acababa de colocar frente a él, le cogió de las manos y le miró, interrogante, a los ojos:

—¿Qué mosca te ha picado?

—¡No es nada! —murmuró él entre dientes y quiso apartar las manos, pero ella se las sostenía con una fuerza sorprendente.

—Por supuesto que no. No hay más que ver la exultante alegría que demuestras —repuso ella, seria.

En realidad él se había propuesto ocultarle su frustración para no preocuparla, pero no quería mentirle ni podía negarse a responderla. Al fin y al cabo era un actor demasiado malo como para poder evitarlo. Lucrezia era demasiado lista o demasiado sensible, quizá ambas cosas, como para que no percibiera su entrañablemente torpe maniobra de distracción. Finalmente, fluyeron las palabras, todo un torrente de furia y preocupación: que Rafael no mostrara interés en la obra, que hasta el momento no hubiera tenido oportunidad de conversar con el nuevo papa sobre los progresos de la obra.

—Pero, ¿no es el santo padre

miembro de tu alianza?

—¡Silencio! —ordenó él con brusquedad, asustado al ver la naturalidad con la que ella hablaba del gran secreto aunque solo ellos dos se encontraran presentes; pero de inmediato se arrepintió de haberle hablado con tan poca gentileza—. Sí, y Rafael también. Sin embargo la alianza ya no existe. Ya no se realizan encuentros ni se comparte ninguna meta. Leonardo, Pico della Mirandola, Ficino, Landino, Donato, Giuliano y los demás arquitectos tenían un objetivo común. Pero, ¿qué puede unirnos al papa, Rafael, Peruzzi, a mi tío y a mí?

—La construcción de San Pedro —

sentenció ella.

Él agachó la cabeza, pensativo. En teoría ella tenía razón, pero la realidad mostraba unas circunstancias mucho más complicadas. Rafael era principalmente pintor, Baldassare Peruzzi se encontraba inundado de encargos arquitectónicos, Giuliano da Sangallo contaba ya con una edad tan avanzada que solo deseaba llevar a buen fin sus proyectos. ¿Y León X? Giovanni de Medici en realidad solo había acabado relacionado con el vínculo por un capricho del destino, porque su tutor así lo había querido. Pero, ¿cómo habría podido predecir Angelo Poliziano que el pequeño y regordete Giovanni acabaría

convirtiéndose en León X? El papa, no obstante, era ante todo un Medici y a nada se sentía más unido que al *stato* de su familia, de la que era cabeza desde la muerte de su hermano Piero.

—¿Por qué quieres acelerar las cosas a toda costa? Aguarda hasta haber hablado con el papa y después todo transcurrirá en las obras como es debido. Al fin y al cabo es Rafael el principal responsable de la obra y no tú.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Antonio. Amaba a su joven esposa y se asombraba ante su inteligencia. Incluso aunque le resultara difícil aceptarlo, tras tantos años en la obra, en ese caso ella tenía razón. Efectivamente carecía de

responsabilidad oficial alguna.

—¿Y qué debería hacer durante todo este tiempo? —preguntó, impotente, mientras se miraba las manos como si se hubiera quedado repentinamente paralizado.

Lucrezia rompió a reír.

—Así que ese es el problema. Toda tu rabia procede del miedo al aburrimiento. Bueno, pues se me ocurre una opción estupenda. ¡Reconstrúyenos la casa!

—¿Yo?

—Claro. ¿Eres arquitecto o no?

—Pero, ¿por qué querría modificar la casa?

—¿Por qué?

En sus ojos relució una furia fingida, como si él acabara de decir una estupidez. El joven marido, no obstante, ignoraba cuál era el delito que se le estaba reprochando. Ella le dejó dudar un rato mientras lo miraba con atención antes de concederle una explicación que al parecer consideraba totalmente superflua.

—¿Que por qué? ¡Te diré por qué! Porque este *palazzo*, que resultaba suficiente para un hombre soltero y dado a los placeres, no supone en absoluto un entorno adecuado para un niño, para una familia.

El arquitecto se sintió traspasado por un rayo.

—¿Quieres decir que vas a tener un niño?

—¿Pero no ves cómo me relucen los ojos? Estoy embarazada, Antonio.

Él se levantó tan súbitamente que el taburete salió disparado hacia atrás, pero no le preocupó: levantó a Lucrezia en brazos y comenzó a girar con ella loco de alegría. Entonces, sintió un repentino ataque de remordimiento y volvió a depositarla cuidadosamente en el suelo.

—Discúlpame, yo...

—No le ha pasado nada al niño, Antonio —rio ella—. Por el contrario, ha sentido por primera vez la alegría de su padre. Así sabrá que es bienvenido.

Después de que Lucrezia se hubiera dormido, se levantó en mitad de la noche, descendió al estudio de la planta baja y comenzó a bosquejar la manera de convertir la casa que Lucrezia había heredado de Bramante en el *palazzo* de la familia de Antonio da Sangallo. Cuando el sol comenzó a colarse por la ventana, no solo había concluido los planos sino que también había establecido el orden de trabajo. Lo impulsaba el deseo de perturbar lo menos posible con las obras a su esposa embarazada.

Cuando Lucrezia entró por la mañana, aún somnolienta y frotándose los ojos, en el estudio, él le presentó,

cansado pero feliz, la imagen de cómo sería su futura vivienda. La planta baja se utilizaría principalmente para el trabajo, albergaría estudio y oficina, además de una cocina, el vestíbulo y el dormitorio del servicio. En el *piano nobile* se establecería el gran salón de fiestas y una sala pequeña para las comidas diarias y las reuniones familiares. En la segunda planta, aún por construir, se encontrarían los dormitorios, tanto el suyo como los de los niños.

—¿Los niños? —preguntó ella, perpleja.

—Ya sabemos cómo funcionan estas cosas —se burló él—. ¿O es que voy a

tener que volver a reconstruir esta vieja choza cada vez que estés en estado de buena esperanza?

Ella negó entre risas. ¡Por supuesto que no! Su mirada recayó entonces en un detalle que no había logrado explicarse. Antonio mostró una gran sonrisa de orgullo.

—Eso serán chimeneas. Cuando era niño siempre tenía frío, ya fuera invierno, finales de otoño o primavera, porque la humedad se filtraba por los muros y hacía que todos nos congeláramos.

Entonces, señaló que también pensaba elevar los techos y construir un baño.

—¿Un baño? —preguntó ella abriendo los ojos de par en par y mirándolo como si hubiera perdido la razón.

—Exacto —afirmó él mientras la abrazaba con suavidad—. Como el que Rafael tiene que construirle al obispo Bibbiena en el Palacio Vaticano. Una *stuffetta*.

Dos días después, Antonio recibió la visita de Maffeo y le llevó de inmediato a su estudio. El contratista parecía encontrarse de un humor de perros. En contra de su costumbre, comenzó a hablar con profusión. Aunque apreciaba el no tener que despedir a ningún

albañil, la situación en la obra era insoportable, pues los obreros del coro occidental no hacían más que chocar entre ellos, lo que ya había logrado encender los ánimos tanto de las empresas constructoras como de sus trabajadores.

—Todos sabemos que esta situación no puede continuar y ya ha habido dos o tres maestros de obra que han abandonado sus obligaciones. ¡Permítenos que nos traslademos a las contrapilastras! —concluyó Maffeo.

—Las órdenes del papa a Bramante fueron que terminara el coro occidental tan rápido como fuera posible —explicó Antonio.

—Pero Donato ya no sigue con vida y el papa tampoco. Eres tú quien debe tomar la decisión.

Maffeo hablaba con una ligereza que se alejaba con mucho de la complejidad real de la cuestión, pues Bramante había dejado deliberadamente incompletos los planos más allá del crucero. Ni siquiera la construcción de la cúpula aparecía en su versión definitiva. Sin embargo, Antonio no podía decirle algo así al contratista. Si se supiera que estaban trabajando no con un plano, sino con ideas y arrebatos de inspiración, su reputación se vendría abajo. A Bramante eso no le había importado, pero en el caso de Antonio su carrera se vería

comprometida. Debía ofrecer, bajo cualquier circunstancia, la idea de estar trabajando conforme a un plan firme.

Por desgracia, los planos estaban llegando a su fin. Debía decidirse el aspecto de la cúpula y aclarar la cuestión de si se prolongaría el crucero hacia el este, hacia la ciudad, de tal forma que constituyera una nave central, o si la nueva basílica de San Pedro permanecería como un edificio de planta central. Esa decisión repercutiría en la disposición de los pilares noreste y sureste y en las correspondientes contrapilastras. Se le presentaba un dilema.

—¡Yo no soy Donato! —admitió con

aspereza.

¿Es que siempre se le iba a considerar el eterno ayudante apocado que no se sentía llegar ni a la suela de los zapatos de su maestro? Era mejor que pensaran que era un cobarde antes de descubrir la verdad: que llevaba todo el año improvisando.

Maffeo se levantó enojado de la mesa.

—¡Bien, pues para nosotros eres Donato!

Entonces su mirada recayó en los bosquejos de las remodelaciones de la casa.

—Dame algo de tiempo, Maffeo. Primero debo hablar con el papa.

—Pareces estar bastante ocupado con otras cuestiones —gruñó Maffeo con malicia.

—¿A qué te refieres?

El contratista señaló los bosquejos.

—Has encontrado un nuevo cliente. Es una lástima que no puedas compartirlo con tus amigos.

—Si supieras leer un plano entenderías de qué se trata —replicó Antonio, enojado por su reproche.

—¿Y? —preguntó Maffeo, que ya se había dado la vuelta para marcharse—. ¿Acaso importa?

En su pregunta subyacía la amenazadora advertencia de que Antonio no debía haber cometido la

estupidez de tenerlo por idiota solo porque en realidad no fuera capaz de leer planos. Ni siquiera sabía leer. Pero, ¿qué maestro de obras sabía leer y escribir? Todos habían aprendido todo lo que necesitaban sobre la construcción de la misma manera en que lo habían hecho sus padres: construyendo.

—¡El propietario y cliente soy yo! Quiero remodelar este *palazzo*.

Maffeo sonrió de pronto.

—¿Lucrezia está embarazada?

—¿Cómo lo sabes?

—Ni se te habría pasado por la mente modificar esta casa si no estuvieras esperando descendencia. Y eso si fue a ti a quien se le ocurrió la

idea... —señaló Maffeo con una sonrisa de complicidad y se inclinó, interesado, sobre los dibujos que intuía más que tendía—. Es mejor que hagas la obra a lo grande. Con mis cinco hijos he tenido que remodelar ya tres veces.

—Eso era justo lo que me proponía —replicó Antonio y comenzó a explicarle los planos de la reforma.

Maffeo mostraba algún que otro reparo ocasional, de naturaleza eminentemente práctica, pero en general le agradó el boceto. Propinó una amistosa palmada en la espalda de Antonio y golpeó con el dedo índice los planos.

—Ésta es la solución a nuestros

problemas. Yo ya tengo demasiada gente en la obra. Te enviaré a mis mejores hombres, los de más confianza. Tampoco hace falta pregonarlo a los cuatro vientos.

—¿Cómo podría conseguir baratos los materiales?

—Mis hombres se los traerán de la obra.

—¡No puede ser!

—¡Pero si todo el mundo lo hace! No pasa nada mientras se mantenga dentro de un límite. Lo único que hay que hacer es no abusar, como siempre.

—Lo pagaré todo.

—Hazlo, si no puedes evitarlo, pero al menos déjanos comenzar. Mis peones

tendrán que trabajar compitiendo con tu bebé. ¡Todo debe estar terminado para cuando él llegue! —rio Maffeo.

—Ay, sí. Así es —suspiró Antonio, aliviado.

Nada más salir Maffeo se apresuró a salir al encuentro de Lucrezia, quien se encontraba en la cocina dando instrucciones a los criados para el resto del día. Se la llevó al estudio y anunció que las obras comenzarían al día siguiente. Se sentía feliz y muy satisfecho con la solución. Lucrezia le aconsejó que no lo hiciera demasiado público, pues debía pagarlo todo antes de que los costes llegaran a conocerse. Existía una gran diferencia entre la

honradez y la estupidez, o al menos eso le había enseñado Donato.

—¿Irás a ver al papa? —le preguntó ella.

—No, aún se encuentra ausente.

—Entonces, ¿debes hablar con Rafael!

Él se encogió de hombros irritado. ¿Tenía que meter el dedo en la yaga precisamente en ese momento?

—¿Y de qué tengo que hablar con Rafael?

—Es el arquitecto responsable —repuso ella, haciendo que Antonio torciera los ojos—. Ya sé que te duele que Donato lo antepusiera a ti, pero quizá fue por una buena razón. Donato

sabía lo que hacía.

—Claro, porque él no confiaba en mí. ¿Es que tú tampoco confías en mí?

Lucrezia gimió. ¡Cuántas veces habían mantenido esa conversación! Abrazó a su marido.

—Quizá deberías establecer una cierta distancia con la obra de San Pedro e ir buscando otros encargos, lento pero seguro.

—¡Pero es mi obra!

—Tonio, no es tu obra, es la obra del papa. ¿Has visto acaso que Baldassare Peruzzi se postulara como arquitecto para la basílica?

—No, pero él ya tiene más encargos de los que puede llevar a cabo.

Ella sonrió.

—Está evitando este proyecto todo lo que puede y sabe muy bien por qué. ¿Y qué hay de Rafael? ¿Se ha dejado siquiera caer por la obra?

Antonio agitó la cabeza turbado. El pintor de Urbino no se había dejado ver por allí ni una sola vez. En lo más profundo de su corazón, a Antonio le dolía que no hubiera acudido a él ni hubiera mandado a buscarlo para comentar los pormenores de la construcción.

—Se dice que Rafael está trabajando para Agostino. Pinta un fresco en su *palazzo* y está inmerso en la planificación de su capilla en Santa

Maria del Popolo.

—¿Donde está enterrada tu madre?

Ella asintió, con la mirada velada por la pena.

—Los dos estarían felices con la idea —opinó Antonio, pensativo, y quiso tomarla en sus brazos.

Sin embargo, Lucrezia rechazó el abrazo.

—Él todavía sigue vivo —dijo ella y lo miró, imperiosa—. ¡Ve a ver a Rafael!

ROMA, *ANNO DOMINI* 1514

El sol se encontraba en su cenit cuando Antonio se puso en marcha rumbo a San Pedro. De las viviendas surgía el aroma de la comida y el alegre revuelo de voces agudas y graves que se sentaban a la mesa para comer, resonaba en los callejones. Evidentemente no podía dejar de acudir a la obra, incluso aunque fuera un error. La sensación de

ser responsable de la misma le producía un dolor punzante. Aunque Maffeo se encontrara de buen humor porque la mitad de sus hombres se encontraban trabajando en el *palazzo* de Antonio, la tensión generalizada se podía cortar con un cuchillo. Sentían la falta de precisión con la que proseguía la construcción, por lo que la mayoría trabajaba despacio, eso cuando directamente no empleaban su tiempo en hacer desaparecer la piedra y la puzolana para venderlas en otras partes. No podía decir nada al respecto pues, en esos momentos, se estaba comportando de manera muy similar, incluso aunque pretendiera pagarlo todo con

posterioridad. Les faltaba un estímulo, un espíritu que los empujara a seguir adelante. Todos los trabajadores empleados en la obra se sentían, realmente, desempleados.

En su necesidad, Antonio había dado instrucciones de cerrar la sección transversal abierta de la vieja basílica pero, ¿se sabía entonces si esa sección del templo viejo se uniría más tarde con el nuevo? ¡Nadie sabía absolutamente nada! Su falta de decisión se transmitía a sus trabajadores. Los más experimentados percibieron que la construcción de esa sección de la vieja basílica era solo una solución provisional que mantuviera ocupados a

los obreros, algo que siempre se podía hacer porque no llevaba a ninguna parte. Aquella decepción, aquella sensación de encontrarse en un puesto inútil, se reflejaba en sus ojos cuando lo contemplaban con una combinación de rabia y lástima. Su pérdida de autoridad era evidente. Ahora que el maestro se encontraba en la tumba, el ayudante resultaba ser un inútil. Antonio recorría corriendo, casi volando la obra para no tener que soportar esas miradas. Era necesario hacer algo.

Finalmente se obligó a visitar a Rafael en el *palazzo* de Agostino Chigi. El pintor se encontraba en la *loggia* oriental, encaramado a un andamio,

dibujando la cabeza de Galatea. Antonio reconoció la belleza y disfrutó contemplando trabajar al pintor, que dirigía su pincel con una ligereza fascinante. Éste había constatado por el quicio del ojo la presencia del extraño.

—Tendréis que esperar un poco hasta que haya acabado todo lo que tengo pendiente —gritó a Antonio.

Para realizar frescos era necesario cubrir la superficie, que podía tardarse en pintar entre tres y cuatro horas, con una capa de mortero húmedo sobre la que se realizaría la pintura y en la que se fijarían los colores una vez seca. Eso hizo que Antonio tuviera que aguardar durante un buen rato. Sin embargo, como

ni en San Pedro ni en su casa tenía realmente nada que hacer, podía permitirse observar a Rafael e incluso le proporcionaba una particular dicha contemplar cómo el maestro trabajaba con sus pinceladas elegantes y ligeras, casi juguetonas. En realidad, parecía más que estuviera realizando un conjuro que una obra pictórica. ¡Cuánto hubiera deseado Antonio poseer aquel talento! Ni siquiera Bramante había podido vanagloriarse de competir en destreza con Rafael en el arte de la pintura.

Antonio estaba tan sumido en la contemplación del pintor que no fue capaz de precisar cuánto tiempo había transcurrido cuando Rafael descendió

por el andamio. Sus ojos oscuros y ovalados bajo una frente elevada sonreían encantadores. Llevaba unos pantalones oscuros y una bata de pintor de color amarillo.

—*¡Messèr Antonio!* ¿A qué debo el placer de vuestra visita? —dijo el pintor.

Rodeó amistoso con el brazo los hombros de Antonio y lo llevó hasta el jardín. El jovial trino de los pájaros sonaba por doquier mientras en el aire flotaba un aroma a hinojo silvestre.

—San Pedro.

Rafael se encogió de hombros.

—Me temo que es demasiado pronto para hablar de eso.

—Estoy manteniendo ocupados a los obreros levantando muros que no sirven para nada. Es necesario decidir cómo se van a continuar las obras.

—¿Qué dicen los planos?

—¿Los planos? Nada. *Messèr* Donato lo fue planeando sobre la marcha, por así decirlo.

Rafael rio.

—Eso era muy propio del buen y viejo Donato. Le gustaba hacerse el interesante. Pero sería mejor que no se lo contáramos a nadie.

—Por supuesto que no —aseguró Antonio con rapidez—. Sin embargo, es necesario hacer algo. Y vos sois el arquitecto responsable.

Rafael alzó las manos en ademán defensivo.

—En absoluto. Lo soy sobre el papel, pero nadie me ha encargado nada ni me ha dado ninguna orden al respecto.

—Entonces, ¿qué debemos hacer?

—Nada. Debemos esperar a que el papa regrese —dijo y le propinó al arquitecto una amistosa palmadita en la espalda—. San Pedro no va a salir corriendo. Lleva allí mil años.

—Sí, pero ahora parece una auténtica ruina —protestó Antonio.

Le enojaba la indiferencia con la que Rafael le contestaba. Había comenzado a arrepentirse de haber acudido a él en primer lugar. Mientras caminaban por el

jardín, salió a su encuentro un oficial.

—Maestro, hemos dispuesto el mortero —le anunció con voz aguardentosa.

Rafael asintió y levantó las manos en un gesto de disculpa.

—El trabajo me llama. Pero os daré un consejo. Dedicaros principalmente a todo aquello que sea importante para vos fuera de la basílica. Buscaos un par de encargos y no carguéis vuestra conciencia ni vuestros pensamientos con malestares inútiles por el devenir de San Pedro hasta que el santo padre haya regresado.

Y con esto, Rafael lo abandonó en mitad del parque y se dirigió con buen

paso hacia la *loggia*.

Ya en casa, Lucrezia supo encontrar palabras de consuelo. El consejo de Rafael le había parecido acertado. Si le sobraban energías, quizá debía aceptar otros encargos. Debía salir finalmente de la sombra de Bramante y no lo conseguiría si permanecía en San Pedro. Lo que Lucrezia ignoraba era que el mercado de los encargos no iba a ser tan sencillo para Antonio. Aquellos trabajos que no estaban concedidos de antemano tenían como destinatario preferente a Baldassare Peruzzi, desde luego no al ayudante de Bramante. Todo el mundo sabía que era un asistente eficiente, pero

ignoraban si era también un buen arquitecto. Así, Antonio buscaba y buscaba en vano.

Entonces se produjo la desagradable sorpresa. Una vez cada seis meses, recibía el dinero para las obras, los salarios y los materiales de construcción. Sin embargo, en esa ocasión, el encargado de la Cámara Apostólica le anunció con frialdad que no iba a recibir dinero alguno. Mientras había acudido a la tesorería en nombre del arquitecto responsable, Donato Bramante, siempre lo habían recibido pero, puesto que éste había muerto, necesitaba una nueva credencial. Antonio se mesaba los cabellos y su

descripción de la necesidad de pagar a sus obreros no modificó la situación. Aunque entendían la necesidad monetaria, precisaban una nueva orden del papa. Antonio salió de la Cámara Apostólica sin haber conseguido nada.

Aunque la temperatura era agradable y cálida, sentía como si su vida la arrastrara un huracán. Iba pasando alternativamente del calor al frío gélido. Aunque no fuera el arquitecto responsable, los contratistas irían a por él y esa gente no se andaba con remilgos. La vida de su familia dependía de esos salarios. En cuanto logró aclararse la mente, lo primero que pensó fue en que era necesario poner a salvo a

Lucrezia. Entonces comprendió que él tampoco recibiría ninguna paga, pues era Donato quien le abonaba su sueldo en calidad de ayudante. No eran solo los albañiles, él también pasaría apuros económicos. Antonio arrastraba mecánicamente los pies. Tenía la sensación de haber perdido todas las fuerzas. Nunca en su vida había tenido que sufrir semejantes dificultades existenciales y precisamente en ese momento, en que debía cargar con una gran responsabilidad y además se iba a convertir en padre, no encontraba una salida. Reflexionó sobre si debía volver a acudir a Rafael. El pintor volvería a rechazar sus competencias y puede que,

como mucho, llegara a ofrecerle un par de escudos para su familia y para él. La idea de recibir dinero de Rafael, no obstante, le repugnaba. Agostino Chigi, a quien hubiera querido acudir, se encontraba en Venecia y su tío Giuliano volvía a construir en la Toscana. En el fondo no quería ir siquiera a casa, porque no quería preocupar a Lucrezia. ¡Debía encontrar una solución!

Con el corazón lleno de pesar se encaminó a la canónica de San Pedro, en la que residía el cardenal Giacomo Catalano. Tuvo suerte de encontrar al arcipreste. Antonio odiaba a aquel hombre por todo lo que le había hecho a Lucrezia, pero como director de la

fabbrica di San Pietro era parcialmente responsable de la obra. Bramante había conseguido durante un tiempo mantener a la comisión de construcción y, con ella, al cardenal, alejado de todas las decisiones, pero ahora Antonio no tenía más remedio que pedirle ayuda al cardenal y devolverle así la influencia sobre la dirección y los planos de la obra. Era un error y Antonio lo sabía, pero no tenía elección.

El dominico le tendió la mano con el anillo para que se lo besara. Después, señaló con gesto impenetrable una butaca forrada de terciopelo rojo para que Antonio se sentara. El arcipreste tenía un concepto tan poco grato del

arquitecto como éste de él. Tras un breve silencio, el cardenal ordenó a Antonio que le dijera abiertamente y sin tapujos lo que quería.

Antonio esbozó sucintamente la situación de la obra. No mencionó el hecho de que no existieran planos que describieran la continuación de la edificación, puesto que no jugaba ningún papel en lo que les atañía. Con las manos unidas formando un triángulo con el pecho, el cardenal le escuchó sin interrumpirle. Ocasionalmente se dibujaba en su rostro una sonrisa peregrina y Antonio supo de pronto que había cometido un error aún más grave de lo que había temido.

—Veré lo que puedo hacer por ti, pero hasta que el papa regrese tengo las manos atadas. Rezaré por ti, hijo mío — dijo Giacomo, amistoso, lo que no le costó mucho esfuerzo dada la profunda satisfacción que sentía.

Entonces, dibujó sobre Antonio la señal de la cruz y se despidió de él. Sin haber logrado nada, dejó solo al, gracias a su equivocación, bien informado cardenal.

Durante toda la tarde procuró evitar a Lucrezia. Cuando se metieron finalmente en la cama, él fingió dormirse pero permaneció despierto toda la noche. Ya de madrugada dio con la idea salvadora. Con recuperada alegría

desayunó junto a Lucrezia y se dirigió a la banca de Chigi. Allí solicitó un préstamo en el que dejaba su *palazzo* como fianza. Al menos así podría pagar a los trabajadores y todavía le quedaría algún dinero que, no obstante, no duraría mucho.

Algunos días después, se encontraba junto a su mujer frente al recién terminado cuarto de sus hijos.

—Allí es donde irá la cuna —dijo Lucrezia, señalando un punto en la pared frente a la ventana—. Y las paredes quiero que sean azul claro.

Antonio la besó. Ella le cogió la mano y se la llevó al vientre. Sorprendido y emocionado, sintió los

movimientos de su hijo. Su sonrisa de felicidad murió en el momento en que sintió en las escaleras pisadas pesadas y sonoras. Un grupo armado no tardó en aparecer en la habitación.

—*¿Messèr Antonio da Sangallo?*
Acompañadnos al castillo de Sant'Angelo —dijo una de las cuatro figuras descomunales con escaso tacto.

—¿Quién lo ordena?

—Su eminencia el cardenal Catalano.

Lucrezia gritó y se apretó contra Antonio. Él la apartó de sí con suavidad, la besó sin una sola palabra y siguió a los desconocidos. Se sentía miserable, más miserable de lo que se había

sentido en toda su vida. Había querido proteger a la mujer a la que amaba y al hijo que llevaba en sus entrañas, pero con ello les había puesto en un peligro aun mayor. Lucrezia ni siquiera sabía que su *palazzo* estaba empeñado y que no contaba más que con deudas.

Lucrezia estaba fuera de sí de miedo y preocupación. Permaneció despierta durante toda la noche meditando en medio de la desesperación. Sin embargo, por mucho que se devanaba los sesos, no lograba encontrar ningún punto de apoyo al que Antonio pudiera asirse. Ay, ¡ese maldito edificio! Todos procuraban evitarlo: Rafael, Baldassare

Peruzzi, Giuliano da Sangallo, incluso el propio papa parecía aprovechar toda oportunidad que se le presentaba para salir huyendo a toda velocidad.

Solo Antonio se comportaba como si fuera responsable de todo y de todos y se ofrecía a sí mismo como chivo expiatorio para cualquier culpa imaginable. En esos pensamientos estaba sumida Lucrezia cuando sintió un brusco tirón en el vientre. Le asaltó un profundo temor por el bienestar de su hijo y se colocó las manos, protectora, sobre el abdomen. Llamó a su criada y le ordenó que le preparara compresas frías. Así fue logrando poco a poco recuperar el control sobre su pánico.

Para cuando la luz de la madrugada comenzaba a filtrarse por entre los postigos acababa de lograr recuperar la serenidad y comenzaba a pensar con la mente clara. Se levantó y se echó por encima una bata. Entonces, se sentó en la mesa de trabajo que permanecía en el gran dormitorio mientras se estaban llevando a cabo las obras en la planta inferior y tomó papel y pluma. Escribió dos cartas: la primera a Agostino Chigi, la segunda a Giuliano da Sangallo. Dio parte de la situación a los dos hombres con toda la información de la que disponía y les pidió consejo y ayuda. Mientras la pluma se deslizaba por el papel, oyó ruidos procedentes del piso

inferior. Los primeros albañiles habían comenzado su labor. Los criados se gritaban por los pasillos. Aquellas muestras de cotidianidad le aportaron fuerzas y seguridad: la vida seguía.

Una vez terminadas las cartas, envió a dos mensajeros, uno a Venecia, el otro a Siena. De pronto sintió un profundo anhelo por un caldo de pollo con fresas y comió con apetito dos platos de aquella extraña sopa. Después se vistió y se dirigió, acompañada de una criada y del mozo de la casa, a la vivienda de Rafael, un *palazzo* en el Borgo que, casualmente, había consistido en uno de los primeros encargos de Bramante cuando había llegado a Roma.

El pintor aún dormía. Llevaron a Lucrezia hasta una pequeña sala en el *piano nobile* para que esperara. Las imágenes de numerosas ramas y pájaros ofrecían la sensación de estar sentada en un nido. Cuando Rafael penetró en la estancia, ella se sorprendió de que las aves no alzaran el vuelo y huyeran. Se disculpó sucintamente por molestarlo a una hora tan temprana y le expuso lo ocurrido. Rafael la miró con sus ojos luminosos llenos de compasión.

—*Madonna*, estoy desolado, pero me temo que no puedo ayudaros. Apenas conozco al arcipreste.

—Siento haberos hecho perder vuestro tiempo. Sin duda Donato os lo

pagará desde el cielo —dijo Lucrezia con frialdad para levantarse inmediatamente.

Apenas había hablado cuando observó algo que no había podido ver nunca en Rafael: su sempiterna expresión risueña se oscurecía durante un instante.

—Disculpad, *madonna* Lucrezia, pero aconsejé a vuestro marido que evitara todo lo posible la obra mientras el papa no diera apropiadamente la orden de continuar con ella.

—¿Acaso es malo aceptar la responsabilidad sobre las numerosas personas que viven de esa obra: de todos los hombres, mujeres y niños? —

preguntó ella.

No había pronunciado aquellas palabras con tono exaltado ni como un reproche.

—No fue un acto malo, solo insensato e ingenuo. Vos misma podéis ver a lo que le ha conducido.

El pintor guardó silencio un instante y reflexionó. Era evidente el malestar que sentía por esa situación tan desagradable.

—Escribiré una carta al obispo Bibbiena y le pediré que interceda para que liberen a vuestro marido de inmediato —dijo y, al observar la mirada sorprendida de la mujer, explicó—. El obispo es la mano derecha del

papa.

«Entonces solo nos queda rezar», pensó Lucrezia y regresó a casa. Allí la esperaba una sorpresa. En el gran salón se encontraba sentado Giacomo Catalano. Lucrezia se quedó petrificada. El arcipreste sonrió y le ofreció asiento en su propio hogar. Aunque apenas podía dar crédito a semejante absurdo, la joven se sentó.

—Lleváis un hermoso vestido, hija mía.

—¿Os habéis molestado en venir hasta aquí para hacerme un cumplido, eminencia?

—Por supuesto que no. Bendito sea el fruto de tu vientre —dijo Giacomo,

burlándose abiertamente de su embarazo.

—Bendito sea también aquel que ampare al padre del hijo que crece en mis entrañas —respondió ella con brusquedad.

El dominico esbozó una expresión dolorida.

«Qué actor más lamentable», pensó ella.

—Quiero ser sincero contigo. Fray Giocondo ha examinado por petición mía la progresión de las obras. Los pilares suroeste y noroeste amenazan con venirse abajo porque sus cimientos están sueltos. Aunque no entiendo mucho del tema, los especialistas me han

asegurado que se ha utilizado mal material. O bien algún hereje ha pretendido hacer que el sagrado templo se derrumbe para vergüenza de Cristo y de su Iglesia o bien se ha vendido el material bueno y se ha sustituido por malo. En cualquier caso se trata de herejía o de desfalco y, en una obra como ésta, el robo es un pecado casi tan grave como la blasfemia.

Lucrezia palideció, pero se obligó a sí misma a no sucumbir a un ataque de histeria y a mantener la cabeza clara. Aquello no era todo. Solo para informarle de aquello no se habría tomado la molestia de andar todo ese camino. Quería algo de ella, era

evidente.

—Id al grano —respondió ella con frialdad.

Su tono calculador llenó de inseguridad al cardenal durante un momento. Entonces, abrió los brazos.

—Es muy sencillo. Solo tienes que hablar con tu marido para que él abogue por el nombramiento de fray Giocondo como arquitecto responsable de San Pedro. Además, Antonio debe jurar que hará todo lo posible porque el crucero se prolongue en una nave central y tome la forma de una buena basílica católica. ¡Y destruir los planos de Bramante para la planta central!

Lucrezia tuvo que dominarse a sí

misma con gran esfuerzo para no gritarle a la cara que Donato no había dejado ningún plano más. Que aquel viejo bribón se lo había llevado todo a la tumba. Todos daban por sentado que el arquitecto había planificado hasta el último recodo de la basílica, pero en realidad no había dejado ninguna guía sobre cómo continuar su obra. Quizá tuviera la nueva San Pedro firmemente asentada en su mente, eso era algo que ella no podía precisar, pero ni le había hablado nunca a Antonio del tema ni había llegado a plasmar nada parecido sobre el papel.

—Juro por la santa Virgen María que mi marido propondrá a fray

Giocondo y que apoyará toda modificación con la forma de una nave central. No quedará ni un plano de Donato. Pero para eso quiero recuperar a mi marido.

El cardenal dibujó una señal de la cruz y se levantó. Cuando Lucrezia iba, a su vez, a levantarse, él posó la mano sobre su hombro.

—Tranquilízate, hija mía. Recuerda que una vez juré protegerte.

Lucrezia se estremeció.

Por la mañana, Antonio regresó a casa. Se sentía aliviado pero el miedo le había calado hasta los huesos. Aunque se encontraban los dos solos en la habitación, le susurró a su mujer al oído

que nunca contravendría la voluntad del cardenal Catalano. Le habían mostrado sus instrumentos de tortura.

Un mes después el papa regresó de su cacería. Tras consultarlo con Giuliano da Sangallo y con Rafael, nombró a fray Giocondo segundo arquitecto de San Pedro. Lucrezia le reprochó amargamente a su marido que hubiera hipotecado la casa, pero tras hablarlo con su padre adoptivo, Agostino Chigi, logró recuperar la propiedad. La Cámara Apostólica reintegró las cantidades que le correspondían a Antonio da Sangallo. Por mediación de su tío, recibió su primer encargo, la iglesia de Santa

Maria in Loreto, lo que le obligó a viajar aunque no quería separarse del lado de su esposa embarazada, y finalmente la construcción de una iglesia en el Foro de Trajano.

Fray Giocondo se ocupó hasta su muerte en el año 1516 de la mejora de los cimientos sueltos de los dos pilares occidentales, mientras Rafael, por encargo de León X y Agostino Chigi, construía y pintaba y tomaba cada vez más aprendices que pudieran compensar la inmensa carga de trabajo que soportaba. Completamente agotado murió famoso, joven y hermoso Rafael de Urbino, cinco días antes que su

mecenas, Agostino Chigi, y medio año antes que su promotor, León X, en el año 1521, en Roma.

Tras la muerte de fray Giocondo, el papa nombró a Antonio da Sangallo como arquitecto de San Pedro y nadie se alegró más que Maffeo Maffei, al lado del cual era frecuente encontrar a su hijo Arnolfo, siempre que no estuviera en la escuela de latín. Maffeo había decidido que su hijo aprendería a leer y a escribir. Aunque Antonio miraba con tanto orgullo como Maffeo a su creciente familia, seguía siendo el contratista, con seis hijos, el que llevaba la delantera a los cuatro del arquitecto.

Sin embargo, Antonio no consiguió mucho más durante la época de León X que reforzar los cimientos y levantar las contrapilastras, pues aunque el papa había hecho propagar hasta la exageración el mercadeo de indulgencias, cada vez fluía menos dinero a los fondos de San Pedro ya que el hedonista Giovanni de Medici, tan aficionado a financiar con generosidad a poetas y eruditos, gastaba todo el dinero tan pronto como entraba. Para su capilla ardiente se utilizaron velas prestadas. Las arcas de la Cámara Apostólica estaban vacías. Muchos se habían enriquecido, pero la Iglesia era pobre.

Una cosa más dejó León X como

herencia: por todas partes los cristianos renegaban del papa: un tal Calvino en Ginebra, Zuinglio en Zurich y, el peor de todos, uno llamado Lutero en Wittenberg, predicaban a la población sobre el verdadero cristianismo. Pronto comenzaron a surgir herejes organizados entre los que se contaban incluso príncipes y provincias enteras abjuraron de Roma. Contra lo que aquellos apóstatas cargaban con mayor entusiasmo era la incompleta basílica, contra el crucero a medio construir que se parecía tanto a una torre, la torre de Babilonia. Así, consideraban San Pedro, que crecía con gran lentitud, como una parábola de la depravación del papa, al

que alguno incluso llegó a acusar de ser el Anticristo.

Antonio tenía demasiadas cosas de las que preocuparse cuando se extendieron aquellas noticias como para permitirse perder el tiempo pensando en ellas. Aceptaba cualquier encargo en cuanto recibía alguno. Despreciaba la política, la filosofía y la teología pues, desde su punto de vista, no se podía obtener de ellas nada de provecho y además eran demasiado peligrosas. Lo único de lo que entendía era de construir, aquel era su arte y nada más.

Aterrado por las exigencias de Giacomo Catalano, había acabado por

hartarse de su trabajo en San Pedro. Rafael y él se enzarzaban en esbozos cada vez más nuevos y más osados sin que ninguno llegara a aprovecharse en la obra. Dibujaban para no tener que construir.

Así pasaron los años. Antonio era un arquitecto solicitado, un amante padre de familia y un apreciado anfitrión que supo utilizar sus ganancias en la construcción de San Pedro. Había aprendido de aquella crisis en la que había estado a punto de llevar la desgracia a sí mismo y a su familia por su ingenuidad y su candidez. Eran buenos tiempos, pero en el norte comenzaban a levantarse negras nubes

de mal agüero.

GOVERNOLO, MANTUA, *ANNO*
DOMINI 1526, NOVIEMBRE

Los agudos chillidos de los cuervos agazapados sobre las ramas llenaban el aire. Una tierra húmeda, fría y espantosamente agrietada se extendía desde Ferrara hasta Mantua como una piel marcada de tiña frente a los pies de Ascanio. El frío de noviembre se colaba por todos los orificios de su cuerpo

hasta los huesos. Temía enfermar de reuma, por lo que llevaba bajo el arnés y el jubón una gruesa camisa de lana que se había introducido en los pantalones negros. Se juró a sí mismo que aquel sería su último campo de batalla. En su sombrero colgaban con tristeza las bandas negras que lo delataban como uno de los hombres del gran *condottiere* Giovanni delle Bande Nere. Ya tenía cuarenta años y decididamente era demasiado mayor para seguir siendo lansquenete.

—Venga, Ascanio, ven. Queremos ver al enemigo. Ese viejo diablo de Frundsberg ha logrado atravesar el puerto bloqueado de los Alpes —

exclamó el joven *condottiere* de buen humor.

Aunque el líder de los lansquenetes contaba solo con veintiocho años de edad, su valor y su éxito le habían conferido un aura legendaria. Ascanio apreciaba a aquel Medici de cabello oscuro y denso y mirada salvaje, como tantos miembros de su familia. Desde la colina contemplaron la depresión en la que pululaban, sobre todo, lansquenetes alemanes. Un grupo colorido, vestido de forma poco discreta que se reunía en torno a su elevado pendón. Giovanni señaló la colina opuesta.

—Allí es donde Frundsberg ha situado sus cañones. Desde allí nos

tenderán una trampa.

Ascanio observó cómo el *condottiere* se sumía en sus pensamientos y avanzaba un par de pasos. En ese mismo momento, vio cómo una de las balas de cañón cruzaba el aire con un gran estrépito, como un soldado borracho. El capitán alemán de los lansquenets aparentemente había realizado un disparo de prueba. Quiso advertir a Giovanni, pero era demasiado tarde. La informe bola de hierro alcanzó al *condottiere* y le arrancó la pierna. Ascanio llegó hasta él con apenas unos pasos. El herido parecía una muñeca a la que un niño le hubiera roto las extremidades. Sin embargo, del muñón

surgía sangre y no lana. El joven Medici gritaba de dolor con los ojos mirando de frente a la muerte. Agonizante, se levantó de nuevo y cantó con la mirada enajenada una canción marcial que hablaba de amor, honor y una muerte prematura. El estribillo rezaba: «... si mañana me llega la hora y muriese, hoy aún sigo vivo mal que al diablo le pese...». Pero aún no había concluido cuando la canción murió. El *condottiere* había fallecido.

Su enemigo, Georg von Frundsberg, no tardaría en recibir noticias de ello, por lo que sus legendarias tropas pronto se dispersaron. Los enlutados lansquenetes se quitaron sus bandas

negras y se las arrojaron a su capitán, quien parecía haberlos abandonado.

Ascanio rezaba en el mismo punto en el que, cuatro días antes, había caído Giovanni delle Bande Nere, cuando sus amigos Baccio y Eugenio salieron a su encuentro. Eugenio le agarró un hombro y se lo agitó mientras Baccio le hablaba.

—Y ahora, ¿a dónde vamos?

Lo cierto era que Ascanio había decidido que aquel sería su último campo de batalla y Giovanni su último capitán pero, ¿a dónde dirigirse ahora? No tenía casa, ni familia. La guerra era su hogar. No le gustaban los españoles, eran demasiado crueles y arrogantes. A

los franceses no los podía soportar. Los alemanes eran bastante estúpidos y estaban siempre borrachos pero su comandante, Frundsberg, era un perro viejo y experimentado. No por casualidad le llamaban el Padre de los Lansquenetes, pues se preocupaba de que todos sus hombres obtuvieran su parte en aquel negocio llamado guerra, además de esforzarse por no correr ningún riesgo innecesario. Despilfarrar dinero era algo aceptable; despilfarrar sangre, no. Así pues, Ascanio, acompañado de sus dos amigos, atravesó la colina, cruzó la depresión en la que debía haberse producido la batalla y que concluyó con un único

disparo de prueba y entró al servicio de Frundsberg.

NORTE DE ITALIA, *ANNO DOMINI*
1527, PRIMAVERA

Durante medio año se arrastraron por el norte de Italia sin combatir ninguna batalla digna de mención. El emperador, a cuyo servicio se encontraban, se había quedado sin dinero. Entretanto, Giulio de Medici, el primo de León X, había tomado la cátedra de San Pedro con el nombre de Clemente VII y atraído en su contra a todas las grandes potencias. Primero, Clemente VII se había aliado con los

franceses en contra del emperador, pero después había enojado al rey de Francia con algunas maniobras poco afortunadas. Así, se había quedado sin protección. Carlos V ofreció a un debilitado papa perdonar Roma a cambio de los costes de la guerra, pues necesitaba a toda costa pagar a sus lansquenets. Sin embargo, la codicia del pontífice eclipsó su cordura y se negó a pagar.

Los soldados se iban inquietando cada vez más y, entre ellos, Ascanio. Puesto que los lansquenets no solo tenían que mantener su propia vestimenta y armas, sino también procurarse los alimentos con su propio

dinero, las reservas financieras de los soldados se encontraban bajo mínimos. La guerra era un oficio y un arte, como el comercio y la agricultura. Cada soldado era un pequeño empresario. Todos ponían su propia piel a la venta y ahora se enfrentaban a la muerte por inanición porque los grandes gobernantes habían incumplido sus contratos y se negaban a pagar. La guerra y el terrible invierno habían hecho que los alimentos fueran tan caros como escasos y la primavera no ofrecía ninguna solución. Muchos lansquenetes murieron de difteria, disentería o tifus. Incluso Frundsberg, un gigante entre los hombres, parecía sufrir ataques de

debilidad. Incluso se rumoreaba que en ocasiones perdía temporalmente la consciencia.

Un día en que se encontraban acampados cerca de Bolonia, Eugenio entró tambaleándose y con las mejillas hundidas en la tienda. Miró a Ascanio con ojos febriles y fijos.

—No me queda ni una moneda. Y tengo hambre —bramó Eugenio.

—En toda mi vida nunca había estado en una ruina tan total —asintió Baccio mientras jugaba con su cuchillo.

—Vámonos de aquí, Ascanio —propuso Eugenio, agarrando a su amigo del hombro.

—¿Y regalarle nuestro dinero al

emperador o a Frundsberg? —exclamó Baccio enojado.

—En cualquier caso no vas a ver dinero alguno por aquí —replicó Eugenio.

—Dejad de discutir. Eso no nos sirve de nada a ninguno —ordenó Ascanio a los dos amigos.

Pero, ¿qué podía decirles? Se sentía tan impotente como ellos. Un lansquenete metió la cabeza en su tienda y les ordenó que lo acompañaran a ejecutar a aquellos capitanes que les debían el dinero que les correspondía.

Ascanio se levantó de un salto. Llevaba tiempo barruntando la matanza y solo esperaba a que apareciera la

manida chispa inicial. Sabía bien que no iban a lograr nada con ello. Los lansquenetes desatarían su furia ciega contra los capitanes que, desde su punto de vista, sobrellevaban mejor las penalidades y que los habían arrastrado hasta aquella lamentable situación. Ascanio recorrió apresuradamente el camino jalonado de tiendas que llevaba hasta la plaza principal y se encontró con una muchedumbre que surgía atropelladamente de todas direcciones y de todas las tiendas. Sobre un pedestal improvisado se alzaba un hombre de barba pelirroja. Lucía pantalones bombachos acuchillados de color azul y un jubón amplio de color amarillo.

Sostenía su poderosa espada en la mano de forma amenazadora.

—Os digo que azotemos a esos tiranos. Hagámosles beber purines. Siempre será mejor que este agua de mierda.

Algunos escucharon a aquel hombre con el rostro ensombrecido, pero la mayoría mostró su acuerdo con grandes gritos de aprobación. Para los oídos de Ascanio, aquellos gritos en alemán recordaban al ladrido de los lobos hambrientos. Como todos los lansquenetes, entendía y hablaba aceptablemente el alemán, el francés y el español, o al menos todo lo bien que había ido aprendiendo a base de años de

escuchar esas lenguas en campañas militares. De pronto, un grito los hizo enmudecer a todos.

—¡El Padre, viene el Padre! ¡Hazle sitio, hijo de perra!

Los hombres abrieron un pasillo por el que se fue aproximando el gigantesco y extraordinariamente fornido comandante de los lansquenetes con pasos enérgicos. En su tahalí colgaba su mandoble de empuñadura dorada que relucía bajo el sol de primavera. Camisa y pantalón de cota de malla y una coraza sobre la que ondeaba, pintoresca, una especie de capa corta, demostraban que estaba preparado para el campo de combate. Se protegía las poderosas

manos con guanteletes de hierro. Sobre su amplio rostro de expresión seria relucía un casco enorme con un gran plumero rojo y el visor alzado. Aunque la barba de Frundsberg encanecía día tras día, sus soldados le respetaban por ello pues sabían que había ido ascendiendo tras muchos años sirviendo como soldado.

Mientras Frundsberg subía por el pedestal, el pelirrojo descendió tan rápido como si el aura del primero lo repeliera. Durante un momento, el gran capitán se apoyó en un estandarte antes de comenzar a hablar.

—¡Soldados! —resonó su profunda voz de bajo—. No os exijo que

permanezcáis unidos por mí. Mi bolsa está tan vacía como la vuestra — exclamó e hizo una pausa durante la cual paseó su mirada decidida sobre las hileras de hombres—. Pero a todo aquel que ose alzar la voz como protesta yo mismo me encargaré de masacrarlo con mis propias manos.

Todos los presentes entendieron que no bromeaba. El anciano era un oso, un animal de presa.

—Quien se rinda habrá firmado su sentencia de muerte. El enemigo nos acecha. Puesto que habéis acabado con su capitán, caerán sobre vosotros y destriparán vuestros cadáveres. ¿Es eso lo que queréis? Quien pretenda tal cosa

que se dé a conocer para que pueda preguntarle cuánto dinero le han pagado los franceses a ese judas para que traicione a sus compañeros. ¿Por qué, grandísimo idiota, has podido renunciar a todo el oro, a las riquezas legendarias que se encuentran ya al alcance de la mano? Vosotros, hijos de puta, imbéciles, desperdicios humanos, pues eso es lo que sois, al igual que yo: ¿por qué no vamos a recoger lo que es nuestro? ¿Por qué, simplemente, no vamos hasta allí y lo tomamos con nuestras propias manos?

Cundió un silencio tan absoluto que incluso los pájaros de los árboles dejaron de revolotear. Frundsberg miró

de nuevo a su alrededor.

El pelirrojo cayó de rodillas.

—Señor, ¿dónde encontraremos semejante riqueza?

Dio la impresión de que una sonrisa burlona se dibujó en los ojos de Frundsberg al exclamar:

—¡En Roma!

La mirada de Ascanio se nubló. Sabía que aquel ejército compuesto por toda la inmundicia social de Europa caería como una inmensa manada de lobos hambrientos sobre la Ciudad Eterna. Saquear y quemar una ciudad suponía un inimaginable tormento para sus moradores, pero era un triste y habitual daño colateral en la guerra y

aparentemente Dios lo consideraba parte del equilibrio del mundo. Pero, ¿Roma? ¿Su ciudad? Era imposible que el Señor quisiera tal cosa. Frundsberg, movido por la necesidad y abandonado por su emperador, no había visto más salida que enfocar la furia de los lansquenets contra Roma.

—¡Dinero! ¡Dinero! ¡Dinero! — gritaron los soldados mientras avanzaban entre empellones en dirección a su líder.

Las promesas de una ciudad lejana no les consolaban. Estaban cansados, hambrientos, querían una solución inmediata. Cuando Frundsberg vio que sus palabras no servían de nada, los

miró con unos ojos que parecían hundirse en pozos negros, presa de un ataque de furia inabarcable. Comenzó a oscilar de manera amenazadora, pero de pronto se derrumbó como un árbol caído.

El horror cundió entre los soldados. ¿Habrían perdido a su padre? El pelirrojo se inclinó sobre él.

—Es un ataque de apoplejía. Está vivo, pero no puede hablar.

Entre seis capitanes agarraron al pesado comandante y lo transportaron hasta su tienda. Los lansquenets se miraban los unos a los otros, aturdidos. Nunca habían pretendido que ocurriera nada parecido, pues apreciaban a su

comandante. Uno de los capitanes, un hombre arrojado llamado Seidensticker, ascendió entonces por el pedestal.

—¡Mirad lo que habéis conseguido! Despellejad a vuestros capitanes y Dios exigirá vuestras almas. ¡Los franceses os arrancarán la piel a tiras! ¿Cómo creéis que funciona el mundo? El emperador, el papa y los reyes se lo reparten entre ellos y después se declaran la guerra los unos a los otros. Les da igual porque lo único que les cuesta es nuestra sangre. Estoy cansado, estoy harto de que me utilicen como depósito en el gran banco de carne de los gobernantes. Si logro volver sano y salvo a casa, éste habrá sido mi último campo de batalla. Pero

para eso necesito oro, oro, ¡oro, para no tener que luchar más! Y en Roma, donde el papa come sobre platos de oro y caga en bacinillas de oro, hay tesoros en abundancia porque ¡toda la riqueza de la cristiandad desemboca allí!

—Frundsberg morirá, ¡debemos pensar en nosotros mismos! —bramó el pelirrojo en torno a sí—. ¡Vayamos a Roma y cojamos todo el oro que podamos!

Ascanio sintió que el horror recubría cada centímetro de su cuerpo y rezó en ese instante a Dios para que el emperador o el papa pagaran y evitaran la catástrofe. ¿Debía él participar y convertirse en un agente más en aquel

inimaginable baño de sangre? Lo mejor sería abandonar el ejército. En su mente podía prever cómo aquella marabunta de lansquenetes famélicos y traicionados se abalanzaban sobre la Ciudad Eterna donde vivía la única persona en el mundo que aún amaba. Había tenido noticias de la muerte de Bramante pero, ¿qué habría sido de Lucrezia? ¿Y de Antonio da Sangallo? ¿Habrían fundado una familia en ese tiempo? En ese instante Ascanio comprendió que había sido la voluntad de Dios la que le había llevado a formar parte de aquella tropa de lansquenetes. Nunca había dudado mucho de su decisión, pero finalmente la aceptaba con firmeza: volvería a Roma

para proteger a Lucrezia y a Antonio. Aunque fuera el último combate de su vida, pues ya era lo suficientemente mayor como para morir. La rueda de la fortuna giraba sin cesar y tenía preparadas sorpresas para todos.

A la mañana siguiente, el ejército tomó rumbo hacia el sur, sin que nadie recibiera paga alguna. Florencia se salvó milagrosamente del ejército saqueador a pesar de que los soldados tenían tanto hambre que incluso cortaban las cortezas de los árboles y se comían las almendras amargas.

El condestable Carlos de Borbón había tomado el mando de las tropas. Aunque había sido comandante del rey

francés, se había enzarzado en una irresoluble disputa con éste y había tornado su lealtad al emperador. Como no podía evitarlo ni impedirlo, había decidido simplemente dirigir a las tropas en el ataque contra Roma.

Ascanio leyó la inseguridad en los ojos del experimentado general, quien no era en absoluto un hombre apocado ni débil. Como cualquier otro capitán o soldado, se limitaba a recibir órdenes. Se había quedado atrapado en una situación de la que no había salida posible.

Esmerada como una cortesana que se preparara para recibir a un cliente rico y

poderoso, la Campagna se alisaba el vestido de noche. Ascanio nunca habría imaginado ni en sus peores pesadillas que su regreso sería así, en compañía de un ejército que no podía abandonar y cuya campaña estaba destinada a la debacle. Muchos se habían puesto al servicio del emperador por lealtad a Frundsberg, pero el gran comandante yacía agonizante en Ferrara. La fortuna se había aburrido de todos sus juegos tácticos y había colocado sobre la mesa solos dos alternativas: el oro o la muerte.

En las vertiginosas primeras horas de la mañana se desató la tormenta sobre el Borgo, procedente del sur y del

oeste. El condestable renunció prudentemente a atacar los altos muros aurelianos con sus agotadas tropas. Los españoles arrollaron todo a su paso por la *porta* Pertusa hasta la plaza de San Pedro, mientras que los alemanes tomaban la famosa *porta* Santo Spirito que abría el camino al Trastevere desde el Borgo.

Ascanio y sus amigos pertenecían a la compañía de Klaus Seidentsticker.

—¿Qué te ocurre, hermano? — preguntó Seidentsticker al romano—. ¿Tienes miedo?

—Viví en esta ciudad durante mucho tiempo.

Seidentsticker se encogió de

hombros.

—Si Dios así lo decide, nos rendirá la ciudad. Si no, moriremos aquí.

—El vicario de Cristo tiene aquí su sede. No lo abandonará —repuso Ascanio, aunque no creía ni una sola de aquellas palabras que pronunciaba principalmente por tranquilizarse a sí mismo.

Seidensticker escupió.

—Nuestro señor Lutero nos ha indicado que en esta ciudad no reside el vicario de Dios, sino el enemigo de Dios.

—¿Eres luterano?

—¿Y tú? Eres papista.

—La mayoría de los alemanes sois

luteranos, pero los españoles de *porta* Pertusa son papistas. Sin embargo, lucháis juntos contra el papa.

Ascanio agitó la cabeza. Nada tenía sentido.

—¿Y tú? —sonrió irónico el capitán.

Sí, ¿qué pasaba con él?

—Yo soy italiano —respondió, tras una larga pausa.

—Eso lo aclara todo —rio Seidensticker.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1527

La mañana del 6 de mayo se inició con una densa niebla. Al menos ésta parecía luchar del bando atacante, pues evitaba que los soldados apostados en las almenas de Sant'Angelo pudieran disparar a las tropas del emperador. Al igual que el resto de capitanes, Seidensticker avanzaba con sus hombres. Con sus coloridas vestimentas,

los lansquenetes parecían aun más grandes y peligrosos. Portaban espadas cortas y alabardas y los capitanes, como Seidensticker, llevaban grandes mandobles. Solo Ascanio había renunciado a la alabarda y llevaba la espada corta colgada en su tahalí, puesto que para el combate prefería llevar en la mano su gran espada. Junto a él avanzaban Eugenio y Baccio.

Entonces cayeron sobre los atacantes los disparos de arcabuces y espingardas provenientes de los muros. Las balas acertaron a un par de infelices pero no tuvieron un efecto demasiado grave. Cuando, directamente frente a ellos, se fijó una escalera de asalto contra las

murallas, Ascanio se santiguó y pidió a Dios que le permitiera vivir al menos tiempo suficiente como para poner a Lucrezia a salvo. En el momento preciso se echó a un lado justo cuando los defensores, con varas y ganchos pero también con las manos, apartaron la escala del muro haciendo caer de espaldas con gran estrépito a los soldados que ascendían por ella. Luchaban con uñas y dientes para defender la puerta. El segundo ataque también fracasó. Cuando Ascanio se volvió y percibió la decepción en los ojos de los soldados, no supo si alegrarse o enojarse. Deseaba realmente que la Ciudad Eterna resistiera.

—¡Al diablo con vosotros! —
maldijo Seidensticker.

Entonces ocurrió algo que estremeció profundamente a Ascanio y lo llenó de un miedo infernal. Un joven soldado con una cicatriz que le cruzaba la frente y los ojos de un azul profundo como el cielo del norte se quitó el casco. Su largo cabello rubio enmarcaba su rostro y la hacía resplandecer. Decidido, tomó el mandoble de un camarada muerto y lo sostuvo en alto. «El ángel de la guerra», pensó Ascanio. De pronto el joven comenzó a cantar en su bárbara lengua:

«Castillo fuerte es nuestro Dios,

defensa y buen escudo».

Un lansquenete tras otro fue uniéndose a su voz hasta que el canto, que hablaba de necesidad y desesperación, se alzó y explotó contra los muros vaticanos.

*«Con su poder nos libraré
en todo trance agudo».*

Todos los lansquenetes que yacían en suelo con la esperanza perdida volvieron a levantarse. Todos los que habían dejado su compañía retomaron su lugar. Todos los que aún parecían desesperados recuperaron el valor.

«¿Qué clase de gente son estos alemanes?», se preguntó Ascanio sobrecogido. Las tropas formaron de nuevo y su canto se volvió más fuerte y más tenaz.

*«Con furia y con afán
acósanos Satán:
Por armas deja ver
astucia y gran poder;
cual él no hay en la tierra».*

Seidensticker reía de salvaje alegría.

—Así aprenderán —gritó a Ascanio y a sus dos amigos.

El corazón de Ascanio dio un vuelco

cuando comprendió que terminarían por tomar la ciudad. ¡Si tan solo el papa y los romanos hubieran pagado lo que les pedían! O si al menos hubieran abierto las puertas y se hubieran rendido. Entonces, el capitán se unió también al coro.

*«Nuestro valor es nada aquí,
con él todo es perdido;
mas con nosotros luchará
de Dios el escogido».*

Las columnas se formaron y el joven rubio dio un paso hacia adelante.

«Es nuestro Rey Jesús,

*el que venció en la cruz,
Señor y Salvador.
Y siendo Él solo Dios,
Él triunfa en la batalla».*

En ese momento, el condestable de Borbón llegó hasta ellos con gesto sombrío para tomar la vanguardia del ataque. El experimentado general presentía que debía tomar el muro ahora o nunca. Ascanio oyó al pasar a su lado cómo maldecía entre dientes.

—*¡Diables protestantes!* —no dominaba la lengua de los hombres a los que comandaba y eso le causaba un gran malestar. La niebla se fue disipando y los arcabuces dispararon.

—Ven, como italianos que sois debéis ir los primeros —gritó Seidensticker y Ascanio, Eugenio y Baccio lo siguieron.

Pasaron frente a los hombres que sostenían las grandes escalas, cruzaron entre heridos, moribundos y muertos alcanzados por balas o flechas y cuyos gritos amortiguaban el canto. Una vez llegados a la primera línea descubrieron, entre el portaestandarte y el joven rubio, a su comandante que, de pronto, se derrumbó. El portaestandarte lo sostuvo. Para el ejército, aquella era la señal de mantenerse inmóviles.

Ascanio, acompañado de sus dos amigos y del capitán Seidensticker,

acudió apresuradamente hasta el general, que yacía manchado de sangre.

—*Mon Dieu*, una bala me ha atravesado la cadera. Tapad la herida, el enemigo no debe darse cuenta de que me estoy muriendo.

Seidensticker se rasgó la capa amarilla de cuero curtido y lo extendió casi amorosamente sobre el francés que había caído en desgracia para su rey por haberse negado a casarse con la reina madre. «¡Qué historia más sucia!», pensó Ascanio.

—Eugenio y Baccio, llevad al comandante a los médicos —ordenó Seidensticker.

—¡No me hagas esto, necesito a mis

amigos en la ciudad! —exclamó Ascanio.

—Al diablo también contigo. Pero solo por ser tú, Ascanio —replicó el capitán y traspasó la orden a otros dos soldados.

Sobre los muros había estallado el júbilo. Los defensores de la ciudad debían haberse dado cuenta de que el general de Carlos V había caído. Sin embargo, por mucho que celebraran y creyeran haberse salvado, Seidensticker había alzado ya su espada, imitado por el joven rubio. Marcharon hacia los muros. Los pendones volvieron a ponerse en movimiento como señales para todos de que había que avanzar. El

hueco sonido de las escalas de madera que impactaban contra los muros inauguró una serie de gritos de guerra entre los hombres que habían comenzado ya a trepar por los escalones. Los defensores lograron hacer caer dos escalas. Los gritos triunfales surgieron como un eco de los chillidos de dolor que surgían desde abajo.

Ascanio subió por la escalera siguiendo a Seidensticker. El capitán alcanzó las almenas y atravesó con su espada a un soldado papal que había pretendido clavarle su lanza. En ese momento, Seidensticker ganó el muro. Ascanio vio cómo el gran alemán segaba vidas con su gran espadón de combate.

Como una encarnación de la parca en plena cosecha iba partiendo cráneos, sesgando cabezas, atravesando cuerpos mientras, en un instante, hundía a alguien la clavícula. El hombrón prácticamente bailaba con la espada. «Una muerte danzarina», pensó Ascanio mientras su espada se agitaba e iba matando a todo aquel que se interpusiera en su camino. A los pies de los luchadores se iban produciendo charcos de color rojo sucio. Parecía que lloviera sangre.

—¡Los españoles! —gritó Eugenio sin aliento.

Entonces, lo vio. Habían tomado, sin duda, la *porta* Portusa. Entre ellos y la basílica de San Pedro se encontraba

solo una tropa de guardas suizos que se mantenían en posición. Más tarde, Ascanio descubriría que los españoles se habían colado en la ciudad a través del taller que un artesano había levantado en el muro de separación cercano a la *porta* Torrione. Cuando los españoles habían llegado a la casa, habían descubierto una ventana que habían tapiado de mala manera con un par de tablones. Habían arrancado los maderos y se habían introducido por el agujero en el muro para encontrarse directamente en el Borgo, justo en el jardín del cardenal Cesi.

—¡Dirigid los ataques contra el cuartel general del diablo! —gritó

Seidensticker a su gente después de que los alemanes hubieran repelido a los papistas de la corona mural.

En ese momento, tres soldados de la guardia suiza se presentaron precipitadamente en el adarve. Uno de ellos, enloquecido por el combate, agarró al joven rubio y le cortó la cabeza. El oro de su cabello se tiñó de rojo. Ascanio vio en los ojos de Seidensticker un dolor tal como si hubiera sido su propia piel la que hubiera sufrido el daño. A nadie temían más los lansquenets que a los suizos. El capitán contuvo a los atacantes mientras Ascanio miraba por un instante a los ojos de su enemigo. Era un muchacho

joven, que estaba allí porque el cardenal Mateo Schiner lo había enviado. Iba a morir allí por eso. Antonio bloqueó una estocada enviando la espada de su contrincante hacia la izquierda, se giró rápido como un rayo y le clavó su acero en la garganta. Con un solo movimiento, retiró el arma y se irguió, después se precipitó sobre otro suizo que mantenía en apuros a Seidensticker. El capitán le dirigió un breve asentimiento de agradecimiento e inmediatamente bramó:

—¡Vamos! ¡Disparad las
espingardas!

La bala de cañón cayó a poca

distancia del *tegurium*, el templete protector que Donato Bramante había construido sobre el lugar de último reposo del príncipe de los apóstoles. El papa, que desde primera hora de la tarde rezaba ininterrumpidamente un nivel más abajo, en la cripta, se estremeció aterrizado, se quedó petrificado un instante y después prosiguió con sus oraciones con aun más empeño. Tras él se encontraba arrodillado Giacomo Catalano, quien observaba a Clemente VII con evidente irritación. «Más le hubiera valido actuar a tiempo en lugar de dedicarse ahora a suplicar ayuda», pensó el arcipreste con desprecio. El dominico confiaba en la providencia

divina, pero también había experimentado a lo largo de su vida la profunda sabiduría del dicho popular «a Dios rogando y con el mazo dando». Era necesario colaborar con Dios para darle algún motivo para intervenir.

Giacomo odiaba a los Medici, quienes solo parecían ser capaces de sentirse felices cuando, como los niños, se dedicaban a chapotear en la mierda. Los odiaba porque, desde su punto de vista, solo habían logrado avergonzar a la Iglesia. El Magnífico había sido quien lo había iniciado todo. Lorenzo de Medici había respaldado a los *Fedeli d'Amore* y su hijo Giovanni, ya como León X, había despilfarrado las arcas de

la Iglesia en su afán de lujo y placeres. La reconstrucción de San Pedro no continuaba adelante y la vieja basílica, convertida en una auténtica ruina, se venía abajo a ojos vista. Rafael había transformado todo el dinero invertido en planos y más planos, pero no en construcción real. De cuando en vez se retocaban los arcos del crucero o se erigían un muro de contención para los pilares de la cúpula, pero desde la muerte de Bramante faltaba un genio creador que sacara la obra adelante. Rafael se había encontrado demasiado ocupado con sus incontables encargos hasta que, siete años atrás, había muerto repentinamente y por sorpresa a edad

prematura. El pupilo de Bramante, Antonio da Sangallo, tampoco había logrado realizar ningún progreso digno de recibir tal nombre. Tampoco se debía a la casualidad pues, de la misma manera que la iglesia, la cristiandad también se estaba desmoronando. León X no había sido capaz de oponer resistencia al hereje Lutero.

El sobrino de Lorenzo, Giulio, quien en ese momento rogaba a Dios su salvación, no había provocado su desgracia, como lo hizo su primo, por su excesiva prodigalidad, sino que por el contrario había sido su exagerada avaricia la que había destapado la caja de los truenos. Cada vez que se miraba a

un Medici no se descubrían más que pecados capitales. Lorenzo era la encarnación de la *superbia*, la soberbia, la vanidad, el orgullo y la autocomplacencia; en Giovanni se combinaban la *luxuria*, el desenfreno, con la *gula*, la glotonería y la desmedida, mientras que Giulio era el paladín de la *avaritia*, la racanería y la codicia. No, Giacomo odiaba con toda su alma a los Medici, a aquellos boticarios de Florencia venidos a más.

De pronto, resonaron pasos acelerados, como si alguien descendiera apresuradamente por las escaleras. Se dio la vuelta. ¿Habrían llegado tan lejos? ¿Se dispondrían ya las hordas de

lansquenetes a saquear, asesinar y profanar el sanctasanctórum, como no podía dejarse de esperar de los herejes luteranos? Pero era el capitán de la guardia, Herkules Göldli, quien penetraba en la cripta.

—Santo padre —exclamó angustiado.

El papa se volvió irritado. Era evidente que se había sentido perturbado en su oración.

—¡Todo está perdido! El enemigo ha entrado en el Borgo. En pocos minutos caerán sobre la iglesia de San Pedro. Venid, debemos retirarnos al castillo de Sant'Angelo. Daos prisa, santo padre, ¡aquí no habrá salvación posible!

—Hemos puesto nuestra salvación en manos de Dios —respondió Clemente VII con suavidad.

Giacomo ya no podía soportar a aquel hombre ni un segundo más: siempre que tenía dos opciones para elegir, acababa escogiendo la peor. No podía hacer otra cosa más que increparle al papa.

—Santidad, si los herejes están aquí, es que no habéis confiado vuestra vida a Dios sino al diablo. ¡No podéis ofrecerle a los herejes la oportunidad de divertirse profanando el cuerpo sagrado del vicario de Cristo!

—Su eminencia tiene razón, ¡ya no nos queda tiempo! —exclamó el capitán

Göldli—. Aún podemos huir al castillo a través del *passetto*. El comandante Kaspar Röist lucha heroicamente con cien hombres frente al obelisco para ofreceros estos minutos. ¡No podrán aguantar mucho más tiempo contra un enemigo que los supera en número! ¡Vamos!

Clemente VII perseveró su obstinación de aguantar en la cripta. Giacomo lo empujó contra Göldli casi con intención dañina.

—¡Idos! ¡Hacedlo por la Iglesia! Hacedlo por Dios —dijo, sin que nadie reparara en el esfuerzo que al arcipreste le costó pronunciar aquellas últimas palabras—. Sois el sucesor del apóstol.

¡Daos cuenta de una vez de que encarnáis a san Pedro, santo padre! Idos. ¡Vuestro cuerpo sostiene a la Iglesia!

El papa asintió, conmovido. ¿Qué otra cosa podía haber dicho Giacomo? Aunque odiaba a Giulio de Medici, amaba a la Iglesia y le turbaba la ininterrumpida sucesión de personas en el cargo. Giacomo siguió al comandante y al papa a lo largo del *tegurium* y, desde allí, a través del crucero descubierto. Ochenta guardias se mantenían a escasa distancia. Además de ellos, quizá unos doscientos ciudadanos habían acudido hasta allí presa del pánico desde el Borgo, además de clérigos y un par de

peregrinos sorprendidos por la invasión. Solo algunas mujeres y niños se contaban entre ellos: las familias solían residir en el Trastevere y en los barrios al otro lado del río.

—Por favor, dadme vuestra espada y vuestro arnés —le pidió el cardenal al capitán de la guardia suiza.

—¿Qué os proponéis, eminencia?

—¡Proteger mi iglesia!

—Dadle lo que os ha pedido. Dios os bendiga, hijo mío —dijo el papa y suspiró profundamente.

Göldli tendió a aquel hombre vestido con un sencillo hábito de dominico su gran espada de combate y su coraza. Mientras Giacomo Catalano

se colocaba el arnés sobre su uniforme blanco y negro, el capitán preguntó a sus hombres quién estaba dispuesto a defender la tumba de San Pedro junto al cardenal. Como casi todos se ofrecieron voluntarios, eligió a cuarenta de los guardias para acompañarlo a él y al papa y dejó a otros cuarenta con Giacomo.

Mientras el papa bendecía a los quedaban atrás, una bala de cañón impactaba con gran estruendo en uno de los muros de contención, causándole grandes desperfectos. Herkules Göldli se llevó casi a rastras al vicario de Cristo. Giacomo sabía que el pequeño grupo giraría a la izquierda nada más

salir de la basílica para dirigirse a los Palacios Vaticanos y desde allí huir al castillo de Sant'Angelo a través del pasadizo secreto. Deseó fervientemente que no fuera ya demasiado tarde. Debía ser Dios quien saldara cuentas con Giulio de Medici, no los lansquenets luteranos. Ignoraba si el valeroso Kaspar Röist y su pequeña tropa seguiría oponiendo resistencia ante el asalto o si llevarían ya largo tiempo muertos. No podía saber que los españoles, en ese mismo momento, se encontraban masacrando bárbaramente a aquel hombre, gravemente herido, en presencia de su mujer.

Mientras esto ocurría, Giacomo

indicaba a los refugiados que atravesaran el tegurium, se ocultaran en la cripta y rezaran. Después, miró al rostro de los jóvenes suizos. Buenos muchachos de las montañas. Preguntó a cada uno de ellos su nombre y su lugar de origen.

—Johann, eminencia. De Wallis —respondió el primero, un muchacho divertido y mofletudo.

—Olvidad el tratamiento de eminencia. Ya no tiene ninguna importancia. Soy vuestro hermano en Cristo, fray Giacomo.

Dicho esto, se dirigió al segundo.

—Kaspar, emi... Es decir, fray Giacomo. También soy de Valois.

—Heinrich, del cantón de Uri.

—Mathias, de Zúrich.

—Huldrych, de Berna.

—Balthasar, de Ginebra.

—Jürg, de San Galo.

—Joseph, de Waadt.

Giacomo se esforzó por grabarse en la memoria los nombres de sus cuarenta compañeros. Después, se colocó frente a los guardias y dijo:

—*Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine patris et filii et spiritus sancti*

—dibujó la señal de la cruz sobre ellos, abrió finalmente los brazos y prosiguió:

—«Que el Señor te bendiga y te guarde, que el Señor haga resplandecer su faz sobre ti y te de su gracia. Que el

Señor vuelva su rostro y te traiga la paz. Así invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel y yo les bendeciré».

Quizá Dios aún efectuara un milagro y logran defender la basílica.

Debido a la demolición, era imposible cobijarse bajo los muros como lo habría sido antaño. El enemigo podía aparecer desde prácticamente cualquier punto. Por eso, Giacomo apostó a sus hombres ante la entrada del improvisado refugio. No tuvieron que esperar mucho.

Para su gran sorpresa, no eran los herejes alemanes los que entraban como un huracán en el espacio de la iglesia, sino sus propios compatriotas,

españoles de buena fe. Sintió una presión en los oídos, como si hubiera caído en una trampa de profundidad incierta. Le habría consolado que al menos hubieran sido herejes los que se dirigieran al sanctasanctórum. Habría tenido sentido. Pero que los propios hijos de Dios se volvieran contra Dios implicaba el principio del fin, significaba el derrumbamiento final del mundo. Giacomo perdió toda esperanza. Todo estaba decidido. Tan bello como el arcángel san Miguel hizo frente a los atacantes espada en mano y ordenó en español con voz poderosa:

—¡Arrodillaos, rezad, arrepentíos de vuestros pecados!

Los lansquenetes se rieron de él y le ofrecieron, burlones, que entrara a su servicio.

—Necesitamos a alguien que conozca el terreno y nos pueda mostrar dónde está el oro. ¿Podrías ser nuestro capellán!

—Os expulso de la comunidad de Dios y de los creyentes. Seréis malditos de ahora en adelante, por todos los tiempos. Sufriréis todos los tormentos del infierno, ¡nadie podrá libraros de ellos! En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. Amén.

Con la prisa y también porque quería a toda costa que los lansquenetes entendieran lo que estaba diciendo,

pronunció la maldición en español y no en latín. Los suizos alinearon sus alabardas, lanzas y espadas junto a él.

—¡El frailecillo quiere pelear! — exclamó un soldado mientras se agarraba la tripa de la risa.

—¡Retira la excomunión de inmediato! —ordenó un segundo, furioso.

—¡Maldito sea quien no ama al Señor! ¡*Marána tha*: «Ven a nosotros, Señor!» —dijo entonces en arameo, pues ya no tenía interés ninguno en que lo entendieran.

Sentía que había llegado su último día y pronto pagaría por sus pecados, de la misma manera que aquellos siervos

de la guerra pagarían por los suyos. Entonces, se precipitó a la batalla.

Durante dos horas se prolongó aquella carnicería, después la superioridad numérica española logró imponerse a los suizos, que luchaban como leones. El cardenal Giacomo Catalano, herido de gravedad pero aún con vida, había caído en manos de los soldados.

—¡Retira la anatema y tendrás una muerte rápida! —le ordenaron.

Sin embargo, Giacomo guardó silencio. No quería una muerte rápida, sino recibir la penitencia impuesta por Dios. Como sacerdote, había mentido, traicionado, robado, difamado,

secuestrado, torturado y asesinado. Incluso había envenenado a un papa. Se había condenado al infierno por Cristo y por su Iglesia. Sabía lo que había hecho y era consciente de que un día le llegaría el justo castigo.

En su rabia, los lansquenetes le arrancaron la coraza. Tenía el hábito húmedo y teñido de rojo, por su propia sangre y por la ajena. Le arrancaron la ropa. Se encontró completamente desnudo frente a los soldados, como el cordero a punto de ser llevado al matadero. «Agnus Dei», rezó en silencio. Los lansquenetes miraron a su alrededor y descubrieron una inmensa cruz, el doble de alta que ellos.

Arrancaron con las alabardas la estatua de madera del salvador doliente y presionaron el cuerpo de Giacomo contra ella. Un profundo dolor lo recorrió una y otra y otra vez. Lo habían clavado a la cruz con disparos de ballesta. Él pensó, suplicó para sus adentros: «por favor, ¡crucificadme boca abajo! No soy digno de morir como nuestro Señor Jesucristo». Entonces, sus sentidos comenzaron a diluirse y sintió cómo unas lágrimas de sangre le surgían de los ojos y le resbalaban por las mejillas.

—Bien, ¿ahora nos exculparás de nuestros pecados y nos retirarás la anatema?

Era demasiado tarde. Su espíritu ya no se encontraba entre ellos. Tal y como Ignacio de Antioquía había dicho: «No intentes agradar a los hombres, sino a Dios... Yo, en cualquier caso, jamás volveré a tener tal oportunidad de llegar hasta Dios». Por fin Giacomo entendía su vida. En ese mismo momento en que hacía las paces con su existencia. El martirio lo purificaría.

—¿Qué vas a hacer ahora? Si no te bajamos ahora mismo de esa cruz, vas a quedarte allí —rugió otro de los lansquenetes.

Los gritos de tormento y muerte de las personas que habían huido al *tegurium* le azotaban los oídos.

Giacomo repitió la excomuni3n y después rezó el Yo, pecador:

«Confiteor Deo omnipotenti

et vobis, fratres,

quia peccavi

nimis cogitatione, verbo, opere et omissione:

mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa...».

—Deja que se pudra —ordenó el soldado.

De nuevo sintió Giacomo un dolor ardiente como mil fuegos. Alguien tiró un par de veces de sus piernas, como burlándose de él. Después, lo dejaron

solo. Sus sentidos se desvanecieron.

—Jaume —oyó una voz de mujer que le hablaba en catalán, amortiguada como entre algodones.

Conocía aquella voz. Se volvía cada vez más clara. Conocía aquel timbre muy bien, aunque hacía toda una vida desde la última vez que lo había oído. Aún era un niño entonces. Tenía doce años.

—Jaume, ven: tu padre quiere hablar contigo.

Giacomo vio a su madre frente a él: tras todos aquellos años en los que había olvidado su rostro y ni siquiera había podido figurársela ni en sueños, la veía de forma tan clara como si se

encontrara físicamente frente a él. Sus ojos grandes y oscuros sobre un rostro fino. Su figura esbelta, las largas manos que lo acariciaban tan a menudo. Los labios gruesos de los que surgía el aliento curativo cuando él se caía o se golpeaba con algo. La siguió al jardín detrás de la casa. Bajo los pinos se encontraba sentado su padre, médico y erudito, con la espalda vuelta hacia la puerta y leyendo un libro. Estaba sentado rodeado de rosas. Jaume necesitó un instante para darse cuenta de qué había en él tan diferente. Su nuca solo estaba cubierta por pelo. Le faltaba la kipá que siempre lucía.

—Tu hijo, Jordi.

Entonces vio también el rostro de su padre, por primera vez desde entonces, y con total claridad. Tenía la piel morena pero los ojos azules. Cuando sonreía, como en aquel momento, su iris tomaba el color de un cielo alegre. Su padre abrió los brazos. Olía dulce, como los piñones. Jaume corrió, su padre se levantó, se inclinó, cogió a su hijo en brazos y lo alzó por los aires. Después volvió a colocarlo con cuidado sobre las baldosas que marcaban el camino entre los árboles hasta la glorieta de hierba.

—¡Siéntate! Tengo que hablar contigo.

—¿Dónde está tu kipá, padre?

—De eso precisamente se trata.

Los saltos juguetones del agua en la fuente redonda no concordaban con el rostro serio de su padre.

—Escúchame, hijo mío. Debes grabarte en la mente lo que voy a decirte. El rey ya no quiere permitir que practiquemos la religión de nuestros padres. Nuestra comunidad ha acordado y decidido que reconozcamos a Jeschua, al que llaman Jesús, el Cristo.

Jaume quiso decir algo, preguntar todo aquello que se le ocurría, pero su padre le obligó a callar con un gesto de la mano.

—Cuando seas mayor te lo explicaré todo, pero ahora debes venir a bautizarte

con nosotros y acudir al sacerdote Ignacio para que te ilustre.

Así fue. Jaume fue bautizado y comenzó a educarse en la escuela obispal de Tortosa bajo la dirección de un sacerdote joven y amistoso. Las nuevas historias de Jesús y sus discípulos, de Pedro y Pablo le gustaron tanto que comenzó a olvidar las antiguas. Se consagró a sus estudios con gran celo. Pero, a pesar de que su padre lo elogiaba por ello, pues al fin y al cabo había sido él quien había querido que su hijo acudiera a aquella escuela, comenzó a mirarlo con ojos llenos de dolor. Como si a su padre le hiriera su entusiasmo. Cuanto más éxito tenía

Jaume en sus estudios, más se apartaba su padre de él y menos le hablaba. El muchacho sentía como si su padre tuviera secretos para con él y desconfiara de su propio hijo. Aquello le hirió y lo separó cada vez más de su antaño tan querido progenitor.

Un día, el sacerdote forzó en confesión a Jaume a hablarle de su padre, de los libros que leía y de con quién se encontraba. El joven hizo lo que le habían ordenado, no pensó más en ello y prosiguió, como siempre, enumerando sus pecados.

Jaume no tardó en olvidar aquella confesión y comenzó a acariciar la idea de ingresar en un convento, de unirse a

los dominicos y servir al Señor completamente. Entonces, un día, cuando volvía a casa tras sus ejercicios espirituales, se encontró las puertas y las ventanas abiertas. Con el corazón latiéndole enloquecido, corrió por todas las habitaciones, pero no encontró ni a su padre ni a su madre en aquella casa vacía. El muchacho no pudo encontrar explicación alguna, pero sintió un oscuro presentimiento. Corrió todo el camino de vuelta. Una multitud agitada se dirigía hacia el palacio obispal. Se perdió entre ellos. Por los comentarios y fragmentos de conversación que llegaban hasta sus oídos, el despierto muchacho logró enlazar que los judíos

bautizados estaban volviendo a practicar su religión en secreto y que celebraban ritos herejes y actos de brujería. Por eso, los marranos recibirían el fuego purificador.

Lo que el chico había oído superaba ampliamente todos sus temores. Le cortó el aliento. Por una parte, no creía a su padre capaz de algo así, pero por otra, era cierto que recibía con cada vez más frecuencia visitas nocturnas de desconocidos. Sus padres creían que Jaume dormía, pero él se enteraba de las visitas secretas, sabía que hablaban en hebreo y en una lengua que se parecía al hebreo pero que no podía entender. Algunas veces, padre y madre utilizaban

aquella lengua cuando él se encontraba en la misma habitación. Eso le dolía. Aparentemente no tenían ninguna confianza en él o, lo que era peor, ya no lo querían.

Frente al palacio obispal se alzaban sobre pilas de madera altos postes en los que había personas atadas. Los gritos de dolor le perforaron el oído. El niño odió en aquel momento a aquellas personas por esos semejantes berridos. Los mártires cristianos, por lo que él había leído, morían de una manera diferente, maravillosa, llenos de confianza en Dios. Al ser conscientes de estar abandonando el valle de lágrimas e ir a encontrarse con el Señor, su vida

concluía de forma más feliz.

A través del fuego abrasador reconoció que los cuerpos torturados vestían batas blancas y lucían sombreros amarillos puntiagudos. Sintió en la nariz el olor dulzón de la carne humana ardiendo, que se extendió a través de los nervios hasta atacarle el estómago. No había comido nada, pues de lo contrario habría vomitado, pero a pesar de todo experimentó una náusea y tuvo que expulsar algo de bilis. El corazón parecía que iba a salirse por la garganta. ¿Y si padre y madre eran los que ardían allí? No podía reconocerlos a través del denso círculo de espectadores que contemplaban entre

risas y burlas el sufrimiento de los condenados en la hoguera.

Las llamas fueron ahogándose poco a poco y la tarde se extendió por la ciudad. La gente bailaba, cantaba y festejaba en la plaza porque el obispo les había anunciado que, una vez quemados los dos siervos del diablo, ya no corrían ningún peligro.

Jaume corrió de nuevo a casa, donde observó lleno de miedo cómo un grupo de personas desconocidas entraban en su casa y se llevaban sus muebles y vestidos. Todo, incluidos su Biblia y su viejo caballito de madera. La capa buena de papá y el vestido de fiesta de mamá. Qué guapa estaba cuando se lo

ponía. Como una princesa de oriente. ¿Cómo le llamaba padre cada vez que se ponía aquel vestido? Sulamita.

Aquellos extraños estaban robando su vida. Nadie le iba a proteger. Nadie se la iba a devolver. El muchacho vagó por las calles hasta que, ni él mismo supo decir cómo, regresó a la plaza situada frente al palacio obispal. Los guardias que habían vigilado las piras aún en llamas hacía tiempo que se habían retirado. Se aproximó a los sucios montones de leña quemada, de hollín y de ceniza. Una acuciante añoranza de sus padres lo asaltó. No quería creer que su hermosa madre y su fuerte e inteligente padre se hubieran

transformado en aquellos montones de desperdicios inanimados.

De pronto, la luz de las estrellas le reveló un resplandor entre los escombros. De puntillas, para no tocar nada de lo que ayer había sido humano, avanzó entre equilibrios y se agachó. Entre las cenizas y las piedras recogió con cuidado con las puntas de los dedos un anillo de oro con un engarce igualmente dorado que encerraba una piedra negra. Apenas se atrevía a hacerlo, pero debía tener una prueba por terrorífica que fuera la verdad que albergara, por lo que alzó el anillo hacia la luz. El monograma de su padre que lo señalaba como miembro de la tribu de

Leví, como sacerdote, relució en la oscuridad. Las lágrimas le llenaron los ojos, acompañadas de un sollozos tan fuertes que creyó ahogarse. Guardó el anillo en el bolsillo de sus pantalones, se inclinó de nuevo y acarició las cenizas y los huesos. Siguió así durante largo tiempo, hasta la madrugada. Entonces, una patrulla de soldados del obispo lo expulsaron de allí. Vagó perdido por la ciudad, durmiendo donde podía, comiendo lo que encontraba. El muchacho acabó perdiendo el sentido del tiempo. En su corazón luchaban con fuerza el dolor de la pérdida y la consciencia de que sus amados padres habían sido paganos. No hallaba salida

a aquel laberinto de verdad y pena. Dios, el instinto o el deseo de sobrevivir lo arrastraron hasta un barco, pues en Tortosa acabaría ahogándose en su propio sufrimiento.

Tiempo después comprendería que había sido él quien había traicionado y asesinado a sus padres. Sin embargo, ellos también lo habían abandonado al permanecer anclados a sus creencias blasfemas en lugar de abrirse al mensaje de Dios.

Giacomo vio de pronto una luz y esa luz cubrió las ruinas de la vieja basílica que tenía ante él. Pero nuevamente se oscureció y entonces vio a sus padres una vez más. Esta vez, no obstante, él

era aun más pequeño. Estaba aprendiendo a correr, avanzando y tropezando entre los brazos abiertos de su madre y de su padre. Ellos le agarraban siempre a tiempo para que no se cayera. Se sentía seguro, seguro en aquellos brazos fuertes que lo sostenían, como aquellos cuatro poderosos brazos del crucero sostendrían algún día el cielo.

Ensordecedoramente suave, recostado completamente en el regazo de su madre, comenzó a cantar: *«Jitgadal vejitkadsch sch'mei rabah. B'allma di y'ra chir'usei y'jamlich malchusei, b'chjeichon, uv'jomeichon, uv'chjei dechol beit Jisroel, ba'agal*

u'vizman kariv, y'imru: Amein. Que se bendiga su nombre por los siglos, de los siglos, de los siglos. Adorado y venerado, elevado, ensalzado y glorificado, festejado, enaltecido y loado sea el nombre del Santísimo, bendito sea, por encima de cualquier canto, himno, alabanza y consuelo que se pronuncie en el mundo entero; y decid Amén».

Desde las profundidades de su alma que se iba separando de su cuerpo, aquellas palabras hebreas del *kadish* se le antojaron las únicas capaces de pronunciar, como si el español, el italiano y el latín ofrecieran su legítimo lugar al hebreo. ¿Qué importaba que

aquella oración solo pudiera pronunciarse en presencia de un *minjá*, de un grupo de diez varones judíos? ¿Acaso no estaban todos allí: su grandioso padre, sus dos dignos abuelos, sus cuatro tíos, el sabio rabino, el divertido panadero, el severo carnicero *kosher*? ¿No le tendían la mano, dispuestos a ayudarlo a liberarse de su cuerpo y de su carga mundana? ¿No iban a llevarlo a pesar de su traición hasta la Jerusalén celestial? Y decid Amén.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1527

A su alrededor todo era saqueo y expolio. Los lansquenetes entraban por la fuerza en iglesias, palacios y viviendas y robaban todo lo que encontraban que contuviera piedras preciosas, oro y plata. Ascanio dio carta blanca a sus dos amigos, los entendía demasiado bien. En el fondo, él también debía actuar de aquella manera. Al fin y

al cabo también debía asegurarse la vejez recopilando cuanto pudiera, de lo contrario moriría miserable sin que nadie se ocupara de él, cuando ya fuera demasiado viejo para luchar o el filo de una espada lo dejara lisiado. Pero no si se encargaba de conseguirse unos ahorros.

La oportunidad de saquear la ciudad más rica del mundo no se le volvería a ofrecer por segunda vez. Sin embargo, en la plaza de San Pedro le asaltaron recuerdos que lo paralizaron. Hacía casi veinte años que había acompañado a Bramante a la cripta de la basílica, donde había visto a la muchacha amordazada y se había sometido con

rabia contenida a las exigencias del cardenal catalán. La visión de aquel ser inocente atado de pies y manos le había roto el corazón. Cuanto más descubría de los manejos del poder, más le repugnaban.

Pensativo, comenzó a ascender los escalones que llevaban a la iglesia. Pasó por entre los cadáveres profanados de lo que en su mayoría eran clérigos y funcionarios, pero también había mujeres y niños. Algunos habían sufrido evidentes abusos sexuales. Conocía demasiado bien la furia homicida que arrastra a aquellos que, durante horas, han asesinado, puesto en peligro su vida y visto caer a sus compañeros. Todos

los reflejos se centran entonces en un único y sencillo principio: matar o morir. Quien llegaba tan lejos no podía parar hasta caer agotado. Nunca tenía suficiente sangre que derramar, nunca tenía suficientes gritos que provocar. Como Ascanio conocía aquel frenesí, sabía cómo refrenarlo.

Penetró entonces en la puerta del atrio. El campo verde estaba teñido de rojo. Los insectos disfrutaban de un auténtico festín. No miró a ninguno de los cadáveres, pues sabía demasiado bien que debía mantener el dolor ajeno a él. Si las víctimas se convertían en algo personal, se volvería loco. Debía permanecer objetivo y frío bajo

cualquier circunstancia. De pronto, una imagen lo fascinó. Desde la *porta Ravenniana* llegaba corriendo una mujer medio desnuda que sostenía un niño pequeño en brazos. Un lansquenete de mirada enloquecida y llena de avidez los perseguía gritando:

—No quiero nada de ti, ¡pero dame al crío!

Ascanio había aprendido a no inmiscuirse en los múltiples años en los que se había dedicado al arte de la guerra. Siempre lo había considerado una costumbre sabia y sensata. Aunque se pudieran controlar los instintos y no convertirse en una bestia humana como sus camaradas, también había que saber

darles manga ancha en los momentos en los que la sed de sangre los cegaba. Sus impulsos sexuales, que clamaban por su liberación, no eran más que una forma de instinto asesino, de demostración de fuerza.

—¡Solo es un niño! ¡Salva tu propia vida! —gritó el lansquenete.

Ascanio leyó en los ojos de la mujer el miedo por la suerte de su pequeño. No había allí nadie que se interpusiera en su camino, probablemente su marido habría caído masacrado en la iglesia más importante de la cristiandad. Miraba a su alrededor no suplicante, sino con la expresión derrotada de quien ha perdido toda esperanza. En ese

momento, algo se removió en sus entrañas. Sacó su acero y detuvo el avance del soldado, que dio un respingo.

—¿Qué es lo que quieres? ¿A ti qué te importa ese mocoso?

—¿Son los chiquillos lo que te gusta? —preguntó Ascanio con frialdad.

—¡Claro! Tienes que probarlo. Son tan inocentes, tan frescos y puros. ¡Y lo mejor es que no pueden contagiarte la enfermedad de los franceses!

Los ojos de Ascanio se volvieron dos diminutas rendijas. Una extraña calma lo invadió mientras estampaba el puño en la cara de aquel pedófilo, que caía describiendo un gran arco. Con una rápida maniobra le soltó la coraza y la

arrojó a un lado. Entonces, se arrodilló sobre las piernas del canalla. Éste volvió de nuevo en sí e intentó moverse. Con dos breves cortes, Ascanio le incapacitó los tendones de los antebrazos de tal manera que el lansquenete no pudiera volver a utilizarlos. Se retorció como una marioneta a la que le hubieran cortado las cuerdas de sujeción. Gritó como un cerdo, preso del dolor y con los ojos desencajados de miedo. Sin embargo, Ascanio ya no sentía piedad posible. Con un amplio corte le abrió el abdomen y desparramó sus vísceras. Los soldados presentes en la iglesia observaron la escena perturbados. Lo miraron durante

un instante y, cuando reconocieron a la bestia en sus ojos, se alejaron rápidamente sin inmischuirse. Tras destripar a aquel hombre despreciable se levantó y se dio cuenta de que Eugenio y Baccio se encontraban a su lado. «Mis buenos amigos», pensó, conmovido, «buenos muchachos».

—Poned a salvo a esa mujer y a su hijo y dadles algo de dinero —les pidió.

La mujer quiso decir algo como agradecimiento, pero él levantó la mano manchada de sangre para impedirle decir nada y se encaminó hacia San Pedro. En ella ardían los últimos rescoldos de algún fuego y por todas partes yacían cadáveres, reliquias

profanadas, sagrarios saqueados. Parecía que las mismísimas hordas de Satanás se hubieran encargado de asolar el edificio. Entonces, una imagen llamó su atención.

Ante él colgaba de una gran cruz un hombre desnudo. El cardenal Giacomo Catalano. No lejos de donde se encontraba yacía en el suelo una larga espada y una coraza. Había odiado a aquel sujeto, pero todo apuntaba a que había luchado heroicamente. Entonces vio la transfiguración en aquellos ojos muertos, aquella feliz sonrisa infantil petrificada en su rostro. Lo bajó de la cruz y cubrió el cadáver con su propio manto. Se arrodilló junto a él y rezó por

aquel hombre al que había despreciado pero del que las circunstancias de su muerte le llenaban de respeto. Tras rezar un padrenuestro, se levantó de nuevo y se dirigió a la salida. Cuatro españoles salieron a su encuentro con las espadas en ristre.

Ascanio echó la cabeza a un lado y los miró con una sonrisa compasiva. Si querían pelea, la encontrarían. Los hombres recularon. Uno de ellos, que lucía en la frente un chichón grande como un huevo de paloma, siseó:

—No te sientas tan seguro. Iremos a por ti. Mi hermano pesa sobre tu conciencia.

Ascanio lo miró con indiferencia.

—Búscame cuando quieras encontrar una muerte segura.

Entonces abandonó la iglesia de San Pedro, saqueada, asolada y quemada. Ya en la entrada se topó con Klaus Seidensticker.

—Ven, vamos a reunirnos para tomar el Trastevere —le indicó el capitán mientras le hacía un gesto con la mano.

—¿Quién está al mando?

—Filiberto de Chalon.

—¿El príncipe de Orange? ¿Ese chiquillo?

—Sí, no hay otro. El condestable está muerto.

—Lo siento por él como por Frundsberg. Eran buenos hombres.

—Ya sabes, siempre son los buenos los que mueren.

—Y a los malos habría que matarlos a todos. Sí, lo sé —respondió Ascanio cansado, pero entonces recordó a la mujer y pensó en Lucrezia—. ¡Quiero estar en primera línea de combate! —exigió.

—¡Justo a mi lado, hijo de perra! —rio Seidensticker.

Mientras atravesaban el Borgo de camino al Trastevere, pasaron frente a la *villa suburbana* de Agostino Chigi y Ascanio le pidió a su capitán que lo esperara un momento. Quería echar un vistazo al *palazzo*, pues había llegado a

sus oídos que Imperia había residido allí. Sin embargo, aparte de lansquenetes en pleno expolio no encontró a nadie presente. Por el quicio del ojo vio como un alemán escribía sus propios garabatos sobre el fresco de Peruzzi y le oyó recitar mientras lo hacía:

—Igual que esto escribo, reírme puedo: el papa ha huido, ¡pero no su dinero!

Ascanio abandonó apresuradamente la casa y prosiguió su camino con Seidensticker. No tenía ningún deseo de escuchar el trino de los agitados pájaros. En el aire flotaba el insoportable hedor de la muerte. Todo

ocurrió muy deprisa. El Trastevere se rindió. Las tropas, sin embargo, no se disolvieron, pues seguidamente los lansquenetes atravesaron los puentes hacia los auténticos *rioni* de la ciudad: Regola, Sant'Angelo, Sant'Eustachio, Parione, Pigna, Ponte y los demás. El senado de Roma se rindió y pidió clemencia. Los senadores podían haberse ahorrado sus palabras, pues nadie las escuchó. Los lansquenetes cayeron sobre sus casas y torturaron a sus residentes para que les entregaran las posesiones que mantuvieran escondidas. Se decía que el papa estaba atrincherado en el castillo de Sant'Angelo.

Ascanio sufría de corazón: no lograba reconocer la orgullosa ciudad en la que había vivido. Los cielos se oscurecían por el humo de los incendios. Sin embargo, sus amigos y él se centraron en tratar de llegar a Ponte tan rápido como fuera posible. Finalmente, alcanzaron el *palazzo* de Bramante, donde esperaba encontrar a Lucrezia. Las puertas estaban reventadas y caídas. «Como violadas», pensó Ascanio sintiendo que el pánico lo asfixiaba. No encontró a nadie en la desértica planta baja, pero olía a sudor, al sudor del miedo que, para cualquier lansquenete, tenía el efecto de una droga capaz de arrastrarlo a una crueldad aun más

desatada. El que mostraba miedo estaba perdido de antemano. Cuando entró en el despacho en el que Bramante solía trabajar, experimentó un profundo dolor al vislumbrar fragmentos destrozados y parcialmente quemados de esbozos en la chimenea. Los recuerdos lo alcanzaron como un hachazo, de forma inesperada y fría. Tardó un momento en darse cuenta de que algo había cambiado. Recordaba aquel estudio más pequeño y con los techos más bajos.

—Alguien ha estado haciendo reformas en esta vieja choza —sugirió a Eugenio y Baccio antes de apresurarse hacia las escaleras en dirección al *piano nobile*.

—¡No!

El grito de terror de una mujer quebró el silencio. Tras todos aquellos años, incluso tras el cruel distanciamiento, logró reconocer aquella voz. Lucrezia. Ascanio desenvainó su espada y se dirigió al origen del sonido a toda velocidad. No reparó en las modificaciones de la planta superior, simplemente se abalanzó hacia el salón del que procedían los gritos.

La visión que apareció frente a él hizo que le diera un vuelco al corazón. Cuatro niños entre tres y catorce años se encontraban sentados con los ojos desencajados de terror, maniatados en el suelo. Antonio se encontraba medio

desnudo, con las manos atadas a la espalda y arrodillado frente a un soldado. Solo Lucrezia, que sostenía a un niño pequeño en sus brazos, permanecía en pie en la esquina derecha de la habitación. No estaba atada, pero tampoco habría sido necesario: nunca habría huido abandonando a su marido y a sus hijos. Era un retrato de familia, pero no tenía nada de idílico. El lansquenete del chichón en la frente sostenía su puñal sobre el ojo derecho de Antonio.

Reconoció a Ascanio de inmediato y éste comprendió que se encontraba frente al hermano del hombre al que había destripado en San Pedro. El

español lo observó fijamente con una sonrisa obscena. A derecha e izquierda del sujeto se encontraban cuatro de sus compinches. Como las tropas españolas habían atravesado el puente bajo el castillo de Sant'Angelo en lugar de pasar por el Trastevere como las tropas alemanas, lógicamente habían llegado antes hasta allí.

Un pensamiento asaltó a Ascanio. Debía evitar bajo cualquier circunstancia que Lucrezia y Antonio revelaran que lo conocían. Los españoles los habrían asesinado antes de que él llegara a mover su espada.

—No conozco de nada a esta gente —exclamó a viva voz—, pero me

encantaría conocerlos a fondo.

Percibió la mirada atónita de Lucrezia y Antonio.

—Pero... —comenzó a decir Antonio lleno de inseguridad.

Su esposa lo interrumpió abruptamente, dando a entender que había entendido claramente las intenciones de Ascanio.

—¡No te doblegues ante esos desconocidos! ¿O es que crees que serán mejor que los que ya están aquí?

—¡Se acabó toda esa cháchara! Aquí soy yo el que saquea. Vosotros, ¡largaos de aquí! —rugió el español.

Mientras Eugenio y Baccio daban un paso hacia la derecha, Ascanio avanzó

hacia el soldado.

—¿Pero no te parece que aquí hay suficiente para todos nosotros? — preguntó campechano, sonriendo al español que dirigía el puñal contra Antonio, como si fuera el mejor de sus amigos.

Sin embargo, apenas había pronunciado aquellas palabras, realizó un certero golpe de espada que cercenó la cabeza al del chichón, del tal forma que ésta cayó al suelo con un ruido sordo pero impulsó con el impacto el caso que portaba, que salió disparado describiendo círculos. Al mismo tiempo, Eugenio y Baccio se situaron en posición protectora frente a Lucrezia y

los niños, que se habían echado a llorar. Uno de los españoles escupió al suelo, furioso.

—¿Y ahora qué? ¿Crees que esto también lo dejaremos pasar?

Alzó la espada mientras otro salía corriendo en busca de refuerzos. Así, quedaron tres contra tres. Ascanio sabía que no disponían de mucho tiempo. No tardarían en tener que preocuparse de nuevos lansquenetes. Se lanzó decidido contra el enemigo que tenía más cerca, lo agarró y lo arrojó a través de la ventana cerrada. Sonó un ruido de cristales y el marco y el vidrio se precipitaron hacia afuera bajo la presión del cuerpo, junto con algo del yeso que

cubría la pared. El lansquenete yació aturcido unos momentos antes de espabilarse y salir en busca de ayuda. Tras cambiar tan radicalmente la situación, los dos saqueadores que todavía quedaban en la estancia pusieron pies en polvorosa.

Ascanio soltó las ataduras de Antonio y Baccio las de los niños. Cogió en brazos al pequeño de tres años. Antonio hizo lo propio con su hija, que parecía la viva imagen de Lucrezia.

—Vamos, no tenemos tiempo que perder —dijo Ascanio e intentó que su nerviosismo no resultara demasiado evidente.

Antonio y él tomaron la avanzadilla.

Les seguían Lucrezia, los niños, Eugenio y Baccio. Descendieron precipitadamente las escaleras y salieron por la puerta de atrás justo en el momento en que el refuerzo de soldados entraba en la vivienda. Atravesaron el jardín para finalmente alcanzar la calle a través de una portezuela a la derecha del muro posterior.

A su alrededor solo se veía muerte, tormento, incendios y saqueo, pero nadie que pudiera detenerlos. Frente al taller de un artesano, un español ordenó a Ascanio que le dejara sus prisioneros, pero él le respondió que se ocupara de sus propios asuntos. Evitaron las amplias avenidas y las plazas y se

abrieron paso por pequeños callejones hasta el norte de la ciudad. Por donde quiera que pasaran iban encontrado siempre la misma imagen: cincuenta mil romanos abandonados en manos de la brutalidad de una soldadesca sin gobierno.

Finalmente al atardecer alcanzaron, completamente agotados, la *porta* Flaminia que llevaba al camino de Florencia. Cerca de la puerta encontraron las ruinas de la casa de un artesano. Ascanio ordenó a todos que se calmaran un poco y trataran de dormir. Antonio quiso darle las gracias, pero él se negó.

—Te has ganado un poco de

descanso, Antonio, y mañana tendremos que levantarnos muy temprano.

Después habló con Eugenio y Baccio. Decidieron que Eugenio intentaría hacerse con un caballo y un carro. En caso de que no hubiera regresado para medianoche, tendrían que salir sin él a pie. Baccio, entretanto, conseguiría algunas provisiones.

Ascanio dirigió una mirada furtiva a Lucrezia, que reposaba sobre el hombro de Antonio y apaciguaba a su retoño menor, rodeados de los hijos que habían tenido en aquellos catorce años y que dormían, completamente agotados. Aquella imagen se le clavó como una espina en el corazón. Envidió

profundamente a Antonio por poseer una familia, un hogar, seres queridos. Lo que habría dado él por disfrutar de semejante felicidad. Por primera vez en su vida tomó la amarga consciencia de que había estado viviendo una vida equivocada, malgastada. Sintió que se le humedecían los ojos. Carraspeó para que nadie lo notara y anunció que quería ir a indagar por los alrededores.

Cuando salió de las ruinas se abrió sobre él el cielo romano, que se iluminaba con todos los rojos del atardecer. Una vez solo, dejó salir todas las lágrimas por su vida desperdiciada. Se sentó en una piedra y lloró. Contra lo que cabría esperar, le hizo bien. De

pronto, sintió el deseo de encontrarse en el cielo para poder volver a ver a sus queridos padres. ¡Qué hermoso sería volver a ser niño, volver a sentirse protegido! Se esforzó por fijar su mente en aquella alegría temprana y no en aquellos días en los que la felicidad parecía haberse agotado.

El bufar de unos caballos lo sacó de sus pensamientos. Miró hacia arriba. Eugenio, aquel hijo del demonio había logrado hacerse con un carro y cuatro caballos. Casi al mismo tiempo apareció Baccio, pertrechado con un saco bien lleno sobre los hombros. Ascanio despertó a Antonio, Lucrezia y al mayor de sus hijos.

—Se acabó.

Llevaron con cuidado a los demás niños hasta el carro y dejaron Roma finalmente una hora antes de la medianoche, aliviados de poder abandonar aquel infierno.

Cinco días después llegaron a Florencia y se alojaron con familiares en una vivienda cerca de la *porta* San Gallo, que daba el nombre a la familia Sangallo.

Finalmente, el desgraciado Clemente VII pagó un rescate y el 17 de febrero de 1528 las desmoralizadas tropas abandonaron la Ciudad Eterna tras medio año aterrorizando a los romanos.

Antonio regresó en abril en compañía de Eugenio. Lo primero que hizo fue inspeccionar el desértico palacio y alegrarse de que su familia y él hubieran logrado escapar a la muerte. En lo referente al *palazzo* no había nada destruido que no pudiera repararse o reconstruirse. Después, se dirigió a la basílica de San Pedro.

El edificio nuevo y el viejo se asemejaban de manera aterradora: los lansquenets habían destrozado las ventanas, destruido los altares, robado las reliquias y arrancado las joyas que adornaban los relicarios. Lo peor, no obstante, era el *tegurium*. El altar sobre la tumba del apóstol san Pedro estaba

completamente destruido, el ciborio era un almacén grotesco del que habían extraído o arrancado todo aquello que fuera de valor. El arquitecto no se atrevió a descender hasta la cripta porque no quería ver qué habría ocurrido con la tumba. Encendió una vela sobre el monumento y rezó largo rato agradeciendo a Dios que los hubiera salvado. Comprendió algo de pronto: antes de continuar con la construcción, sería necesario realizar numerosas obras de limpieza y reparación.

El siguiente itinerario de Antonio lo llevó a Regola, a casa de su amigo Maffeo Maffei. Por el camino se ofreció

a su vista una ciudad maltratada. Los lansquenetes habían saqueado y destrozado tanto los *palazzi* de los ricos como las chozas de los pobres. Habían tomado todo lo que había caído en sus manos, ya fuera mucho o poco. Rodapiés de madera y estructuras que en otro tiempo fueron muebles, fragmentos de cubiertos y copas, marcos de ventanas, puertas y cerrojos, ropa, trapos y papeles hechos jirones, cuentas, dibujos, cartas y libros cubrían las calles. El viento silbaba por entre los muros que difícilmente podían proteger de las inclemencias del tiempo si, en la mayoría de los casos, carecían de puertas y ventanas. En los ojos de los

ciudadanos se leía la desconfianza. ¿Dónde quedaba ahora la seguridad y el descaro del *popolo*? Finalmente se encontró frente a la vivienda de tres pisos de Maffeo. Tras concluir las reformas en su *palazzo*, se habían centrado en ampliar la casa de Maffeo, evidentemente a costa de la obra de San Pedro, de donde extrajeron los materiales de construcción. Desde que Antonio había visitado la prisión de Sant'Angelo y había pagado el precio por su salvación, había abandonado todo escrúpulo al respecto. Incluso había llegado a odiar la obra más importante de la cristiandad.

Antonio asomó la cabeza por la

puerta y descubrió a Arnolde, el hijo mayor de Maffeo. Debía ya tener unos veinte años y era un muchacho grande y hermoso. Estaba colocando una nueva ventana mientras dos de sus hermanos pequeños le echaban una mano. A Antonio se le quitó un peso de encima al comprobar que la familia del contratista había salido relativamente bien parada de una época tan terrible.

—Arnolde, ¿dónde está tu padre? — preguntó al entrar.

El joven lo miró en primer lugar y después lo saludó.

—Los lansquenetes lo torturaron para que les rebelara dónde estaba nuestro dinero. Lo habíamos enterrado.

Guardó silencio hasta la muerte, el muy cabezota.

En sus ojos luchaban el amor, la pena y la desaprobación.

Antonio agachó la cabeza. Saber que su amigo y compañero de fatigas había muerto le entristeció enormemente.

—Amenazaron a mi madre con cortar el cadáver de mi padre en cachitos pequeños y dárselos de comer a los perros, por lo que ella les dio el dinero.

—¿Dónde está tu madre?

—Murió de pena.

—¿Y tus hermanos?

—Me cuesta lo indecible mantenerlos pero están vivos, gracias a

Dios. Lo que no sé es cómo me los apañaré para sacarlos adelante.

—¡Con el negocio de tu padre, por supuesto!

Arnoldo observó al arquitecto durante largo rato.

—¿Queréis burlaros de mí? Padre me envió a la escuela de latín. Después me introdujo en el gremio de la albañilería, pero no soy ningún maestro.

Antonio rodeó con el brazo los hombros del joven.

—Bueno, hijo, pues eso serás para mí a partir de ahora, yo mismo intentaré reemplazar a tu padre en la medida de lo posible. Cuando conocí a tu padre me aseguró que era maestro de obra, aunque

en realidad no lo era. Pero sí un gran empresario: listo, con buen ojo y, sobre todo, con valor, mucho valor.

Arnoldo emitió un suave gemido.

—Y creo que su sangre corre por tus venas.

El arquitecto ayudó al joven, quien realmente había heredado el talento de su padre para la construcción, a volver a levantar el negocio familiar. Mientras Arnoldo y sus albañiles reparaban los destrozos en el *palazzo* de Antonio, éste supervisaba cómo el muchacho dirigía a sus hombres y le asesoraba con sus procedimientos. Únicamente el estudio quiso Antonio renovarlo por sí mismo.

Durante todo el día se había

dedicado a rellenar de masilla las marcas de las alabardas y las espadas sobre la pared. Sin duda los soldados habían debido desahogar su rabia contra el mobiliario y los muros cuando los españoles a la fuga llegaron con refuerzos y encontraron el *palazzo* vacío. Mientras trabajaba descubrió en un determinado punto un pequeño hueco en la pared. Hurgó en él con los dedos y comprobó que había un hueco vacío detrás. Apartó el revoque con un formón y un martillo para ensanchar el agujero. Ante él se abrió un nicho de unos dos palmos de profundidad y algo más de dos pies de alto en el que yacían dos libros. Antonio los recogió y se

aproximó con ellos a la ventana para ver de cuáles se trataban. Comprobó, atónito, que uno de los ejemplares consistía en la *Divina comedia* de Dante.

¿Por qué lo habría ocultado Donato? Aquella obra gozaba de una impecable reputación. Antonio empezó a hojearlo. Finalmente, dio con la segunda parte, con un libro escrito en una lengua que desconocía. No tardó en comprender que el segundo tomo, la mitad de grueso que el primero, debía ser una traducción. Contuvo el aliento. Tenía en las manos el *Libro del constructor*, el hilo conductor de los *Fedeli d'Amore*. La lista de priores de la orden situada al

final del original lo impresionó. Se sumió entonces en la lectura de la traducción. Cuando la oscuridad comenzó a inundar la estancia, cogió una jarra de vino y un par de velas. Estudió el libro sin que nadie lo molestara. ¿No era acaso el último prior de los aliados del amor? ¿No le había nombrado como tal Donato poco antes de su muerte? Lo que no entendía era por qué no le había confiado dónde había ocultado el libro.

Durante un momento Antonio se planteó revivir el vínculo. Pero, ¿cómo? Solo quedaban dos miembros: él mismo y Baldassare Peruzzi. Ninguno de los dos tenía ningún interés en política, mucho menos en especulaciones

filosóficas o teológicas. Eran malas para el negocio y no conllevaban más que dificultades. Además, el *sacco di Roma* había reducido cualquier elevada reflexión sobre la divinidad y la inmortalidad del arte a la categoría de bagatela ridícula. Cuando albergaba alguna duda, no tenía más que pasearse por Roma y contemplar las iglesias profanadas y las obras de arte destrozadas para comprender que los *Fedeli* se habían equivocado completamente. El amor era solo un engaño y el arte, tan frágil como cualquier ser humano. No eran los filósofos, los artistas ni los poetas los que gobernaban el mundo, ni sus ideas y

obras de arte, sino simple y llanamente la violencia y la agresión.

Antonio da Sangallo había aprendido la lección. Era necesario asentarse en el mundo y asegurar así el bienestar propio y el de la familia. Había llegado el momento de que la familia Sangallo dominara el negocio de la construcción en Roma. Tras el *sacco* había infinidad de trabajos disponibles. Sin embargo, leyó con gran curiosidad el *Libro del constructor*, pues sabía que aún se encontraba muy lejos del nivel de Bramante. Hasta aquel día no había entendido todas las ideas de su maestro, pero si estudiaba sus conocimientos secretos, quizá podría llegar a

compararse con él.

Así transcurrió una semana. Al final, Antonio acabó agotado de tanta especulación teológica y se sintió agradecido cuando aparecieron un par de nuevos sistemas de cálculo en el libro. A pesar de ser un arquitecto experimentado, habituado a tratar con contratistas sin que estos logran tomarle el pelo y a buscar soluciones prácticas a problemas reales, nunca conseguiría entender a Donato Bramante. Dios había establecido una frontera entre el empeño y la inspiración y, aunque Antonio era un trabajador aplicado y dotado, no era un genio. Así pues, colocó los libros junto con sus

lecturas de consulta en la pequeña estantería de su estudio. De no haber estado ya todos muertos, el *sacco di Roma* habría acabado con los aliados del amor.

A principios del otoño, poco antes de que las hojas comenzaran a caer y el clima se enfriara, Ascanio llevó a Lucrezia y a los niños de vuelta a Roma. Solo Eugenio, que había conocido en Florencia a una viuda y se había casado con ella, decidió permanecer en la ciudad del Arno. Los dos soldados se habían despedido profundamente conmovidos, seguros de que probablemente no se volverían a ver.

Antonio, entre tanto, había acondicionado completamente el *palazzo* y retomado su trabajo en San Pedro. La muerte del cardenal Catalano le había quitado un peso de encima: lo había liberado de la promesa que le había quitado el deseo de construir. Quería retomar su labor allí donde Donato la había dejado. ¡Quería regresar a la planta central!

Sin embargo, la falta de dinero obligaba a llevar con mucha calma la reactivación de las obras y un agotado y arruinado papa Clemente VII no se animaba a tomar decisiones demasiado relevantes. A Antonio le parecía bien: un *palazzo* aquí, una iglesia allá y los

cuantiosos beneficios que conseguía con esos proyectos le permitían trabajar con calma en los conceptos para la basílica. Se juró una cosa a sí mismo: que nunca se comportaría de forma tan insensata como Bramante. Realizaría planos detallados y modelos exactos en madera para asentar de forma clara los progresos que debían realizarse. Mientras trabajaba en ello, iba creciendo en su corazón un reproche dirigido a su antaño maestro, al que hacía cada vez más responsable de sus miserias. Con una planificación adecuada, la nueva San Pedro ya habría estado terminada. Para cuando el dinero volvió a fluir, Antonio no se decidió a

continuar construyendo. Ocultaba la verdad con feos labores de entretenimiento para sus obreros: mejorar algún cimiento, elevar algún muro. No proseguía con la construcción y tenía un buen motivo para ello.

Antonio no se atrevía a acometer las labores de la cúpula. No por falta de trabajo sino porque, simplemente, no lograba que los cálculos le cuadraran. El viejo concepto en el que incluso habían llegado a colaborar le despertaba crecientes dudas. Su profundo escepticismo, no obstante, nacía de un único motivo que él mismo se negaba a admitir: que le faltaba valor. Si edificaba la cúpula y ésta se quebraba o

los pilares no soportaban el peso, su familia y él tendrían que pagar las consecuencias. Por eso tenía miedo. Por eso se mantenía apartado.

La muerte de Baldassare Peruzzi dejó al arquitecto en una completa soledad. Aunque el de Siena no se hubiera preocupado nunca demasiado por la construcción, Antonio sintió notablemente su ausencia. El papa no vio necesidad de nombrar a un segundo arquitecto y difícilmente él podía exigir algo así dadas sus circunstancias. Año tras año el proyecto iba pareciéndole cada vez un insondable agujero negro que amenazaba con devorarlo o como una gran bola de hierro amarrada a su

pierna que tirara de él lentamente y sin piedad hacia el fondo del Tíber mientras él daba manotazos, ansioso de aire, tratando de regresar a la superficie.

PARTE IV

LOS FUEGOS DE LA INQUISICIÓN

«Incluso si mi propio padre fuera un hereje, yo mismo reuniría la leña para la pira en la que debiera arder».

Gian Pietro Carafa, Gran
Inquisidor.

Posteriormente Papa Pablo IV

FLORENCIA, *ANNO DOMINI* 1533

La ciudad yacía ante él como una amante infiel a la que no pudiera abandonar, llevado por la costumbre y por carecer de otra alternativa. Mientras Roma era saqueada y atormentada, Miguel Ángel se encontraba, gracias a Dios, en la ciudad del Arno y se sorprendía desde allí de que la profecía formulada en el *Liber de concordia novi*

ac Veteris Testamenti por el abad Joaquín de Fiore, al que habían tildado de hereje, se cumpliera con fidelidad. El abad de Calabria había escrito que Roma, la nueva Babilonia, sería castigada por su arrogancia, lo que finalmente había sucedido. Todos ellos, los papas, los humanistas y los artistas, habían creído en su vanidad y soberbia que pasarían a la posteridad gracias a sus obras. Sin embargo, los lansquenets habían destrozado sus esculturas, quemado sus cuadros y libros y sus *palazzos* habían servido como diana para los proyectiles de las espingardas.

También él se había entregado a aquella fe ególatra del que le había

extraído el áspero viento de la realidad hasta hacerla desaparecer por completo. Nada en el mundo era eterno, solo Dios. Era algo que Miguel Ángel había tenido que asumir. Aquel concepto tan perturbador conllevaba el hecho de que incluso el arte era tan quebradizo y efímero como la humanidad. La eternidad pertenecía solo a Dios y no concedía ni un grano de ésta a los mortales.

Una vez Miguel Ángel se hubo apartado orgullosamente de la corte de León X se estableció una vez más en Florencia, primero como artista y después, cuando Clemente VII recuperó para los Medici el gobierno de la

ciudad, como diseñador de fortalezas, pues creía necesario defender el sistema republicano. Sin embargo, con la llegada del emperador Carlos V y el cruel saqueo de Roma a manos de sus incontables tropas, vino la posterior reconciliación con el papa, a quien prácticamente le regaló la orgullosa ciudad del Arno. Los republicanos fueron encarcelados o huyeron.

En medio de todo aquel caos, Miguel Ángel temió por su vida al ser partidario y defensor de los republicanos y procedió a ocultarse en la iglesia de Santa Maria del Carmine. Allí había sido donde, medio siglo atrás, mientras contemplaba los frescos de

Masaccio con Contessina, un compañero mediocre de la escuela de escultura le había roto la nariz. ¡Ay, Torrigiani! Tampoco él seguía con vida. Según había oído por ahí, hacía varios años que había muerto en España, en una prisión de la Inquisición. Qué extraños giros daba la vida.

Los buenos franciscanos lo ocultaban ahora de la ira de los Medici y él luchaba por vencer el recuerdo de su primer amor. «Si alguna vez construyes algún edificio, haz que sea el más perfecto del mundo: cúbrelo con la cúpula del cielo; créalo a la imagen de nuestro amor», le había dicho Contessina en aquella ocasión, a modo

de despedida, mientras se encontraban en la catedral de Florencia, bajo la cúpula de Brunelleschi y él se sentía morir. Poco después él huyó de Florencia por terror a que lo consideraran partidario de los Medici y enemigo de los republicanos. Ahora se ocultaba porque temía que lo consideraran enemigo de los Medici y partidario de los republicanos. «El mundo arde de fiebre bajo la tortuosa enfermedad de la sinrazón», pensó Miguel Ángel. Lo que Cosimo y Lorenzo de Medici nunca habían logrado, finalmente lo iba a conseguir Alessandro de Medici: ser nombrado duque de la República de Florencia y, en

consecuencia, su soberano absoluto. No podía ser más absurdo.

Tras un par de días incómodos en las criptas de la vieja iglesia, Miguel Ángel recibió la noticia de que el papa Medici, Clemente VII, no albergaba rencor contra el artista y deseaba volver a tomarlo a su servicio. Se encontraron en septiembre de 1533 en San Miniato al Tedesco, dentro del territorio de la ciudad de Siena, pues el papa se negaba a hacer acto de presencia en la desleal Florencia. Al final de su prolongada conversación, el pontífice le encargó que decorara el muro del altar de la capilla Sixtina con un inmenso fresco que retratara, concretamente, el juicio

final. Tras la experiencia personal de Clemente VII en el *sacco di Roma*, primero atrincherado en el castillo de Sant'Angelo, después prisionero de los lansquenets y, finalmente, emigrante, tuvo que concebir el furor de los soldados como un auténtico juicio final, como un castigo a la Ciudad Eterna y al vicario de Cristo por su pecaminosidad y su soberbia. Nadie podía haber pues más adecuado para encargarse de los frescos que ilustraran la justicia de Dios sobre la pared del altar que el mismo que representó la historia de la creación en los techos.

Miguel Ángel aceptó aquel encargo de mala gana, pues no quería tener que

padecer un esfuerzo físico tan grande: al fin y al cabo ya contaba con sesenta años. Por otra parte, tampoco podía rechazar un encargo de un papa que había acudido a él con ánimo misericordioso. Así pues, el artista se dedicó a viajar ininterrumpidamente entre la ciudad del Arno y la metrópolis del Tíber hasta que la muerte del papa otorgó finalmente la tiara a Alessandro Farnese, quien tomó el nombre de Pablo III. La *Archiconfraternita* habían hecho campaña a su favor, especialmente el obispo Gian Pietro Caraffa, y los cardenales más cercanos a los *zelanti* habían inclinado finalmente la decisión del cónclave a su favor.

Así, se lanzaron definitivamente los dados para Miguel Ángel. En Florencia gobernaban por primera vez sin limitaciones los Medici, mientras el último papa de su familia moría y en su lugar se alzaba un pontífice que apreciaba sin tapujos la labor de Miguel Ángel. Además debía añadirse el hecho de que su padre murió ese año, cortando el único cabo que aún lo unía a la ciudad. Casi liberado abandonó la metrópolis del Arno, que dejaba una dolorosa herida en su corazón y a la que finalmente nunca regresaría. Cuando fue consciente de esto, sintió que la ciudad misma lo atormentaba mientras cruzaba la *porta* di San Pietro Gatolini como una

madre amorosa que realizara un último intento desesperado de retenerlo mostrándole las imágenes de sus primeros años. Se vio de nuevo en la mesa de Lorenzo el Magnífico cuando aún eran todos apenas unos chiquillos: Piero, Giovanni, Giuliano, el posterior duque de Nemours y el más encantador de todos, así como su primo Giulio. Ninguno de ellos seguía con vida, como tampoco Ficino o Poliziano, ni mucho menos Landino, que lo había introducido a las meditaciones de la *Divina comedia* de Dante.

Miguel Ángel se llevó a Francesco consigo de nuevo al Macello dei Corvi y comenzó de inmediato con los bosquejos

mientras su ayudante levantaba los andamios frente al muro del altar en la Sixtina. Al principio se centró relucante en la realización de los bocetos pero el trabajo fue tomando de manera progresiva una energía suave pero incontenible que iba adquiriendo cada vez más fuerza. En una erupción de color quedó reflejada toda su desorientación ante el mundo. En el centro se encontraba un joven Cristo, que recordaba más a un Apolo pagano que a un Jesús cristiano. Miguel Ángel representó con tal fuerza su gesto de condena de anatema mediante un gesto semicircular que abarcaba a todas las figuras, que incluso María, la madre de

Dios, se apartaba de su hijo, pues no quería presenciar el dolor y la pena de los condenados.

Todos los seres humanos que Miguel Ángel pintaba, tanto justos como pecadores, intentaban huir a toda velocidad al cielo como si éste fuera algún tipo de plaza fuerte y el enemigo les viniera siguiendo. ¡Si conseguían alcanzarlo, estarían salvados! Sin embargo, muchos nunca lo conseguirían. El diablo los agarraba y los arrojaba al infierno. Y por si aquello no fuera suficiente, los ángeles los golpeaban con sus puños y les propinaban fuertes pisotones para evitar su entrada aunque fuera mediante el empleo de la fuerza.

Él no era Rafael, sus ángeles no despedían ternura porque él mismo no conocía lo que era la dulzura, solo la expresión de un mundo maltratado, tal y como podía apreciarse en el movimiento de los cuerpos y en las brutales contracciones de sus figuras.

Cuando, en las horas tardías de la noche, casi a punto de desvanecerse de agotamiento, observaba su trabajo, reconocía cada vez más que era Dante quien guiaba su pincel. Pintaba como en éxtasis las imágenes que aterrorizaban e impresionaban su propia alma. El dolor, la rabia y el miedo predominaban, no había alegría ni siquiera en el cielo. La escena entera evocaba tensión, no era

posible hallar la paz en el paraíso. Incluso allí reinaba una agitación insoportable. Todos los santos y los bienaventurados conformaban una masa de personas aterrorizadas, inseguras de si el juicio acabaría por alcanzarlos incluso a ellos, que parecían encontrarse fuera de toda duda. Lo mismo se aplicaba, al final, para todos, pues el juicio final no era más, en el fondo, que el juicio definitivo. La hora de rendir cuentas. Dios no daba concesión a la duda, pues era infalible. Por eso, el artista había pintado el infierno a la altura de los ojos, de tal forma que las penas recibidas fueran lo primero que el espectador viera.

Un día en que Miguel Ángel, tras un largo día de trabajo tras el cual apenas podía andar, avanzaba callado, sumido en sus pensamientos a pesar de que temía volverse loco arrastrado por una marea de visiones, recordó la *Pietà* que había realizado hacía casi cuarenta años. Aún se encontraba en San Pedro y, por algún tipo de milagro, había sobrevivido al vandalismo de los lansquenetes. Mientras el viejo asno sobre el que se sentaba trotaba como si nadie lo guiara por las oscuras calles romanas en dirección a casa, se apareció de pronto frente a él. Sobre su regazo sostenía María a un Cristo que parecía de su misma edad. Lo que por

aquel entonces había representado en piedra no era otra cosa más que la *pietà* de su amor por Contessina. Había aprendido que era necesario vencer el amor terrenal para alcanzar el amor divino que solo Dios podía ofrecer en toda su belleza.

Incluso en el fresco de la Sixtina, Cristo y María parecían de la misma edad. Y el Cristo resucitado era, en realidad, el Cristo castigador: no el que aceptaba como suyos los pecados del mundo, sino el que se mostraba duro y sin compasión con los seres humanos. Si esto se debía a unos nervios alterados por la magnitud del trabajo o a una notoria crisis existencial, a Miguel

Ángel le daba igual. Ya no sabía qué debía creer. ¿Cómo podía Dios permitir el mal? ¿Se basaba en un plan o en su propia indiferencia? Si el Todopoderoso rechazaba su propia responsabilidad sobre ello, ¿con qué autoridad podía atreverse a castigar el mal? Entonces se preguntó por qué precisamente a él lo asaltaban aquellos pensamientos. ¿Lo habría abandonado Dios o habría sido al revés?

Entonces, ¿por qué no podía apartarlo de su mente? ¿Era el miedo a la condenación eterna, tal y como él mismo la había representado, lo que le apartaba del pecado o era el amor a Dios? ¿Era genuina devoción o fe,

pánico o una decisión deliberada? El Cristo muerto de la *Pietà* de San Pedro que María sostenía sobre su regazo y el estricto Dios juez del juicio final de la Sixtina se distinguían de forma tan notable el uno del otro que ya ni siquiera era capaz de relacionarlos entre ellos.

Miguel Ángel creía estar perdiendo la razón. Ya no soportaba su propio fresco porque le hacía cuestionarse su propia vida y pensamiento. ¿Qué nos queda cuando la propia certeza se desploma ante nuestros propios ojos, desencajados e impotentes? ¡La mirada del arte vuelta contra uno mismo podía ser terrible!

Llevó al asno al establo. Después se

encaminó para recorrer, a pesar de su cansancio, las siete iglesias de peregrinaje de Roma una detrás de otra y rezar ante las reliquias. De rodillas rogó al Señor desesperadamente pidiendo iluminación. Había sido un cristiano devoto durante toda su vida y de pronto ya no sabía qué debía hacer para afrontar el castigo eterno, pues también los ángeles irían a buscarlo. En la mirada perdida del joven, casi un niño, cuya muerte había presenciado en el accidente con el mármol de Colonnata y que se había ido hundiendo consciente y lentamente en el infierno, veía reflejados sus propios miedos.

Por la mañana llegó hasta el

tegurium en medio del crucero de San Pedro. El transepto iba tomando forma y los peones de Antonio da Sangallo levantaban los muros del brazo oriental para dar forma a las bóvedas. La iglesia principal de la cristiandad era una construcción en obras, al igual que su propia fe. Mejor dicho, ambas eran una ruina. La soberbia reinante durante los años de Julio II, con quien todo parecía posible y gobernable, habían arruinado la Iglesia y su certidumbre. ¿Se comportaba Miguel Ángel como artista como un instrumento en manos de Dios como siempre había pensado o, como había señalado Giacomo Catalano, aquella no era más que una muestra de

excesiva confianza? ¿Sería desde hace tiempo una marioneta del diablo?

—¿Queréis visitar vuestra *Pietà*, *messèr* Miguel Ángel? —preguntó Arnolfo di Maffeo.

Miguel Ángel se volvió y vio a un joven ante él, vestido con pantalones negros y un jubón blanco del que asomaba el cuello de una camisa amarilla. Era una vestimenta un tanto ostentosa para una obra. Con aquella perilla parecía un caballero. El artista miró al desconocido con disgusto.

—¿A ti qué te importa? —rugió y abandonó el lugar enojado.

No quería hablar con nadie. Caminó por Roma largo tiempo, sin rumbo, hasta

llegar al *rione* Colonna, frente a la iglesia conventual de San Silvestro in Capite. Entró en la basílica, en la que la luz realizaba una danza lenta. Se detuvo, como hechizado, y observó las etéreas motas de polvo que reflejaban la luz. ¿Habría alguna expresión más elevada del amor de Dios que la materia danzando sobre la energía de los ángeles? Se estremeció. Frente a la *fenestella* de san Juan había una mujer arrodillada. La devoción con que susurraba sus oraciones le conmovió. No supo decir durante cuánto tiempo la observó. Finalmente, ella se levantó. Cuando lo vio, clavó en él una mirada de curiosidad.

—¿Por qué no os habéis unido a mi rezo, *messèr*? —preguntó ella con una voz suave y melodiosa.

No era realmente hermosa, todo en ella eran redondeces que le conferían un aspecto maternal sin que ofreciera en ningún momento una sensación de corpulencia. Sin embargo, era bella de una manera que lo confundía. No era algo relacionado con los hombres, las mujeres y el eterno deseo. El amor había tomado un cuerpo propio. Su voz lo rodeó y le inspiró confianza, por lo que se atrevió a seguir a su instinto. Se sorprendió de que una persona tan desconfiada como él estuviera dispuesto a confiarle sus pensamientos más

atormentados a una extraña, aquellas ideas tan secretas que ni siquiera se había permitido admitir hasta ese momento.

—Porque ya no puedo rezar —dijo, y sus propias palabras le asustaron.

—Conozco esa sensación. Os estáis preguntando hacia quién exactamente alzáis las manos.

—¿Cómo sabéis eso? —exclamó Miguel Ángel, quien quiso marcharse de allí pero sintió los pies como anclados al suelo.

—¿Es Dios justo o injusto? ¿Es el Señor amoroso, el misericordioso o el gobernante incommovible? ¿Qué obras me hacen digno de su amor y de su

bienaventuranza eterna?

Miguel Ángel se estremeció. Ella pronunciaba en voz alta palabras que él mismo no se atrevía a pensar.

—¿Quién sois?

Ella sonrió burlona.

—¿Necesitáis un nombre o una dirección para los pensamientos?

Miguel Ángel se miró las manos teñidas de color, de azul y de rojo, de verde y de azafrán, de los tonos que cubrían el muro del altar.

—¿No disteis vos mismo la respuesta en vuestra *Pietà, messèr Miguel Ángel?* —preguntó la mujer.

—¿El amor? —sugirió él, inseguro.

—Creemos, porque él nos ama, que

vivimos no por nuestros propios méritos sino por su divina gracia. Dios no es un mercader, es un donante generoso. En nuestras manos está aceptar sus regalos.

—¿Queréis decir que todo proviene de la fe?

—Debemos aprender a valorarla, al fin y al cabo, como un querido bien, pues no sabemos avanzar cuando la perdemos. Poder tener fe también es una gracia, un regalo del Todopoderoso.

Poco a poco fue dándose cuenta Miguel Ángel de lo que había pintado. El gesto del anatema tenía un segundo significado: expulsaba las ideas erróneas, los conceptos erróneos de la fe. La inquietud de los santos y de los

mártires, que mostraban casi desesperados sus obras, las pruebas de los tormentos que habían padecido por la fe, eran la explicación misma del reproche de Cristo. Incluso en el cielo seguía predicando en el desierto. Era como si dijera: «No acudáis a mí con aquello que habéis sufrido por mi voluntad, venid a mí con vuestra fe pura e infantil. Eso es suficiente. Tan sencillo pero tan importante».

—Soy Vittoria Colonna.

Esas palabras interrumpieron el torbellino de pensamientos y asociaciones que pugnaban en su mente. Se sorprendió, pues había oído hablar mucho de ella.

—¡La marquesa de Pescara!

Sabía que era poetisa y que se encontraba en el centro de un círculo de príncipes de la Iglesia que quería renovar la fe católica para conseguir la reunificación con los protestantes. Hombres influyentes como los cardenales Morone, Contarini y Pole mantenían estrecho contacto con ella. Los teóricos del círculo como Juan de Valdés, Bernardino Orchino o Pietro Martire Vermigli habían recibido el sobrenombre de *Spirituali*, pues vivían una particular forma de fe interior que se aproximaba peligrosamente a la herejía del norte.

Vittoria le sonrió con un gesto

bondadoso y amistoso.

—Aunque resido arriba, en nuestro *palazzo*, suelo acudir al convento cuando quiero meditar. O a San Silvestro al Quirinale. Venid a visitarme tantas veces como gustéis.

Disfrutaba de una dispensa del papa por la cual podía pernoctar en los conventos a pesar de no haber tomado los hábitos.

Miguel Ángel se inclinó ante la marquesa. Después que ella dejara la iglesia, él se arrodilló y agradeció a Dios la iluminación que le había enviado en forma de mujer.

FLORENCIA, *ANNO DOMINI* 1533

No solo Miguel Ángel entendió el profundo mensaje de su fresco: una inquietante visión de una iglesia desesperada que debía encontrarse de nuevo a sí misma. Desesperar y comenzar, allí residía la clave. Pero también hubo un clérigo, magro y casi completamente calvo, de mirada fanática, que comprendió la conexión.

Su rostro parecía aún más alargado de lo que ya era a causa de la puntiaguda y prolongada barba que lucía. Con los labios prietos recorrió a grandes zancadas las escaleras de los Palacios Vaticanos hasta llegar al estudio del papa. Éste lo recibió de inmediato. Puesto que se encontraban solos, el papa Pablo III declinó toda muestra superflua de devoción.

—Toma asiento, Gian Pietro —dijo, señalándole un lugar en el ondeante sofá y sentándose posteriormente a su lado, con el cuerpo apoyado en la esquina del asiento, mientras observaba a su interlocutor—. ¿Qué te ha traído a mí tan alterado, viejo amigo?

—Santo padre, ¡es herejía!

—¿De qué estás hablando?

—Del fresco que ese Miguel Ángel ha realizado en el muro del altar de la capilla Sixtina.

—¿Por qué has decidido que se trata de herejía? —preguntó el papa indignado.

—Los santos y mártires están representados como un grupo de tercos fariseos, inquietantes e insignificantes. Además, ¡parecen todos desnudos!

La indignación del cardenal podía leerse en su rostro.

Pablo III esbozó una fina sonrisa. Su nariz angulosa hacía que su rostro pareciera aún más afilado.

—Hemos visto el fresco y no podemos encontrar en él indicio alguno de herejía. La desnudez simboliza la eternidad y los santos han alcanzado la vida eterna, Gian Pietro, ¿no es así?

Carafa sintió que sus argumentos no llegarían muy lejos. Conocía a Alessandro Farnese desde el día en que Giacomo Catalano, quien más tarde moriría como mártir en San Pedro, lo introdujo en la archihermandad. Sabía bien que se mantenía en equilibrio entre la inclinación de la aristocracia romana por las bellas artes y la fidelidad a la fe. En cuestiones de rigor y severidad piadosa, a los romanos les faltaba la firmeza y la profundidad de la fe de los

italianos del sur, de los napolitanos como él.

—Los herejes campan por doquier. ¡Por toda Italia! ¡Incluso en Nápoles! — exclamó el cardenal con vehemencia—. Blasfemos como Vermigli y Orchino recorren nuestros territorios como lobos hambrientos y devoran nuestro rebaño.

—Entonces, ¡haz algo al respecto!

—Pero, ¿qué, santo padre? Los obispos como Morone son indulgentes en sus diócesis y disponen de una autoridad mayor que la de la Inquisición.

—¿Y la hermandad?

—Ay, la hermandad es cosa del pasado. En este tiempo todos nos hemos

convertido en cardenales. ¿Por qué tendríamos que seguir reuniéndonos secretamente en las catacumbas si incluso uno de los nuestros es papa? ¡Resultaría casi pueril!

Por la mirada astuta del papa supo Carafa que estaba leyendo sus intenciones.

—Continúa —lo animó Pablo III, dispuesto a escuchar.

—Deberíamos convertir la hermandad secreta en una fundación pública, una acerada espada en la lucha por la fe.

—¿Qué propones? —dijo el papa, pero era una pregunta retórica, pues el cardenal debía hacer una proposición

para que el vicario de Cristo pudiera aceptarla.

—Crear una Inquisición universal y unificada como una institución central en Roma, que tenga jurisdicción sobre todas las diócesis y sobre todos los obispos, que responda directamente a la autoridad del santo padre y que combata a los numerosos herejes que asolan nuestra Iglesia.

—¿Una congregación de cardenales?

Todo el temperamento del sur de Italia de Carafa se concentró en sus ojos.

—Sabéis, santidad, que los miembros del Colegio Cardenalicio en quien más se puede confiar son los

hermanos de la *Archiconfraternita de Perfecti in Segreto!*

Pablo III posó pensativo la cabeza en la mejilla.

—Quiero meditar un poco sobre ello, Gian Pietro. ¡Pero los frescos de Miguel Ángel se quedarán, sin ninguna duda! Ha sido, es y será un buen artista católico. Pensad en el inmenso error que sería arrojar al mayor artista de nuestro tiempo a los brazos de los herejes o hacer de él un mártir del protestantismo. Dios no lo quiera.

En el fondo, Gian Pietro Carafa había conseguido lo que quería. El papa le había encargado que reflexionara sobre las facultades y estructura de la

Inquisición y le presentara una propuesta formal. En lo concerniente a Miguel Ángel, seguía considerándolo un blasfemo enmascarado. No lograría cambiar la perspectiva de Alessandro Farnese y no habría sido inteligente enemistarse con el papa por un artistucho.

Arnoldo di Maffeo y los demás constructores, los peones, picapedreros y maestros, interrumpieron atónitos su trabajo. En el coro occidental ya concluido estaban trabajando los carpinteros. Instalaban una gigantesca mesa de trabajo para Antonio da Sangallo, en la que pudiera dibujar sus

planos y, al mismo tiempo, señalar a los maestros de obras, picapedreros, carpinteros y pintores cómo debían poner en práctica tanto en la obra como en el modelo lo planteado en el plano. Por supuesto los progresos del modelo eran mucho más rápidos, a pesar de ser tan enorme, catorce codos de largo, y tan detallado que ofrecía una perspectiva muy completa de cómo debía ser el proyecto cuando estuviera acabado. Toda la ansiedad y desesperación que Antonio había sentido parecía haberse desvanecido.

Solo había necesitado una audiencia con el papa y la impresión de sentirse completamente respaldado por él le hizo

creer que flotaba entre nubes. Pablo III le había reprendido por no haber acudido antes a él. El estado de la iglesia más importante de la cristiandad verdadera suponía un auténtico escándalo y ofrecía a los luteranos un blanco perfecto para burlas e injurias. Debía ponerse coto. El pontífice había asegurado al arquitecto que pondría a su disposición todos los medios económicos necesarios, pero a cambio debía avanzar de forma ostensible con las obras.

—Santo padre —había dicho Antonio, lleno de humildad—, la opción mejor y más rápida consistiría en levantar un edificio de planta central.

—Entonces, hazlo, hijo mío —
respondió el papa.

Así desapareció la última sombra de Giacomo Catalano que aún pendía sobre Antonio. En su mente se mezclaban las ideas de Bramante, con las de Rafael, con las suyas propias. El resultado era una inmensa iglesia de planta central cuyo corazón lo representaría el crucero con la cúpula. Además, añadía un antecuerpo flanqueado por dos torres góticas que ofrecían el aspecto de guardianas de la cúpula.

Seguía arredrándose ante la construcción de la cúpula de Bramante, pero finalmente dio con la solución salvadora: reduciría el tamaño de la

cúpula. Establecería en el crucero una girola flanqueada de columnas y, sobre ésta, otra girola más pequeña. Gracias al tambor de dos pisos que se estrechaba hacia arriba lograría reducir considerablemente el auténtico diámetro de la cúpula. La gran linterna situada sobre la cúpula le liberaría de la necesidad de arquearla completamente. De esa manera, reduciría la superficie de la curvatura y disminuiría la tensión y el peso, especialmente porque los temía con razón.

Antonio sentía que recuperaba sus fuerzas. Incluso Lucrezia y los niños habían podido observar con gran satisfacción que en la obra se

comportaba sin un solo resquicio de la amargura de los últimos años y volvía a ser el muchacho risueño y lleno de vida que había sido. Arnoldo preguntó al arquitecto si los dibujos no bastaban y era necesario realizar el pequeño edificio paralelo. Arnoldo subestimaba el modelo con la palabra pequeño, pues los costes derivados de él hubieran permitido erigir una iglesia de tamaño reducido. Antonio posó amistoso el brazo en torno a los hombros de Arnoldo. Después se aseguró de que también sus hijos Giuliano y Bartolomeo entendían cada palabra de lo que iba a decir.

—Es muy sencillo, Arnoldo. Nadie

sabe cuánto tiempo viviré. Sin embargo, todos tenemos presente que la construcción aún nos llevará un tiempo y debe permanecer tan cercana a nuestra familia como sea posible —dijo, sonriendo—. Cuando Donato murió, yo no tenía ningún modelo ni idea de cómo debía continuar. Sin embargo, tras mi muerte, todos podréis consultar en el modelo cualquier duda sobre qué debe erigirse a continuación y cómo —el rostro de Antonio resplandecía y despedía una alegría infantil que contrastaba de forma extraña con el tono plateado de su cabello—. La basílica de San Pedro está terminada, solo tenéis que repetirla, pedacito a pedacito, en

otras dimensiones mayores, pero hermosamente detalladas.

El que incluso el estricto cardenal Carafa alabara el modelo agradó a Antonio. El napolitano no tardó en mostrarse crítico con el plano central, pero el antecuerpo de aspecto gótico con las torres de tipo catedral casi lograron arrancarle al sobrio príncipe de la Iglesia las lágrimas de los ojos.

—Sí —exclamó Carafa al encontrarse frente al modelo—. Exactamente así es como debe volver a ser nuestra iglesia: orgullosa y fuerte, alzándose hacia Dios en las alturas.

Antonio se sentía en el cenit de su vida. La mayor obra de la cristiandad

había dejado de estar en peligro, ya no sufría dificultades. Había logrado planificarlo todo de antemano: piedra a piedra, muro a muro, todo se distribuiría según su plan. Girola tras girola crecerían en torno a los ábsides de las naves, como mantos protectores.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1542,
PRIMAVERA

Los almendros proporcionaban algo sombra en aquella tarde tan soleada, mientras las pequeñas fuentes del jardín del convento de San Silvestro al Quirinale refrescaban el ambiente. La reducida congregación se había sentado

en la hierba, bajo el tejado verde que ofrecían los árboles, como un grupo de jóvenes y cómplices compañeros. Sin embargo hacía tiempo que habían dejado atrás los dulces años de la juventud, pues el más joven de ellos, el cardenal inglés Reginald Pole, contaba ya con cuarenta y dos años. En su hogar le aguardaban el tormento y la muerte pues su primo, el rey Enrique VIII, aquel cerdo en celo permanente, había hecho arrestar apenas unos años antes a su madre, Margarete Pole, la octava condesa de Salisbury.

Sobre un mantel blanco de lino reposaba una cesta de pan, un par de vasos y una garrafa de vino blanco

aguado. En aquella cálida tarde de verano nadie pensaba en sufrimientos y persecuciones. La congregación se deleitaba con pensamientos en torno al amor de Dios. Se inclinaban sobre un boceto de Miguel Ángel sobre una *Pietà* que los entusiasmaba, pues describía de una manera muy humana el sufrimiento y, al mismo tiempo, la superación del dolor mundano. En conclusión, de lo más sublime que Dios había concedido a los seres humanos: el espíritu, lo único capaz de lograr la verdadera libertad, ajena a las maquinaciones de los poderosos y de las vanidades consiguientes.

Mientras todos contemplaban al

doliente hijo de Dios, representado sin *pathos*, Miguel Ángel, muy serio, dijo:

—A mi juicio, la pintura más exquisita y a la vez más divina es la que representa la eternidad con mayor fidelidad, ya sea una figura humana, un animal salvaje de tierras lejanas, un sencillo y ligeramente esbozado pez o un ave bajo los cielos. Todo ello, no conseguido con baños de oro o plata ni con los colores más finos, sino simplemente dibujado con pluma o a lápiz o retocado con pincel en blanco y negro. Alcanzar la perfección en cada una de esas cosas, cada una a su manera, no es, a mis ojos, menos grandioso que repetir la creación de Dios inmortal.

Agachó la cabeza y miró hacia Vittoria por el quicio del ojo, pues su comprensión significaba mucho para él, pero podía estar tranquilo, pues ella sonreía con delicadeza.

—Y sin embargo, debe permanecer imperfecto —sugirió Contarini mientras se acariciaba la larga barba, pensativo.

No prosiguió, no obstante, con su razonamiento, pues la atención general se había dirigido hacia un hombre que vestía un ostentoso manto cardenalicio y se aproximaba a buen paso atravesando el césped. Cundió una sensación incómoda, casi desagradable. Miguel Ángel solo tuvo que percatarse de las profundas arrugas de indignación que

decoraban el alargado rostro del aún joven cardenal, pues apenas tenía treinta y tres años, para saber que algo iba mal. La sempiterna expresión burlona que solía decorar los ojos algo hundidos del prelado había desaparecido. Dios no podía haber enviado un mensajero más expresivo del mal agüero que aquel hombre explosivo y guasón.

—Oh, el doctor Morone —bromeó Pole para relajar el tenso ambiente que había creado con su llegada el obispo nombrado cardenal apenas hacía un mes.

—Únete a nosotros, Giovanni —le invitó Contarini.

Era una sugerencia un tanto absurda, pues quedaba patente que Morone había

acudido hasta allí para encontrarse con ellos.

Miguel Ángel descubrió inmediatamente el miedo en los ojos del cardenal.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—¿Que qué ha ocurrido? —repitió Morone y tuvo que tomar aliento un par de veces para lograr serenarse—. El santo padre ha fundado la *Sacra Congregatio Romanae et Universalis Inquisitionis*, una comisión de cardenales a cargo de Carafa cuyos miembros lo componen exclusivamente sus compinches.

—¡Carafa como principal responsable de la Congregación de la

Fe! Eso es como colocar al lobo al cuidado de las ovejas —se enojó Contarini.

—Para eso ya tenemos a Enrique —protestó Pole.

—Pero, ¿por qué Alessandro haría tal cosa? —preguntó consternada Vittoria, quien al igual que Pablo III provenía de una de las más importantes familias aristocráticas de Roma y, por tanto, se conocían entre ellos.

—Porque tiene miedo de que los luteranos tomen Italia y barran el catolicismo —respondió Morone.

—Pero debemos reunificarnos con los protestantes, no hay tantas cosas que nos separen. Por el contrario, en algunos

aspectos se encuentran más cercanos que... —añadió Pole haciendo un vago movimiento de la mano, pues no quería dar nombres.

—Chiss, Reginald, no digas esas cosas demasiado alto. Pensamientos así comenzarán a ser peligrosos a partir de hoy —le advirtió Morone.

—¿Y qué demonios podemos hacer? —preguntó Vittoria retorciéndose las manos.

Miguel Ángel experimentó un profundo anhelo por una pared cubierta de revoque fresco o un bloque de mármol, pues aquella conversación había tomado un giro desagradable. Ni esas cuestiones le resultaban de interés

ni era capaz de aportar nada a la discusión. No era teólogo ni político, solo artista, y eso era exactamente lo que quería ser. No podía haber profesión que acercara más al individuo a Dios. ¿Qué podían, pues, importarle aquellas banales luchas de poder que solo servían para perder el tiempo?

—Sea como sea, debemos mostrarnos precavidos, muy precavidos. Ya empieza oler a pira. ¡Carafa quiere ver a gente arder! —advirtió Contarini.

Miguel Ángel se arrebujó en su capa, pues de pronto sentía un profundo frío. Giovanni Morone bebió dos vasos de vino aguado uno detrás de otro. Las manos le temblaban al servirse y no por

el alcohol, pues solía beber con profusión.

—Necesitamos un papa —afirmó de pronto tras vaciar el vaso, haciendo que todos lo miraran aturdidos—. Pablo III mantendrá una tendencia centralista, pero Carafa no debe alcanzar nunca la cátedra de San Pedro. Sería nuestro final, ¡y el final de la Iglesia! Ya no sería un lugar de amor al prójimo, sino de interrogatorios y torturas. Ya no sería un manantial de fe, sino la emponzoñada fuente de la denuncia. Seguiremos actuando como siempre, ¡pero el próximo papa debe provenir de nuestras filas!

Contarini dio un respingo y flexionó

las manos como si una serpiente le hubiera saltado a la garganta.

—Yo no puedo. ¡Soy teólogo!

Morone no pudo evitar sonreír.

—No estaba pensando en ti. Yo tampoco puedo, puesto que soy demasiado joven y no dispongo de los méritos espirituales suficientes. No, solo hay un hombre entre nosotros que cuente con suficiente autoridad y forma: ¡Reginald!

Miguel Ángel miró a Giovanni Morone asombrado. Era el perfecto político, solo que con conciencia y convicciones.

—¡Santísima Virgen María! — exclamó Pole, que había enrojecido

vivamente ante las palabras de Morone —. Si es posible, aparta de mí este cáliz.

Giovanni Morone se santiguó antes de hablar.

—No es posible, Reginald. Hablo con total solemnidad al afirmar que tengo al próximo papa frente a mí. Eres un hombre estimado y respetado. Tienes carisma y sabes que el carisma es un don de Dios. Tu familia y tú habéis sufrido tormento, os habéis sacrificado por la buena causa católica. La luz del martirio de tu madre te ilumina. Todo ello unido al hecho de que eres un predicador muy dotado y un excelente teólogo. ¡Eres nuestro papa!

—Giovanni tiene razón —lo apoyó Vittoria.

—Debemos ser cuidadosos y preparar el terreno para Reginald de cara al siguiente cónclave —dijo Contarini y maltrató de nuevo su larga barba tal y como gustaba de hacer.

Al mismo tiempo en que los reformadores hablaban sobre el futuro en el jardín del convento de San Silvestro al Quirinale, Ascanio se dirigía a casa de su amante, una posadera del Trastevere. Estaba a punto de llegar a la vivienda cuando se vio rodeado por un grupo de hombres armados.

—¿Ascanio Romano? —le preguntó, imperativo, un hombre imponente de barba negra.

—¿Quién quiere saberlo?

—La Inquisición romana. Debéis acompañarnos. El cardenal Carafa quiere hablar con vos.

Ascanio frunció el ceño. Nunca se había pronunciado en cuestiones de fe. ¿Qué podían querer de él?

—¿Estoy detenido?

El barbudo sonrió.

—Solo invitado a una conversación.

Resistirse solo habría demostrado tener mala conciencia y Ascanio carecía de razones para ello. Además, el cardenal se contaba entre los amigos de

su casa. Marchó sin decir más palabras hacia el Borgo, escoltado por los desconocidos. Ante él se encontraba la obra de San Pedro. A la izquierda el crucero, que se alzaba hacia el cielo; un poco más adelante, un espacio vacío antes de unirse a la diminuta, en comparación, antigua basílica, extrañamente perdida ante la nueva edificación que iba creciendo y se aproximaba hacia ella peligrosamente; como apoyo a su espalda, solo el atrio que ocultaba la canónica y, finalmente, el campanario de Santa Maria in Turri y, frente a ella, la *loggia* de las bendiciones. Ante la canónica habían erigido un palacio de aspecto defensivo

que emanaba una sensación de inexpugnabilidad y autosuficiencia. Como se sabía ya en aquellos días, Gian Pietro Carafa lo había hecho construir como sede de la Inquisición romana.

La tropa armada llevó a Ascanio a través de una serie de puertas grandes, tachonadas de hierro, hasta un alegre patio. Cuatro caminos se abrían por el césped hasta unirse en el centro del patio, donde se alzaba una fuente de dos niveles. Tomaron el camino de la derecha y se dirigieron al edificio. A ambos lados se extendían bien iluminados pasillos con altos ventanales. Si Ascanio hubiera continuado en la misma dirección,

habría llegado hasta un antecuerpo aún por concluir en el que las ventanas proporcionaban escasa luz y una serie de celdas albergaría a los blasfemos. Por el momento, no obstante, aquellos bajo sospecha seguían siendo llevados al castillo de Sant'Angelo. Las celdas de la planta baja del palacio de la Inquisición tenían, en cualquier caso, un carácter provisional al estar pensadas únicamente como prisión para presos sometidos a investigación y para los condenados a muerte, pues tras las condenas a morir en la hoguera las ejecuciones solían llevarse a cabo con rapidez.

El barbudo guió a Ascanio, ya sin el

resto de sus hombres, a través de una escalinata hasta el piso superior, donde se encontraban las estancias de reunión y trabajo de los inquisidores. Por encima, se encontraban las viviendas. En una sala de audiencias provista de mobiliario forrado en tapete rojo, Ascanio tuvo que entregar sus armas a su cicerone antes de dirigirse al vestíbulo. No tuvo que esperar mucho. El cardenal Carafa apareció por una portezuela al otro lado de la estancia y se dirigió hacia Ascanio, quien realizó una reverencia. El príncipe de la Iglesia le tendió el anillo de oro adornado con una cruz azul oscuro.

—Levántate, hijo mío —dijo el

cardenal y le ofreció asiento en una butaca.

Él mismo se acomodó sobre un pequeño *chaise longue* con cojines de terciopelo rojo. Ascanio aguardó en silencio procurando mantener una expresión indiferente.

—Sin duda te preguntarás qué quiere de ti la Inquisición, ¿no es así? Te habrá venido a la mente algún que otro pecadillo —comenzó el cardenal.

—Algún pecado, sí, pero solo de los del tipo que exige una confesión, no un interrogatorio —concedió Ascanio, aunque presintió que el gran inquisidor no le había hecho llamar por eso.

—¿No albergas pues ningún pecado

en tu conciencia?

—Tengo la conciencia limpia, eminencia.

Gian Pietro Carafa asintió con gesto impenetrable. Ascanio siempre había sabido no dejarse intimidar. ¿Qué era lo que siempre decía Bramante? Todo lo que ocurría estaba ya escrito en el cielo.

—Entonces, haz todo lo que esté en tu mano para que siga siendo así, hijo mío —prosiguió el defensor de la fe—. Te daremos una buena oportunidad para ello, pues necesitamos tu ayuda. Y no pedimos, sino que te ordenamos en nombre de Dios que nos apoyes en nuestra abnegada lucha. Nuestra Iglesia está amenazada. Aun peor que los

herejes del exterior son los que se encuentran ya en el interior, los que quieren erigir en el seno de la Iglesia un reino de Satán amparándose en el calificativo de «reformistas», y que son enemigos de Cristo y de los hombres. Luchar contra ellos es la obligación sagrada de toda persona de bien. Un hombre solo podría tener un motivo para negarse y ese sería el de ser, él mismo, un hereje. ¿Entiendes, hijo mío, lo que quiero decirte con esto?

Ascanio se preguntó cómo podía Antonio encontrarse en buenos términos con semejante fanático, que hedía a fuego y a tortura.

—¿Me entiendes? —porfió el

cardenal.

—Por supuesto, con total claridad, eminencia.

—Bien. Te prohíbo bajo pena de excomunión que hables de todo aquello que vas a oír ahora. Una palabra a una tercera persona y te encontrarás de inmediato en la hoguera y, seguidamente, en el infierno. Jura por Dios y por la salvación de tu alma que guardarás el más estricto silencio sobre lo que se va a decir aquí.

—Lo juro por Dios y por la salvación de mi alma.

—Por los siglos de los siglos. Amén. Por lo que sé, has servido como lansquenete a las órdenes del

condottiere Ferrante Francesco
d'Avalos, marqués de Pescara.

—Un buen hombre, sí. Y como a otros muchos buenos hombres, el Señor lo llamó a su lado demasiado pronto.

Ascanio no pudo reprimir aquella indirecta contra Carafa, pues el cardenal era diez años mayor que el comandante, quien había muerto en 1525 a causa de sus heridas, si bien Ascanio recordaba que, por aquel entonces, también se había hablado de veneno como posible causa.

El gran inquisidor no dio muestras de haberse percatado de ningún doble sentido y continuó imperturbable.

—Consolémonos pensando que solo

al Señor le concierne cuándo debe llamar a cada uno. Por lo que sé, serviste durante un tiempo también como mensajero para las cartas de amor que el marqués le enviaba a la marquesa y cuyas respuestas le entregabais a él.

Ascanio reprimió un escalofrío. El inquisidor estaba sorprendentemente bien informado. En cualquier lugar podían encontrarse traidores y espías.

—Así pues eres un viejo conocido de la marquesa. ¡Ve a verla! Dile que necesitas un trabajo que te interesaría entrar a su servicio. Esa vanidosa mujer no podrá negarse. Los peores enemigos de Cristo se han reunido en torno a ella: Pole, Morone, Contarini y, por lo que he

podido saber, frecuenta también su hogar ese endiablado pintor que, para colmo, se llama Miguel Ángel. Miguel Diablo sería más apropiado.

—Disculpadme, eminencia, pues solo soy un humilde y torpe lansquenete. Aún no sé qué queréis de mí.

Ascanio había entendido demasiado bien lo que el cardenal esperaba: que se convirtiera en un traidor, un delator, un denunciante, un espía. Prefería la muerte. ¡Jamás haría algo así!

—Para ser un humilde y torpe lansquenete supusisteis un continuo estorbo y fuente de problemas para el cardenal Catalano, un hombre digno de la santidad que solo pretendía defender

la fe y a la Iglesia. ¡No te engañes a ti mismo, hijo mío! No te estoy pidiendo nada, simplemente vas a hacer lo que yo te diga que hagas. Si inicio una investigación en torno a la pureza de tu fe, ésta se extenderá a tu entorno más cercano, a saber, toda la familia Sangallo: Lucrezia, Antonio, los niños —el cardenal dejó que su nada velada extorsión planeara unos instantes sobre Ascanio antes de continuar—. Ya conoces a Manfredo. Una vez al mes le presentarás un informe sobre lo que el diablo trama con esas reuniones en casa Colonna. En las situaciones más apremiantes no deberás esperar tanto, sino que acudirás inmediatamente a él.

No oses ocultarme nada, tengo más ojos y orejas allí aparte de ti —el cardenal se levantó—. Ahora, ve y haz lo que te he dicho.

Sus ojos ardían. Sin siquiera bendecir a Ascanio, se dirigió a la salida.

Tras su conversación con el gran inquisidor, Ascanio ya no acudió a ver a su amante. Necesitaba pensar. Había cuidado y protegido a aquella familia durante buena parte de su vida: primero a Imperia, luego a Lucrezia, finalmente había salvado a ésta de los lansquenets durante el *sacco di Roma*. No podía ponerla en peligro ahora. Por otro lado,

tampoco podía espiar a la marquesa, pues eso habría supuesto una traición para con su marido fallecido. ¡Debía encontrar una solución!

Cuando regresó al *palazzo* de la familia Sangallo le asaltó de inmediato la laboriosa agitación que inundaba el edificio, más turbulento que de costumbre, pues todos se preparaban para el matrimonio de Bartolomeo, el más joven de los hijos de Lucrezia. Iba a casarse con Esmeralda, la hermana menor de Arnolfo di Maffeo. Ascanio pidió a Lucrezia que lo acompañara a dar un paseo.

Tomaron rumbo a la *piazza* del Popolo, donde se encontraba la iglesia

de Santa Maria. Rafael había instalado allí una capilla, justo junto al lugar del último reposo de Imperia, en la que se encontraba enterrado Agostino Chigi. Lucrezia escuchó en silencio y de principio a fin la narración de Ascanio. Éste se dio cuenta de que ella reflexionaba con intensidad.

—¡Es necesario proteger a la familia! —dijo ella finalmente—. Ese debe ser el primer y último objetivo. Por eso te pido, Ascanio, que no traigas ninguna desgracia sobre nuestra familia. El sacrificio de mi madre habría sido en vano —concluyó, mientras las lágrimas le inundaban los ojos.

—¡No, por supuesto que no! —

respondió él, que seguía amando a aquella mujer y nunca podría lastimarla.

—Cuando te despidas de Antonio, no le des tus auténticos motivos. Acudiría al papa para protestar y acabaría rompiendo toda relación con él. ¡Los hombres y su ridículo sentido del honor! —suspiró ella con cierta amargura mientras torcía los ojos—. Es un buen arquitecto, pero no es un genio como Bramante, Rafael o ese desagradable Miguel Ángel. Y sabes que me alegro de ello, pues es más grato convivir con un hombre que con un genio. Sin embargo, por el hecho de no ser un genio precisa la protección, incluso la benevolencia de Carafa.

Ascanio había comprendido el mensaje. Acudiría a Vittoria Colonna, le recordaría los viejos tiempos, a su esposo, a quien ella ensalzaba en sus poemas y a quien se mantenía fiel, pues no había abandonado la viudedad desde entonces. Tras hablar del pasado durante un tiempo, Ascanio le pidió poder entrar a su servicio. Ella lo aceptó de buen grado, precisamente porque le había recordado a su marido.

Ascanio celebró la boda de Bartolomeo y después, con gran pesar en el corazón, se separó de Antonio y los suyos. El arquitecto no lograba entender las motivaciones del viejo veterano de guerra, pero se vio obligado a respetar

su decisión. ¿Quién podía comprender a esos espadachines? Eran gente muy extraña cuya vida siempre se encontraba sobre el filo de la navaja.

Ascanio no podía revelarle la verdad a Vittoria, pues no sabía cómo reaccionaría ella, por lo que decidió mostrarse esquivo con Manfredo y distraerlo con banalidades y tretas hasta descubrir qué miembro del servicio trabajaba para la Inquisición. Ante todo quería ganar tiempo. Cuanto más permaneciera al servicio de Vittoria, más difícil sería para Carafa poner en peligro a la familia Sangallo al iniciar un proceso contra él. Además, el cardenal ya no era ningún niño: en algún

momento el diablo debía llevárselo.

Era un juego peligroso. Ascanio no podía rebelar tan poco que resultara llamativo, pero tampoco podía proporcionar material que fuera de utilidad a la Inquisición. Logró encontrar a dos delatores entre el personal de servicio de Vittoria. Finalmente, llegó el momento de hablar con la marquesa. Vittoria le agradeció su proceder, informó a sus amigos, incluido Miguel Ángel, de que la Inquisición estaba investigándolos, y finalmente habló con el papa. Pablo III llamó a audiencias a Gian Pietro Carafa. Alabó su celo en la lucha contra los herejes, pero poco antes del fin de la audiencia

hizo desaparecer toda amabilidad de su rostro y amenazó al gran inquisidor:

—Gian Pietro, métete en la cabeza que la marquesa de Pescara es intocable, igual que lo son los cardenales Morone, Pole y Contarini y, finalmente, ¡también Miguel Ángel!

Carafa tuvo que jurar por la sagrada providencia que no investigaría a los aludidos. Desde ese día en adelante, Manfredo dejó de mantener contacto con Ascanio. El gran inquisidor prosiguió con sus investigaciones, pero de manera más discreta. Se concentró en el entorno del círculo de Vittoria Colonna, a quien tenía por una auténtica diablesa. Algunas veces, Gian Pietro Carafa soñaba que

Dios lo castigaba con varas de hierro candente por no capturar suficientes herejes.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1546

Los ángeles debían haber preparado en persona el clima para aquel día: era cálido, sin ser caluroso. En Santa Maria del Popolo la gran familia Sangallo estaba celebrando el bautizo de su miembro más reciente. Esmeralda, la esposa de Bartolomeo da Sangallo, había dado a luz una hija que recibiría el nombre de Isabella. La orgullosa abuela

Lucrezia había logrado que el poderoso cardenal Carafa ejerciera de padrino de su nieta y celebrara la ceremonia. Durante la fiesta consiguiente, el *palazzo* estaba a reventar. Fue un encuentro de todo el gremio romano de la construcción. Acudieron todos los miembros de la familia da Sangallo, además de los Barozi, Arnoldo di Maffeo con sus hermanos, hijos y nietos y Nanni di Baggio Bicci con los suyos. Todos los contratistas y maestros picapedreros que contaban algo en la profesión acudieron llevando regalos. En consecuencia, todos los que no estaban invitados no podían considerarse grandes maestros de la

construcción.

Lucrezia contempló a su familia llena de orgullo. Observó su poder, su estatus burgués. Después sintió que la tristeza le vencía porque su madre no había podido vivirlo. ¡Qué feliz se habría sentido Imperia, qué satisfecha y orgullosa! Las manos de Antonio la arrastraron fuera de su duelo en una furiosa danza primaveral, la *saltarella*. Ella resplandecía de amor como una chiquilla. Aunque los cabellos de su marido estuvieran ya canos, todavía podía saltar con una gracia envidiable para cualquier hombre joven. Colocó las manos en las caderas de ella y la alzó por los aires, describió un círculo y la

volvió a posar.

—¡No te alteres tanto, Antonio! —
exclamó ella, sin aliento.

—¿Alterarme? —rio él—. Si
todavía no he empezado. ¡Espera a que
me altere de verdad!

Dicho esto, se hincó de rodillas. De
inmediato se formó un círculo a su
alrededor. Antonio abrió los brazos.

—La que me altera es esta jovencita
de aquí. Es una lástima que no pueda
casarme con ella porque, por desgracia,
¡ya estamos casados!

Se levantó entonces de un salto y dio
dos brincos más.

—¡Hey! —les gritó a los demás
varones presentes—. ¡Preocupaos de

vuestras esposas! Ésta de aquí ya está cogida y el que piense algo distinto, ¡tendrá que probar a qué saben mis puños!

Todos rieron por la broma de Antonio y siguieron bailando con profusión. Lucrezia agradeció en silencio a Dios antes de entregarse al alocado ritmo de la música. Cuando volvió a mirar a Antonio, éste cayó nuevamente de rodillas al suelo.

—Antonio, ya está bien —le reprendió ella, considerando que exageraba.

Sin embargo, él no respondió y se desplomó completamente. Ella sintió que le atenazaba el pánico.

—¡Antonio! ¡Acaba ya con esas bromas!

Ella se inclinó sobre su esposo. Los ojos de él se habían congelado en una mirada vacía. La alegría por la belleza del mundo se había conservado aún después de la frialdad de la muerte y la había vencido, pues Antonio da Sangallo había fallecido feliz en el sentido más literal de la palabra.

—¡Deteneos todos! ¡Ayudadme! — gritó Lucrezia fuera de sí, como si aún hubiera un modo de recuperarlo si se actuaba con rapidez.

Los invitados fueron deteniendo la danza uno tras otro y la música se interrumpió. El hijo mayor de Antonio

llevó en brazos el cuerpo de su padre hasta el interior de la casa.

Lucrezia no podía soportarlo. Había permanecido a su lado la mayor parte de su vida, tanto en los buenos como en los malos momentos. ¿Cómo podía irse él ahora y dejarla sola, traicionarla así? Entonces, un chillido llegó a sus oídos. Se volvió hacia la cuna. Allí yacía ella, su nieta Isabella.

—¿Y a ti qué te ocurre? ¿Te quejas porque has perdido un poco de atención? —protestó Lucrezia en una combinación de desaprobación y emoción.

«El mundo ya no nos pertenece, es de los niños que están naciendo», pensó,

«si queremos hacer del mundo un lugar mejor, debemos hacerlo por los niños». Lucrezia cogió en brazos a su nieta y la llevó dentro de la casa. Bartolomeo salió a su encuentro.

—Tú también fuiste así de pequeña —dijo entre sollozos y entregó a la niña a su madre, Esmeralda, cuando sintió que le vencían las rodillas.

Se echó en una silla e intentó asimilarlo. Tenía miedo de entrar en la habitación en la que habían depositado a Antonio. La vida se componía de conclusiones de las que se volvía a partir. No había marcha atrás. Alguien le ofreció un brazo. Ella no comprobó de quién se trataba, solo se dirigió hacia su

habitación y se cambió de ropa. Vestida de negro y con un velo oscuro sobre el rostro, volvió para despedirse de su marido.

Ahora era viuda.

Dos meses después se mudó a Florencia, a las cercanías de la puerta de San Gallo, de la que la familia Sangallo tomaba el nombre, y se instaló en casa de su segundo hijo, quien había hecho carrera como arquitecto de éxito en la ciudad del Arno. El tiempo de su matrimonio con Antonio, de su vida en Roma quedaba atrás. Pasaría los años que le quedaran de vida en Florencia, la ciudad que había escogido para vivir su

viudedad. No habría podido soportar permanecer en Roma, que de golpe se había transformado en una dolorosa aglomeración diaria de recuerdos.

Tendría que sobrevivir a su marido aún diez años, pero no volvería a ver Roma con vida. Sin embargo, hizo llevar su cadáver de vuelta a la Ciudad Eterna para poder reposar junto a su Antonio.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1546, ENERO

El invierno apretaba con su frío y húmedo puño la ciudad de Roma. Desde la muerte del arquitecto Sangallo, los trabajadores de la obra se limitaban a concluir los trabajos pendientes. Nadie

tomaba la iniciativa. Gian Pietro Carafa había intentado en vano que el hijo menor de Antonio, Bartolomeo, fuera nombrado nuevo arquitecto responsable de la *fabbrica di San Pietro*.

Miguel Ángel apenas había tenido noticias de los últimos acontecimientos, pues yacía en cama gravemente enfermo bajo el cuidado abnegado de Francesco y de sus amigos. Una vez al día el médico judío Isaac di Bonet de Lattes acudía a visitarlo. También se preocupaba por él de manera conmovedora el pintor y arquitecto procedente de Arezzo y residente en Florencia Giorgio Vasari, con quien había iniciado recientemente una buena

amistad. Vasari le había prometido al papa Pablo III que pintaría la gran estancia de la *cancelleria* en solo cien días. Aunque trabajaba día y noche para mantener su osada promesa, visitaba a Miguel Ángel con asiduidad. A él le gustaba aquel artista de la mitad de su edad que, sin embargo, parecía más mayor por su permanente postura reflexiva y seria. Y Vasari idolatraba a Miguel Ángel de una manera grata, no adulatora. También Vittoria Colonna lo visitaba pero él le pedía que se mantuviera a distancia y se cuidara, pues sentía que la salud de ella tampoco se encontraba en el mejor de los estados. Tosía mucho y lucía unas visibles

ojeras. Su rostro había perdido su frescor y sus sanas redondeces. Parecía endurecido, más anguloso y huesudo. «Como la calavera de un muerto, se ha quedado en los huesos», pensó él, aterrado.

—En primavera recuperaremos nuevas fuerzas y, como la naturaleza, reverdeceremos —le había dicho él a modo de despedida, antes de hundirse nuevamente en un sueño febril.

Apenas se levantó de su lecho de enfermo, recibió una orden de audiencia con el papa. Se asombró de que no le llamara al Vaticano, sino al *palazzo della Cancelleria*. En la gran sala del *piano nobile* descubrió al papa en

compañía de los cardenales Giovanni Morone y Gian Pietro Carafa. Giorgio Vasari tenía la palabra y explicaba el concepto de su pintura, en la que había retratado a Pablo III ordenando la conclusión de la basílica de San Pedro. El desamparado estado de la construcción y la energía del papa ofrecían una contradicción esperanzadora. El enunciado del fresco tenía una fuerte connotación propagandística: La nueva San Pedro se completaría gracias a Pablo III.

Cuando Miguel Ángel entró, los ojos de Vasari se iluminaron. Aquella reacción impulsó al vicario de Cristo a girarse para mirar.

—Ah, Miguel Ángel, acércate a nosotros —dijo.

También Morone lo recibió con una expresión amistosa mientras que Carafa, que mantenía sus rasgos en su habitual mueca, como de haber mordido un limón, se volvió igualmente hacia él.

Con sus cabellos grises revueltos, su barba despeinada, sus pantalones negros, su chaqueta negra y su camisa blanca, que componían su aspecto habitual, Miguel Ángel se arrodilló ante el papa. Pablo III le tendió la mano derecha con el anillo del pescador, que el artista besó. Después, se levantó. Al contemplar el cuadro pensó que Vasari, a pesar de no ser un artista excepcional,

era un pintor apto y de buena técnica. Compensaba con trabajo su falta de intuición. Además, contaba con una cualidad que pocos poseían: sabía reconocer el arte.

—¿Qué opinas de la pintura? —preguntó el papa.

—Muy lograda —respondió Miguel Ángel, quien no quería ofender a Vasari pero tampoco deseaba mentir.

—Eso también podemos verlo nosotros —respondió Pablo III.

Aunque su expresión había sonado como una reprimenda, Miguel Ángel presintió que el astuto papa Farnese tramaba algo.

—¿Y qué opinas de la obra que día

tras día proporciona nuevos motivos de burla contra nosotros a los herejes?

—Que Bramante debería haberla terminado.

Hacía más de treinta años que su viejo rival había muerto y sin embargo su odio por él permanecía.

—Es cierto, pero eso no se puede cambiar. Pero es necesario que alguien lo concluya, alguien nuevo. ¡Tú, Miguel Ángel!

Apenas había pronunciado el papa aquellas palabras y Miguel Ángel y el gran inquisidor Carafa pensaron lo mismo por primera vez en su vida: ¡no! «¡Yo no!». «¡Él no!».

—¡Soy demasiado mayor para eso,

santo padre!

—Efectivamente, es demasiado mayor —le secundó Carafa.

—Además, no soy arquitecto.

—Es cierto: no es arquitecto.

—¡Debéis buscar a alguien más joven!

—No nubléis los últimos años de vida de este hombre tan notable y le arrastréis quizás a la tumba prematuramente.

—¿Habéis terminado? —preguntó Pablo III con sequedad, aunque sus ojos relucían de maliciosa diversión—. Yo también soy viejo. Miguel Ángel será nombrado arquitecto único responsable de la *fabbrica di San Pietro*. ¿Queréis

acompañarnos al palacio? —preguntó sonriendo al cardenal Morone, quien asintió como muestra de conformidad.

El papa y el cardenal abandonaron la sala. El gran inquisidor dirigió a Miguel Ángel una mirada furiosa antes de dejar la estancia.

Miguel Ángel, por su parte, se hincó de rodillas al suelo y alzó las manos.

—Señor, ¿por qué a mí?

Vasari se dirigió apresuradamente hacia el viejo artista y le ayudó a levantarse.

—Porque sois el único que puede hacerlo.

Miguel Ángel se dirigió de vuelta a casa auxiliado por Vasari. Se sentía

morir. Tras haber pintando la *capella* Paolina, en la que había representado a un san Pablo viejo y desesperado, quería retirarse del mundo y buscar a Dios dibujando y esculpiendo. No había nada que deseara más que la soledad y nada que despreciara más profundamente que el mundanal ruido. Dada la posición que había alcanzado en el arte, ya no tenía que preocuparse, pues había creado ya suficientes obras, y otras personas, como ese joven Vasari, se encargarían de propagar su gloria. Había llegado el momento de dejar de ocuparse en conseguir un lugar en la eternidad y centrarse en poner en orden sus asuntos para con Dios. Pero en eso

nadie podía ayudarle, ni siquiera Vasari, únicamente, quizás, Vittoria.

Hablaban con frecuencia, intercambiaban cartas y sonetos, él le regalaba pequeños dibujos que a ella siempre le parecían lo más importante del mundo. Sin apenas darse cuenta había empezado a amarla de una forma profunda e íntima. Sin embargo, la primavera se negaba a aparecer. ¡Cómo la extrañaba, cómo soñaba con volver a sentarse junto a ella en el jardín conventual y leer! Entonces, un 25 de febrero llegó a su casa un mensajero. Traía una breve nota para él. Vittoria Colonna había fallecido una hora antes. Miguel Ángel miró hacia el cielo, hacia

Dios, y rompió en un grito sordo, incapaz de decir o pensar nada. Horas más tarde escribió y escribió, llorando tinta en lugar de lágrimas, con un rostro tan duro como la piedra y tan rígido como si él mismo se lo hubiera tallado.

*«Cuando aquella que mis suspiros
provoca
desapareció del mundo y marchó de
mis ojos
avergonzada Natura que se la llevó
de nosotros,
hizo caer en llanto a quien la mira
y toca.*

Mas la muerte no debe

vanagloriarse

*por, cual sol de soles, cubrirnos con
su velo*

*pues el amor vence y de vida lleno
vino al cielo, cual los santos, a
elevarse.*

*La muerte que pretendía agotar
su gloria que, de tan extendida,
hacía resplandecer su alma
perfecta.*

*No logró más que fracasar
pues viva está ahora, más que en
vida,
y tras la muerte le llegó la vida
eterna».*

No era el único poema que él había escrito tratando de comprender su muerte. Simplemente no podía permanecer en silencio. Le parecía que, mientras escribía, ella seguía a su lado. Con los primeros rayos cálidos de la primavera, que Vittoria tanto anhelaba pero que nunca llegó a experimentar, llegó desde el norte un mensajero con un pequeño paquete. El remitente le sorprendió: Lucrezia da Sangallo. Dio al mensajero una propina tan escasa que éste se marchó de la casa maldiciendo su nombre a viva voz. Entonces, Miguel Ángel abrió el paquete, que contenía dos libros y una carta. Su mirada recayó en

aquella letra bonita, proporcionada y femenina. «Aprendió bien con las monjas», pensó. Por algún motivo inexplicable, no dudó de que efectivamente había sido ella quien le había escrito. Se sumió de inmediato en las escasas líneas:

Messèr Miguel Ángel,

He sabido que os han nombrado sucesor de mi querido esposo en la fabbrica di San Pietro. Quiero ser sincera con vos. Hubiera preferido que el papa le hubiera confiado semejante encargo a mi hijo, el sobresaliente arquitecto Bartolomeo da Sangallo. Sin embargo, no ha sido así.

Así pues, os pido que no os comportéis como un mal director de obra y no despreciéis el trabajo mi familia, sino que encontréis la grandeza para apreciar y respetar lo que, en los últimos treinta años, se ha logrado tras grandes luchas y enormes sacrificios. He tenido la gran dicha de poder llamar padre a Donato, al que todos llamaban Bramante, y marido al excepcional Antonio da Sangallo. Como podéis comprobar, toda mi vida ha estado unida a ese edificio. Es capaz de proporcionar tanta tristeza como alegría, tanto peligro como dicha.

Ahora soy una mujer anciana y

disfruto cada día que Dios me otorga para gozar de mis nietos, aunque anhelo al mismo tiempo poder volver a reunirme pronto con mi marido en el cielo. Qué absurdo es mantener las viejas rencillas. Con la esperanza de que seáis un hombre justo y encontréis una manera digna de proseguir con la obra de Donato y de Antonio, os envío el libro y su correspondiente traducción que significó tanto para ambos.

*Florenzia, primavera de 1547
Lucrezia di Imperia da Sangallo*

Leyó la carta varias veces porque le

había impresionado y no podía soltarla. Miguel Ángel no recordaba haber visto nunca a aquella mujer en persona. Hojeó los dos libros y comprobó que la primera mitad de uno se correspondía con la *Divina comedia* de Dante, mientras que la otra era el *Libro del constructor*, cuya traducción se encontraba en el siguiente tomo. Gracias al libro Miguel Ángel descubrió la existencia de una alianza antigua y secreta entre cuyos miembros se habían encontrado, además de Dante, su maestro Landino, Angelo Poliziano, Pico della Mirandola e incluso Giovanni de Medici, aquel niño gordo del que aún le sorprendía que hubiera llegado a

papa. Los *Fedeli d'Amore* habían ido cruzándose en su vida una y otra vez sin que él supiera nada al respecto. De la misma manera que desconocía la existencia de la Archihermandad a la que pertenecía el hermoso cardenal Giacomo Catalano. Había permanecido ignorante a todo aquello, pero eso era algo que ya había dejado de tener significado para él. Mucho más importante era el resto de información contenida en el libro de la construcción. Ya en la primera página, en la que podía encontrarse una analogía del cuerpo humano con la arquitectura, logró impresionarle. Era la misma idea que él tenía: que la arquitectura del cuerpo se

correspondía con la de los edificios, las iglesias y palacios. Ese loco de Leonardo incluso lo había plasmado en un dibujo. Miguel Ángel olvidó su pesar, se olvidó hasta de comer e ingería únicamente algo de vino con miel.

De pronto tuvo una idea insensata. Vestido únicamente con una camisa y un pantalón, acudió apresuradamente a la basílica de San Pedro. Llovía con fuerza, pero él apenas sentía la humedad o el viento que azotaba el *ponte* Sisto. Mientras caminaba paralelo al Tíber por la calle del Borgo que cruzaba la *porta* Santo Spirito solo tenía en mente el inmenso y sobresaliente crucero. El camino le pareció interminable. Por

cada legua que avanzaba aparecían otras dos. Prácticamente corría, no podía ir lo suficientemente deprisa. Si sus sospechas se confirmaban, entonces se encontraba frente al malentendido más grande y más trágico del que el mundo había oído hablar.

Mientras se aproximaba a la obra, presencié una intensa actividad. Obreros acucillados que hacían girar sus jarras de vino de pronto se levantaban de un salto como si les hubiera picado una tarántula y retomaban en trabajo. Los oficiales corrían buscando a sus maestros. Pero nada de eso le importaba. No estaba allí por ellos. Con pasos apresurados atravesó el cruce y

logró llegar al coro occidental, a la *capella* Julia, llamada así porque debía haber albergado la tumba de Julio II, sin bien esta finalmente se había situado hacía un año en San Pietro in Vincoli en formato significativamente más reducido.

Pensó Miguel Ángel: «Quizás el secreto del auténtico arte reside en la reducción, en la reflexión en torno a la realidad que es Dios, la fuerza, el origen, no la apariencia, sino el ser». Por eso él, que había adornado grandes techos y poderosos muros con frescos multicolores, que incluso había representado un gran número de personajes en ellos, como en el caso de

su *juicio final*, donde se contaba la asombrosa cifra de quinientas veinte figuras, había llegado a amar los dibujos más sencillos. La grandeza residía únicamente en la intensidad.

Ante él se alzaba el transitable modelo de San Pedro que superaba el doble de su altura y que Antonio da Sangallo había hecho erigir a lo largo de siete años de manera minuciosa en una especie de miedo frente a la eternidad. Pero, ¿qué era eso, esa maqueta? ¡Una broma! La burla cruel de Dios sobre un hombre que se había esforzado a lo largo de toda su vida con ahínco y tesón, pero que no había comprendido la esencia. Miguel Ángel cayó de rodillas.

Los maestros se marchaban a toda prisa, debían tener por loco a su nuevo arquitecto responsable. Aunque hacía demasiado frío y solo estaba vestido con su pantalón y su camisa, se arrodilló frente al modelo de Sangallo y agitó la cabeza con energía. Realmente Dios no se había burlado de nadie con mayor crueldad y malicia de lo que lo había hecho con el arquitecto Antonio da Sangallo. Bramante, por quien Miguel Ángel nunca había sentido demasiado afecto, si bien ahora comprendía finalmente la magnitud de su genio, había sido tutor de Antonio y éste había querido a lo largo de toda su vida continuar su trabajo en San Pedro. Sin

embargo, nunca había llegado a entender a su maestro. Le había faltado ese órgano con el que él mismo había logrado comprender el pensamiento de Bramante. A pesar de la cercanía que Antonio y Donato habían mantenido en vida, espiritualmente se habían mantenido apartados.

—Oh, Antonio, Antonio, Antonio — exclamó Miguel Ángel en una combinación de compasión y amargura mientras agitaba la cabeza—. ¡Pobre Antonio! ¿Cómo es posible que no vieras lo evidente?

—¿Qué ocurre aquí? —bramó Arnoldo di Maffeo, quien había acudido hasta aquel lugar a toda prisa tras el

aviso de sus oficiales.

Vestido con las prendas más finas, hacía parecer en comparación un auténtico mendigo al arquitecto responsable de San Pedro. Miguel Ángel se levantó, se volvió hacia Arnoldo y negó vehementemente la cabeza ante lo desmedido del diletantismo que tenía frente a él.

—¿Es que no lo veis? Llevaos este despropósito de madera, este juguete ridículo.

Las venas que recorrían las sienes de Arnoldo se inflaron desmedidamente.

—Tened cuidado, maestro. Lo que llamáis juguete es el modelo según el cual se construye la casa de Dios.

Miguel Ángel se echó a reír a carcajadas, hasta el punto de retorcerse de la risa.

—La casa de Dios, *messèr* Perchero de moda, es un burdel, una vieja puta que se ha adornado con lujo esperando encontrar todavía algún galán generoso.

—¿Cómo os atrevéis a decir tal cosa? —gritó Arnoldo fuera de sí.

—¡Vedlo vos mismo! Es un montón de piedras colocadas las unas encima de las otras que, a su vez, alumbran nuevas piedras. ¡Hay pasillos oscuros y esquinas tétricas por todas partes, que invitan antes a los placeres de la carne que al recogimiento! Pero no hablemos del interior: ya en el exterior podemos

ver elemento tras elemento que, buscando una estructura al final solo logra crear el caos. Lo que tenéis aquí es, por describirlo en pocas palabras, señor Albañil, mucho ruido y pocas nueces. ¿Qué pintan aquí esas endiabladas torres, esas absurdas excusas ante la construcción de un edificio de planta central, esa especie de pene flácido que parece que se escapa del pantalón y que debería ser la clave que une las dos torres? Es un proyecto, pero no una figura. ¿Y sabéis qué es lo peor? Que es solo carne, nada de idea. En eso se basa nuestro mundo: en todos esos trabajadores hábiles pero sin escrúpulos porque son demasiado

imbéciles como para encontrar esos escrúpulos y que solo siguen ahí porque forman parte de una familia, de un grupo, de una secta, sí, una secta, la secta Sangallo. ¡Estáis todos despedidos!

Arnoldo clavó en él una mirada siniestra y afirmó con tono amenazador:

—Tened cuidado, *messèr* Miguel Ángel. El modelo que injuriáis es un prado fértil en el que todos podemos pastar.

—Sí, precisamente, un prado fértil para los bueyes y las ovejas que no entienden nada de arquitectura ni de arte. Sin embargo, ¡yo os expulsaré de ese prado y de este templo! —gritó

Miguel Ángel.

No fueron pocos los que se aterrorizaron a la vista del hasta hacía un momento, un hombrecillo harapiento que los miraba con ojos fulgurantes. Les recordó a los profetas del Antiguo Testamento o a los predicadores apocalípticos.

Cuando leyó el *Libro del constructor*, Miguel Ángel entendió cuál había sido la idea inicial de Bramante. Nada de menudencias, nada de composiciones: lo que el primer arquitecto de San Pedro siempre había pretendido había sido crear grandes formas claras. Un crucero como los pilares de la tierra y una cúpula similar

al cielo, el resto solo era accesorio. Y ese desdichado de Sangallo había convertido lo accesorio en preponderante y se había perdido completamente en lo insignificante. Era simple, solo había que regresar a la idea original de Bramante. «Hasta un niño sabría hacerlo», pensó Miguel Ángel furioso. Siempre había odiado a Bramante y su opinión personal hacia él no iba a cambiar, pero reconocía que eran espíritus afines.

La tristeza y la rabia lo vencieron por el hecho de que Bramante no le hubiera puesto al corriente de los *Fedeli d'Amore*. Aunque se hubieran odiado y hubieran disputado con toda la envidia y

alevosía de la que eran capaces dos artistas, siempre había existido algo que los había unido y que los convertía en compañeros: el amor por su trabajo y el alma del arte que reinaba sobre sus obras. Hacía treinta y cuatro años que Bramante había muerto y, sin embargo, Miguel Ángel se sentía rodeado por su espíritu juvenil. Nadie había entendido a Bramante en todos esos años transcurridos desde su fallecimiento. Nadie más que él, Miguel Ángel. En ese momento, la obra se convirtió en su obra; en ese momento, comprendió la misión que Dios le había encomendado. Una vez más, recordó las palabras de despedida de Contessina: «Si alguna vez

construyes algún edificio, haz que sea el más perfecto del mundo: constrúyeme la cúpula del cielo; créalo a la imagen de nuestro amor».

ROMA, *ANNO DOMINI* 1547

El corazón de Gian Pietro Carafa latía acelerado de puro gozo, pues finalmente disponía de pruebas. Un sacerdote de la diócesis de Morone se había entregado personalmente a la Inquisición y les había hablado de encuentros secretos entre monjes y sacerdotes en Módena y Lucca que el propio cardenal Morone ocultaba.

¡Debía informar al papa inmediatamente!

Encontró a Pablo III en la *capella* Paolina. El pontífice se encontraba sumido en sus pensamientos frente a la imagen de Miguel Ángel que representaba la conversión de Saulo.

—No se ajusta a la verdad — protestó Carafa mientras se dirigía hacia él—. Pablo era mucho más joven cuando vivió la transformación de Damasco.

Pablo III se volvió hacia él.

—Ah, Gian Pietro. ¡No se trata de eso! ¿No te parece hermoso contemplar que un anciano aún es capaz de arrepentirse y reconocer su equivocación? A mí me parece

absolutamente adecuado, ¿sabes por qué? —el papa miró al gran inquisidor sonriendo y se señaló las sienes con el dedo índice—. Porque demuestra que esta máquina maravillosa sigue funcionando hasta el final. No estamos condenados a consumirnos en la demencia senil. Podemos reconocer la voluntad de Dios hasta el fin de nuestros días. Hasta el final, Gian Pietro.

—Santo padre, tengo aquí la confesión de un hereje que afirma que los luteranos encuentran cobijo en la diócesis de Morone.

El papa analizó a su subordinado con una prolongada mirada.

—Te lo agradecemos, Gian Pietro.

Eres un honrado soldado de Cristo. Arresta a los herejes y, si no quieren convertirse o ya se han convertido pero han recaído en su falta de fe, entonces, ¡quémalos! Pero, Gian Pietro, no toques a Giovanni Morone. Es un hombre temeroso de Dios —dijo y dirigió la mirada hacia el Saulo que se estaba convirtiendo en Pablo—. Él recorre el camino más peligroso de la verdad. Se puede alcanzar gran iluminación a través de sus ideas, así que, ¡no te obceques en pecar!

El cardenal Carafa reconoció que, a pesar de todo, su alegría anterior no había sido en vano: podría combatir con el fuego y la espada la blasfemia

reinante en Lucca y Módena y Morone no podría evitarlo. Aunque el papa siguiera protegiendo a su odiado compañero cardenal, se iba aproximando lentamente a él. Algún día, sí, algún día... Un gran estruendo procedente del exterior lo apartó de sus pensamientos.

—¿Qué está ocurriendo? —se preguntó el pontífice con el ceño fruncido.

Los ayudas de cámara aparecieron y le informaron de que el pintor Miguel Ángel quería hablar con él y no aceptaba un no por respuesta. Pablo III indicó con un gesto que podían hacerle pasar. El cardenal Carafa miró al vicario de

Cristo con ojos inquisitivos, pero no pudo descubrir emoción alguna en su rostro.

Furioso, alterado y, desde el punto de vista de Carafa, escandalosamente descuidado en cuanto a su vestimenta, Miguel Ángel se precipitó al interior de la capilla. Tras una breve reverencia, comenzó a hablar antes de que el papa llegara a concederle la palabra.

—¡Santo padre! Con gran pesar por mi parte debo rechazar el nombramiento de arquitecto.

—¿Por qué motivo?

—Porque no soy ningún siervo de la comisión de construcción. Los delegados de la *fabbrica di San Pietro*

creen que pueden decirme todo lo que debo hacer. ¡Así no se puede construir!

Pablo III dio instrucciones de que trajeran a su presencia al representante de la comisión de construcción. Mientras esperaban, conversaron acerca de la reconversión de Saulo, el erudito y perseguidor de los cristianos que, en la versión de Miguel Ángel, había vivido la experiencia reveladora de contemplar a Cristo siendo ya un hombre mayor. El gran corcel sobre el que se sentaba lo arrojaba de su lomo y ya allí, en el suelo, tenía la revelación. Entretanto, Bartolomeo da Sangallo y el contratista Arnoldo di Maffeo llegaron a la estancia en calidad de representantes de la

comisión de construcción.

—¿Qué alegáis en contra de este hombre? —preguntó el papa con calma señalando a Miguel Ángel.

Bartolomeo realizó una profunda reverencia antes de comenzar:

—Santo padre, mi padre, Antonio, realizó la maqueta que de tanto agrado os resultó, para que la forma definitiva de la edificación quedara fijada por los siglos de los siglos.

—Y los siglos de los siglos será lo que haga falta para levantar semejante monstruosidad —protestó Miguel Ángel.

—Vos mismo lo oís, santo padre. San Pedro debía construirse de acuerdo con el modelo aceptado, ¡pero ahora hay

que escuchar los cantos de grillo de este sujeto que ni siquiera es arquitecto! — criticó Bartolomeo.

Pablo III contempló tenso a Miguel Ángel. También el gran inquisidor fijó la mirada en el artista lleno de curiosidad sobre qué argumentos presentaría éste. Aunque no le gustara y desconfiara completamente de él, tenía en consideración sus grandes cualidades y conocimientos.

Miguel Ángel agitó la cabeza.

—Es muy sencillo, debemos volver a la idea original de Bramante y reducir la planta de la nueva basílica. Solo así lograremos concluirla. Nos ahorraremos una década entera de trabajo y al menos

trescientos mil ducados. Regresemos al divino proyecto de *messèr* Donato y construyamos una cúpula tan redondeada y clara que sea metáfora perfecta del cielo. De formas grandes y claras, y no esa atemorizada y reducida masa de piedra que prolonga en piedras que producen más piedras. Ventanas en el tambor, ventanas en la cúpula y, sobre ésta, un *óculo*, el ojo de Dios. Las paredes laterales adornadas de pilastras y, de nuevo, grandes ventanas que repartan la luz de Dios en toda su belleza y claridad sin que nada la estorbe. Si es cierto lo que los santos dicen de que Dios es luz, entonces tendremos que invitarlo a entrar en su

propia casa y no obligarle a pasar a través de pequeños agujeros que nadie en su sano juicio puede considerar ventanas. En el interior, una única estancia de gran tamaño, con cuatro brazos amplios y no esas pequeñas y oscuras capillas en las que las prostitutas podrían dedicarse a sus pecaminosos negocios sin que nadie reparara en ello. Finalmente, ¿qué significan esas girolas? ¿Y esas torres con ese ridículo puente en la casa de Dios?

El modelo quedará reemplazado por mi proyecto, se levantará la capilla de Julio y construiré una iglesia más reducida que se adecue a mi visión y a

la de Donato. El que quiera trabajar en mi obra debe permanecer bajo mi tutela. Nadie podría discutirme cuestiones artísticas. El único cometido de la comisión de construcción será la de conseguirme el dinero que necesito —concluyó Miguel Ángel, sin aliento—. Esas son mis exigencias, si es que debo ser responsable de concluir la construcción de la casa de Dios.

Gian Pietro Carafa tuvo que admitir que las exigencias y proposiciones del artista eran osadas, pero no imposibles.

—Será lo que Miguel Ángel ha indicado —decidió Pablo III con una sonrisa amistosa. Estableceremos un *motu proprio* de ahora en adelante. Sin

embargo, es necesario añadir algo más: No se puede hacer responsable a Miguel Ángel de los daños presentados.

Con esas palabras, el papa ponía freno a cualquier opción de atacar al artista.

—Y tú, Arnolfo di Maffeo, estás despedido. Reúne a tu gente y vete — dijo Miguel Ángel con serenidad.

Para él, la conclusión de aquella audiencia no era un triunfo, sino un hecho incontestable de justicia evidente.

Miguel Ángel había conseguido todo lo que se había propuesto, sin embargo inició en la obra una pequeña guerra contra los partidarios de Antonio da

Sangallo y Arnolfo di Maffeo. Solo contaba con un contratista de su plena confianza que, para colmo de males, fue arrestado por propinarle una paliza a un posadero que mantenía relaciones con su mujer. Mientras Miguel Ángel buscaba un nuevo aliado, le perseguía la sensación de que aquel drama de celos había sido orquestado por Arnolfo.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1549

Entonces llegó el día de la muerte de Pablo III. Era el 10 de noviembre. Siendo aún cardenal, Alessandro Farnese había engendrado con su amante, Silvia Ruffini, una hija y dos

hijos que el papa hizo legitimar para que la dinastía Farnese no muriera con él. Al menos todo parecía pintar de forma favorable para Miguel Ángel, pues los indicios apuntaban a que Reginald Pole, a quien Pablo III había recomendado como su sucesor en el lecho de muerte, sería nombrado siguiente pontífice. Solo le hacían falta dos votos. Sin embargo, antes de la votación decisiva, Gian Pietro Carafa presentó ante el colegio cardenalicio unas actas que señalaban que Reginald Pole no solo supuestamente resguardaba en su residencia de Viterbo a herejes, sino que él mismo era un luterano encubierto. Así pues, el nombramiento recayó finalmente

en Giovanni Maria Ciocchi del Monte, un administrativo que ascendió al trono papal con el nombre de Julio III y que no era más que una marioneta en manos de Carafa. Tras la muerte de éste en 1555, con el breve pontificado de Marcelo II de por medio, Gian Pietro Carafa adquirió él mismo el puesto de vicario de Cristo. Finalmente podría perseguir a los blasfemos libremente y sin oposición. No gobernó con el colegio cardenalicio, sino con la Inquisición que él mismo había creado. Por un sentimentalismo que no resultó del todo claro, eligió en recuerdo de Alessandro Farnese, su compañero en los días de la *Archiconfraternita*, el nombre papal de

Pablo IV.

Miguel Ángel recibió la noticia en la obra, donde Ascanio le explicó lo que había ocurrido. Tras la muerte de Vittoria Colonna, el mercenario había entrado al servicio del artista. Eran los amigos de Miguel Ángel los que le pagaban el salario, pues sabían lo amenazada que se encontraba la vida del ahora arquitecto. Casi sin aliento, el viejo espadachín le informó de que el cardenal Giovanni Morone se encontraba preso de la Inquisición romana, que lo había arrojado a la más profunda de las celdas del castillo de Sant'Angelo, con el nombre de

Marruecos. Miguel Ángel se estremeció de la cabeza a los pies. Se dejó acompañar a casa y se metió en la cama, aquejado de una súbita fiebre. Cuando no dormía presa del agotamiento, rezaba. Ya nadie estaba seguro.

Poco tiempo después, cuando Miguel Ángel había logrado ya recuperarse, Pablo IV le recortó el suelo de una manera escandalosa para advertirle de lo que se proponía hacer con él. Sin embargo, no llegó a mayores. A pesar de todo el desprecio que Carafa sentía por Miguel Ángel, los últimos recodos de razón que le quedaban debían haberle hecho comprender que él era el único capaz de concluir San

Pedro. Aquella escandalosa obra eternamente incompleta debía concluirse tan rápido como fuera posible, pues permanecía como permanente fuente de desazón.

Mientras Miguel Ángel se consagraba a la tarea de encontrar un nuevo constructor en el que pudiera confiar, las obras en la cubierta del ábside se realizaron de una manera tan desastrosa, a causa del sabotaje y las intrigas, que fue necesario derribarla y comenzar de nuevo. Para el arquitecto, suponía una catástrofe: todo un año de trabajo perdido. A su edad, pues ya contaba con ochenta y dos años, un solo año perdido era como una década

entera. Era insoportable, sin embargo Miguel Ángel no podía abandonar ese trabajo. La construcción de San Pedro se le había designado como una misión divina y levantar la cúpula del cielo se le antojaba una obra de amor. Cuando Pablo IV le informó de que ya no era capaz de soportar la visión de los numerosos desnudos y de los genitales de los santos que poblaban la capilla Sixtina, el artista aceptó la humillación y le pidió a su amigo y ayudante Daniele da Volterra que pintara encima de las zonas conflictivas dibujando telas que las cubrieran. Daniele acató el ruego de Miguel Ángel con gran pesar y no tardaría en recibir el vergonzoso epíteto

popular de *il Braghettone*. Pero, ¿qué le había dicho Miguel Ángel? «Daniele, hijo mío, es mejor que lo hagamos nosotros mismos a que termine haciendo alguna catástrofe algún chapucero que odie nuestro arte».

Cada mañana que Dios le otorgaba, brillara el sol, lloviera o nevara, Francesco sacaba al viejo asno del establo. Miguel Ángel lo montaba y cabalgaba a paso lento, atravesando el *ponte Sisto* y la larga vía del Trastevere hasta el Borgo, con el flanco de su obra siempre en la mirada. La lentitud con la que el pollino avanzaba y el cansancio que lo asolaba a él mismo hacía necesaria una hora entera desde *Macello*

dei Corvi hasta San Pedro. Sin embargo, su constancia daba sus frutos. Logró concluir la nave sur, la nave norte progresaba adecuadamente y los cimientos de la nave oeste crecían día a día. El anillo tachonado de zócalos que debía sostener el tambor se completó y, finalmente, podían dar comienzo las obras del tambor que contendrían la cúpula, grande y arqueada.

Algunos días, Miguel Ángel regresaba a casa a primera hora de la tarde. Entonces trabajaba hasta bien entrada la noche en una nueva obra en la que se representaba a sí mismo como Nicodemo sosteniendo a un Cristo muerto o realizaba algún boceto. Con

frecuencia releía la *Divina comedia* de Dante o la Biblia y dormía un sueño breve pero lleno de imágenes. Con frecuencia presenciaba cómo la cúpula se le aparecía como en una visión, se arqueaba y establecía el *óculo* que cerraba la bóveda cóncava. Entonces, una joven Contessina le leía las palabras que Dante escribiera en su *Paraíso*:

*«Así mi memoria recuerda
que eso hice, mirando en los ojos,
de los que Cupido me lanzó la
cuerda.*

*Y así que me volví y heridos fueron
mis ojos por lo que lucía en el*

círculo,

si se le mira con suma atención

vi allí un punto que luz emanaba,

tan intensa, que el ojo que la

atrapaba

debía cerrarse por su gran fuerza.

Y alguna estrella que pequeña

pareciera,

sería una luna, así comparada,

al unir astro con astro en el cielo.

Al igual que la aureola que rodea

la estrella y colorea su contorno,

más cuanto más denso fuera,

*así alrededor una corona de fuego
giraba en torno al punto tan
vertiginosa*

*que superaba al más veloz que
rodea al mundo*

y este círculo a otro rodea,

*y éste del tercero, y un cuarto y un
quinto,*

y tras este quinto llegaba un sexto».

*... «Como el arco al madurar. Su
armazón», pensó él...*

*«Encima sigue el séptimo tan ancho
que el mensajero de Juno no podría*

contenerlo aun estando completo.

Así el octavo y el noveno; y cada uno

*de giro más dudoso y lento
cuanto más se alejaba del primero:*

*y aquel tenía la llama más clara
el más cercano al punto de luz
pura,*

*pues creo ofrecía una verdad más
grande.*

*Mi señora me veía en plena duda
sumido y dijo: “De aquel punto
depende el cielo y toda la*

creación”».

Con frecuencia se despertaba Miguel Ángel con las palabras que Contessina le decía al final de su sueño: «De aquel punto depende el cielo y toda la creación».

ROMA, *ANNO DOMINI* 1559

En aquellos días, el papa Pablo IV comenzó a establecer su legado en la lucha por la fe. Se ocupó personalmente de la educación de su ahijada Isabella, la hija de Bartolomeo da Sangallo y Esmeralda di Maffeo, quien recibió su formación en el convento de San

Silvestro in Capite. Él mismo la instruyó en su concepto de la auténtica fe. En los últimos días de su vida atrajo hasta la Inquisición a Giulio Antonio Santori, un joven sacerdote que había tenido que ocultarse de los luteranos en Nápoles y los odiaba por ese motivo. Se reconoció a sí mismo en aquel fanático joven y aún tuvo tiempo de presentarle a su ahijada Isabella.

La muerte del papa el 18 de agosto de 1559 le salvó la vida al cardenal Giovanni Morone y llevó al poder a un Medici veneciano que tomó el nombre de Pío IV y devolvió a Miguel Ángel el habitual afecto que el artista estaba ya acostumbrado a recibir de la figura

papal. El florentino concentró todas sus energías en una única meta: completar la cúpula del cielo. Aunque fueran otros quienes concluyeran la obra arquitectónica general, pues su avanzada edad se lo impediría a él, quería al menos dejar para la posteridad la cúpula como su último gran trabajo. Para Contessina, para Vittoria, para Dios y para él mismo, para la paz de su alma.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1564,
FEBRERO

Miguel Ángel no había logrado recuperar el conocimiento. Después de que uno de los sicarios del inquisidor Giulio Antonio Santori lo apuñalara en la basílica de San Pedro, la vida se le escapaba como un torrente. Giorgio Vasari y Daniele da Volterra limpiaron le limpiaron las heridas y enviaron al

viejo Francesco en busca del médico Isaac di Bonet de Lattes. Aunque era judío, consideraron que el hijo del célebre Bonet de Lattes poseía unos conocimientos del cuerpo humano que no tenían parangón con ningún otro hijo de Dios.

Después de que Isaac hubiera examinado a Miguel Ángel, envió a Francesco a que le llevara a su hija una lista de hierbas, ungüentos y tinturas. Después, salió con los dos hombres al pasillo y cerró la puerta tras él. Se atusó la larga barba gris con la mano derecha y las arrugas de su frente se hicieron más profundas mientras reflejaba en sus ojos una profunda consternación.

—No puedo ofrecer grandes esperanzas. Ha perdido demasiada sangre. Además, creo que los daños internos son considerables. Si fuera judío, ya estaría rezando el *kadish* por él.

Isaac había dejado de atusarse la barba y miraba al suelo. Vasari comprendió la frustración que sentía por lo limitado de sus artes.

—¿Dónde estáis? ¡Venid! ¡Venid! — exclamó Miguel Ángel con voz tenue a la que aún se esforzaba por dotar de un tono enérgico.

Los dos hombres entraron en la estancia.

—No me miréis con esa cara. Sé que

se acerca el final. Daniele, querido amigo, busca al cardenal y tú, Giorgino, siéntate a mi lado.

Ambos sabían que se refería al cardenal Giovanni Morone, el héroe del concilio de Trento y un buen amigo de Miguel Ángel. Siete años atrás esa misma amistad había puesto en peligro al artista cuando el papa Pablo IV había encarcelado a Giovanni Morone pretendiendo su muerte. Solo el fallecimiento del papa había logrado salvarle la vida a Morone. Daniele abandonó a toda prisa la habitación mientras Vasari tomaba asiento junto a la cama del Divino. Miguel Ángel le cogió la mano.

—Los idiotas son una plaga, pero cuando además creen en Dios, se convierten en una auténtica peste. Al final han logrado evitar que complete la basílica en toda su gloria. Escucha, amigo mío: cuando la Cúpula del Cielo esté terminada, entonces ya solo restará lo complementario. ¡Júrame que llevarás las obras a su término! ¡Júralo! Si no, no podré descansar en paz.

—¡Pero con todo lo que habéis creado! Más de lo que nadie ha conseguido aparte de vos y más de lo que nadie logrará nunca. ¿Por qué os atormentáis así?

—Porque la cúpula del cielo es mi penitencia. Es lo que Dios me pide para

expiar los pecados antes del juicio final. Giorgino, toda mi salvación se encuentra en tus manos. ¡Solo tú puedes salvarme de la condenación eterna! Se lo juré a Dios... Y ahora solo podré mantener mi juramento si tú lo haces en mi lugar —el dolor prácticamente le robó la voz e hizo que le saltaran las lágrimas—. Mis pecados. Ay, mis pecados...

—Pero, ¿cómo podríais haber pecado vos, maestro?

—¿Qué sabrás tú, Giorgino? El de arriba lo sabe y yo lo sé. *Messèr* Dante escribió lo que los pobres pecadores deben sufrir cuando el Viejo Enemigo los maltrata en los círculos del infierno.

Miguel Ángel cerró los ojos un

instante. Entonces, quiso incorporarse de nuevo, pero ya estaba demasiado débil para eso. Durante un momento luchó contra el empuje de la muerte antes de rendirse y dejarse caer de nuevo en la cama.

—Cumple mi juramento, Giorgino. ¡Hazlo por la salvación de mi alma!

Las palabras prácticamente susurradas evocaron a Vasari la mirada desencajada por un horror indecible de las pobres almas a las que el Cristo Juez condenaba al tormento eterno. Vio ante él el fresco del juicio final que el Divino había pintado en el muro del altar de la capilla Sixtina. Recordó cómo sus personajes esperaban e

incluso algunos luchaban por alcanzar la salvación, pero los demonios se lo impedían aferrándose a sus piernas, trepándoles por las rodillas, mordiéndoles las pantorrillas. Por si eso no fuera suficiente: el diablo los arrastraba a las profundidades, pero además los ángeles del cielo se precipitaban sobre ellos y les golpeaban en la cabeza para evitar su ascenso hasta la gloria. Era una lucha salvaje y vana por la salvación. El veredicto divino era claro: ¡condenados! Cristo había decretado su penitencia eterna.

La expresión aterrorizada del artista moribundo recordó a Vasari la de san Bartolomé, que sostenía su propia piel

desollada en las manos. En el rostro del pellejo, Miguel Ángel había representado los rasgos de un hombre doliente: los suyos propios. Eso sería todo lo que quedara de él para la posteridad: su miedo. Por primera vez, Vasari entendió las dimensiones del miedo que había atormentado y asediado al Divino y que había plasmado en la pintura del altar. Estaba aterrorizado porque debía darle la razón a Santori: ¡Era herejía! En la capilla Sixtina, en la que se elegía al papa y el santo padre aceptaba su cargo, Miguel Ángel había creado un fresco que hablaba de la condenación de los seres humanos, de sus miedos y sufrimientos y de la

crueldad de los ángeles y la frialdad de los santos. Era imposible encontrar la caridad en sus rasgos ególatras. Señalaban, como vulgares tenderos, sus propios méritos y se olvidaban de los restantes mortales. No les preocupaba más que demostrar su propia santidad. Incluso cualquiera de ellos podía ser el siguiente en recibir el castigo del Cristo Juez. Vasari intentó comprender el mensaje de la pintura. Regresó a su memoria la imagen de un joven del fresco al que las trompetas del juicio final le sonaban prácticamente en el oído y al que dos diablos agarraban por las rodillas y los pies para arrastrarlo al abismo mientras un tercer demonio de

piel verde y rostro amarillo mordía en el muslo. El pobre tipo se encogía de horror, agarrándose el hombro izquierdo con la mano derecha. Había plegado el antebrazo izquierdo y sostenía la mano sobre el ojo izquierdo, como para protegerlo de lo que sucedería a continuación. Con el ojo derecho contemplaba lo inconcebible, incapaz de evitarlo.

Aquel joven contemplaba lo que le aguardaba, estaba aterido de miedo, como el propio Miguel Ángel que yacía en su lecho de muerte. Vasari sabía quién era aquel joven. Francesco le había contado lo que había ocurrido aquella vez, el incidente en la cantera en

Carrara. Exactamente así había permanecido aquel joven, petrificado y arrepentido, sobre un saliente de roca antes de que el otro muchacho, de su misma edad y hasta hacía bien poco su mejor amigo, lo hubiera matado como venganza por deshonorar a su hermana.

«¿No pueden, pues, los seres humanos vivir sin culpa?», pensó Vasari. Era un círculo vicioso de crimen y castigo que se había iniciado con el primer pecado, el pecado original. Solo la gracia de Dios, según afirmaban los herejes y según afirmaba también Miguel Ángel, podían salvar a los hombres de aquella sucesión eterna de crímenes. No había ninguna obra ni

mérito que lo consiguiera, solo la gracia. Qué otra cosa podía hacer Vasari salvo contestar a su maestro:

—Haré lo que esté en mi mano.

—¡Más, haz más! Si en algo me aprecias, Giorgino... —le rogó Miguel Ángel sin soltar la mano de Vasari.

En mitad de la frase enmudeció, su apretón se volvió más fuerte y los ojos se dirigieron a algún punto tras Vasari. Éste se volvió y descubrió un pajarillo en el quicio de la ventana. La vida se le escapaba por momentos a Miguel Ángel. Cuando comenzó a mover los labios, Vasari se inclinó sobre él y aproximó el oído a la boca de su maestro.

—Dame papel, Giorgino, date prisa.

Y un lápiz —susurró Miguel Ángel—. Quiero dibujar la inocencia. En ningún ser humano, ni siquiera en la virgen María o en nuestro Señor... —suspiró hondo y después continuó con voz suave y entrecortada—. Ni siquiera en Dios he logrado encontrar la expresión de la inocencia, aunque lo he intentado a menudo. Podría haberlo conseguido en Colonnata... La hija de Fritz il Rosso... Pero ella no quiso. Ella era la inocencia, una inocencia manchada, tal vez, pero pura... Date prisa, aún puedo... Por primera vez en mi vida...

Sin embargo, el pájaro se marchó en un repentino aleteo.

—Termina la iglesia... Con la

cúpula del cielo y entonces mi alma encontrará la paz...

Miguel Ángel apartó la mano de la de Vasari. La cerró en un puño y su rostro se torció de nuevo en una tensión dolorosa. Las lágrimas resbalaban por su arrugado rostro que, en su miedo, resultaba casi infantil. Parecía un muchacho que tenía pavor al tétrico infierno, o a un oscuro sótano, o a un perro grande.

—¡Perdóname! *Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa.* ¡Perdona a tu pobre siervo! —gritó con sus últimas fuerzas.

Entonces, murió. El maestro murió. Era el 18 de febrero de 1564.

Vasari ignoraba cuánto tiempo permaneció como embriagado junto a la cama del Divino. Para él, el gran alma de Miguel Ángel se había encontrado con Dios y no había dejado tras de sí más que oscuridad. Vasari quería creer que Dante mismo lo habría recibido a las puertas del cielo y lo habría saludado, amistoso, diciendo: «Ven, Miguel Ángel, ven, mi querido amigo, el Señor te aguarda. ¡Ya era hora!». Si su maestro no lograba la gracia divina, entonces nadie lo conseguiría, todos estaban condenados.

Oyó a su espalda el chasquido de cristales rotos. Al volverse, descubrió a

Francesco que contemplaba a su señor con mirada impotente. Había pasado toda su vida a su lado, desde que hacía cincuenta años le había pedido entrar a su servicio siendo solo un muchacho. El criado había dejado caer el cesto de remedios medicinales y las redomas y botellas yacían entre quebradas e indemnes a sus pies. Los reconstituyentes que debían haber devuelto las fuerzas al Divino se filtraban por el suelo sucio.

—Demasiado tarde, Francesco — dijo Vasari—. Pero debes consolarte pensando que ya era demasiado tarde incluso cuando saliste de aquí.

Vasari y Francesco se encontraban

de rodillas junto al lecho del artista cuando Daniele da Volterra regresó acompañado del cardenal Giovanni Morone.

—Dejadme a solas con él. Haré que reciba la extremaunción, aunque él no la necesita, pues está en la gloria —afirmó el cardenal.

Los hombres dejaron la habitación mientras el príncipe de la Iglesia comenzaba a rezar.

Giorgio Vasari, Daniele y Francesco se dirigieron a la cocina. Allí se arrodillaron y rezaron por su señor y maestro. Rezaron y cantaron salmos hasta caer agotados. Tras unos instantes, se les unió el cardenal y, poco después,

también el médico. Juntos vaciaron un vaso de vino y callaron.

—Ha muerto en casa. Tenía edad para ello —exclamó Daniele de pronto.

—¿Propones que su asesinato quede impune? —preguntó Vasari, horrorizado.

—Si llega a saberse que la Inquisición lo ha ejecutado, estamos muertos. Nos acusarán a nosotros del crimen.

—Pero Daniele, ¡tanto tú como yo vimos a Santori y sus *bravi*!

—¿Seguirías manteniendo ese argumento bajo tortura?

—*Messèr* Giorgio, tiene razón —añadió Morone, quien había podido vivir en sus propias carnes la

efectividad de las artes de la Inquisición —. No podemos hacer nada contra Santori. Esperaremos un día, después enviaremos a Isaac —miró al médico—. Vos confirmaréis el fallecimiento y declararéis que Miguel Ángel Buonarroti murió por su avanzada edad. Daniele hará venir a sus restantes amigos a Roma, yo vendré a ungirle con la extremaunción y los demás haréis circular el rumor de que Miguel Ángel ha caído profundamente enfermo y no desea ver a nadie. Pero vos, Giorgio, debéis regresar a Florencia por vuestra propia seguridad y esperar allí noticias de la muerte del maestro. ¡Y no olvidéis que debéis completar su legado!

Se encontraba ya en el trayecto de retorno a Florencia cuando, en el camino principal que discurría tras Acquapendente, se topó con Ascanio. Ya desde la distancia reconoció Vasari al desdichado mensajero que Miguel Ángel había enviado en su busca. Aparentemente no había querido permanecer en su casa de Florencia más que una noche, decidido a regresar sin falta a Roma. No tardaron en encontrarse frente a frente y se miraron en silencio.

Una mirada en los ojos de Vasari bastó al viejo espadachín para comprender que su señor estaba muerto. Sin embargo, había visto ya morir a

tanta gente que había preferido dejar de llevar la cuenta. Se encogió de hombros, no por indiferencia, sino como una forma de aceptación del inalterable devenir del mundo.

—También para mí se acerca la hora —dijo el encanecido mercenario sin autocompasión, solo con objetividad y frialdad.

—¿Qué harás ahora? —se interesó Giorgio Vasari.

—Estoy harto de la vida. Ingresaría en un convento, pero difícilmente podría encontrar allí el filo de una daga que me enviara al otro mundo, pues no merezco un final diferente a ese. ¿Lo entendéis, *messèr* Giorgio? Casi todos mis amigos

han caído por la espada o por una bala,
¡siempre por el endemoniado metal!
¡Nunca han muerto en la cama!

Vasari entendía bien lo que sentía el
envejecido espadachín, quien no
obstante aún se mostraba vigoroso y
ágil.

—Entra a mi servicio —le sugirió
—. Cuando no estoy pintando o
construyendo, escribo un libro sobre los
pintores y escultores más relevantes,
pero para ello debo visitar sus obras, ya
se encuentren en Nápoles o en Milán.
Así pues, viajo con mucha frecuencia.
Necesito un compañero valeroso y
diestro para mis viajes. ¿Te apetece?
¿Te atreves?

Ascanio era incapaz de sentar la cabeza. No quería que la muerte acudiera a buscarlo al lecho cuando le llegara la hora y cayera indefenso y gimoteante. Al contrario, no debía ser la muerte la que lo buscara, sino él el que saliera a enfrentarse a la muerte, a plantarle cara con osadía y sin inmutarse. Solo podía considerarse verdaderamente libre aquel que eligiera incluso el momento de su muerte. Era algo que había aprendido con las numerosas defunciones que había tenido que presenciar a lo largo de su existencia.

—Estoy a vuestra disposición,
messèr.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1574

Dos arquitectos habían puesto el máximo empeño en completar la basílica de San Pedro. Ninguno fue capaz de comprender la idea del *óculo* que debía cerrar la cúpula. Sin embargo, en 1573 Gregorio XIII nombró al arquitecto Giorgio Vasari responsable de la obra. Finalmente podría completar el legado de Miguel Ángel.

La tarde trajo por sorpresa el olor de la nieve a Roma. El aire transportaba un aroma frío y húmedo. Para paliar su nerviosismo, había decidido darse un largo paseo por la ciudad. La sola idea

de sentirse a su edad como un chiquillo que experimenta el amor por primera vez dibujaba una sonrisa en sus labios flanqueados por una densa barba negra.

Las antorchas y lámparas de aceite dejaban escapar su luz furtiva por las ventanas y quicios de las puertas hacia las plazas y callejuelas que dormitaban vacías de gente. Sin embargo, las tabernas, burdeles y locales diversos de dudosa reputación estaban a reventar. Vasari pensó que sus oficiales se encontrarían también en semejantes antros. Al día siguiente trabajarían con un celo insuperable para poder pedirle un anticipo que compensara las deudas que habían contraído. ¡Así debía ser!

Aunque no era ningún moralista, agitó la cabeza negativamente. El carnaval ya había terminado, pero las ansias de diversión del *popolo* aún no estaban satisfechas. La Ciudad Eterna parecía, como de costumbre, un auténtico pandemónium en el que todo empezaba pero nada avanzaba, pues todas las esperanzas y acciones de los hombres dependían del Vaticano. Era como cantar una canción que saltara de tonos mayores a menores, volviera a los mayores y acabara, quizá, como un *scherzo* o un réquiem.

Finalmente, la nieve comenzó a caer en grandes y pesados copos sobre Roma, como un invitado infrecuente. A

lo largo de toda su vida había podido constatar, como florentino que era, que los romanos realmente creían que Dios en persona había elegido su ciudad como centro del mundo y, en consecuencia, del universo. Al igual que el sol giraba en torno a la tierra, así giraban los habitantes de Roma en torno al papa en San Pedro, cuyo armazón a medio terminar se alzaba sobre la tumba del apóstol san Pedro, extendiéndose hacia el firmamento pero sin llegar nunca a tocarlo. El cuerpo principal con los pilares del crucero que debían sostener la cúpula le recordaron, en su incompleta redondez, lamentablemente lo mismo que a los maledicentes

luteranos: a la torre de Babel. Por la ambición de construir la mayor iglesia de la cristiandad, se humillaba ante ella, como un anciano apaleado, la vieja basílica erigida por el emperador Constantino hacía doce siglos.

Giorgio Vasari, el arquitecto responsable de San Pedro, regresó refrescado pero no más tranquilo de su paseo por el Belvedere y se barrió la nieve del manto de piel.

—Ha nevado, *messèr* Giorgio, ¡mirad! Solo para vos. Como un milagro —dijo Ascanio mientras le ayudaba a quitarse el abrigo.

—Sería un honor demasiado grande. Solo soy un pobre hijo de Arezzo.

El arquitecto se sentó en un taburete de madera y dejó que su criado le quitara las pesadas botas de piel de cordero. Después, le ordenó que encendiera antorchas, velas y lámparas de aceite por toda la villa. Quería que su alojamiento reluciera como el sol en medio de la oscuridad del invierno.

Dirigió una mirada hacia la ventana. A la luz de la luna relucía la nieve como si en realidad se tratara de oro blanco que un joyero hubiera engarzado, en el colmo del derroche, de incontables pequeños diamantes, bellos y sublimes pero también fríos y sin vida. Los huesos de Vasari, no obstante, anhelaban el sol, el calor, la vida y el amor.

Excitado como un mozalbete ante la perspectiva de una primera cita, colocó sus utensilios de pintura mientras esperaba a su visita.

La villa que el papa Gregorio XIII le había designado como alojamiento se encontraba frente a la torre Borgia, dentro de los muros del Vaticano, y cerraba el llamado patio del Belvedere, en el que solían realizarse representaciones y torneos. Por eso solían denominar *teatro* a aquel gran patio rectangular.

Mientras se afanaba pensativo en su taller, e iba eligiendo los lápices de plomo y almagre, sus pensamientos se volvían una y otra vez a ella. Solo podía

utilizarse el mejor material para dibujar lo que terminaría por convertirse en esbozo de su retrato. Como artista experimentado sabía qué riesgo corría al pintarla. Si no lograba plasmar toda su belleza, la mujer amada despreciaría el cuadro y lo culparía a él frente a todo el mundo. Su reputación había crecido tanto que se habían convertido en sí mismo en una institución, por lo que los numerosos envidiosos solo esperaban una oportunidad para injurarlo. Se sentía de nuevo como un oficial que esperara para poder realizar su obra maestra. ¿Nunca acabaría esa inquietud?

Afiló la pieza de almagre con un cuchillo. Olía un poco a tierra húmeda.

Él adoraba aquel aroma. Qué dulce era sumergirse en el olor de las pinturas, pues le evocaban un mundo distinto, mejor, creado por él. Mientras analizaba la punta del lápiz frente a la luz, ella apareció como un espejismo. Él creyó de pronto oír el susurro de su voz y sentir su embriagador aroma.

¿De verdad solo había transcurrido una semana desde la primera vez que la había visto? Había tenido entonces la sensación de conocerla de toda la vida, aunque ella lograba sorprenderlo una y otra vez. Los últimos días habían transcurrido como en una exhalación y habían eliminado los temores que lo perseguían. Era como un milagro. Creyó

de hecho empezar una nueva vida. Aunque no se citaran se veían a diario, como si una fuerza secreta los empujara el uno contra el otro. Como si Cupido curvara para ellos sus caminos, como en una herradura. ¿Se encontraría el hijo de Venus al servicio del destino o de la fortuna, que hacía girar eternamente su rueda para que nada durara para siempre? Sin embargo, precisamente porque la rueda de la fortuna no se detenía nunca era necesario agarrar lo que había que agarrar, capturar lo que había que capturar, pues al instante siguiente se habría marchado irremediablemente y, lo que un minuto antes se te concedía, desaparecía para

entregarse a otro.

Así pues, ¡Vasari se había ganado por los pelos las simpatías de la diosa Fortuna! Cada vez que pensaba en ello no podía sino agitar la cabeza. No había sentido demasiados deseos de aceptar la invitación del cardenal Morone y acudir a su cena, pero al final había decidido hacerlo porque el príncipe de la Iglesia gozaba del aprecio y estimación de los artistas e intelectuales de la Ciudad Eterna. Era muy simple. Todo aquel invitado a aquella cena pertenecía a la flor y la nata de Roma. Si no hubiera aparecido por allí habría dado la oportunidad a todos los envidiosos de la ciudad de propiciar su caída en

desgracia. Con su retiro voluntario les habría otorgado alas que ellos habrían utilizado para hundir su buena estrella. En aquella ciudad, por desgracia, las malas lenguas se celebraban con pasión. No había lugar en el mundo en que los falsos rumores se volvieran realidad con mayor rapidez. No podía permitirse la mala fama. Su negocio dependía de una reputación intachable. Los que parlotearían con mayor pasión serían aquellos que habían tenido que acudir a argucias para hacerse con una invitación. Así pues, se vio obligado a aceptar la suya. Además, tampoco era cuestión de perder las simpatías de un hombre como Giovanni Morone por una

estupidez.

Como de costumbre, el príncipe de la Iglesia había adornado las dos salas centrales del *piano nobile* de su *palazzo* con tanta contención como alegría. En el primer salón se sirvió el *buffet*. Había sillas y sillones junto a pequeñas mesitas. Era fácil unirse a conversaciones confidenciales mientras se deleitaba con un muslo de faisán o un par de sardinas. La segunda sala acogía las actuaciones de cantantes, bailarines, actores y músicos, pero cuando uno de los ilustres invitados se decidía a recitar alguna poesía o a realizar algún discurso, se le ofrecía con gusto el escenario. El sofisticado público se lo

agradecía con su atención y unos gratos aplausos.

El corazón de la fiesta lo constituía, sin ninguna duda, el héroe del concilio de Trento y señor de la casa, Giovanni Morone. Mientras un joven poeta entonaba su madrigal, el arquitecto sintió de pronto junto a él la expresiva aura de una mujer. Su aroma a rosas, canela y almendras tostadas, engastado como un diamante en una base de almizcle se introdujo en su pituitaria y lo provocó de inmediato. «Es de una delicadeza animal», pensó él. Apenas se atrevía a volverse para mirarla. Ella respondió su gesto arqueando irónicamente una ceja.

—Hábil, pero de escasa calidad — dijo ella, señalando con la cabeza al cantante.

—Domina las formas de manera notable —defendió Vasari al joven.

—¿Y de qué le sirve eso si no tiene nada que contarnos? Si eliminara las palabras, al menos podríamos deleitarnos con la música. ¡Así solo logramos enojarnos a causa del puñado de banalidades que está pronunciando!

Él observó a la desconocida con atención. La luz de sus ojos marrón oscuro eran de una profundidad en la que cualquier hombre podría perderse. Los pómulos elevados, la nariz fina y la boca delicada bajo unas cejas onduladas

le aportaban un aire aristocrático. La elevada frente otorgaba a su aspecto nobiliario una nota de inteligencia inquietante. Se había peinado el cabello bermejo con una estricta raya al medio y probablemente se lo recogía en la nuca en un moño, sin embargo su peinado quedaba oculto bajo un velo de seda brillante de color perla que se había colocado hacia atrás y le caía por los hombros.

—Creo que no nos han presentado —dijo Vasari y carraspeó—. *Cavaliere* Giorgio Vasari.

—¿*Cavaliere*? Hay tantos de esos. ¿Puedo llamaros Giorgio?

Su sonrisa compensó con mucho la

bofetada que le había propinado a su orgullo.

—Podéis, *madonna*...

Un matiz rojizo coloreó su encantadora tez.

—Oh, no soy ninguna *madonna*. Marquesa Isabella di Vignola. Pero podéis llamarme tranquilamente Isabella, pues también hay demasiadas marquesas, *messèr* Giorgio.

—Es un honor, Isabella —dijo Vasari con una reverencia.

—Que sea mejor una alegría. La alegría es más humana que el honor.

Se había enamorado locamente de ella aunque ya no era ningún chiquillo de sangre caliente y ella parecía

corresponder a sus sentimientos. Vasari apenas podía contener su felicidad, pues a su edad, los comunes no encontraban más que prostitutas y los más pudientes, cortesanas, pero éstas solo decían lo que uno quería oír, solo hacían lo que uno quería que hicieran y gemían más agudo o más grave, más rápido o más despacio, con pequeños grititos o con resoplidos profundos, pero siempre al gusto del consumidor. Era imposible encontrar una mujer joven capaz de amarlo por quien era realmente, pues el propio aliento olía ya tanto a muerte y putrefacción que incluso le resultaba desagradable a sí mismo. Sin embargo él, Giorgio Vasari, había sido bendecido

con la aparición de una auténtica dama que, aunque treinta años más joven que él, no necesitaba ni su dinero ni su protección, sino que lo deseaba por ser él, el pintor bajito.

La tarde antes, mientras paseaban, ella le había preguntado súbitamente si la retrataría. Su espanto y su alegría se habían dado de la mano. Había realizado grandes frescos, pinturas gigantescas que decoraban palacios y altares, había construido edificios, organizado festivales y traslados, pero los retratos no se encontraban entre sus especialidades.

Como con cada nueva pintura, quería en primer lugar realizar un bosquejo

antes de plasmar con óleos la imagen sobre una tabla de madera de haya. Para el boceto había dudado largo rato entre el papel y el cartón, pero finalmente se había decidido por lo segundo. Aunque en realidad se encontraba entre los cometidos de sus oficiales bosquejar en los cartones e imprimirlos, en esa ocasión se había propuesto a sí mismo encolar el cartón y esparcir sobre éste la harina de huesos, rematarlo con saliva y después pulirlo con una pata de conejo hasta que la superficie quedara brillante y los trazos pudieran realizarse y conservarse con facilidad. Cuando acariciaba con las puntas de los dedos el cartón preparado bajo la luz de las

velas amarilla, blanca y roja, que bailaban sobre el fondo blanco, creía estar tocando su piel.

Había hecho encender candelabros por toda su casa, de plata y de oro, nuevos y viejos, tantos como pudiera encontrar. Después, había enviado a Ascanio a comprar una pequeña fortuna en velas. Debía haber tanta luz como de día si es que *messèr* Giorgio iba a pintar a la dama de su corazón. La sesión de retrato se convertiría en una íntima cita entre Amor y Psique y él se congratuló por ello. Compararse a sí mismo con el joven Cupido no carecía de cierto carácter cómico del que Vasari era consciente. Su capacidad para reírse de

sí mismo mejoraba el gran concepto que tenía de su persona. Sin embargo, si el amor podía vencer cualquier cosa, eso incluiría también a la edad. *Amor vincit*: todo lo podía el dios del amor. Además, si las divinidades envejecían, ¿por qué no él también?

El dibujo, o *disegno*, que el pintor siempre realizaba en primer lugar constituía, en su opinión, el auténtico trabajo del artista, pues el coloreado, al final, no era más que la consecución de un arte dominado. En los bosquejos era donde surgía el alma de la pintura. Al menos eso le habían mostrado los pasos recorridos por todo el mundo a lo largo de los años. Se había reído

descaradamente de los venecianos, a los que se consideraba los maestros del retrato, y muy especialmente de Sebastiano y Giorgione porque probaban como niños los colores en lugar de plasmar sus ideas en los dibujos. ¿Y ahora?

No le quedaba más remedio que obrar de forma tan poco diestra como ellos. Ninguna idea podía resistir su crítica. Era una experiencia nueva, inédita en los cincuenta años que llevaba pintando. Si pensaba en Isabella, perdía su seguridad. Ninguna ocurrencia le parecía lo suficientemente buena para el dibujo. ¿Debía retratarla en una habitación cerrada o junto a una

ventana abierta? ¿Ante un paisaje imaginario de montaña o en un *giardino segreto*? ¿O quizá con un animal en brazos, como un perrillo? Rechazaba todas aquellas ideas. Nada debía desviarlo de su propósito. ¿Cómo plasmar la belleza pura? No a través de la armonía, eso era evidente. Solo podía lograrse comprendiendo lo oculto del ser humano, que se escapaba de nuevo una y otra vez, pues la vida solo podía existir por medio de aquel movimiento que ya se negaba a ser tranquilo.

¿Cómo demonios podría capturar su encanto? Ella se había confiado a él, pero al mismo tiempo seguía siendo una extraña. ¿Cómo podía él siquiera a

atreverse a la sola idea de pintarla si ni siquiera sabía quién era ella realmente? La amaba, pero amaba un secreto. ¿Cómo se pintaba un secreto? Había retratado personas venerando los misterios, pero nunca lo oculto en sí mismo. Las finas pinceladas le parecieron demasiado burdas.

Vasari disponía la tinta sepia, que en realidad no pensaba utilizar, precisamente junto al cartón colocado sobre la mesa cuando Ascanio anunció a Isabella di Vignola. Poco después entró ella seria y solemne al estudio de trabajo, como si hubiera decidido dar un gran paso, hacer un gran sacrificio. Como entonces, le dedicó a modo de

saludo un enarcamiento de la ceja izquierda. Después, le miró directamente a los ojos, como si quisiera pedirle en silencio que no traicionara su confianza.

Llevaba la misma ropa que hacía una semana en casa del obispo de Ostia: un pesado manto forrado de piel de armiño, un vestido negro cuyo escote quedaba cubierto por un velo del color del paño que le adornaba la cabeza y que atraía aun más las miradas sobre él. El fino talle rodeado por un cordel dorado.

—Me siento feliz de que hayáis decidido sacrificar vuestro precioso tiempo conmigo, vuestro más humilde servidor —dijo Vasari y realizó una

galante reverencia.

Isabella posó su sombrero de ala ancha decorado con plumas de faisán sobre una silla de madera. Un mechón de pelo se le soltó y cayó sobre las sienes.

—Aseguraos de que no nos molesten, *messèr* Giorgio —le pidió ella.

La mirada de Vasari delató su perplejidad.

—Aún queréis pintarme, ¿verdad?

—Sí, sí, desde luego —aseguró él rápidamente.

Después se apresuró hacia la puerta y llamó a Ascanio. Le indicó que no deseaba que lo perturbaran bajo ninguna

circunstancia. Después cerró la puerta, se volvió y se quedó rígido, como petrificado.

ROMA, *ANNO DOMINI* 1547,
FEBRERO

Se ofreció a su vista el desnudo espectáculo de sus hombros, su espalda, sus nalgas redondeadas, sus largas piernas. Durante un instante Vasari se extasió en la contemplación de sus curvas. Con qué placer se habría hincado de rodillas para besarlas con devoción. A sus pies yacía el vestido y

la ropa interior y, junto a ellos, el manto. Allí, ella, en pie en medio de aquellos tejidos lujosos, le recordó a la Venus de Botticelli, que se alzaba desnuda y al mismo tiempo casta sobre una concha. La piel blanca inmaculada de Isabella excitó a Vasari. Las prostitutas que él conocía ofrecían su piel al sol sin ningún miramiento. Además de a los hombres, por supuesto. Eran como cuero pardo y vasto. ¡Qué primitivo!

Isabella, vista desde atrás, casi parecía un muchacho imberbe, si no fuera por la redondez de sus glúteos y el talle un tanto blando. Su tez aristocrática, de una palidez sin mácula le hacía perder la razón. Sintió vértigo.

«Es como porcelana viviente», se dijo, sin aliento. No era ningún ingenuo, sabía que las damas de alta alcurnia tenían recetas para blanquear la piel, pero Isabella no parecía necesitar esos torpes remedios. Recuperar completamente el control sobre sí mismo le supuso un proceso largo y lento.

—Comenzad, *messèr* Giorgio. Soy muy friolera —ordenó ella.

Vasari había pintado a menudo con modelos, incluidos modelos desnudos, ya fueran hombres, mujeres o niños. Incluso había realizado bosquejos de cadáveres para estudiar las funciones de los músculos. Sin el estudio de la anatomía no podía haber pintura. Había

sido Leonardo quien había introducido aquella idea, y desde entonces la practicaba todo aquel que tuviera un elevado concepto de su talento artístico.

Aunque no era una práctica ajena a él, le temblaban las manos. Miró a Isabella de forma esquiva, procurando no dedicarle demasiada intensidad. Después volvió los ojos al cartón y siguió sobre éste las formas con la mano, como si le acariciara la piel, para acto seguido tomar el grafito. Solo entonces permitió a sus ojos observarla de frente.

Nunca había visto unos pechos más bellos, ligeramente más grandes que sus manos, mostrándose fuertes,

inalterables, inalcanzables, a diferencia de los de las prostitutas. El delta de Venus le hizo sudar por todos sus poros.

—¡Qué hermosa sois! —exclamó.

—Os he pedido un cuadro, *messèr* Giorgio, no un madrigal —respondió ella con tal frialdad que fue él quien de pronto se sintió desnudo ante ella—. Pintadme como soy, pintadme como un triunfo sobre el tiempo que todo lo marchita.

Así pues, era eso lo que ella se proponía: vencer a la eternidad. Algo que, aparte de Dios, solo podían proporcionar los artistas y poetas. Por eso los financiaban los grandes señores del mundo y luchaban por ganarse las

simpatías de los mejores entre ellos, pues solo los poetas y los pintores podían ofrecer la eternidad, solo ellos lograrían transmitir su gloria a las generaciones venideras. El mejor de los hombres moriría y permanecería muerto, pero una pintura o un poema, una crónica o una alegoría hablarían de sus actos en vida.

Vasari cumplió el deseo de Isabella con pasión. Su belleza debía fascinar a todos los seres humanos hasta el fin de los días. La dimensión del encargo lo espoleó. Debía ser más hermosa que la *Gioconda* de Leonardo y más sensual que la *Fonarina* de Rafael, pero al mismo tiempo más cándida que la *Venus*

de Botticelli.

¿Sería una burla o un presente del destino que su mayor obra no se encontrara en los frescos de la sala Regia o en el salón de los Quinientos del *palazzo della* Signoria de Florencia, sino quizás en un cuadro de unos dos por tres codos, un retrato de una mujer hermosa que quería verse en pintura tal y como se veía en vida?

Sus ojos acariciaron su cuerpo, palparon cada curva y cada pliegue de la piel. Con cada mirada, con cada línea que tomaba de su cuerpo, también tomaba posesión. Nunca había amado a una mujer como amaba ahora a Isabella, mientras la pintaba. Se ahogó en un

frenesí, agitaba el lápiz cada vez con más rapidez y el sonido que despertaba al raspar el papel se le antojaban gemidos al oído, emitidos por la joven del cartón blanco. La cabeza alargada, los hombros, el pecho bien formado, la figura casi de doncel fueron tomando forma, parte a parte, como si la piel blanca del cartón fuera volviéndose real. Por primera vez en su vida entendió Vasari que el pintor no era creador de arte, solo el medio por el cual la creación se realizaba. Sí, Isabella tenía razón: secundó su lucha contra el tiempo con cada instante en que daba forma a la eternidad con sus manos habilidosas.

Estrépito, griterío, un cerrojo abriéndose, madera astillándose, chillidos: toda una oleada de ruidos se aproximó, incontrolable como en un maremoto y se arrojó con violencia sobre el éxtasis del creador. No tardó en caer la puerta bajo su fuerza y cuatro hombres armados se precipitaron al interior de la estancia con las dagas en ristre. Isabella se echó rápidamente la ropa por encima. Dos de los hombres la agarraron sin delicadeza alguna. Ella no se resistió: se dejó llevar por aquellos cabestros maleducados con dignidad y menosprecio. ¿Pretenderían quizá que mordiera y arañara como una prostituta callejera? Vasari no entendía qué estaba

ocurriendo y se creía paralizado. Cuando los dos hombres la arrastraron por el estudio entre risas mordaces, los ojos de Isabella se encontraron con los de Vasari. Su mirada se le clavó como un puñal. «Es el fin, amigo mío», parecían querer decir sus ojos. Todo en ella era un secreto, igual que la forma en la que había entrado en su vida y de la manera en que se la robaban. Vasari quiso seguirlos, liberarla, pero se lo impidieron las puntas de dos puñales que apuntaron a su pecho.

—¡Apartaos de mi camino! —gritó a los dos intrusos que lo observaron, inmutables.

Agitó amenazador el lápiz que aún

tenía en la mano y se dio cuenta en ese mismo momento de lo ridícula y lamentable de su imagen.

—¡Haz las paces con Dios! —le aconsejó uno de ellos, casi aburrido.

—No os atreveréis. ¡La venganza del papa os dará seguro alcance! Os descuartizarán en vida y frente al público en medio de *campo dei Fiori* — exclamó Vasari mientras se le quebraba la voz.

—¿El papa? —gruñó burlón el otro —. ¡No me hagas reír! ¿El papa?

El sicario apenas podía contener la risa, como si Vasari hubiera dicho el mejor chiste que hubiera oído en su vida. De pronto, el arquitecto sintió un

miedo que lo inundó e incineró cualquier pensamiento. Unió las manos en un ruego.

—Perdonadme la vida, ¡os daré todo lo que queráis!

—¿Y qué podrías darnos? —se negó el otro.

—Ya es hora de hacer sitio a sangre nueva —replicó el primero.

El pintor iba ya a consagrar su alma al Todopoderoso cuando Ascanio, al que evidentemente habían dejado inconsciente de un golpe, apareció con el rostro ensangrentado y una espada en la mano, tambaleándose.

—¡Traición! Huid, *messèr* Giorgio, ¡huid!

Entonces, se precipitó el viejo luchador con un grito desesperado sobre los dos hombres y no tardó en caer bajo sus aceros. «Años atrás, cuando aún era joven y no había quien lo igualara con una espada, aquellos dos *bravi* no le habrían acertado con tanta facilidad, los habría enviado de inmediato al infierno», pensó Vasari. Pero no tenía tiempo de lamentarse por Ascanio. Atormentado por un miedo mortal, salió a toda prisa de la habitación. Abrió una puerta forrada de tapete y bajó por las escaleras. Creía sentir en la nuca el aliento de sus perseguidores. Nunca le habían gustado ese tipo de aventuras y, además, ya se había vuelto demasiado

mayor para ellas. A los pies de la escalera logró alcanzar un pequeño vestíbulo que abandonó de inmediato por otra puerta. Decidió correr a través del patio hacia los aposentos del papa, pero precisamente por allí aparecieron dos hombres armados que no parecían de confianza. Otros dos más surgieron a derecha e izquierda del patio por sendos pasillos.

¿Qué significaba todo aquello? No era capaz de encontrar a ningún miembro de la guardia suiza por todo el recinto, a pesar de que solían patrullar por la zona. Vasari entendió que su asesinato estaba bien planeado. No necesitaba pensar en cómo podía

alcanzar los Palacios Vaticanos con vida. Aquellos asesinos a sueldo se limitarían a apuñalarlo en el Belvedere, en el mismo sitio en que se realizaban torneos y representaciones para el disfrute y diversión de la corte papal.

Los sicarios surgían a paso lento de la puerta de la villa. Ya no tenían prisa. ¿Por qué iban a tenerla? Sus compañeros le cerraban el paso desde el patio y los pasillos y no le dejaban escapatoria posible. Podían tomarse su tiempo: su víctima había caído en la trampa.

Los copos de nieve caían sobre el suelo como plumón y cubrían el suelo de una pelusa blanca. El frío se le filtraba a

Vasari hasta el tuétano y no porque se hubiera olvidado la capa de lino amarillo en el estudio. El frío no le mordía, se le colaba en los huesos y producía una sensación gélida que nacía de su interior. Todo podía haber sido tan pacífico y tranquilo. Vasari se sintió profundamente deprimido al pensar en que su vida iba a acabar de una manera tan lamentable. Sintió compasión por sí mismo y percibió cómo las fuerzas le vencían, derrotadas ante lo inevitable. Si se encontraba frente a la muerte, entonces quería que fuera rápido y sin sufrimiento. Una punzada de dolor le recorrió al pensar que nunca llegaría completar el cuadro más importante de

su vida. ¡Qué injusto era el mundo!

Quiso sostener la nieve en las manos una última vez. Se inclinó. Era una buena y seca nieve de polvo, no aquella tan húmeda y dura que solía darse en aquel lado de los Alpes cuando nevaba alguna vez. Hundió las dos manos en el prado y esperó la estocada mortal que debía llegarle desde arriba, cuando le atravesaran el atlas y le perforaran el corazón. Pero nada de eso ocurrió. Vasari se levantó lentamente y se despidió de la nieve. La arrojó al aire y observó con una sonrisa resignada como los copos bailaban en medio de la noche. ¿Sería también su alma así de ligera? ¿Carente de peso, como los

cristales de nieve? No tardaría en descubrirlo.

El estruendoso sonido de unos cascos de caballo sobre el mármol lo arrancaron de sus pensamientos. A su derecha, al principio de los jardines del papa, apareció de pronto y entre el polvo un corcel blanco, como hecho de nieve, las patas, el cuerpo, la cabeza, las orejas erguidas, el aliento húmedo, solo la oscura melena y la cola parecían surgir de la noche. Lo que ocurrió a continuación se produjo de manera tan irreal como la ilusión de un prestidigitador. El animal relinchó, como si quisiera dejar constancia de su realidad. Vasari salió de su asombro,

corrió al caballo, se montó entre gemidos sobre la silla y galopó a lo largo del patio interior. Había enrojecido y tosía. Le costó un esfuerzo considerable mantenerse sobre la silla durante el ataque. Los asesinos a sueldo se precipitaron sobre él, pero se mantuvo asido a su caballo. Se oyó a sí mismo maldecir: «¡al infierno con vosotros!» y «¡merda!».

A su izquierda se extendían los jardines geométricos de estilo francés con árboles, setos y césped. También se encontraba allí el *palazzo* de Pío V, con sus fuentes adornadas con peces. El sudor cubría su frente y gracias al aire frío comenzó a respirar con más

facilidad. Los guardias que vigilaban la *porta di Belvedere* reconocieron a Vasari y le abrieron rápidamente las puertas. Sin duda se preguntarían por qué llevaba esas ropas tan poco adecuadas para una cabalgada y por qué habría elegido salir por el campo romano en lugar de por la ciudad. En cualquier caso no se molestaron en perder el tiempo elucubrando acerca del comportamiento de los grandes señores. Durante un momento consideró ponerse bajo su protección y hacer que lo llevaran ante el papa, pero de inmediato rechazó la idea, pues no conocía las dimensiones de la intriga urdida contra él y prefería no arriesgarse. Si su

enemigo desconocido había logrado tenderle una trampa mortal incluso dentro de los límites del Vaticano, no se haría demasiadas ilusiones. Su misterioso adversario debía formar parte de los círculos más importantes de la curia. Durante un momento incluso albergó la sospecha de que hubiera sido el papa mismo quien hubiera orquestado el ataque, pero enseguida apartó esa idea terrorífica: si el santo padre hubiera decidido su muerte, sin duda ya estaría muerto. Además, no tenía ningún motivo para ello. Vasari era alguien de gran utilidad para Gregorio XIII, además de su ferviente servidor. Jamás se había burlado de él ni lo había traicionado.

Giró hacia la izquierda y siguió el muro leonino. El camino limitaba por la derecha con una colina a cuyos pies nacían los viñedos que se extendían por la Campagna. La oscuridad solo le permitió iniciar un ligero trote, pero galopar, que era lo que se adecuaba más a su humor, quedaba completamente descartado.

«Lo he logrado», pensó agradecido. Sin embargo pronto cayó en la cuenta de que había dejado atrás el libro, el *Libro del constructor*. Maldijo en voz alta pero no se atrevió a regresar a su *palazzo*. Aquel libro llamaba a la sangre. Vasari no tenía ningún deseo de derramar la suya.

Cuanto más claro era capaz de pensar, más le atormentaba la inseguridad en torno al destino de Isabella. Sin embargo, mientras él mismo se encontrara en peligro de muerte, no podía permitirse pensar siquiera en ir en su busca. Vasari se dijo a sí mismo que flaco favor podría hacerle el dejarse matar por intentar liberarla. Eso si ella aún seguía con vida. Descartó esa idea de inmediato. Por otra parte, ¿dónde podría iniciar la búsqueda? Le faltaban todos los puntos de referencia necesarios. Apaciguó sus remordimientos con argumentos razonables y jurándose a sí mismo enviar tan rápido como fuera posible un

ejército de espías para encontrarla. Como siempre que se había encontrado con alguna situación delicada de su vida, Vasari prefería poner la acción en manos de los demás. También haría buscar el libro. Quizá fuera ese el motivo del ataque nocturno, pues había algo en él que nunca había llegado a descubrir. Su instinto le decía que la búsqueda del *Libro del constructor* debía ser aun más cuidadosa que la de la mujer que amaba.

En torno a media hora después rodeó la basílica de San Pedro. Los pilares del crucero se alzaban sobre la mayor obra de occidente y le recordaban en su soledad a un niño gigante olvidado. Al

menos como arquitecto había logrado situar el tambor sobre la cúpula. Un anillo plateado de nieve decoraba la sobria estructura y le otorgaba un cierto aire juguetón. Como si el hechizo de la nieve recién caída suavizara las formas del mundo porque hubiera limado los contornos más ásperos.

El arquitecto responsable de la *fabbrica di San Pietro* ignoraba si podría volver a Roma y si lograría al menos coronar el crucero con la cúpula de Miguel Ángel. Los seis arquitectos más grandes de los últimos sesenta años habían muerto en torno a su construcción y cada uno había dejado más caos a su alrededor que el anterior. La sensación

de inutilidad le golpeó el estómago como una violenta náusea. Sintió en la lengua durante un instante el amargo sabor del fracaso.

Sí, había huido, pero no se había salvado. Comenzó a helarse de frío. Si no lograba encontrar rápido un lugar cálido en el que hacerse con algo de ropa de abrigo, entonces las bajas temperaturas lograrían lo que los asesinos a sueldo no habían conseguido. Sin embargo, no podía perder tiempo buscando una estufa: no debía permanecer ni un segundo más en una ciudad en la que ya no podía confiar en nadie. El cardenal Morone quizás, pues era imposible que se hubiera visto

involucrado con el ataque a Vasari. Pero incluso si Morone era el tipo de persona por el que Giorgio le tenía, no podía comprometerlo de ninguna manera. La huida era su única salida para permanecer sano y salvo. Vasari decidió cabalgar hacia Florencia y ponerse bajo la protección de Francesco I, gran duque de la Toscana. Lo que siempre había temido desde que fue partícipe del secreto finalmente se había cumplido. Algún hombre poderoso que compartía con él aquel saber oculto no podía ni quería tolerar que nadie más pudiera hacer público lo que debía permanecer escondido.

Vasari había alcanzado el paseo

junto a la ribera que unía el Borgo con el Trastevere, pasó frente a las casamatas del castillo de Sant'Angelo, atravesó el puente sobre el Tíber y se dirigió finalmente hacia Campo Marzio. Los cascos de su caballo resonaban contra los adoquines y se perdían en el eco. Dos figuras se interpusieron en su camino, pero finalmente se apartaron por miedo a acabar aplastados bajo los cascos del poderoso y acelerado caballo. Quien apreciara su vida debía evitar pasar por esas calles a esas horas, pues por la noche Roma pertenecía a los ladrones, los asesinos y los perversos. Sus víctimas podían pescarse a primera hora de la mañana en el Tíber. No le

quedaba más opción que encomendarse a Dios, espolear a su caballo y pensar en algo cálido.

Giorgio Vasari, caballero de espuela dorada, abandonó Roma a hora tardía de un día de febrero de 1574 por la *porta* del Popolo y se dirigió hacia el norte. En Ronciglione, ya más muerto que vivo, levantó de la cama a un posadero y le hizo servirle una grasienta pechuga de pollo y algo de vino caliente antes de intentar descansar un par de horas.

La habitación era pequeña. Habían taponado con tablones de madera los huecos de las ventanas para evitar que entrara el frío, por lo que apestaba a sudor y a alguna otra cosa que era

preferible no conocer a fondo. Las mantas que cubrían el colchón estaban sucias y olían a moho. Sin embargo, Vasari no tenía elección. Se retorció en el camastro de un lado para otro, intranquilo. Apenas se dormía, lo despertaba la sensación de que le estaban picando las chinches. Finalmente el posadero acudió a levantarlo, le compró una espada y una capa de piel que no se correspondía en absoluto con su habitual sentido de la moda, hizo traer su caballo y partió con las primeras luces del día.

Había dejado de nevar y la helada resultante había endurecido los caminos. El viento lo sacudió. Las horas más frías

no llegaban con la noche, sino con el amanecer, cuando el último calor del día anterior termina de perderse. Mientras las estrellas palidecían, la humanidad se congelaba.

Vasari se sentía atrapado por las temperaturas gélidas, pues su cuerpo fatigado no conseguía retener calor alguno. «Hay ya demasiada muerte en mí», pensó con amargura. Si lograba llegar a Florencia con vida, lo primero que haría sería darse un baño caliente con lavanda, cardamomo, melisa y aceite de pino de Alepo.

CAMINO DE ROMA A FLORENCIA,
ROMA, *ANNO DOMINI* 1574

Vasari llegó por la mañana a la ciudad de Viterbo. Tomó un desayuno cuantioso y bebió grandes cantidades de vino caliente con miel y clavo. Después acudió a extraer dinero de una de las pequeñas filiales del banco Bardi, se compró ropa cálida y adecuada, cambió de caballo y se puso de nuevo en

camino, bastante achispado pero, por primera vez desde que inició la huida, sin congelarse. Al menos durante un buen rato.

Cerca del mediodía llegó hasta Montefiascone, volvió a cambiar de caballo y siguió galopando. En ocasiones anteriores en que recorría el camino entre Roma y Florencia, había hecho parada en el *lago di Bolsena* y había disfrutado de la vista del agua y de las montañas circundantes, pero aquella vez le faltaba calma suficiente. Debía ser cuidadoso y la precaución aconsejaba no caer en la ingenua idea de que sus perseguidores se habrían dado por vencidos aunque no hubiera visto a

nadie que le pisara los talones.

Su siguiente parada tuvo lugar en San Lorenzo. Impulsado por una inquietud, cambió de nuevo su montura y prosiguió el camino a media tarde. Se había propuesto a sí mismo alcanzar ese mismo día Acquapendente y, con ello, llegar hasta las fronteras de los Estados Pontificios. No lograría, no obstante, alcanzar la Toscana de una sola jornada, pues tampoco deseaba cruzar las montañas entre la oscuridad y la noche. No solo por los salteadores de caminos sino también por los malos espíritus que campaban por allí. Había visto y escuchado ya demasiadas historias a lo largo de su vida sobre viajeros

deplorables que caían víctimas de los no muertos y los regresados de las tumbas. Así habían encontrado una vez en las montañas, días después de su desaparición, el cuerpo decapitado de uno de sus oficiales, al que había enviado a Florencia con una carta. La cabeza del desgraciado no había llegado a aparecer nunca. Por eso Vasari evitaba las montañas de noche. Todos sabían que, a la medianoche, el infierno abría sus puertas y sus moradores campaban a sus anchas por las laderas y cumbres, además de en los bosques, como el divino Dante ya había descrito. Conocía los versos de memoria:

*«Vagué así por entre la umbría
arboleda
a la que me llevó el camino diestro.
Cuán difícil resulta hablar de esas
estancias
y de esos bosques de salvaje
amargura...».*

El impacto fue desvaneciéndose poco a poco y Vasari comenzó a reflexionar en calma sobre los sucesos de las últimas horas y días para tratar de encontrarle un sentido a semejante brote de violencia. Salvo por medio de soborno o de un mandato de las altas esferas, los sicarios no podían haberse introducido tranquilamente en un

palazzo fuertemente vigilado y haber actuado con total impunidad. Por otra parte, la aparición del caballo ensillado y preparado daba a entender que alguien le había concedido la oportunidad de escapar. Pero, ¿por qué motivo? ¿Querían realmente salvarle la vida o solo presentarle con aquel atentado una advertencia clara y manchada de sangre? ¿Se encontraría realmente el mismo sujeto detrás del ataque y de la salvación? ¿O había dos rivales inmersos en una lucha de poder, utilizándolo a él, a su existencia física, como una mera marioneta? ¿Quién era el responsable de aquel triple atentado que había acabado con la vida de su buen y

viejo Ascanio? El recuerdo del viejo espadachín despertó su melancolía. Ascanio siempre había sabido que no moriría plácidamente en cama, sino bajo la punta de una daga, y ese pensamiento consoló a Vasari justo antes de redirigir su preocupación hacia Isabella. ¿Seguiría con vida? ¿La mantendrían cautiva o la habrían matado para eliminar a un testigo incómodo?

De pronto le asaltó una idea. Todo ese tiempo había dado por sentado que era él mismo el centro del complot. O el libro. Pero quizá se equivocaba. Durante un momento sopesó la idea de si tras todo el ataque no se encontraría un amante celoso. De ser así, entonces solo

entrarían como sospechosos el cardenal gran inquisidor, el vicedecano de la Iglesia, el datario, el vicario de Roma, el capitán general o el propio papa. Sin embargo, las cosas habían ido demasiado lejos para tratarse únicamente de un mero crimen pasional. Había maneras más sencillas de solventar tales cuestiones.

Por otra parte, el asunto evolucionaba de la peor manera posible. Como caballero que era, Vasari debía haber luchado por la dama de su corazón hasta el final, aunque eso le hubiera costado la vida. Eso le exigía su honor. Sin embargo, había huido como un cobarde y la había abandonado a su

destino, un destino del que todavía desconocía los motivos. Detuvo bruscamente al caballo, desmontó de un salto y empezó a vomitar. Tosió y se agarró del pecho. La vista se le nubló y se sentó en el suelo para no caer redondo. Tras unos momentos, las náuseas desaparecieron y se levantó despacio. Aún se sentía algo mareado, pero se obligó a aguantarlo. ¡No era más que una quimera! El tiempo de los caballeros y la caballería había concluido hacía tiempo. Ya solo existían en los cuentos. «Como mi juventud», se dijo para consolarse.

Sí, los hombres valerosos como Giovanni Morone despertaban su

admiración. Sin embargo, ese valor respondía a una necesidad. Mientras se limpiaba la boca, Vasari tomó la decisión de pedirle ayuda al cardenal. Entonces montó de nuevo, espoleó a su caballo y se dijo a sí mismo durante un buen rato que lógicamente se habría batido con placer y alegría por Isabella si en aquel momento, en lugar de un simple lapicero, hubiera dispuesto de una espada. No le quedó más remedio que acostumbrarse al desagradable sabor de su boca, pues la acidez no desaparecía por sí misma y él tampoco contaba con nada con que enjuagarse.

Media luna colgaba como un farol medio tapado sobre el camino.

Avanzaba más despacio de lo que había querido. A esa hora quería haberse encontrado ya en Acquapendente. Así pues no le quedó más remedio que atravesar las montañas al atardecer. Vasari se persignó y rogó al Señor su compasión. A derecha e izquierda chopos desnudos flanqueaban el empinado camino. Sin su follaje los árboles parecían varas, rígidas, quebradizas y, sobre todo, muertas, como si nunca surgieran de la madera inerte las hojas y los frutos. Cuanto más se filtraba el aire gélido a través de su manto, sus pantalones y su ropa de pintor, más se consumían de cansancio sus miembros. ¿Qué podía contraponer a

ese agotamiento? A cada paso que se alejaba de Roma, más dolorosamente le atacaba la conciencia. Soñar con la figura de Isabella le ayudó a animarse y a apartar la culpabilidad que lo asediaba. Pocas horas antes había estado frente a ella en su estudio. El recuerdo de la visión de su cuerpo desnudo a la luz de las velas lo excitó. Entre el frío y la oscuridad que lo rodeaban, disfrutó de una lenta erección gracias al calor que esto le proporcionaba. Poder introducirse en un cuerpo cálido... Vasari visualizó a la habilidosa cortesana Pippa y la manera en que ella... El semental que montaba se encabritó de pronto y emitió un

relincho tan estridente que le taladró los oídos. Si Vasari no se hubiera agarrado instintivamente al lomo del animal, se habría caído al suelo. Espabiló de pronto con una sobriedad insuperable.

Bajo la aureola plateada de la luna, se encontraba frente a ellos, en medio del túnel que creaban los árboles en torno al camino, un lobo. Rígido, quieto como una estatua. El animal los observaba con sus inamovibles ojos amarillos. Había cierta tristeza en su quietud. Era un ejemplar magnífico de casi cuatro codos de magnitud, una criatura de músculo y hueso. Como pintor, Vasari tenía buen ojo para la anatomía. Sabía reconocer la fuerza de

un cuerpo. ¿Los atacaría aquella bestia? Muy lentamente desenvainó su espada. No pretendía provocar al animal, pero prefería estar preparado ante un posible ataque. Como una centella lo fulminó la idea de que entre la densa maleza a izquierda y derecha los demás miembros de la manada de lobos debían encontrarse aguardando, dispuestos para lanzarse contra él. No había criatura en el reino animal que cazara con mayor inteligencia que una manada de lobos. Sin embargo, entre la oscuridad de los arbustos no relucían más que los ojos amarillos y hambrientos que tenía frente a él. Al parecer se trataba de un cazador solitario.

La mujer de Vasari, que ni siquiera sabía que se encontraba de camino a Florencia, le recibiría entusiasmada. Pensó en ella con fastidio y comprendió inmediatamente lo injusto de su proceder. Sin embargo, había dejado el corazón en Roma. De hecho, hasta hacía pocos días ignoraba que poseía un corazón capaz de amar. Había encontrado el amor y lo había vuelto a perder casi de inmediato. Como su anhelo, su esperanza y la muerte. Sin embargo, por muy rápido que huyera de sus asesinos, la parca lo esperaría al final de sus días como el lobo que tenía frente a él. Vasari no se sentía entusiasmado ante la idea de tener que

matarlo. Llegado aquel momento, la soledad que los unía casi hacía que experimentara una especie de amor por el animal.

—¿Dónde está tu manada? — preguntó a media voz.

El lobo gruñó suavemente, como amistoso. De pronto, el arquitecto percibió ruido de cascos de caballos acercándose a su espalda. El lobo alzó la cabeza. Pudo sentir cómo aquel cazador experimentado presentía el peligro. Cuando se volvió, vio a dos hombres vestidos con harapos que alzaban contra él sus espadas. La mirada de Vasari alternaba el lobo y los dos desconocidos una y otra vez. El caballo

comenzó a bailar nervioso. Sentía la indecisión de su amo.

Le pareció que no eran los mismos hombres que habían caído sobre él en su estudio de la villa del Belvedere. Vasari se sintió casi hasta ofendido al comprobar por la vestimenta de sus perseguidores que sus enemigos se habían limitado a contratar a un par de vulgares salteadores de caminos para darle caza aun en su huida. Eran solo dos canallas que probablemente no tardarían en acabar sus vidas colgando de una soga. ¿Tan poco precio tenía su vida?

¿Quién era más peligroso? ¿Hacia quién debía dirigirse? Fuera quien fuera

al que le ofreciera la espalda, saltaría sobre ella. Sin embargo, no fue Vasari quien se decidió, sino el lobo. El animal corrió hacia él y saltó. El terror paralizó al arquitecto y la mirada indiferente del animal le congeló la sangre en las venas. En ese momento se dio cuenta de que en aquel camino no le había acechado un peligroso animal, sino la muerte misma. Solo la parca podía realizar su labor de manera tan fría. Encomendó su alma a Dios. «*Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa...* Señor, líbrame de todo el mal que soy en mí mismo y disculpa que no haya podido concluir la construcción de tu casa...».

Cuando salió de su estado de

petrificación, Vasari comprendió que no era a su muerte a la que se enfrentaba, sino a la de sus perseguidores. El lobo había volado sobre él y caído sobre los dos *bravi*. Al mismo tiempo, de en medio del espeso follaje surgieron los demás animales de la manada. Clavó las espuelas a su caballo, que se encabritó y salió a galope tendido. Vasari se había equivocado, el lobo no estaba solo. ¿Cómo habría sido capaz de fingir su soledad?

Oyó a su espalda los gritos de dolor de los hombres, el horripilante relincho de los caballos mordidos por los lobos y el crujido de los dientes afilados quebrando huesos. Caballos, hombres,

lobos, cerdos. Con la muerte, cualquier ruido emitido para despedirse de la vida igualaba a todos. Vasari pensó en ello con amargura y también con cierto alivio.

Refrenó a su caballo y cambió a un trote ligero porque habría sido peligroso continuar galopando por aquel camino de montaña en plena oscuridad. A lo lejos escuchó a los lobos aullar de triunfo. Casi vio, como si los tuviera delante, los hocicos manchados de sangre. A él no le habían tocado. Una vez más alguien le había salvado de la muerte en el último segundo. Pero, ¿quién? ¿Dios? Mucho más habría merecido su maestro Miguel Ángel que

lo hubiera librado de la traición y la insidia con las que se topó en su camino.

Vasari pensó que sin duda era un hombre conocido por ser constructor de San Pedro, arquitecto, pintor y escritor. Por ser consejero del gran duque de la Toscana. ¿Pero no era también un cobarde, un adúltero y un traidor? Era un hombre casado que, en sus numerosos viajes, se había desfogado con todo tipo de muchachas y de prostitutas. Tampoco en exceso, desde luego mucho menos que otros hombres que conocía. Era algo normal, una necesidad biológica, como respirar, comer, beber y evacuar. Le había llevado prácticamente toda una vida encontrar el amor. Era un

sentimiento que, por primera vez en su existencia, había transformado a un hombre maduro en un chiquillo inexperto, pues nunca había podido ser un niño. Huérfano temprano, había tenido que cargar sobre sus hombros la responsabilidad sobre sus hermanos. Desde que Giorgio Vasari tenía uso de razón, lo único que había contado para él había sido la inteligencia y la ambición. Sacar adelante a sus hermanos, llegar a algo él mismo, era todo en lo que consistía la vida.

Pero de pronto su gran empeño había dejado de tener relevancia. ¿Era la edad o aquella pasión que lo había conquistado la que restaba impulso a su

actividad? Aquel sentimiento pueril que llamaban amor lo había llenado de inseguridad y, al mismo tiempo, había podido disfrutarlo con todos sus sentidos. Ni la ironía ni la planificación habían podido hacer nada. ¡Era como empezar de nuevo! En aquel momento, Vasari sufría recordando los años inútiles malgastados a la caza de la gloria y la riqueza. El lobo lo había herido: ¡lo había infectado con la enfermedad de la muerte! Cuando se ama, se muere un poco. Dios, en su infinita gracia, le había enviado el amor, tarde, pero seguro. ¿Y él qué había hecho con aquel gran presente? Había momentos en la vida en los que un acto

impulsivo e insensato contaba más que cualquier reflexión y que cualquier reparo de la razón. Por primera vez desde que tenía uso de razón, Giorgio Vasari no sentía ningún respeto por sí mismo. Hubiera preferido saltar del caballo y clavarse su propia espada.

A primera hora de la tarde del día siguiente, vio finalmente en el horizonte la silueta de Florencia recostada sobre un amplio valle. Aquella ciudad, desde su punto de vista, era el único lugar del mundo en el que el mal no podría encontrarlo, pues las fuertes murallas de la república se alzaban hasta el cielo para protegerlo. Vasari respiró hondo.

Amaba aquel paisaje único y eso le animó un poco, aunque se sentía como si acabaran de haberle propinado una paliza. Refrenó a su caballo y grabó en su mente con detalle la imagen de la ciudad. Mientras su mirada se hundía en aquel mar de piedra, se sintió refrescado: por fin había llegado a casa.

Rodeada por toda una corte de *palazzi*, ricas mansiones e iglesias, el majestuoso *duomo* se alzaba con su cúpula, obra del arquitecto Filippo Brunelleschi, sobre la imagen general de la ciudad. Apostado como heraldo se presentó ante Vasari el *campanile* de mármol blanco y negro. A pesar del cielo nublado, relucían a la luz del día

los ladrillos rojos de la cúpula de Santa Maria del Fiore, separados por puntales blancos, como costillas que guiaban la mirada del espectador hacia la linterna, destacada a su vez como una flecha sobre la dorada bola del mundo en la que se erguía bien visible la cruz. Así, todo concluía en Dios, que gobernaba sobre el mundo y sobre los seres humanos. La cúpula le recordó a Vasari que le había prometido al gran duque decorar el interior blanco de la cúpula de Brunelleschi con frescos. Finalmente tendría oportunidad de completar el borrador y, junto con sus oficiales y aprendices, ponerse manos a la obra.

Poco después se encontraba

cabalgando por la *porta* di San Pietro Gatolini, que con su tablero de roble, sólido y forrado de hierro, recordaba a un oso erguido. En sus numerosos viajes Vasari no había cruzado ninguna puerta que mantuviera siempre una actividad comparable. Mercaderes que llegaban y pagaban el peaje, campesinos que transportaban sus mercancías a la ciudad, viajeros de todo tipo cruzaban los umbrales. Algunas prostitutas particularmente descaradas intentaban hacer negocio ya en la puerta, pues una amplia clientela potencial pasaba por allí. Soldados apáticos y somnolientos simplemente fingían que se mantenían alerta sobre todo lo que ocurría. Un

muchacho huesudo se afanaba enormemente por atrapar de nuevo las gallinas a las que algún gracioso había liberado de su jaula en el momento en que el dueño trataba con los guardias. Los animales cacareaban y gritaban acompañados por las sonoras maldiciones del campesino burlado y por las risas de los inmisericordes testigos, ya fueran agudas, graves, estridentes o gruesas, en una cacofonía de la vida que se alzaba hasta el infinito. «Es un milagro que Dios mismo no se quede sordo», pensó Vasari.

Entonces su mirada recayó en una casa rectangular como un sillar, que se alzaba tres pisos y en su poderío

recordaba a un *palazzo* con excelentes defensas. Desde la ventana, una criada contemplaba la agitación de la puerta. Bajo ella, por la calle, había un caballo ensillado y con una brida ricamente adornada cuyas riendas estaban atadas a un aro de hierro oxidado que salía del edificio. Un criado llenaba de provisiones las alforjas mientras el patrón, vestido con un manto rojo y un sombrero redondo negro, se despedía de su hija pequeña inclinándose hacia ella y dándole un beso. Posaba la mano sobre el hombro de la pequeña mientras la madre le acariciaba a modo de consuelo la nuca.

La pequeña escena de la que había

sido testigo casual e inesperado desató de nuevo en Vasari el dolor por la infancia perdida. «Si mi matrimonio se hubiera visto bendecido por hijos e hijas, sin duda mi vida habría tomado un rumbo diferente», pensó con amargura. Entonces percibió el vientre redondeado de la mujer. Estaba embarazada. No pasó por alto la preocupación que reflejaba su rostro. Nadie sabía mejor que él, a quien los encargos y la investigación para las biografías de los artistas más relevantes de su tiempo le habían empujado a innumerables viajes, que cada partida era un riesgo. Quien se lanzaba a recorrer el mundo se ponía, inevitablemente, en manos de Dios.

Bandidos, aristócratas traviesos, estafadores y ciudadanos envidiosos no mostraban recato alguno a la hora de tratar de sacar provecho. Tras tantas guerras, saqueos y devastación no existía ya una autoridad moral, solo la ley del más fuerte y un listado de escrúpulos inexistentes.

Vasari no quería pensar más en ello, aunque la despedida de un padre hacia su hija se lo había recordado, el mundo en el que vivía ya no era el suyo. Se bajó del caballo. El acre olor a carne y orina que le azotó al aproximarse al *ponte Vecchio* se le antojó de rosas y violetas. Los curtidores y carniceros habían establecido sus viviendas en las

casitas sobre el puente. Era sencillo deshacerse de las basuras tirándolas al Arno.

Tras el puente, giró a la derecha por la ribera y dirigió una mirada prematura, pensativa y al mismo tiempo orgullosa a la galería Uffizi, construida por él, para girar después a la izquierda y, finalmente, a la derecha, hasta llegar a *borgo* Santa Croce. De cara a la calle, su casa apenas ofrecía una reducida fachada de escasas dimensiones. Solo tres ventanas redondas hallaban sitio las unas junto a las otras. Sin embargo, a lo largo, los amplios muros de la vivienda ofrecían una espaciosidad insospechada y abrazaba un cálido patio interior, que

era su parte favorita de la casa. Saltó del caballo y llamó a Giuseppe. El criado apareció enseguida y abrió los ojos de par en par.

—*¡Messèr* Giorgio! ¡No lo esperábamos!

Poco después escuchó Vasari el rumor de un vestido aproximarse por el vestíbulo.

—¿Giorgio?

Su esposa apenas parecía creerlo, de tan insegura sonaba su voz. Ni una sola vez durante sus casi veinticinco años de matrimonio él se había presentado en casa sin dar aviso previo. La mujer resplandecía como una jovencita a la que hubieran deparado la más hermosa

de las sorpresas.

Niccolosa, al que él llamaba cariñosamente Cosina, un apelativo que, aunque creaba una imagen de criatura pequeña y sin personalidad, en realidad hacía referencia a una mujer robusta y afable que le superaba ligeramente en altura. Sus ojos negros tenían algo de penetrantes. Con los años, no obstante, los había ido cubriendo un fino velo de tristeza que se había convertido en un gesto permanente de su mirada. Vasari sabía bien a qué se debía. Él nunca estaba en casa durante demasiado tiempo. Siempre lo arrastraban nuevos proyectos, sus amigos, las obras de arte que quería ver con sus propios ojos,

como si no hubiera un mañana, solo aquel único día presente. Así, Cosina pasaba la mayor parte del año haciendo la vida solitaria de una viuda. Pero nunca le reprochaba nada. Habían sido sus propios remordimientos los que habían ido envenenando sus sentimientos por ella.

—¡Giorgio! —volvió a llamarlo Cosina mientras se le echaba la cuello.

Él soportó el abrazo y después se liberó de él sin emotividad ninguna.

—Necesito un baño.

—¿A qué estás esperando? ¡El señor necesita un baño! —ordenó ella al criado medio en serio, medio en broma.

—Uno que elimine el frío de los

huesos y despierte el ánimo —añadió Vasari, cansado.

Cosina miró inquisitiva a su alrededor.

—¿Dónde está Ascanio?

—Muerto —respondió él, sucinto.

—¿Muerto? —el rostro permanentemente redondeado y bonito de la mujer se ensombreció—. Bueno, la edad...

—Nos atacaron. Me salvó la vida —repuso Vasari con brusquedad, pero de inmediato se arrepintió de su falta de tacto al informarle—. Ay, Cosina, déjame que me recupere primero. Después te lo contaré todo. Ahora necesito un baño o de lo contrario podré

competir con Ascanio por ver quién de los dos llega primero al cielo. Incluso aunque su alma lleve una cierta ventaja, creo que todavía podría alcanzarlo.

FLORENCIA, *ANNO DOMINI* 1574

—¿Giorgio?

El viejo amigo de Vasari, Vincenzo Borghini, reaccionó al regreso de éste a Florencia con todavía más sorpresa que Cosina, si bien él era el único hombre del mundo que siempre tenía datos fiables sobre dónde podía encontrarse *messèr* Vasari. Borghini era también quien ideaba los conceptos y motivos de

los grandes frescos que el artista después bosquejaba y pintaba. El prior de la inclusa Ospedale degli Innocenti, situada frente a la iglesia de la Santissima Annunziata, contempló fijamente a Vasari como si fuera un espectro cuando se plantó frente a su puerta. En ese momento se encontraba trabajando en un manuscrito.

—Tengo que hablar urgentemente contigo —comenzó el arquitecto.

—Por todos los santos, ¿qué ha ocurrido, amigo mío? —dijo Borghini y se levantó, lo abrazó y le invitó a tomar asiento.

—No, aquí no —respondió Vasari.

Tenía prisa y se dirigió al pasillo.

Borghini cogió una capa y se colocó un gorro antes de seguir a su amigo.

De una habitación surgían agudas voces infantiles, como de campanillas, que parecían querer superarse entonando el kirie de la *Missa de Beata Virgine*, de Josquin.

Poco después se encontraban los dos hombres en la plaza de enfrente. Una ligera niebla húmeda había caído sobre la ciudad, lo que no pareció alterarlos. Para quien no los conociera, los dos barbudos parecían un par de eruditos sumidos en un debate sobre profundos conceptos filosóficos. Sin embargo, cuanto más iba sabiendo sobre el destino de su amigo, más horror se

pintaba en el rostro del religioso. Finalmente, se quedó como petrificado, con la iglesia del convento de los siervos de María a su espalda, y agitó preocupado la cabeza.

—Entonces, ¿es que nuestra nueva iglesia no puede tener más que mentiras, traiciones, sangre y pecado como cimientos?

Vasari podía sentir el dolor casi físico de su amigo. De pronto, el prior soltó una carcajada tan sonora como amarga.

—Qué fácil lo tienen los luteranos. Llevan a Dios en el corazón y no necesitan templos —dijo, e inquieto agachó la mirada hacia el suelo—. Los

herejes no tienen ninguna iglesia — prosiguió y, de pronto, agarró a Vasari de los hombros, como queriendo llamarse a sí mismo al orden—. Debes anotar todo, Giorgio. Igual que has escrito sobre Miguel Ángel y Rafael y Leonardo y todos los demás pintores y escultores, orfebres y arquitectos. Escribe un libro sobre la construcción de la basílica.

Vasari miró a su erudito amigo sin comprender.

—¿A quién le serviría algo así?

—A los que se mantienen leales a la verdadera fe y a ti. En primer lugar, porque realizamos el concilio de Trento para que las bases de la Iglesia pudieran

asentarse como es debido. Y a ti te sirve porque nadie te perseguirá, ni intentará asesinarte, si todo el mundo sabe lo que tú sabes. ¿Por qué iba nadie a querer silenciarte si ya has dicho todo lo que tenías que decir?

—¿E Isabella? ¡Tengo que salvarla!

—¡Si ya has perdido la cabeza no pierdas también la vida! Tengo un hombre de confianza en Roma que me debe algún favor. Lo enviaré en su busca. Además, aprovecharé este tiempo para averiguar qué concepto tiene el papa de ti. Mientras tanto, tú escribe. ¡Escribe y salva la vida, amigo mío!

Vasari no llegó a contarle nada del libro que había quedado atrás en Roma y

que debía recuperar a toda costa, el *Libro del constructor*. No sabía por qué, pero una voz en su interior le previno contra ello.

Tras visitar al gran duque y asegurarse de que contaba con su protección, Vasari se dirigió a su casa, se inventó una historia vaga sobre un ataque y se lo contó a su mujer para evitar que supiera de la existencia de Isabella. Puesto que ya la había traicionado, no quería además hierla. Ya lo hacía con suficiente frecuencia al negarse a dormir con ella. Aunque ella no llegó a preguntarle, algo en su reacción reveló que sentía que faltaban algunos detalles en su narración.

Sin embargo, por primera vez desde hacía diez años, pasó la noche en sus fuertes brazos. No era el deseo carnal lo que le empujaba, sino el anhelo por la vida. Cerró los ojos, pues no quería ver ni su rostro ni su cuerpo, solo abandonarse al acto. El sexo no logró animarlo, se sentía húmedo y sucio como una rana. «Aristóteles debía haber dicho que todos los animales se sienten infelices tras el coito», pensó Vasari al despertarse a la mañana siguiente fuertemente deprimido.

Vasari temía la muerte, cuya dentellada había podido observar. Envío al papa una cuidadosa carta de disculpa por haberse marchado de forma tan

abrupta. Lo achacó todo a la edad.

«En esta ocasión, santo padre, estoy realmente agotado. Cuento ya con más de sesenta años de edad y soporto los inmensos esfuerzos y dificultades a los que uno debe enfrentarse en el discurrir de este trabajo tan duro como ingrato, nada más».

Prefería que el papa lo considerara un artista caprichoso y excéntrico que no revelarle el auténtico motivo de su huida. Sin embargo, escribió una segunda carta, eligió con sumo cuidado a uno de sus oficiales y le prometió una recompensa cuantiosa si entregaba

personalmente la epístola al cardenal Morone.

Eminencia, mucho tengo que confesar y lo haría, con la mayor de las alegrías y el más profundo de los anhelos, en vuestra presencia. Por desgracia, las circunstancias, contra las que nada tengo que hacer y que tampoco puedo comprender, me han empujado a abandonar Roma y a refugiarme bajo la protección de mi buen señor Francesco I. No puedo explicaros nada, pues sé por propia experiencia con qué velocidad la rueda de la fortuna gira y de pronto un hombre puede verse despreciado y

perseguido, como puesto a prueba por Dios, en el momento en que menos se espera. Por mi parte, ya he tenido suficiente.

Conocí en vuestra casa a madonna Isabella di Vignola. Ella me pidió que la pintara. Soy un hombre casado y ella, bien lo sabe Dios, no cometió ninguna falta que tuviera que confesar. ¡Lo juro por la virgen María! Sin embargo, atacaron mi estudio de la villa de Belvedere y madonna Isabella fue secuestrada. Si sabéis algo de esa mujer intachable, os pido que por favor se lo confiéis al portador de esta carta. Tened, no obstante, cuidado, pues resulta estremecedor pensar que ni

siquiera en el interior de los muros sagrados se reprimen tales actos de violencia. No escribiré más, vos sabéis ya bien a qué me refiero. Me despido deseándoos lo mejor, eminencia.

*Con mi más profunda admiración,
cavaliere Giorgio Vasari*

Aunque daba a entender por indirectas más de lo que revelaba en apariencia, ya había confiado en aquel pliego más de lo que tenía por prudente. Ordenó al oficial que esperara hasta tener respuesta y, entre tanto, que mandara reunirse al resto de ayudantes que hubieran quedado en Roma. Entre

todos debían recoger las cosas del arquitecto del Belvedere y registrar el *palazzo* en busca del *Libro del constructor*. Puesto que los oficiales no sabían ni leer ni escribir, el arquitecto escribió el título de tal forma que pudieran comparar las letras con las del libro. Le hizo jurar por su propia seguridad que no diría a nadie que estaba buscando aquella obra o que la llevaba consigo, y que tampoco se la mostraría a nadie si en algo apreciaba su vida. Observó con esperanza y temor al oficial mientras este se marchaba y hasta que desapareció tras una esquina. Tras esto, Giorgio Vasari fijó la mirada en el vacío.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Cosina intranquila.

—¿Cómo? Ah, sí. Sí, sí —respondió él poco convincente; entonces, le dirigió una mirada triste e impotente—. Ay, Cosina, ojalá nunca me hubieran encomendado la tarea de construir la casa de nuestro señor san Pedro. Será mi tumba —afirmó finalmente, tétrico.

Cosina se persigno horrorizada, pero todos sus intentos por averiguar algo más se volvieron vanos. No quería ponerla al corriente.

—Es mejor que no sepas nada. No te preocupes. No te pasará nada. El buen señor Francesco cuidará de ti y, quizás, también de mí.

Desde el mismo momento en que partió el oficial, Vasari comenzó a ansiar su regreso. En vano. Permaneció ausente, como la respuesta del cardenal. Vasari sintió el deseo de enviar una segunda carta, pero no se atrevió. En lugar de eso, comenzó a tomar lecciones de esgrima.

Tras su lección matutina, Vasari se encaramaba en lo alto de un andamio hasta la cúpula de la catedral y trabajaba como un loco para poblar la linterna de santos, profetas, reyes y los cuatro evangelistas. Se mostraba implacable con sus oficiales y sus aprendices. Su trabajo tenía algo de

amargo y desconsolado ya que le perseguían las miradas desconfiadas y hostiles de muchos florentinos que consideraban sacrílego cubrir de color el impactante efecto del interior blanco de la cúpula de Brunelleschi. Aunque apartaba de su mente aquellos pensamientos, en el fondo de su corazón sabía que esa gente tenía razón.

No consiguió, sin embargo, huir consagrándose al trabajo y evitar así la desagradable realidad. La infelicidad le pisaba los talones, sin importar a dónde fuera o a qué se dedicara. Lo acechaba incluso en el trabajo, dispuesta a acabar con él. Por primera vez en su vida la población no se regocijaba por lo que

hacía sino que lo consideraba como un crimen, un insulto a la figura misma de Filippo Brunelleschi. Tenía la sensación de que fracasaba en todo y que no hacía más que situarse como una diana aún más clara para el peligro. Su suerte lo había abandonado, Fortuna se despedía de él y seguía haciendo girar su rueda cruel.

No encontraba en ningún lugar ni un solo rayo de esperanza salvadora. Si, bien, si... ¡Si al menos hubiera sabido si la alianza secreta de los *Fedeli d'Amore* a la que había pertenecido primero Dante y más tarde Leonardo todavía existiera! Entonces se habría dirigido a sus hermanos, que podrían haberlo

ayudado si siguieran actuando en las sombras. A pesar de todo lo que había podido averiguar sobre ellos, nunca había llegado a conocer a ningún miembro de la hermandad. Le parecía que su poder se había desvanecido y que la discreta asamblea llevaba tiempo destruida.

Así pues, Vasari no tuvo más remedio que acudir diariamente a ver a Borghini para tratar de averiguar si había descubierto algo del paradero de Isabella. Tras cada jornada de trabajo acudía lleno de esperanza demente para volver a deprimirse seguidamente. Parecía que la tierra se hubiera tragado a Isabella di Vignola. Se sentía

responsable de aquella joven mujer a la que había hecho parte de su desgracia. Regresaba apesadumbrado a casa, comía en silencio con Cosina, bebía algo de vino, se retiraba a su despacho y tomaba papel y pluma para trabajar en su libro.

La primera noche se había preguntado por dónde debía empezar. ¿Con dos hombres que se encontraban frente a la colina del templo de Jerusalén y contemplaban una gran obra ante ellos? ¿Con un gran rey y su legendario arquitecto, que había recibido de Moisés el secreto de la buena construcción, confiado al profeta por Dios mismo? Pues era poco menos

que infantil creer que Dios había necesitado hasta cuarenta días para dictarle a Moisés en el monte Sinaí simplemente diez mandamientos. No, había sido más, mucho más lo que le había confiado, toda la arquitectura del mundo, un compendio de sus principios. Los *Fedeli d'Amore* creían o sabían que Moisés había ocultado la parte secreta del conocimiento que Dios le había otorgado en la Biblia, en los Apócrifos y en otros textos declarados heréticos. Al igual que los *Fedeli*, habían sido muchos los que habían buscado aquel último secreto: alquimistas, astrólogos y cabalistas.

Sin embargo, Giorgio Vasari no era

ni teólogo, ni historiador, ni filósofo. El análisis y decodificación de las fuentes, así como las vías de especulación seguían siendo cotos vedados para él. Lo único que él quería era narrar lo que había visto y oído y no solo en la categoría artística. De todos los mensajes de Dios, aquel era el que lograba entender, pero para ello dominaba completamente el mensaje del arte.

Tras muchas consideraciones infructuosas en torno a su profesión supo de pronto lo que debía contar, en qué debía concentrarse. Escribiría sobre toda la demencia que había constituido construir aquella iglesia, sobre todos

aquellos que, movidos por sus pasiones y su vanidad, habían caído uno tras otro en aquella trampa infernal que era dirigir esa obra. Pues si algo quedaba suficientemente probado era que en aquel lugar los ángeles y los demonios actuaban a placer y combatían en su eterna disputa utilizando a los seres humanos como peones. Hacía culpables a aquellos que habían dejado su vida en aquel proyecto: el pobre Bramante, el gran Miguel Ángel, el príncipe de Concordia, la bella Imperia y, por supuesto, el deplorable Giacomo il Catalano.

Desde mitad de la tarde hasta bien entrada la noche permanecía frente a su

escritorio, sumergía la pluma en la tinta, escribía una letra tras otra sobre el pergamino como un poseso, como si cada palabra que completaba pudiera alargar su vida y proporcionarle el olvido y el perdón. Por la mañana ocultaba siempre lo escrito el día anterior en un tubo oculto en la cúpula de la catedral de Santa Maria del Fiore, en el fresco del juicio final a los pies de la Virgen María, retratada como la reina de los cielos. Dos ángeles con palmas se situaban a izquierda y derecha del lugar en el que Vasari, tras una piedra prieta, guardaba el manuscrito en un nicho. En la primera línea rezaba el título de su historia de la basílica de San Pedro:

La verdadera y letal historia de la basílica de San Pedro, contada según las fuentes, testimonios del divino Miguel Ángel y de las propias experiencias de messèr Giorgio Vasari, caballero de espuela dorada, arquitecto de la basílica de San Pedro y pintor de Arezzo, que vivió en Florencia bajo el gobierno de Francesco I de Medici y pasó muchos años en Roma, y que escribió, en amor de Dios, en temor de la Inquisición y en recuerdo de los Fedeli d'Amore.

Giorgio Vasari dejó caer la pluma que sostenía. Se sentía cansado. ¿Habría

sobrevivido? ¿Sería más viejo que el tiempo? ¿Qué podía aún escribir? Ante él se encontraba el libro que unía a los *Fedeli d'Amore* y que había pasado por tantas manos. Lo abrió y lo hojeó hasta llegar a la página de los priores. Allí se encontraban todos, con sus nombres: el maestro Eckhart, Dante, Boccaccio, Brunelleschi, Pico della Mirandola, Bramante, Rafael, Antonio da Sangallo. Cuando se encontraba pensando en el rival de Miguel Ángel, la puerta de su despacho se abrió ante él.

—Soy realmente yo —dijo Isabella.

Vasari abrió los ojos de par en par, después la invitó a pasar.

—Tenéis algo que me pertenece.

¡Quiero recuperarlo!

Su mirada recayó en el libro de los aliados del amor. Ella se soltó la capa. Por primera vez reparó él en que llevaba ropa de hombre: pantalones, camisa y jubón, además de botas. Se quitó la gorra florentina que lucía y que resultaba tan práctica para aguantar largo rato cabalgando bajo un clima frío y húmedo.

—¿Queréis comer o beber algo? — preguntó él y le ofreció además una silla.

Ella negó con la cabeza y se sentó.

—Os debo una explicación. No se lo contéis a nadie, *messèr* Giorgio.

Entonces Isabella le narró su historia

mientras él se sumergía en sus ojos como si fueran la muerte misma. Su abuelo había sido Antonio da Sangallo, quien se había casado con Lucrezia. Bartolomeo da Sangallo había sido el hombre a quien llamaba padre, pero su padrino no fue otro que el cardenal Carafa. Había comenzado a trabajar para la Inquisición.

—Dame ese *libro de constructor*. Entenderás que debe ser destruido para que todo recuerdo de los *Fedeli d'Amore* desaparezca por los siglos de los siglos.

Vasari le tendió el libro. ¿Cómo había podido un anciano como él oponer resistencia sin atraer contra él la mirada

de la Inquisición y poner así en peligro a su mujer? Isabella ocultó el libro en una bolsa de cuero y se marchó.

Giorgio Vasari permaneció allí sentado, como intoxicado. Sentía que todas las fuerzas de su cuerpo lo abandonaban. Su consuelo y su alegría sería saber que la historia de los *Fedeli* sobreviviría, en aquel manuscrito sobre su escritorio del que Isabella nada sabía. Al día siguiente durmió hasta tarde, se dio un paseo, leyó, charló con Cosina y evitó el trabajo. Siete días después comenzó a sentir náuseas y una debilidad generalizada. Tuvo que buscar donde apoyarse para no desplomarse. Se acostó a mediodía. Cosina quiso llamar

a un médico pero él se negó.

—Nadie puede retener la vida — dijo él y cerró los ojos—. Llama a un sacerdote.

Cosina hizo venir a Vincezo Borghini. Después de escuchar en confesión a su viejo amigo, le proporcionó la extremaunción.

Durante sus últimas horas, Vasari pensó en Miguel Ángel. Pronto se reuniría con él y tendría que confesarle que no había logrado completar la basílica, ni siquiera la cúpula. Estaba convencido de que ascendería al cielo, donde sin duda se encontraría con Miguel Ángel y Rafael. De Bramante y Leonardo no estaba tan seguro.

El 27 de junio de 1574 murió de debilidad el pintor y arquitecto Giorgio Vasari. Se dice que sonrió.

EPÍLOGO

EN mayo de 1590, dieciséis años tras la muerte de Vasari, su sucesor Giacomo della Porta colocó la clave de la cúpula del cielo. Sin *óculo*. Nadie había entendido la idea original de Miguel Ángel de concluir la cúpula en un gran agujero luminoso que se uniera como las radios de una rueda en el vacío del buje. La idea del Divino acerca del dominio de la luz, de la visión directa de Dios sobre su pueblo reunido en la basílica no logró convencer a nadie. Hacía tiempo que los arquitectos habían

olvidado las ideas de Dante y Ficino, de Pico y Landino, también de Leonardo, de Bramante y de Miguel Ángel.

Finalmente los enemigos de la planta central lograron imponerse sobre los planes de Bramante y Miguel Ángel. Bajo el gobierno del papa Pablo VI, el arquitecto Carlo Maderno recibió el encargo de realizar una nave central que prolongara el modelo centralizado. En el año 1612 se completaría finalmente con una fachada que cubría la forma del edificio. La cúpula del cielo quedaría presa de la nueva basílica de San Pedro.

Se desconoce si el arquitecto y escultor Gian Lorenzo Bernini pertenecía a los *Fedeli d'Amore*, si la

alianza aún persistía en el momento en que éste rodeó la plaza de San Pedro con una columnata de corte clásico propio de la Antigüedad, si el pacto abandonó el carácter secreto, o si se habría quemado definitivamente en el año 1600 con la ejecución de Giordano Bruno, su último prior conocido.